



WILKIE COLLINS

El juego del escondite

Lectulandia

Como en todas sus novelas, en *El juego del escondite* Wilkie Collins combina sabiamente el misterio y los sentimientos. Porque hay un misterio: el de la joven sordomuda a quien todo el mundo conoce como Madonna. Valentine Blyth, un artista, la adoptó tras haberla rescatado del circo donde era cruelmente exhibida. Pronto la joven cae enamorada de Zack, un joven de naturaleza bohemía severamente vigilado por su padre, un individuo de firmes convicciones religiosas.

Naturalmente, nada es lo que parece. La madeja se desenreda gracias a un nuevo personaje, Mat Marksman, un aventurero que había regresado a Inglaterra tras serle arrancado el cuero cabelludo por los indios. El misterio, pues, queda finalmente resuelto, y de forma sorprendente.

Lectulandia

Wilkie Collins

El juego del escondite

ePub r1.1

Oxobuco 12.05.13

Título original: *Hide and Seek*
Wilkie Collins, 1854
Traducción: Esther Pérez Pérez

Editor digital: Oxobuco (r1.1)
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A CHARLES DICKENS
dedica esta historia,
en muestra de admiración y afecto
su amigo,
EL AUTOR.

PREFACIO A LA EDICIÓN REVISADA

Ésta novela ocupa el tercer lugar, en orden cronológico, entre las obras de ficción que he escrito. A continuación contaré cómo fue recibida cuando vio la luz por primera vez.

Infortunadamente para mí, *El juego del escondite* se publicó originalmente en 1854, coincidiendo con el inicio de la Guerra de Crimea. Toda Inglaterra seguía absorta ese grave acontecimiento nacional; y los nuevos libros —algunos de ellos de pretensiones mucho mayores que el mío— encontraron a la generalidad de los lectores embargados por sentimientos de preocupación o indiferencia. Mi pequeña aventura en el terreno de la ficción, naturalmente, se resintió de la adversa influencia de la época. La demanda de los libreros bastó apenas para vender la primera edición, y ahí concluyó la distribución de esta novela en su forma original.

A partir de esa fecha, el libro ha estado, para utilizar la palabra técnica, «agotado». En diversos momentos me llegaron propuestas para republicarlo; pero me abstuve resueltamente de hacer uso de ellas por dos razones.

En primer lugar, deseaba esperar a que *El juego del escondite* hiciera su reaparición en un pie de perfecta igualdad con mis otras obras. En segundo lugar, estaba decidido a reservármela hasta que pudiera beneficiarse de una cuidadosa revisión, realizada a la luz de la experiencia posterior del autor. El momento para el logro de esos dos objetivos se ha presentado ahora. *El juego del escondite*, en esta edición, guarda una absoluta uniformidad con la serie de mis novelas que comenzara con *Antonina*, *El secreto* y *La dama de blanco*, y que continuara con *Basil* y *La reina de corazones*. Mi proyecto de revisarla, a la vez, ha sido atenta y rigurosamente ejecutado. He resumido, y en muchos casos omitido, varios pasajes que aparecen en la primera edición y que demandaban de la paciencia del lector más de lo que ahora considero deseable cuando escribo un libro; y, en un aspecto importante, he alterado el final de la historia para hacerlo, espero, más satisfactorio y completo de lo que era en su forma original.

Con las ventajas, por tanto, que mi diligente revisión ha podido aportar, *El juego del escondite* reclama ahora, tras un intervalo de siete años, una nueva posibilidad de ser tenida en cuenta. No me parece adecuado —especialmente en esta época de universal autoaplausos— aclarar por qué creo que mi libro merece más atención que la que obtuvo, debido a circunstancias accidentales, cuando se publicó por primera vez. Ni puedo consentir tampoco en escudarme tras las opiniones favorables que muchos de mis hermanos escritores —y muy notablemente el gran

autor a quien está dedicado *El juego del escondite*— expresaron sobre estas páginas cuando las escribí originalmente. Le dejo al lector la tarea de comparar esta novela — especialmente en lo que concierne a la concepción y el trazado de los personajes— con las dos (*Antonina y Basil*) que la precedieron; y la de decidir entonces si mi tercera incursión en el terreno de la ficción, con todos sus defectos, fue o no un avance en lo referido al Arte en relación con mis esfuerzos previos. Éste es todo el favor que pido para una obra que escribí hace algún tiempo con anheloso cuidado, que corregí posteriormente sin que me temblara la mano y que ahora, finalmente, dejo para que haga su segunda travesía por el mundo de las letras tan útil y prósperamente como pueda.

Harley Street, Londres, septiembre de 1861

CAPÍTULO INICIAL

EL DOMINGO DE UN NIÑO

A la una menos cuarto de una húmeda tarde de domingo, en noviembre de 1837, Samuel Snoxell, criado del señor Zachary Thorpe, de la Plaza Baregrove, en Londres, salió por la verja que rodeaba la plaza con tres paraguas bajo el brazo para recoger a su amo y su ama a las puertas de la iglesia al final del oficio matutino. Snoxell había recibido detalladas instrucciones de la doncella acerca de la distribución de los tres paraguas: el nuevo de seda debía ser entregado al señor y la señora Thorpe; el viejo, igualmente de seda, era para el señor Goodworth, padre de la señora Thorpe; y el de algodón debía conservarlo el propio Snoxell para la especial protección del «señorito Zack», quien tenía seis años de edad y era el único hijo del señor Thorpe. Escuchadas esas instrucciones, el criado partió rumbo a la iglesia.

La mañana había sido hermosa para ser noviembre; pero antes del mediodía el cielo se había encapotado, la lluvia había empezado a caer, y la inveterada niebla de la estación se había posado sórdida sobre las calles húmedas, en todo lo que abarcaba la vista. El jardín ubicado en el centro de la Plaza Baregrove —con su césped bien cortado, sus arriates desnudos, sus flamantes bancos rústicos, sus arbolitos secos que aún no habían crecido hasta la altura de las rejas que los circundaban— parecía desintegrarse en medio de la neblina amarilla y la llovizna constante, y hasta los gatos lo habían abandonado. Las cortinas de casi todas las ventanas estaban corridas; la poca claridad procedente del cielo semejava la luz vista a través de un cristal empañado; el sombrío tono marrón de las casas de ladrillos parecía más sucio y luctuoso que nunca; el humo en lo alto de las chimeneas se perdía misteriosamente en la niebla circundante, que se espesaba por momentos; los desagües fangosos gorgoteaban; las gruesas gotas de lluvia se escurrían audiblemente por donde podían. No había ningún objeto, grande o pequeño, ninguna basura puesta puertas afuera, que interrumpiera el espectáculo de deprimente uniformidad en forma y sustancia que brindaba la plaza. Ningún ser viviente se movía sobre el pavimento empapado, con excepción del solitario Snoxell, quien avanzó trabajosamente hasta llegar a una calle en forma de herradura, donde la terrible soledad dominical lo rodeó también, lúgubramente húmeda. A continuación se incorporó a una calle en la que había algunos establecimientos cerrados y allí, al fin, ciertas consoladoras señales de vida humana atrajeron su atención. Vio al barrendero que se ocupaba de limpiar los excrementos de los caballos en los cruces de las calles (libre hasta que terminara el oficio en la iglesia) dedicado a fumar su pipa bajo el pasaje techado que conducía a un callejón de antiguas caballerizas convertidas en viviendas. Divisó, a través de unas persianas entreabiertas, a un aprendiz de farmacéutico entregado a sus ensoñaciones

con un libraco sobre el regazo. Pasó junto a un marinero, un mozo de cuadra y dos vendedores ambulantes de frutas y verduras que daban cansinos paseos ante la puerta de una taberna cerrada. Oyó el pesado «clop clop» de pies calzados con gruesas botas que avanzaban a sus espaldas, y una voz recia que gruñía: «¡Vamos, lárgate o te llevo presa!», y al volverse a mirar, vio a una vendedora de naranjas, culpable de obstruir la desierta acera al sentarse en el bordillo, conducida por un policía y seguida con aire admirativo por un chiquillo harapiento que chupaba una cáscara de naranja. Después de detenerse un momento para contemplar con melancólica curiosidad a los tres integrantes de esa procesión dominical cuando pasaban a su lado, Snoxell estaba a punto de doblar una esquina para incorporarse a la calle que desembocaba en la iglesia cuando frenó en seco su avance al llegar a sus oídos una serie de agudos gritos proferidos por una voz infantil.

El criado quedó inmóvil un instante, presa del asombro, y después se sacó el paraguas nuevo de seda de debajo del brazo y dobló la esquina a toda velocidad. Sus sospechas no eran infundadas. Allí estaba el mismísimo señor Thorpe, con talante severo, de camino a casa bajo la lluvia antes de que el oficio religioso hubiera concluido. Llevaba de la mano al «señorito Zack», quien marchaba a pasos dobles a su lado, protestando, con el sombrero puesto de cualquier manera sobre la cabeza, tan alejado de su padre como podía y aullando todo el tiempo en el tono más alto que le permitían un par de pulmones muy potentes.

El señor Thorpe se detuvo al llegar junto a Snoxell y le arrancó el paraguas de las manos al tiempo que con impetuosidad desacostumbrada le decía cortante:

—Ve a buscar a tu ama, sigue hasta la iglesia —y después continuó camino a casa, arrastrando a su hijo con más rapidez que antes.

—¡Snoxy! ¡Snoxy! —llamó a gritos el señorito Zack volviéndose hacia el criado, de modo que comenzó a trastabillar y a tropezar con las piernas de su padre a cada tercer paso—. ¡Me he portado muy mal en la iglesia!

—¡Ah! Así parece —musitó Snoxell sarcástico al tiempo que proseguía su camino. Tras expresar así su opinión, el criado se aproximó al pórtico de la iglesia y aguardó hosco, en medio de los demás sirvientes y sus paraguas, a que saliera la congregación.

Cuando el señor Goodworth y la señora Thorpe salieron de la iglesia, el anciano caballero, indiferente a las apariencias, echó mano con fuerza al despreciado paraguas de algodón, porque era el más grande, y condujo a su hija en triunfo a la casa protegido por él. La señora Thorpe iba en silencio, y suspiró con aire quejumbroso una o dos veces cuando la atención de su padre se desviaba hacia las personas que pasaban por la calle.

—Estás sufriendo por Zack —dijo el anciano caballero volviendo la vista de repente hacia su hija—. ¡No te preocupes! Déjame a mí. Yo me encargaré de

interceder por él esta vez.

—¡Es muy desalentador y muy chocante ver cómo se comporta, después del cuidado que nos hemos tomado con su crianza! —dijo la señora Thorpe.

—¡Tonterías, querida! No, no quise decir eso, te ruego que me perdones. Pero ¿quién puede sorprenderse de que un niño de seis años se cansa de un sermón de cuarenta minutos de reloj? ¡Hasta yo estaba cansado, aunque no fui tan franco como para hacerlo evidente, cosa que sí hizo el niño! ¡Vamos! ¡Vamos! No discutamos: intercederé por Zack esta vez y no se hable más del asunto.

El anuncio del señor Goodworth acerca de sus conciliadoras intenciones en lo referido a Zack pareció surtir muy poco efecto en la señora Thorpe; pero no volvió a mencionar el tema, ni ningún otro, durante el resto de la fatigosa caminata en medio de la lluvia, la niebla y el fango hasta llegar a la Plaza Baregrove.

La fisonomía de las habitaciones, como la de los hombres, tiene misteriosas peculiaridades. Hay multitud de aposentos, todos aproximadamente de las mismas dimensiones, todos amueblados de modo similar, que, no obstante, difieren completamente unos de otros en su expresión (si es que puede emplearse ese término). Esas habitaciones reflejan los diversos caracteres de sus habitantes mediante sutiles variaciones del efecto que producen los muebles, generalmente comunes a todas, como a menudo ocurre con la infinitesimal variación de ojos, narices y bocas, tan sutilmente tenues que resultan imperceptibles. La sala de la casa del señor Thorpe estaba amueblada de manera ordenada, limpia, confortable y sensata. Era de un tamaño mediano. Contenía el aparador, la mesa, el espejo, el guardafuegos de volutas, la repisa de mármol sobre la chimenea con su reloj, la alfombra con su sobrealfombra y las cortinas detrás de las ventanas para impedir que se viera hacia adentro, típicos de todas las salas respetables de la clase media londinense. Y, sin embargo, era una habitación de aspecto severo; una habitación que parecía no haber sido nunca acogedora, nunca divertida, nunca nada que no fuera estrictamente confortable y serenamente aburrido; una habitación que parecía ser tan incapaz de un acto misericordioso, de un fácil perdón dictado por el exceso de afecto a un transgresor de cualquier tipo —juvenil o no—, como si se tratara de una celda de Newgate o de una cámara de tortura de la Inquisición. Quizás el señor Goodworth se sintió afectado en ese sentido por la sala (especialmente en medio del clima de noviembre) en cuanto entró en ella, porque aunque había prometido interceder por Zack, y aunque el señor Thorpe estaba solo junto a la mesa y por tanto era accesible a cualquier petición, con un libro entre las manos, el anciano caballero vaciló incómodo durante un par de minutos y dejó que su hija hablara primero.

—¿Dónde está Zack? —preguntó la señora Thorpe, lanzando una mirada rápida y nerviosa a su alrededor.

—Está encerrado en mi vestidor —respondió su esposo sin alzar los ojos del

libro.

—¡En tu vestidor! —se hizo eco de sus palabras la señora Thorpe, tan sorprendida y horrorizada como si hubiera recibido un golpe en vez de una respuesta—. ¡En tu vestidor! ¡Santo cielo, Zachary! ¿Y cómo sabes que el niño no ha cogido alguna de tus navajas?

—Están bajo llave —respondió el señor Thorpe con un levísimo reproche en la voz y la más fúnebre compostura en sus maneras—. Antes de dejarlo me aseguré de que el niño no pudiera alcanzar nada peligroso. Está encerrado, y seguirá encerrado, porque...

—¡Vamos, Thorpe! ¿No se lo dejarás pasar esta vez? —lo interrumpió el señor Goodworth entrometiéndose audazmente en la conversación con su petición de indulgencia.

—Si me hubiera dejado usted continuar, señor —dijo el señor Thorpe, quien siempre llamaba a su suegro «señor»— habría dicho simplemente que tras explicarle a mi hijo (en los términos, téngalo en cuenta, que me parecieron más adecuados para que me comprendiera) la vergüenza que suponía para sus padres y para él mismo su comportamiento de esta mañana, le di como tarea aprenderse de memoria tres versículos de la *Selección para niños de textos de la Biblia*, y escogí para ello los versículos que me parecieron más pertinentes, si es que puede confiar en mi juicio sobre el asunto, para hacerle entender cuál debe ser su conducta futura en la iglesia. Se negó de plano a aprenderse lo que le indiqué. Por supuesto, me era imposible permitirle a mi propio hijo (cuyo carácter desobediente siempre ha sido, Dios lo sabe, fuente de preocupación y ansiedad constante para mí) que retara mi autoridad; de modo que lo encerré, y encerrado seguirá hasta que me obedezca. Querida mía —dijo dirigiéndose a su esposa y entregándole una llave— no tengo ninguna objeción, si así lo deseas, a que vayas y veas qué puedes hacer tú para vencer la obstinación de este malhadado niño.

La señora Thorpe tomó la llave y subió de inmediato; subió a hacer lo que han hecho todas las mujeres desde los tiempos de la primera madre; a hacer lo que hizo Eva cuando Caín se mostrara desobediente en su infancia y llorara en su regazo; en resumen, subió a hacer entrar en razón a su hijo.

Cuando su esposa cerró la puerta, el señor Thorpe buscó cuidadosamente en la página abierta sobre su rodilla el lugar donde se había quedado, lo encontró, retrocedió un momento a los últimos renglones de la hoja precedente y continuó con su libro, sin prestarle la menor atención al señor Goodworth.

—¡Thorpe! —exclamó el anciano volviendo a lanzarse de cabeza, pero esta vez en medio de la lectura y no de la conversación de su yerno—. Puedes decir lo que se te antoje, pero tus ideas acerca de la crianza de Zack están completamente equivocadas.

Con la expresión más calmada que pueda imaginarse, el señor Thorpe levantó la vista de su libro; y tras colocar cuidadosamente un abrecartas entre sus páginas, lo colocó sobre la mesa. Después cruzó una pierna sobre la otra, apoyó los codos en los brazos de su asiento y entrelazó los dedos de las manos. En la pared que le quedaba enfrente colgaban varias litografías con los retratos de predicadores distinguidos, pertenecientes o no a las estructuras oficiales de la Iglesia Anglicana, representados en su mayoría como hombres muy corpulentos de pelo enhiesto, vueltos hacia el espectador con aire de inquisidor, y con gruesos libros entre las manos. El señor Thorpe le clavó la vista a uno de esos retratos —el nombre que aparecía al pie del grabado era el del reverendo Aaron Yollop— con una levísima sonrisa en el rostro (nunca se le había visto reír) y con un aspecto y unas maneras que expresaban tan a las claras como si lo hubiera dicho: «Este anciano está a punto de decir algo impropio o absurdo; pero es el padre de mi esposa y es mi deber soportarlo, y, por tanto, estoy perfectamente resignado a oírlo».

—No sirve de nada que adoptes esa actitud, Thorpe —refunfuñó el anciano caballero—; a mi edad no hay proceder que me impida hacer lo que me propongo. Supongo que puedo tener una opinión, como cualquier persona; y no veo por qué no habría de expresarla, sobre todo si tiene que ver con el hijo de mi hija. Quizás sea muy poco razonable por mi parte, pero creo que debo tener voz de cuando en cuando en lo que concierne a la educación de Zack.

El señor Thorpe hizo una respetuosa inclinación, dirigida en parte al señor Goodworth y en parte al reverendo Aaron Yollop.

—Siempre me sentiré feliz, señor, de escuchar cualquier expresión de su opinión...

—Esta es mi opinión —lo interrumpió el señor Goodworth—: no tiene sentido que lleves a Zack a la iglesia hasta que tenga unos cuantos años más de los que tiene ahora. No niego que puede haber algunos niños, aquí y allá, que a los seis años sean tan pacientes y tan... (¿cuál es la palabra para un niño que sabe mucho más de lo que debe saber a su edad? ¡Un momento! ¡La tengo! Precoz: esa es la palabra) tan paciente y tan precoz que se quede sentado en su lugar sin moverse durante dos horas, haciendo creer todo el tiempo que entiende cada palabra del culto, sea cierto o no. No niego que puedan existir esos niños, aunque nunca los he visto y los tomaría por pequeños hipócritas insolentes si los viera. ¡Pero Zack no es así; Zack es un niño de verdad (Dios lo bendiga)! Zack...

—¿Debo entender, mi estimado señor —intervino el señor Thorpe con tono apesadumbradamente sarcástico— que alaba usted la conducta de mi hijo al molestar a la congregación y obligarme a sacarlo de la iglesia?

—De ninguna manera —replicó el anciano—; no alabo la conducta de Zack, pero sí censuro la tuya. Dicho en pocas palabras: *Tú* no paras de meterle la iglesia por el

gaznate, y él no para de hacer arcadas como si se tratara de un purgante, porque no sabe qué otra cosa hacer, ni puede saberlo a su edad. ¿Es esa la manera de hacer que le gusten las enseñanzas religiosas? Sé tan bien como tú que rugió como un joven turco en medio del sermón. Y dime, por favor, ¿cuál era el tema del sermón: La Justificación por la Fe? ¿De verdad crees que él u otro niño cualquiera de su edad puede entender algo de un tema como ese, o extraer de él un átomo de provecho? ¡No es posible que lo creas; sabes que no puede! Te repito que es un sinsentido llevarlo ya a la iglesia; y lo que es más, es peor que un sinsentido, porque no haces más que asociar sus primeras ideas sobre la instrucción religiosa a todo lo que le resulta más irritante en términos de restricción, disciplina y castigo. ¡Ya está! Esa es mi opinión, y me gustaría oír lo que tienes contra ella.

—Latitudinarismo —dijo el señor Thorpe mirando y hablándole directamente al retrato del reverendo Aaron Yollop.

—No lograrás que desista con palabras largas que no entiendo y que no creo que aparezcan en el Diccionario de Johnson —continuó terco el señor Goodworth—. Harías mucho mejor en seguir mi consejo y dejar que, por el momento, la iglesia de Zack fuera el regazo de su madre. Que sus oraciones matutinas sean de unos diez minutos; que tu esposa le cuente la bondad y la ternura de Nuestro Salvador con los niños, como se evidencia en el Nuevo Testamento; y que después le enseñe, con el Sermón de la Montaña, a ser amoroso y veraz, prudente y tolerante, en nombre de Nuestro Salvador. Si se le refuerzan preceptos como esos con ejemplos tomados de su propia vida diaria, de las personas que lo rodean, de las cosas con las que se topa, que llaman su atención, sobre las que pregunta, tanto fuera como dentro de la casa, créeme que le gustará su instrucción religiosa. Lo he podido comprobar con otros niños: lo pude comprobar con mis hijos, que fueron todos criados así. ¡Por supuesto: no estás de acuerdo conmigo! ¡Por supuesto tienes otra objeción lista para apabullarme!

—Racionalismo —dijo el señor Thorpe con los ojos aún clavados en la litografía del reverendo Aaron Yollop.

—Bueno, por lo menos esta vez tu objeción es corta; ¡y eso es una bendición! —dijo el anciano caballero bastante irritado—. Racionalismo, ¿no? Me parece que entiendo ese *ismo* mejor que el anterior. En lenguaje llano significa que crees que me equivoco al querer darle a la instrucción religiosa las mismas oportunidades con Zack que le das a todos los demás tipos de instrucción: la oportunidad de que llegue a resultarle útil haciéndola primero atractiva. No puedes enseñarle a leer diciéndole que eso enriquecerá su mente, pero sí instándolo a hojear un libro ilustrado. No puedes lograr que beba un purgante o sales razonando con él acerca del bien que le hacen, pero sí prometiéndole un terrón de azúcar después. Admites ese tipo de principio hasta ahí, porque te ves obligado a ello; ¡pero en cuanto alguien quiere (con perfecto

respeto y deseo de hacer el bien) llevarlo más allá, haces una mueca, sacudes la cabeza y hablas de Racionalismo, como si esa fuera una respuesta! ¡Bien! ¡Bien! No vale la pena hablar, haz lo que quieras, me lavo las manos en este asunto. Pero ahora que *todavía* estoy en él, te diré una sola cosa más antes de terminar: tu manera de castigar al niño por su comportamiento en la iglesia es, en mi opinión, la peor y más peligrosa que pueda imaginarse. ¿Por qué no darle unas nalgadas, si es que *tienes* que castigar al infeliz chiquillo por lo que es tanto su desgracia como su culpa? ¿Por qué no prohibirle comer puding o algo por el estilo? ¡Estás asociando en su mente los versículos de la Biblia con la idea del castigo y de un encierro en una habitación helada! Puede que logres que se aprenda el texto de memoria haciendo que se dé por vencido. Pero, si me lo permites, te diré lo que temo que también lograrás que aprenda: ¡a sentir tanta antipatía por la Biblia como la que sienten otros niños por la vara de abedul!

—Caballero —exclamó el señor Thorpe volviéndose de repente para mirar con aire severo al señor Goodworth—, con todo respeto, que sea la última vez que tenga que insistir acerca de que en el futuro no quiero verme obligado a escuchar determinadas blasfemias, aunque procedan de sus labios. ¡Usted goza de mi cariño y afecto, por ser el padre de la señora Thorpe, pero eso no me impedirá declarar solemnemente mi rechazo a los espantosos sacrilegios que se infieren de las palabras que acaba de pronunciar! Mis convicciones religiosas retroceden aterradas ante...

—¡Deténgase, caballero! —dijo el señor Goodworth, serio y severo.

El señor Thorpe lo obedeció de inmediato. Las maneras del anciano por lo general se caracterizaban mucho más por su cordialidad que por tener un aire digno; pero eso cambió totalmente en ese momento. Cuando dio un manotazo sobre la mesa y abandonó su silla, había algo en su aspecto que no resultaba inteligente pasar por alto.

—Señor Thorpe —continuó, más calmado, pero con tono firme—, me abstengo de darle mi opinión acerca del «respeto» y el «afecto» que le han permitido reconvenirme en los términos en que lo ha hecho. Sólo deseo comunicarle que nunca necesitaré una segunda admonición similar de su parte, porque nunca volveré a hablarle sobre el tema de la educación de mi nieto. Si, atendiendo a esta garantía que le brindo, me permite a mi vez no ya reconvenirle, sino brindarle un consejo, le recomendaría que en el futuro no acusara a ningún hombre de sacrilegio con tanta ligereza y saña sólo porque sus opiniones religiosas difieran en ciertos aspectos de las tuyas. Inferir que las convicciones de su oponente, por más equivocadas que las considere, tienen fundamento, no le hará a usted ningún daño; inferir que son ridículas no le harán a él ningún bien. Si le parece, no diremos nada más sobre este asunto. Démonos las manos y no resucitemos nunca un tema acerca del cual nuestro desacuerdo es demasiado grande como para poder discutirlo con provecho.

En ese momento entró el sirviente con el almuerzo. El señor Goodworth se sirvió un vaso de jerez, hizo un comentario acerca del tiempo y pronto recobró su jovial aspecto cotidiano. Pero no olvidó la promesa que le había hecho al señor Thorpe. A partir de ese momento no volvió a inmiscuirse, ni con palabras, ni con actos, en la educación de su nieto.

Mientras las teorías del señor Thorpe sobre la instrucción de los jóvenes se debatían libremente en la sala, el funcionamiento práctico de las mismas, en lo que concernía al caso del señorito Zack, se ejemplificaba de manera bastante insatisfactoria en la zona carcelaria del vestidor.

Cuando ascendía el primer tramo de escaleras, los oídos de la señora Thorpe le informaron de que su hijo estaba dando una serie ininterrumpida de patadas contra la puerta del lugar de su confinamiento. Como no se trataba de un hecho inusual, pues se repetía cada vez que se encerraba al niño por su mala conducta, se sintió angustiada pero de ningún modo sorprendida por lo que oía, de modo que se dirigió a la sala de estar del primer piso, que se hallaba próxima, para dejar allí su Biblia y su Libro de Oraciones (que guardaba en un estuche de tafilete con cierres dorados) en la mesita donde descansaban siempre entre semana. Posiblemente se sentía tan agitada que su mano temblaba; posiblemente tenía demasiada prisa; posiblemente el duende hogareño que gobierna el frágil destino del cristal y la porcelana la había escogido para que ese día se convirtiera en su ángel exterminador; fuera como fuese, al colocar el estuche sobre la mesita hizo caer un objeto que estaba en ella: una pequeña reproducción en marfil de la torre de una iglesia, de estilo florido, preservada en una urna de cristal. El objeto se rompió. La recogida de los fragmentos y las lamentaciones por la catástrofe se prolongaron un buen rato, más tiempo incluso del que parecía haber transcurrido, antes de que finalmente abandonara la sala de estar para seguir su camino hacia el piso superior.

Cuando puso la mano en la baranda se dio repentinamente cuenta de que el ruido en el vestidor había cesado por completo.

En el mismo instante en que se cercioró de ese hecho, su imaginación maternal, a pesar de lo que había dicho el señor Thorpe en el piso de abajo, le proporcionó la terrible visión de Zack frente al espejo de su padre, con una espesa espuma sobre la barbilla y una navaja abierta sobre la garganta desnuda. Lo cierto era que el niño tenía una singular aptitud para divertirse imitando las ocupaciones de los adultos. En cierta ocasión en que su niñera imprudentemente lo había llevado a la iglesia a la boda de una amiga, Zack había insistido al día siguiente en celebrar una ceremonia nupcial, a partir de sus recuerdos, con unos novios de su edad elegidos entre sus compañeros de

juego en el parque. En otra ocasión, cuando con igual imprudencia el jardinero dejó su pipa encendida sobre un banco para cortar una flor destinada a una de las niñeras a la que solía favorecer horticulturalmente de esa forma, Zack se las había ingeniado para darle tres ávidas chupadas; fue descubierto tambaleándose sobre el césped como un borrachito, y tuvo que ser llevado a escondidas a su casa (mortalmente pálido y bañado en sudor frío) para que se recuperara, sin que su madre se enterara, en la amable oscuridad de la cocina. Aunque la señora Thorpe desconocía las proezas infantiles aquí mencionadas, había muchas más, semejantes a esas, que había descubierto, y cuyo recuerdo hizo que subiera a toda prisa el segundo tramo de escaleras en un estado de agitación y alarma extremos.

No obstante, Zack no había echado mano a las navajas, ya que éstas se encontraban todas bajo llave, como asegurara el señor Thorpe. Pero sí había descubierto en el vestidor una manera de llevar a cabo una diablura contra la que su padre no había pensado en prevenirse. Al darse cuenta de que las patadas, los gritos, los pataleos, los llantos y tirar las sillas contra el suelo eran métodos totalmente ineficaces para forzar su liberación, suspendió de repente esas acciones, recorrió el cuarto con la vista, observó el grifo del agua para el baño de su padre y resolvió al instante inundar la casa. Ya había comenzado a echar agua en la bañera, la había llenado hasta los bordes y aguardaba ansiosamente, subido en una silla, a que se desbordara, cuando su madre abrió la puerta del vestidor y entró en la habitación.

—¡Oh, malo, malcriado, niño perverso! —exclamó la señora Thorpe, horrorizada ante lo que veía, deteniendo al instante el diluvio que se avecinaba sobre el techo de la sala de estar—. ¡Oh, Zack! ¡Zack! ¿Qué harás después? ¿Qué diría tu papá si se enterara de esto? ¡Niño malo, malo, malo, me da vergüenza mirarte!

Y, a decir verdad, Zack ofrecía en ese momento un espectáculo muy descorazonador para los ojos de una madre. El diablillo estaba de pie, erguido y firme sobre su silla, encogiendo los hombros y con las manos a la espalda en inconsciente imitación de su pose favorita de Gran Napoleón. El cabello claro le caía alborotado sobre la frente; tenía los labios hinchados y la nariz roja, y en sus brillantes ojos azules, francamente traviosos y rodeados por un halo de mugre y lágrimas, resultado de frotárselos con los nudillos, se leía la palabra Rebelión. Después de contemplar a su hijo con muda desesperación durante un par de minutos, la señora Thorpe adoptó el único recurso que quedaba a su alcance en ese momento: en otras palabras, bajó al niño de la silla.

—¿Ya te aprendiste la lección, mala pieza? —preguntó.

—No —respondió Zack resuelto.

—Entonces ven conmigo a la mesa: tu padre espera para oírtela. Vamos, tienes que aprender la lección ahora mismo —dijo la señora Thorpe abriendo la marcha hacia la mesa.

—¡No me la aprenderé! —replicó Zack, enfatizando su negativa al agarrarse con ambas manos a los húmedos bordes de la bañera.

Fue una suerte que ese rebelde de seis años de edad le dirigiera esas palabras sólo a su madre. Si su niñera las hubiera oído, de inmediato habría empleado el viejo recurso que se suele usar ante cualquier dificultad educativa, conocido familiarmente entre las personas de su condición con el apelativo de «coscorrón»; si las hubiera oído el señor Thorpe, el niño habría sido agarrado con toda severidad, amarrado al respaldo de la silla y colocado ignominiosamente con la barbilla contra la mesa; si las hubiera oído el señor Goodworth, lo más probable es que hubiera perdido la paciencia y lanzado a su nieto de cabeza a la bañera. Ninguna de esas ideas se le ocurrieron a la señora Thorpe, quien por otra parte no solía tener ideas. Pero sí poseía ciertos sucedáneos que resultaban infinitamente más útiles en la actual situación de emergencia: tenía instintos.

—Mírame, Zack —dijo, al tiempo que regresaba junto a la bañera y se sentaba en la silla que estaba a su lado—. Quiero decirte algo.

El niño la obedeció enseguida. Su madre entreabrió los labios, se detuvo de repente, dijo unas pocas palabras, volvió a detenerse, vaciló y terminó su primera frase admonitoria de la manera más absurda posible: echando mano a la toalla más cercana y conduciendo a Zack hasta la jofaina.

En honor a la verdad, hay que decir que la señora Thorpe estaba secretamente orgullosa de su hijo. Desde hacía largo tiempo, las poderosas camisas de fuerza de la mojigatería y la discreción habían sofocado en la pobre mujer toda debilidad moral excepto esa que es, de todas las vanidades, la más hermosa; ¡de todos los defectos humanos, ese es, sin duda, el más puro! ¡Sí, estaba orgullosa de Zack! ¡El querido, majadero, apuesto, alborotador de iglesias, pateador de puertas, inundador de casas Zack! De haberse tratado de un niño menos hermoso habría podido amonestarlo de una manera más severa. ¡Pero contemplar con frialdad su bello rostro, afeado por la suciedad, las lágrimas y el cabello alborotado; hablarle mientras se encontraba en ese estado, cuando estaban al alcance de su mano el jabón, el agua, el cepillo y la toalla, era más de lo que la madre (o la mujer, que es lo mismo) era capaz de negarse a sí misma! Y así, el sermón maternal terminó impotente, casi antes de haber comenzado, en la jofaina.

Después de lavar y cepillar al niño la señora Thorpe lo sentó en su regazo y, sofocando el intenso deseo de besarlo en las redondas y brillantes mejillas, le dijo:

—Quiero que aprendas tu lección porque me complacerás a mí obedeciendo a tu papá. Yo siempre he sido buena contigo, así que ahora quiero que tú seas bueno *conmigo*.

Por primera vez Zack bajó la cabeza y pareció quedarse sin respuesta. La señora Thorpe sabía por experiencia lo que ese síntoma indicaba.

—Creo que estás empezando a lamentar lo que hiciste, y que vas a ser un niño bueno —dijo—. Si eso es verdad, sé que me darás un beso.

Zack volvió a vacilar, pero de pronto alzó los brazos y le dio a su madre un beso sentido y sonoro en la barbilla.

—¿Y ahora te aprenderás tu lección? —continuó la señora Thorpe—. Siempre he tratado de hacerte feliz, y estoy segura de que ya estás en condiciones de tratar de hacerme feliz a *mí*, ¿no es cierto, Zack?

—Sí —dijo Zack con tono viril.

Su madre lo condujo a la mesa sobre la cual estaba abierta la *Selección para niños de textos de la Biblia* y trató de alzarlo hasta una silla.

—¡No! —dijo el niño resistiéndose y negando resueltamente con la cabeza—. Quiero aprenderme la lección sentado en tu falda.

La señora Thorpe lo complació enseguida. La madre de Zack no era hermosa, ni siquiera bonita; y la fría atmósfera del vestidor no favorecía su apariencia personal. Pero a pesar de ello, en ese momento, con Zack en sus brazos, inclinada sobre el niño que estudiaba sus tres versículos de los textos bíblicos, se veía atractiva e interesante. Las mujeres que han sido maltratadas por la naturaleza tienen esa gran ventaja sobre los hombres que se encuentran en la misma situación: cada vez que hay un niño presente, tienen a mano un medio para ocultar sus carencias. ¿Quién vio alguna vez a una mujer poco agraciada parecerlo con un crío entre los brazos? ¿Quién vio alguna vez a una mujer fea parecer fea cuando besaba a un niño?

Zack, que daba muestras de ser sumamente inteligente cuando se lo proponía, se aprendió de memoria la lección en un tiempo tan breve que su madre insistió en escuchársela dos veces antes de asegurarse de que la sabía con la suficiente perfección como para hacer acto de presencia ante su padre. La segunda prueba disipó sus dudas, de modo que lo llevó triunfalmente al piso inferior.

El señor Thorpe estaba absorto en su lectura. El señor Goodworth meditaba profundamente; la lluvia caía sin cesar; la niebla se espesaba, sucia; y la austeridad de la sala se adensaba rápidamente y amenazaba con adquirir su más impenetrable y lúgubre aspecto dominical cuando Zack llegó a recitarle la lección a su padre, sentado sobre sus rodillas. Volvió a hacerlo perfectamente; pero en esta tercera ocasión, su tono infantil perdió la candidez y se tornó desconfiado; y mientras recitaba su tarea miraba con más frecuencia al señor Goodworth que a su padre. Una vez repetidos los textos, el señor Thorpe se limitó a decirle a su esposa antes de retornar a su libro:

—Dile a la niñera, querida, que le prepare algo de comer a Zachary... aunque no se lo merece por haberse portado tan mal.

—Por favor, abuelo, ¿puedo hojear el libro con dibujos que me trajiste anoche cuando ya estaba acostado? —dijo Zack dirigiéndose al señor Goodworth, convencido, evidentemente, de que merecía una recompensa después de haber sufrido

un castigo.

—De ninguna manera siendo domingo —intervino el señor Thorpe—; el libro de tu abuelo no es para los domingos.

El señor Goodworth experimentó un sobresalto y pareció a punto de hablar; pero al recordar lo que le había dicho al señor Thorpe, se limitó a atizar el fuego. El libro en cuestión era un cuento titulado *Jack y las habichuelas mágicas*, y estaba adornado con ilustraciones en el estilo más libre del arte de la acuarela.

—Si quieres mirar libros ilustrados, ya sabes cuáles puedes ver hoy; tu mamá te los traerá cuando vuelva —continuó el señor Thorpe.

Las obras a las que se refería eran una vieja copia de *El progreso del peregrino*, que contenía cuatro pequeños grabados del siglo anterior, y una *Vida de Moisés* ilustrada con severos trazos germanos, a la manera de la escuela moderna. Bien sabía Zack de qué libros hablaba su padre, e hizo gala del aprecio que le merecían comenzando a encoger de nuevo los hombros. Evidentemente, había tenido ya más que suficiente de *El progreso del peregrino* y la *Vida de Moisés*.

El señor Thorpe no hizo más comentarios y recomenzó su lectura. El señor Goodworth se metió las manos en los bolsillos, bostezó desconsolado y se quedó mirando, con expresión lánguidamente satírica, a ver qué haría su nieto a continuación. De haberse expresado en voz alta, la idea que pasaba en ese momento por la mente del anciano caballero habría adoptado la siguiente forma: «¡Infeliz! ¡Cómo habría pataleado yo a tu edad si me hubiera pasado lo mismo!»

No transcurrió mucho tiempo antes de que Zack encontrara un nuevo entretenimiento. Se fijó en que el bastón del señor Goodworth estaba en un rincón; y, al instante, se montó a horcajadas sobre él y se dispuso a divertirse con un imaginario paseo a caballo de un lado a otro de la habitación. Acababa de comenzar con un suave trote cuando su padre lo llamó «¡Zachary!» y lo detuvo en seco.

—Pon ese bastón donde lo encontraste —dijo el señor Thorpe—. No debes hacer eso los domingos. Si quieres moverte un poco, puedes caminar de un lado a otro de la habitación.

Zack hizo una pausa en la que consideró por un momento si debía desobedecer o romper a llorar.

—Pon el bastón donde estaba —repitió el señor Thorpe.

Zack recordó el vestidor y la *Selección para niños de textos de la Biblia* y, sabiamente, obedeció. Para entonces ya había sido tan apabullado que se resignó a adaptarse a la rígida disciplina dominical que su padre deseaba. Tras depositar el bastón en su rincón, caminó lentamente en dirección al señor Goodworth con una cómica expresión de sorpresa y disgusto en su cara regordeta y apoyó mansamente la cabeza sobre las rodillas de su abuelo.

—Nunca te des por vencido, Zack —susurró el bondadoso anciano al tiempo que

se ponía de pie y tomaba al niño en sus brazos—. Mientras tu niñera te prepara la comida, vayamos a mirar por la ventana a ver si aclara.

El señor Thorpe levantó la vista de su libro con aire de desaprobación, pero esta vez no dijo nada.

—¡Ah, lluvia, lluvia, lluvia! —musitó el señor Goodworth contemplando el triste panorama, mientras Zack se entretenía frotando la nariz distraídamente contra el cristal de la ventana—. ¡Lluvia, lluvia! En noviembre no hay más que lluvia y niebla. ¡Escucha, Zack! ¡Ding-dong, ding-dong! ¡Escucha las campanas del oficio vespertino! Me pregunto si hará buen tiempo mañana. ¡Piensa en el puding, hijo mío! —prosiguió el anciano caballero con benevolente recuerdo del consuelo que esa idea le proporcionara a menudo cuando era un niño.

—Sí —dijo Zack admitiendo la sugerencia del puding, pero negándose a regocijarse con ella—. Y, por favor, cuando haya cenado, ¿alguien querría llevarme a la cama?

—¡Llévate a la cama! —exclamó el señor Goodworth—. ¡Bendito sea este niño! ¿Qué te ocurre ahora? Antes solías quedarte siempre despierto.

—Quiero irme a la cama, y que llegue mañana para poder ver mi libro con dibujos —fue la cansada y gimoteante respuesta.

—¡Qué me cuelguen si yo no quiero irme también a la cama —murmuró entre dientes el anciano caballero— y llegar a mañana, y leer mi *Times* en el desayuno! ¡Deseo lo mismo que Zack!

—Abuelito —continuó el niño con voz que denotaba aún más cansancio que antes—, quiero decirte algo al oído.

El señor Goodworth se agachó. Zack le lanzó una mirada de refilón a su padre y, tras poner la boca cerca del oído de su abuelo, le participó la conclusión a la que había llegado tras los sucesos del día:

—Abuelito, ¡qué antipáticos que son los domingos!

LIBRO I

EL ESCONDITE

CAPÍTULO I

UN NUEVO BARRIO Y UN EXTRAÑO PERSONAJE

En el período en que el episodio que se acaba de relatar acontecía en la vida del señor Zachary Thorpe hijo —esto es, en el año de 1837— la Plaza Baregrove era la más alejada del centro de la ciudad y la más cercana al campo de las ubicadas en los suburbios noroccidentales de Londres. Pero transcurridos catorce años más —o sea, en el año de 1851— la Plaza Baregrove había perdido su carácter singular; otras plazas le habían arrebatado los últimos restos del sabor rústico del que se derivara su buena fama; otras calles, otros pasajes, otras hileras de viviendas y otras casas se habían introducido implacablemente entre el viejo suburbio y la campiña, y habían interrumpido para siempre las otrora cordiales relaciones entre el pavimento de la Plaza Baregrove y las placenteras sendas campestres.

Los ejércitos de Alejandro eran grandes conquistadores, y los ejércitos de Napoleón lo fueron también; pero los modernos regimientos guerrilleros constituidos por el esparavel, la llana y el horno de ladrillos son los conquistadores supremos, porque no ceden el terreno una vez que lo toman. ¡Cuán enorme es la estela de devastación que dejan a su paso por el reino de la naturaleza esos temibles agresores que cubren de ladrillos la belleza, triunfantes, por donde quiera que pasan! ¿Qué castillo destruido, con la bandera enemiga ondeante sobre sus muros en ruinas, se vio tan abatido como una de esas pobres fortalezas de la naturaleza, aprisionada por todos lados por el campo amurallado del enemigo y degradada por la insignia hostil de un asta y un letrero con la divisa del conquistador: «Se vende este terreno con licencias de construcción»? ¿Qué es el espectáculo histórico de Mario sentado entre las ruinas de Cartago sino un decorado teatral de mentirijillas comparado con el triste cuadro moderno de un último árbol en pie, unas últimas briznas de hierba que perviven entre el estuco supurante de un Paradise Row terminado o los andamios desnudos de un Prospect Place^[1] en plena construcción? ¡Oh, despiadados regimientos guerrilleros del esparavel, la llana y el horno de ladrillos! ¡El habitante de la ciudad que explora como un peregrino la naturaleza, escucha, cuando se interna a la caída de la tarde en los dominios que aún no habéis abatido, las extrañas cosas que se dicen de vosotros en secreto y que interpreta fielmente al escucharlas en el lenguaje prehistórico de las hojas, al oír a los árboles condenados a muerte que todavía susurran luctuosamente a su alrededor las últimas notas de su antigua oración vespertina!

Pero ¿de qué valen esos lamentos? ¿Qué nuevo vecindario se detuvo en su avance hacia las afueras para prestar oído a las pasivas admoniciones de los campos, o para inclinarse ante la indignación de los airados amantes de un paisaje pintoresco? Nunca

hubo suburbio más impermeable a esas insustanciales influencias que el que creció entre la Plaza Baregrove y la campiña, llevándose consigo un paseo entre setos que estaba a una milla de distancia de las familias residentes, con una implacable rapidez que contemplaron espantados todos los afectados. Se construyeron plantas bajas que fueron hipotecadas por sus emprendedores propietarios a fin de obtener fondos suficientes para proceder a construir segundas plantas; antiguos especuladores quebraron y fueron sustituidos por otros nuevos; se hundieron cimientos debido a su falta de profundidad; los vientos fuertes derribaron paredes construidas a toda prisa; se ordenaron ladrillos en tales cantidades, y se echó mano de ellos con tanta prisa, salidos de los hornos a medio cocer, que se incendiaron las carretillas y hubo que enfriarlos en baldes de agua antes de alzar las paredes; y a pesar de ello, el nuevo suburbio desafió todos los accidentes y creció irreprimible hasta convertirse en un pueblecito de viviendas listas para alquilar y llenarse de habitantes de una punta a la otra.

El nuevo vecindario ofrecía opciones de alojamiento —aceptadas las de precios más altos sólo en pequeña medida— a tres subdivisiones de la gran clase media británica. Las casas para alquilar y para vender fueron adaptadas, en una escala pronunciadamente descendente, de modo que estuvieran al alcance del bolsillo de las clases medias con altos ingresos, de las clases medias de ingresos moderados y de las clases medias de ingresos reducidos. Las viviendas destinadas a las de altos ingresos recibieron el nombre de «mansiones», y fueron enérgicamente protegidas del resto del suburbio construyéndolas en una amplia avenida, cerrada por ambos extremos con rejas ornamentales, espacio que recibió el nombre de «parque». El indescriptible aspecto de soledad del conjunto del suburbio alcanzaba un alto grado de perfección en esa porción de él. Los irreverentes ruidos callejeros morían en el umbral de las rejas ornamentales, al primer atisbo del ermitaño guarda. El reclamo del vendedor ambulante de frutas y verduras y el chillido del chiquillo londinense que vagabundeaba por allí estaban desterrados de todos los lugares desde los cuales pudieran oírse. Hasta los ruidos normales, consagrados por la tradición, de los proveedores a las puertas de sus clientes, parecían haber sido eliminados. El frenético *falsetto* del lechero, el crujido del carro del carnicero sobre las piedras destinadas a no pulverizarse nunca en el nuevo sendero que atravesaba el «parque», siempre le sonaban como una profanación al forastero en la quietud inmaculada de ese Paraíso de los altos ingresos.

Los infortunados de ingresos reducidos tenían la absoluta exclusividad en el uso de la peor zona de la localidad, y absorbían todos los ruidos y molestias, de la misma manera que los de altos ingresos absorbían toda la tranquilidad y lujos de la existencia suburbana. Allí era posible detectar los límites en los que la invención arquitectónica se detiene presa de la desesperación. Cada una de las casas de ese

purgatorio del pobre era, de manera espantosamente literal, un cajón de ladrillos con una tapa de pizarra encima. Cada uno de los huecos taladrados en esos cajones, fuera el de una puerta o el de una ventana, desbordaba siempre de niños. A menudo se reunían cuarenta o cincuenta en una calle, y eran el rasgo más característico y omnipresente del barrio. En el mundo de los altos ingresos, la vida joven surgía como la fuente de un jardín, jugueteando artificialmente a la luz del sol en períodos de tiempo predeterminados. En el mundo de los ingresos reducidos, la vida joven fluía turbulenta hacia las calles, como un inagotable arroyo desbordado, con independencia del estado del tiempo. Después de los hijos de los habitantes del barrio se veían, en importancia numérica, sus camisas, enaguas y ropa interior surtida, que ondeaba públicamente tendida a secar en ciertos días de la semana, y que adornaba los jardincitos sin árboles con avenidas de graciosos delantales y un follaje solemne de resistente franela galesa. La desmedida pasión por las naranjas (especialmente activa cuando la fruta aún no ha madurado por completo y la temperatura es muy fría) que caracteriza a la muchacha inglesa urbana de clase baja, florecía en el barrio en su forma más radical; y, además, las deletéreas emanaciones del puro de mala calidad que fumaba el joven dependiente en su día libre les anunciaba a las narices de todos los residentes cuándo era domingo tan claramente como podían hacérselo saber a sus oídos las campanas de la iglesia. La única anomalía en el barrio durante los días laborables era descubrir a un habitante del sexo masculino en cualquiera de sus rincones, entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde; el único lamentable espectáculo que nunca variaba era el de todas las mujeres, que tenían, incluso las más jóvenes, aspecto de infelicidad, y a menudo de preocupación, ya en la primera flor de la juventud; y que a menudo estaban cargadas de hijos antes de llegar a la flor de la madurez.

En cuanto a la gran porción central del suburbio —o, en otras palabras, la zona de los ingresos moderados—, ella era un preciso reflejo de las vidas de quienes la habitaban, ya que no poseía ninguna característica distintiva.

En una parte de ella, las mejores casas imitaban, tan pomposamente como podían, la grandeza arquitectónica de las mansiones que eran propiedad de los de altos ingresos; en otra, las peores casas se libraban, respetablemente, pero por poco margen, de parecerse a los cajones de ladrillos de los de ingresos reducidos. En algunos sitios, las influencias del «Parque» vindicaban insuperablemente su existencia en las personas de algunas damas aisladas que, al carecer de un carruaje para salir a tomar el aire, hacían gala de la segunda mejor opción: un lacayo que caminaba a sus espaldas, para, de esa forma, tomar el aire a pie con elegancia. En otros lugares, el imprudente espíritu de los cajones de ladrillos se paseaba, bajo un tenue disfraz, en coches de niños empujados por doncellas; o flotaba en el aire, delicadamente discernible desde ciertos ángulos, en forma de un pañuelo de encaje o

una camisola bellamente bordada que se secaba pudorosamente en rincones retirados de los patios de ciertas casas. No obstante, por lo general, las influencias hostiles de los ingresos altos y los reducidos se mezclaban en el terreno neutral de los ingresos moderados, convirtiendo la zona en la más fastidiosa, más deprimente, más opresivamente convencional de todo el suburbio. Era precisamente el tipo de lugar que inspira al hombre reflexivo que recorre con una mirada triste la localidad y observa la fisiología de sus habitantes a detenerse súbitamente y hacerse una pregunta sencilla, pero terrible: «¿Lograrán estas personas disfrutar auténticamente de algo en sus vidas?»

Al observador del sistema de vida que impera entre las personas de ingresos moderados de Inglaterra, el tipo de existencia que dicho sistema encarna le parece, en ciertos aspectos, no tener paralelo en ningún otro rincón del mundo civilizado. ¿Acaso no resulta obvio que mientras que las clases altas y las clases bajas de la sociedad inglesa tienen cada una su modo característico de entretenerse durante las horas de ocio, adaptado a sus medios y sus gustos, las clases medias, en general, no tienen (digamos claramente la triste realidad) nada parecido? Tomemos un ejemplo de las formas de recreo en las que intervienen la comida y la bebida y que absorben una parte tan grande de la existencia. Si bien los ricos propietarios de las «mansiones» del «Parque» podían ofrecer sus grandiosas cenas, y ser tan pródigos como quisieran con su champán de primera clase y sus exclusivos manjares gastronómicos, lo cierto es que los inquilinos pobres de los cajones de ladrillo disfrutaban con igual gusto de sus conversaciones mientras tomaban el té en el jardín, y podían ser igualmente felices y hospitalariamente pródigos con su garrafa de cerveza negra, su tetera, su plato de pan con mantequilla y su fuente de gambas. En ambos casos, esos representantes de dos extremos pecuniarios de la sociedad disfrutaban por sí mismos del ocio en la forma que querían, se entregaban a dicho disfrute en el marco de sus límites respectivos y, en consecuencia, disfrutaban de ella sin reservas. No ocurría lo mismo con las personas de ingresos moderados: en sus momentos sociales hacían absurdos ascos a la cerveza y las gambas de los pobres; se arrastraban miserablemente en pos de los vinos exquisitos y los platos lujosos de los ricos; revelaban su pobreza, merced a la imitación, con champanes químicos comprados a vendedores de vino de segunda, ensaladas flácidas y fétidos pastelitos de ostras adquiridos en pastelerías de segunda; en ninguna de sus festividades se adecuaban a sus entradas, su clase, o a sí mismos; y, en honor a la verdad, por todas esas razones y por muchas otras, nunca disfrutaban auténticamente de nada en sus vidas.

En los márgenes de la parte del nuevo suburbio de la que se habían apropiado esas infelices clases medias de ingresos moderados vivía un caballero (de nombre Valentine Blyth) cuya vida constituía una contradicción práctica tan marcada con las

de sus vecinos como resulte posible imaginar.

Era artista de profesión, artista a pesar de las circunstancias. Ni su padre ni su madre ni ningún pariente por ninguna de las dos ramas había practicado el Arte de la Pintura ni experimentado ningún placer especial al contemplar un cuadro. Eran todos respetables comerciantes de la vieja y sólida escuela de defensores del capital, que se movían exclusivamente en su propio círculo, y que nunca le habían dirigido siquiera la palabra a un artista o escritor a todo lo largo de sus vidas. El mundo de la City^[2] en el cual había transcurrido la niñez de Valentine había estado tan desprovisto de toda influencia artística como si hubiera estado ubicado en la costa de Groenlandia; y sin embargo, para sorpresa de todos, el niño dibujaba y pintaba, a su manera tosca, en todos sus momentos de ocio. Su padre, como era de esperar, se había sentido gravemente defraudado y atónito ante la extraña dirección adoptada por las inclinaciones de su hijo. Nadie (incluido el propio Valentine) era capaz de rastrearla hasta una fuente reconocible; pero todos se habían dado cuenta con suficiente claridad de que no había esperanzas de oponerse a ellas con éxito por medios pacíficos. Al percatarse de ello, el señor Blyth padre, como hombre inteligente que era, había hecho de la necesidad virtud, y, cediendo a los deseos de su hijo, lo había matriculado, aunque con fuertes protestas mercantiles, en la escuela de la Real Academia.

En ella permaneció Valentine, estudiando aplicadamente, hasta cumplir veintiún años. Ese día, el señor Blyth sostuvo una seria conversación con él acerca de su vida futura. En el curso de dicha conversación, el joven fue informado de que un tío suyo, que era un rico comerciante, estaba dispuesto a hacerlo su socio, y que su padre estaba igualmente dispuesto a iniciarlo en los negocios con la parte que le correspondía, por ser uno de sus tres hijos, de la sustancial herencia adquirida para la familia por la famosa casa de la City que llevaba el nombre de Blyth y Compañía. Si Valentine aceptaba ese trato, su fortuna estaba asegurada y podría viajar en su propio coche antes de cumplir los treinta. Si, por el contrario, decidía realmente despreciar una fortuna, no se vería en apuros para procurarse los medios de continuar sus estudios de pintura. Los intereses de la herencia que le correspondería a la muerte de su padre le serían abonados trimestralmente mientras su padre viviera: los ingresos anuales así garantizados al joven artista, en cualquier circunstancia, se calculaban en un monto ligeramente superior a las cuatrocientas libras anuales.

Valentine no era un ingrato. Se tomó un día para meditar sobre lo que debía hacer, aunque su decisión ya era bastante firme desde antes, y a continuación se mantuvo en su determinación original: desechó la certeza presente de convertirse en un hombre acaudalado en nombre de la posibilidad futura de llegar a ser un gran pintor.

De haber poseído realmente genio, no habría habido nada demasiado notable en su historia hasta ese momento; pero no siendo ese el caso ni por asomo, no teniendo

la más mínima chispa del gran fuego creador en su disposición mental, sin duda resultaba muy desconsolador contemplar el espectáculo de un hombre resueltamente decidido, a pesar de las adversas circunstancias y las fuertes tentaciones hogareñas, a abandonar todos los caminos por los cuales habría podido transitar durante la vida bastante a la vanguardia de sus congéneres, para emprender el único camino en el que estaba predestinado por la Naturaleza a quedarse siempre atrás. ¿Acaso los ángeles anunciadores, cuya misión es revelarles en un susurro su grandeza a los grandes espíritus contraen la infección de la falibilidad merced a su trato con los mortales? ¿Será que las voces que les dijeron con toda justicia a Shakespeare, Rafael y Mozart en su juventud «Habéis sido elegidos para ser dioses en este mundo» les dicen mentiras a algunas almas a las que no tienen órdenes de acercarse? Puede ser. Hay ejemplos suficientes, en todos los países, de hombres cuyas vidas parecen demostrarlo, y cuyas muertes no lo han desmentido.

Pero incluso esas víctimas encuentran agradables oasis en medio de su camino de espinas, y rayos de sol de cuando en cuando, que hermocean el cielo encapotado, aunque sea por poco tiempo. No todo es desgracia y desilusión para el hombre mentalmente indigno de una gran vocación intelectual, siempre que sea moralmente digno de ella; siempre que la desarrolle con honestidad, paciencia y afecto, por el placer que ella misma le brinda. Si trabaja, aun en la oscuridad, animado por ese espíritu hacia su labor, encontrará que su propia obra es su gran recompensa. En esa recompensa radica el divino consuelo que, aunque la Fama le vuelva las espaldas despreciativa y la Riqueza pase a su lado inmisericorde por la calle de enfrente, derramará aceite sobre todas sus heridas y lo conducirá tranquila y tiernamente hacia el fin de la dura jornada. A ese solaz inextinguible que les brinda a los trabajadores industriales su trabajo, no importa de qué tipo, pueden volverse como a una madre común tanto el hombre que ha triunfado como el que ha fracasado: el primero, para refugiarse de la envidia mezquina y el odio calumnioso, de todos los amarguísimos males que recibe como pago hasta el más próspero hijo de la Fama; el otro, de la indiferencia, del ridículo, de la derrota, de todas las innobles tiranías que el anhelante esclavo de la Oscuridad está destinado a sufrir.

Ese era el caso de Valentine. Había sacrificado una fortuna a su Arte; y su Arte — al menos a los ojos del mundo— no le había dado nada a cambio. Amigos y parientes no habían tenido escrúpulos, al conocer la vocación que había elegido, para cuestionarla y, por tanto, cometer la peor y más universal de todas las impertinencias humanas, que consiste en decirle a un hombre a la cara, de la manera más clara posible, que otros son más capaces que él mismo de juzgar qué profesión es la mejor y la más digna para él; amigos y parientes que habían reprendido a Valentine por su negativa a aceptar la sociedad en el negocio de su tío, habían fingido creer, al advertir que no lograba ninguna repercusión pública en el terreno del Arte, que era

simplemente un holgazán que sabía que la liberalidad de su padre lo salvaría de la necesidad de trabajar para ganarse el pan, y que había asumido la pintura como un mero entretenimiento de aficionado para ocupar sus horas de ocio. Para un hombre que trabajaba como el pobre Blyth, con la más estricta laboriosidad y las más altas aspiraciones, esas murmuraciones calumniosas eran la más cruel de las mortificaciones y los insultos más difíciles de soportar en este mundo.

Aun así trabajaba con paciencia, sin perder nunca la fe ni la esperanza, porque nunca dejó de amar su Arte, ni de gozar al practicarlo con independencia de los resultados, por más descorazonadores que fueran. Como la mayoría de los hombres de limitado calibre intelectual, las obras que producía eran, al menos, variadas. Intentó el estilo florido y el severo; fue sucesivamente devoto, alegórico, histórico, sentimental, humorístico. En una época abandonó totalmente la figura humana y se dedicó al paisaje, ora con estudios convencionales de la Naturaleza, ora regodeándose en composiciones poéticas que podrían haber formado parte, sin mayor lucimiento, de muchas antologías como especímenes dudosos de Berghem o Claude.

Pero fuera cual fuese la escuela pictórica en la que Valentine trataba de destacar, el mismo lamentable destino parecía estar siempre reservado a la plasmación de sus esfuerzos. Durante largos años sus cuadros batallaron duramente a las puertas de la Academia para ser admitidos, y les fueron invariablemente negados (y no injustamente, hay que confesarlo) hasta los peores lugares para ser colgados en las paredes de los salones de exposición. Temporada tras temporada, Valentine siguió luchando valientemente, sin deprimirse nunca, sin perder las esperanzas mientras estaba frente a su caballete, hasta que el día del triunfo —¡cuán larga y penosamente labrado!— llegó al fin. Un cuadrado de tema insignificante —ya que se trataba de un «interior» que reflejaba una cocina donde un gato de pelo lustroso trepado a un armario robaba leche de una bandeja de té durante la ausencia de la sirvienta— fue benévolamente clasificado como «dudoso» por el Comité de Aprobación; como resultado de ello, fue mantenido en reserva, para el caso de que cupiera en un sitio olvidado cerca del suelo; cupo en dicho sitio, y fue realmente colgado, como la pequeña contribución del señor Blyth a las mil y una obras expuestas al público ese año por la Real Academia.

Pero el triunfo de Valentine no terminó ahí. Su cuadro del traicionero gato que robaba la leche de la familia —titulado, para apelar jocosamente al fuerte sentimiento protestante, *El jesuita de la familia*— fue vendido a una galería de premiados por el precio de diez libras. Una vez en posesión de un dinero ganado con sus pinceles, Valentine se permitió las más extravagantes anticipaciones de celebridad futura y futuras riquezas; y dio muestras, con total imprudencia, de que creía tan firmemente como cualquier otro visionario en los sueños más fantásticos de su imaginación, al casarse y fundar una familia a partir del éxito obtenido con *El jesuita de la familia*.

Hacía ya algún tiempo que estaba comprometido con la dama que se convirtió en ese momento en la señora Blyth. Se trataba de la menor de ocho hermanas, hijas de un pobre artista del grabado, quienes, en ausencia de caudales monetarios, eran ricas en espléndidos nombres de pila. La señora Blyth se llamaba Lavinia Ada; y el suyo era, con mucho, el nombre más humilde de los que tenían las hermanas. Todos los parientes de Valentine se opusieron firmemente al matrimonio, no sólo debido a la pobreza de la novia, sino también a otra y muy seria razón, que los acontecimientos pronto demostraron estar sumamente bien fundada.

Lavinia había padecido en la infancia una prolongada y severa enfermedad de la columna vertebral. Se decía que la atención constante y la asistencia médica que su padre pudo pagar habían combatido eficazmente la enfermedad, de modo que la joven creció más hermosa que todas sus hermanas, y aparentemente casi tan fuerte como la más saludable de ellas. No obstante, al señor Blyth padre, al enterarse de que su hijo estaba ahora tan decidido a convertirse en un hombre casado como antes lo estuviera a convertirse en pintor, le pareció aconsejable hacer ciertas averiguaciones acerca de la salud de la joven, y se las planteó, con su discreción característica, al médico de la familia en una discreta entrevista.

El resultado de esa conversación estuvo lejos de ser satisfactorio. El doctor tuvo buen cuidado de no comprometerse: dijo que confiaba en que la columna vertebral ya no corriera peligro de verse afectada, pero que su conciencia le impedía manifestarse totalmente seguro de ello. Tras repetirle esas palabras desalentadoras a su hijo, el señor Blyth padre, delicada y consideradamente, pero de manera muy clara, le preguntó a Valentine si después de lo que había escuchado seguía pensando honestamente que se condecía con su felicidad, o incluso con la felicidad de la joven, casarse con ella, o al menos casarse con ella en un momento en que el doctor no podía aún aventurarse a afirmar que la pobre muchacha no corriera peligro de convertirse en una inválida para el resto de su vida.

Al principio, Valentine insistió, como de costumbre, en ver exclusivamente el lado bueno de las cosas, y por tanto en no darle demasiada importancia a las palabras del médico.

—Lavvie y yo nos amamos intensamente —dijo con voz ligeramente temblorosa, pero con ademán absolutamente firme—. Confío en que Dios no permita que suceda nunca lo que parece temer; pero aun si sucediera, nunca me arrepentiré de haberme casado con ella, porque sé que estoy tan dispuesto a ser su enfermero como su esposo. Estoy listo para aceptarla en la enfermedad y en la salud, como dice el Libro de Oración. En mi hogar contará con una constante atención a sus necesidades y a su comodidad, de la que no podría disfrutar en el de su padre, con su numerosa familia y su miseria, ¡pobre individuo! Y esa es razón suficiente, creo, para casarme con ella, incluso si sucediera lo peor. Pero como sabes, padre, siempre he confiado en que

suceda lo mejor; ¡y me propongo seguir haciéndolo en el caso de la pobre Lavvie, igual que he hecho hasta ahora!

¿Qué podía objetar el señor Blyth padre? ¿Qué habría podido objetar cualquier hombre de corazón y honor a una respuesta como esa? Nada. El matrimonio se celebró; y el padre de Valentine intentó por todos los medios, y no totalmente en vano, sentirse tan optimista acerca de sus resultados futuros como el propio Valentine.

Durante varios meses —¡cuán breve les parecía ese tiempo cuando lo rememoraban en los años siguientes!— la felicidad del pintor y de su esposa sobrepasó las mayores esperanzas que concibieran durante el noviazgo. En cuanto a las palabras de cautela del médico, ya casi no las recordaban, o, si lo hacían, era para reírse de ellas. Pero el momento de profundo dolor decidido por el destino, aunque ellos no lo sabían, llegó inexorablemente cuando aún se hacían bromas sobre las autoridades médicas en torno a un buen fuego en el hogar del pintor. Lavinia pescó un fuerte catarro. El catarro se transformó en reuma, en fiebre, y después en una debilidad general y en ataques nerviosos; y todos esos desórdenes no eran sino apariencias falsas bajo las cuales avanzaba disfrazado, artera y lentamente, el horrible mal de la columna vertebral.

Cuando aparecieron los primeros síntomas claros, el señor Blyth padre actuó con su acostumbrada generosidad hacia su hijo.

—Mi fortuna es tuya, Valentine —dijo—; úsala cuando quieras; y haz que Lavinia, mientras todavía tenga una oportunidad, cuente con la misma atención médica y las mismas medicinas que si fuera la duquesa más rica del país.

El cariñoso consejo del anciano fue seguido con el mismo cariño. Los más famosos médicos de Inglaterra atendieron a Lavinia; se hizo todo lo que la ciencia y la atención incesante eran capaces de hacer; pero la terrible enfermedad burló un tratamiento tras otro en su avance impetuoso e irresistible, y los propios médicos perdieron toda esperanza. Hasta donde podía predecir la ciencia humana, la señora Blyth, en opinión de todos los médicos consultados, estaba condenada a no levantarse durante el resto de su vida de la cama donde yacía; excepto, quizás, para ser trasladada algunas veces al sofá, o, en caso de una reacción favorable, ser paseada ocasionalmente en una silla de ruedas.

Nadie supo la conmoción que ese diagnóstico les produjo a los esposos; ambos lo mantuvieron noblemente en secreto, incluso el uno al otro. La señora Blyth fue la primera en recobrar el valor y la calma. Le rogó a Valentine, como un favor especial, que buscara consuelo donde ella sabía que lo encontraría más tarde o más temprano: regresando a su estudio y retomando sus labores de siempre, que había suspendido desde el momento en que la enfermedad se declarara.

El primer día en que Valentine, obedeciendo a los deseos de su esposa, se sentó de

nuevo ante un cuadro —el cuadro inconcluso del que se apartara durante tantos meses —; ese primer día en que la amable ocupación que había llenado su vida le pareciera habersele vuelto extraña; en que sus pinceles vagaban sin sentido entre las pinturas; en que sus lágrimas corrían sobre la paleta cada vez que bajaba la vista hacia ella; en que intentó con todas sus fuerzas trabajar como de costumbre, aunque sólo durante media hora, y sólo en detalles sencillos del fondo de la composición; y aun así el pincel daba brochazos en falso, y las tintas no se mezclaban como debieran, y las mismas palabras, repetidas una y otra vez, escapaban de sus labios:

«¡Oh, pobre Lavvie! ¡Oh, mi pobre y querida Lavvie!»; incluso en esos momentos, el espíritu de ese arte amado que siempre había practicado con tanta humildad fue fiel a su divina misión y lo consoló y lo sostuvo hasta el amargo instante final en que dejó a un lado su paleta, presa de la desesperación.

Cuando aún apartaba el rostro del cuadro que él y su esposa disfrutaran juntos inocentemente y en secreto en otros tiempos, durante los días felices de sus inicios, que ya no volverían, un pensamiento consolador brotó súbitamente de su corazón y le mostró cómo adornar su vida en adelante con la belleza inmortal de un propósito puro y noble. A partir de ese momento, sus vagos sueños de fama y de hombres ricos que se disputaban la posesión de sus cuadros ocuparon un lugar secundario en su mente; y, a cambio, nació la decisión de ganar de manera independiente, con sus pinceles, sin importar a costa de qué sacrificio del orgullo o la ambición, los medios con los que rodear a su esposa enferma de todos los lujos y refinamientos que sus reducidos ingresos le impedían obtener, y cuya instintiva delicadeza se negaba a aceptar como presentes nacidos de la generosidad de su padre. He ahí el propósito consolador que desde ese mismo instante le robó a su aflicción la mitad de su amargura, y que lo ató a su arte con un lazo más sagrado que el que lo uniera a él antes. En el mismo momento en que tuvo esa idea, fue sin el menor remordimiento hacia la gran composición histórica de la que tanto esperara, la volvió contra la pared y se dedicó a terminar un pequeño «estudio», sin mayores pretensiones, del patio de una casa, que estaba seguro que podría venderle a un amigo que comerciaba con cuadros. El primer sentimiento cercano a la felicidad que experimentara en un larguísimo tiempo lo asaltó en la noche de ese día, cuando subió al cuarto de Lavinia y, manteniendo en secreto el propósito adoptado en la mañana, hizo sonreír a la enferma, a pesar de sus sufrimientos, al preguntarle cómo le gustaría decorar su cuarto si fuera la esposa de un gran noble, en vez de ser sólo la de Valentine Blyth.

Luego vinieron los días felices después de que el secreto se conociera, y más tarde los años placenteros en que las más espléndidas visiones de lujo de la señora Blyth se hicieron realidad gradualmente gracias a los esfuerzos profesionales de su esposo. De no ser por la influencia de su mujer, Valentine habría corrido el peligro de abandonar por completo el gran Arte y el Paisajismo Clásico a favor de los retratos

baratos, las copias baratas y los estudios baratos de Naturalezas Muertas. Pero la señora Blyth, aun confinada en su lecho como estaba, se las ingenió para mantener su antigua influencia sobre las labores que se desarrollaban en el estudio, y se negaba a pedir nada nuevo, y a recibir nada nuevo en su cuarto, si su esposo no pintaba al menos un cuadro artístico cada año, para (como decía ella con orgullo) «reafirmar su intelecto y su reputación a los ojos del público». En consecuencia, el tiempo del señor Blyth se dividía a partes casi iguales entre la producción de grandes «composiciones» invendibles que siempre colgaban cerca del techo en la Exposición, y de pequeños cuadros comercializables, que, también invariablemente, colgaban cerca del suelo.

El ingreso promedio de Valentine procedente de su arte, aunque humilde en su cuantía, bastaba para cumplir ampliamente el propósito al cual, hasta el último céntimo, estaba rigurosamente destinado. «La sala de estar de Lavvie» (ese era el nombre que le daba el señor Blyth al cuarto de su esposa) tenía realmente el colorido y la belleza de cualquier aposento de la realeza. Las flores más exóticas, los más hermosos terrarios, peceras con peces dorados y plateados, un pequeño aviario, un arpa eólica sobre el poyo de la ventana en verano, algunas de las mejores reproducciones hechas por Valentine de los viejos maestros, impresiones de grabados realizados por el padre de la señora Blyth hermosamente enmarcados, cortinas y colgaduras de los colores y texturas más delicados, mesas taraceadas y libreros delicadamente torneados estaban entre los objetos de refinamiento y belleza que, a lo largo de los años, la laboriosidad del señor Blyth le había permitido acumular para placer de su esposa. Nadie sino él supo nunca cuánto había sacrificado para obtenerlos. Las personas sin corazón cuyos retratos pintara y cuyas impertinencias soportara con paciencia; los mezquinos comerciantes que lo trataran como a un vendedor; los despreciables hombres de empresa que infamaran esa condición aprovechándose de su simplicidad; ¡con cuánta dureza y crueldad esas naturalezas de insecto habían tratado a menudo a ese noble corazón! ¡Cuán despreciablemente habían atormentado con sus picaduras de tábano el alma elevada a la que nunca pudieron someter!

¡No! ¡Nunca pudieron someterla, nunca pudieron empañarla! Todas las pequeñas humillaciones se olvidaban con una ojeada a la «Sala de Estar de Lavinia»; toda mancha dejada por palabras insolentes se desvanecía de la memoria de Valentine con un recuerdo de Lavinia en la atmósfera de su estudio. Nunca se emitió juicio más superficial que el de sus amigos cuando decían que había malgastado su vida, porque había escogido una profesión en la que no podía lograr el reconocimiento del público. Los primeros instintos iniciales del joven lo habían conducido por buen camino, después de todo. El arte al cual se había consagrado era la única profesión en el mundo que podía armonizar de manera tan perfecta con las excentricidades y las virtudes de su carácter, y fundirse felizmente con cada uno de sus gozos y

tiernamente con cada una de sus penas; formaba parte de la vida tranquila, sencilla, inocente que, al darle incesante empleo, estaba en su naturaleza llevar. De no ser por el arte que lo protegía, ¡qué disfraces pedantes, qué neblinoso clima social de convencionalismos de clase habrían extinguido a ese hombre en los mundos oficinesco, legal, mercantil, militar, naval o elegante, si cualquiera de ellos lo hubiera atrapado en sus redes! ¿Dónde habrían quedado, entonces, su vivaz entusiasmo, que nada lograba desalentar; sus inveteradas rarezas de pensamiento, lenguaje y acción que hacían que todos sus amigos se rieran de él y lo bendijeran a continuación; sus afectos, tan viriles en su firmeza, tan femeninos en su ternura, tan infantiles en su seguridad franca y animosa que no temían ni el ridículo ni el engaño? ¿Dónde y cómo se habrían desvanecido todas esas características, de no haber sido por su arte, por ese espíritu inextinguible, siempre presente para preservar su calidez vital contra el frío exterior y mundanal? Los más sabios entre los amigos de Valentine, esos que siempre meneaban la cabeza con aire burlón cuando se mencionaba su nombre, fueron al menos lo suficientemente sabios como para no plantearse esas embarazosas preguntas.

Hasta aquí, entonces, la historia de la vida del pintor. Estamos ahora en condiciones de trabar conocimiento con él en la atmósfera adecuada: la de su estudio.

CAPÍTULO II

EL SEÑOR BLYTH EN SU ESTUDIO

El tiempo era de invierno, no tan crudo como el de un día invernal de noviembre que quizás algunos recordemos al recordar lo sucedido en la Plaza Baregrove catorce años antes, sino una mañana de enero de aire frío y estimulante. El paisaje campestre que se divisaba desde las ventanas traseras de la casa del señor Blyth, que se alzaba en el límite más extremo del nuevo suburbio, estaba brillante y tenuemente engalanado para la salida matutina del sol con su más fino atuendo de pura nieve. El cielo, de un frío azul, no exhibía ni una nube; todos los sonidos del exterior llegaban a los oídos con un eco cordial y exuberante; todos los hogares recién encendidos ardían brillante y resueltamente, sin necesidad de atizarlos; y los petirrojos daban saltitos expectantes en balcones y poyos de ventanas, como si sólo esperaran una invitación para entrar y calentarse, junto a sus prójimos de mayor tamaño, alrededor de la amable chimenea.

El estudio era una habitación grande y de puntal alto, iluminada por una claraboya, que se extendía a todo lo largo de un costado de la casa. Sus paredes estaban cubiertas del papel marrón más corriente, y la alfombra sólo ocupaba el centro del suelo. Los muebles más sobresalientes eran dos grandes caballetes colocados en ambos extremos de la habitación; cada uno servía de soporte a un cuadro de dimensiones considerables, y estaban cubiertos, por el momento, con un par de sábanas que daban la impresión de estar urgentemente necesitadas de un lavado. Había un bastidor con una gran cantidad de gavetitas poco profundas, algunas demasiado llenas como para poder abrirlas, otras demasiado llenas como para poder cerrarlas; había una plataforma movable en la cual colocar a los modelos, cubierta con una tela de un color rojo bastante apagado por el polvo; y una mesita cuadrada de madera de pino, y una gran mesa redonda de palo rosa, bastante maltrecha, ambas rebosantes de cuadernos de apuntes, portafolios, papel de dibujo con las puntas dobladas, pequeños recipientes de metal, pinceles desperdigados, espátulas, trapos de diversos tamaños manchados de pintura y aceite, lápices, tizas, portatizas, todo con un penetrante olor a aguarrás.

Finalmente, había una multitud de sillas, ninguna de las cuales, sin embargo, se parecía a las demás. En un rincón estaba una silla antigua de respaldo alto, llena de moho, con una palangana de agua sucia sobre el asiento. Junto al hogar, una silla barata de paja tejida en forma de pequeños hexágonos se apoyaba contra una silla de comedor con un cojín de crin de caballo. Delante del mayor de los dos cuadros, y muy cerca de una escalera portátil, se veía una banqueta propia de una oficina

destartalada. Sobre la plataforma para los modelos, una poltrona moderna, con el tapiz reducido a harapos, invitaba a todos los que posaban a un pintoresco reposo. Cerca de la mesa de palo rosa había un sillón y junto a las patas de la mesa de pino se apiñaban un pequeño catre y un escabel. En resumen, toda la enorme variedad de la ilustre familia de los Asientos estaba representada en un rincón u otro del taller de pintura del señor Blyth.

Todo el excedente de pequeños artículos que no cabían en los estantes, o sobre las mesas y las sillas, reposaba en cómoda confusión sobre el suelo. Al menos la mitad de un paquete de naipes parecía haber sido desperdigado allí. Un cuello de camisa, tres guantes, una bota, un zapato y media zapatilla; una media de seda y un par de manguitos de estambre; tres viejos programas de obras teatrales hechos una bola; un estuche de lápices, un abrecartas, una caja de dentífrico en polvo sin su tapa y una antiquísima trampa para gallinas ciegas virada bocabajo contribuían a enriquecer la heterogénea colección de desechos que cubría el piso del estudio. Y lo peor era que —como para demostrar que el pintor disfrutaba enormemente de sus hábitos desordenados— el señor Blyth había profanado jocosamente su arte haciéndolo imitar la basura donde, a decir verdad, ya había basura suficiente. Justo en el sitio por donde tenía que pasar todo el que entrara en la habitación, el señor Blyth había pintado sobre el suelo desnudo fieles reproducciones de una pluma de ave nueva y un pincel de pelo de marta de aspecto muy costoso, listos para ser pisados por todo pie que llegaba. Los nuevos visitantes daban fe de la fidelidad de esas imitaciones al inclinarse involuntariamente para recoger la pluma y el pincel falsos; y el señor Blyth disfrutaba siempre con la confusión y el asombro de cada nueva víctima tanto como si la broma fuera totalmente nueva en cada ocasión.

¡Ese era el estado del interior del taller de pintura desde que su dueño lo habitara por un período de poco más de dos meses!

El reloj de la iglesia del barrio acaba de dar las diez cuando unos pasos leves y ligeros se aproximan a la puerta del estudio. Un caballero entra, tropieza divertido con la pluma y el pincel pintados y, tras encaminarse al hogar, comienza a calentarse en él las espaldas, lanzando a su alrededor una mirada ausente y silbando «Gotas de brandy» en tono menor. El caballero es el señor Valentine Blyth.

Parece tener menos de cuarenta años, pero en realidad tiene poco más de cincuenta. Su rostro es redondo y sonrosado y no muestra ni una arruga. Tiene ojos grandes, negros y brillantes; no usa patillas, ni barba, ni bigote; lleva el pelo negro, espeso y rizado, sumamente corto; y su expresión es de una bondad nerviosamente cómica que no resulta fácil contemplar por primera vez sin dedicarle una sonrisa. Es alto y robusto, siempre usa pantalones muy ajustados y, por lo general, lleva las muñequeras sobre los puños de la chaqueta. Todos sus movimientos son rápidos e inquietos. Parece caminar casi siempre de puntillas, y cada vez que se mueve, da la

impresión de estar a punto de empezar a bailar, saltar o correr, sea bajo techo o en la calle. Cuando habla, tiene el extraño hábito de inclinar de repente la cabeza y mirar a la persona a la que se dirige por encima del hombro. Esa y otras pequeñas peculiaridades del mismo carácter poco elegante contribuyen a hacerlo el tipo de persona a quien, al conocerlo, todo el mundo le da la mano, pero ante el cual nadie se inclina. Los hombres lo eligen instintivamente como receptor de una broma, las jóvenes como confidente masculino de todos los flirteos sobre los que quieren hablar, los niños como intermediario para obtener el perdón por una falta o el premio de una tarde libre. Por otro lado, es decididamente impopular en el seno de esa numerosa clase integrada por los ingleses cuyos únicos tópicos de conversación son las molestias públicas y los abusos políticos; porque el señor Blyth, resueltamente, ve el lado positivo de todas las cosas y en su vida ha leído un editorial o un debate parlamentario. En resumen, los hombres de hábitos modelados por los negocios lo consideran un tonto, y las mujeres intelectuales de criterios independientes lo mencionan con aire de triunfo como una muestra excelente de la inferioridad del sexo masculino.

Aún silbando, el señor Blyth camina hasta una cazuela de barro situada en un rincón del estudio y saca de ella una pequeña paleta de porcelana que olvidó limpiar la última vez que la usó. Al recorrer la habitación con la vista en busca de un papel usado para depositar la pintura vieja casi seca que raspó con la espátula, los ojos del señor Blyth topan primero con la mesa de pino y con cuatro o cinco mensajes tirados de cualquier modo sobre ella.

Estima que los mismos pueden servirle para su propósito tan bien como cualquier otra cosa, de modo que los toma en sus manos, pero antes de hacer uso de ellos, lee su contenido por segunda vez, en parte por precaución, en parte debido al hábito de posponer toda acción que los hombres de su carácter ausente están siempre en peligro de contraer. Tres de las cartas están escritas con la misma letra enredada y llena de borrones. Ninguna es muy larga, y son obra de un antiguo conocido del lector, que ha cambiado un tanto en estatura y apariencia personal en el curso de los últimos catorce años. He aquí la primera de las misivas que Valentine lee en este momento:

Querido Blyth: Mi padre dice que los Teatros son la Guarida del Diablo, y que debo estar de regreso en casa a las once. Nunca hice nada malo en un Teatro que no hubiera podido hacer igual en cualquier otro sitio, a no ser que reír con una buena obra sea uno de los pecados nacionales de los que se pasa la vida hablando. ¡No podré resistirlo mucho más tiempo, ni siquiera por mi madre! Eres mi único amigo. Pasaré a verte mañana, así que, por favor, no salgas de casa. ¡Cuánto desearía ser un artista! Tuyo siempre,

Z. Thorpe, hijo

Sacudiendo la cabeza y sonriendo, el señor Blyth termina de leer la carta, le deja caer un pegote de pintura vieja y aguarrás en el centro, sobre las palabras «pecados nacionales», arroja el papel al fuego y coge la misiva número dos:

Querido Blyth: No pude ir ayer porque hubo otra discusión en casa y mi madre se echó a llorar, como era de esperar. A mi padre le dio por oler a humo de tabaco durante la oración de la mañana. Era mi chaqueta, que olvidé airear ante la chimenea la noche anterior, y mi padre se dio cuenta y dijo que no permitiría que fumara, porque conduce a la disipación; pero le dije (y es cierto) que muchos pastores fumaban. Me gustaría que visitaras nuestra casa y que pudieras dejar caer unas palabras en ese sentido. Querido Blyth, me siento sumamente desgraciado, porque me han quitado todos mis puros, pero soy sinceramente tuyo,

Z. Thorpe, hijo.

Un tercer mensaje se hace necesario para que la paleta quede libre de la pintura. El señor Blyth lee su contenido, con aire grave en esta ocasión, al tiempo que limpia rápidamente los últimos pegotes con el papel, hasta que éste se ve generosamente salpicado con todos los colores del arco iris.

La tercera carta de queja escrita por Zack prometía, sin duda, serias tribulaciones domésticas para el poder reinante en la Plaza Baregrove:

Querido Blyth: Me doy por vencido... al menos por el momento. Le confesé a mi padre mi deseo de ser artista, y que habías dicho que yo tenía una buena noción de la línea y buen ojo para dibujar del natural; pero fue lo mismo que si me estuviera dirigiendo a uno de tus caballetes. Tiene la intención de convertirme en un hombre de negocios. Y, en consecuencia, heme aquí, desde hace tres semanas, en la oficina de un Corredor de Té, en la City. Todos dicen que es una buena oportunidad para mí, y hablan de la respetabilidad de las carreras comerciales. Yo no quiero ser respetable y detesto las carreras comerciales. ¿Qué sentido tiene obligarme a trabajar en la oficina de un comerciante, si soy incapaz de repetir las tablas de multiplicar? Pregúntale a mi madre: ¡ella te lo dirá! ¡Imagíneme recorriendo almacenes de té en sucios barrios judíos como St. Mary-Axe, para tomar muestras, con un bolso azul para transportarlas; y un sucio oficinista que se limpia la pluma en el pelo y me enseña cómo doblar el papel para envolver un paquete! ¿Acaso no es suficiente pensar en eso para hacerme hervir la sangre? ¡No puedo continuar, y no continuaré de esta manera! Por favor, asegúrate de estar mañana en casa; iré a hablar contigo acerca de cómo empezar a aprender a ser un artista. El oficinista hará mi trabajo de toma de muestras en la mañana, y nos encontraremos en la tarde, después de que te haya visto, en un mesón; después regresaremos a la oficina como si nos hubiéramos pasado todo el día juntos, como de costumbre. Siempre tuyo,

Z. Thorpe, hijo

PS. Ya he tomado una decisión: si sucede lo peor, me iré de casa.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —exclama con tristeza Valentine frotando la paleta con un trapo hasta dejarla limpia—. Me pregunto en qué terminará todo esto. El viejo Thorpe, con su terca severidad, va a empujar a Zack a cometer un acto desesperado. ¿Dice que vendrá mañana? —continúa el señor Blyth al tiempo que se acerca al más pequeño de los cuadros colocados sobre sendos caballetes en los dos extremos de la habitación—. ¡Qué vendrá mañana! Nunca les pone fecha a sus cartas; pero supongo que como esta llegó anoche, mañana quiere decir hoy.

Mientras pronuncia esas palabras y mira el cuadro con aire ausente, Valentine retira la sábana que cubre el lienzo y deja al descubierto un Paisaje Clásico de su autoría.

Si no hubiera logrado nada más con esa pintura que ahora contemplaba, el señor Blyth habría al menos alcanzado uno de los grandes objetivos de todo el Arte Clásico,

ya que no evocaba nada familiar, simple o agradable previamente existente en la naturaleza. En el primer plano de la composición se alzaban las tres ruinosas columnas larguiruchas, las bacantes en plena danza, el filósofo meditabundo, la vegetación color caoba y los árboles sin ramas y rodeados de arbustos con los que todos hemos llegado a familiarizarnos desde la infancia gracias a las «composiciones clásicas». En medio de la escena corría ese río maravilloso que siempre se riza con las mismas ondas regulares; y en él, las mismas falúas en peligro de zozobrar, con los mismos juerguistas bermellones y azules que tañen sus liras sobre cubierta. En las márgenes, donde quedaba más espacio para ella, aparecía nuestra antiquísima amiga, la Ciudad arquitectónica, en la que nadie podría vivir, ya que está compuesta solamente de templos, torres, monumentos, escaleras y asombrosas hileras de pilares. En la distancia, nuestras montañas azules favoritas eran, en el cuadro de Valentine, tan azules y puntiagudas como de costumbre; y nuestro pálido sol amarillo, que goza de tan general aprobación, seguía desfigurado por el mismo ataque de ictericia que ha sufrido desde que las composiciones clásicas le prohibieron refugiarse detrás de una nube amiga.

Tras permanecer un par de minutos delante de su cuadro, en amorosa contemplación de sus bellezas, Valentine vuelve a emprender la preparación de su paleta.

Como la abeja que va y viene caprichosamente entre las flores, como la mariposa que vuela en zigzag de uno a otro punto soleado del muro del jardín, o como la anciana que corre de un ómnibus a otro en el Elephant and Castle^[3] antes de descubrir el que quiere abordar; como el campesino que sube por una calle y baja por otra antes de encontrar el camino a su destino en Londres, el señor Blyth va y viene, revolotea, corre y se equivoca a toda prisa por todo su estudio en busca de las pinturas que debían estar en su maletín, pero que no se encuentran allí. En medio de ese registro de la habitación, sus piernas tropiezan con un gran tablero de dibujo sobre el cual hay una hoja de papel en blanco. Ese tablero parece recordarle al señor Blyth algún deber relacionado con él. Lo coloca entre dos sillas, en un lugar donde le llega una buena luz; después se acerca a un estante donde hay unas figuras de yeso y toma un busto de la Venus de Medici, que coloca a continuación sobre su vieja banqueta de oficina, frente a las dos sillas y el tablero de dibujo. Justo en el momento en que concluye esos preparativos, se abre la puerta del estudio y un miembro muy importante del hogar del pintor —que aún no ha sido presentado al lector, y que no tiene ningún parentesco ni con Valentine ni con su esposa— entra en la habitación.

Esa misteriosa persona que el señor Blyth alberga bajo su techo es una joven.

Viste de manera linda y sencilla, con un atuendo inspirado en el de los cuáqueros. Su traje es de color gris claro y está cubierto por un bonito delantalcito negro atado arriba a un cuello con volantes. Las mangas del vestido se ajustan al brazo y terminan

en las muñecas en puños de aspecto pintoresco de encaje antiguo, el único adorno que la joven lleva sobre su persona. Resulta imposible describir cuán deliciosamente suave, vivaz, fresca, pura y delicada es la joven, aunque sólo sea como un objeto para la contemplación en comparación con el sórdido ambiente que impera en el estudio por el que ahora avanza. Los observadores más agudos, de verla en este momento, no detectarían nada en su rostro o en su figura, sus maneras o sus costumbres, que sugiriera ni siquiera levemente un misterio impenetrable o una desgracia insuperable. Y, sin embargo, ella es la única habitante del hogar del señor Blyth que es blanco de miradas indiscretas cada vez que se retira; es la única persona cuya existencia misma es comentada por los vecinos del pintor con el invariable acompañamiento de encogimientos de hombros, suspiros y miradas de lamentación; cuyo «caso» siempre se califica compasivamente de «lamentable», cada vez que surge en el curso de la conversación alrededor de las mesas de comedor y o las mesitas de té en el nuevo suburbio.

En este mundo, o al menos en su porción civilizada, resulta fácil dividir a todos en dos clases, socialmente hablando. Si no somos personas de las cuales otros hablan, entonces sin duda somos personas que hablan acerca de otras. La joven que acababa de entrar en el taller de pintura del señor Blyth pertenecía al primer grupo de seres humanos.

Parecía condenada a que sus congéneres la usaran como tema constante de conversación. Incluso su rostro —simplemente en tanto que rostro— no lograba escapar de ser objeto de un perpetuo debate, y eso por parte de los amigos de Valentine, quienes la conocían bien. Era lo más extraño del mundo, pero ninguno de ellos podía estar de acuerdo con otro (excepto en un cierto punto que se mencionará a continuación) en cuanto a cuál de sus atractivos personales debía merecer primero una general aprobación, o señalarse como el que más merecía la admiración de todos los adoradores de la belleza.

Veamos sólo cuatro o cinco ejemplos de lo anterior. Estaba el caso del señor Gimble, el cortés tratante de obras arte y buen amigo de Valentine, quien declaraba que el encanto principal de la joven era su tez —su blanca, clara, maravillosa tez— que ningún artista vivo, por más que se esforzara o por más grande que fuera, sería capaz de llevar al lienzo. Y también estaba el caso de la Condesa Viuda de Brambledown, la vivaracha anciana aristócrata, de quien la mayoría pensaba que estaba «un poco chiflada» y que era visitante habitual del estudio del señor Blyth después de que en cierta ocasión le encomendara pintar un grupo compuesto por su exótico servicio de té de porcelana y su manguito predilecto. La anciana difería enteramente de la opinión del pequeño tratante de obras de arte. «¡Sandeces!», había exclamado Su Excelencia, desdeñosa, al escuchar un día la opinión del señor Gimble. «Puede que el hombre sepa algo de pintura, pero es un idiota en lo que respecta a las

mujeres. ¡Así que su tez! Yo podría fabricarme una tez igualmente hermosa (nosotras las ancianas también somos pintoras en cierto sentido, Blyth). No me hable de su tez. ¡Son sus ojos! ¡Sus incomparables ojos azules, que habrían vuelto locos a los jóvenes de mi época; locos, le doy mi palabra de honor! En los días de mi juventud, no habría habido un caballero —y entonces sí que había caballeros— que no se hubiera sentido feliz de fugarse con ella sólo por sus ojos; y lo que es más, de pegarle un tiro al hombre que se atreviera a decir: ¡Detenedlo! ¿Así que la tez, señor Gimble? ¡Ya le daré yo tez la próxima vez que vaya a su galería de pintura! Tome una pizca de rapé, Blyth, y no vuelva a repetir esas tonterías en mi presencia».

Estaba el señor Bullivant, el joven y entusiasta escultor, con su rala melena de cabello rubio como el lino y su cara regordeta y cerúlea, que escribía poesía y que había hecho palpable, en varios sonetos, que su opinión difería por completo, en lo que concernía a la joven, de la Condesa Viuda de Brambledown y del señor Gimble. Ese caballero le cantaba elocuentemente en el papel —empleando para ello, por cierto, un epíteto profesional— a su «boca cincelada».

Que al exhalar hablaba de raptos y del balsámico Sur

Se explayaba acerca de

*Sus dulces labios que sonrían al hoyuelo,
Cuyo caudal de besos ansiarían los dioses...*

... y mucho más en ese mismo estilo sensiblero. Dicho en buena prosa, el ardoroso Bullivant estaba a favor de la parte inferior del rostro de la joven, y no la dejó tranquila, ni tampoco al señor Blyth, ni a nadie más en la casa, hasta que obtuvo permiso para hacerle una mascarilla.

Por último estaba el padre de la señora Blyth, un pacífico y anciano caballero, con un catarro perenne, quien milagrosamente había vivido hasta alcanzar el límite de la existencia humana, como les suele ocurrir a los hombres muy pobres con familias muy numerosas, que estarían mucho mejor en el otro mundo que en este. Estaba allí, pues, este grabador levemente enfermo, de voz muy baja y continuos resoplidos a quien, al preguntársele qué era lo que más admiraba de ella, respondió que creía que su pelo, «que era de un color castaño claro tan hermoso; o quizás, la pose tan atractiva de su cabeza al caminar, o tal vez sus hombros... o podría ser que su cabeza y sus hombros». Su opinión, decía, no es que «fuera gran cosa en cuestiones de gusto», razón por la cual «rogaba que lo perdonaran por expresarla». Al decir eso sobre su opinión, el digno grabador se hacía a sí mismo una gran injusticia, porque si el padre de ocho hijas no logra aprender (filoprogenitivamente hablando) a ser un buen juez de la belleza de las mujeres, ¿quién conseguiría serlo?

No obstante, había un punto en el cual el señor Gimble, Lady Brambledown, el señor Bullivant, el padre de la señora Blyth y docenas de otros amigos estaban todos de acuerdo, sin ninguna excepción discordante.

Todos afirmaban unánimemente que los rasgos de la joven eran muy próximos a los rasgos de la inmortal Madonna que ha hecho que se asocie para siempre la idea de la belleza al nombre de Rafael. El parecido les resultaba obvio a todos, incluso a quienes sólo estaban ligeramente familiarizados con el cuadro, desde el mismo momento en que posaban sus ojos sobre ella. Vistas en detalle, era fácil encontrarles defectos a sus facciones. Era posible dictaminar que sus ojos eran demasiado grandes, su boca demasiado pequeña, y su nariz insuficientemente griega para el gusto de algunos. Pero el efecto general de esos rasgos, la forma de su cabeza y su rostro, y especialmente su expresión habitual, les hacían recordar inmediata e irresistiblemente a todos los que la contemplaban la imagen de suavidad, pureza y delicadeza femeninas que las «Madonnas» de Rafael han grabado en todas las memorias civilizadas.

Era debido a ese extraordinario parecido que su nombre inglés de Mary había sido sustituido e italianizado desde un principio por el señor y la señora Blyth, y por todos sus amigos íntimos, por el de Madonna. Una o dos personas extremadamente estrictas y extremadamente tontas criticaban una aplicación tan familiar de ese nombre, sobre la base de que se prestaba, en cierto sentido, a acusaciones de frivolidad. Por lo general, al señor Blyth no se le ocurrían respuestas rápidas; pero en ese caso tenía tres respuestas listas antes de que las objeciones hubieran terminado de salir de las bocas de sus amigos.

En primer lugar, decía que él y sus allegados empleaban el nombre sólo en un sentido artístico y sólo en referencia a los cuadros de Rafael. En segundo término, buscaba un diccionario de italiano para demostrar que la palabra «Madonna» tenía un segundo significado en ese idioma: simple y literalmente el de «mi señora». Y, para concluir, demostraba históricamente que «Madonna» se había empleado en la antigüedad como un prefijo que se adjuntaba al nombre de las mujeres italianas, y citaba, por ejemplo, a «Madonna Pía», a quien recordaba en ese momento ya que en cierta ocasión había pintado un cuadro con una de las escenas de su terrible historia. Esos argumentos silenciaban todas las críticas, y la joven era, por tanto, más conocida en la casa del pintor por el nombre de Madonna que por el de Mary.

Al entrar ahora en el estudio, Madonna avanzó hasta llegar junto a Valentine, y posó sus manos suavemente sobre los hombros del pintor para empinarse y que este la besara en la frente. Después bajó la vista a la paleta, y al percatarse de que aún faltaban en ella algunos colores, comenzó inmediatamente a buscarlos en el maletín de dibujo. Los encontró al momento y le dirigió al señor Blyth una mirada traviesa de interrogación y triunfo. El pintor asintió, sonrió y le alcanzó la paleta para que la

propia joven pusiera en ella las pinturas. Después de hacerlo con mucho cuidado y delicadeza, la joven recorrió la habitación con la vista y vio de inmediato el busto de Venus colocado sobre la banqueta.

En cuanto el señor Blyth vio la dirección que tomaban sus ojos, le alcanzó un portatizas con una tiza negra a la que le había sacado punta cuidadosamente en los últimos minutos. Madonna lo tomó con una reverencia burlona y un ligero mohín, como si dibujar la Venus no fuera una tarea muy de su agrado; sonrió al ver a Valentine sacudir la cabeza y fruncirle el entrecejo bromeando; y después se dirigió al tablero de dibujo y se sentó frente a la Venus, posición en la que se hacía evidente una contradicción como nunca existiera antes con la idea clásica de belleza expresada en el busto que estaba a punto de copiar.

El señor Blyth, por su parte, se puso a trabajar al fin en el Paisaje; comenzó a retocar a las bacantes que danzaban en el primer plano de su cuadro, cuyas escasas vestiduras clamaban a voz en grito por un poco de iluminación. Mientras el pintor y la joven se dedican laboriosamente a las tareas del estudio, hay tiempo para comentar una característica bastante insólita de la relación entre ambos, hasta donde ha sido posible advertirla en esta mañana invernal.

Desde que Madonna llegó a la habitación no le ha dirigido ni una palabra a Valentine, y Valentine (quien es capaz de hablar con bastante facundia consigo mismo) tampoco le ha dicho palabra. Nunca dijo «Buenos días» al besarla, ni «Gracias por encontrar mis pinturas perdidas», o «Ya dispuse la Venus, querida, para tu lección de dibujo de hoy». ¡Y ella, aun siendo mujer, no le ha hecho ni una pregunta desde que entró en el estudio! ¿Qué significa este absoluto y llamativo silencio entre dos personas cuyos ojos revelan tanto afecto cada vez que se encuentran?

¿Se trata de uno de los misterios del hogar del pintor?

¿Quién es Madonna?

¿Cuál es su nombre verdadero, además de Mary?

¿Es Mary Blyth?

Unos años antes, a Valentine le sucedió una aventura extraordinaria en el circo de una Compañía Ecuestre ambulante. En esa aventura, y en los extraños resultados que produjo, yace encerrada la pista que conduce al misterio del hogar del pintor y que descorre el velo de la historia de este libro.

CAPÍTULO III

LA INFANCIA DE MADONNA

En el otoño de 1838, la enfermedad de la señora Blyth ya había adoptado desde hacía algún tiempo la forma crónica que experimentó después muy escasas variaciones. Sufría pocos dolores, siempre que se mantuviera acostada. Pero la desorganización general producida por su limitación casi exclusiva a una única posición había comenzado a producirle, ya en ese período temprano, lamentables trastornos a su apariencia personal. Sobrellevaba esa mortificante desgracia con el mismo valor y la misma resignación con que sobrellevara la primera gran calamidad producida por su incurable enfermedad. Valentine nunca demostró que la considerara cambiada; su bondad era tan constante y afectuosa como lo fuera siempre, en los primeros días felices de su matrimonio. Animada por ello, Lavinia tenía el coraje suficiente para soportar todos sus infortunios con paciencia y para encontrar motivos de felicidad donde otros sólo habrían descubierto razones para la pena.

El cuarto en que vivía ya estaba, gracias a la sacrificada laboriosidad de Valentine, mejor amueblado que cualquier otra habitación de la casa, pero aún no exhibía la apariencia lujosa que alcanzaría en años posteriores.

Cierto que en fecha tan temprana como el otoño de 1838 ya estaba allí el encantador librero de madera de arce y marfil, con sus volúmenes hermosamente encuadernados, colocados con colorida regularidad en sus anaqueles. No obstante, no habría formado parte en esa época de los muebles de la habitación de la señora Blyth si su esposo no se hubiera procurado los medios para pagarlo, aceptando para ello una invitación profesional a viajar al interior, que había recibido de antemano, y que le permitió afrontar los terrores de la cuenta del tapicero.

La invitación en cuestión le había sido enviada por un sacerdote amigo, el reverendo doctor Joyce, párroco de St. Judy, en la importante población agrícola de Rubbleford. Valentine había hecho una acuarela de uno de los pequeños hijos del doctor cuando la familia de la casa parroquial viajara a Londres durante unas vacaciones, y a su regreso, el digno clérigo les había enseñado el cuadro a todos sus vecinos. Hay que señalar que aunque el señor Blyth no siempre tenía gran éxito como retratista de adultos, siempre salía victorioso cuando se trataba de niños. Retrataba a todos los infantes según un plan ingenioso: les pintaba los ojos más redondos, las mejillas enrojecidas más mofletudas, las sonrisas de más sereno buen humor y los gorritos más lindos y blancos que se vieran jamás sobre el papel. Si bien los padres y sus amigos del sexo masculino rara vez apreciaban la fidelidad de sus retratos, las madres y las nodrizas invariablemente compensaban la falta de gusto de sus

congéneres varones. De ahí que, casi como asunto de sentido común, la exhibición local del cuadro del doctor le produjera ofertas de empleo a Valentine para pintar cuadros de infantes. Tres familias residentes en la localidad decidieron inmediatamente encargarse retratos de sus hijos, siempre que el pintor se trasladara a sus casas para dibujar a los modelos. Un propietario rural soltero de la zona, que era amante de los deportes, también le hizo un encargo, pero de otro tipo. Ese caballero llegó a la conclusión (mediante un proceso lógico que resulta imposible reconstruir) que un hombre que pintaba tan bien a los niños necesariamente sería un maravilloso pintor de caballos, y decidió, en consecuencia, que Valentine debía pintar a su celebrado caballo de monta. Al escribirle a su amigo para informarle de esas ofertas, el doctor Joyce añadió personalmente otra solicitud profesional, a manera de adecuada conclusión de su misiva. Se trataba, por tanto, de cinco encargos, que producirían lo suficiente —aun con los reducidos precios de Valentine— para pagar no sólo el nuevo librero, sino también los libros que poner en él cuando regresara a su hogar.

Tras dejar a su esposa a cargo de dos de sus hermanas, a quienes les prohibió que salieran de la casa hasta su regreso, el señor Blyth partió hacia la casa parroquial; y una vez allí, se puso a trabajar con los niños con un celo y un buen humor que le ganaron rápidamente el corazón de las madres y las nodrizas, y aumentaron mucho su reputación en Rubbleford en el curso de unos pocos días. Después de dibujar los retratos infantiles, que fueron la admiración de todos, emprendió el cuadro del caballo del hacendado. En ese caso se enfrentó a ciertas dificultades. El caballero amante de los deportes se quedaba contemplando el cuadro mientras lo pintaba; lo abrumaba contándole la genealogía del caballo; quería que pintara al animal de la manera menos pintoresca; y le prohibió en los términos más severos toda introducción de «tonos», «luces y sombras» o cualquier simple aderezo artístico en todo el lienzo. En resumen, el propietario rural quería un cartel en vez de un cuadro, y terminó por obtener lo que deseaba, para su contento.

Una tarde, cuando Valentine —quien aún se encontraba totalmente inmerso en las dificultades inherentes a dibujar el caballo— regresaba a la casa parroquial tras un día de trabajo, su atención se sintió súbitamente atraída en la calle Mayor de Rubbleford por un cartel de vivos colores pegado en un muro frente al mercado.

Inmediatamente se unió a la multitud de rústicos congregados en torno al colorido y aparatoso papel y leyó en su encabezamiento, escrito con grandes letras azules: «El Circo de Jubber: La Octava Maravilla del Mundo». A continuación, en letra más pequeña, había un texto que nadie se molestaba en leer. Pero debajo de ese texto aparecía una perfecta constelación de letras escarlatas de forma caprichosa que fascinaba a cuantos lo miraban y le informaba al público que la compañía ecuestre incluía a «la Señorita Florinda Beverley, conocida» (en ese punto las letras se

tornaban súbitamente verdes) «dondequiera que se habla el idioma inglés como la Emperatriz Amazónica de la Equitación». Ese anuncio estaba seguido por los nombres de miembros de menor categoría de la compañía; por un programa de la función de esa noche; por testimonios tomados de la prensa de provincias; por ilustraciones de caballeros de gruesas pantorrillas y calzones adornados con lentejuelas, y de damas de rostros sonrientes, enaguas poco pudorosas y piernas que hacían piruetas. Esas ilustraciones y los detalles que las precedían fueron cuidadosamente asimilados por todos los vecinos del señor Blyth, pero el propio señor Blyth no les hizo ningún caso. Su mirada había ido a clavarse en algo que estaba al final del anuncio y que inmediatamente reclamó toda su atención.

En ese sitio volvían a aparecer las letras rojas para formar las siguientes palabras entre signos de admiración:

¡LA MISTERIOSA NIÑA EXPÓSITA!
¡¡DE DIEZ AÑOS DE EDAD!!
¡¡¡TOTALMENTE SORDOMUDA!!!

Debajo había una explicación de lo que las letras rojas anunciaban, que ocupaba no menos de tres párrafos de caracteres pequeños y gruesos, cada una de cuyas palabras Valentine devoró con avidez. He aquí lo que leyó:

El señor Jubber, en su condición de propietario del renombrado Circo, tiene el honor de informarle a la nobleza, los propietarios rurales y el público en general que la mencionada maravillosa Niña Sordomuda aparecerá en el entreacto entre la primera y la segunda parte de la función de la noche. El señor J. se ha tomado la libertad de bautizar a esta Maravilla de la Naturaleza con el nombre de la Misteriosa Niña Expósita, ya que nadie sabe quién es su padre y su madre murió poco después de su nacimiento, dejándola antes a cargo de la Compañía Ecuestre, cuyos miembros se han convertido en sus cariñosos padres y atentos tutores desde ese entonces.

Originalmente se la celebró en los anales del Circo Jubber, también conocido como la Octava Maravilla del Mundo, con el nombre de Hija Huracanada del Desierto, ya que encarnó ese personaje cuando a la edad de siete años la llevaba por los aires Mulah Ben Hassan, el renombrado Explorador del Sahara, en su intrépido acto de Equitación, exhibido, ante el terror de toda Inglaterra, en el Circo Jubber. En esa época su oído y su habla eran perfectos. Pero el señor J. lamenta profundamente manifestar que poco después sufrió un terrible accidente. Sin que haya mediado culpa alguna del Explorador (quien, abrumado por sus sentimientos como resultado del terrible accidente ya mencionado ha regresado a sus remotos parajes nativos convertido en un hombre taciturno y desconsolado), se le escapó a éste de las manos cuando los tres caballos sobre los que montaba el fogoso pero humanitario árabe iban a todo galope, y cayó, por más terrible que resulte contarle, fuera de la Pista, sobre el piso de madera del Circo. Se la creyó muerta. El señor Jubber se procuró de inmediato la inestimable asistencia de un Facultativo, quien se percató de que aún vivía y le entablilló el brazo, que se le había roto. Sólo después se descubrió que había perdido completamente el sentido de la audición. Para usar el lenguaje enfático empleado por los señores doctores (que hablaban todos con lágrimas en los ojos) la conmoción la había dejado sorda como una tapia. En esas tristes circunstancias, la facultad del habla pronto la abandonó; y, por tanto, en este momento es Totalmente Sordomuda, aunque el señor J. se felicita de poder decir que, a pesar de ello, es muy alegre y goza de buena salud.

Como el señor Jubber es también padre de familia, se atreve a pensar que estos pequeños detalles le pueden resultar de algún interés a un Público Inteligente, Compasivo y Benevolente. Para concluir, mencionará simplemente que la actuación de la Misteriosa Niña Expósita exhibe una perfección hasta el

momento sin paralelos en el Arte de la Prestidigitación, y que sus trucos con los naipes, de una complejidad imposible de descubrir, son originalmente resultado de los abstrusos cálculos realizados por el renombrado matemático Mohammed Engedi durante una década, a partir del año 1215 de la Cronología árabe. Más que esto, el señor Jubber no se atreve a decir, porque es necesario «Ver para creer» y hay que ver a la Misteriosa Niña Expósita para creer en lo que hace. Para los precios de la entrada, ver al pie de este anuncio.

El señor Blyth leyó esta narración grotescamente chocante con sentimientos que no eran nada halagadores en lo referido al gusto, la delicadeza y la humanidad del gárrulo señor Jubber. No obstante, consultó el pie del anuncio, como se sugería, y verificó el precio de las entradas; después le echó una mirada a la parte superior y se percató de que la primera función estaba fijada para esa misma tarde; miró con aire ausente a su alrededor durante uno o dos minutos y decidió asistir a ella.

La decisión de Valentine no se derivaba, sin duda alguna, de esa terrible insensibilidad a todo decoroso respeto al sufrimiento humano que se regodea en el espectáculo de una calamidad exhibida por unas monedas, personificada, en este caso, por una niña sordomuda de diez años de edad. Sus motivos para asistir a la función circense no estaban maculados ni por la más leve sombra de esa infamia. ¿Cuáles eran, entonces? Ni él mismo habría podido responder esa pregunta: le resultaba frecuente no conocer sus propios motivos, generalmente porque no se preguntaba por ellos. Hay hombres que corren hasta perder el aliento, hombres que caminan cautelosamente y hombres que recorren sin prisas el sendero de la vida. Valentine pertenecía a esta última clase; y como los demás miembros de su grupo, a menudo doblaba una esquina sin que fuera capaz de darse cuenta del propósito que lo había animado a tomar esa dirección. Nuestros destinos nos fabrican el futuro con extraños materiales: un circo ambulante le bastó al del señor Blyth, en primera instancia, para fabricarle a ese caballero un nuevo futuro.

Valentine fue primero a la casa parroquial para decir adónde iría y para tomar una taza de té; y después se apresuró a llegar al circo, que estaba en un terreno en las afueras del pueblo.

Cuando llegó, hacía algún tiempo que la función había comenzado. La Emperatriz de las Amazonas (conocida también por el nombre de señorita Florinda Beverley) danzaba voluptuosamente sobre el lomo de un caballo pío de nariz romana que marchaba a medio galope. La Emperatriz daba vueltas y vueltas, llevando el ritmo sobre la montura con sus piernas imperiales al compás de «Brindemos, mujer querida», interpretado con mucho sentimiento por la banda. De repente la melodía cambió; ahora era la de «Ved venir al héroe conquistador»; el caballo pío aumentó su velocidad; la Emperatriz alzó una bandera en una mano y una jabalina en la otra y comenzó a abatir a enemigos invisibles en el vacío, a todo galope (circense). El resultado que eso produjo en el público fue prodigioso; sólo el señor Blyth permaneció en su asiento inmovible. ¡En opinión de ese pintor antiamazónico, la señorita Florinda Beverley ni siquiera era una buena modelo para dibujar piernas!

Cuando la Emperatriz fue reemplazada por un Guerrillero Español que robaba, asesinaba, bailaba, jaraneaba y enamoraba a lomos de un caballo color crema, y cuando el Guerrillero fue reemplazado por un payaso que realizaba contorsiones sobrehumanas y contaba chistes al por mayor sin el menor aspecto de estar realizando un esfuerzo intelectual, el señor Blyth siguió sin hacer ninguna demostración de asombro o de placer. Fue sólo cuando sonó una campana entre la primera y la segunda parte del espectáculo, y la banda comenzó a tocar «Gentil Zitella» que dio algunas señales de animación. Entonces, de repente, se puso de pie, bajó hasta un banco que estaba próximo al murito que separaba la pista del público y clavó los ojos en una puerta que quedaba enfrente, cubierta por una deshilachada cortina roja con un borde de oropel.

Por la puerta salió el mismísimo señor Jubber, ataviado con unos pantalones blancos con una franja dorada y una chaqueta verde con hombreras militares. Tenía ojos grandes y atrevidos, un bigote teñido, mejillas gruesas y flácidas, el pelo largo partido al medio, un cuello marinero con un pañuelo color rosa, y era, en todos y cada uno de los aspectos, el trotamundos de las tablas de aspecto más atroz que se haya pintarrajeado una cara de tunante. Llevaba de la mano a la niña sordomuda cuya desgracia había propalado entre toda la población de Rubbleford.

El rostro y las maneras de la niña cuando caminó hasta el centro del circo, hizo su inocente reverencia y besó su mano, les llegaron al corazón de inmediato a todos los concurrentes. La recibieron con tantos aplausos que habrían asustado a una actriz hecha y derecha. Pero ni una nota de esas voces que le daban vítores, ni un aliento del sonido de esas manos que aplaudían con tanto vigor llegaba a sus oídos; ¡veía que le daban la bienvenida amablemente, pero eso era todo!

Cuando cedieron los aplausos, el señor Jubber pidió que una de las damas presentes le prestara un pañuelo y vendó aparatosamente los ojos de la niña. Después la cargó hasta subirla al ancho murito que rodeaba la pista y la guió para que lo recorriera (comenzando por el punto más cercano a la puerta por la que había entrado), al tiempo que invitaba a los espectadores a comprobar su total sordera mediante palmadas, gritos o cualquier ruido que desearan, cerca de sus oídos.

—¡Podrían disparar un cañón, damas y caballeros —dijo el señor Jubber— y no se sobresaltaría hasta que no oliera el humo!

En honor al público de Rubbleford hay que decir que la mayoría de sus miembros declinó la posibilidad de llevar a cabo esos experimentos para comprobar la sordera total de la pobre niña. Las mujeres dieron ejemplo de moderación al rogar que le quitaran el pañuelo para poder ver de nuevo sus lindos ojos. De inmediato se le retiró, y la niña comenzó a realizar sus trucos de magia con el señor Jubber y uno de los ayudantes de la pista, que oficiaban como sus asistentes, a cada lado. Los trucos eran de los más sencillos y comunes, y su atracción se derivaba de la inocente seriedad

con que la niña los ejecutaba y de la novedad que resultaba para el público comunicarse con ella escribiendo en una tablilla. No se cansaban de garrapatear preguntas, de decir «¡pobrecita!» y de besarla cada vez que se les presentaba la oportunidad, a medida que la niña le daba lentamente la vuelta al circo. «¡Sordomuda! ¡Ay, Dios, sordomuda!» era el compasivo murmullo general con que la recibían en cada grupo a medida que avanzaba; y el señor Jubber, invariablemente, añadía con una sonrisa:

—Como ven, damas y caballeros, a pesar de eso goza de una excelente salud y de muy buen ánimo: ¡es tan fuerte y feliz, les doy mi palabra de honor, como el mejor de nosotros!

Mientras la niña deleitaba a los espectadores de un lado del circo, ¿cómo se las ingeniaban para entretenerse los espectadores del otro lado, a cuyos asientos aún no había llegado?

Desde el mismo momento en que ella apareciera, un forastero alto, robusto y rubicundo que pareció perder la cordura en cuanto posó los ojos sobre la niña sordomuda les proporcionaba amplia diversión. El caballero se levantaba de un salto y se volvía a sentar una docena de veces por minuto, presa de la mayor agitación; se disculpaba constantemente cuando le llamaban la atención y repetía constantemente la ofensa un momento después. Palabras locas y misteriosas, nunca antes oídas en Rubbleford, brotaban de sus labios. «Belleza divina», «los ángeles de Fra Angélico», «el Giotto y los querubines», «es como para que baje del cielo el divino Rafael a pintarla». Esos eran algunos de los fragmentos de las frases que el enloquecido caballero mascullaba de manera incoherente y que llegaban a oídos de sus vecinos. La diversión que provocaba pronto llegó a su clímax gracias a la broma de un pasante de abogado, quien sugirió que el hombre estrafalario de la cara sonrosada debía ser, sin duda, el padre largo tiempo perdido de la «Misteriosa Niña Expósita». En consecuencia, se esperaban grandes cosas de lo que ocurriría cuando la niña llegara frente al banco que ocupaba el trastornado forastero.

Lenta, muy lentamente, la menuda figurita recorrió el ancho murito que circundaba la pista, hasta llegar cerca, muy cerca, del lugar donde estaba sentado Valentine.

¡Ah, qué triste espectáculo! ¡Tan encantadora, y sin embargo tan patética! ¿Nunca volvería a oír amables voces humanas, el canto de los pájaros, el placentero murmullo de los árboles? ¿Son mudos para ella todos los dulces sonidos que le cantan melodías de felicidad a la niñez? ¿No saldrán nunca de esos labios frescos y sonrosados palabras de gozo cuando corra a jugar bajo el sol? ¿Permanecerán perennemente silenciados los tonos cristalinos de su voz? ¿Será la tierna vida para siempre una cosa callada, impedida por la mudez de acceder al libre mundo de las voces? ¡Oh, ángel del juicio!, ¿le has arrebatado el oído y el habla a esta niñita para abandonarla en su

indefensa aflicción a la profanación de la que ahora es objeto? ¡Oh, espíritu de la misericordia, cuán largo tiempo han tardado tus blancos pies alados en llegar junto a esta víctima inocente, a esta oveja descarriada que no puede clamar al redil pidiendo ayuda! ¡Condúcela, ah, condúcela tiernamente al refugio que nunca ha encontrado! ¡Guíala, pura como es ahora, para que deje este lugar infecto y llegue a pastos más placenteros, donde las nubes no vuelvan a ocultar nunca más el sol de la bondad humana, y el Amor y la Compasión atemperen todos los vientos que soplen sobre ella con la delicadeza de una perpetua primavera!

Lenta, muy lentamente, la menuda figurita recorrió el gran círculo de espectadores, complaciendo obediente sus peticiones, esperando con paciencia que su curiosidad quedara satisfecha. Su agotador peregrinaje nocturno estaba por terminar. Había llegado junto al último grupo de asistentes que aún no la había examinado de cerca ni había visto los trucos que era capaz de realizar con sus naipes.

Se detuvo frente a Valentine, y cuando levantó la vista fue sólo a él a quien miró.

¿Había algo en la ansiosa simpatía de sus ojos al encontrarse con los de ella que le habló al corazoncito solitario en el único idioma que podía entender? ¿Acaso la niña, con el rápido instinto de los sordomudos, leyó en la expresión del rostro del hombre su disposición, su compasión y su ansia de ayudarla? Puede que fuera así. Sus bellos labios le sonrieron como no le habían sonreído a nadie más esa noche, y cuando extendió los naipes para que escogieran algunos, no se fijó en las manos ansiosas que se tendían a ambos lados de él, sino que se los presentó sólo a Valentine.

Valentine vio el temblor de los deditos que sostenían los naipes; vio los hombros delicados y el cuello y el pecho adornados con lentejuelas y joyas de fantasía baratas; vio el joven rostro inocente, cuya pura belleza no era capaz de desfigurar ningún pringue de pintura para el escenario, con la sonrisa aún en los labios entreabiertos, pero con una paciente desolación en los tristes ojos azules, como si el sentido de la vista que le quedaba llorara siempre por los sentidos del oído y del habla desaparecidos. Valentine advirtió todo eso en un instante y sintió que el corazón se le encogía al verla. Su vista se empañó; una sensación sofocante oprimió su respiración; las luces del circo comenzaron a bailar y mezclarse ante sus ojos; se inclinó sobre la mano de la niña y la tomó en la suya; la besó dos veces con fervor; y entonces, para total sorpresa de la multitud sonriente que lo rodeaba, se incorporó súbitamente y se marchó dando tropezones, como si huyera para salvar su vida.

En el público se produjo una confusión momentánea. Pero el señor Jubber llevaba demasiado tiempo en las labores teatrales de todo tipo como para no saber poner fin de inmediato al creciente tumulto y convertirlo en un aplauso universal.

—Damas y caballeros —exclamó con un profundo y teatral temblor en la voz— les ruego que permanezcan en sus asientos y que excusen la conducta de la persona que acaba de ausentarse. El talento de la Misteriosa Niña Expósita ha afectado de la

misma manera a diversas personas en todas las ciudades de Inglaterra. ¿Me equivoco al pensar que el público de Rubbleford es capaz de dispensar amablemente la conducta de sus prójimos más débiles? ¡Gracias, mil gracias en nombre de esta encantadora y talentosa niña, por la cordial, la generosa, la afectuosa, la inestimable acogida que le han dado a su actuación de esta noche!

Tras esa perorata, el señor Jubber se llevó a su pupila de la pista en medio de los más vehementes vítores y un ondear de sombreros y pañuelos. Estaba demasiado entusiasmado por su triunfo como para advertir que la niña, que lo seguía, se quedó mirando hasta el último momento, con aire de nostalgia, en dirección al punto por el que había salido Valentine.

—Al público le gustan las emociones —rezaba el soliloquio del señor Jubber mientras desaparecía tras la cortina roja—. Todo esto debe aparecer en los anuncios de mañana. Rendirá al menos treinta chelines extras en la función de la noche.

Mientras tanto, Valentine, tras probar varias puertas equivocadas, al fin encontró la salida del circo y se detuvo, a solas, en el húmedo césped, bajo la luz de luna de un cielo otoñal sin nubes. Dio un fuerte golpe con su bastón en el suelo, que en ese momento representaba para él la cabeza del señor Jubber, y estaba a punto de regresar a la casa parroquial cuando oyó una voz anhelante que decía a sus espaldas:

—¡Deténgase, caballero! ¡Oh, por favor, deténgase un instante!

Giró en redondo. Una mujer de amplio busto ataviada con una túnica barata reducida a harapos corría hacia él tan velozmente como se lo permitían sus impedimentos naturales para un avance más rápido.

—Por favor, caballero —exclamó la mujer—. Por favor, caballero, ¿no fue usted quien se comportó de manera tan extraña al ver a nuestra Niña Expósita? Yo estaba echando una ojeada a través de la cortina roja justo en ese momento.

En vez de responder la pregunta, Valentine comenzó al instante a hablar con entusiasmo del rostro de la niña.

—¡Oh, caballero! —lo interrumpió la mujer—, ¡por Dios, si sabe algo acerca de ella no vacile en decírmelo! Simplemente soy la señora Peckover, señor, la esposa de Jemmy Peckover, el payaso que ha visto en el circo esta noche. Pero me hice cargo de la pequeñita y la crié, porque ese fue el deseo de su madre; y desde entonces...

—Mi querida, mi buena señora —dijo el señor Blyth—, no sé nada de la pobre criaturita: Sólo desearía desde el fondo de mi corazón poder hacer algo para ayudarla y hacerla feliz. ¡Si Lavvie y yo hubiéramos tenido como hija un ángel como ella —continuó Valentine, agarrándose las manos fervorosamente—, así, sordomuda como es, le habríamos dado gracias a Dios todos los días de nuestra vida!

Dio la impresión de que la señora Peckover no estaba muy acostumbrada a escuchar tales sentimientos expresados por desconocidos. Se quedó mirando fijamente al señor Blyth mientras dos lagrimones se deslizaban por sus rollizas

mejillas.

—¡Señora Peckover! ¡Peck! ¿Dónde estás? —clamó una voz severa que provenía del establo del circo, en el mismo momento en que la esposa del payaso parecía estar a punto de volver a hablar.

La señora Peckover experimentó un sobresalto, hizo una reverencia y sin más regresó todavía más rápidamente de lo que había venido. Valentine se quedó mirándola fijamente, pero no hizo ningún intento de seguirla: sus pensamientos estaban demasiado absortos en la niña para que se le ocurriera hacerlo. Cuando volvió a emprender la marcha fue para regresar a la casa parroquial.

Se dirigió de inmediato a la biblioteca, donde el doctor Joyce escribía algo en el *Rubbleford Mercury*, mientras la señora Joyce, sentada frente a él, tejía un abrigo para su penúltimo hijo. En cuanto traspuso el umbral de la habitación, Valentine empezó a explayarse de la manera más exaltada posible sobre la hermosa niña sordomuda. Si alguna vez hubo un hombre que se enamorara de un niño a primera vista, ese hombre fue Valentine. Dada su triple condición de artista, caballero de gustos refinados y ser humano de tiernísimo corazón, el pequeño rostro inocente y triste lo había hecho su esclavo. Logró que el doctor volviera la cabeza, y casi detuvo el tejer de la señora Joyce en su abrigo, al no dejar de cantar loas a la niña, comparando su rostro con todos los de los ángeles que hubieran sido pintados desde los días del Giotto hasta aquel momento. Al fin, exhaustos sus oyentes y él mismo, salió abruptamente de la habitación para calmar su agitación con un paseo a la luz de la luna por el jardín de la casa parroquial.

—¡Qué extraño es ese hombre! —dijo la señora Joyce al tiempo que cogía un punto que se le había escapado.

—Valentine, amor mío, es el mejor hombre del mundo —contestó el doctor doblando el *Rubbleford Mercury* y escribiendo en él su dirección—; pero como solía yo decirle a su pobre padre (que nunca me creyó), está un poco chiflado. Ya lo había visto así a causa de otros niños, aunque tengo que reconocer que en esas ocasiones quizás no hablaba de manera tan arrebatada como ahora.

—¿Crees que hará algo imprudente con la niña? ¡Pobrecita! La compadezco tanto como el que más.

—No me atrevo a decir que sí o que no —respondió el doctor al tiempo que presionaba calmosamente el papel secante sobre la dirección que acababa de escribir—. Valentine es una de esas personas que desafía cualquier conjetura. Nadie es capaz de predecir lo que hará o no hará. Un hombre que no logra resistirse a la petición de abrigo y comida de cualquier perro callejero que le mueve la cola en la calle; un hombre que cree ciegamente en los aprietos de los impostores que envían cartas en las que solicitan ayuda; un hombre al que yo mismo sorprendí, la última vez que estuvo aquí, jugando a las canicas en la calle con tres de los niños que atiendo por

caridad, a quienes, además, había invitado a turrón y refresco de jengibre es... en pocas palabras, es un hombre cuyos actos son impredecibles.

En ese momento se abrió la puerta y asomó la cabeza del señor Blyth tocada con un astroso sombrero de paja que tenía una cinta azul celeste en torno a la copa.

—Doctor —dijo Valentine—, ¿podría pedirle a una excelente mujer que acabo de conocer que trajera mañana por la mañana a la niña para que la conocieran usted y la señora Joyce?

—Por supuesto —dijo el afable párroco entre risas—. La niña, claro, y la excelente mujer también.

—¡No si se trata de la señorita Florinda Beverley! —intervino la señora Joyce (quien había leído el anuncio del circo)—. ¡Florinda! ¡Jezabel debería llamarse!

—Mi querida señora, no se trata de Florinda —exclamó Valentine con total seriedad—. Estoy muy de acuerdo con usted; debería llamarse Jezabel. Y lo que es peor, sus piernas no sirven ni para dibujarlas.

—¡¡¡Señor Blyth!!! —exclamó la señora Joyce, indignada ante esa crítica profesional de las piernas de Jezabel.

—¿Por qué no nos dice de una vez quién es la excelente mujer? —exclamó el doctor, secretamente divertido con la alusión que escandalizara a su esposa.

—Su apellido es Peckover —dijo Valentine—; es una mujer respetablemente casada; ni siquiera es artista de circo, y ha sido quien ha criado a la pobre niña por deseo expreso de su madre.

—Estaremos encantados de recibirla mañana —dijo el generoso párroco— o no... ¡un momento! Mañana no; tengo que salir. Pasado mañana. Pastel y vino de primula para la niña sordomuda a las doce del día. ¿Te parece bien, mi amor?

—¡Perfecto! ¡Dios lo bendiga! Es usted la bondad personificada —exclamó Valentine—; buscaré a la señora Peckover y se lo haré saber. ¡Esta noche no pegaré ojo, pero no importa! —con esas palabras Valentine cerró la puerta de repente, y también de repente volvió a abrirla y añadió—: Tengo la intención de terminar ese infernal cuadro del caballo mañana y de volver al circo por la tarde.

Tras pronunciar esas palabras desapareció, y poco después lo oyeron silbando su canción favorita, «Gotas de brandy», en el jardín de la casa parroquial.

—¡Chiflado! ¡Chiflado! —exclamó el doctor—. ¡Mi querido Valentine!

—Me temo que sus principios no son nada sólidos —dijo la señora Joyce, cuyos pensamientos seguían girando en torno a la lamentable alusión profesional a las piernas de Jezabel.

A la mañana siguiente, cuando el señor Blyth se presentó en el establo y reemprendió el retrato del caballo, al granjero no le quedaron ya razones para quejarse del deseo del pintor de combinar en su obra el pintoresquismo del efecto con la fidelidad al original. Valentine no volvió a discutir acerca de la posibilidad de

introducir «luces y sombras», o de «mantener un tono apagado en el fondo». Todos sus pensamientos giraban en torno a la niña sordomuda y la señora Peckover, de modo que embadurnó el lienzo implacablemente, como se le pedía, sin pronunciar ni una palabra de protesta. Por la tarde había concluido su labor. El propietario de la granja afirmó que se trataba de uno de los mejores cuadros de caballos que se hubieran pintado jamás, juicio crítico al cual el autor de la presente narración se ve obligado a añadir, por honestidad, que era también el peor cuadro que el señor Blyth había pintado en su vida.

Al regresar a Rubbleford, Valentine se encaminó de inmediato al circo y se situó lo más cerca que pudo de la pista, en la misma posición que ocupara la noche anterior.

Todo el público volvió a aplaudir a la niña, quien ejecutó otra vez su acto con inteligencia y gracia, hasta que llegó al lugar donde se encontraba Valentine. Experimentó un sobresalto al reconocer su rostro y dio un paso hacia adelante para aproximarse a él; pero la contuvo el señor Jubber, quien vio que las personas que estaban justo frente a ella tendían las manos para escribir en su tablilla, y para que, a su vez, les diera naipes. La niña pareció distraerse al ver de nuevo al desconocido que le besara la mano con tanto fervor; empezó a dar señales de confusión y terminó por cometer un error elemental y sumamente visible en el primer truco que realizó.

Los espectadores rieron bondadosamente y algunos le escribieron en la tablilla: «Vuelve a intentarlo, pequeña». El señor Jubber se disculpó diciendo que el extremo entusiasmo de la acogida brindada a su pupila la había puesto nerviosa, y después le hizo señas a la niña, con sonrisa benévola, pero con una expresión sumamente siniestra en la mirada, para que realizara otro truco. El éxito coronó sus esfuerzos esta vez, pero aun así dio muestras de tal vacilación que el señor Jubber, temeroso de un nuevo fracaso, se la llevó con él cuando todavía era posible concluir de una forma honrosa.

Mientras Jubber la conducía a lo largo de la pista, la niña miraba fijamente a Valentine.

Sus ojos expresaban terror, un terror lo bastante evidente como para que lo advirtieran algunas de las personas que estaban cerca del señor Blyth.

—¡Pobrecita! Parece asustada del hombre de la elegante chaqueta verde —dijo uno.

—Y no por nada, me atrevo a decir —añadió otro.

—¿Usted cree que sería tan salvaje como para maltratar a una niña como esa? ¡Imposible! —exclamó un tercero.

En ese momento el payaso salió a la pista. Un instante antes había gritado el conocido «¡Vienen los payasos!». Valentine creyó oír un extraño grito detrás de la cortina roja. No estaba seguro, pero la simple duda hizo que la sangre se le congelara

en las venas. Prestó oído angustiadamente durante un minuto. No obstante, no quedaba ya la menor oportunidad de comprobar lo cierto de sus sospechas. La banda había comenzado a tocar una ruidosa jiga, y el payaso hacía extraordinarias cabriolas y daba tumbos en medio de grandes risas.

«Puede ser culpa mía», pensó Valentine. Sentía temor de seguir indagando. Su rostro rubicundo palideció, y salió del circo decidido a averiguar qué era lo que realmente sucedía detrás de la cortina roja.

Dio la vuelta al edificio y perdió algún tiempo antes de encontrar una puerta por la cual lograr entrar. Al fin llegó a una especie de pasillo sobre cuya entrada colgaban varias mantas de caballos hechas jirones.

—No puede entrar ahí —dijo un muchacho harapiento que salió de repente en mangas de camisa.

El señor Blyth sacó media corona.

—¡Quiero ver ahora mismo a la niña sordomuda!

—¡Oh, está bien! Entre —masculló el muchacho echándose el dinero al bolsillo con codicia.

Valentine penetró a toda prisa por el pasillo. Una vez adentro, llegó a sus oídos un sonido que le encogió el corazón. No hay palabras para describirlo en todo el horror de su indefensión: era el quejido de dolor de un ser humano mudo.

Valentine apartó de un golpe la cortina y se vio en un lugar mugroso, separado del establo por un lado y del circo por el otro con lonas y tablas viejas. Allí, sentada en una banqueta de madera, estaba la mujer que lo abordara la noche anterior; lloraba y calmaba a la niña que temblaba sobre su pecho. Los sollozos de la esposa del payaso se mezclaban con los gemidos inarticulados, muy quedos, pero espantosos; y ambos sonidos se alzaban con una terrible y anormal claridad sobre la alegre melodía de la jiga y las fuertes carcajadas del público.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Valentine, horrorizado ante lo que oía—. ¡Hágala callar! ¡No la deje quejarse de esa manera!

La mujer se incorporó de un salto, puso a la niña en el suelo, reconoció al señor Blyth y corrió a su lado.

—¡Cállese! —musitó la mujer ansiosa—. ¡No grite así! El villano, ese brutal villano sin corazón anda por el establo. Si lo oye vendrá y volverá a golpearla. ¡Oh, cállese, cállese, por Dios! Es cierto que la golpeó ¡ese bruto perverso y cobarde!, sólo por cometer ese pequeño error con los naipes. ¡No! ¡No! ¡No! No hable tan alto, o será nuestra ruina. ¿Cómo logró llegar hasta aquí? ¡Oh, debe guardar silencio! Mire, siéntese. ¡Escuche! ¡Estoy segura de que viene! ¡Oh, váyase, váyase!

La mujer trató de levantar a Valentine de la silla en la que lo había obligado a sentarse hacía sólo un instante, pero éste le agarró la mano con firmeza y se negó a moverse. Si el señor Jubber hubiera llegado en ese momento habría recibido una

paliza que lo habría puesto a las puertas de la muerte. La niña había dejado de quejarse al ver a Valentine. Le lanzó una mirada angustiada por entre las lágrimas y después se volvió rápidamente, sacó su pañuelito y empezó a enjugárselas.

—No puedo irme todavía; le prometo que hablaré en susurros; tiene que escucharme —dijo el señor Blyth, pálido y nervioso—; quiero evitar que esto vuelva a suceder: ¡déjeme hablar! Me llevaré a ese angelito lastimado, hermoso, paciente de este lugar infame. ¡Lo haré, aunque tenga que apelar a un magistrado!

La mujer lo detuvo señalando de repente hacia la niña.

Ésta había vuelto a guardar su pañuelo y se estaba aproximando a Valentine. Se acercó más y le puso una mano sobre la rodilla, al tiempo que alzaba la otra lo más alto que podía en dirección a su cuello. Una vez en esa posición, levantó mansamente los ojos a su rostro. Los lindos labios trataron de sonreír otra vez, pero sólo lograron temblar un instante y volverse a cerrar. Los ojos claros y suaves, todavía empañados por las lágrimas, buscaron los del hombre con una mirada inocente, a la vez inquisitiva y asombrada. En ese momento, la expresión de la encantadora y triste carita parecía decir: «Me parece que quiere usted mostrarse amable conmigo; me gustaría que pudiera encontrar la manera de decírmelo».

El corazón le dictó a Valentine la única manera de hacerlo. La alzó en sus brazos y casi la sofocó con sus besos. Las frágiles manos infantiles se alzaron temblorosas y se juntaron suavemente en torno a su cuello; y la linda cabecita se inclinó, con aire de cansancio, hasta apoyarse en su hombro.

La esposa del payaso volvió el rostro, ahogando desesperada con ambas manos los sollozos que comenzaban de nuevo a brotar de sus labios. Dijo en un susurro:

—¡Oh, márchese, señor, por favor! Algunos de los jinetes vendrán enseguida; ¡nos va a meter en un terrible aprieto!

Valentine se levantó, todavía con la niña en los brazos:

—Me iré, si me prometes...

—¡Lo que quiera, señor!

—¿Sabe dónde queda la casa parroquial? La del doctor Joyce, el pastor, mi buen amigo...

—Sí, señor; sé dónde es. ¡Por favor, hágalo por la pequeña Mary, dése prisa!

—¡Mary! ¡Se llama Mary!

Valentine se retiró a un rincón y empezó a besar de nuevo a la niña.

—¡Debe estar loco para seguir aquí después de todo lo que le he dicho! —exclamó la esposa del payaso agarrándose las manos con desesperación y tratando de sacarlo a la fuerza del rincón—. Jubber vendrá en cualquier momento. La volverá a golpear si lo pesca con ella. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿No puede usted entenderlo?

Valentine lo entendió perfectamente y puso a la niña en el suelo enseguida, con el rostro pálido de nuevo; su agitación era tan violenta que no vio la mano que la

pequeña le tendía ni la mirada suplicante que decía de manera clara y patética: «Quiero despedirme de usted, pero no puedo hacerlo a viva voz como los demás niños». Nunca las vio, porque había tomado del brazo a la señora Peckover y la había arrastrado consigo a toda prisa hasta el pasillo.

La niña no hizo ningún intento de seguirlos: se apartó y, tras sentarse en el rincón más oscuro del miserable lugar, volvió a apoyar la cabeza contra el basto tablero que era todo lo que la separaba del alegre público. Sus labios comenzaron a temblar de nuevo; de nuevo sacó el pañuelo y escondió el rostro en él.

—Recuerde su promesa —le susurró Valentine a la esposa del payaso que lo empujaba lentamente hacia la salida mientras él le hablaba—. Tiene que llevar a la pequeña Mary a la casa parroquial mañana a las doce en punto. ¡Tiene que hacerlo! Si no, vendré yo mismo a buscarla...

—La llevaré, señor, con tal que se vaya ahora. La llevaré... ¡tan cierto como que estoy aquí hablando con usted!

—¡Si no lo hace...! —exclamó Valentine, aún desconfiado y temblando de la cabeza a los pies—. ¡Si no lo hace...! —se detuvo, porque de repente sintió el aire que soplaba sobre su rostro. La esposa del payaso había desaparecido y no quedaba nadie a quien amenazar salvo las harapientas mantas de los caballos que colgaban sobre el marco vacío de la puerta.

CAPÍTULO IV

LA MADRE DE MADONNA

Son las doce menos cuarto en el reloj del zaguán de la casa parroquial, y la mañana es una de las más hermosas de ese otoño. Vance, el sirviente de mediana edad del doctor Joyce, también conocido como el «Obispo» Vance, como lo llamaban los chocarreros de poca monta de Rubbleford, haciendo alusión a su aspecto elegante y solemne, sus maneras respetables, su cuello clerical y su impecable atuendo negro, coloca el pastel y el vino de prímula sobre la mesa del comedor con tanta formalidad y precisión como si su amo hubiera invitado a almorzar a un arzobispo en vez de a la esposa de un payaso y a una niña de diez años. Es todo un espectáculo ver a Vance cuando se aparta de la mesa y contempla el efecto general de cada cuchillo y cada tenedor cuando los coloca en su sitio; o cuando se pavonea con aire solemne por la habitación con una servilleta inmaculada que ondea suavemente en su mano; o cuando se dirige con ademán condescendiente a la pizpireta doncella que está en la puerta y toma de sus manos las fuentes y los platos con el aire de un sultán de cocina que no se puede dar el lujo de perder su dignidad ni un momento en presencia de las esclavas.

La ventana del comedor da al jardín de la casa parroquial. La sombra matutina que proyectan los nobles olmos que se alzan alrededor comienza a desaparecer del brillante césped. Los exuberantes arriates de flores fulguran como estuches de joyas bajo la radiante luz del sol. La colonia de grajos está casi desierta, y lo único que se escucha de vez en cuando, a largos intervalos, es un solitario y soñoliento graznido. El canto de los pájaros y el zumbido de los laboriosos insectos suena apagado, distante, musical. Apenas se divisa a la señora Joyce que trabaja al aire libre, sentada a la sombra entre los árboles. Una de sus hijas lee sobre el césped, a sus pies. La otra pasea por turno a los chicos más pequeños sobre el lomo de un gran perro de Terranova que anda lentamente con la lengua afuera, moviendo suavemente su gran cola peluda. En toda Inglaterra sería imposible hallar una escena más hermosa de un bello jardín y de ambiente familiar que la de la vista que se aprecia desde la ventana de la casa parroquial. No obstante, la tranquilidad doméstica no deja de experimentar sobresaltos. Por ese cuadro, del cual Vance y la mesa del almuerzo constituyen el primer plano, y el jardín con la señora Joyce y las jovencitas la distancia media y el fondo, pasa veloz de tiempo en tiempo una figura inquieta. Ese personaje siempre es saludado por *Leo*, el perro de Terranova, con una sacudida extra de la cola, y las jovencitas lo apostrofan riendo con el apelativo de «el excéntrico señor Blyth».

Lo cierto es que Valentine no ha dejado descansar a nadie, ni en la casa ni en el

jardín, desde la primera hora de la mañana. El párroco, que tenía que escribir algunas cartas, se ha encerrado con llave en su estudio, presa de la desesperación, y presenta resistencia a su excitable amigo desde esa posición fortificada, hasta que la llegada de la señora Peckover con la niña sordomuda aquiete la nerviosa impaciencia del pintor porque llegue el mediodía y, con él, la presencia de las visitantes del circo. En cuanto al afligido Vance, el señor Blyth lo ha desquiciado, preocupado y molestado hasta que da la impresión de encontrarse sofocado por una callada indignación. El señor Blyth ha invadido su santuario para preguntarle si el reloj del zaguán está en hora, y lo ha pescado «aseándose» en mangas de camisa. El señor Blyth ha roto uno de sus vasos y ha insistido contra toda norma en mostrarle cómo se debe descorchar la botella de vino de prímula. El señor Blyth ha enviado al suelo un tenedor y dos cucharas, justo cuando habían quedado bien dispuestas, al pasar como un bólido junto a la mesa, con aires de loco, en dirección al jardín. El señor Blyth ha tropezado con la doncella cuando regresaba al comedor y se ha disculpado con Susan usando una broma que ha hecho que la muchacha deje escapar una risita extasiada en la misma cara de Vance. Si ese estado de cosas continúa uno o dos días más, Vance se va a sentir obligado a notificarle al párroco su dimisión, aunque lleva veinte años en la casa parroquial.

Son las doce menos cinco. Valentine ha aparecido por el jardín, por trigésima vez al menos, para rogarles a la señora Joyce y a las jovencitas que se dirijan al comedor y estén listas para hacer que se sientan bienvenidas la señora Peckover y la pequeña a su cuidado desde el mismo momento de su llegada. La señora Joyce consiente al fin en esa propuesta y toma el brazo que Valentine le ofrece, posando en él su mano, no obstante, muy levemente, y mirando fijamente al frente mientras su huésped habla, con aire de señorial dignidad y virtuosa reserva. Sigue convencida de que los principios del señor Blyth no son nada sólidos, y lo trata como habría tratado al mismísimo Don Juan en similares circunstancias.

Todos se dirigen al comedor. La señora Joyce y sus hijas ocupan sus asientos, con el delicioso aspecto de frescura que les dan sus coloridos vestidos mañaneros. *Leo* se deja caer perezosamente sobre la alfombra junto a la ventana, con un golpe de su pesado cuerpo que hace tintinear los vasos. El doctor llega con sus cartas listas para el correo y hace a Valentine víctima de una inofensiva broma clerical. Vance retoca solemnemente el ya perfecto arreglo de la mesa. El reloj da las doce. Se oye un campanilleo débil y apocado en la puerta de la casa parroquial.

Vance avanza pavoneándose lentamente hacia la puerta, pero el señor Blyth. — ¡Cielo santo!, ¿estos pintores de cuadros no respetan ninguna convención?— pasa como una tromba a su lado al tiempo que grita «¡Ya llegaron!», y vuela hasta el recibidor para abrir él mismo la verja. Vance se vuelve solemnemente hacia su amo, tembloroso y con el rostro amoratado, en el que se observa una expresión que dice claramente: «Si *usted* se aviene a soportar un ultraje como este, señor, le suplico con

el mayor respeto que me deje informarle que yo no». El párroco rompe a reír; las jovencitas siguen su ejemplo; el perro de Terranova se incorpora de un salto y se une a las risas con su potente ladrido. La señora Joyce permanece en silencio, mira a Vance y le da la razón.

Pronto se oye de nuevo al señor Blyth en el recibidor; habla a una velocidad prodigiosa, sin que se escuche una sola palabra pronunciada por otra voz. La puerta del comedor, que se ha entrecerrado, se abre súbitamente de un portazo, propinándole un empujón al ofendido Vance, que está de pie junto a ella, haciéndole adoptar una posición tan lamentablemente poco digna, pegado a la pared, que las jovencitas, al verlo, dejan escapar unas risitas detrás de sus pañuelos. Valentine entra conduciendo a la señora Peckover y a la niña sordomuda con un aire de tan suprema felicidad que en ese momento parece tremendamente atractivo. El párroco, que es, en el mejor y más noble sentido de la palabra, un caballero, recibe a la señora Peckover con tanta cortesía y cordialidad como habría recibido a la dama más encumbrada de Rubbleford. La señora Joyce se adelanta junto a él, muy amable también, pero con cierta reserva en sus maneras, posiblemente aprensiva de que cualquier mujer relacionada con el circo esté infectada de cierto leve sabor a la señorita Florinda Beverley. Las jovencitas se inclinan en las posiciones más encantadoras a ambos lados de la niña, y de inmediato caen en éxtasis ante su belleza. El perro se aproxima y mete, sociable, su honesto hocico en medio del grupo. Vance permanece rígido, pegado a la pared, y desaprueba intensamente todo lo que ocurre.

¡Pobre señora Peckover! Nunca antes había estado en una casa como la de la parroquia, nunca antes le había dirigido la palabra a un doctor en teología. Estaba muy sofocada, se le habían subido los colores y temblaba; cometía terribles errores gramaticales y se colgaba del brazo del señor Blyth con tanta timidez como si hubiera sido una niña. No obstante, el párroco se las ingenió para colocarla cómodamente en un asiento junto a la mesa. La señora Peckover le hizo una profunda reverencia a Vance al pasar a su lado, sin duda convencida de que se trataba de un segundo doctor en teología, incluso más grande y más culto que el anterior. Vance, en respuesta, siguió mirando fijamente por encima de la cabeza de la mujer, sin pestañear ni una sola vez, mientras sus mejillas pasaban lentamente del rojo encendido al morado oscuro. La señora Peckover se estremeció interiormente, segura de haber insultado a un dignatario encumbrado en lo más alto de alguna dignidad eclesial, demasiado importante para que le dirigiera una reverencia un átomo social como era la mujer de un payaso.

La señora Joyce tuvo que llamar tres veces a sus hijas antes de lograr que se sentaran a la mesa. De haber poseído el ojo de Valentine para lo pintoresco y lo hermoso, habría sido, sin duda, incapaz de romper el grupo que se deshizo a su tercera llamada.

En el centro se encontraba la niña sordomuda, ataviada con un vestido blanco y, sobre él, una pequeña mantilla de seda, confeccionada con un traje desechado por una de las damas del circo. Llevaba un sombrero de paja muy sencillo, adornado con un grupo de estrechas cintas blancas y amarrado con las mismas cintas debajo de la barbilla. Su tez clara y delicada tenía un leve tinte rosado, el tierno color de la naturaleza, en vez del colorete bastante chillón con que la desfiguraban para aparecer ante el público. Sus inquisitivos ojos azules, que se veían tan tristes bajo la penetrante luz del gas, parecían haber perdido su tristeza en la atmósfera plácida del comedor de la casa parroquial. La tierna y conmovedora inmovilidad que su afección le había impuesto a su rostro no parecía congeniar del todo con la inmadurez infantil de sus rasgos y la redondez de su forma, pero armonizaba exquisitamente con la tranquila sonrisa que parecía ser habitual en ella cuando estaba feliz, agradecida e irrestrictamente feliz, como se sentía ahora rodeada por los nuevos amigos que no la recibían como a una extraña y una inferior, sino como a una hermana menor alejada de ellos durante largo tiempo.

Estaba cerca de la ventana, y desde su posición en el centro del grupo le ofrecía la tablilla que colgaba a su costado, con un lápiz adosado, a la hija mayor del párroco, quien estaba sentada a su derecha sobre una banqueta.

La segunda de las jovencitas estaba arrodillada al otro lado y rodeaba con sus brazos al perro para evitar que, parado como estaba frente a la niña, le lamiera la cara, lo cual había intentado resueltamente varias veces desde que ésta entrara en la habitación. Las dos hijas del doctor eran saludables y sonrosadas bellezas inglesas en la primera flor de la juventud; y las dos vestían sencillísimos y bonitos vestidos de muselina, de color y hechura sumamente delicados. La lástima y la admiración, mezcladas con cierta perplejidad y cierta confusión, les daban una animación inusual a sus expresiones, porque les resultaba difícil aún acostumbrarse a la idea de la desgracia de la pobre niña. Insistían en hablarle, como si fuera capaz de oírlas y contestarles, mientras que ella, por su parte, miraba alternativamente a una y a la otra, observando atentamente sus labios y sus ojos, mientras seguía tendiéndoles la tablilla, con su inocente gesto de invitación y su gentil aspecto de disculpa, para que la hermana mayor escribiera en ella. Las variables expresiones de las tres; la diferencia de sus posiciones; el encantador contraste entre sus pequeñas y gráciles figuras y la voluminosa fuerza y gran solidez de formas del noble perro de Terranova que se encontraba entre ellas; el radiante fondo de césped, flores y árboles que se divisaba por la ventana abierta; la centelleante pureza de la luz solar que alumbraba con su brillantez una parte del grupo; la transparencia de las cálidas sombras que acariciaban a veces una redondeada y lisa mejilla, a veces unos rizos de cabello reluciente, a veces los tersos pliegues de un vestido de muselina; todas esas combinaciones accidentales y momentáneas, esas disposiciones naturales y elegantes del tablado de

la naturaleza, esos adornos de luces y sombras y de objetos del jardín, en el trasfondo, que poblaban hermosa y tiernamente la escena, producían, en conjunto, un cuadro que era un lujo ver y poco menos que una profanación truncar.

No obstante, la señora Joyce le puso fin sin piedad. En un momento el cuadro viviente se desintegró; las jovencitas fueron llamadas al lado de su madre; la niña fue colocada entre Valentine y la señora Peckover, y el importante asunto del almuerzo comenzó con toda propiedad.

Resultaba maravilloso escuchar la conversación del señor Blyth; cómo alternativamente ensalzaba a la esposa del payaso por el puntual cumplimiento de su promesa y apelaba con aire de triunfo al párroco para que dijera si no había subestimado la belleza de la pequeña Mary en vez de exagerarla. También resultaba maravilloso ver el aspecto de absoluta sorpresa de la señora Peckover cuando vio al rígido doctor en teología, que no había querido ni darse por enterado de su reverencia, dedicarse súbitamente a brindarle con suma mansedumbre todo lo que quería comer o beber. Pero el aspecto lúgubrementemente condescendiente y profundamente perplejo de Vance al servir, aunque fuera bajo callada protesta, a una mujer de un circo ambulante, daba pie a un estudio de la naturaleza humana mucho más interesante que las actitudes antes mencionadas. No es poca cosa ver al Papa servirles de comer a los Peregrinos en Roma durante la Semana Santa. No obstante, hasta ese pasmoso espectáculo quedaba empañado por la sublime ceremonia del señor Vance sirviéndole a la señora Peckover.

El párroco, un agudo observador a su manera tranquila y discreta, se sintió impresionado por dos peculiaridades de la conducta de la pequeña Mary durante el almuerzo. En primer lugar, observó con cierto interés y sorpresa que mientras que la esposa del payaso se mostraba, como era bastante natural, muy tímida y avergonzada al encontrarse rodeada por desconocidos que eran sus superiores socialmente hablando, la pequeña Mary se mostraba muy segura de sí misma e inconscientemente se había adaptado a esa nueva esfera desde el momento en que entrara en el comedor. En segundo lugar, observó que se acurrucaba constantemente junto a Valentine, lo miraba con más frecuencia que a todos los demás, y parecía estar tratando siempre, en ocasiones no sin éxito, de adivinar lo que les decía a los demás observando su expresión, sus maneras y el movimiento de sus labios. «Esta niña tiene un carácter poco común», pensó el doctor Joyce; «de corazón, es mayor de lo que parece; y se siente casi tan atraída por Blyth como él por ella».

Concluido el almuerzo, la mayor de las señoritas Joyce le susurró al oído una petición a su madre:

—¿Podríamos llevar Carry y yo a la niñita sordomuda al jardín, mamá?

—Por supuesto, mi amor, si ella quiere. Mejor preguntádselo. ¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! Se me olvidaba. Quiero decir que lo escribáis en su tablilla. Es tan difícil

recordar que es sordomuda al verla ahí, tan linda y tan feliz. Parece que le gusta el pastel. Recuérdate, Emmy, envolverle un pedazo antes de que se vaya.

La señorita Emily y la señorita Caroline se dirigieron a la niña y le pidieron por señas la tablilla. Escribieron en ella por turnos con inmenso entusiasmo, hasta llenar uno de sus lados, firmando de la manera más profesional con sus iniciales al final de la cada línea:

Oh, ven a ver mi jardín, E. J.

Te cogemos un lindo ramo de flores. C. J.

Tengo unos bonitos curieles. E. J.

Y Mark, nuestro jardinero, me construyó una casa de verano, con unas sillas muy simpáticas. C. J.

Te prestaré mi parasol para que no te moleste la claridad. E. J.

Y mandaremos a *Leo* a darse un baño tantas veces como quieras. C. J.

Así continuaron hasta llegar al pie de la tablilla.

La niña, tras asentir y sonreír con cada nueva invitación, le dio vuelta a la tablilla y, con cierto orgullo al demostrar que ella también sabía escribir, comenzó a trazar lentamente grandes letras de molde en renglones extremadamente torcidos. Le llevó un largo rato —sobre todo porque el señor Blyth leía anheloso por encima de su hombro todo el tiempo— concluir el siguiente mensaje: «Gracias por mostrarse tan amables conmigo. Iré adonde quieran llevarme».

Pocos minutos después, las dos jovencitas y la pequeña Mary caminaban por el centelleante césped con *Leo*, que llevaba un palito entre los dientes, pisándoles los talones.

Valentine se incorporó para seguir las; súbitamente, pareció recordar algo y volvió a sentarse con una expresión de suma ansiedad en el rostro. Intercambió una mirada significativa con el doctor Joyce. Esa mañana, antes del desayuno, habían sostenido una entrevista a puerta cerrada. En el curso de la conversación, el señor Blyth había permanecido singularmente callado y con aspecto singularmente grave. El doctor había comenzado mostrándose incrédulo y sarcástico a su manera jovial, pero había terminado por hablar en serio y por hacer una promesa sujeta a ciertas condiciones. Había llegado el momento de cumplir esa promesa.

—Puedes irte, Vance —dijo el párroco—. No te preocupes por recoger. Te llamaré cuando te necesitemos.

Vance se marchó con aire lúgubre.

—Ahora que los jóvenes se han ido, señora Peckover —dijo el doctor Joyce volviéndose hacia la esposa del payaso—, se nos presenta una buena oportunidad para que yo le haga una propuesta, en nombre de mi viejo y querido amigo aquí presente, el señor Blyth, quien, como habrá notado, siente una gran simpatía y un gran cariño por su pequeña Mary. Pero antes de explicarle esa propuesta (que estoy seguro que recibirá usted de la mejor manera, por más sorprendente que le resulte),

desearía —todos deseábamos, si no tiene usted ninguna objeción— escuchar todos los detalles que pueda brindarnos sobre el tema de esta pobre niña. ¿Tiene usted alguna objeción a contarnos en la más absoluta reserva lo que sabe acerca de ella?

—¡Oh, claro que no, señor! —exclamó la señora Peckover, muy sorprendida—. Vergüenza me daría no acceder a sus deseos de saber de la pequeña Mary. Pero me resulta extraño estar en un lugar hermoso como este, bebiendo vino con gente de bien... y casi me temo...

—Espero que no tema no poder contarnos lo que nos sentimos tan ansiosos de saber, a su ritmo y a su manera —dijo el rector amablemente—. Por favor, señora Peckover, créame que soy sincero cuando le digo que estamos aquí en un plano de igualdad. He sabido a través del señor Blyth de su maternal bondad para con esa pobre niña indefensa, y me siento verdaderamente orgulloso de darle la mano, y feliz de verla a usted aquí como a alguien que siempre será un huésped de honor en la casa de un pastor: la autora de una buena obra de caridad. Siempre he valorado, espero que lo suficiente, la labor a la que Dios tuvo a bien llamarme, porque me brinda el privilegio de ser amigo de todo cristiano, sea más rico o más pobre, tenga mayor o menor rango que yo.

Los ojos de la señora Peckover comenzaron a llenarse de lágrimas. En ese momento habría sido capaz de caer postrada a los pies del doctor Joyce.

—¡Señor Blyth! —exclamó la señora Joyce antes de que alguien pudiera decir otra palabra—; excúseme, señor Blyth, pero verdaderamente...

Valentine intentaba servirle un vaso de jerez a la señora Peckover. Su admiración por la última intervención del doctor y su extrema ansiedad por hacer sentir a sus anchas a la esposa del payaso debían haber interferido con la coordinación entre sus ojos y sus manos, porque de la licorera que sostenía en alto, la mitad del vino caía en el vaso y la otra mitad se derramaba y formaba un pequeño arroyo sobre el mantel. La señora Joyce pensó en la mesa de madera de nogal que estaba debajo e hizo patente su preocupación. La señora Peckover, encantada de ser de alguna utilidad, olvidó su timidez en un instante, sacó su pañuelo de algodón rojo y se lanzó como una flecha sobre el jerez derramado. Pero el párroco fue aún más veloz con su servilleta. Las mejillas de la señora Peckover se tiñeron del color de su pañuelo mientras volvía a guardárselo en el bolsillo y a regresar a su asiento.

—Muchas gracias... no pasó nada... muchas gracias, señora —dijo el doctor Joyce—. Y ahora, Valentine, si no dejas de disculparte y te sientas de inmediato en esa butaca que está contra la pared, me llevaré a la señora Peckover a mi estudio y oíré yo solo todo lo que tenga que decir. ¡Muy bien! Al fin ya estamos todos cómodos y calmados, y listos para enterarnos de cómo se conocieron la pequeña Mary y esta buena amiga que ha sido como una madre para ella.

Así instada a ello, la señora Peckover comenzó su narración; algunas veces se

dirigía al doctor, otras a la señora Joyce y otras a Valentine. De principio a fin, su público sólo la interrumpió en muy contadas ocasiones con una palabra de aliento, de conmiseración o de sorpresa. Hasta el señor Blyth dio muestras de una tranquilidad y un silencio que le eran muy poco característicos, y sólo las expresiones de su rostro hicieron patentes los efectos que le producía la historia, desde su extraño comienzo hasta su triste final.

—Hace más de diez años, señor, que nació mi pequeño Tommy —empezó la esposa del payaso, dirigiéndose primero al doctor Joyce—; en estos momentos está, con el favor de Dios, en una escuela que no nos cuesta nada, gracias a una merced — así creo que lo llaman— que le hizo a mi esposo un bondadoso benefactor. Poco tiempo después de haberme recuperado del alumbramiento, salí una tarde a dar un paseo con el bebé y con Jemmy... ese último es mi esposo, señora. Estábamos en Bangbury, instalando la carpa del circo: era un pueblo grande y elegante, así que esperábamos que nos fuera bien. Jemmy, yo y el bebé nos fuimos al campo y lo pasamos muy bien, porque el tiempo era tan cálido que parecía que era primavera, aunque todavía estábamos en marzo. Regresábamos por el camino que lleva a Bangbury, y cuando nos acercamos al pueblo vimos a una mujer joven sentada en la cuneta con un bebé en los brazos, igual que yo con el mío. «Se ve horriblemente débil y enferma, ¿no te parece?», me dice Jemmy. Y antes de que yo pudiera responderle que sí, la mujer levanta la vista y pregunta con voz nerviosa, aunque no muy alta, si le podemos indicar el camino del asilo de indigentes de Bangbury. Como los dos teníamos ojos de lince, nos dimos cuenta de que un asilo no era lugar para ella. Tenía el vestido cubierto de polvo, una de sus botas se había descosido, el pelo le caía sobre la cara y tenía los ojos como hundidos; pero algo nos decía que se trataba de una dama, o si no de una dama, en cualquier caso el sitio que le correspondía no era el asilo. Me incliné para hablarle, pero su bebé lloraba tanto que casi no lograba oírme. «¿Está enferma la pobre criaturita?», le digo. «Tiene hambre», dice ella en un tono tan desesperado y arisco que pegué un salto. «¿Es tuyo ese niño?», digo yo, un poco asustada por la manera en que me había respondido. «Sí», dice ahora en otra voz, muy suave y dolida, y deja de mirarme para inclinarse sobre su bebé. «¿Y entonces por qué no le das de mamar?», digo yo. Alza la vista, me mira a mí, después a Jemmy, sacude la cabeza y no dice nada. Le doy mi bebé a Jemmy para que lo aguante, y voy y me siento al lado de la mujer. Jemmy se alejó un poquito y yo volví a preguntarle, ahora en un susurro: «¿Por qué no le das de mamar?», y ella me susurra también: «Se me secó la leche». No esperé que me dijera nada más y me puse su bebé al pecho. Esa fue la primera vez que le di de mamar a la pequeña Mary, señora. No tenía ni un mes de nacida, ¡y era tan chiquitita y estaba tan débil! ¡Era una miajita de bebé comparada con el mío! No le quepa duda, señor, de que le hice muchas preguntas a la mujer mientras estuve allí sentada. Ella me miraba con cara de

aturdimiento; parecía atontada por el cansancio o la pena, o las dos cosas. Algunas veces me respondía y otras no. Era muy reservada. No quiso decirme de dónde venía, quiénes eran sus parientes ni cómo se llamaba. Dijo que nunca volvería a tener ni hogar, ni parientes ni nombre. Yo le eché una ojeada de reojo a su mano izquierda y vi que no tenía anillo de casada en el dedo, así que adiviné lo que quería decir. «¿El padre de la niña sabe que te has echado así por los caminos?», digo yo. La mujer va y se sonroja. «No», dice, «no sabe dónde estoy. Nunca me quiso y ahora no se compadece de mí. ¡Maldito sea dondequiera que esté!». «¡Oh, calla, calla», digo yo, «no hables así!». «¿Por qué me lo preguntas?», dice ella más arisca que nunca. «¿Por qué me preguntas cosas que me irritan?». «Sólo tengo una pregunta más con la que molestarte», digo yo, muy serena; «y esa es si llevas algún dinero encima». Verá, señora, ahora que tenía a su niña al pecho, no me importaba lo que decía, ni sentía miedo por lo que pudiera hacerme. La pobre miajita de bebé serviría para que hiciéramos las paces, tarde o temprano. Resultó que tenía seis peniques y algunos medios peniques, ni un céntimo más, y que era demasiado orgullosa para pedir ayuda a sus conocidos. Logré sacarle que había huido de su casa antes del alumbramiento, y que se había ido a dar a luz a un lugar donde no la conocían, donde la habían maltratado y le habían robado. No hacía mucho que había podido escapar de las garras de esos malvados. Ya, a la altura en que había averiguado eso, su bebé estaba tranquilo, tranquilo, y a punto de dormirse. Se lo devolví. No me dijo nada, pero me tomó la mano y me la besó, y sus labios eran como carbones encendidos sobre mi piel. «No tienes que agradecérmelo», digo yo, un poco nerviosa por esa manera tan rara de darme las gracias. «Espera un momentito a que hable con mi esposo». Aunque había hecho algo que no está bien, no había manera de que no le tuviera lástima, con todo y lo arisca que se mostraba. Era tan joven, y estaba tan sola y tan enferma, y tenía una cara tan linda (la pequeña Mary es su viva estampa, sobre todo los ojos), y daba tal impresión de ser una dama, que era casi un pecado, pensé, dejar que se fuera a un asilo. Bueno, pues fui y le conté a Jemmy todo lo que le había sacado, mientras mi bebé pataleaba y gorjeaba en mis brazos otra vez, feliz como un rey. «No me parece bien dejar a una mujer como esa en un asilo. ¿Qué debemos hacer?», digo yo. «Llevémosla con nosotros al circo y preguntémosle a Peggy Burke», dice Jemmy. Peggy Burke, con su venia, señor, era la mejor jinete que haya cabalgado a lomos de un caballo. En nuestro circo no hemos tenido a nadie que se le parezca desde que se fue al de Astley. Era una jovencita irlandesa de las más endemoniadas... ¡oh!, le pido perdón humildemente, señor, por usar esa palabra; pero la verdad es que *era* tan endemoniada que espero que me perdone. Para servir a quien le era simpático era capaz de ir al fin del mundo, como dice el dicho; pero con quien le caía antipático usaba el látigo de montar con tanta libertad como la lengua. ¡Ese bruto cobarde de Jubber nunca se habría atrevido a pegarle a mi pequeña Mary si

Peggy hubiera seguido con nosotros! Le tenía tanto miedo a Peggy que podía hacer con él lo que se le antojaba; y lo hacía, porque Jubber no se arriesgaba a pelearse con la mejor jinete de Inglaterra y dejar que otro circo se la arrebatara. Peggy, además, era una muchacha muy inteligente, y siempre me tuvo cariño y se ponía de mi parte; así que cuando Jemmy me dijo que le parecía mejor preguntarle qué debíamos hacer, puede dar por seguro que yo también pensé que eso era lo que se debía hacer. Ahí mismo nos llevamos a la joven y al bebé con nosotros al circo. No nos hizo ninguna pregunta; no parecía importarle adónde iba ni lo que hacía; estaba aturdida y desesperada; encogía el corazón, señora. En el circo estaban a punto de terminar el té. La mayoría de las veces tomamos el té y cenamos en el circo, señor, porque al final resulta más barato comer juntos cuando podemos. Recuerdo que Peggy Burke caminaba por el césped, cerca de allí, silbando (esa era una de sus rarezas). Me adelanté a la joven. «¡Ah! ¡Peck!», dice ella, «¿en qué andas ahora? ¿Quién es esa dama que has traído a tomar el té con nosotros?». Le conté, señor, todo lo que le he contado a usted, mientras Jemmy acomodaba a la joven sobre uno de nuestros baúles y le traía una taza de té. «Me parece espantoso», digo cuando terminé, «mandar a una joven así al asilo, ¿no?». «¡Qué asilo!», dice Peggy, soliviantada de inmediato. «Lo que me gustaría es echarle mano al hombre que la metió en este lío y ponerlo en el asilo a pan y agua por el resto de su vida. ¡Daría un chelín de mi propio bolsillo por cada moratón si pudiera cruzarle la cara a ese ladrón con mi látigo y no parar hasta que ni su propia madre lo reconociera!». Y por ahí siguió, señor, dedicándoles a todos los hombres unos insultos que no puedo repetir, como acostumbran a insultar los irlandeses. Al fin para y me da una palmada en la espalda. «¡Eres una chica de oro, Peck!», dice ella, «y tus amigos son amigos míos. Quédate aquí y déjame decirle dos palabritas a la joven del baúl». Al poco rato regresa y me dice: «¡Lo logré, Peck! Es muy cerrada, y más orgullosa que el demonio; pero no es más que una costurera». «¡Una costurera!», digo yo, «¿y cómo averiguaste que es una costurera?». «Pues le miré el índice», dice Peggy, «y le vi los pinchazos de la aguja, y después de eso la hice hablar un poquito. Sabe de labores y de corte y costura, ¿quién se lo habría imaginado? Y ya le enseñaré yo a decirle adiós al asilo de indigentes, con tal de que aguante y mantenga la cabeza clara. ¡No te muevas, Peck! Voy a hacer que Jubber se meta su sucia mano en el bolsillo y desembolse algún dinero, y ese es un espectáculo digno de pararse a contemplarlo». Esperé como me dijo; llamó a Jubber, igual que si hubiera sido su criado, y él salió del circo. «Quiero diez chelines adelantados sobre el salario de esa dama que está sentada sobre el baúl», dice Peggy. Jubber soltó una carcajada. «Vuelve a enseñarme esos feos dientes», dice ella, «y te daré un pescozón. Tengo la mano blanda con las riendas y la mano dura con la cara de los hombres; ¡ya deberías saberlo a estas alturas! ¡Desembolsa los diez chelines!». «¿Para qué?», dice él frunciendo el ceño. «Porque estoy decidida a irme de tu circo a menos que consiga

las seis piezas de vestuario que me prometiste para mi espectáculo; y esa dama que está ahí sabe hacerlas muy bien. ¡Desembolsa los diez chelines! Porque ya está decidido que quiero aparecer ante el público de Bangbury a lomos de *Garryowen* como si fuera seis mujeres distintas a la vez». Lo que quería decir con eso, señor, es que se pondría seis vestidos uno encima del otro y arrancarí a galopar por la pista montando a *Garryowen* (que era un caballo), empezando, creo, como emperatriz de Rusia, y después quitándose el vestido de encima sin parar el caballo, para exhibirse después como una francesa famosa con el siguiente vestido; y así con distintas naciones, hasta llegar al último vestido, que era la bandera británica. Teníamos algunos retales y vestidos viejos, y cosas para coser y transformar, pero no teníamos a nadie que supiera cortar y hacer lo que llaman «vestuario», que era lo que Peggy quería, porque Jubber era demasiado tacaño para pagarle a la gente de oficio que entiende de esas cosas. Como la joven sabía de labores, era exactamente lo que Peggy había estado buscando, con tal de que se recuperara lo suficiente para poder usar la aguja. «Ya me encargaré de que se gane ese dinero», dice Peggy; «pero esta noche está muerta de cansancio, y tiene que descansar y comer un poquito para poder empezar mañana». Jubber quería darle menos de diez chelines; pero entre las amenazas de Peggy, y el decirle que el trabajo de costura bien valía veinte chelines, no tuvo más remedio que darse por vencido. Y le dio el dinero, aunque bastante enfurruñado. «Ahora», dice Peggy, «llévatela y búscale un hueco en el lugar donde estás viviendo; mañana vendré con algunas de las cosas que hay que arreglar». Pero ¡ah, qué mala suerte!, no logró pagar con su trabajo ni seis centavos de esos diez chelines. Esa noche se puso mala, y se agravó tanto por la mañana que tuvimos que mandar a buscar a un médico. En cuanto el doctor la ve, me saca afuera y me dice: «¿Conoce a su familia?». «No, señor», le digo; «no logro que me diga quiénes son. La conocí ayer por casualidad». «Vuelva a intentar averiguarlo», dice él, «porque me temo que no pase de esta noche. Volveré por la tarde para ver si hay algún cambio». Peggy y yo entramos juntas a su cuarto, pero no logramos ni siquiera que nos hablara en un largo rato. De pronto grita: «No veo bien. ¿Dónde está la mujer que le dio de mamar a mi bebé cuando yo estaba sola en una cuneta?». «Aquí», digo yo; «aquí; te tengo la mano agarrada. Dinos a quién podemos escribirle para darle noticias tuyas». «¿Prometes hacerte cargo de mi niña y no dejar que termine en el asilo?», dice ella. «Sí, te lo prometo», digo yo; «te lo prometo de todo corazón». «Todos nos haremos cargo del bebé», dice Peggy; «pero trata de animarte un poco y mejorarás lo suficiente para verme a lomos de *Garryowen* antes de que nos vayamos de Bangbury; dalo por seguro, con tal de que te animes un poco». «Le dejo mi bebé a la mujer que le dio de mamar a un lado del camino», dice ella mientras me aprieta la mano; «y le ruego a Dios que la bendiga a ella y me perdone a mí, en nombre de Cristo Jesús». Después de eso se quedó tranquila un par de minutos. Entonces dice con voz muy

desfallecida: «Se llama Mary. Vuelvan a ponérmela en la cama; quiero tocarle las mejillas una vez más para sentir lo suaves y tibias que son». Saqué a la niña de la cuna, la cargué, y así dormida como estaba se la puse en la cama a su lado y le guié la mano hasta su mejilla. Vi sus labios moverse un poquito y me incliné sobre ella. «Dame un beso antes de que muera», dijo en un susurro. Y yo la besé, tratando de no llorar. Después le digo a Peggy: «Tú quédate aquí en lo que corro a traer de nuevo al doctor, porque tengo miedo de que se nos esté yendo muy rápido». El doctor no estaba en su casa cuando llegué. No sabía qué otra cosa hacer, cuando veo a un caballero en la calle que parecía un clérigo, y le pregunté si lo era y me dijo «Sí»; y regresó conmigo. Oí un quejido débil y un sonido de llanto que salían del cuarto y vi a Peggy sentada sobre el bulto de vestidos que había llevado esa mañana, meciéndose de atrás para adelante, como hacen los irlandeses cuando lloran. Me acerqué hasta la cama y eché una ojeada entre las colgaduras. El bebé seguía durmiendo, y la mano de su madre le tocaba uno de sus brazos. Estaba a punto de hablarle cuando el pastor me dijo «Calle», cogió un espejito que estaba sobre la repisa de la chimenea y se lo puso delante de la boca. Había fallecido. Su pobre mano marchita estaba posada, muerta, sobre el brazo vivo de la niña. Respondí todas las preguntas del pastor, y le conté todo lo que sabía de pe a pa. Cuando acabé, Peggy se levanta de un salto del bulto de vestidos y dice: «Señor, haga lo que haga, asegúrese de que no le quiten la niña a esta mujer para mandarla al asilo. Yo soy testigo de que la madre se la dio en esa mismísima cama». «Y yo le prometí ser una madre para su hija, señor», digo yo. Él se gira hacia mí y me alaba por lo que había hecho, y dice que nadie me la va a quitar, a menos que la reclame alguien que pueda probar su derecho. «Pero ahora», dice él, «tenemos que pensar en otras cosas. Debemos tratar de averiguar algo sobre esta pobre mujer que ha muerto de manera tan triste». Era más fácil de decir que de hacer. La pobrecita no tenía encima más que una muda de ropa interior para ella y para la niña, y eso no nos dio ninguna pista. Entonces registramos sus bolsillos. Ahí encontramos un pañuelo de batista con las iniciales «M.G.» bordadas, unos pedacitos de bizcocho para remojarlos en agua y calmar el hambre de la niña y la moneda de seis peniques y las de medio penique que tenía cuando la encontré; y debajo de todo eso, en una esquinita, como si se hubiera quedado olvidado ahí, un pequeño brazalete de cabellos trenzados. Estaba hecho con dos tipos de pelo: muy poco de un tipo y mucho del otro. Y en la superficie plana del broche del brazalete habían grabado en letras muy chiquititas: «En memoria de S.G.» Lo recuerdo todo muy bien, señor, porque he vuelto a mirar ese brazalete muchas veces desde entonces. No encontramos nada más: ni cartas, ni tarjetas, ni nada. El sacerdote dijo que las letras «M.G.» bordadas en el pañuelo debían ser las iniciales de su nombre; y que las de «S.G.» en el brazalete debían ser las de algún pariente cuyo cabello usaba como recuerdo. Me acuerdo de que Peggy y yo nos preguntamos cuál sería el pelo de S.G., y quién sería

la otra persona cuyo pelo se había sido trenzado en el brazalete. Pero pronto tuvimos que dejar nuestras teorías, porque el sacerdote nos pidió pluma, tinta y papel. «Voy a redactar un anuncio», dice él, «que cuente cómo conoció usted a la joven, y donde se la describa a ella y a la ropa que lleva puesta». «¿Va a hablar también de la niña, señor?», digo yo. «Por supuesto», dice él; «si sus parientes leen el anuncio tendrán la oportunidad de hacer algo por la niña. Y si viven en este condado, creo que los encontraremos, porque el *Bangbury Chronicle*, en el que me propongo poner el anuncio, llega a todas partes de nuestro rincón de Inglaterra». Así que se sienta y escribe lo que dijo que escribiría, y se lo lleva para que salga en el periódico del día siguiente. «Si esto no da ningún resultado», dice, «creo que podré arreglar el entierro con una sociedad caritativa. Yo me haré cargo y le informaré en cuanto alguien responda al anuncio». No sé muy bien por qué, señor, pero casi llegué a desear que nadie respondiera. Después de darle de mamar al bebé y de besar a su madre antes de que muriera, no podía resignarme a que me la quitaran. Debí haber pensado en lo pobres que éramos, y en cuán difícil nos resultaría criar a la niña. Pero la verdad es que no pensé en eso —ni Peggy tampoco—, ni tampoco Jemmy, ni siquiera cuando acosté a la niña esa noche junto al nuestro. Pues, señor, la cosa fue que dos días después de que saliera el anuncio, llegó la respuesta, que era la carta más cruel que he visto en mi vida. El sacerdote vino a verme con ella. «La dejó esta tarde un mensajero desconocido que se fue enseguida», dice. «Le dije a mi sirviente que lo siguiera, pero ya era demasiado tarde: se había perdido de vista». La carta era muy corta, y nos pareció que la letra era de una mujer; el sacerdote dijo que la letra estaba desfigurada a propósito. No tenía firma ni fecha, ni al inicio ni al final. Adentro había un billete de diez libras; y la persona que lo enviaba decía que lo adjuntaba para que se le diera a la joven un entierro decente. «Está mejor muerta que viva», seguía la carta, «después de haber deshonrado a su padre y a su familia. En cuanto a la niña, es una hija del pecado, y no tiene derecho a reclamarles nada a quienes han querido preservar lo que queda de su buen nombre y constituirse en ejemplo de moral para los demás. La parroquia debe hacerse cargo de ella si nadie más está dispuesto a hacerlo. Es inútil tratar de encontrar a su familia o publicar nuevos anuncios. El padre de la niña se ha esfumado y nadie sabe dónde encontrarlo; además, su familia no quiere sostener ningún tipo de comunicación con ese monstruo de maldad, incluso si apareciera. La madre murió con su vergüenza y su pecado; los que la conocieron no volverán a pronunciar nunca más su nombre». Eso es lo que recuerdo de la carta, señor. Dije entonces que era una carta horrible y poco cristiana; y el pastor dijo lo mismo. La enterraron en el rincón de los pobres del cementerio. Marcaron el sitio, para el caso de que alguien quisiera encontrarlo, tallando las dos letras M.G. y la fecha de su muerte en una tabla que pusieron sobre la tumba. Después el sacerdote me dio el brazalete de cabellos y el pañuelo y me dijo: «Guárdeselos a la niña con el

mismo cuidado que ponga en criarla, porque algún día pueden llegar a ser de la mayor importancia. Yo volveré a sellar la carta (que está dirigida a mí) y la pondré en mi caja fuerte». Antes de eso me había preguntado si ya había pensado en la responsabilidad que representaba para alguien como yo hacerse cargo de la niña. Yo le dije que lo había prometido y que cumpliría mi promesa, y que, por lo demás, confiaría en que Dios proveería. El sacerdote era un caballero muy bondadoso e inició una colecta en favor de la pobre niña; y Peggy Burke, que dio su función benéfica antes de que el circo se fuera de Bangbury, dio la mitad de lo que recaudó para la colecta. Nunca oí ni una palabra de los parientes de la niña desde ese entonces hasta hoy, y ahora sé tanto como entonces acerca de quién es su padre. Y mucho que me alegro de que nunca se haya presentado... aunque quizás no debería decir eso. Conservo el brazalete de cabellos y el pañuelo con todo el cuidado que el sacerdote me recomendó, tanto por la madre como por la hija. Algunas tristezas me ha dado desde que la adopté como mía; pero la quiero más por ellas, y sigo creyendo que cuando me detuve a amamantarla junto al camino fue un día feliz para ella y para mí. Eso es todo lo que puedo decirle, señor, sobre cómo fue que conocí a la pequeña Mary; y me hubiera gustado contarlo de una manera más digna de gente como ustedes.

CAPÍTULO V

LA DESGRACIA DE MADONNA

Cuando la esposa del payaso concluyó su narración, los comentarios de sus oyentes fueron muy escasos. Se sentían demasiado afectados por lo que habían escuchado como para poder hablar, a no ser unas breves palabras pronunciadas en voz muy baja. La señora Joyce se llevó el pañuelo a los ojos más de una vez. Su esposo murmuró unas cordiales frases de simpatía y agradecimiento, aunque en un tono inusualmente quedo. Valentine no dijo nada, pero acercó su silla a la de la señora Peckover y volviendo la cara, como si no quisiera que lo vieran, le puso la mano en una de las suyas y se la palmeó suavemente con la otra. Durante unos pocos minutos, en la habitación reinó un silencio absoluto. Después, todos, como puestos de acuerdo y presos de los mismos sentimientos, volvieron la vista hacia el jardín.

En un rincón sombreado, apenas visible entre los árboles, las hijas del párroco, la pequeña Mary y el gran perro de Terranova estaban juntos sobre la hierba. Las dos jovencitas parecían estarle poniendo un collar de flores a la niña alrededor del cuello, mientras que ésta le ofrecía a *Leo*, juguetona, un ramillete de flores para que lo oliera. El espectáculo era sumamente ordinario y sencillo, pero a los presentes, después de la narración escuchada, les resultaba sumamente conmovedor. Contemplaron en silencio durante unos breves momentos la escena que se desarrollaba en el jardín. La señora Joyce fue la primera en volver a hablar.

—¿Sería demasiado pedirle, señora Peckover, que nos contara cómo se produjo el accidente que causó la desgracia de la pobrecita? —dijo—. Sé que en los anuncios del circo aparece una descripción, pero...

—¡Es la cosa más infame que he leído! —la interrumpió el señor Blyth indignado—. A quien lo escribió deberían ponerlo en la picota. ¡No recuerdo haber sentido nunca antes deseos de tirarle un huevo podrido a un ser humano, pero no hay duda de que me gustaría probarlo con el señor Jubber!

—Calma, Valentine, calma —lo interrumpió el párroco—. Creo, querida —continuó dirigiéndose ahora a la señora Joyce— que no es muy considerado con la señora Peckover esperar que satisfaga tu petición. Ya se ha sacrificado una vez para complacer nuestra curiosidad, y, verdaderamente, pedirle ahora que remueva por segunda vez recuerdos que estoy seguro de que la angustian...

—Es más que angustia lo que da pensar en ese terrible accidente, señor —dijo la señora Peckover—, sobre todo porque no puedo dejar de culparme un poco por él. Pero si la señora quiere saber cómo sucedió, será un placer contárselo. La gente de nuestra profesión, señora (como le he oído decir a menudo a Peggy Burke) está

obligada a enjugarse las lágrimas de los ojos mucho antes de que se les hayan secado en el corazón. Pero, por favor, señor, no crea que lo digo por mí ahora, y menos en compañía de ustedes. Si me siento un poco triste al hablar de la desgracia de la pequeña Mary, no tengo más que echar una mirada al jardín y ver qué feliz es en este momento; y eso, sin duda, me hará sentir bien de nuevo.

»Debo decirle primero, señor —continuó la esposa del payaso después de permanecer callada y pensativa durante unos momentos— que me las arreglé con la pequeña Mary durante los primeros seis años de su vida mucho mejor de lo que había pensado. Era tan hermosa que la gente siempre la notaba y preguntaba por ella; y dondequiera que iba el circo le hacían regalos, lo que era una buena ayuda para su comida y su ropa. Y los nuestros también la mimaban y le tenían cariño. Esos seis años los pasamos muy bien. No fue sino hasta que estaba próxima a cumplir los siete años que fui tan mala y tan tonta como para consentir que la exhibieran durante las funciones. Antes de que dijera que sí me presionaron y me tentaron mucho. Jubber dijo primero que quería que actuara con los jinetes; y yo al instante dije que no, aunque en esa época le tenía un miedo espantoso. Pero poco después, Jemmy (que no era entonces el payaso que es ahora; Jubber consiguió contratar a otros para que hicieran lo que él hacía entonces), Jemmy, digo, viene y me dice que tiene miedo de perder el trabajo si no cedo en lo de Mary. Eso me alarmó, porque no sé qué habríamos hecho entonces si mi esposo hubiera perdido su puesto. Y, además, estaba la pobre niña, loca porque la llevaran por los aires a lomos de un caballo, siempre rogando y suplicando que la dejara convertirse en un pequeño jinete. Y toda la gente del circo se preocupaba por mí y me tomaba el pelo, así que, en resumen, cedí al final, en contra de lo que me decía mi conciencia, pero no pude evitarlo. Sin embargo, puse la condición de que sólo se la confiaran al mejor jinete del grupo, que era, además, un hombre muy sensato y sobrio. En los anuncios lo llamaban Mulah, y le embadurnaban el rostro para hacerlo parecer un turco o algo parecido; pero su verdadero nombre era Francis Yapp, y, a su manera, era un hombre muy bueno y paternal, y tenía una familia propia. Cabalgaba espléndidamente, a horcajadas sobre tres caballos, con un pie, sabe, señor, en el lomo del caballo de más afuera, y el otro pie en el de más adentro. Él y Jubber inventaron que debía comportarse como si fuera un salvaje que huyera por el desierto para salvar su vida, acompañado por su única hija, y la pobre Mary sería esa hija. Le oscurecieron la cara para que se pareciera a él, le pusieron un traje blanco muy estrafalario y le amarraron un cinturón rojo con una especie de asa por la que Yapp la debía sujetar. Después de simular de mil maneras que él y la niña estaban en peligro de ser capturados y muertos, tenía que dar a entender que habían escapado, y llevarla en alto, como en triunfo, con el brazo extendido, todo el tiempo galopando en círculos por la pista. Era un hombre tremendamente fuerte y capaz de hacerlo con la misma facilidad con que yo podría

levantar un pedacito de ese pastel de ciruelas. ¡Pobre amorcito mío! Pronto superó el primer susto y le tomó al asunto una afición que nunca me gustó, porque no era natural en ella. Yapp decía que tenía el corazón de un león, y que llegaría a ser la mejor jinete del mundo. Eso me disgustaba mucho y vivía una vida de mucha angustia, siempre en espera de un accidente. Pero durante algún tiempo no ocurrió nada parecido, y en el circo entró un montón de dinero, porque el público iba a ver a Yapp y a la pequeña Mary; aunque eso favorecía a Jubber, no a nosotros. Una noche, cuando Mary tenía poco más de siete años... ¡Oh, señora, no sé cómo logré seguir viviendo después de esa noche fatídica! Fui una infeliz, una infame pecadora por no haber muerto de hambre antes que dejar que la niña corriera semejante peligro; ¡pero Dios sabe cómo me tentaron y cómo me forzaron! ¡No, señor! ¡No, señora! Muchas gracias por su bondad, pero ya que empecé, no voy a parar. No se preocupe porque llore; de algún modo lograré contárselo. El cinto... no, quiero decir el asa; el asa del cinto se soltó de pronto. ¡Y al final! ¡Justo en el peor momento, cuando Yapp no podía agarrarla! ¡Nunca, oh, nunca, nunca, hasta el día de mi muerte, olvidaré el horrible alarido que dejó escapar el público, ni tampoco el espectáculo de aquella cosita blanca tirada sobre las tablas, totalmente inmóvil! Esa noche no había tanto público como de costumbre, así que cayó en un espacio vacío entre los bancos. Cuando corría hacia ella, los caballos me tumbaron al suelo. Estaba como loca y no sabía lo que hacía. Yapp se había caído entre los caballos y se había lastimado tratando de agarrarla. Los caballos corrían desbocados por la pista. Estaban frenéticos por el ruido. No sé ni cómo me levanté, la gente me empujaba, y vi que se llevaban cargada a mi niñita inocente. Sentí unas manos que trataban de empujarme, pero logré zafarme y entré en el salón junto con los demás. Allí estaba mi pequeña Mary. Yo le había prometido a su pobre madre que la cuidaría, y allí estaba, tendida blanca e inmóvil sobre un cajón viejo y con mi abrigo enrollado como almohada. Y gente arremolinada a su alrededor. Y un médico que le tocaba la cabeza por todas partes. Y Yapp entre la gente, aguantado por dos hombres, con la cara llena de sangre. Yo no podía ni hablar ni moverme; me parecía que ni siquiera respiraba, hasta que el médico se detuvo y levantó la vista; entonces un estremecimiento nos sacudió a todos, como si hubiéramos sido una sola persona y no veinte o más». «No se mató», dice el doctor. «El cerebro no está afectado». Eso fue todo lo que oí. No sé cuánto tiempo pasó hasta que parecí despertar, con una sensación terrible de dolor y como si me desgarraran las entrañas. Estaba en la cama de la casera y Jemmy me acercaba un frasco de sales. «La acostaron», me dice, «y el doctor le está entablillando el brazo». Al principio no supe de qué me hablaba, pero cuando recuperé la memoria fue casi tan malo como volver a vivir ese espantoso accidente. Pasó algún tiempo antes de que averiguáramos qué era lo que realmente había pasado. El doctor dijo que la fractura del brazo le había salvado la cabeza, en la que sólo tenía algunas heridas y magulladuras, que no

eran tan malas como se temía. Día tras día, noche tras noche, la velé junto a su cama, reconfortándola durante la fiebre y el dolor que le producían las tablillas del brazo, sin sospechar ni por un momento —como creo que tampoco lo sospechaba ella— la terrible desgracia que había ocurrido. Durante las pequeñas enfermedades que había tenido antes siempre había sido prodigiosamente tranquila y silenciosa para ser sólo una niña, mi pobrecita; así que no me pregunté —al menos al principio— por qué nunca decía una palabra ni me respondía cuando yo le hablaba. Sin embargo, la situación siguió después de que su salud hubiera mejorado, y sus ojos adquirieron una mirada extraña. Parecían estar siempre sorprendidos, asustados, confusos, por una u otra cosa. Le dio, además, por mover la cabeza intranquila de un lado a otro de la almohada, y dejaba escapar de vez en cuando una especie de murmullo y de tarareo, pero seguía sin parecer darse por enterada de nada de lo que yo le decía ni me prestaba atención. Un día le calentaba una sabrosa taza de caldo de carne cuando oí, de repente y con toda claridad, las siguientes palabras, que venían del lugar que ocupaba en la cama: «¿Por qué están siempre todos tan callados? ¿Por qué nadie me habla?». Yo sabía que en ese momento no había un alma en el cuarto, a no ser la pobre niña, pero la voz que pronunció esas palabras se parecía tan poco a la de la pequeña Mary como la mía a la de usted, señor. Sonaba ronca y grave, profunda y bajita al mismo tiempo; era una voz extraña y chocante en labios de una niña que antes hablaba tan claro y tan bonito. Si yo fuera más entendida en cosas de palabras, señora, y pudiera contárselo tal como fue... pero no puedo. Sólo sé que me dio tal susto oírla que se me cayó el caldo y corrí aterrada hacia la cama. «¡Mary! ¡Mary!», le digo muy alto, «¿te sientes ya tan bien que estás imitando la voz desentonada del señor Jubber?». Mientras yo hablaba, sus ojos tenían la misma mirada interrogante, sólo que más angustiada que antes. Cuando terminé, dijo con la misma voz extraña: «Habla alto, mamá; no te oigo cuando susurras». Le tomó tanto tiempo pronunciar esas palabras, y se trabó tantas veces al decirlas, que parecía que estuviera aprendiendo a hablar. Creo que ese fue el momento en que empecé a sospechar lo que realmente había pasado. «¡Mary!», grité lo más fuerte que pude, «¡Mary!, ¿me oyes?». Sacudió la cabeza y me clavó la vista con la misma mirada asustada y sorprendida: entonces pareció ponerse impertinente e impaciente —era la primera vez que la veía así— y escondió la cara en la almohada. Justo en ese momento llegó el doctor. «¡Oh, señor!», le digo yo en un susurro, como si no me hubiera dado cuenta hacía un minuto de que Mary no podía oírme aunque hablara a todo lo que me daba la voz, «me temo que tiene algún problema con el oído...». «¿Sólo ahora se ha dado cuenta?», me dice él; «hace ya algunos días que lo temo, pero me pareció mejor no decir nada hasta hacerle algunas pruebas; y la pobrecita no se ha recuperado lo suficiente para que la molestemos con experimentos en los oídos». «Está mucho mejor», le digo yo; «¡está muchísimo mejor hoy, señor! Oh, hágale las pruebas ahora,

porque es terrible quedarnos en esta duda un instante más de lo imprescindible». El doctor se acercó a la cama y yo lo seguí. Mary tenía la cabeza escondida en la almohada, igual que cuando la había dejado. El doctor me dice: «No la moleste, no le haga girar la cara para que pueda vernos; voy a llamarla». Dijo «Mary» dos veces en alta voz, y ella no se movió. La tercera vez que lo intentó fue con un grito tan fuerte que la casera subió creyendo que había pasado algo. Yo miraba por encima del hombro del doctor y vi que mi querida niña no se sobresaltó ni un poquito. «Pobrecita», dice el doctor con una voz muy apenada, «es peor de lo que suponía». Se inclinó y la tocó al decir esas palabras; y Mary se volvió de inmediato y extendió la mano para que le tomara el pulso como de costumbre. Traté de escurrirme para que no me viera, porque estaba llorando y no quería que se diera cuenta, pero era demasiada lista para mí. Me miró directamente a la cara, y después a la casera y al doctor, que se veía muy triste, porque le había tomado mucho cariño, como hacían todos los que tenían bastante trato con la pequeña Mary. «¿Qué pasa?», dice con la misma extraña voz anormal. Tratamos de tranquilizarla, pero eso no hizo sino ponerla peor. «¿Por qué siguen susurrando?», pregunta. «¿Por qué no hablan alto para que pueda...?». Y entonces se calló, aparentemente presa de un miedo y una sorpresa hijos del desamparo. Trató de incorporarse en la cama y el rostro se le puso rojo. «¿Sabe leer?», dice el doctor. «Oh, sí señor», digo yo, «sabe leer y escribir muy bien para una niña de su edad; mi esposo le enseñó». «Tráigame papel, pluma y tinta ahora mismo», le dice a la casera, quien fue enseguida y le trajo lo que pedía. «Tenemos que calmarla a toda costa», dice el doctor, «o se agitará tanto que tendrá otro ataque de fiebre. Es capaz de sentir lo que le sucede, pero no lo comprende, así que se lo voy a decir usando este papel. Es un riesgo», dice, al tiempo que escribía en el papel en grandes letras *Estás sorda*, «pero debo probar inmediatamente todo lo que pueda hacer por sus oídos, y esto la preparará», dice, yendo hasta la cama y colocándole el papel delante de los ojos. En el instante en que lo vio, Mary cayó de nuevo sobre la almohada como muerta, pero no lloró, y su expresión era más de perplejidad y asombro que de abatimiento, diría yo. Pero respiraba terriblemente rápido; lo sentí cuando me incliné para besarla. «Es demasiado pequeña», dice el doctor, «para entender la magnitud real de su calamidad. Quédese aquí y manténgala tranquila hasta que yo regrese, porque confío en que el caso tenga aún algunas esperanzas». «Pero ¿qué la dejó sorda, señor?» dice la casera mientras le abría la puerta. «La conmoción de la caída en el circo», dice él saliendo a toda prisa. Pues bien, señor, el doctor regresó; y primero le limpió los oídos con una jeringa, lo cual no produjo ningún resultado positivo. Después probó con ampollas, y después le puso sanguijuelas, y aun así no resultó. «Me temo que no hay esperanzas», dice; «pero hay un médico que ha tenido más experiencia que yo con la sordera y que va a nuestro dispensario una vez a la semana. Mañana es su día, y lo traeré conmigo». Y trajo a

ese señor, como había prometido; era un caballero anciano, y tenía una manera tan agradable de hablar que entendí enseguida todo lo que me dijo. «Me temo que debe prepararse para lo peor», dice él. «Mi amigo, que la ha atendido, me ha contado lo de la pobre niña, y lamento decirle que creo que no hay muchas esperanzas». Entonces va hasta la cama y la mira. «Ah», dice, «tiene en el rostro la misma expresión que recuerdo haber visto en la de un joven albañil que cayó de una escalera y perdió totalmente el oído debido a la conmoción. No oyes lo que digo, ¿no es cierto, mi amor?», dice él con tono cordial y alegre. «¿No me oyes decir que eres la niñita más linda que he visto en mi vida?». Mary lo miró confusa y en absoluto silencio. El doctor no volvió a dirigirle la palabra, pero me mandó a darle la vuelta en la cama para poder mirarle uno de los oídos. Mientras yo hacía lo que me había pedido, sacó unos instrumentos y se los introdujo en el oído, pero con tanta suavidad que no le hizo ningún daño. Entonces miró hacia adentro con la ayuda de una especie de anteojo muy curioso. Hizo lo mismo con el otro oído, y después puso a un lado los instrumentos y sacó su reloj. «Escriba en un papel», le dice al otro doctor. «¿Sabes que el reloj está haciendo tictac?». Una vez hecho lo que pedía, le hace señas a la pequeña Mary de que abra la boca y le introduce el reloj todo lo que permitían los dientes, mientras que el otro doctor coloca el papel delante de ella. Cuando volvió a sacar el reloj, Mary negó con la cabeza y dijo que no con la misma extraña voz de antes. El anciano caballero no dijo ni una palabra mientras volvía a guardarse el reloj en la faltriquera, pero le vi en el rostro que pensaba que después de lo que acababa de ocurrir, el oído de Mary estaba definitivamente perdido. «¡Oh, trate de hacer algo por ella, señor!», digo yo. «¡Oh, por Dios, no la deje por imposible, señor!». «Mi buena señora», dice él, «debe usted darle ejemplo de buen ánimo y mantenerla contenta; eso es todo lo que puede hacerse por ella ahora». «¡No *todo*, señor», digo yo, «seguro que no todo!». «Sí que lo es», dice él, «ha perdido por completo el oído; lo prueba el experimento con mi reloj. El caso del joven albañil fue exactamente igual», dice, dirigiéndose al otro doctor. «Opino que la conmoción de la caída le paralizó el nervio auditivo, igual que al muchacho». Recuerdo con toda exactitud esas palabras, señor, aunque no las entendí muy bien en ese momento. Pero me lo explicó todo muy amablemente, volviéndome a decir, de manera sencilla, lo que le acababa de comunicar al doctor. Me recordó también que los remedios que se habían probado hasta el momento habían sido inútiles; y me dijo que podía estar segura de que cualquier otro terminaría siendo igualmente inútil, y la sometería, además, a dolores innecesarios. «Tengo la esperanza de que la pobre niña sea demasiado pequeña como para sufrir mucho mentalmente con su espantosa desgracia. Manténgala entretenida, y haga que hable, si es posible, aunque dudo mucho de que dentro de poco logre usted hacerlo». «No diga eso, señor», le digo yo; «no me diga que se quedará muda además de sorda; parte el corazón nada más pensarlo». «Pero tengo que decírselo»,

dice él, «porque me temo que es la verdad». Y entonces me pregunta si no había notado que ya se mostraba reacia a hablar; y que cuando hablaba su voz no era igual a la de antes. Le contesté que sí y le pregunté si la caída tenía algo que ver. Me cortó la palabra y me dijo que estaba totalmente relacionado con la caída, que la había dejado sorda como una tapia, como dicen, lo que le impedía oír el sonido de su propia voz. De modo que ésta le había cambiado, me dijo, porque ya no tenía oído por el que guiarse al hablar ni manera de saber si las pocas palabras que pronunciaba sonaban alto o bajo, graves o agudas. «En lo que toca a la pobre niña», me dice, «lo mismo daría que no tuviera voz, porque no cuenta más que con su memoria para saber que la tiene». Rompí a llorar al oírlo, porque nunca antes había imaginado algo tan espantoso. «Me he precipitado un poco al contarle lo peor, ¿no es así?», dice amablemente el anciano caballero; «pero hay que enseñarle a usted a que se disponga a enfrentar esta desgracia en toda su importancia, por la niña, cuya tranquilidad y felicidad futuras dependen en gran medida de usted». Y entonces me pidió que le repasara la lectura y la escritura, y que la obligara a usar la voz todo lo que pudiera, por todos los medios a mi alcance. Me dijo que día a día se mostraría menos dispuesta a hablar, por la terrible razón de que no podría oír ni una palabra de lo que decía, ni escuchar el tono de su propia voz. Me advirtió que ya estaba perdiendo la voluntad y las ganas de hablar, y que pronto le resultaría casi doloroso que la obligaran a decir incluso unas pocas palabras; pero me rogó que no dejara que mi buen natural se impusiera a mi sensatez, y que no la complaciera, por más tentada que me sintiera a ello, porque si lo hacía, lo más seguro es que terminara muda además de sorda. Me dijo que mi propio sentido común me haría darme cuenta de por qué, pero supongo que yo estaba demasiado abatida o que soy demasiado tonta para entender las cosas como debiera. Me lo tuvo que explicar detalladamente: si no la ejercitaba constantemente, perdería totalmente la capacidad de hablar, por falta de práctica, igual que si hubiera nacido muda. «Así que, una vez más», me dice, «asegúrese de que use la voz. No le dé la comida a menos que la pida. Trate a la pobrecita con dureza en ese sentido, porque es por su propio bien». A él no le costaba nada decirlo, pero a mí me resultó imposible hacerlo. La niña, señora, pareció resignarse a su desgracia, excepto cuando tratábamos de hacerla hablar. Era el espectáculo más hermoso y más triste del mundo ver con cuánta paciencia y con cuánta valentía aceptó su triste suerte desde el principio. Cuando mejoró su salud, empezó a practicar la escritura y la lectura muy provechosamente con mi esposo y conmigo; y recuperó toda su alegría natural, igual a la de antes. He leído u oído en algún lugar, señor, acerca de la bondad de Dios, que atempera el viento que sopla sobre la oveja trasquilada. No sé quién fue el primero en decirlo, pero muy bien podría haber estado hablando de mi pequeña Mary en esa época. En lugar de ser nosotros quienes la consolábamos, ella fue quien nos consoló a nosotros. Y así ha seguido desde

entonces, ¡Dios la bendiga! Estoy convencida de que no hay más que tratarla con bondad y, a pesar de su desgracia, es la cosita más alegre, más feliz, la más fácil de complacer y divertir que haya existido. Si nos equivocamos al no obligarla a hablar más de lo que lo hicimos, tengo que decir que ni mi esposo ni yo tuvimos valor para hacerla infeliz y atormentarla de la mañana a la noche, viéndola así, siempre contenta y cómoda con tal de que la dejáramos tranquila. Durante un tiempo nos esforzamos todo lo que pudimos para hacer lo que el caballero nos había dicho; ¡pero es tan difícil —me atrevo a decir que usted misma habrá tenido ocasión de darse cuenta, señora— no complacer a los que se ama! Nunca vi una lágrima en sus ojos, excepto cuando la obligábamos a hablar; y en esas ocasiones siempre lloraba y se quedaba inquieta y de mal humor todo el día. Parecía que le resultaba terriblemente difícil y doloroso pronunciar aunque sólo fueran dos o tres palabras, y la espantosa voz ronca y quejumbrosa que sonaba como si no le perteneciera, nunca cambió. Mi esposo fue el primero en darse por vencido y dejar de preocuparse porque hablara, y le enseñaba toda suerte de trucos con las cartas, para entretenerla, que era una buena manera de que siguiera con la lectura y la escritura de una manera agradable, porque, por supuesto, se veían obligados a escribir todo lo que se tenían que decir en una tablilla que le compramos cuando mejoró. Fue a la propia Mary a quien se le ocurrió, señora, tener la tablilla siempre colgada al costado. ¡Pobrecita mía! Le pareció que era un adorno precioso, y estaba muy orgullosa de ella. Jemmy, que tiene buenas manos para esas cosas, le hizo un marco de tafilete rojo, y logró que el encargado de nuestros accesorios le pusiera una orla dorada. Y entonces se la colgamos al costado, con un pedacito de cordón de seda, tal como la ve. Seguí insistiendo en que hablara durante algún tiempo después de que mi esposo desistiera, pero también terminé por darme por vencida. Sé que fue un error de mi parte, y una muestra de egoísmo, pero me dio miedo que, si insistía, no me querría como antes y le tomaría más cariño a Jemmy que a mí. ¡Oh, qué feliz fue el día en que le escribí en su tablilla que no iba a seguir fastidiándola para que hablara! Se subió de un salto a mi regazo —siempre ha sido tan ágil como una ardilla— y me besó muchas veces de todo corazón. El resto de ese día se lo pasó corriendo por el cuarto, y por toda la casa, como una loquita, y cuando Jemmy llegó por la noche después de su función, se tiró de la cama para retozar con él, montarse a caballito sobre su espalda y tratar de imitar las muecas cómicas que le había visto hacer en la pista. Estoy convencida, señor, de que esa fue la primera noche feliz que tuvimos después de su espantoso accidente. Pero mucho tiempo después me seguía remordiéndome la conciencia por haberme dado por vencida. Al fin se me presentó la oportunidad de hablar con otro médico sobre la pequeña Mary, y él me dijo que si hubiéramos seguido insistiendo con todo rigor, igualmente le habría resultado doloroso y difícil hablar durante toda la vida. Me dijo también que estaba seguro —aunque no logró explicarme por qué— de que las personas aquejadas de

sordera total, como ella, no sentían la falta de la palabra, porque no deseaban usarla, y que comenzaban a usar signos o la escritura, o cosas parecidas, muy normalmente, como si se tratara de una segunda naturaleza. Eso me consoló y me tranquilizó bastante. Dios quiera que lo que el caballero dijo sea verdad, porque si fue culpa mía dejar que se saliera con la suya y fuera feliz, ya no tiene remedio. Desde hace más de dos años, señora, no la he oído decir ni una sola palabra, como si hubiera nacido muda, y estoy convencida de que ni todos los doctores del mundo lograrían hacerla hablar. Quizás quiera usted saber, señor, cómo empezó a hacer sus trucos con los naipes en el circo. No había ningún peligro en que los hiciera, lo sé, y, sin embargo, yo habría dado casi todo lo que tengo para que no la exhibieran así. Pero me amenazaron de nuevo de la manera más vil y malvada... no sé ni cómo contarle en presencia de personas como ustedes... han de saber que Jubber...

En el preciso momento en que la señora Peckover pronunciaba esas últimas palabras con penosa vacilación, el reloj de la casa parroquial dio las dos. La mujer lo oyó y se detuvo de inmediato.

—Oh, por favor, señor, ¿son las dos? —preguntó, sobresaltándose y dando señales de alarma.

—Sí, señora Peckover —dijo el párroco—, pero lo cierto es que después de contraer con usted una deuda de gratitud tan grande por habernos contado lo que tanto nos ha interesado y afectado, nos resulta imposible pensar en dejarlas ir de la casa parroquial a usted y a la pequeña Mary.

—Tenemos que irnos, señor; y muchas gracias por querer que nos quedemos —dijo la señora Peckover—. Lo que iba a contarles ahora no tiene demasiada importancia; es igual que no se enteren... y la verdad es que tenemos que irnos ya, señora. Cuando llegué le dije a este caballero de aquí, al señor Blyth, que me había escapado para venir sin que nadie se diera cuenta, con el pretexto de sacar a la pequeña Mary a dar una vuelta. Si no regresamos para la comida de las dos en el circo, Dios sabe lo que hará Jubber. Este caballero le podrá contar de qué manera tan infame trató a la pobre niña anoche. Tenemos que irnos, señor, por el bien de Mary; si no...

—¡Un momento! —exclamó Valentine, dando rienda suelta a su excitación, rompiendo todos los diques en un instante, al tiempo que tomaba a la señora Peckover del brazo y la obligaba a sentarse nuevamente—. ¡Un momento! ¡Escúcheme, debo hablarle o me volveré loco! No me interrumpa, señora Peckover, y no se levante. Todo lo que quiero decirle es lo siguiente: ¡no debe volver a llevar a esa niña angelical cerca de Jubber; no, nunca más! ¡Por Dios! ¡Si yo pensara que ese hombre era capaz de tocarla otra vez, enloquecería y lo mataría! ¡Déjeme hablar, doctor! Le pido a la señora Joyce que me perdone por comportarme así; no volveré a hacerlo. ¡Cállense todos ustedes! Debo llevarme a la niña conmigo; ¡oh, señora

Peckover, no diga que no! La haré tan feliz como largo es el día. No tengo hijos. La cuidaré, la querré y la enseñaré durante toda mi vida. Tengo en casa una esposa que sufre, atada a su lecho, que considerará que la compañía de la pequeña Mary es la mayor bendición que Dios podría enviarle. ¡Mi querida y paciente Lavvie! ¡Oh, doctor, doctor!, imagine cuán bondadosa se mostrará Lavvie con esa pobre niña enferma, y trate de que la señora Peckover consienta. No puedo seguir hablando. Sé que no ha estado bien de mi parte soltar todo esto de esta manera, y les ruego que me perdonen, ¡se lo ruego de todo corazón! Hable con ella, doctor, por favor, ¡háblele ahora mismo si no quiere que yo sea infeliz durante el resto de mi vida!

Y tras pronunciar esas palabras, Valentine salió precipitadamente al jardín y se dirigió al sitio donde las tres niñas permanecían sentadas entre los árboles, en su umbroso refugio.

CAPÍTULO VI

MADONNA SE VA A LONDRES

La esposa del payaso había asistido pálida e inmóvil al abrumador torrente de exclamaciones y súplicas del señor Blyth. Daba la impresión de ser incapaz de hablar, incluso después de que éste saliera, y se limitaba a mirar estupefacta al párroco, con una vívida expresión de temor y pasmo en su rostro mofletudo y saludable.

—Por favor, tranquilícese, señora Peckover —dijo el doctor Joyce—; le ruego que preste la mayor atención a lo que voy a decirle. Permítame suplicarle, en primer lugar, que perdone la extraña conducta del señor Blyth, que veo que la ha sobresaltado y sorprendido. Pero por más agitado que se muestre al hablar, le aseguro que las intenciones que denotan sus palabras son honestas y honorables. Lo entenderá mejor si me permite explicarle calmadamente la propuesta que acaba de hacerle él mismo de manera tan abrupta y confusa.

—¡Una propuesta, señor! —exclamó la señora Peckover con voz apagada y con más aire de susto que nunca—. ¡Una propuesta! ¡Oh, señor! ¡No querrá decirme que me va a pedir que me separe de la pequeña Mary!

—No le pediré nada que su propio sentido común y su bondadoso corazón no aprueben —respondió el párroco—. En pocas palabras, y para no perder tiempo con un inútil prefacio, mi amigo, el señor Blyth, siente tanta admiración por su pequeña Mary, y tantos deseos de ayudarla lo más posible en su inmensa desgracia, que está dispuesto, más que eso, deseoso de velar por su futuro adoptándola como su hija. No creo que la asombre este ofrecimiento, aunque viene, como me doy perfecta cuenta, de alguien que es para usted un desconocido, si reflexiona sobre el enorme derecho que le asiste a la niña a ser acreedora de la compasión y la bondad del prójimo. En numerosas ocasiones, otros desconocidos, como nos ha contado usted misma, han dado muestras de un profundo interés por ella. Por tanto, no es sorprendente que un caballero cuyas motivaciones de integridad cristiana he tenido la oportunidad de comprobar durante casi veinte años de amistad, pruebe la sinceridad de su conmiseración por la pobre niña mediante una propuesta como la que acabo de comunicarle.

—¡No me pida que diga que sí, señor! —suplicó la señora Peckover con lágrimas en los ojos—. ¡No me pida que lo haga! Cualquier otra cosa para probarle mi gratitud por su bondad para con nosotros; pero ¿cómo podría separarme de mi pequeña Mary? ¡No puede usted tener corazón para pedirme eso!

—Tengo corazón, señora Peckover, para compadecerla profundamente por su tristeza ante la idea de separarse de la niña; pero en bien de ella, debo pedirle

nuevamente que domine sus emociones. Y, aún más, debo suplicarle que por el amor que le tiene, le conceda una justa consideración a la petición que le acabo de hacer en nombre del señor Blyth.

—Lo haría si pudiera, señor... ¡pero es precisamente por lo mucho que la quiero que no puedo! Además, como usted mismo dice, se trata de un perfecto desconocido.

—Admito sin reservas la fuerza de ese argumento, señora Peckover, pero permítame recordarle que soy garante de la probidad de su carácter y de su idoneidad para que se le confíe a la niña, dado que hace veinte años que lo conozco. Podría usted responder a eso que yo también soy un desconocido; y sólo puedo pedirle, a mi vez, que considere mi condición y mi estado como las mejores pruebas que puedo ofrecerle de que no soy indigno de su confianza. Si enviara usted a la pequeña Mary a estudiar a un asilo para sordomudos, como muy bien pudiera hacerlo, se vería obligada a confiar de manera implícita en las autoridades de ese asilo más o menos sobre la misma base que ahora le planteo para justificar que me otorgue su confianza.

—¡Oh, señor!, no crea... por favor, no crea que no estoy dispuesta a confiar en usted... tan bueno y tan amable como ha sido hoy con nosotras... y un sacerdote, además... me sentiría avergonzada de mí misma si dudara...

—Permítame decirle clara y francamente las ventajas que encierra para la niña la propuesta del señor Blyth. Mi amigo no tiene hijos, y su esposa, como él mismo le ha contado, padece una enfermedad crónica que la incapacita de por vida. Si pudiera usted ver la gentileza y la adorable paciencia con que soporta su aflicción, reconocería que la pequeña Mary no podría esperar mejor bienvenida de un corazón tan lleno de bondad como el de la señora Blyth. Le garantizo con toda seriedad que el único peligro que temo que corra la niña en el hogar de mi amigo es el de que la malcríen con una excesiva indulgencia. Aunque no es de ningún modo un hombre rico, el señor Blyth dispone de un patrimonio propio y puede ofrecerle todas las comodidades. En una palabra, el hogar al que está dispuesto a llevarla es un hogar lleno de amor, felicidad y seguridad, en el sentido mejor y más puro de esas palabras.

—¡Calle, señor! ¡No me destroce el corazón obligándome a separarme de ella!

—Llegará el momento en que me agradezca haber puesto a prueba su fortaleza como estoy haciendo ahora, señora Peckover. Óigame sólo un poco más para que conozca los términos que le propone el señor Blyth. Mi amigo no sólo está dispuesto —si confía usted la niña a su cuidado— a que pueda usted verla cada vez que quiera, sino que lo desea ardientemente. Le dejará a usted su dirección en Londres. Pretende, por motivos que le hacen honor a usted y a él, cubrir sus gastos de viaje cada vez que desee ver a la niña. Siempre reconocerá que tiene usted un derecho prioritario a su afecto y su deber. Le ofrecerá a Mary todas las facilidades que estén a su alcance para que mantenga una correspondencia constante con usted; y si la vida en su hogar se le hace desagradable, incluso en lo más mínimo, se compromete a devolvérsela a usted,

si ella y usted así lo desean, aun a costa de cualquier sacrificio de sus deseos y sus sentimientos. Esos son los términos que propone, señora Peckover, y le garantizo solemnemente, por mi honor de sacerdote y de caballero, que considerará sagrado el estricto cumplimiento de todas y cada una de esas condiciones tal como se las he planteado.

—Yo sé que debería dejarla ir, señor... yo sé que debería mostrar cuán agradecida estoy por la generosidad del señor Blyth dejándola ir... pero ¿cómo hacerlo después de todo este tiempo en que ha sido como una hija para mí? ¡Oh, señora, diga una palabra en mi favor! Parezco tan egoísta por no renunciar a ella... ¡diga una palabra en mi favor!

—En lugar de eso, ¿me dejará decir una palabra en favor de la pequeña Mary? —replicó la señora Joyce—. ¿Me dejará insistirle en que la propuesta del señor Blyth le brinda a la niña una segura protección contra ese monstruo inhumano que ya la ha maltratado y que puede volver a maltratarla a menudo a pesar de todo lo que pueda hacer usted para impedirlo? Por favor, piense en eso, señora Peckover. ¡Hágalo, por favor!

La pobre señora Peckover demostró, rompiendo nuevamente en llanto, que pensaba en ello con bastante amargura.

El párroco le sirvió un vaso de agua y se lo alcanzó.

—No nos considere desconsiderados ni insensibles porque le insistamos tanto en la propuesta del señor Blyth —dijo—. ¡Pero reflexione sobre la situación de Mary si permanece en el circo mientras crece! ¿Será suficiente su bondad para protegerla de peligros a los que casi no me atrevo a aludir? ¿De una maldad que se podría aprovechar de su indefensión, su inocencia e incluso su desgracia? Considere todo lo que la propuesta del señor Blyth le promete para el futuro, para la sagrada preservación de su pureza de corazón y de mente. Piense en el día en que la pequeña Mary se haya convertido en una joven mujer; y si lo hace, señora Peckover, le garantizo que le hará justicia a la importancia del ofrecimiento de mi amigo.

—Yo sé que todo eso es verdad, señor; sé que soy desagradecida y egoísta, pero déme un poco de tiempo para pensarlo; ¡déme un poco más de tiempo para estar con la pequeña a la que quiero como si fuera mi propia hija!

El doctor Joyce acercaba su silla a la de la señora Peckover antes de contestar, cuando la puerta se abrió y el respetable Vance entró silenciosamente en la habitación.

—¿Qué quieres? —dijo el párroco levemente irritado—. ¿No te dije que no volvieras hasta que te llamara?

—Le ruego que me perdone, señor —respondió Vance lanzándole una mirada maliciosa a la esposa del payaso mientras cerraba la puerta a sus espaldas— pero hay una persona que espera en la entrada y que dice que viene por un asunto importante

que no admite demora.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Dice que su apellido es Jubber, señor.

La señora Peckover se incorporó de un salto al tiempo que dejaba escapar un grito.

—¡No... por favor, por piedad, señor; no lo deje pasar al jardín donde está Mary! —dijo con la respiración entrecortada, agarrando el brazo del doctor Joyce debido a lo intenso de su terror—. ¡Dio con nosotros y le habrá dado uno de sus arrebatos de violencia! No le importa nada ni nadie, señor; es tan malvado como para maltratarla delante de usted. ¿Qué haré? ¡Oh, Dios del cielo! ¿Qué haré?

—Déjemelo todo a mí y vuelva a sentarse —dijo el párroco amablemente. Entonces, volviéndose hacia Vance, añadió—: Haz pasar al señor Jubber al cuarto de al lado y dile que de inmediato estaré con él.

—Ahora, señora Peckover —continuó el doctor Joyce con aire absolutamente sereno— antes de ver a este hombre (y puedo adivinar cuál es el asunto que lo trae aquí) tengo tres preguntas importantes para usted. La primera es la siguiente: ¿fue usted testigo anoche del cruel maltrato del que hizo víctima a esa pobre niña? (El señor Blyth me lo contó). La golpeó, ¿no es cierto?

—¡Oh, claro que sí, señor! La golpeó con mucha saña con su bastón.

—¿Y usted lo presencié?

—Sí, señor. Más le habría hecho de no haber estado yo cerca para impedirlo.

—Muy bien. Ahora dígame si usted o su esposo han firmado algún contrato... algún papel, quiero decir, que le dé derecho a este hombre a considerar a la niña como uno de sus actores.

—¡Firmar yo un papel, señor! Nunca en mi vida he hecho cosa parecida. Jubber se consideraría insultado sólo de oír hablar de firmar un contrato con alguien como yo o Jemmy.

—Mejor que mejor. Ahora, mi tercera pregunta se refiere a la pequeña Mary. Me comprometo a lograr que este villano no pueda tocarla ni con un dedo, pero con una condición que depende enteramente de usted.

—Haré cualquier cosa por protegerla, señor; cualquier cosa.

—La condición es que acepte la propuesta del señor Blyth, porque sólo puedo garantizar la seguridad de la niña en ese caso.

—Entonces acepto, señor —dijo la señora Peckover con un tono de voz y unas maneras súbitamente firmes que casi sobresaltaron a la señora Joyce, quien seguía el diálogo con toda atención—. Acepto, porque sería yo el monstruo más vil del mundo si respondiera que no en un momento como este. Le confiaré mi precioso tesoro a usted, señor, y al señor Blyth; a partir de este momento, ¡qué Dios la bendiga a *ella* y me consuele a mí! Bastante consuelo voy a necesitar. ¡Oh, Mary! ¡Mary! ¡Mi

pequeña Mary! ¡Nunca pensé que tú y yo nos separaríamos así algún día!

La pobre mujer se volvió hacia el jardín al pronunciar esas palabras. Toda su fortaleza la abandonó en un instante y se dejó caer en su silla sollozando amargamente.

—Llévala a la arboleda donde se encuentran las niñas en cuanto se recupere un poco —le musitó el párroco a su esposa, al tiempo que abría la puerta del comedor.

Aunque el aspecto del señor Jubber cuando vestía su uniforme vespertino y lo iluminaban las luces de su circo era el más canallesco que puede exhibir un ser humano, ataviado con ropas de diario y sometido a la prueba tremenda de la pura luz del día alcanzaba un clímax infinitamente superior de truhanesca perfección. El primate más monstruoso salido de las jaulas del Jardín Zoológico se habría comparado favorablemente con él, allí de pie en el cuarto de la casa pastoral, con sus ojos, inyectados en sangre por la depravación, que recorrían con mirada hoscamente desdeñosa la habitación, con su flácida garganta amarillenta expuesta a la vista de todos, con un cuello de marinero y una corbata azul claro, con sus bastas mejillas de aspecto enfermizo aún embarradas de colorete, con su andrajosa camisa —que ni siquiera había tenido, por astucia, la decencia de llevar limpia— salpicada de malos bordados y joyas de fantasía. Llevaba puesto el sombrero y, a la llegada del doctor Joyce, se acariciaba enfurruñado, con los dedos sucios, los grasientos rizos negros que caían sobre el cuello de su chaqueta.

—¿Quería usted hablar conmigo? —dijo el pastor sin hacer ademán de sentarse ni invitar al señor Jubber a hacerlo.

—¡Ah! ¿Es usted el doctor Joyce? —dijo Jubber asumiendo sin preámbulos la más insolente familiaridad.

—Ese es mi nombre —dijo el doctor Joyce muy sereno—. ¿Tendría la bondad de decirme inmediatamente y con el menor número de palabras posible qué desea de mí?

—¡Vaya! Así que va a adoptar ese tono conmigo, ¿no? —dijo Jubber poniéndose las manos en la cintura y dando golpecitos con el pie en el suelo—; así que quiere hacerse el señorón conmigo, ¿no? ¡Muy bien! Se ha topado con la horma de su zapato, así que allá voy. ¿Qué se propone llevándose con arrumacos a mi Misteriosa Niña Expósita? ¿Qué se propone con este robo de un talento que pertenece a mi circo?

—Será mejor que continúe —dijo el párroco aún más sereno que antes—. Hasta el momento no entiendo nada, salvo que desea mostrarse ofensivo conmigo, lo cual le puedo asegurar que viniendo de una persona de su aspecto, no me produce el menor efecto. Haría mucho mejor en ahorrarnos tiempo diciendo claramente lo que tenga que decir.

—Quiere que hablemos claro, ¿eh? —exclamó Jubber perdiendo los estribos—. ¡Entonces, por Dios que se lo diré bien claro!

—Espere un momento —dijo el doctor Joyce—. Si vuelve a invocar el nombre de Dios en vano en mi presencia, llamaré a mi sirviente y le daré la orden de que lo acompañe hasta la puerta.

—¿Eso hará?

—No tenga la menor duda.

Se produjo un momento de pausa en el que el canalla y el caballero se miraron a los ojos. Era la antigua, invariable lucha entre la tranquila firmeza de los buenos modales y la salvaje obstinación de los malos; y terminó de la antigua e invariable manera: el canalla fue el primero en apartar la vista.

—Si su sirviente me pone un dedo encima, le daré una paliza que lo dejará medio muerto —dijo Jubber mirando en dirección a la puerta con una mueca—. Pero ese no es el tema ahora; el tema es que lo acuso de secuestrar a mi niña sordomuda y traerla a su casa para que actúe ante usted sin permiso. Si es usted demasiado virtuoso para ir a mi circo, aunque muchos mejores que usted han ido, tiene que pagar por una función privada. ¿Se cree que puede tratar a un artista como yo con sus infernales aires aristocráticos, como si yo fuera el suelo que pisa, después de hacer una cosa tan sucia?

—¿Tendría la bondad de decirme cómo sabe que la niña a la que hace alusión ha estado hoy en mi casa? —preguntó el doctor Joyce sin darse por enterado de la indignación del señor Jubber.

—Uno de los míos vio a esa hipócrita ladrona, la Peckover, cuando la traía hacia aquí, y me lo dijo cuando las eché de menos en el almuerzo. ¡Anda! ¡Me parece que es suficiente evidencia! Niéguelo si puede.

—No tengo la menor intención de negarlo. La niña está en estos momentos en mi casa.

—Y ya ha hecho toda la función, por supuesto. ¡Ah! ¡Qué porquería! ¡Qué sucio! Yo me avergonzaría de pisotear así los derechos de otro hombre.

—Me regocija muy sinceramente escuchar que es usted capaz, en alguna circunstancia, de avergonzarse de sí mismo —replicó el pastor—. No obstante, la niña no ha hecho ninguna función en mi casa, porque no fue invitada con el propósito que usted supone. Pero, como usted mismo acaba de decir, ese no es el tema. Hágame el favor, ¿por qué se refirió a la niña hace un momento como su niña?

—Pues porque es una de mis artistas, por supuesto. ¡Pero basta! Ya es suficiente; no puedo quedarme aquí hablando todo el día; quiero a la niña, así que mándela a buscar, ¿vale? Y a Peck mándemela después en cuanto guste. ¡Les voy a enseñar a las dos a no hacer nunca más este clase de cosas! ¡En el futuro haré que no salgan del circo! Les voy a enseñar...

—Podría emplear su tiempo de manera mucho más útil —dijo el doctor Joyce— si se ocupara de cambiar los carteles de su circo para informarle al público de que la

niña sordomuda no volverá a aparecer en él.

—¿Qué no volverá a aparecer? ¿Qué no aparecerá esta noche en mi circo? ¡Cómo, que me cuelguen si no está tratando de hacerse el gracioso! Que cambie mis anuncios, ¿eh? ¡No está mal! ¡Le juro que no está mal para ser un párroco! Hágame otra bromita, señor; soy todo oídos.

Y un sonriente señor Jubber se llevó la mano a la oreja, presa de una furia sarcástica.

—Hablo totalmente en serio —dijo el pastor—. Un amigo mío ha adoptado a la niña y se la llevará con él a su casa mañana por la mañana. La señora Peckover (que es la única persona que tiene derechos sobre ella) ha consentido en este arreglo. Si lo que pretendía al venir aquí era llevarse a la niña de vuelta al circo, es justo que le informe que no saldrá de mi casa si no es para irse a Londres mañana con mi amigo.

—¿Cree que yo soy hombre capaz de soportar una cosa así? ¿De renunciar a la niña? ¿De cambiar los anuncios? ¿De perder dinero? ¿De quedarme tan tranquilo como si no pasara nada? ¡Oh, sí! ¡Por supuesto! ¡Les tengo tanto cariño a usted y a su amigo! ¡Son ustedes unos hombres tan agradables que pueden lograr lo que quieran de mí! ¡Al diablo con toda esta tonta palabrería! —rugió el rufián pasando de repente de la insolencia a la rabia y dando un puñetazo sobre la mesa—. Déme a la niña ahora mismo, ¿me oye? Le digo que me la entregue. ¡No me iré de esta casa hasta que no la tenga conmigo!

Justo en el momento en que el señor Jubber dejaba escapar un segundo juramento, el doctor Joyce hizo sonar la campanilla.

—Le dije lo que haría si blasfemaba de nuevo en mi presencia —dijo el pastor.

—Y yo le dije a usted que mataría a su sirviente si me ponía un dedo encima —dijo Jubber plantándose firmemente el sombrero en la cabeza y recogiendo los puños de la camisa.

Vance hizo su aparición a la puerta, mucho menos pomposo que de costumbre y con una interesante palidez en el rostro. Jubber se escupió las palmas de ambas manos y cerró los puños.

—¿Ya han terminado de comer en la cocina? —preguntó el doctor Joyce, ligeramente sonrojado pero muy sereno.

—Sí, señor —respondió Vance con una voz notablemente conciliadora.

—Dile a James que vaya a buscar al policía y que le diga que lo necesito; y dile al jardinero que espere contigo en el zaguán. Y ahora —dijo el pastor cerrando de nuevo la puerta tras dar esas órdenes y volviéndose otra vez hacia el señor Jubber—. Ahora tengo una o dos cosas más que decirle, que le recomiendo que escuche con toda atención. En primer lugar, no tiene usted ningún derecho sobre la niña, porque sé que no está en posesión de un contrato firmado en el que se le prometían sus servicios. Más vale que me oiga hasta el final, por su propio bien. Le repito que no tiene ningún

derecho legal sobre la niña. En lo que a usted concierne, ella es perfectamente libre. ¡Sí! ¡Sí! ¡Lo niega, por supuesto! Sólo tengo que añadir que si intenta sustentar esa negación aduciendo aún su derecho y provocando un alboroto en mi casa, le aseguro que tan cierto como que estamos los dos aquí haré añicos su reputación en Rubbleford y en todos sus alrededores. De nada vale que se ría. ¡Puedo hacerlo! Anoche golpeó usted a la niña de la manera más vil. Soy magistrado, y tengo listos a mi fiscal y a un testigo de esa agresión para el momento en que decida llamarlos. Puedo imponerle una multa o mandarlo a la cárcel, lo que yo decida. Usted conoce a la gente; sabe lo que piensan de quienes maltratan a niños indefensos. Si compareciera usted ante mí bajo esa acusación, el periódico de Rubbleford daría la noticia; y en lo que toca a los intereses de su circo, sería usted un hombre mal visto en toda la región. ¡Lo sería, y lo sabe! Ahora bien, le ahorraré ese trance, no porque sienta ningún cariño hacia usted, a condición de que se marche tranquilamente y no oigamos nunca nada más de usted. Le recomiendo sinceramente que se vaya de inmediato, porque si espera a la llegada del policía, no sé si mi sentido del deber no me obligará a entregarlo bajo su custodia —y con esas palabras, el doctor Joyce abrió la puerta y señaló hacia el vestíbulo.

Durante todo ese parlamento, una violenta indignación, una sorpresa ingobernable, un abyecto terror y una rabia impotente invadieron sucesivamente el pecho del señor Jubber. Recorrió la habitación a grandes trancos y pronunció entre dientes varios juramentos, pero no interrumpió de otra manera al doctor Joyce mientras éste le dirigía la palabra. Cuando el pastor concluyó, Jubber tenía preparada su insolente respuesta. Para hacerle justicia, hay que decir que, si no otra cosa, al menos era coherente; se portó como un canalla hasta el final.

—Magistrado o pastor —exclamó chasqueando los dedos—, no me importa usted un bledo en ninguna de esas dos funciones. ¡Retiene aquí a la niña por su cuenta y riesgo! Iré al primer abogado que encuentre en Rubbleford para ponerle una demanda. ¡Ya le enseñaré yo de leyes! ¡Hacer añicos reputaciones! ¡A mí! Puedo probar que sólo le di una tunda a esa ranita, a esa horrible idiota sorda, porque se lo merecía. ¡Ya me las pagará! Volveré a hacerme con la niña allá donde se la lleve ¡Ya le enseñaré yo de leyes! (En ese punto avanzó hacia la puerta del zaguán). ¡Ya me las pagará, maldito sea! Lo acusaré de incitar a sus sirvientes a agredirme. (En ese punto le lanzó una mirada feroz al jardinero, un pecoso gigante escocés de seis pies y tres pulgadas de estatura, y al instante bajó cinco escalones). ¡Atrévase a ponerme un dedo encima! Voy directo de su casa a la de un abogado. ¡Soy un inglés libre y haré valer mis derechos y las leyes! ¡Le pondré un pleito! ¡Lo desacreditaré! Le arrancaré el hábito por los hombros. ¡Le haré callar en su propio púlpito!

En ese punto salió pavoneándose al jardín del frente de la casa; sus palabras se hicieron indistinguibles y su voz grosera se hizo cada vez menos audible. El cochero

que estaba ante la verja fue el último en verlo, y contó que había hecho mutis golpeando bestialmente las flores con el bastón y jurando que desacreditaría al pastor con la «ley legal».

Tras darles ciertas órdenes a sus sirvientes, para el caso sumamente improbable de que el señor Jubber regresara, el doctor Joyce se dirigió al comedor. Estaba vacío, así que se encaminó al jardín.

Allí encontró a su familia y sus invitados reunidos, pero en el grupo se había producido un gran cambio durante su ausencia. El señor Blyth, al ser informado del resultado de la conversación del pastor con la señora Peckover, había actuado con su impetuosidad y falta de discreción usuales, y había escrito encantado en la tablilla de la pequeña Mary, sin la menor preparación o persuasión previas, que se iría a su casa con él al día siguiente y sería tan feliz como en un cuento de hadas durante el resto de su vida. El resultado de ese proceder irresponsable había sido que la niña se asustara mucho y corriera lejos de todos a refugiarse en los brazos de la señora Peckover. Cuando el pastor se unió al grupo congregado en el frescor que proporcionaban los murmurantes árboles, Mary seguía llorando, agarrada con ambas manos y con todas sus fuerzas al vestido de la buena mujer, y Valentine, por su parte, seguía declarándoles a los reunidos, a voz en grito, que la quería todavía más por demostrarle tan fiel afecto a su mejor y más antigua amiga.

El doctor Joyce se refirió muy brevemente a su entrevista con el señor Jubber, ocultando buena parte de lo sucedido y restándole importancia a las amenazas pronunciadas por el dueño del circo a su partida. La señora Peckover, cuyo control sobre sí misma parecía en peligro inminente de evaporarse ante las mudas demostraciones de afecto de la pequeña Mary, prestó oído ansiosa a cada una de las palabras pronunciada por el doctor, y en cuanto este concluyó, dijo que debía regresar al circo inmediatamente para contarle a su esposo la verdad acerca de todo lo sucedido, como necesario contrapeso de las calumnias que sin duda levantaría contra ella el señor Jubber.

—¡Oh, no se preocupe por mí, señora! —dijo, en respuesta a las aprensiones expresadas por la señora Joyce acerca de la bienvenida que la esperaba al llegar al circo—. Mi querida niña está a salvo, y eso es lo único que me importa. Tengo tamaño y fuerzas suficientes para defenderme, y Jemmy siempre me ha apoyado cuando no he podido hacerlo yo sola. Si a usted no le es molestia, señor, ¿podría volver esta noche para decirle... para decirle...?

Habría añadido «para decirle adiós», pero los pensamientos que se agolpaban en torno a esa última palabra la hacían difícil de pronunciar. Hizo una reverencia en silencio en señal de agradecimiento por la amable invitación que le extendieron para que volviera; se inclinó para besar a la niña y le escribió en la tablilla: «Regresaré esta noche a las siete, mi amor». Después se zafó de las manitas que aún se aferraban

a su vestido y se marchó a toda prisa del jardín, sin atreverse a mirar atrás al atravesar el soleado césped.

La señora Joyce, las jovencitas, el pastor, todos hicieron cuanto estaba a su alcance para consolar a la pequeña Mary, y todos fracasaron. Resuelta, aunque gentilmente, se resistía a sus esfuerzos: se refugiaba en los rincones y miraba constantemente su tabilla, como si su único consuelo fuera leer las pocas palabras que la señora Peckover había escrito en ella. Finalmente, el señor Blyth se la sentó en el regazo. Mary forcejeó durante unos momentos para bajar de sus rodillas; después miró fijamente su rostro y, suspirando con mucha tristeza, apoyó la cabeza en su hombro. Esa sencilla acción, y la preferencia que demostraba, contenían un mundo de promesas para el futuro éxito del entrañable proyecto de Valentine.

El día transcurrió tranquilamente; llegó la noche; dieron las siete, después las siete y media, después las ocho, y la señora Peckover no apareció. El doctor Joyce comenzó a sentir una gran inquietud y envió a Vance al circo para obtener alguna noticia de aquella mujer.

Fue de nuevo el señor Blyth —y sólo el señor Blyth— quien logró calmar parcialmente la profunda decepción de la pequeña Mary al no ver a la señora Peckover a la hora convenida. Al principio la niña se había mostrado inquieta y había manifestado su deseo de ir al circo. Al encontrar una tierna pero firme resistencia a esa idea en la casa pastoral, había llorado amargamente y durante tanto rato que finalmente se había dormido en brazos de Valentine. Éste la mantuvo cargada con una paciencia inextinguible. Los rayos del sol poniente, de los cuales le había protegido el rostro con todo cuidado al principio, desaparecieron del horizonte; el suave lustre del crepúsculo cubrió el cielo. Y todavía Valentine se negó a que se la llevaran de su lado y dijo que permanecería sentado toda la noche antes que permitir que interrumpieran su sueño.

Vance regresó con el recado de que la señora Peckover lo seguiría en media hora. Le habían encomendado una tarea en el circo que estaba obligada a terminar antes de regresar a la casa parroquial.

Después de transmitir ese mensaje, Vance sacó un volante que dijo que estaba circulando por todo Rubbleford, cuyo texto era de la autoría del señor Jubber. Ese ingenioso rufián, sin duda tras descubrir que la «ley legal» era impotente para ayudarlo en su venganza, y que era un proceder más inteligente mantenerse alejado de las capacidades jurídicas del doctor Joyce, ahora intentaba sagazmente sacar provecho de la pérdida de la niña publicando prontamente una mentira en su gran tipo de letra favorito, salpicado de caracteres en rojo. Le informaba al público, por medio de los volantes, que el padre de la Misteriosa Niña Expósita había sido «providencialmente» encontrado, y que él (el señor Jubber) le había entregado a la niña de inmediato, sin dedicarle ni un pensamiento a lo que podrían sufrir tanto su

bolsa como su corazón a causa de su generosidad. Después apelaba con confianza a la simpatía de todas las personas, y en especial de los «padres cariñosos», para que lo recompensaran acudiendo masivamente al circo, y añadía que de ser necesario un estímulo adicional para instar al público a «congregarse en torno a la Pista», estaba listo para proporcionarlo mediante la presentación del enano más pequeño del mundo, cuyos servicios estaba en esos momentos contratando, y cuya primera aparición ante el público de Rubbleford se produciría seguramente en el curso de unos pocos días.

Ese era el ingenioso procedimiento al que había apelado el señor Jubber para convertir en provecho pecuniario la ignominiosa derrota que sufriera a manos del doctor Joyce.

Tras muchos pacientes razonamientos y muchas sentidas súplicas, la señora Joyce consiguió convencer al señor Blyth de que podía llevar a la pequeña a su cama en el piso de arriba sin correr el riesgo de despertarla. La luz de la luna se colaba por las ventanas de los amplios y anticuados descansillos de la escalera de la casa pastoral, y bañaban con su delicioso resplandor el rostro de la niña dormida en brazos de Valentine, quien la llevaba cuidadosamente cargada a su cuarto.

—¡Oh! —susurró para sí al hacer una pausa momentánea en el punto del descansillo donde la luna brillaba con más claridad y donde se detuvo para poder mirarla a sus anchas—. ¡Oh, si mi pobre Lavvie pudiera ver ahora a la pequeña Mary!

La colocaron, todavía dormida, sobre la cama, y la taparon con un ligero chal. Después volvieron a los bajos a esperar a la señora Peckover.

La esposa del payaso llegó a la media hora, como había prometido. Al mirarla, vieron en su rostro pesar y agotamiento. Además de un bultito con las escasas ropas de la niña, había traído con ella el brazaletes de cabellos y el pañuelo de bolsillo que pertenecieran a la madre de Mary.

—Dondequiera que vaya la niña, estas dos cosas deben ir con ella —dijo. Se dirigía al señor Blyth, y al señor Blyth fue a quien le entregó el brazaletes y el pañuelo.

Para la señora Peckover fue un alivio y no una decepción escuchar que la niña dormía en el piso de arriba. Así, al menos una de ellas se ahorraría el dolor de los adioses. Fue a verla en su cama y le dio un beso, pero tan leve que el sueño de la pequeña Mary no se vio interrumpido por esa prenda de ternura y amor que le daba la señora Peckover como despedida.

—Dígale que me escriba, señor —dijo la pobre señora Peckover apretando con fuerza la mano de Valentine y mirándolo con pesar a través de las lágrimas que se agolpaban en sus ojos—. Guardaré su primera carta como un tesoro, aunque no tenga más que un par de líneas. Dios lo bendiga, señor, y adiós. Debería resultarme un consuelo, y lo es, saber que será usted bueno con ella. Espero ir a Londres algún día

para verla. Pero no olvide la carta, señor. ¡No me preocuparé tanto por ella una vez que la haya recibido!

Se marchó musitando una y otra vez con tristeza esas últimas palabras, mientras Valentine intentaba calmarla y animarla en el trayecto hasta la verja. El doctor Joyce los acompañó por el sendero del jardín y obtuvo de la señora Peckover la promesa de que volvería a menudo por la casa pastoral mientras el circo estuviera en Rubbleford, y le dijo, además, que él y su familia deseaban que los considerara siempre sus fieles y seguros amigos en cualquier emergencia. Valentine le rogó, una y otra vez, que recordara los términos de su acuerdo, y que fuera y juzgara por sí misma sobre la felicidad de la niña en su nuevo hogar. Ella sólo respondía: «¡No olvide la carta, señor!». Y fue así como se separaron.

Temprano, a la mañana siguiente, el señor Blyth y la pequeña Mary se marcharon de la parroquia y salieron hacia Londres en el primer coche de postas.

CAPÍTULO VII

MADONNA EN SU NUEVO HOGAR

El resultado de la aventura del señor Blyth en el circo ambulante y de los acontecimientos derivados de ella fue que la pequeña Mary se convirtió en un miembro de la familia del pintor y creció feliz en su nuevo hogar, hasta convertirse en la joven a quien Valentine, su esposa y los amigos íntimos de ambos que tenían la costumbre de frecuentar la casa, llamaban Madonna.

Lo primero que hizo el señor Blyth después de trasladar a la pequeña a su casa fue llevarla al especialista de oído más eminente del momento. Lo hizo no con la esperanza de un resultado curativo a results del examen médico, sino como un primer deber que consideró que había contraído, ahora que estaba bajo su solo cuidado. El especialista se interesó mucho en el caso; pero después de dedicarle la más cuidadosa atención, declaró que no había esperanzas. El sentido del oído de la niña, dijo, estaba totalmente perdido, pero su capacidad de hablar, aunque en total desuso durante más de dos años (como señalara la señora Peckover), podría, estimaba, recuperarse parcialmente en el futuro si se apelaba a un tedioso, molesto e incierto proceso educativo, bajo la dirección de un experimentado profesor de sordomudos. No obstante, cuando se le comunicó esto a la niña, ella mostró tal horror ante la posibilidad de apelar a ese recurso que el señor Blyth instintivamente siguió el ejemplo de la señora Peckover y se avino a los sentimientos de la pequeña, permitiéndole en ese particular —y en realidad en la mayoría de los demás particulares— seguir perfectamente feliz y contenta a su manera.

La primera influencia que reconcilió a Mary casi de inmediato con su nueva vida fue la de la señora Blyth. La gentileza y la paciencia perfectas con las que la esposa del pintor soportaba su enfermedad incurable parecieron impresionar a la niña de manera notable desde un principio. El espectáculo de esa mujer frágil y marchita, que le informaron por escrito que había permanecido recluida durante tan largo tiempo en la misma habitación y que se había visto condenada durante tantos años a una agotadora inacción, tocó de inmediato el corazón de Mary y la colmó de una de esas nuevas y misteriosas emociones que marcan épocas en el crecimiento de la naturaleza moral de un niño. Y esas primeras impresiones nunca cambiaron. Años después, cuando Mary —y ya no «la pequeña» Mary— poseía las marcadas características de rostro y de expresión que le concedieran el nombre de Madonna, siguió preservando sus sentimientos de niña por la esposa del pintor. Por más juguetonas que fueran a menudo sus maneras con Valentine, cambiaban invariablemente cuando se encontraba en presencia de la señora Blyth. En esas ocasiones siempre hacía gala de

la misma ternura atenta, la misma admiración ingenua y la misma simpatía despierta y amorosa. Había algo secreto y supersticioso en el cariño que la niña le profesaba a la señora Blyth. Parecía reacia a permitir que los demás conocieran la profundidad y la magnitud reales de su afecto: daba la impresión de que intuitivamente lo guardaba en la más sagrada privacidad de su corazón, como si ese sentimiento formara parte de su religión, o, mejor, como si fuera una religión en sí mismo.

Su amor por su nueva madre, que se manifestaba con tanta fuerza y sinceridad, era correspondido por la madre con igual fervor. Desde el día en que la pequeña Mary hizo su aparición por primera vez junto a su lecho, la señora Blyth sintió, para emplear su propia expresión, como si le hubieran insuflado nuevas energías para disfrutar de una nueva felicidad. Mayores esperanzas, una mejor salud, una más calmada resignación y una paz más pura parecieron seguir los pasos de la niña y ser siempre inseparables de su presencia cuando iba de un lado a otro del cuarto de la enferma. Todas las dificultades para comunicarse con ella y enseñarle, que su desgracia hacían inevitables, y que otros podrían haber considerado tediosas, eran fuentes inequívocas de felicidad, exquisitas ocupaciones que llenaban las horas antes llenas de aburrimiento de la señora Blyth. Todos los amigos de la familia afirmaban que la niña había triunfado donde los médicos, las medicinas, los lujos y la valerosa resignación de la propia enferma habían fracasado hasta el momento, porque había logrado insuflarle nueva vida a la señora Blyth. Y tenían razón. Un nuevo objeto en que cifrar los afectos del corazón y los pensamientos es una nueva vida para todo ser humano sintiente y pensante, tanto en la enfermedad como en la salud.

De hecho, en ese sentido la niña les regaló una nueva vida a todos los habitantes de su nuevo hogar, tanto a los sirvientes como a los amos. En épocas anteriores, los nubarrones rara vez habían ensombrecido ese hogar feliz: ahora la luz del sol parecía brillar siempre en él. Era imposible encontrar prueba más hermosa y conmovedora de lo que el heroísmo de unas disposiciones pacientes y unos corazones amorosos pueden lograr en términos de guiar la existencia humana, indomeñable e incontaminada, a través de sus más duras pruebas, que la que mostraba el hogar del pintor. Dos miembros fundamentales de un pequeño círculo familiar estaban allí afectados por calamidades incurables del cuerpo como las que les toca a pocos seres humanos soportar, pero no había suspiros, ni lágrimas, ni vanas quejas a la llegada de cada nuevo día; no había pensamientos sombríos que pusieran como guardianes al espanto y el terror junto a la almohada por las noches. En esa esfera doméstica, la vida, incluso en sus más frágiles manifestaciones, era más grande que las mayores pruebas a las que se veía sometida, y contaba con las fuerzas necesarias para conquistar, en virtud de su propia inocencia y pureza, sus sencillas e ingenuas aspiraciones a la felicidad.

A medida que avanzaba su educación, en la disposición de Madonna se

desarrollaron muchas y muy llamativas peculiaridades, que parecían ser todas más o menos producto de la inevitable influencia de su enfermedad sobre la formación de su carácter. El aislamiento social a que su aflicción la condenaba, la soledad de pensamiento y sentimientos a la que la obligaba, tendieron, desde una época muy temprana, a hacer que confiara de manera notable en sí misma. La primera impresión que le producían los desconocidos parecía decidir invariablemente su opinión sobre ellos al momento y para siempre. Por las personas sentía atracción o repulsión a primera vista, y aparentemente las juzgaba a partir de consideraciones que no tenían en cuenta la edad, el sexo o la apariencia física. A veces, la persona de quien no se dudaba que la atraería le resultaba absolutamente repulsiva; a veces, personas que, en opinión del señor Blyth, serían visitantes no bienvenidos por Madonna, terminaban por ser, incomprensiblemente, individuos por los que sentía una inmensa simpatía. Siempre demostraba su placer o su incomodidad por la compañía de los demás con el más divertido candor: daba muestras de la más extrema ansiedad por conciliar y atraer a quienes le resultaban simpáticos; se apartaba y se escondía como una niña de quienes le disgustaban. Había algunos infelices individuos de este segundo grupo a quienes ninguna argumentación había logrado inducir a verlos una segunda vez.

Nunca podía dar una explicación satisfactoria de cómo procedía para formarse su opinión de los demás. El único medio visible para llegar a ella, que le permitían su sordera y su mudez, consistía simplemente en examinar las maneras, el rostro y las expresiones de los desconocidos en una primera entrevista. Ese proceso, no obstante, siempre parecía resultarle ampliamente suficiente, y en más de un caso, los acontecimientos demostraban que su juicio no había sido erróneo. De hecho, su aflicción había tendido a agudizar su capacidad de observación y su poder de análisis hasta un grado tan notable que a menudo adivinaba el tenor general de una conversación mediante el simple expediente de vigilar las más leves expresiones y gestos de las personas que hablaban, para lo cual fijaba siempre su atención con especial interés en los cambiantes y rápidos movimientos de sus labios.

Exiliada de los mundos del sonido y del habla, el disfrute por parte de la pobre niña de la felicidad que podía obtener por medio del sentido de la vista resultaba casi inconcebible para sus congéneres que hablaban y oían. Todas las vistas hermosas, y en particular las exquisitas combinaciones que exhibe la Naturaleza, le producían un ingenuo raptó que afectaba hasta a las personas menos impresionables que lo presenciaban. Los árboles, más que cualquier otra cosa, constituían el lujo mayor de que podían gozar sus ojos. En las frescas tardes de verano se sentaba durante largas horas, contemplando el más tenue movimiento de las hojas con el rostro encendido y toda su estructura nerviosa en un temblor, debido a las sensaciones de profunda y perfecta felicidad que ese sencillo espectáculo le producía. Todas las riquezas y honores que este mundo es capaz de ofrecer no le habrían añadido a su existencia ni

un ápice del placer que Valentine le brindó enseñándole a dibujar; casi se podría decir que el señor Blyth le había regalado un nuevo sentido a cambio de los que había perdido. Madonna solía bailar por todo el cuarto presa del alocado éxtasis de un niño cuando la perspectiva de una expedición con el señor Blyth a los campos de Hampstead para tomar apuntes le producía una felicidad ingobernable.

Desde fecha muy temprana, en el hogar de Valentine se descubrió que su sordera no la privaba enteramente de experimentar los efectos del sonido. Era agudamente sensible a la influencia de la percusión; en otras palabras (si es que resulta permisible una expresión tan vaga y contradictoria), era capaz, bajo ciertas condiciones, de *sentir* los sonidos que no podía oír. Por ejemplo, si el señor Blyth deseaba llamar su atención cuando estaban juntos en el taller y la joven no lo miraba ni estaba al alcance de su mano, solía frotar suavemente un pie contra el suelo. La leve vibración que así se producía llegaba a los nervios de la joven al instante, siempre que alguna parte de su cuerpo estuviera en contacto con el suelo en el que se llevaban a cabo esas experiencias.

Valentine le enseñó el alfabeto de los sordomudos para ampliar su capacidad de comunicación; él y su esposa, por supuesto, también lo aprendieron, y muchos de sus amigos íntimos, que visitaban la casa a menudo, siguieron el ejemplo para poder entenderse con Madonna. No obstante, al revés de lo que podría pensarse, la joven solía preferir expresarse o ser interpelada por los demás mediante el sistema más engorroso y lento de escritura al que estaba acostumbrada desde niña. Cuidaba celosamente su tablilla con su marco ornamental, y se la colgaba a un costado como hiciera en la mañana de su visita a la casa pastoral en Rubbleford.

En un sólo caso excepcional su desgracia parecía tener el poder de alterarla. Cada vez que, por accidente, quedaba en la oscuridad, parecía acometerla el más violento terror. Se descubrió que incluso cuando había otras personas con ella perdía el control de sí misma. Su explicación de lo que sentía en esas ocasiones apelaba a la más simple de las razones para explicar esa debilidad de su carácter. «Recuerda», escribió en su pizarra cuando una nueva sirvienta sintió curiosidad por saber por qué dormía siempre con una luz encendida en su habitación «que soy sorda y también ciega cuando está oscuro. Vosotros, los que podéis oír, tenéis un sentido que suple al de la vista en la oscuridad. Vuestros oídos os resultan tan útiles en medio de ella como vuestros ojos en la luz. Yo no oigo nada ni veo nada; pierdo el uso de todos mis sentidos».

Fueron raros los incidentes, que no hubo forma de evitar, en los que sufrió esos terrores una vez que se conoció esa peculiaridad. Valentine nunca olvidaba que tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, la felicidad de Madonna era su responsabilidad. La seguía con más nerviosa atención que cualquier otra persona de la casa, porque le provocaba esa secreta ansiedad que nos hace doblemente preciosos

los objetos de nuestro amor. En todos los años en que la joven había vivido bajo su techo, Valentine no había logrado vencer el mórbido temor de que su padre u otros familiares que tuvieran derecho legal sobre ella buscaran su rastro y la encontraran. Víctima de esa aprensión, había escrito al doctor Joyce y a la señora Peckover uno o dos días después de la llegada de la niña a su hogar, para hacerles prometer que guardarían el más absoluto secreto en todo lo relativo a Madonna y a las circunstancias que la habían convertido en su hija adoptiva. En cuanto al brazalete de cabellos, de habérselo permitido su conciencia lo habría destruido de inmediato, pero como habría constituido un inexcusable abuso de confianza, se contentó con guardarlo bajo llave, junto al pañuelo, en un viejo escritorio de su taller de dibujo cuya llave siempre llevaba en la cadena de su reloj.

Ninguno de sus amigos londinenses supo nunca cómo había conocido a Madonna. Rehusaba resueltamente contestar a cualquier pregunta en ese sentido pidiéndoles que consideraran que la historia de la joven, antes de que llegara a su casa, era una página en blanco, y presentándola sencillamente como su hija adoptiva. Ese método de acallar la curiosidad, fuente de tantos problemas, tuvo un éxito digno de encomio, pero a expensas de la reputación del señor Blyth. Personas que conocían muy poco o nada de su verdadera naturaleza pero sí de sus años mozos, sacudían la cabeza y reían en secreto, al tiempo que afirmaban que el misterio era transparente para la más vulgar inteligencia, y que la joven no podía ser ni más ni menos que una hija natural del propio Valentine.

La señora Blyth se indignó mucho más que su esposo cuando, a su debido tiempo, ese cotilleo llegó al hogar del pintor. Valentine se sentía inclinado a aprobar el escándalo, porque seguramente contribuiría a llevar a las personas curiosas por un camino errado. A partir de ese momento se habría quedado perfectamente tranquilo acerca de su secreto, de no ser por una desconfianza que no lograba eliminar, a pesar de sí mismo, en lo relativo a la discreción de la señora Peckover. Nunca se cansaba de recomendarle a esa excelente mujer, cuando ésta iba a Londres a visitar a Madonna, que tuviera cuidado de no divulgar el importante secreto. Fuera que sólo estuviera con ellos un día y volviera a irse, fuera que pasara con ellos las Navidades, el saludo de bienvenida de Valentine siempre terminaba con la misma pregunta nerviosa y desconfiada: «Perdóneme por preguntárselo, señora Peckover, pero ¿está completamente segura de haber mantenido bien oculto de los entrometidos, desde que nos vino a ver por última vez, lo que sabe sobre la pequeña Mary y su madre, y sobre fechas y lugares y todo lo demás?». Momento en el cual la señora Peckover por lo general le respondía repitiendo siempre con el mismo énfasis sarcástico: «¿Bien oculto dijo usted, señor? Por supuesto que mantengo lo que sé bien oculto, porque por supuesto que sé tenerme la lengua. En mis tiempos, señor, siempre se necesitaban dos personas para jugar al escondite. Me gustaría saber quién en este mundo puede

estar buscando a la pequeña Mary».

Quizás la opinión de la señora Peckover sobre el caso era acertada; o quizás la extraordinaria discreción mantenida por las personas que compartían el secreto de la historia de Madonna impidieron que llegara a oídos de su padre o sus allegados — suponiendo que siguieran vivos y la buscaran con empeño— cualquier noticia sobre el origen de la niña. Pero, en todo caso, había una cosa cierta: nadie había aparecido para disputarle a Valentine su hija adoptiva, desde el momento en que la condujo a su hogar hasta la época en que el lector tuvo noticias de ella, muchas páginas atrás, en el agradable ambiente del taller de pintura.

CAPÍTULO VIII

MENTOR Y TELÉMACO

Hace ya algún tiempo que dejamos al señor Blyth y a Madonna en el estudio. El primero estaba inmerso, como es posible que recuerde el lector, en el proceso de retocar a las Ninfas Bacanales en el primer plano del Paisaje Clásico. La segunda se ocupaba modestamente de hacer una copia de la cabeza de la Venus de Medici.

El reloj da la una y se escucha un campanilleo enérgico en la puerta de la casa.

—¡Ahí está! —exclama el señor Blyth para sí—. ¡Ahí esta Zack! Reconocería su forma de llamar entre mil; es peor incluso que el cartero; ¡es como una alarma de incendio!

En ese punto Valentine golpea el suelo suavemente con su bastón. Madonna lo mira de inmediato; Valentine hace un rápido molinete con la mano sobre su cabeza. Esa es la seña que significa «Zack». La joven sonríe ampliamente y se sonroja. Parece ser que Zack es uno de sus favoritos.

Mientras le abren la verja del jardín al joven, disponemos de unos momentos para explicar cómo éste conoció al señor Blyth.

El padre de Valentine y el padre de la señora Thorpe (el mismísimo señor Goodworth que figura al inicio de esta narración como uno de los actores del Drama Dominical en la Plaza Baregrove) habían sido compañeros en la vieja escuela en la que somnolientamente se cuentan historias entre copiosos tragos de oporto. La relación de amistad existente entre esos dos caballeros se extendió, naturalmente, a sus hijos e hijas, que formaron sus familias respectivas. No obstante, desde los tiempos del matrimonio del señor Thorpe con la señorita Goodworth, la relación entre los Goodworth y los Blyth más jóvenes comenzó a tornarse menos íntima, al menos en lo que concernía a la recién casada y a Valentine. El rígido puritano de la Plaza Baregrove y el excéntrico devoto de las Bellas Artes se repelieron mutuamente desde el principio. Intercambiaban visitas de cumplido tras largos períodos de tiempo, pero hasta esas cesaron después de la llegada de Madonna al hogar de Valentine, ya que el señor Thorpe fue uno de los primeros caritativos amigos de la familia que sospechó que era hija natural del pintor. De ahí que durante varios años imperara entre ambos un casi completo alejamiento, hasta que Zack se hizo un jovencito y fue llevado un día por su abuelo, durante sus vacaciones, a ver a Valentine. Zack y el pintor se hicieron amigos de inmediato. Al señor Blyth le resultaban simpáticos los jóvenes, y a los jóvenes de todos los pelajes él les resultaba simpático. A partir de ese momento, Zack frecuentó el hogar de Valentine cada vez que se le presentó la oportunidad, y nunca abandonó a su amigo artista en los años posteriores. En el momento en que se

desarrolla esta historia, uno de los muchos aspectos de la conducta de su hijo que el señor Thorpe desaprobaba sobre la base de los más altos principios morales, era la firme decisión que había mostrado el muchacho de mantener su amistad con el señor Blyth.

Ya podemos volver a la campanilla de la puerta.

La llegada de Zack al taller de pintura se anunció con pasos pesados, una voz muy alta y una gran cantidad de sospechosas risitas entre dientes de la doncella que lo había dejado pasar. De repente todos esos sonidos cesaron, la puerta se abrió de golpe y el señor Thorpe hijo hizo su aparición en la habitación.

—¡Querido Blyth! ¿Cómo estás? —exclamó Zack—. ¿Has practicado la saltacabrilla desde que estuve aquí por última vez? Vamos a saltar para celebrar mi regreso al taller con unos ejercicios viriles, como solíamos hacer. ¡Vamos! Te dejaré saltar primero. ¡No admito excusas! Deja tu paleta y uno, dos, tres... y ¡salta!

Tras pronunciar esas palabras, Zack corrió hasta el extremo de la habitación más alejado de Valentine y le ofreció al dueño del estudio lo que en el lenguaje técnico de la saltacabrilla se denomina «una espalda de primera».

El señor Blyth soltó su paleta, sus pinceles y su bastón, se remangó los puños de la camisa y sonrió, dio un brinquito de prueba y tras correr por la habitación con el paso levemente trémulo de un caballero de cincuenta años, saltó por encima de Zack en el más elegante estilo, cayó al otro lado de cuatro patas y hecho un lío, puso la espalda concienzudamente en posición de salto en el otro extremo del estudio y Zack brincó al instante sobre él con un grito de triunfo. Concluidas así las ceremonias atléticas, ambos se enderezaron y se dieron un fuerte estrechón de manos.

—Estás tieso, Blyth, tieso y tembloroso —dijo el joven Thorpe—, últimamente no te he estado entrenando lo suficiente. Haremos unas cuantas saltacabrillas más en el jardín, y la próxima vez traeré mis guantes de boxeo y te haré respirar a pleno pulmón mientras te enseño a pelear. Es un ejercicio espléndido, y muy bueno para tu viejo y perezoso hígado.

Tras expresar esa opinión, Zack corrió junto a Madonna, que mientras miraba cómo saltaban se había consagrado a evitar que la Venus de Medici rodara por el suelo.

—¿Cómo está la niña más cariñosa, más guapa, más gentil del mundo? —exclamó Zack tomando su mano y besándola ruidosamente—. ¡Ah! ¡Deja que otros viejos amigos la besen en la mejilla y a mí sólo me permite besar su mano! Blyth, es una brujita. Te apuesto dos contra uno a que ya ha adivinado lo que le he dicho.

El rostro de la joven se cubrió de un encendido rubor mientras Zack hablaba. Sus dulces ojos azules lo miraban tímidamente, conscientes del placer que su expresión causaba; y los cuidados pliegues de su bonito vestido gris, inmóviles antes sobre su pecho cuando dibujaba, comenzaron a subir y bajar suavemente cuando Zack le tomó

la mano. Si el joven Thorpe no hubiera sido el más atolondrado de los seres humanos —tan niño todavía en muchos aspectos, como cuando su padre lo encerrara en el vestidor por portarse mal en la iglesia— quizás habría adivinado tiempo atrás por qué él era el único de los amigos de Madonna a quien la joven no permitía besarla en la mejilla.

Pero Zack ni adivinaba ni soñaba en adivinar nada por el estilo. Sus inconstantes pensamientos volaron en un momento de la joven a su petaca, de modo que se acercó al hogar al tiempo que retorció un pedacito de papel para usarlo como encendedor.

Cuando Madonna retomó su dibujo, sus ojos se desviaron una o dos veces, tímidamente, hacia el lugar donde se encontraba Zack cuando imaginaba que él no la miraba; y sin duda, en lo que toca a apariencia personal, el joven Thorpe era lo bastante apuesto como para tentar a cualquier mujer a que lo mirara con arrobó. Medía más de seis pies de estatura, y aunque hacía poco que había cumplido los diecinueve años, exhibía un buen desarrollo en proporción a su estatura. El boxeo, los remos y otros ejercicios atléticos habían hecho maravillas para lograr que su cuerpo naturalmente vigoroso y erguido alcanzara la perfección que ofrece una condición muscular saludable. Aunque era alto y fuerte, sus movimientos no tenían nada de rígidos o torpes. Su paso era fácil y ligero, y todos sus actos mostraban una agilidad propia de la edad y una gracia ruda que resaltaban sus atractivas formas corporales. Tenía agudos, rápidos, traviosos ojos grises; una tez sonrosada y blanca típicamente inglesa; dientes admirablemente blancos y regulares; y el cabello ondeado castaño claro, con un peculiar matiz dorado que sólo resultaba visible cuando su cabeza estaba colocada bajo una determinada luz. En resumen, Zack era un joven viril y atractivo, un típico sajón de pies a cabeza; y (físicamente hablando al menos) un regalo para los padres y para el país que le habían dado vida.

—Dime, Blyth, ¿os molesta a Madonna o a ti que fume? —preguntó Zack al tiempo que encendía su puro antes de esperar una respuesta.

—No, no —dijo Valentine—. Pero, Zack, me mandaste a decir que tu padre te había confiscado tus puros...

—Así es, y también todo mi escaso dinero. Pero me las he arreglado para agenciarme algunos puros espléndidos. Prueba uno, Blyth —dijo el joven al tiempo que expelía ostentosamente un chorro de humo por cada hueco de la nariz.

—¿Te los has agenciado? —exclamó el señor Blyth—. ¿Qué quieres decir?

—¡Oh! —dijo Zack—, no te asustes. No se trata de un robo, sólo de un trueque. Un amigo mío, un joven empleado de nuestra oficina, tiene tres docenas de puros y yo tengo dos camisas de franela muy llamativas dignas de un esnob. El empleado me da las tres docenas de puros y yo le doy las dos camisas. Eso es un trueque, ¡y el trueque es comercio, amigo! Es culpa de mi padre: al final logrará hacer de mí un comerciante. ¿No crees que es una conducta digna de un hijo respetuoso que me

dedique a hacer negocios por mi cuenta?

—Te diré, Zack —dijo el señor Blyth—: no me gusta nada la manera en que te estás portando. Te aseguro que tu última carta me preocupó mucho.

—No puedes estar tan preocupado como yo —replicó Zack—. Aquí me ves muy contento, claro, porque por alguna razón no puedo evitarlo; pero en casa soy el ser más infeliz que pisa la faz de la tierra. Mi padre me reprende por cualquier cosa y me obliga a portarme como un hipócrita y a engañarlo de mil maneras, lo que me hace odiarme a mí mismo, pero no puedo evitarlo, porque me fuerza a hacerlo. ¿Por qué quiere obligarme a vivir con la misma abulia que él? ¡Me parece que hay cierta diferencia entre nuestras edades! ¿Por qué me impone a la fuerza que esté de regreso en casa a las once todas las noches? ¿Por qué me obliga a trabajar en el negocio de un comerciante de té, cuando quiero ser un artista como tú? Soy un perfecto esclavo del comercio. ¿Qué te parece? Se supone que en este momento debería estar tomando muestras del producto en la City. El empleado se encargará de esa tarea por mí, con lo que conseguiré uno de mis mejores chalecos como compensación por sus molestias. Primero mis camisas, después mi chaleco, después... ¡qué diablos, si esto sigue así mucho más tiempo me quedaré sin nada con que cubrirme las espaldas!

—Calma, Zack, calma. ¿Qué diría tu padre si te oyera?

—¡Oh, sí! A ti no te cuesta nada, hermanote, reprobar mi conducta; pero estoy seguro de que no te gustaría que te obligaran a trabajar en una infernal tienda de té, ni que te dejaran de pasar dinero para tus gastos. No lo soportaré. Tengo tanta paciencia como Job, ¡pero no lo soportaré! Ya está decidido: quiero ser un artista y seré un artista. No me sermonees, Blyth, es inútil; sólo dime cómo empiezo a aprender a dibujar.

Con esas palabras, Zack, astutamente, apelaba al punto débil de Valentine. El Arte era su gran tema, y pedirle su consejo sobre él era despertar, con la más dulce de las adulaciones, su orgullo profesional. Giró en su silla de inmediato para quedar frente al joven Thorpe.

—Si de veras estás decidido a convertirte en artista —empezó con entusiasmo— me da la impresión, señorito Zack, de que soy el hombre que necesitas. Antes que nada tienes que depurar tu gusto copiando las gloriosas obras de arte de la escultura griega; en pocas palabras, tienes que formarte a partir de la Antigüedad. ¡Mira! Es eso exactamente lo que hace Madonna en este momento: *ella* se está formando a partir de la Antigüedad.

Zack fue rápidamente a contemplar el dibujo de Madonna, cuyo contorno ya estaba terminado.

—¡Hermoso! ¡Espléndido! ¡Ah, qué diablos! ¡Sí! Los gloriosos griegos etcétera, etcétera, Blyth. ¡Un dibujo maravilloso! ¡El mejor de su tipo que he visto en mi vida! —a continuación comenzó a traducir sus superlativos a señas, para comunicárselos a

Madonna mediante el alfabeto de los sordomudos, que había aprendido superficialmente con extraordinaria rapidez bajo la tutela del señor y la señora Blyth. Zack solía admirar con el más encendido entusiasmo todo lo que hacían sus amigos, sin pararse a pensar un instante. Poseer ciertas dosis de conocimiento acerca de lo que alababa o de por qué lo alababa era algo superfluo cuya carencia nunca sintió. Si Madonna hubiera sido una gran astrónoma y le hubiera enseñado varias páginas de cálculos matemáticos, la habría abrumado con elogios tan floridamente como por señas la abrumaba ahora.

Pero la alumna de Valentine estaba acostumbrada tanto a los halagos como a las críticas y no había peligro de que se envaneciera por la admiración que mostraba Zack por su dibujo. Miró al joven con una socarrona expresión de incredulidad y le respondió por señas lo siguiente: «Me temo que el dibujo debería ser mucho mejor de lo que es. ¿De verdad te gusta?». Zack le replicó impetuoso con un nuevo torrente de superlativos. Madonna lo miró al rostro un momento, con aire ansioso e inquisitivo, y después se inclinó rápidamente sobre su dibujo. Zack regresó junto a Valentine. Los ojos de la joven lo siguieron y después volvieron a posarse sobre el papel que tenía delante. Sus mejillas empezaron a encenderse de nuevo; sus ojos claros y alegres adoptaron poco a poco una expresión meditabunda; empezó a jugar con nerviosamente con el portatizas que contenía su tiza blanca y negra; examinó atentamente su dibujo y, con una hermosa sonrisa provocada por algún vuelo de su fantasía, continuó su tarea, alterando y enmendando, a medida que avanzaba, con mayor laboriosidad y cuidado que de costumbre.

¿En qué pensaba Madonna? De haber querido y podido expresar sus pensamientos en voz alta, quizás habría dicho: «Me pregunto si le gusta de verdad mi dibujo. ¿No podría esforzarme más para hacerlo mejor y digno de complacerlo? ¡Lo haré! Será lo mejor que he dibujado. Y una vez que haya terminado, se lo llevaré en secreto a la señora Blyth para que se lo dé a Zack como regalo de mi parte».

—Mira —dijo Valentine dándole la espalda a su cuadro para señalar el dibujo de Madonna—; mira, hijo mío, cuán cuidadosamente copia mi querida niña ese modelo de la Antigüedad. No tienes más que seguir su ejemplo y en menos de un año serás capaz de dibujar del natural.

—¡No me digas! Me gustaría sentarme y empezar sin demora. Pero mira, Blyth, cuando hablas de «dibujar del natural» no me queda la menor duda, claro, acerca de a qué te refieres, pero, al mismo tiempo, ¿no podrías hacerme el favor de ser sólo un poco menos profesional en tu manera de expresarte...?

—¡Santo cielo, Zack, en qué bárbara ignorancia del arte deben haberte criado tus padres! «Dibujar del natural» significa dibujar la figura humana a partir del ser humano vivo que posa por un chelín la hora y se denomina a sí mismo modelo.

—¡Ah, claro! Uno de esos modelos cuyos nombres están escritos con tiza aquí, en

la chimenea. ¡Delicioso! ¡Glorioso! Dibujar del natural... eso es exactamente lo que ansío. ¡Vaya! —exclamó Zack al tiempo que leía los recados que el señor Blyth tenía el hábito de garrapatear, a medida que se le ocurrían, en la pared, encima de la repisa de la chimenea—. ¡Vaya! Aquí está el nombre de una modelo: «Amelia Bibby». ¡Blyth, déjame lanzarme de cabeza a dibujar del natural, y déjame empezar con Amelia Bibby!

—Nada de eso, señorito Zack —dijo Valentine—. Podrás terminar con Amelia Bibby cuando estés listo para estudiar en la Real Academia. Amelia es una modelo estupenda, igual que su hermana Sophia. Lo malo del asunto es que se pelearon a muerte hace poco, y ahora, si un artista contrata a Sophia, Amelia no responde a su llamada. Y Sophia, por supuesto, devuelve el cumplido y no posa para los amigos de Amelia. Es una situación molesta para quienes solíamos emplearlas a las dos.

—¿Y por qué se pelearon? —inquirió Zack.

—Por una tetera —respondió el señor Blyth—. Mira, el problema es que son hijas de uno de los lacayos del difunto rey, y están enormemente orgullosas de su origen aristocrático. Vivían juntas, felices como en los cuentos de hadas, sin un sí ni un no, hasta que un día se les rompió la tetera, lo que, por supuesto, las llevó a hablar acerca de la necesidad de comprar una nueva. Sophia dijo que debía ser de loza, como la anterior; Amelia la contradijo y afirmó que debía ser de metal. Sophia dijo que toda la aristocracia tenía teteras de loza; Amelia dijo que toda la aristocracia las tenía de metal. Sophia dijo que ella era la mayor y sabía mejor lo que había que hacer; Amelia dijo que ella era la menor y sabía mejor lo que había que hacer. Sophia dijo que Amelia era una mequetrefe desvergonzada; Amelia dijo que Sophia era una desgraciada plebeya. A partir de ese momento se separaron. Sophia se sienta en su casa a tomar el té servido en una tetera de loza; Amelia se sienta en su casa a tomar el té servido en una tetera de metal. Juran que nunca se reconciliarán, y se insultan ferozmente ante cualquiera que desee oírlos. Muy chocante y muy curioso al mismo tiempo, ¿no te parece, Zack?

—¡Oh, extraordinario! Un perfecto retrato de la naturaleza humana para provecho nuestro, los hombres de mundo —exclamó el joven mientras fumaba con el aire de un profundo filósofo—. Pero, dime, Blyth, ¿cuál es más hermosa, Amelia o Sophia? ¿El metal o la loza? Estoy decidido de antemano a pintar a la mejor parecida de las dos, si no tienes objeción.

—Tengo la objeción más decidida, Zack, a que se suelten tonterías cuando está en juego un asunto de importancia. ¿Hablas en serio o no cuando dices que te disgusta el comercio y que estás decidido a ser un artista?

—Me haré pintor o me iré de casa —respondió Zack, resuelto—. ¡Si no me ayudas, tan seguro como que te estoy hablando en este momento que me marcharé! Me tienta la idea de no regresar a la oficina. Préstame un chelín, Blyth, para tirarlo a

suertes. ¡Si es cara, libertad y bellas artes! ¡Si es cruz, el vendedor de té!

—Si no regresas hoy a la City y cumples tus compromisos, me lavo las manos de todo este asunto —dijo Valentine—; pero si esperas pacientemente y prometes brindarle toda la atención que puedas a los deseos de tu padre, yo mismo te enseñaré a dibujar copiando los modelos de la Antigüedad. En el caso de que aparezca alguien con influencia suficiente sobre tu padre como para que permita que seas inscrito en la Real Academia, tendrás que tener preparado un buen dibujo para presentarlo. Ahora bien, si prometes ser buen chico, podrás venir aquí, todas las tardes si quieres, para aprender el ABC del Arte. Inauguraremos una pequeña Academia —continuó Valentine al tiempo que colocaba su paleta y sus pinceles sobre la mesa y se frotaba las manos jubiloso—; y si no resulta demasiado pesado para Lavvie, los estudios vespertinos se desarrollarán en su habitación; y ella también dibujará, la pobrecita, como los demás. ¿Qué te parece esa idea, Zack? La Academia de Dibujo del señor Blyth, abierta todas las tardes, con merienda incluida para los estudiantes aplicados. ¿Qué dices?

—¿Qué qué digo? ¡Por San Jorge, vendré todas las tardes y gastaré montañas de tiza y millas de papel de dibujo! —exclamó Zack contagiándose al instante del entusiasmo de Valentine—. Vayamos al piso de arriba ahora mismo a contárselo a la señora Blyth.

—Espera un momento, Zack —lo interrumpió Blyth—. ¿A qué hora tienes que regresar a la City? Ya son cerca de las dos.

—¡Oh!, a las tres estará bien. Todavía tengo muchísimo tiempo; puedo llegar caminando en media hora.

—Puedes quedarte diez minutos más —dijo Valentine con tono firme—. Inviértelos, si quieres, en subir a saludar a la señora Blyth, y llévate a Madonna contigo. Yo os seguiré en cuanto guarde mis pinceles.

Tras pronunciar esas palabras, el señor Blyth fue hasta el lugar donde Madonna seguía trabajando. La joven estaba tan concentrada en su dibujo que no había apartado la vista de él ni un momento en el último cuarto de hora, o quizás más, de modo que cuando Valentine le dio una palmada en el hombro para expresarle su aprobación y le hizo una señal de que se marchara, Madonna le respondió con un gesto de súplica, con el que con suma elocuencia le imploraba que le permitiera seguir un poco más entregada a su tarea. Nunca antes había pedido algo así cuando dibujaba un modelo de la Antigüedad, pero también es cierto que nunca antes había realizado una copia que destinaba a Zack en secreto.

No obstante, Valentine la convenció fácilmente de que soltara su portatizas. Se puso la mano sobre el corazón, que era la seña que habían adoptado para nombrar a la señora Blyth. Madonna se incorporó de un salto y guardó de inmediato sus materiales de dibujo.

Zack, después de tirar el cabo de su puro, avanzó y galante le ofreció su brazo. Cuando ella avanzaba para tomarlo, con bastante timidez, él también se llevó la mano al corazón y señaló piso de arriba. El gesto fue más que suficiente para ella. Entendió de inmediato que iban juntos a ver a la señora Blyth.

—Llegue o no Zack a ser un pintor —se dijo Valentine después de que la puerta se cerró detrás de los dos jóvenes—, creo que he dado con el mejor plan que se haya podido concebir para mantenerlo en el buen camino. Mientras venga a verme con regularidad no podrá andar por ahí de noche y dar algún mal paso. Palabra de honor que mientras más pienso en esta idea, más me gusta. ¡No me extrañaría que mi Academia vespertina terminara logrando que Zack se reformara!

Si el señor Blyth hubiera podido avizorar un poco el futuro, si hubiera sospechado de qué extraña manera los intereses domésticos más caros a su corazón se relacionaban con su éxito en lograr que Zack se reformara, la sonrisa que exhibía su rostro se habría esfumado en un momento y, por primera vez en su vida, se habría sentado frente a uno de sus cuadros con una sensación de infelicidad.

CAPÍTULO IX

LAS TRIBULACIONES DE ZACK

Transcurrió una semana antes de que la precaria salud de la señora Blyth permitiera a su esposo comenzar las sesiones de su academia vespertina en el cuarto de la enferma.

A medida que transcurría la semana, las posibilidades de domesticar a Zack hasta reformarlo parecían cada vez más remotas. Aunque la situación doméstica del muchacho en ese período merece ser considerada. La resistencia de Zack a la obsesiva severidad de su padre iba pronto a culminar en resultados de la mayor trascendencia para él, su familia y sus amigos.

Ya hemos sido testigos de una muestra del método educativo que el señor Thorpe empleara con su hijo, cuando éste tenía seis años de edad, obligándolo a asistir a un culto religioso de dos horas; así como de la manera con que trataba de inculcarle disciplina prematuramente mediante restricciones dominicales y textos escogidos de la Biblia. Cuando el niño se hizo un muchacho, y el muchacho creció hasta convertirse en un joven, el sistema educativo del señor Thorpe siguió siendo lo que había sido desde el principio. Su idea de la religión consistía en un sistema de prohibiciones, y, como consecuencia, su idea de la educación consistía también en un sistema de prohibiciones.

Una vez adoptado el método para criar a su hijo, ninguna consideración en el mundo fue capaz de hacerlo desviarse un ápice del camino trazado. Tenía dos frases favoritas para responder a cualquier tipo de objeción, a cualquier clase de razonamiento, a cualquier ejemplo que le citaran. Fueran cuales fuesen los argumentos con que arremetieran de tiempo en tiempo contra él los miembros aún vivos de la familia de la señora Thorpe, las mismas dos respuestas salían disparadas como flechas del arco paterno. El señor Thorpe, con toda calma —siempre con toda calma— decía, en primer lugar, que él «nunca toleraría el vicio» (cosa que nadie le pedía que hiciera) y, en segundo término, que en ningún caso, tratárase de algo grande o pequeño, «consentiría en actuar con apresuramiento», afirmación esta última que, en el caso de Zack, equivalía a decir que si salía a caminar con rumbo al norte y se topaba con un toro joven y vigoroso que embestía con la cabeza gacha y rumbo al sur, no debía consentir en salvar su propio pellejo ni en darle suficiente espacio al animal para que pasara corriendo a su lado, haciéndose a un lado, aunque fuera una pulgada, en dirección este u oeste.

—Mi hijo requiere la disciplina y el control paternos más férreos —insistía el señor Thorpe al explicar sus motivos para obligar a Zack a dedicarse al comercio—.

Si no está en casa al alcance de mi vista, debe estar al alcance de la vista de amigos fieles en los cuales tenga yo una absoluta confianza. Uno de esos fieles amigos está dispuesto a admitirlo en la oficina de contabilidad de su firma comercial, para mantenerlo industriosamente ocupado desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde; para ponerlo en contacto con ejemplos loables; y, en resumen, para compartir conmigo la sagrada responsabilidad de orientar su educación moral y religiosa. Las personas que me piden que modifique aunque sea mínimamente actitudes de naturaleza tan tremendamente importante por consideraciones relativas a las inclinaciones naturales del chico (que han sido una fuente de preocupación para mí desde su infancia), o a sus aptitudes físicas (que hasta el momento sólo han servido para apartarlo del cultivo de los dones del espíritu), o con sus propios deseos (que sé, por amarga experiencia, que se cifran todos en cosas mundanas); las personas, digo, que me piden que haga cualesquiera de esas cosas, me piden también que actúe con impía precipitación, y que viole los principios de la rectitud moral mediante una sacrílega tolerancia con el vicio.

Como partía de esos principios de disciplina paterna, el señor Thorpe tenía la conciencia tranquila, porque estaba absolutamente convencido de haber cumplido con su deber al obligar a su hijo a trabajar en la oficina de un comerciante. En realidad, había cometido uno de los errores más graves que puede cometer un padre testarudo. Por una vez en la vida, Zack no había exagerado al afirmar que su aversión al trabajo contable le producía un horror absoluto. Sus características físicas y los hábitos que había adquirido desde la infancia, hacían del aire libre y del uso constante de sus vigorosos músculos y tendones una necesidad fisiológica. Sentía —y su sentimiento no era engañoso— que languidecería y se extenuaría, como un animal enjaulado, encerrado en una oficina, sólo interrumpido, de la mañana a la noche, por expediciones comerciales de una o dos millas por calles estrechas y atestadas. Esos presentimientos —por no hablar de su ansia natural de aventuras, cambios de escenario y ejercicios corporales estimulantes— habrían sido suficientes para decidirlo a abandonar su hogar y abrirse camino en el mundo por sí mismo (no le importaba cómo o dónde, siempre que pudiera hacerlo con total libertad), de no ser por una única consideración. A pesar de su temperamento irreflexivo, esa consideración lo hacía detenerse ante un umbral sagrado que no se atrevía a traspasar, quizás para no volver a pisarlo nunca: era el umbral de la puerta de su madre.

Por más extraña que resultara la forma en que se expresaba y por más irregular que fuera su influencia sobre su conducta, el amor de Zack por su madre era, por su misma naturaleza, un elemento hermoso y admirable de su carácter, lleno de promesas para el futuro con sólo que su padre hubiera sido capaz de descubrirlo y hubiera tenido juicio suficiente para dejarse guiar por ese descubrimiento. En cuanto a sus manifestaciones externas, el cariño del muchacho por la señora Thorpe era un

cariño arrebatado, escandaloso, irreverente, poco sentimental, que armonizaba estrepitosamente con su carácter irreflexivo y ligero. Lo inundaba por rachas, induciéndolo en ocasiones, noblemente, a mostrarse paciente y tolerante, en otras, aparentemente lo abandonaba. Pero era, a no dudarlo, un cariño genuino, por más que el aturdimiento y las tentaciones ahogaran a veces la vocecita con que le hablaba a su conciencia y argumentaba con su corazón.

Entre otros resultados lamentables del intencionado encierro en que el señor Thorpe mantenía a su hijo en la oficina del comerciante estaba el vasto incremento del apetito natural de Zack por las diversiones y excesos de la ciudad que le producía la penitencia que expiaba en la esfera mercantil. Después de nueve horas de la más ingrata tarea cotidiana que podía infligírsele, la visión de los anuncios de obras teatrales y otros reclamos callejeros lo asaltaban en el camino de regreso a su hogar con irresistible fascinación.

La frontera trazada por el señor Thorpe entre las diversiones vespertinas permisibles y las prohibidas pasaba por las salas de lectura de las Instituciones Reales y Politécnicas y los oratorios que se representaban en Exeter Hall. Todas las puertas que se abrían hacia el exterior del límite así impuesto eran puertas al Vicio, puertas que nunca le permitiría a un hijo suyo traspasar. Las leyes domésticas que obligaban a Zack a estar de vuelta en su casa todas las noches a las once y le prohibían poseer una llave de la puerta, estaban dirigidas, especialmente, a impedirle cruzar el umbral prohibido de los teatros y jardines públicos, lugares que el señor Thorpe caracterizara, con una alegoría inspirada por su fervor religioso, como «Laberintos de la Infamia Nacional». Era perfectamente inútil indicarle al padre (como hicieron algunos de los parientes de Zack por el lado materno) que su hijo descendía de Eva y, en consecuencia, tenía una tendencia hereditaria a comer de la fruta prohibida; y que su carácter y su edad hacían casi seguro que si se le impedía disfrutar abiertamente las diversiones que le resultaban más atractivas, probablemente terminaría disfrutando de ellas a escondidas. El señor Thorpe rebatía todos los argumentos de ese tipo con su acostumbrada protesta contra «la tolerancia con el vicio», y después tiraba más fuerte que antes de las riendas de la disciplina, para advertirles a todos los entrometidos que en el futuro debían abstenerse de intentar que las aflojara.

No pasó mucho tiempo antes de que se produjeran los deplorables resultados predichos por los que criticaban el plan del padre para impedir que su hijo disfrutara de las diversiones públicas. Al principio, Zack satisfacía su gusto por las tablas yendo al teatro cada vez que sentía deseos de hacerlo, marchándose de la función con tiempo suficiente como para llegar a su casa a las once, y admitiendo con toda sinceridad dónde había pasado la velada cuando se lo preguntaban al día siguiente en el desayuno. La franqueza de esa confesión siempre era recompensada con regaños, amenazas y prohibiciones reiteradas, proferidas por el señor Thorpe con un aplastante

aire de superioridad ante todos los argumentos, súplicas, excusas o atenuantes que su hijo era capaz de expresar, lo que a menudo irritaba a Zack hasta hacerlo responder desafiante y repetir su delito sin pensar en las consecuencias. Al darse cuenta de que las amenazas y los reproches sólo lograban despertar el malhumor y la rebeldía del joven, el señor Thorpe llegó a dudar tanto de su capacidad para corregirlo que le pidió ayuda a su más cercano consejero eclesiástico, el Reverendo Aaron Yollop, cuyo ministerio profesaba y cuyo retrato, reproducido en una litografía, adornaba, en lugar preeminente, las paredes del comedor de la Plaza Baregrove.

La intervención del señor Yollop tuvo al menos peso suficiente para producir un resultado positivo e inmediato: el de llevar a Zack hasta el límite de la resistencia humana. La imperturbable seguridad en sí mismo del Reverendo puso a prueba toda la capacidad del joven rebelde de soltar respuestas irritantes, con independencia del vigor con que la ejerciera. Una vez investido de la anuencia paterna para reprochar, prohibir y sermonear, en su condición de pastor y guía espiritual del hijo desobediente del señor Thorpe, el señor Yollop floreció en su nueva tarea en proporción exacta a la resistencia que afrontaba para el ejercicio de su autoridad. Las violentas explosiones de Zack al verse sometido a la intromisión de un hombre que no tenía ningún derecho de parentesco sobre él y que se vanagloriaba de experimentar profesionalmente con un caso de enfermedad espiritual tan complicado, le servían de acicate. Tres veces operó el señor Yollop a su paciente en su condición de cirujano moral, y tres veces experimentó una gran exaltación ante los gritos que sus esfuerzos curativos arrancaron al operado. No obstante, súbita y asombrosamente, en su cuarta visita, desaparecieron todos los síntomas de cólera aun antes de que blandiera el bisturí eclesiástico. ¡El señor Yollop había triunfado allí donde el señor Thorpe fracasara! El caso que se mostrara rebelde ante los tratamientos laicos había cedido al proceso de curación pastoral; ¡y Zack, el rebelde, al fin había sido domesticado hasta el punto de pasar las veladas en medio de un decoroso aburrimiento en su hogar!

Al señor Yollop nunca se le ocurrió dudar, ni al señor Thorpe verificar, que el joven caballero se fuera realmente a la cama tras retirarse obedientemente a su cuarto a la hora indicada. Lo veían llegar a casa tras su trabajo hoscamente dócil y mudo, cenar, armarse de un libro y subir en silencio, después de que se echara el cerrojo a la puerta de la calle por la noche. Lo veían así admitir, visiblemente, que había sido reducido a la más total sumisión, y ese espectáculo los satisfacía por completo. No hay nadie tan miope como un inquisidor. Tanto el señor Thorpe como su coadjutor eran inquisidores por principio, cada vez que topaban con alguna oposición, y ambos eran, en consecuencia, incapaces de ver más allá de los resultados inmediatos. La triste verdad, sin embargo, era que habían logrado algo más que disciplinar al chico. Habían expulsado de su corazón sus virtudes congénitas de franqueza y honestidad; lo habían hecho retroceder a golpes, pulgada a pulgada, al pantanoso refugio del más

rampante cinismo. Zack los engañaba a ambos.

Las once era la hora en que la familia de la Plaza Baregrove se iba a la cama. Lo primero que hacía Zack al entrar en su cuarto era abrir la ventana silenciosamente, ponerse una vieja gorra y encender un puro. Era ya diciembre, pero su constitución robusta lo hacía tan impermeable al frío como si fuera un joven oso polar. Después de fumar en silencio durante media hora, prestaba oído junto a su puerta hasta que el silencio en el vestidor del señor Thorpe, que quedaba debajo de su habitación, le informaba que su padre estaba ya en cama y lo invitaba a descender de puntillas — con las botas bajo el brazo— hasta el zaguán. Allí colocaba su vela sobre una silla junto a una caja de fósforos y procedía a abrir la puerta de la casa con la silenciosa destreza de un ladrón, siempre cuidadoso de facilitar esa peligrosa operación manteniendo la cerradura, el cerrojo y las bisagras bien aceitados. Después de guardar la llave, apagar la vela y cerrar silenciosamente la puerta a sus espaldas, salía de la casa en dirección a Haymarket, Covent Garden o el Strand, poco antes de la medianoche, o, en otras palabras, emprendía una gira nocturna justo a la hora en que las puertas de los lugares respetables de recreo público (a los que su padre le impedía asistir) ya habían cerrado, y las de los lugares de mala reputación estaban abiertas de par en par.

Zack observaba una precaución, y sólo una, mientras disfrutaba de las peligrosas diversiones a las que las prohibiciones paternas, auxiliadas por la perfidia filial, lo lanzaban ahora de lleno. Se tomaba el cuidado de permanecer lo bastante sobrio como para regresar a su casa antes de que se levantaran los sirvientes, y para preservar la firmeza de su mano y la ligereza de su paso mientras abría la puerta y se deslizaba a escondidas por la escalera para disfrutar de una hora o dos de sueño. El conocimiento de la peligrosa debilidad de su cabeza cuando bebía lo mantenía, así, insólitamente sobrio y controlado en lo que a la ingestión de licores fuertes se refería. El primer vaso de grog^[4] le producía una sensación placentera; el segundo le hacía sentir una agradable euforia; el tercero (como sabía por experiencias previas) lo hería de repente en su punto débil y le robaba, traicionero, la sobriedad.

Llevaba ya casi un mes disfrutando con absoluta impunidad, tres o cuatro veces por semana, de sus sacrílegas excursiones nocturnas, sin confiarle el secreto ni siquiera a su amigo el señor Blyth, cuya tolerancia, aunque grande, Zack bien sabía que nunca llegaría hasta el punto de ver con indulgencia transgresiones tales como recorrer las tabernas a las dos de la madrugada mientras su padre lo creía en su cama. Es posible invocar una circunstancia atenuante para la mala conducta que ahora era habitual: todavía conservaba galanura suficiente como para sentirse avergonzado de su hipocresía cuando se encontraba en presencia de su madre.

Pero, lamentablemente, las circunstancias lo mantenían demasiado apartado de la señora Thorpe, e impedían, por tanto, el desarrollo natural de los buenos sentimientos

del joven, que sólo florecían bajo la influencia de ella y que, de haber podido madurar, quizás lo habrían conducido a reformarse. Se pasaba todo el día en la oficina, y la vida exasperante que allí llevaba no hacía sino inducirlo a esperar con una sensación de malévolos triunfos el secreto goce de sus noches. Después, en las tardes, el señor Thorpe a menudo consideraba aconsejable sermonearlo con toda severidad, para impedir que el libertino reformado volviera a las andadas por falta de una pequeña y estimulante admonición moral. Y el señor Yollop no se quedaba atrás y tomaba similares precauciones para garantizar que el nuevo converso lo siguiera siendo permanentemente, ahora que había logrado echarle mano. Cada palabra que esos dos caballeros pronunciaban no hacía sino endurecer aún más al chico y ahogar la influencia de las afectuosas miradas y las amorosas palabras de su madre. «No conseguiría nada, incluso si pudiera pasar página», pensaba Zack, sagaz e irritado cuando su padre o el amigo de su padre lo favorecían con un consejo para que mejorara: «Helos aquí, afanándose de nuevo con su muchacho modelo, para hacerlo todavía mejor».

A ese punto habían llegado las tribulaciones de Zack en la época en que el señor Valentine Blyth decidió fundar una Academia de Dibujo en la habitación de su esposa, con el doble propósito de entretener a su círculo familiar por las noches y reformar a su arrebatado y joven amigo enseñándole a dibujar copiando los modelos de «la gloriosa Antigüedad».

CAPÍTULO X

LA ACADEMIA DE DIBUJO DEL SEÑOR BLYTH

Trascurrida la semana y una vez que la señora Blyth se sintió lo bastante fuerte como para recibir visitas en su habitación, Valentine le envió la invitación prometida a Zack, convocándolo a su primera lección de dibujo. El local en el que iba a funcionar la academia familiar merece unas palabras preliminares. Constituía el estrecho mundo al que estaba confinada, día y noche, la existencia de la esposa del pintor.

Derribando una pared medianera se había ampliado la habitación de la señora Blyth para que se extendiera a todo lo largo de uno de los lados de la casa, desde el frente hasta las ventanas que daban al jardín trasero. Aunque el espacio que así se había conseguido era considerable, todo estaba ocupado, desde el piso hasta el techo, por objetos hermosos adecuados al ámbito en el que estaban situados: algunos, sólidos y utilitarios, allí donde se requería comodidad; otros, ligeros y elegantes, allí donde sólo era necesario el adorno; y todos ganados insigneemente por el pincel de Valentine mediante el largo, amoroso, desprendido trabajo de muchos años. El lecho de la señora Blyth, como todo lo demás dispuesto para su uso en la habitación, estaba concebido de manera que le ofreciera la comodidad y el lujo más perfectos que era posible proporcionarle en su sufrida condición. El bastidor tenía el ancho suficiente para incluir un sofá para el día y una cama por la noche. Su atril de lectura y su mesa de trabajo podían moverse para que le quedaran al alcance de la mano fuera cual fuera la posición que adoptara. Encima de su cabeza colgaba un conjunto extraordinariamente complicado de cordones que corrían por poleas ornamentales de las formas más extravagantes, fijadas en diferentes puntos del techo, y que se comunicaban con la campanilla, la puerta y una hoja de cristal de la ventana que se abría fácilmente gracias a unas bisagras. Todas esas eran creaciones personales de Valentine para permitirle a su esposa llamar, admitir visitantes y regular a voluntad la temperatura de su habitación sencillamente tirando de uno de los cordones que colgaban al alcance de su mano y que estaban claramente identificados con tablillas de marfil con inscripciones como «Campanilla», «Puerta», «Ventana». Las cuerdas de esos aparejos para uso de la enferma eran al menos cinco veces más numerosas de lo necesario para el propósito que debían cumplir, pero la señora Blyth no permitía que las simplificaran unas manos diestras. Por más que a otros les pudiera parecer que el resultado era torpe, a sus ojos no tenía ningún defecto: cada cordón era sagrado y estaba a salvo del cuchillo reformador, porque lo había colgado Valentine.

Aunque limitada a una misma habitación desde hacía varios años, la señora Blyth

no había perdido el natural interés femenino en las pequeñas ocupaciones y sucesos de la vida doméstica. Cada día se las ingeniaba, mediante canales de comunicación inventados por ella misma, para averiguar los últimos acontecimientos ocurridos en la casa, desde el estudio hasta la cocina; para estar presente, en espíritu al menos, si no en persona, en las consultas familiares que no podían tener lugar en su habitación; para saber exactamente cómo le iba a su esposo con sus cuadros; para rectificar a tiempo cualquier omisión del señor Blyth o de Madonna en los preparativos de las comidas o en las órdenes a los proveedores; para mantener a los sirvientes atentos a su trabajo, y para consentirlos o controlarlos según requiriera la ocasión. Ni su aspecto ni sus maneras revelaban la hosca apatía o la nerviosa impaciencia que en ocasiones aquejan a los enfermos crónicos e incurables. Su voz, aunque queda, siempre era alegre, y variaba musical y agradablemente con la variación de sus pensamientos. En sus días de debilidad, cuando sufría mucho debido a su dolencia, solía quedarse inmóvil y callada y mantener su habitación a oscuras, y esas eran las únicas señales de un empeoramiento de su padecimiento que eran capaces de detectar los que la rodeaban. Nunca se quejaba cuando llegaban los peores síntomas, y nunca admitía voluntariamente, ni siquiera cuando se le preguntaba, que la columna vertebral le dolía más que de costumbre.

Para la noche de inauguración de la Academia de Dibujo había escogido un atuendo muy bonito: un delicado gorro de encaje y un vestido de seda nuevo escogido por Valentine, lo suficientemente ancho para disimular lo macilento de su figura. El amor de su esposo, fiel a lo largo de todas las aflicciones y los cambios de la imagen juvenil de su primer enamoramiento, seguía estimulándola a prestar la misma atención a las gracias y lujos del vestuario que les había concedido en los días felices en que disfrutaba de juventud y salud. Nunca se la había visto más contenta con un vestido nuevo que con ese que el señor Blyth había insistido en regalarle para celebrar la inauguración de la escuela de dibujo en su habitación.

La hora fijada para el inicio de las sesiones de la academia era las siete. Siempre puntual en lo que tocaba a sus compromisos profesionales, Valentine les dio los toques finales a sus preparativos cuando el reloj dio la hora; y tras sentarse jubiloso en una esquina del sofá de la señora Blyth, examinó con franca admiración sus tableros de dibujo, sus lámparas y el busto de yeso que debían dibujar sus alumnos.

—Y ahora, Lavvie —dijo—, antes de que llegue Zack y me aturda revisaré todos los instrumentos de dibujo, uno tras otro, para asegurarme de que no se ha quedado nada en el estudio que debiera estar aquí.

Mientras su esposo pronunciaba esas palabras, la señora Blyth tocó suavemente a Madonna en el hombro. Desde hacía unos momentos la joven estaba pensativa, con la cabeza inclinada, una mano en la mejilla y los labios graciosamente entreabiertos en una luminosa sonrisa. La dolencia que la separaba de los mundos del oído y el habla,

que la mantenía apartada de sus congéneres y la convertía en un ser solitario en un silencio de muerte, en un ámbito al que los demás podían acercarse pero nunca entrar, le otorgaba un significado conmovedor a la profunda, pensativa inmovilidad que a menudo la dominaba de repente, incluso cuando se encontraba en compañía de sus padres adoptivos y de amigos que conversaban a su alrededor. En ocasiones, los pensamientos que la absorbían —pensamientos cuya existencia los demás sólo intuían por la sombra de su misteriosa presencia, que afloraba en la expresión que adoptaba su rostro— la mantenían largo rato bajo su influjo; en otras, parecían desvanecerse de su mente casi con la misma rapidez con que nacieran. Una de las muchas excéntricas fantasías de Valentine consistía en pensar que en esas ocasiones Madonna no sólo meditaba, sino que, aun siendo sordomuda para los seres de este mundo, era capaz de hablar con los ángeles y oír lo que las voces celestiales le decían.

Cuando la señora Blyth la tocó en el hombro, Madonna levantó la vista y se acurrucó junto a su madre adoptiva, quien, abrazándola, le explicó, mediante el lenguaje de signos de los sordomudos, lo que decía Valentine en ese momento.

Nada podía resultar más revelador de la cálida simpatía y la afectuosa consideración que sentía la señora Blyth por Madonna que ese sencillo acto. Ni siquiera las personas más bondadosas piensan a menudo que sea necesario, por más práctica que tengan en comunicarse con sus manos con los sordos, mantenerlos informados de las conversaciones ordinarias que tienen lugar en su presencia. Los amigos y parientes que los aman suelen transmitirles las sabias disquisiciones, las frases ingeniosas, las historias curiosas; pero las naderías que se intercambian en la conversación cotidiana, en la que de manera más agradable y constante empleamos el sentido del habla y ejercitamos el del oído, se consideran de naturaleza demasiado insignificante y fugaz como para ser dignas de que las transmitan las manos o las plumas, y, en consecuencia, nunca o muy raras veces se les comunican a los sordos. Ninguna carencia derivada de su aflicción es más dura para ellos que la especial carencia que de ello dimana, y que les impide, en buena medida, participar en los intereses sociales de la familia que los rodea.

El bondadoso corazón, la despierta inteligencia y el fervoroso afecto de la señora Blyth para con su hija adoptiva le habían hecho asumir, como el primero de sus deberes y de sus placeres, impedir que Madonna experimentara el efecto excluyente de su dolencia cuando se encontraba en compañía, manteniéndola bien informada de las diversas conversaciones, fueran en broma o en serio, que se sostenían en su presencia, en la habitación en la que se hallaba confinada. Durante años, los ágiles dedos de la señora Blyth se habían acostumbrado a traducir todo lo que se decía junto a su lecho ante la joven sordomuda, como lo hacía en ese momento.

—Llámame la atención, Lavvie, si paso algo por alto algo al revisar que tengo lo

necesario para que todo el mundo tome su lección de dibujo —dijo Valentine preparándose para pasar revista a sus materiales mediante el expediente de colocar el índice derecho sobre el pulgar izquierdo.

—Primero, aquí tenemos la estatua que todos mis estudiantes dibujarán: el *Gladiador Moribundo*. Segundo, los tableros y el papel de dibujo. Tercero, la tiza blanca y la negra. Cuarto..., ¿dónde están los portatizas? Abajo en el taller, por supuesto. ¡No! ¡No! No molestes a Madonna para que vaya a buscarlos. Dile mejor que atice el fuego: volveré enseguida —y el señor Blyth salió a escape de la habitación con tanta agilidad como si hubiera tenido quince años en vez de cincuenta.

En cuanto Valentine volvió la espalda, la señora Blyth introdujo su mano bajo la delicada colcha de pluma de cisne que cubría su sofá, como buscando algo oculto debajo de ella. Al momento reapareció la mano con un dibujo bellamente enmarcado. Era la copia que había hecho Madonna de la cabeza de la Venus de Medici, la misma copia que Zack elogiara con las alabanzas más exageradamente superlativas durante su última visita al estudio. Madonna no lo había olvidado, ni había abandonado su propósito de regalarle el dibujo que tanto admirara. Lo había concluido con el mayor cuidado y el mayor detalle de que era capaz, lo había rodeado de un marco muy hermoso que había pagado con parte de sus modestos ahorros, y ahora estaba oculto bajo la colcha de la señora Blyth para salir esa misma noche, en el momento oportuno, como magnífica sorpresa para Zack y también para Valentine.

Después de mirar alternativamente dos o tres veces la copia y a la copista, y con el bondadoso rostro pálido resplandeciente por el tranquilo regocijo que la inundaba, la señora Blyth puso el dibujo sobre el sofá y comenzó a hablarle por señas a Madonna.

«¿Así que no me dejarás decirle ni siquiera a Valentine para quién es este regalo?», fueron las primeras palabras que dijeron sus dedos.

La joven casi daba la espalda al dibujo, y le echaba ojeadas rápidas de cuando en cuando con una extraña mezcla de timidez e indecisión, como si la obra salida de sus propias manos hubiera sufrido una transformación que la hiciera dudar si seguía gozando del privilegio de contemplarla. Negó con la cabeza en respuesta a la pregunta que acababan de hacerle y después se giró repentinamente en su silla, mientras sus dedos jugueteaban nerviosamente con los flecos de la colcha.

«A todos nos resulta simpático Zack», continuó la señora Blyth, disfrutando divertida con lo que sus instintos femeninos deducían de la confusión de Madonna; «pero a ti te debe resultar especialmente simpático, cariño, para haberte tomado más trabajo con este dibujo en particular que con cualquier otro que hayas hecho antes».

Esta vez Madonna ni levantó la vista ni se movió una pulgada en su asiento, al tiempo que sus dedos se movían cada vez más nerviosos entre los flecos; sus mejillas, su cuello y su seno, traicioneros, respondieron por ella.

La señora Blyth le dio una alegre palmada en el hombro y, después de volver a guardar el dibujo debajo de la colcha, la obligó a mirarla, al tiempo que le decía por señas lo siguiente: «Se lo daré a Zack poco después de que llegue. Seguramente lo alegrará durante todo el resto de la velada, y hará que te quiera más que nunca».

Los ojos de Madonna siguieron con ansiedad los dedos de la señora Blyth hasta la última letra que formaron; después se alzaron hasta el rostro de su madre adoptiva con la misma mirada interrogadora y melancólica que mostrara a Valentine, años antes, la primera vez que el señor Blyth interviniera para protegerla en el circo. Había una ternura tan irresistible en la leve sonrisa que aleteaba en sus labios; tal tristeza de inocente belleza en su rostro, un poco más pálido que de costumbre, que la expresión de la señora Blyth se tornó grave en cuanto los ojos de ambas se encontraron. Atraído hacía sí a la joven y la besó. Su beso fue devuelto muchas veces, con una calidez y un nerviosismo apasionados que contrastaba marcadamente con el proceder habitual de Madonna. ¿Qué la había hecho cambiar así? Antes de que su madre pudiera preguntar o incluso pensar, la joven se había soltado de los amables brazos que la rodeaban y se había arrodillado con el rostro escondido entre las almohadas colocadas en la cabecera del sofá.

«Debo calmarla. Debo hacerle entender que esto no está bien», se dijo la señora Blyth para sus adentros, con aire de sobresalto y pena al retirar su mano, bañada en lágrimas, después de intentar en vano que la joven levantara la cabeza de las almohadas. «Últimamente ha estado pensando demasiado; ha pensado demasiado en ese dibujo; ha pensado demasiado, me temo, en Zack».

Justo en ese momento el señor Blyth abrió la puerta. Al sentir la leve conmoción que produjo su portazo, Madonna se incorporó de un salto y corrió junto al hogar. Valentine no se fijó en ella al entrar.

Comenzó a ajetrearse alrededor del *Gladiador Moribundo*, al tiempo que hablaba sin cesar, colocaba sus portatizas junto a los tableros de dibujo y despabilaba las velas que alumbraban el modelo. La señora Blyth lanzó varias miradas de preocupación hacia el hogar. Pasados unos minutos, Madonna se dio la vuelta y regresó junto al sofá. Los rastros de las lágrimas casi habían desaparecido de su rostro. Hizo un pequeño gesto de súplica con el que le rogaba a la señora Blyth que guardara silencio sobre lo sucedido cuando estaban solas; depositó un beso en la mano que ésta le extendió, como señal de que pedía perdón; y después volvió a tomar asiento, tranquila, en su sitio acostumbrado.

En ese mismo momento se oyó una voz que hablaba y reía bulliciosamente en el zaguán. A continuación se escucharon prolongados susurros seguidos de risitas de la doncella, quien unos minutos después subió a la habitación de la señora Blyth y entró sola —tras una explosión de risas sofocadas detrás de la puerta— con los brazos extendidos y unos guantes de boxeo en la punta de los dedos.

—Con su permiso, señor —dijo la doncella dirigiéndose a Valentine e intercalando sus palabras con risitas histéricas—, el señorito Zack está en el descanso de la escalera y dice que haga usted el favor de ponerse estas cosas (él se ha puesto otro par) y que le conceda el placer de su compañía durante unos minutos en el taller.

—Vamos, Blyth —exclamó la voz desde la escalera—. La última vez que vine te dije que traería los guantes y haría de ti un boxeador. ¡Vamos! Lo único que quiero es ayudarte a respirar mejor sacudiéndote un poquito en el estudio antes de empezar a dibujar.

La sirvienta seguía sosteniendo los guantes con los brazos totalmente estirados, como si temiera que los animaran aún las energías pugilísticas que les insuflara la última persona que los había usado. La señora Blyth rompió a reír. Valentine siguió su ejemplo. La doncella dio señales de confusión y rogó que le dijeran si su amo tendría la bondad de desembarazarla de «esas cosas».

—¿Has dicho que subiera? —continuó la voz desde afuera—. Muy bien, no tengo ninguna objeción, si la señora Blyth tampoco la tiene —en ese punto Zack entró con los guantes de boxeo puestos—. ¿Cómo estás, Blyth? Estas son las píldoras para ese viejo hígado holgazán del que siempre te estás quejando. Póntelos. Párate con la pierna izquierda adelantada, mantén la pierna derecha ligeramente flexionada, ¡y no me quites los ojos de encima!

—¡Cállate! —exclamó el señor Blyth, tras recuperar al fin aliento suficiente para hacer patente su dignidad de profesor de la nueva escuela de dibujo—. ¡Quítate esas cosas ahora mismo! ¿Qué significa, señor, eso de llegar a mi academia, dedicada a las artes de la paz, en actitud de luchador profesional?

—No te enojas, querido amigo —replicó Zack—; nunca aprenderás a usar bien los puños si te enojas. Toma, Patty, la lección de boxeo se pospone hasta mañana. Lleva los guantes arriba, al vestidor del señor, y ponlos en la gaveta donde guarda las camisas limpias, porque hay que mantenerlos secos y en buenas condiciones. Déme su mano, señora Blyth: le hace bien a uno verla reír así, se la ve mejor. ¿Y cómo está Madonna? Me temo que ha estado sentada delante del fuego tratando de echar a perder su linda tez. Pero ¿qué le sucede? Pobrecita, ¡tiene las manos muy frías!

—Venga a tomar su lección de inmediato, caballero —dijo Valentine con su voz más despótica mientras conducía del cuello de la camisa al discípulo estudiante hasta el lugar que le había asignado.

—¡Vaya! —exclamó Zack echándole una ojeada al *Gladiador Moribundo*—. Ese caballero de yeso está haciendo una mueca; temo que no se sienta bien. Dime, Blyth, ¿es esa la estatua de un antiguo paciente griego que sufre debido a los cuidados de un antiguo médico griego?

—¿Te callarás y tomarás tu tablero de dibujo? —exclamó el señor Blyth—. Joven bárbaro, merecerías que te expulsara de mi academia por decir esas cosas del

Gladiador Moribundo. ¿Y dónde se ha metido ahora Madonna? ¡No, quédate ahí mismo donde estás, Zack! Yo le explicaré dónde tiene que ponerse y le daré su tablero. ¡Espera un minuto, Lavvie! Deja que te acomode las almohadas antes de que empieces. ¡Así! Nunca vi un efecto de luces y sombras más hermoso que el que se aprecia en el modelo desde este ángulo. ¿Todo el mundo tiene las tizas? Sí, todo el mundo las tiene. ¡Orden! ¡Orden! ¡Orden! —gritó Valentine olvidando súbitamente la dignidad asumida en medio del entusiasmo del momento—. La academia de dibujo del señor Blyth para el fomento del Arte familiar acaba de abrir sus puertas y está lista para una inspección general. ¡Hurra!

—¡Hurra! —se hizo eco Zack—, ¡hurra por el Arte familiar! Y dime, Blyth, ¿con qué tiza empiezo, con la blanca o con la negra? La negra, ¿eh? ¿Comienzo por la cara y los rasgos de como se llame? Y si es así, ¿por dónde debo empezar? ¿Por los ojos, la nariz, la boca, la coronilla, la punta de la barbilla, o qué?

—Primero haz un bosquejo de la forma general con trazos leves y fluidos, sin prestarle atención a los detalles —dijo Blyth ilustrando esas orientaciones con un grácil movimiento de su mano en torno a su propia persona—. Después mide a ojo, ayudándote ocasionalmente con el portatizas, las proporciones entre las partes. Después pon puntos sobre el papel: un punto donde va la cabeza, otro punto donde van los codos y las rodillas, y así con todo. Y después dibújalo sin miedo. Es imposible darte un consejo mejor: dibújalo, Zack; ¡dibújalo sin miedo!

—Aquí van la cabeza y los hombros para empezar —dijo Zack echándole una ojeada abarcadora y confiada al *Gladiador Moribundo* y dibujando un enorme semicírculo con un floreo preliminar de la mano sobre el papel—. ¡Oh, que me cuelguen, se me partió la tiza!

—Por supuesto que se te partió —replicó Valentine—. Toma otro pedazo; la Academia les proporciona tiza adicional a los alumnos ignorantes que aran un surco en el papel en vez de dibujar. Corta un poco de miga de ese pan y borra lo que hiciste. «Compra un panecillo de a centavo y todo quedará borrado», como me dijo en cierta ocasión el señor Fuseli en la Escuela de la Real Academia cuando le enseñé mi primer dibujo, del que estaba demasiado orgulloso.

—Recuerdo que cuando mi padre trabajaba en su gran grabado del cuadro del señor Scumble, *La Bella Recogedora de Rastrojos Sorprendida*, solía decirme que su arte era mucho más difícil que el dibujo, porque no se podía borrar una línea mal trazada en el cobre como se hacía en el papel. Todos pensábamos que nunca llegaría a terminar ese grabado, por la manera en que se lamentaba al hacerlo en el cuarto de dibujo, donde trabajaba entonces. Y los impresores le pagaron una miseria, todo en letras bancarias, que tuvo que cambiar con un descuento, y los que le dieron el dinero lo estafaron. Mi madre decía que se lo tenía merecido por ser siempre tan imprudente, lo que me pareció que era ser muy duro con él, de modo que me puse de su parte,

tanto que lo agobiaban los proveedores en esa época, además.

—Lo compadezco, querida —dijo Valentine apuntando a un pedazo de tiza para que Zack la tomara—. Los proveedores también me han agobiado a *mí*, no porque no les haya pagado siempre puntualmente, sino porque no logro hacer el cálculo de sus cuentas. Nunca le debes tanto a un hombre, Zack, como para que pueda castigarte con hacer sumas por estar en deuda con él. Cuando yo tenía cuentas (sigue con tu dibujo; puedes oír y dibujar al mismo tiempo) solía pensar, por supuesto, que era necesario comprobar que el total fuera correcto. No me creerás, pero no recuerdo que la suma me diera lo mismo que a la tienda en más de tres ocasiones. Y lo que es peor, si lo intentaba una segunda vez, no lograba siquiera que concordara con lo que me había dado en la primera ocasión. ¡Gracias a Dios que ya no tengo que vérmelas con ese tipo de dificultades! Lo pago todo al contado. Si el carnicero le pasa una pierna de cordero a la cocinera por la verja del sótano, la cocinera le entrega al instante seis con nueve, o lo que sea, y toma su cuenta y su recibo. Ahora consumo mis comidas con la bendita certeza de que al final del año no me caerán mal desde un punto de vista aritmético. ¿Por qué te detienes y te rascas la cabeza de esa manera?

—Es inútil —replicó Zack—; lo he intentado una docena de veces, pero me he dado cuenta de que no puedo dibujar la nariz del Gladiador.

—¡Qué no puedes! —exclamó el señor Blyth—. ¿Cómo te atreves a usar la expresión «no se puede» en relación con un proceso artístico en mi presencia? Mira, esa es la línea de la nariz del Gladiador. Pásale por encima este nuevo pedazo de tiza. No, espera un segundo. Ven aquí primero para que veas cómo Madonna está trazando la figura; una visión frontal, que es lo más difícil. Aunque no ha trabajado tan rápido como acostumbra. ¿Tu ángulo del modelo te resulta demasiado difícil, cariño? —continuó Valentine, traduciendo esas últimas palabras al lenguaje de señas, para comunicárselas a Madonna.

La joven negó con un movimiento de cabeza. No era la dificultad de dibujar el modelo de yeso que tenía enfrente, sino la dificultad de dibujar en general lo que retardaba su avance. Sus pensamientos volaban hacia la copia de la Venus de Medici escondida debajo del cubrecamas de la señora Blyth; fluctuaban entre una temblorosa ansiedad porque ésta se la regalara a Zack sin más demora y una aprensión sin fundamento de que el joven no la recordara o no quisiera aceptarla cuando se la dieran. Y sus ojos volaban junto con sus pensamientos. Ora le dirigía una mirada subrepticia, ansiosa, inquisitiva a la señora Blyth, para ver si su mano se deslizaba hacia el dibujo oculto, ora le lanzaba una tímida ojeada a Zack —sólo unos instantes cada vez, y sólo cuando más ocupado estaba con su portatizas— para asegurarse de que seguía del mismo buen humor y, por tanto, que era probable que recibiera su pequeño presente amablemente y al menos con ciertas muestras de sentirse complacido al ver el trabajo que se había tomado con él. Así las cosas, su atención se

apartaba incesantemente de su tarea y era por eso que avanzaba mucho más lentamente de lo habitual, lo que le hacía sospechar al señor Blyth que la labor que le había encomendado era casi superior a su capacidad.

—Espléndido inicio, ¿no es cierto? —dijo Zack mirando el dibujo de Madonna—. Reto a toda la Real Academia a que lo iguale —continuó el joven, al tiempo que garrapateaba esa incommovible expresión de su opinión en el espacio en blanco al pie del dibujo de Madonna y lo firmaba con una rumbosa rúbrica.

Al escribir, su brazo rozó el hombro de Madonna. La joven se sonrojó ligeramente y lo miró, fingiendo juguetonamente sentirse muy orgullosa de su aprobación; pero cuando sus ojos se encontraron, retomó su dibujo a toda prisa. Valentine envió a Zack de nuevo a su sitio antes de que pudiera seguir escribiendo. Madonna tomó algunas de las migas de pan que tenía cerca para borrar lo que el joven escribiera, vaciló cuando su mano se acercó a las líneas, se sonrojó más que antes y continuó con su dibujo, dejando que las letras permanecieran tal como el joven Thorpe las trazara.

—Nunca podré dibujar tan bien como ella —dijo Zack mirando lo poco que había avanzado con un gemido de desesperación—. La realidad es que no creo que el dibujo sea mi fuerte. Es el color, puedes apostar. ¡Espera a que lleguemos a eso y verás cómo aplico la pintura! ¿No encontraste el dibujo infernalmente difícil cuando empezabas, Blyth?

—Todavía lo encuentro difícil, señorito Zack —contestó Blyth—. El Arte no sería la ocupación gloriosa que es si no fuera difícil de principio a fin, si no obligara a sacar a la superficie los mejores rasgos del carácter de un hombre en cuanto se dedica a él. Las ocho —continuó Valentine consultando su reloj—. Dejen sus tableros de dibujo por el momento. Declaro suspendidas las labores de esta Academia hasta después del té.

—Valentine, querido —dijo la señora Blyth con una sonrisa misteriosa al tiempo que deslizaba su mano debajo del cubrecamas—; no logro que Madonna mire hacia mí, y la necesito a mi lado. ¿Me harías el favor de acercarla a mi cama?

—Por supuesto, amor mío —replicó el señor Blyth obedeciendo a su petición—. Esta noche tienes doble derecho a mis servicios, porque has demostrado ser la más prometedora de mis alumnos. Ven acá, Zack, y mira lo que ha hecho la señora Blyth. El mejor dibujo de la noche; exactamente lo que imaginaba; ¡el mejor dibujo de la noche!

Zack, que había estado bostezando desconsolado ante su propia copia, con los puños clavados en las mejillas y los codos sobre las rodillas, se apresuró a acercarse al sofá. Madonna trató de volver a ocupar su lugar junto al fuego, pero la señora Blyth, agarrándola firmemente de la mano, se lo impidió. En ese preciso instante Zack clavó la vista en ella, lo cual aumentó su confusión.

—Está más guapa que nunca esta noche, ¿no es verdad, señora Blyth? —dijo Zack, al tiempo que se sentaba y volvía a bostezar—. Cuando me parece más hermosa es cuando los ojos le brillan y se ven de veinte maneras distintas en un minuto, como ahora. Puede que en esos momentos no se parezca tanto a los retratos de Rafael —en ese punto volvió a bostezar—; pero, en lo que a mí toca... ¿Por qué se quiere ir? ¿Y usted de que se ríe, señora Blyth? ¡Valentine, las damas se llevan algo entre manos!

—¿Recuerdas esto, Zack? —preguntó la señora Blyth agarrando con más fuerza a Madonna con una mano y sacando el dibujo enmarcado de la Venus de Medici con la otra.

—¡La copia que hizo Madonna de mi busto de Venus! —exclamó Valentine, interviniendo con su habitual prontitud y adelantándose con su acostumbrada presteza.

—La copia que hizo Madonna del busto de Venus de Blyth —repitió Zack sin ningún entusiasmo; su escurridiza memoria no guardaba el menor recuerdo del dibujo.

—¡Santo cielo! ¡Qué bien lo ha enmarcado y qué hermoso acabado le ha dado! —continuó Valentine, dándole unas suaves palmaditas en el hombro a Madonna como prueba de su aprobación y admiración.

—Muy bien enmarcado y muy hermosamente acabado, como dices, Blyth —repitió Zack como una cotorra, al tiempo que se levantaba de su asiento y adoptaba un aire perplejo al advertir la expresión con que la señora Blyth lo contemplaba.

—¿Pero quién mandó enmarcarlo? —preguntó Valentine—. Madonna nunca había mandado poner marco a ninguno de sus dibujos. No entiendo qué significa esto.

—Ni yo tampoco —dijo Zack dejándose caer de nuevo en su silla, presa de un indolente asombro—. ¿Se trata de una adivinanza, señora Blyth? Algo así como en qué se parece Madonna a la Venus de Medici, ¿no? Si se trata de eso, me declaro en contra de la adivinanza, porque Madonna es mucho más bonita que cualquier cara de yeso. Tu rostro es incomparablemente más bello que el de la Venus —continuó Zack, comunicándole ese cumplido bruscamente sincero a Madonna con los signos del alfabeto de los sordomudos.

La joven sonrió al observar el movimiento de sus dedos, quizás debido a sus errores porque cometió dos en una corta oración de nueve palabras, quizás debido al cumplido, aun cuando era muy trillado.

—¡Oh, vosotros los hombres, cuán terriblemente necios sois a veces! —exclamó la señora Blyth—. Valentine, mi amor, es lo más sencillo del mundo adivinar por qué mandó ponerle un marco al dibujo. ¡Para dárselo como regalo a alguien, por supuesto! ¿Y a quién se lo quiere regalar?

—¡Ah, sí!, ¿a quién? —la interrumpió Zack deslizándose cómodamente en su

silla hasta apoyar la cabeza en el respaldo y estirar las piernas delante de sí todo lo que daban.

—¡Me dan deseos de lanzarte el dibujo a la cabeza en vez de dártelo! —exclamó la señora Blyth perdiendo la paciencia.

—¡No me dirá que el dibujo es un presente para mí! —exclamó Zack incorporándose de su asiento con un prodigioso salto.

—¡Te mereces un buen tirón de orejas por no haberlo adivinado hace ya rato! —replicó la señora Blyth—. ¿Ya se te ha olvidado cómo alabaste el dibujo cuando lo viste comenzado en el estudio? ¿No le dijiste a Madonna...?

—¡Oh, qué hermosa, qué buena, qué generosa! —exclamó Zack arrebatando el dibujo del sofá cuando al fin la verdad se le reveló con un relámpago de certeza—. Dígale con sus dedos, señora Blyth, qué orgulloso me siento de mi regalo. No lo puedo hacer con los míos, porque no puedo soltar el dibujo. ¡Aquí, mira aquí! ¡Dígame que mire aquí para que vea cuánto me gusta! —y Zack estrechó la copia de la Venus de Medici contra su chaleco para demostrar en cuánto aprecio la tenía.

Ante ese exagerado arranque sentimental, Madonna alzó la cabeza y le lanzó una ojeada al joven Thorpe. Su rostro abatido, ansioso, que había hurtado incluso a las miradas de la señora Blyth durante los últimos minutos (como si hubiera adivinado cada una de las palabras que hubieran podido herirla, de todas las pronunciadas en su presencia) ahora, al levantar la vista, volvió a iluminarse de placer; de un placer inocente, infantil, que no fingía tener reserva alguna, no temía ninguna mala interpretación, no preveía ninguna desilusión. Sus ojos, que se desviaron rápidamente de Zack y apelaron jubilosos a Valentine, fulguraron de satisfacción cuando su padre adoptivo apuntó al dibujo y alzó las manos sonriente en gesto de asombro, como señal de que se había sentido gratamente sorprendido por su gesto de regalarle el dibujo al nuevo alumno. La señora Blyth sintió cómo la mano, que aún mantenía presa en la suya y que hasta ese momento había temblado ligeramente de tiempo en tiempo, se tornaba más firme y cálida, y la soltó. Ya no había temor de que Madonna se alejara del sofá y se escurriera para quedarse, sola, junto al hogar.

—Siga, señora Blyth, usted nunca comete errores al hablar por señas, y yo siempre lo hago; siga, por favor, y dígame cuán agradecido le estoy —continuó Zack estirando los brazos con el dibujo en las manos y contemplándolo con la cabeza hacia un lado, imitando la forma en que Valentine estudiaba sus cuadros—. Dígame que lo cuidaré tanto como no he cuidado de nada en la vida. Dígame que lo colgaré en mi cuarto, para verlo cada mañana en cuanto me despierte. ¿Ya se lo ha dicho? ¿O se lo escribo en su tablilla? ¡Vaya!, aquí viene el té. Y, válgame Dios, ¡toda una cesta de bollos! ¡Cómo!, ¿qué el fuego de la cocina produce demasiado hollín para tostarlos? Yo me encargaré de todos ellos en la academia de dibujo. A ver, Patty, danos el tenedor de tostar: voy a empezar. ¡Nunca en la vida había visto un fuego tan

espléndido para tostar bollos! ¡Tla-ra-ra ra, tla-ra-ra-ra! —y Zack se arrodilló frente al hogar tarareando *Rule Britannia*^[5] al tostar su primer bollo con aire de triunfo, olvidando por completo que había dejado el dibujo de Madonna abandonado, bocabajo, en un extremo del sofá de la señora Blyth.

Valentine, quien en la inocencia de su corazón nada sospechaba, rompió a reír ante esa nueva prueba de la inveterada frivolidad de Zack. No obstante, sus bondadosos instintos guiaron su mano hasta el dibujo. Lo tomó con cuidado y lo colocó en un pequeño librero en el lado opuesto del cuarto. Si hubiera sido posible que el afecto que su esposa sentía por él aumentara, lo habría amado más que nunca en el momento en que realizó ese pequeño acto.

Mientras su esposo guardaba el dibujo, la señora Blyth miró a Madonna. La pobre muchacha estaba encogida junto al sofá, con las manos fuertemente entrelazadas sobre el pecho y sin ningún rastro de su encantador color natural en las mejillas. Sus ojos siguieron pesarosos a Valentine hasta el librero y después se volvieron hacia Zack, no con reproche ni cólera ni siquiera con lágrimas sino con la misma mirada de tristeza paciente, de gentil resignación ante la pena, que solía caracterizar tan tiernamente su expresión en los tiempos de su esclavitud a manos de los charlatanes del circo ambulante. Así se quedó, contemplando el hogar y la figura arrodillada ante él, soportando su nueva decepción como soportara muchas mortificaciones anteriores que la sometieran a duras pruebas cuando no era más que una niña. ¡Con cuánto cuidado se había afanado para terminar en la privacidad de su cuarto el dibujo olvidado! Cuán feliz se había sentido al anticipar el momento en que el joven Thorpe lo recibiría; al imaginar lo que éste diría en ese momento y cómo le expresaría su agradecimiento; preguntándose qué haría con él una vez que fuera suyo: dónde lo colgaría, y si contemplaría con frecuencia su regalo después de habituarse a verlo sobre la pared. Pensamientos como esos habían hecho del momento de entrega del dibujo un gran acontecimiento en su vida. Y allí estaba ahora, puesto a un lado por otras manos que no eran las que se lo habían obsequiado; olvidado con negligencia ante la mera entrada de una sirvienta con una bandeja de té; ¡cambiado por el placer infantil de arrodillarse ante el hogar y tostar un bollo en unas luminosas brasas de carbón!

La naturaleza generosa e impulsiva de la señora Blyth, y el afecto que sentía por su hija adoptiva la impulsaron a recriminar, y de manera no muy misericordiosa, la imperdonable desconsideración de Zack. Con el rostro encendido y los ojos oscuros despidiendo chispas, se volvió rápidamente en el sofá en dirección del hogar. Pero antes de que pudiera pronunciar palabra, la mano de Madonna estaba sobre sus labios, y los ojos de Madonna estaban clavados en ella con una expresión temerosa, implorante, en el rostro.

Inmediatamente, los dedos temblorosos de la joven formaron las siguientes

palabras:

«¡Por favor, por favor, no digas nada! ¡Por nada del mundo quiero que le hables en este momento!»

La señora Blyth vaciló y miró en dirección a su esposo, pero éste estaba en el otro extremo de la habitación, entreteniéndose profesionalmente con las cortinas de las ventanas, que corría hacia aquí y hacia allá para que formaran todo tipo de pliegues caprichosos. A continuación miró a Zack. Justo en ese momento éste le daba vueltas a un bollo y cantaba más alto que nunca.

La tentación de increparlo con un buen reproche para interrumpir su irritante júbilo era casi demasiado fuerte como para poder resistirla, pero la señora Blyth se obligó a resistirla por Madonna. No obstante, no se comunicó con la joven, ni por señas ni por escrito, hasta que no se hubo acomodado en su posición anterior; entonces sus dedos formaron las siguientes frases de respuesta:

«Si prometes que no dejarás que su desconsideración te afecte, mi amor, prometo no hablarle del asunto. ¿Estás de acuerdo con ese trato? Si lo estás, dame un beso».

Madonna sólo hizo una pausa para sofocar un suspiro que comenzaba a escapársele antes de sellar el compromiso tal como se le pedía. Sus mejillas no recuperaron su color, ni sus labios la sonrisa que jugueteaba en ellos un rato antes; pero acomodó las almohadas de la señora Blyth, incluso con más cuidado que de costumbre, antes de alejarse del sofá para ir a desempeñar tan cuidadosamente como siempre su pequeño deber doméstico de servir el té.

Zack, totalmente inconsciente de haberle provocado dolor a una dama e indignación a otra, había procedido con su segundo bollo, y había sustituido la canción con que se acompañaba, *Rule Britannia*, por *La chica de Gowrie*^[6] cuando el sonido de unas ruedas penetró en la habitación, procedente del camino cubierto de escarcha; se oyeron cada vez más cerca hasta que súbitamente se detuvieron junto a la puerta del señor Blyth.

—¡Dios santo! Hay alguien en nuestra puerta —exclamó Valentine—; ¿quién podrá venir a vernos tan tarde en una noche tan fría como esta? ¡Y en un carruaje!

—Es un cabriolet, a juzgar por el sonido de las ruedas, y nos trae a la Chica de Gowrie —entonó Zack, combinando el texto de su canción y la indicación de quién podía ser el visitante.

—Deja de cantar tonterías desafinadas para que podamos oír cuándo se abre la puerta —dijo la señora Blyth, contenta de aprovechar la menor oportunidad de dirigirla aunque fuera un pequeño reproche a Zack.

—Supongo que será el señor Gimble que viene al fin a comprar ese cuadro que hace tanto tiempo que dice que quiere adquirir —exclamó Valentine.

—¡Supongo que será mi padre! —exclamó Zack volviéndose de repente, aún arrodillado, con un rostro sumamente turbado—. O ese infernal viejo de Yollop, con

sus ojos de grosella y las manos llenas de opúsculos. Los dos son igualmente capaces de venir detrás de mí a arruinarme la diversión, como me la arruinan en todas partes.

—¡Calla! —dijo la señora Blyth—. El visitante ya ha entrado, sea quien sea. No puede tratarse del señor Gimble, Valentine; él siempre sube corriendo las escaleras, saltándose los escalones de dos en dos.

—Y este es alguien de los pesos pesados. Por el paso, diría que ni una onza menos de doscientas libras —comentó Zack, dejando que se le quemara el bollo mientras prestaba oído.

—No será esa pesada anciana, Lady Brambledown, que viene a molestarte nuevamente para que le hagas algún arreglo a su cuadro —dijo la señora Blyth.

—¡Un momento! No puede ser... —comenzó Valentine. Pero antes de que lograra pronunciar otra palabra, la puerta se abrió; y para absoluto asombro de todos, salvo de la pobre joven a cuyos oídos no llegaba ninguna voz, la sirvienta anunció:

—LA SEÑORA PECKOVER.

CAPÍTULO XI

SE AVECINA LA TORMENTA

El tiempo había provocado espléndidas adiciones a las dimensiones de la señora Peckover, pero, generoso, a cambio no le había quitado nada, o casi nada. Cierto que su cabello se había vuelto gris desde la época en que Valentine la conociera en el circo, pero, debajo de él, el jovial rostro daba la misma sensación de cordialidad que en los días de antaño. Sus mejillas se habían expandido y tornado rubicundas, su barbilla había pasado de la etapa doble a la triple del más satisfactorio desarrollo, todo rastro de cintura que hubiera entonces poseído se había borrado por completo, pero era agradablemente evidente, a juzgar por su vivaz entrada en la habitación de la señora Blyth, que su activo carácter no había perdido nada de su energía original, y que aún podía desafiar jubilosamente toda limitación física.

Asintiendo y sonriendo al señor y la señora Blyth, y a Zack, hasta que su gran cofia campesina comenzó a temblar sobre su cabeza como atacada por la fiebre, la buena mujer avanzó hasta la mesita del té, estremeciendo todos los objetos de la habitación, para estrechar a Madonna entre sus anchurosos brazos. La esbelta figura de la joven pareció desaparecer en una masa omniabarcadora y sofocante de cintas de cofia y ropajes incomprensibles cuando la señora Peckover la saludó con una ronda de besos restallantes que pudo oírse por encima del voluble parloteo del señor Blyth y la risa bulliciosa de Zack.

—Enseguida le contaré por qué he venido, señor; sólo que no pude evitar darle un saludo a la pequeña Mary cómo solía hacer antes —dijo la señora Peckover con tono de disculpa. Había resultado imposible convencerla de que sustituyera el nombre familiar de «pequeña Mary», que pronunciara tantas veces y con tanto cariño en épocas pretéritas, por el apelativo que lo desbancara en el hogar de Valentine. La verdad era que la buena mujer no sabía nada de Rafael, y como consideraba que «Madonna» era una extravagante palabra extranjera íntimamente relacionada con Guy Fawkes y el Complot de la Pólvora^[7], creía firmemente que ninguna inglesa respetable debía poner en entredicho su reputación intentando pronunciarla.

—Enseguida le contaré, señor... enseguida le contaré por qué he venido a Londres —repitió la señora Peckover retrocediendo majestuosamente desde la mesita del té y dando la vuelta con agilidad sobre su propio eje para encaminarse al sofá a fin de preguntar con el mayor detalle sobre el estado de salud de la señora Blyth.

—Mucho mejor, mi buena amiga, mucho mejor —fue la animosa respuesta—; pero cuéntenos, ¿nos alegramos tanto de verla! ¿Por qué nos ha dado esta sorpresa?

—Bueno, señora —comenzó la señora Peckover—, es una sorpresa casi tan

grande para mí estar en Londres como para... ¡A callar, jovenzuelo; ni siquiera le daré la mano si no se comporta! —estas últimas palabras se las había dirigido a Zack, cuya broma favorita, desde la época en que se conocieran en casa de Valentine, era la de fingir que estaba perdidamente enamorado de ella. Ahora estaba con los brazos abiertos, el tenedor de tostar en una mano y el bollo quemado en la otra, tratando de adoptar un aire lánguido y suplicándole a la señora Peckover que le diera un beso.

—Cuando aprenda a tostar bien un bollo quizás se lo dé —dijo ella, riendo por lo bajo con aire de triunfo ante su propia réplica, como si hubiera sido la de un ingenioso humorista—. Por favor, señor Blyth, hágalo callar o no podré decir ni una palabra de lo que tengo que contarles. Bueno, verá, señora, el doctor Joyce...

—¿Cómo está? —la interrumpió Valentine al tiempo que le alcanzaba a la señora Peckover una taza de té.

—Es el caballero más cumplido del mundo, señor, pero se toma su vasito de oporto después de las comidas, y el resultado es un nuevo ataque de gota.

—¿Y la señora Joyce?

—En cama también, señor. La casa parroquial es un verdadero hospital. Está en cama con gripe.

—¿Alguna de las niñas tiene gripe? —preguntó la señora Blyth—. Espero que no.

—No señora, todas están bien, menos la más chiquita; y es a causa de ella... ¿no la recuerda usted, señor, la que había crecido tanto la última vez que fue usted a la casa parroquial? Es por ella que estoy en Londres.

—¿Está enferma la niña? —preguntó Valentine, preocupado—. ¡Es una criaturita tan pintoresca, Lavvie! Tengo muchos deseos de pintarla.

—Me temo, señor, que no esté como para ponerla en una pintura —dijo la señora Peckover—. La señora Joyce está muy desvelada por ella, porque uno de los hombros le ha crecido más de la cuenta. El médico de Rubbleford está seguro de que se le puede volver a enderezar, pero dijo que hay que traerla a un médico de Londres, de los grandes, lo más pronto posible. Así que como ni su papá ni su mamá podían traerla a casa de su tía, me la encomendaron a mí. Como usted sabe, señor, desde que el doctor Joyce le consiguió a mi esposo ese puestecito en Rubbleford, yo me he quedado dando vueltas por la casa parroquial, ayudando con las niñas y con el trabajo de la casa, y esas cosas. Y como la señorita Lucy está acostumbrada a mí, vinimos en el tren muy tranquilas y sin el menor problema. Yo me alegré, por supuesto, de esta oportunidad de venir, después de tanto tiempo sin ver a la pequeña Mary. Así que acabo de dejar a la señorita Lucy en casa de su tía, donde fueron muy amables y querían que me quedara a pasar la noche. Pero yo les dije que gracias a su bondad siempre tenía una cama aquí cuando venía a Londres; así que una vez que dejé a la niña segura y cómoda en el piso de arriba cogí un cabriolet y me vine aquí. Esa es la historia de por qué los he tomado por sorpresa de esta manera, señora; y ahora voy a

terminarme el té.

Tras llegar al fondo de la taza y al término del bollo que le ofreciera amorosamente el incorregible Zack, la señora Peckover pudo volverse de nuevo hacia Madonna, quien después de encargarse de su cofia y su chal estaba sentada muy cerca de ella.

—Cuando llegué no me pareció que tuviera tan buen aspecto como de costumbre —dijo la señora Peckover, dándole unas palmaditas a la joven en las mejillas con sus dedos regordetes—; pero ahora parece haberse animado otra vez.

Era cierto: la melancólica inmovilidad había abandonado el rostro de Madonna al ver a la amiga y madre de sus primeros años. La señora Peckover prosiguió:

—Quizás le ha estado dedicando demasiado tiempo al dibujo en los últimos tiempos...

—Y hablando de dibujos, ¿qué se ha hecho del mío? —exclamó Zack, recordando súbitamente el regalo de Madonna.

—¡Santo cielo! —continuó la señora Peckover recorriendo con la vista los tres tableros colocados junto al pedestal de la estatua de yeso—. ¿Todos esos son de la pequeña Mary? Supongo que es más mañosa que antes. ¡Ah, Señor, qué vieja me siento cuando pienso en aquellos tiempos, hace tantos años...!

—Venga a ver lo que hizo esta noche —la interrumpió Valentine, tomando del brazo a la señora Peckover y dándole un significativo apretón mientras lanzaba una mirada hacia la parte de la mesa ante la que estaba sentado el joven Thorpe.

—Mi dibujo... ¿dónde está mi dibujo? —repitió Zack—. ¿Quién lo ha guardado? Oh, ahí está, sano y salvo en el librero.

—Lo felicito, caballero, por haber logrado al fin recordar que existe un regalo de Madonna —dijo sarcástica la señora Blyth.

Zack levantó la vista de su taza de té, sorprendido, y preguntó directamente qué significaban esas palabras.

—Oh, no te preocupes —dijo la señora Blyth en el mismo tono—, no vale la pena explicarlas. ¿Oíste hablar alguna vez de un caballero que pensara más en bollos que en el regalo de una dama? ¡Me atrevo a decir que no! Yo nunca he oído de un caso así. Es ridículamente improbable para ser cierto, ¿no es verdad? ¡Eso es!, no me respondas; tengo aquí un libro que quiero terminar. No, es inútil; no diré ni una palabra más.

—¿Qué he hecho de malo? —preguntó Zack, con un lamentable aspecto de perplejidad al comenzar a sospechar que había cometido un error imperdonable durante la velada—. Sé que quemé un bollo, pero ¿qué tiene eso que ver con el regalo de Madonna? —La señora Blyth sacudió la cabeza y, tras abrir su libro, quedó absorta en él en un instante—. ¿No se lo agradecí adecuadamente? Estoy convencido de que quise hacerlo. —En ese punto de detuvo, pero la señora Blyth no le hizo

ningún caso—. Supongo que me he metido en un lío. Búrlese todo lo que quiera, pero dígame de qué se trata. ¿No lo hará? Entonces lo averiguaré con Madonna. Ella lo sabe, por supuesto, y me lo dirá. Mire, señora Blyth, no voy a levantarme hasta que no me lo haya dicho todo —y Zack, con un cómico gesto de súplica, se hincó de rodillas junto a la silla de Madonna, y le impidió levantarse, cosa que ella intentó hacer, echando mano a la tablilla que colgaba a su costado.

Mientras el joven Thorpe garrapateaba en la tablilla preguntas, protestas y extravagancias de todo tipo, en rápida sucesión; y mientras Madonna, con el rostro a medias sonriente, a medias lloroso, leía lo que el joven escribía, tratando, al inicio, de no creerle demasiado fácilmente cuando borroneó una explicación, y de no mostrarse demasiado indulgente cuando a la explicación siguió una súplica; y terminando, al fin, a pesar de las señas que le hacía la señora Blyth de que no lo hiciera, por perdonarle su negligencia y dejar que le volviera a tomar la mano como de costumbre, en prenda de que era sincera; mientras esa pequeña escena del drama doméstico se desarrollaba en un extremo de la habitación, en el otro tenía lugar, entre el señor Blyth y su visitante del campo, una escena de otro tipo: un diálogo que se desarrollaba en misteriosos susurros.

El tiempo no había hecho que disminuyera la mórbida preocupación de Valentine respecto a la necesidad de mantener estrictamente ocultos todos los detalles de la relación inicial de la señora Peckover con Madonna y con la madre de Madonna. Los años transcurridos, que le habían concedido la indiscutida potestad sobre su hija adoptiva, no habían logrado reducir ese exceso de cautela en lo que tocaba a mantener en secreto lo poco que se sabía de su origen y sus primeros años, y que lo llevara incluso a hacerles prometer al doctor y a la señora Joyce que nunca revelarían ningún detalle de lo contado en la casa parroquial. Aun así, no había superado su miedo inicial de que un día pudieran rastrear el paradero de la joven, reclamarla y llevársela de su lado, si esa narración, aun pobre en detalles como era, se confiaba a otros oídos que los que originalmente la escucharan. Todavía conservaba el brazalete de cabellos y el pañuelo que pertenecieran a la madre de Madonna cuidadosamente guardados bajo llave y ocultos a todas las miradas en su escritorio; y todavía dudaba de la discreción de la señora Peckover en el gobierno de su lengua, como dudara en los días de antaño, cuando la niña se instaló en su hogar.

Tras fingir que le enseñaba los dibujos comenzados esa noche, el señor Blyth se las ingenió sutilmente para conducir a la señora Peckover a un rincón en el extremo de la habitación.

—Y bien —dijo, dirigiéndose a ella en voz innecesariamente baja, considerando la distancia que ahora los separaba de Zack—. Y bien, ¿supongo que está absolutamente segura de no haber dejado escapar nada, desde la última vez que la vi, acerca de cómo conoció a nuestra querida niña? ¿O acerca de su pobre madre? ¿O...?

—Y dale otra vez con lo mismo, señor —lo interrumpió la señora Peckover desdeñosa, pero bajando la voz para imitar al señor Blyth—. ¡Un hombre tan listo como usted! ¡Santo Dios, santo Dios! ¿Cuántas veces tengo que decirle que soy lo suficientemente vieja como para saber tenerme la lengua? ¿Cuánto tiempo más va a preocuparse por esconder lo que nadie está tratando de encontrar?

—Me temo que siempre me va a preocupar —replicó Valentine con gravedad—. Cada vez que la veo, mi buena amiga, me parece que vuelvo a oír la triste historia de nuestra querida niña y de su pobre madre, abandonada y perdida, de la cual no sabemos ni el nombre. Y también, cada vez que viene a vernos, siento con más fuerza incluso que en otras ocasiones, cuán inexpresablemente preciosa nos resulta a Lavvie y a mí la hija que nos dio; y pienso con más miedo del que soy capaz de expresar, en la horrible posibilidad de que cometiera una indiscreción que fuera repetida de boca en boca sobre dónde encontró usted a su madre, por ejemplo, o en qué época del año, o algo por el estilo, y que ello pudiera llevar a que, nadie sabe cómo, la reclamara alguien que pudiera demostrar algún derecho sobre ella.

—¡Señor! Después de todos estos años, ¿qué necesidad tiene de preocuparse por esas cosas?

—Nunca me preocupo demasiado, señora Peckover. Mi buen ánimo termina siempre por imponerse a cualquier preocupación, sea grande o pequeña. Pero mientras no sepa que los parientes de Madonna, tal vez hasta el villano de su padre, ya no viven ni la buscan...

—Bendito sea, señor Blyth, ninguno de sus parientes vive ya; y si viven, a ninguno le importa la pobrecita; se lo aseguro.

—Quiera Dios que tenga usted razón —dijo Valentine con toda seriedad—. Pero no sigamos pensando ahora en eso —añadió, retomando sus maneras de siempre—. Le he hecho mi pregunta de costumbre, que no puedo evitar cada vez que la veo; y usted me ha perdonado, como es usual, por hacérsela; así que ahora estoy totalmente satisfecho. Tome mi brazo, señora Peckover. Me propongo darles el resto de la noche libre a los alumnos de mi nueva academia de dibujo, en honor a su llegada. ¿Qué le parece si dedicamos la velada a un juego de naipes, como en los viejos tiempos?

—Justo lo que estaba pensando que me gustaría hacer, siempre que sea a sólo seis peniques la mano, señor —dijo la señora Peckover jubilosa—. Y dígame, caballero —continuó dirigiéndose a Zack después de que el señor Blyth fue en busca de los naipes—, ¿qué tonterías escribe usted en la tablilla de nuestra niña querida, que la tiene en un temblor y la hace sonrojarse hasta las cejas, cuando lo único que tiene que mirar es a su pobre vieja Peck? ¡Bendita sea! Se entretiene con tan poca cosa ahora como cuando era una niña. Dame otro beso, amorcito. Tu entiendes lo que te digo, aunque no puedas oírme, ¿no es verdad? ¡Ah, Dios santo, Dios santo!, cuando me mira con esos ojos, es la viva estampa de...

—Cribbage^[8] —exclamó el señor Blyth poniendo sobre la mesa un tablero triangular para tres jugadores y mirando a la señora Peckover con la expresión más reprobadora que su rostro era capaz de asumir.

La señora Peckover sintió que el reproche era merecido y se acercó a la mesa de juego presa de confusión, sin pronunciar palabra. A no ser por la segunda interrupción de Valentine, habría dicho, delante del joven Thorpe, que la «pequeña Mary» era la viva estampa de su madre.

—Madonna jugará, como de costumbre. ¿Quieres completar el trío, Lavvie? —inquirió Valentine mientras barajaba los naipes—. Es inútil preguntarle a Zack; todavía no sabe ni contar.

—No, gracias, mi amor. Tengo más que suficiente con seguir con mi libro y tratar de mantener controlado a este locuelo mientras vosotros jugáis —replicó la señora Blyth.

Comenzó la partida. Era costumbre, cada vez que la señora Peckover iba a casa del señor Blyth, jugar cribbage y que Madonna se incorporara al juego. La joven lo hacía, principalmente, en afectuoso recuerdo de los viejos tiempos, cuando estaba al cuidado de la esposa del payaso, y cuando el señor Peckover le enseñara a jugar al cribbage para entretenerla, a raíz del terrible accidente que le ocurriera en el circo. Era típico de la feliz peculiaridad de su carácter que los días de sufrimiento y aflicción, y el posterior período de dura labor en público, con los que en su caso estaban relacionados los naipes, nunca parecieran volver dolorosamente a su memoria en su vida posterior. Las asociaciones más placenteras, que le traían a la mente la bondad sencilla que aliviara su pena y el generoso afecto que la consolara en su pesar, eran las que instintivamente albergaba su corazón, con exclusión de todas las demás.

Para gran asombro de la señora Blyth, Zack no requirió ningún tipo de control durante al menos diez minutos mientras los demás jugaban a los naipes. Era el más extraordinario de los fenómenos humanos, pero lo cierto es que allí estaba, ¡de pie y callado frente al hogar, con el dibujo en las manos y realmente meditando! La extrañeza de la señora Blyth ante ese inédito cambio en sus maneras la sorprendió de tal manera que puso a un lado su libro para mirarlo. Zack se percató de su acción y se aproximó al sofá.

—Eso está muy bien —dijo—; no siga leyendo. Quiero hacerle una consulta muy importante.

«Primero, la visita de la señora Peckover, después una consulta importante de Zack. ¡Esta es una noche llena de anécdotas!», pensó la señora Blyth.

—Ya me he reconciliado con Madonna —continuó Zack—. No piensa de mí peor que antes porque me haya portado como un tonto con los bollos a la hora del té. Pero no es de eso de lo que quiero hablarle ahora: es de una especie de secreto. En primer lugar...

—¿Sueles hablar de tus secretos con una voz que todos puedan oír? —le preguntó la señora Blyth riendo.

—Oh, no se preocupe —contestó Zack sin bajar el tono de la voz—; es sólo un secreto con respecto a Madonna, y delante de ella podemos hablar, pobrecita, como si no estuviera en la habitación. Se trata de lo siguiente: Madonna me ha hecho un regalo, y creo que debo expresarle mi gratitud haciéndole uno a mi vez.

Retomó sus maneras habituales al entusiasmarse con el tema, y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación con su usual informalidad. Prosiguió:

—Pues bien, he estado pensando que el regalo debe ser... algo bonito, por supuesto. Yo no puedo hacerle un dibujo que valga un céntimo; y aun si pudiera...

—¿Por qué no vienes y te sientas, Zack? —lo interrumpió la señora Blyth—. Con tus idas y venidas delante de la mesa de juego, Madonna no logra concentrarse en la partida.

Y era cierto. ¿Cómo podía la joven verlo caminar cerca de ella, llevando su dibujo adondequiera que iba —como si lo apreciara demasiado para soltarlo— sin sentirse gratificada en alguna de las inocentes y pequeñas vanidades propias de su sexo, sin seguirlo demasiado con la vista para estar al tanto del juego?

Zack siguió el consejo de la señora Blyth y se sentó a su lado, dando la espalda a los jugadores de cribbage.

—La pregunta es, ¿qué regalo debo hacerle? —continuó—. He estado dándole vueltas, y a fin de cuentas...

(—Quince: dos puntos; quince: cuatro puntos; más una pareja, son seis —dijo Valentine contando las combinaciones que tenía en la mano en ese momento.)

—¿Se ha dado cuenta de que tiene un brazo y una mano especialmente bonitos? —continuó Zack, algo evasivamente—. Soy bastante buen juez de esas cosas, y de todas las jóvenes que he visto...

—Olvídate de las demás jóvenes —dijo la señora Blyth—. Dime qué pretendes regalarle a Madonna.

(—Dos puntos por el caballereite —exclamó la señora Peckover sacando una jota con gran júbilo.)

—Quiero regalarle un brazalete —dijo Zack.

Valentine levantó la vista del juego al instante.

(—Juegue, señor, por favor —dijo la señora Peckover—; la pequeña Mary le está esperando.)

—Pues bien, Zack —contestó la señora Blyth—, tu idea de devolverle el regalo sólo peca de generosidad. Te recomendaría algo menos costoso. ¿No sabes que una de las rarezas de Madonna es que no le interesan las joyas? Podría haberse comprado un brazalete hace mucho tiempo con sus propios ahorros si las baratijas la tentaran.

—Aguarde un poco, señora Blyth —dijo Zack—, aún no ha oído lo mejor de mi

idea: todavía le falta la médula del asunto. El brazalete que me propongo regalarle lo atesorará hasta el fin de sus días, o no se trata de la joven afectuosa y de tierno corazón por la que la tengo. ¿Qué diría usted de un brazalete que le recuerde a usted y a Valentine, y a la vieja y alegre Peck aquí presente... y un poco a mí también, lo que espero que no le haga tenerlo en menos? Tengo malas intenciones con las cabezas de todos ustedes —continuó, imitando con dos de sus dedos la acción de cortar con unas tijeras y alzando la voz con aire de triunfo—. Es una idea espléndida. ¡Me propongo regalarle a Madonna un brazalete de cabellos!

La señora Peckover y el señor Blyth se enderezaron de un brinco en sus asientos y se miraron pasmados, como si las últimas palabras de Zack hubieran procedido de una batería cargada y les hubiera propinado a ambos un fuerte choque eléctrico.

—¡De todas las cosas del mundo, cómo se le ha ocurrido pensar en regalarle precisamente eso! —se lamentó la señora Peckover entre dientes, al tiempo que su memoria se trasladaba al luctuoso día en que unos desconocidos habían registrado el cuerpo de la madre de Madonna y habían encontrado su brazalete de cabellos oculto en el fondo del bolsillo de la muerta.

—¡Calle! Sigamos con el juego —dijo Valentine. Él también pensaba en el brazalete de cabellos guardado bajo llave en su escritorio, y recordaba que hubiera deseado destruirlo hacía varios años, pero que su conciencia y su sentido del honor se lo habían prohibido; y reflexionaba sobre las fatales revelaciones a las que aún podría llevar de caer alguna vez en manos de extraños.

—Un brazalete de cabellos —continuó Zack, totalmente inconsciente del efecto que había producido en los dos jugadores de naipes a sus espaldas—, ¡y de qué cabellos! Madonna lo considerará más precioso que todos los diamantes del mundo. Reto a cualquiera a concebir una idea mejor sobre el tipo de regalo, que sin duda le gustará; es elegante y apropiado y todo eso, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! Muy bueno y muy bonito —contestó la señora Blyth con aire ausente y cierta confusión. Conocía tanto de la historia de Madonna como su esposo, y se preguntaba qué pensaría él sobre el presente que el joven Thorpe se proponía hacerle a su hija adoptiva.

—Lo que me gustaría saber —dijo Zack— es qué diseño le parecería a usted mejor para el brazalete. Tendrá dos tipos de cabellos fáciles de trenzar, por supuesto: el suyo y el de la señora Peckover.

(—¡No daré ni un trocito de mi pelo para ese brazalete! —musitó la señora Peckover, que escuchaba lo que se decía mientras seguía jugando.)

—El cabello difícil de trabajar será el mío y el de Valentine —continuó Zack—. El mío tiene el largo suficiente, no hay duda —debí cortármelo hace un mes—, pero es duro y rizado; y el señor Blyth lo lleva tan corto que no se me ocurre qué puedan hacer con él (¿a usted sí?), a menos que sea como anillos, o estrellas, o algo

protuberante o achaparrado, como un diseño en cruz.

—Los de la tienda ya sabrán qué hacer —dijo la señora Blyth, que había resuelto proceder con cautela.

—Hay algo, sin embargo, en lo que estoy empeñado de antemano —exclamó Zack—: el broche. El broche será una serpiente con ojos de turquesa y una cola de carbunclos, y todas nuestras iniciales estarán recogidas de algún modo en sus escamas. ¿No le parece espléndido? Me gustaría darle la sorpresa a Madonna esta misma noche.

(—Nunca se la darás si yo puedo evitarlo —refunfuñó la señora Peckover, quien continuaba con su soliloquio entre dientes—. ¡Si algo en este mundo es capaz de traerle mala suerte es un brazalete de cabellos!)

Esas últimas palabras fueron pronunciadas con toda seriedad, porque eran resultado de la más firme y supersticiosa convicción.

Desde el mismo momento en que se hallara el brazalete sobre el cuerpo de la madre de Madonna, la señora Peckover había quedado persuadida —y no dejaba de ser natural, en ausencia de información en sentido contrario— de que este estaba relacionado de alguna manera con la deshonra y la vergüenza que obligara a su infeliz poseedora a andar como una paria y morir entre extraños. Creer, en consecuencia, que un brazalete de cabellos le había dado «mala suerte» a la madre, e inferir de esa creencia la convicción de que un brazalete de cabellos también le daría «mala suerte» a la hija, constituía un proceso deductivo perfectamente directo e inevitable para la mente supersticiosa de la señora Peckover. Los motivos que antes le hicieran prohibirle a su «pequeña Mary» iniciar nada importante un viernes, o poner en peligro su prosperidad pasando por debajo de una escalera, eran los mismos que ahora la impulsaban a impedir que el joven Thorpe le hiciera ese regalo de mal agüero.

Aunque Valentine sólo había pescado una que otra palabra de lo que farfullaba la señora Peckover mientras proseguía el juego, adivinó con suma facilidad el tenor general de sus pensamientos y sospechó que antes de que pasara mucho tiempo comenzaría a hablar en voz más alta de lo deseable si Zack continuaba con su conversación. En consecuencia, aprovechó una pausa en el juego y una recaída del joven Thorpe en su inquieto ir y venir de un lado a otro de la habitación, y fingió necesitar algo que se encontraba en el sofá de su esposa para acercarse a ella y susurrarle:

—No dejes que siga hablando sobre ese regalo para Madonna; en otro momento te lo explicaré.

La señora Blyth cumplió su orden pronta y fácilmente diciéndole a Zack (lo que era cierto) que se sentía demasiado agitada por los acontecimientos de la velada, y que debía dejar de hablar y prestar atención a lo que se decía hasta la noche siguiente,

cuando prometía que le aconsejaría todo lo que estuviera a su alcance sobre el brazaletes.

No obstante, el joven estaba demasiado entusiasmado con el tema como para abandonarlo bajo la simple presión de una cortés indirecta. Tras perder a una oyente en la señora Blyth, intentó con osadía el experimento de invitar a los otros dos a reemplazarla al dirigirse a los jugadores de la mesa de naipes.

—Seguramente habéis oído lo que he estado hablando con la señora Blyth —comenzó.

—¡Por Dios, señorito Zack! —dijo la señora Peckover— ¿cree que no tenemos otra cosa que hacer que escucharlo? Vamos, no nos diga nada hasta que hayamos terminado, por favor, o nos hará perder la jugada. No lo haga, señor, por nada del mundo, porque estamos apostando dinero: a seis peniques la mano.

Rechazado en ambos lugares, Zack se vio obligado a darse por vencido. Fue hasta el librero para tratar de entretenerse. La señora Peckover, con aire de triunfo, asintió y le hizo varios guiños a Valentine, que ocupaba el lugar opuesto a ella en la mesa; mediante esas señas quería darle a entender que no sólo era capaz de mantenerse callada cuando se corría el peligro de que la conversación se acercara a un tema prohibido, sino que también sabía lograr que otros contuvieran la lengua.

La habitación estaba ahora totalmente en calma, y el juego de cribbage prosiguió sin más interrupciones, aunque no tan placenteramente como en otras ocasiones. Valentine no recuperó su buen humor de costumbre, y la señora Peckover volvió a mascullar descontenta entre dientes, al tiempo que miraba de cuando en cuando hacia el librero, donde el joven Thorpe dormitaba con un volumen de grabados sobre las piernas. En mayor o menor medida, la llegada de la cena constituyó un alivio para todos; los naipes se guardaron por esa noche.

Zack, sumamente animado de nuevo ante la perspectiva de la comida y la bebida intentó retornar al peligroso tema del brazaletes, dirigiéndose en esta ocasión directamente a Valentine. No obstante, éste lo interrumpió antes de que lograra pronunciar tres palabras. El señor Blyth recordó súbitamente que debía comunicarle algo importante al joven Thorpe.

—Excúsame, Zack —dijo—, debo darte una noticia que la llegada de la señora Peckover me hizo olvidar, y que debo contarte de inmediato, ahora que tengo la oportunidad. Mis dos cuadros están terminados, ¿qué te parece?, terminados y montados en sus marcos. Ayer decidí los títulos. El paisaje clásico se llamará «La Edad de Oro», que es un nombre bastante poético; y el cuadro con figuras humanas será «Colón a su llegada al Nuevo Mundo» que es, me parece, sencillo, conmovedor y grandioso. ¡Espera un minuto! Aún no he llegado a lo mejor. Exhibiré ambas pinturas en el estudio para mis amigos y los amigos de mis amigos el próximo sábado, para lo cual no falta mucho.

—¡No me digas! —exclamó Zack—. Pero si no estamos más que en enero y siempre solías hacer la exhibición privada de tus cuadros en abril, justo antes de enviarlos a la Exposición de la Academia.

—Así es —intervino Valentine—, pero este año voy a introducir un cambio. La verdad es que tengo un trabajo en provincias que me impedirá exhibir mis cuadros cuando acostumbraba. Por eso la haré ahora. La imprenta me debe entregar las invitaciones mañana por la mañana. Por supuesto, reservaré un paquete para ti y tus amigos, y te las daré cuando te vea mañana por la noche.

Mientras el señor Blyth pronunciaba esas palabras, el reloj de la repisa de la chimenea dio las diez y media. Como tenía razones personales para seguir preservando la apariencia de que obedecía al pie de la letra la reglamentación doméstica de su padre, Zack se incorporó para despedirse, a fin de estar seguro de llegar a su casa antes de que se pasara el seguro a la puerta de la calle a las once en punto. Esta vez no olvidó el dibujo de Madonna, sino que, por el contrario, dio muestras de un cuidado tan inusual al cubrir el marco con su pañuelo para preservarlo de todo daño cuando lo transportara por las calles, que la joven no pudo evitar —en la incauta inocencia de su corazón— revelarles sin ninguna reserva, tanto con sus miradas como con sus maneras, cuánto apreciaba su preocupación por mantener a salvo su regalo. El rostro luminoso, amable, de la joven nunca había sido más encantador que cuando, destellante de ingenua felicidad, Madonna le tendió la mano a Zack.

Cuando Valentine estaba a punto de salir de la habitación con su invitado, la señora Blyth lo llamó y le recordó que tenía catarro, por lo que le rogaba que no se expusiera al aire invernal de la noche acompañándolo hasta la puerta.

—Pero las sirvientas deben haberse ido ya a la cama, y alguien tiene que echar los cerrojos —replicó el señor Blyth.

—Yo iré, señor —dijo la señora Peckover, al tiempo que se ponía de pie con extraordinaria agilidad—. Yo acompañaré al señorito Zack y cerraré la puerta. ¡Bendito sea!, no es ninguna molestia. En la casa no paro de la mañana a la noche, para no seguir engordando. No me diga que no, señor Blyth, porque voy a creer que tiene miedo de que una vieja chismosa como yo se quede a solas con sus visitas.

Esas últimas palabras tenían la intención de ser sarcásticas, y la señora Peckover se las susurró a Valentine al oído. Este entendió de inmediato la alusión a la conversación discreta que habían sostenido, y sintió que a menos que cediera sin oponer más reparos, correría el riesgo de ofender a una vieja amiga al dar a entender que no confiaba en ella, lo que sería simplemente risible, dada la relación entre ambos. De modo que cuando su esposa le hizo una señal con la cabeza de que aceptara el ofrecimiento que acababan de hacerle, lo hizo al momento.

«¡Ahora pondré punto final a esa idea de regalarle un brazalete de cabellos a

Mary!»», pensó la señora Peckover mientras se apresuraba tras el joven Thorpe y cerraba la puerta del cuarto al salir.

—Aguarde un momento, caballero —dijo, cerrándole el paso en el primer rellano de la escalera—. Deje de hablar un minuto y permítame decirle algo. Tengo algo que hablar con usted. ¿De veras se propone regalarle a Mary un brazalet de cabellos?

—¡Ajá!, ¿así que después de todo algo oyó desde la mesa de juego? —dijo Zack—. ¿Qué si me lo propongo? Por supuesto que me propongo...

—¿Y quiere ponerle pelo mío?

—¡Por supuesto que sí! A Madonna no le gustaría sin él.

—Entonces es mejor que se haga a la idea ahora mismo de hacerle otro regalo, porque no le daré ni un pelo. ¡Así es!, ¿qué opina de eso?

—No la creo, mi viejecita adorada.

—Pues es muy cierto. No le daré ni un pelo de mi cabeza.

—¿Y por qué no?

—No importa por qué. Tengo mis razones.

—Muy bien: si así están las cosas, yo también tengo mis razones para regalarle el brazalet y lo haré. Si no deja que se trence su pelo con el de los demás, será a Madonna a quien decepcionará, no a mí.

La señora Peckover se percató de que debía cambiar de táctica, so pena de sufrir una derrota.

—No sea tan espantosamente terco, señorito Zack, y le diré la razón —dijo en tono alterado, mientras abría la marcha escaleras abajo en dirección al pasillo—. No quiero que le regale un brazalet de cabellos porque creo que le traerá mala suerte, ¡por eso!

Zack rompió a reír.

—¿Y llama a eso una razón? ¿Quién ha oído jamás que un brazalet de cabellos fuera un regalo de mal agüero?

En ese momento se abrió la puerta de la habitación de la señora Blyth.

—¿Hay algún problema con la cerradura? —preguntó Valentine desde lo alto. Estaba sorprendido del tiempo transcurrido sin que oyera cerrarse la puerta de la casa.

—Todo está bien, señor —dijo la señora Peckover añadiendo en un susurro dirigido a Zack—: ¡Calle! ¡No diga ni una palabra!

—No permita que la mantenga expuesta al frío con sus tonterías —dijo Valentine.

—¡Mis tonterías...! —comenzó a decir Zack indignado.

—Ya se va, señor —lo interrumpió la señora Peckover—. Enseguida estoy arriba.

—¡Cierra, querido, por favor! Estás dejando entrar el aire frío en la habitación —sonó la voz de la señora Blyth.

La puerta del cuarto volvió a cerrarse.

—¿*Adónde* quiere llegar? —preguntó Zack presa de una extrema confusión.

—Sólo quiero que le haga algún otro regalo —dijo la señora Peckover en su tono más persuasivo—. Piense que es un capricho mío si quiere; después de todo, soy una vieja tonta; pero no quiero que le regale un brazalete de cabellos.

—¡¡¡Un capricho suyo!!! —repitió Zack acompañando sus palabras de una mirada que hizo que las mejillas de la señora Peckover enrojecieran debido a una creciente indignación—. ¡Cómo! ¡Una mujer de su edad, víctima de sus caprichos! ¡Imposible, mi querida Peckover! Ya tengo decidido regalarle el brazalete. Nada en el mundo podrá impedírmelo, excepto, por supuesto, que Madonna ya tuviera un brazalete de cabellos, pero sé que no lo tiene.

—¡Oh! ¿Así que lo sabe, pequeño malcriado? ¡Entonces, aunque sólo sea por una vez en la vida, está equivocado! —exclamó la señora Peckover perdiendo totalmente los estribos.

—¡No me diga! ¡Qué extraño que tenga un brazalete de cabellos y que yo no lo sepa! Señora Peckover —continuó Zack imitando el tono y las maneras de su viejo enemigo clerical, el reverendo Aaron Yollop—, lo que le diré a continuación me produce un profundo dolor, pero tengo un sagrado deber que cumplir, y en la escrupulosa observancia de ese deber, le expreso ahora sin vacilaciones mi convicción de que la afirmación que acaba de hacer es... un embuste.

—¡No lo es! ¡Mono! —replicó la señora Peckover, presa de un ataque de rabia, mientras movía la cabeza hacia arriba y hacia abajo con violencia frente al rostro de Zack.

Justo en ese momento se oyeron los pasos de Valentine en la habitación de arriba; primero se movieron hacia la puerta y súbitamente se retiraron de ella como si alguien lo hubiera llamado.

«No he dejado escapar lo que no debía, ¿verdad?», pensó la señora Peckover, quien se había calmado de inmediato al escuchar el movimiento en el piso superior.

—Oh, se mantiene en sus trece, ¿no es cierto? —continuó Zack—. Es muy extraño, señora, que la señora Blyth no me haya dicho nada de ese recién descubierto brazalete suyo cuando hablé con ella. Pero la señora Blyth no lo sabe, por supuesto, y supongo que Valentine tampoco. ¡Por Júpiter!, no se ha ido aún a la cama: ¡subiré corriendo y le preguntaré si Madonna tiene *de verdad* un brazalete de cabellos!

—¡Por Dios, no lo haga! ¡No diga ni una palabra o me meterá en un lío terrible! —exclamó la señora Peckover, palideciendo al imaginar las posibles consecuencias y agarrando del brazo al joven Thorpe cuando este trataba de pasar a su lado en el pasillo.

Los pasos volvieron a atravesar la habitación de arriba.

—Pues le juro por mi vida —exclamó Zack— que de todas las ancianas extrañas

...

—¡Calle! Esta vez abrirá la puerta; ¡la abrirá sin duda!

—No se preocupe; no diré nada —susurró el joven Thorpe, cuyo buen natural lo impulsó a calmar la ansiedad de la señora Peckover desde el mismo instante en que se convenció de que era genuina.

—¡Eso es ser un buen muchacho! ¡Eso es ser un buen muchacho, digno de que lo quieran! —exclamó la señora Peckover apretando la mano de Zack con fervor de una gratitud sin límites.

La puerta de la habitación de la señora Blyth se abrió una segunda vez.

—Ya se fue, señor; ¡por fin se ha ido! —gritó la señora Peckover al tiempo que cerraba la puerta de la casa con una rapidez poco hospitalaria a espaldas del visitante y le pasaba el seguro con mucho esmero y extraordinario ruido. «Tengo que ingeniármelas para arreglar las cosas con el señorito Zack mañana por la noche, aunque no creo haber dicho ni una sola palabra que no debiera», pensaba mientras subía lentamente la escalera. «Pero el señor Blyth arma tal alboroto y se pone tan nervioso pensando que puedan encontrar el rastro de la pobrecita y arrebatársela (lo cual es todo imaginaciones y tonterías) que se volvería medio loco si supiera lo que acabo de decirle al señorito Zack. Y no tanto lo que le *dije*, sino lo que él adivinó y me *dijo*. ¡Pero es que estos muchachos de Londres son tan avispados! ¡Son horriblemente avispados!»

En ese punto se detuvo en el rellano para recobrar el aliento y después, cuando continuó el ascenso y se aproximaba ya a la puerta del señor Blyth, dijo entre dientes:

—Pero hay algo sobre lo que no cambiaré de opinión. ¡La pequeña Mary no tendrá ese brazalete de cabellos!

Mientras la señora Peckover meditaba, Zack se preguntaba sobre el asunto camino a su casa.

¿Qué diantres podía significar esa oposición tan fuera de lo común a su regalo a Madonna? Estaba claro que la señora Peckover le había dicho la verdad, a juzgar por el terror que experimentara cuando él había comentado que le preguntaría al señor Blyth si era verdad que Madonna tenía un brazalete de cabellos. ¿Y no era aún más evidente que al decirle la verdad había dejado escapar un secreto que el señor Blyth debía haberle ordenado que guardara? ¿Por qué había que guardarlo? ¿Estaría ese misterioso brazalete relacionado de alguna manera con el gran secreto acerca del pasado de Madonna, que Valentine siempre le había ocultado a él y al resto del mundo? Era muy posible que así fuera; pero ¿por qué atormentarse el cerebro con algo que no le concernía? Considerando el hecho antes olvidado de que toda su fortuna consistía en quince chelines y tres peniques, ¿acaso no era una suerte y no

una desgracia que a la señora Peckover se le hubiera metido en la cabeza impedirle que comprara lo que no tenía medios para pagar? ¿Qué otro presente podría comprarle a Madonna que fuera bonito y lo bastante barato para acomodarse al estado de su bolsillo? ¿Le gustaría un dedal? ¿O un almanaque? ¿O unos puñitos? ¿O un pote de grasa de oso?^[9]

En ese momento Zack hizo una pausa en su interrogatorio mental, porque ya se avistaba su casa de la Plaza Baregrove.

Su atractivo rostro experimentó un cambio: su ceño se frunció y sus mejillas enrojecieron al ver, en lo alto, una luz en la ventana de su padre.

—Esta noche volveré a escaparme a ver la vida —musitó tercamente al acercarse a la puerta—. Mientras más me presionen en casa, con más frecuencia saldré a escondidas.

Esas frases rebeldes tenían su origen en el recuerdo de una escena doméstica que se sumaba a la lista de las tribulaciones de Zack. El señor Thorpe planteaba objeciones morales a la profesión del señor Blyth y albergaba dudas morales acerca del propio señor Blyth, estas últimas reforzadas por la negativa de ese caballero a explicar públicamente el misterio que rodeaba el nacimiento y la filiación paterna de su hija adoptiva. Como inevitable consecuencia de esas dudas, el señor Thorpe consideraba que el pintor no era compañía adecuada para un piadoso y joven caballero y había expresado, con bastante severidad, su inconmensurable sorpresa al enterarse de que su hijo había aceptado la invitación de una persona de reputación dudosa. La réplica de Zack al reproche paterno había sido, por decir lo menos, sumamente cortante. Había negado todo lo alegado o sugerido acerca de la moral de su amigo, había perdido los estribos al ser fuertemente reprendido por la «indecente vehemencia» de su lenguaje, y se había levantado desafiante de la mesa de té de su padre para ir a cultivar las Bellas Artes en la dudosa compañía del señor Valentine Blyth.

—Justo a tiempo, señor —le dijo el mayordomo sonriente a su joven amo cuando le abrió la puerta—. Son las once en punto.

Zack masculló en respuesta una salvajada que quizá no resulta aconsejable reproducir. El sirviente pasó los pestillos mientras el joven ponía su sombrero sobre la mesa del zaguán y encendía luego la vela de su cuarto.

Un poco más de una hora después —o, dicho en otras palabras, poco después de la medianoche— la puerta volvió a abrirse suavemente y Zack apareció sobre los escalones de la entrada equipado para su expedición nocturna.

Vaciló al poner la llave en la cerradura por la parte de afuera para cerrar la puerta.

Nunca antes había vacilado, y era incapaz de decir por qué lo hacía ahora. Somos misteriosos hasta con nosotros mismos, y hay momentos en que las Voces del futuro que están en nosotros, aunque no son nuestras, hablan y hacen consciente a nuestra parte mortal de su presencia. Nuestros sentidos advierten más a menudo la ruptura de su silencio pavoroso en esos momentos supremos de la existencia cuando todo el futuro pende de la disyuntiva entre dos alternativas aparentemente fútiles. Y eso le ocurría ahora al joven que estaba en el umbral de su hogar, dudando sobre si debía perseverar o no en el propósito que ocupaba en ese momento un primerísimo lugar en su mente. De la disyuntiva entre salir o regresar —que decidiría el cierre de una puerta— dependía el futuro de su vida y de otras vidas relacionadas con ella.

Esperó un minuto indeciso, porque las Voces que lo alertaban en su interior eran más fuertes que su voluntad; esperó, contempló pensativo el embrujo estrellado de la noche invernal, y después cerró la puerta a sus espaldas con la misma suavidad de siempre; volvió a vacilar en el último escalón antes de pisar la calle y finalmente se marchó de su hogar y emprendió la marcha a paso vivo.

No lo acompañaba su buen ánimo habitual. No se sentía inclinado a cantar como solía al sentir el aire helado, y se preguntaba por qué.

Las Voces seguían hablando cada vez más débilmente en su interior. Pero antes de ser inmortales como ellas, debemos morir; y el lenguaje que emplean para hablar con nosotros en esta vida es a menudo una lengua que nos resulta desconocida.

LIBRO II

LA BÚSQUEDA

CAPÍTULO I

EL HOMBRE DEL CASQUETE NEGRO

El poeta romano que al escribir sobre el vicio adjudicó su influencia a la seducción que ejercían los hermosos disfraces que usaba, y afirmó que simplemente había que verlo sin máscara para que provocara el odio de toda la humanidad, le dio voz a un sentimiento moral muy loable, al que nada le faltaba para ganarse la admiración de la posteridad, salvo una pequeña dosis de verdad. Es posible cuestionarse si hasta en los días de mayor pompa de la antigua Roma el vicio pudo disfrazarse para ganar adeptos, excepto en lo que concierne a las clases más pudientes de la población. Pero en estos tiempos modernos se puede afirmar sin lugar a dudas que el vicio no emplea ningún disfraz para triunfar en la gran mayoría de sus seducciones; aparece sin ningún recato en su desnuda deformidad, y en vez de horrorizar a todos los que lo ven, atrae de manera absoluta a una congregación de adoradores mucho más numerosa que la que se haya reunido para admirar las bellezas más divinas que puede desplegar la virtud para seducir a la humanidad.

El famoso lugar de recreo, conocido desde hacía algunos años por la juventud noctámbula de Londres con el nombre de Snuggery, brindaba, entre decenas de otros lugares que podrían mencionarse, un ejemplo notable que refutaba la afirmación del poeta de la Antigüedad. El local se destinaba, principalmente, a la exhibición del talento musical, y abría sus puertas a la hora en que terminaban las funciones de los teatros. La orquesta estaba compuesta por un mal piano, al que se le adicionaba ocasionalmente, para aumentar su atractivo, la música de un banjo y una guitarra. Todos los cantantes recibían el apelativo de «damas y caballeros», y la larga y única sala en la que tenían lugar las actuaciones estaba amueblada muy sencillamente con una doble hilera de bancos que exhibían unos huecos en los respaldos para colocar los vasos de licor.

La propia inocencia habría comprobado de una sola ojeada que el Snuggery era un antro de depravación. Allí al vicio ni siquiera le pasaba por la mente ponerse un disfraz. Ni un destello de ingenio brillaba en la maloliente sustancia de las canciones que se entonaban para velarlas con su resplandor e impedir una observación más atenta. Ningún resto de juventud y frescura, ninguna inocencia, ninguna vivacidad calculadamente asumidas, ocultaban el escuálido deterioro de los manoseados remedos de seres humanos que se paraban a cantar, y que apelaban a burdos rellenos y pinturas para parecer mujeres hermosas. Sus contrapartes masculinas eran tunantes de caras tan hinchadas que ninguno de los tenderos que los aplaudían de noche se habría atrevido a andar con ellos por la mañana. El lugar mismo tenía tan poco del

atractivo que brindan la elegancia y la belleza como los cantantes. No había allí brillantes molduras doradas en el techo, nada del encanto que proporcionan los adornos, nada, siquiera, de la comodidad que les proporciona a los muebles una sólida construcción. En las paredes no había cuadros atractivos, ni en la atmósfera dulces olores enervantes, ni ventilación que eliminara del aire el hedor del tabaco de mala calidad y el aliento humano con olor a brandy a que apestaba el local toda la noche. Allí, en resumen, se alojaba el vicio sin ningún disfraz; allí se mostraba impudicamente a todas las miradas, sin el barniz de la belleza, sin el oropel del ingenio, sin siquiera el sabor de la limpieza para hablar en su favor. ¿Y acaso todos los que contemplaban ese espectáculo se sentían instintivamente sobrecogidos de horror? Ni hablar. El Snuggery se llenaba de parroquianos todas las noches hasta las últimas filas, y su propietario se llenaba los bolsillos con el dinero del público que aplaudía. Porque, digan lo que digan los moralistas clásicos, en los tiempos modernos el vicio consigue adeptos con tanta facilidad sin su máscara como los conseguía en los tiempos antiguos con ella.

Eran las dos de la mañana y la distracciones que brindaba el Snuggery avanzaban velozmente hacia su clímax. Un viejo abotargado, calvo y con unos pelos en la barbilla, acababa de cantar una canción cómica que era una de las favoritas de los clientes. Se produjo una breve pausa antes de que las diversiones prosiguieran su ruidoso curso. Volaban en todas direcciones las órdenes de bebida. Los amigos se hablaban a gritos, y los desconocidos se miraban fijamente a la cara, excepto en el extremo del local más cercano a la puerta, donde la atención de los concurrentes estaba extrañamente concentrada en un hombre.

La persona que de esa manera atraía la ociosa curiosidad de sus vecinos había llegado tarde, había ocupado el primer lugar libre que encontrara cerca de la puerta y se había quedado allí sentado escuchando y mirando a su alrededor muy tranquilo. Bebía y fumaba como el resto de los presentes, pero nunca aplaudió, nunca se rió, nunca exhibió la menor señal de asombro, o placer, o impaciencia, o disgusto, aunque resultaba evidente, por su manera de entrar y de darles órdenes a los sirvientes, que esa noche visitaba el Snuggery por primera vez.

No estaba de luto, porque no llevaba una banda negra en el sombrero, pero vestía, sin embargo, levita, chaleco y pantalones negros, y usaba guantes negros de cabritilla. Parecía sentirse muy incómodo con ese atuendo, porque cada vez que cambiaba de posición movía las extremidades con tanto cuidado y dificultad como si su ropa fuera de gasa y no de un grueso paño negro, todavía con el brillo de las prendas recién estrenadas. Su rostro, quemado por el sol hasta adquirir el color renegrado de los moros, exhibía dos cicatrices de viejas heridas, así como dos hirsutas patillas gris acero que se encontraban bajo su barbilla. Sus ojos eran claros y bastante grandes, y parecían estar siempre tranquila pero vigilantemente alertas. De hecho, toda la

expresión de su rostro, aun cuando su forma era basta y maciza, resultaba notable por su agudeza, su fría y concentrada penetración, su mirada habitualmente observadora y pasivamente aguda. Quien hubiera tratado de adivinar su profesión a partir de sus maneras y su apariencia habría dicho inmediatamente que se trataba del capitán de un navío mercante, y habría estado dispuesto a apostar cualquier suma a que había dado la vuelta al mundo varias veces.

Pero no eran su rostro, ni su atuendo, ni sus maneras lo que atraía hacia él la atención de todos sus vecinos: era su cabeza. Bajo su sombrero (que era nuevo, como todo lo demás que llevaba puesto), asomaba, ajustado a las sienes y a la parte de atrás de las orejas, un ceñido casquete de terciopelo negro del que no asomaba ni un vestigio de pelo. En torno a su cabeza, hasta donde podía apreciarse bajo el sombrero, que llevaba echado muy hacia atrás, sobre el cuello de la chaqueta, no se veía más que piel desnuda, circundada por un borde de terciopelo negro.

Los ingleses son el pueblo más intolerante del mundo en lo que toca a acoger cualquier cosa que parezca novedosa, sea una magna propuesta de reforma o una pequeña excentricidad en el vestuario. Basta con que un hombre presente un nuevo proyecto ante el Parlamento inglés o exhiba unos nuevos pantalones de color verde claro ante los habitantes de Londres —aun si el proyecto les parece útil a todos los oídos que lo escuchan y los pantalones les resultan hermosos a todos los ojos que los contemplan— para que la nación retroceda, suspicaz del uno y de los otros, ordene que la discusión del primero «quede pospuesta hasta la próxima sesión» y abuchee, ría y clave la vista sin recato en los segundos; para que, en resumen, se resienta ante ambas novedades y las considere una transgresión injustificable, por la sola razón de que el público no está acostumbrado a ellas.

Por más discretamente que el extraño hombre ataviado de negro ocupara su asiento en el Snuggery, él y su casquete habían atraído la atención general; y nuestra flaqueza nacional se hizo patente de inmediato.

Nadie se detuvo a pensar que probablemente usaba su tocado de terciopelo por necesidad; nadie le dio crédito por negarse a llevar peluca, lo cual habría sido perfectamente sensato; y nadie, incluso en este país libre, fue lo bastante liberal como para considerar que, en realidad, tenía tanto derecho a llevar un casquete bajo el sombrero, si así lo deseaba, como cualquiera de los demás presentes a ponerse una camisa debajo del chaleco. El público no apreciaba del tocado del desconocido sino su novedad, y experimentaba una molestia unánime, precisamente porque se trataba de una novedad. Primero, expresó esa molestia con miradas de indignación, después con risas, más tarde con comentarios sarcásticos. El hombre soportó la burla que provocaba con la más perfecta e irritante frialdad. No protestó, no respondió, no dio muestras de enojo, no se le encendió el rostro, no se removió en su asiento, ni se levantó para marcharse. Se limitó a quedarse en su sitio, fumando y bebiendo tan

tranquilamente como antes, sin prestar la menor atención a ninguna de las docenas de personas que le prestaban atención a él.

Su calma inquebrantable no logró sino alentar a sus vecinos a tomarse nuevas libertades. Un hombrecito desencajado, con nariz de ebrio y ojos lacrimosos, instado por algunas mujeres que estaban a su lado, avanzó hasta el asiento del desconocido y, tras expresar su admiración por los casquetes, anunció, con una inclinación de burlona cortesía, sus irresistibles deseos de tocar el terciopelo para apreciar su calidad. Mientras decía lo anterior extendió una mano, sin que la víctima del insulto emitiera ni una palabra de advertencia o protesta; pero en cuanto sus dedos tocaron el casquete, el extraño individuo, todavía sin hablar, sin siquiera quitarse el puro de los labios, le arrojó con toda deliberación el brandy con agua caliente que le quedaba en el vaso al rostro del caballero desencajado.

Con el grito de dolor que le arrancó el licor caliente al caerle en los ojos, el infeliz hombrecito comenzó a agitar los puños y cayó al suelo entre los asientos. Un amigo que estaba con él avanzó para vengar la ofensa y fue lanzado al suelo, donde cayó despatarrado. A continuación se oyeron gritos de «¡Échenlo!» y «¡Policía!»; quienes se encontraban sentados en el otro extremo del local se levantaron alborotados; las mujeres chillaban y los hombres vociferaban y juraban; se rompieron vasos, se blandieron bastones, se partieron bancos y, en cuestión de un momento, el desconocido era víctima de los ataques de todos los vecinos que lograron acercársele, con el propósito de sacarlo a empujones del establecimiento.

Cuando ya parecía indudable que tendría que ceder ante la superioridad numérica, a pesar de su gallarda resistencia, y que sería empujado puertas afuera para rodar escaleras abajo, un joven caballero de gran estatura, con una apreciable cantidad de cabello claro y rizado en su cabeza descubierta, se encaramó de un salto en uno de los bancos del lado opuesto de la pista que dividía el local por el mismo medio y comenzó a apostrofar a quienes lo rodeaban con una vehemente gesticulación de sus puños. ¡Ay de la tranquilidad de los padres que tienen hijos amantes de los placeres! ¡Ay de la idea del señor Valentine Blyth de insuflarle consistencia a su alumno enseñándole a dibujar! El furioso caballero no era otro que el señor Zachary Thorpe, hijo, de la Plaza Baregrove.

—¡Malditos seáis, horteras canallas y cobardes! —tronó Zack con ojos a los que el valor, la generosidad y la ginebra hacían despedir llamas—. ¿Qué es eso de emprenderla de esa manera contra un solo hombre? ¡Golpéelos, señor; golpee a derecha e izquierda! ¡Soy testigo de que lo insultaron y voy en su ayuda!

Con esas palabras Zack se arremangó la camisa y se metió de un salto en el tumulto que lo rodeaba. Su estatura, su fuerza y su ciencia boxística lo condujeron invicto hasta la fila de enfrente. Dos o tres golpes en las costillas y uno en la nariz, que hizo brotar la sangre a raudales, no sirvieron sino para estimular su ardor e

incrementar la ferocidad pugilística de su expresión. En un minuto estaba al lado del hombre del casquete, y ambos luchaban espalda contra espalda, en medio de los estruendosos aplausos del público alejado de la puerta, que sólo era espectador del desorden.

Mientras tanto, alguien llamó a la policía. Pero los camareros, en su ansia por presenciar una pelea entre dos hombres de un lado y unas dos docenas del otro, se habían olvidado de cerrar la puerta de la calle. En consecuencia, todos los cocheros de la parada cercana y todos los noctámbulos vagabundos de la vagabunda vecindad donde estaba enclavado el Snuggery se agolparon en el estrecho pasillo y armaron una algarada contra los camareros, quienes intentaban, demasiado tarde, sacarlos del local. Justo cuando la policía se abría camino por entre el tumulto, Zack y el desconocido lograron librarse a fuerza de puñetazos de la turba y marcharse del antro.

A la derecha del rellano de la escalera había una puerta por la que se coló el hombre del casquete arrastrando consigo a Zack. Estaba tan tranquilo como al inicio, y sus ojos penetrantes se mantenían igualmente alerta. La llave de la puerta estaba en la cerradura por la parte de adentro. El hombre del casquete le dio vuelta, en medio de un estruendo procedente de quienes se encontraban en la escalera, con gritos de «¡Policía!» y «¡Cogedlos en el patio!», proferidos por los camareros. Ambos fugitivos bajaron a todo lo que les daban las piernas una escalera muy empinada y salieron a una cocina, donde se toparon con un desconcertado cocinero y dos sirvientas. Zack noqueó al hombre antes de que lograra hacer uso del rodillo al que había echado mano al verlos aparecer, mientras que el desconocido, sin perder la calma, agarró un sombrero que estaba sobre el aparador y se lo encasquetó en la cabeza desnuda al joven Thorpe con una palmada de sus grandes manos. Un momento después habían alcanzado el patio al que daba la cocina y corrían a toda velocidad.

Los policías, por su parte, no habían perdido el tiempo, pero habían tenido que librarse del tumulto del pasillo y dar la vuelta por la fachada de la casa para llegar a la esquina que conducía al patio desde la calle. Esto les dio una ventaja a los fugitivos, y el barrio lleno de callejuelas, atajos y pasajes al que los llevó su huida era el que mejor podía favorecer que escaparan. Mientras el estruendo de las matracas^[10] y los gritos de «¡Corta por ahí!» hendían el helado aire nocturno en una dirección, Zack y el desconocido caminaban tranquilos, tomados del brazo, en otra.

Hasta ese momento el hombre del casquete había ido por delante, y así seguía, aunque a juzgar por las miradas que lanzaba en todas direcciones al llegar a las esquinas y por el hecho de que se internaba e internaba a su compañero de vez en cuando en callejones sin salida, era evidente que no estaba familiarizado con la zona de la ciudad por la que andaban. Zack, quien esa noche se había obsequiado con un fatal tercer vaso de grog, del cual había bebido la mitad antes del inicio de la pelea,

no estaba en condiciones de preocuparse por seguir un camino específico en el gran laberinto londinense. Caminaba dirigiéndose incesantemente con la lengua enredada al desconocido, que no le contestaba. Resultó inútil aplaudir su valentía; criticar su estilo de lucha, que no era para nada científico; expresar asombro ante su habilidad para volver a encasquetarse el sombrero en medio del combate cada vez que se lo tumbaban; declarar admiración por su agudeza al hacerse con el sombrero del cocinero para cubrir la cabeza desnuda de su compañero, la cual podría haberlo expuesto a sospechas y a una captura al andar por la calle. Resultó inútil que le hablara de esos temas o de cualquier otro. El imperturbable héroe que no había pronunciado palabra durante toda la pelea se mostraba tan hierático como siempre, sin pronunciar palabra tras el combate.

Andando al azar, desembocaron al fin en la Calle Fleet y caminaron hasta el principio de Ludgate Hill. Allí el desconocido se detuvo, echó una ojeada hacia el campo abierto a la derecha, por donde corría el río, dejó escapar un ronco suspiro de alivio y satisfacción y arrancó a caminar hacia el puente de Blackfriars. Zack, con la lengua todavía pastosa y las piernas inseguras, lo siguió hasta el muro del parapeto. Allí, su compañero soltó su brazo y, mirándolo fijamente al rostro a la luz de la lámpara de gas, le dirigió la palabra por primera vez con voz singularmente grave y resuelta, diciéndole:

—Oye, jovencito, más vale que cojas un poco de aire y te limpies la sangre de esa nariz.

En vez de molestarse por esa manera tan poco ceremoniosa de dirigirse a él —cosa que habría podido sucederle de estar sobrio—, Zack rompió a reír como un loco. La gravedad y la calma singulares del tono y las maneras del desconocido, en comparación con la extravagancia de la propuesta con la que comenzara la conversación, le habrían resultado irresistiblemente risibles incluso a un hombre cuyas facultades no hubieran estado afectadas por el alcohol.

Mientras Zack reía hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas, su extraño compañero se mantuvo recostado contra el parapeto del puente, quitándose los guantes de cabritilla negra, que habían sufrido considerablemente durante la pelea. Tras hacerlos una pelota, los tiró desdeñosamente al río.

—Ahí va el primer par de guantes que me he puesto en mi vida y el último que usaré —dijo, al tiempo que flexionaba sus manos musculosas para que las refrescara la fría brisa nocturna.

El joven Thorpe soltó unos últimos hipidos de risa y después se calló y recobró la seriedad por simple agotamiento.

—Sigue —dijo el hombre del casquete mirándolo fijamente con la misma gravedad de antes—, me gusta oírte.

—No puedo seguir —respondió Zack débilmente—; me falta el aire. ¡Oye,

amigo, eres un tipo tremendo! ¿Quién eres?

—No soy nadie en especial, y no tengo ni un conocido en toda Inglaterra a quien le interese mi suerte —contestó el otro—. ¡Choca esos cinco, jovencito! En esas tierras extrañas de donde vengo, cuando un hombre arrima el hombro para ayudar a otro como lo hiciste tú esta noche, los dos se convierten en hermanos para siempre. No tienes que ser un hermano para mí si no quieres. Yo voy a ser tu hermano, quieras o no. Me llamo Mat. ¿Y tú?

—Zack —contestó el joven Thorpe dándole una palmada en la espalda a su nuevo conocido con familiaridad ya fraternal—. Eres un tipo estupendo y me gusta tu manera de hablar. ¿De dónde vienes, Mat? ¿Y por qué usas ese casquete tan extraño debajo del sombrero?

—Acabo de llegar de América, que fue el último lugar donde estuve —replicó Mat con la misma gravedad y circunspección de siempre—. Y uso este casquete porque no tengo cuero cabelludo en la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Zack temporalmente sobrio a causa del sobresalto que experimentó, al tiempo que le quitaba la mano del hombro a su nuevo amigo con tanta rapidez como si hubiera tocado un hierro al rojo.

—Siempre quiero decir lo que digo —continuó Mat—. Eso tengo de bueno, al menos. Yo y mi cuero cabelludo nos dijimos adiós hace años. Estoy aquí, en un puente de Londres, hablándole a un jovencito que se llama Zack. Mi cuero cabelludo está en la punta de un poste en una aldea indígena, en el lugar que prefieras de la selva del Amazonas. Si está soplando el viento como aquí, ahora debe estar bamboleándose como un pellejo seco, como el rabo de un caballo en tiempo de moscas. Eso es lo único que sé de mi cuero cabelludo y de mi pelo. Si no me crees, agarra mi sombrero para ver...

—¡No, gracias! —exclamó Zack retrocediendo ante el sombrero que se le ofrecía—. No quiero verlo. Pero ¿cómo diablos te las arreglas sin cuero cabelludo? Nunca oí nada parecido en toda mi vida. ¿Cómo es que no estás muerto? ¿Eh?

—Es más difícil matar a un hombre curtido de lo que los londinenses os imagináis —dijo Mat—. Me encontraron antes de que se me enfriara la cabeza, y me la embadurnaron con un emplasto de hojas y ungüentos. Me habían dejado un pedacito de cuero cabelludo en la parte de atrás, porque tenían demasiada prisa para hacer su trabajo con el primor que acostumbran; y al poco tiempo me creció desde ahí una nueva piel, una piel como de bebé, que no era lo bastante gruesa y no echó ni un pelo nuevo. Así que tuve que arreglármelas como pude y mantener la cabeza protegida con un viejo pañuelo amarillo que usé todo el tiempo hasta que llegué a San Francisco, ya de camino hacia aquí. En San Francisco conocí a un párroco que me dijo que parecería menos salvaje al volver a lo que él llamaba el mundo civilizado si usaba un casquete como el suyo en vez de un pañuelo. Así que seguí su consejo.

Supongo que tiene mejor aspecto que mi viejo pañuelo amarillo, pero no es tan cómodo.

—Pero ¿cómo perdiste el cuero cabelludo? —preguntó Zack—; cuéntamelo todo. ¡Te juro que eres el tipo más interesante que he conocido! Y, mira, caminemos un poco mientras hablamos. Siento más firmes las piernas y aquí hace un frío infernal.

—¿Por dónde podemos salir más rápido de esta porquería de casas y calles? —preguntó Mat examinando lo que tenía de Londres a su alrededor con expresión de hosco disgusto—. No hay espacio, ni siquiera en este puente, para que el viento sople de lleno sobre un hombre. Da lo mismo ahogarse en una cama que en el humo y la peste de este lugar.

—¡Qué encantador eres! ¡Tan fuera de lo común! Despacio, mi querido amigo. El grog no me ha terminado de bajar de la cabeza y, además, tengo hipo. Por aquí se sale hasta mi casa y a tu aire fresco, si es que eso es realmente lo que quieres. Vamos, cuéntame cómo perdiste el cuero cabelludo.

—No hay nada especial que contar. Dime otra vez, ¿cómo te llamas?

—Zack.

—Pues mira, Zack, yo andaba al garete, de aquí para allá, detrás de cualquier presa que se pusiera a tiro, en las riberas del río de las Amazonas...

—¿Las Amazonas? ¿Qué es eso? ¿Unas mujeres? ¿O un lugar?

—¿Has oído hablar de la América del Sur?

—No puedo jurarlo, pero hasta donde creo recordar, diría que sí.

—Pues el Amazonas es un río bastante larguito de esa zona. Yo estaba en el campo, como te dije, caminando.

—¡No lo dudo! Pareces el tipo de hombre que ha caminado por todas partes y ha hecho de todo.

—¡En eso, por una vez, no te equivocas! Arreé ganado en México; estuve con una partida que salió a buscar una ruta por tierra al Polo Norte; trabajé una o dos estaciones cazando caballos salvajes en las pampas y otro par de estaciones buscando oro en California. Me fui de Inglaterra a bordo de un barco cuando era un muchachito de buena familia, y aquí estoy de regreso ahora, un viejo vagabundo sin un amigo que se preocupe por él. Si quieres saber exactamente quién soy, y lo que he hecho en la vida, eso es más o menos lo que puedo decirte.

—¡No fastidies! Pero espera un momento; hay algo... no te da hipo después de la cena, ¿no? (Yo sufro de hipo desde que era un niño). Te decía que hay algo que no me has dicho todavía; no me has dicho tu nombre completo, sólo Mat. Mi apellido es Thorpe.

—Yo no he oído cómo suena mi apellido desde hace más de veinte años, y no me importa si no lo vuelvo a oír —dijo esas palabras con voz ronca y le hurtó levemente el rostro a Zack—. Me pusieron «Marksman»^[11] como apodo cuando salía con las

partidas de exploración, porque yo era el de mejor puntería. Tú llámame Marksman también, si es que no te gusta Mat. Señor Matthew Marksman, si eso te hace sentir mejor: todo el mundo aquí parece ser un señor. Tú lo eres, por supuesto. Pero no creas que voy a llamarte «señor». Me quedo con Zack; es corto y no molesta.

—¡Está bien, hombre! Y yo me quedo con Mat, que es todavía una letra más corto. Pero todavía no me has contado la historia de cómo perdiste el cuero cabelludo.

—No hay ninguna historia que contar. ¿Tú sabes lo que es tener detrás de ti a un hombre que te persigue por todos estos callejones y pasajes? Claro que lo sabes. Pues yo tuve a tres indios merodeadores y ladrones detrás de mí durante más de cuatrocientas millas de campo abierto, donde podía haber berreado pidiendo ayuda durante toda una semana sin que nadie me oyera. Querían mi cuero cabelludo, y mi rifle, y al final de su cacería se quedaron con las dos cosas, porque no pude pegar un ojo.

—¿No pudiste pegar un ojo? ¿Y por qué?

—¡Porque ellos eran tres y yo era sólo uno, claro! Uno de ellos se quedaba de guardia mientras los otros dos dormían. Yo no tenía nadie que hiciera guardia por mí y mi vida dependía de que mantuviera los ojos abiertos día y noche. Una vez di una cabezada y me despertó una flecha en la cara. Después de eso me mantuve despierto mucho tiempo antes de rendirme, pero al final empecé a ver visiones, pensé que toda la pradera se había incendiado y salí corriendo. No sé cuánto tiempo corrí medio loco; sólo sé que las visiones fueron las que terminaron salvándome la vida. Perdí mi senda y di con otra que era de indios pacíficos, gente con la que yo había comerciado. Y sin que yo sepa cómo, llegué lo bastante cerca como para que los rezagados de su partida de caza me oyeran chillar cuando me arrancaban el cuero cabelludo. Ahora sabes tanto como yo del asunto. No hay nada más que contar, excepto que desperté en un *wigwam* de los indios, con una mata de hojas frescas en la cabeza en vez de una mata de pelo.

—¡Una mata de hojas! ¡Qué Jack in the Green^[12] más alegre debes haber sido! ¿Cuál de esas cicatrices de tu cara es la de la herida de la flecha? Oh, ¿es esa? ¡Oye, amigo, tienes un ojo morado! ¿Alguno de esos tíos del Snuggery te dio un puñetazo tan fuerte que te lastimó?

—¿Lastimarme? ¿*Lastimarme a mi*? —divertido por lo estrafalario de la idea que la pregunta de Zack sugería, Mat sacudió sus robustos hombros y se permitió el lujo de emitir un carcajeo áspero que parecía sostener una especie de bárbara relación con una risa.

—¡Ah!, por supuesto que no te lastimaron; ya me imaginaba que no —dijo Zack, cuyas simpatías pugilísticas se sintieron profundamente conmovidas por el desprecio con el que su nuevo amigo se refería a los chichones y magulladuras recibidos

durante la pelea—. Sigue, Mat, me gusta oír aventuras como las tuyas. ¿Qué hiciste después de que tu cabeza sanó?

—Bueno, me cansé de andar de acá para allá por el Amazonas y me fui al sur a aprender a echar el lazo, y pasé un tiempo en lo de los caballos salvajes. Galopar le hacía bien a mi cabeza.

—Eso precisamente también le haría bien a mi cabeza. ¡Tu clase de vida es la que me conviene, Mat! ¿Cómo la empezaste? ¿Huiste de tu casa?

—No. Me enrolaron en un barco porque era un vagabundo demasiado holgazán para que me pudieran dejar en casa. Yo siempre quise vivir como un salvaje; pero en realidad no lo hice hasta que recogí una carta que me esperaba en el puerto, en Brasil. En esa carta me llegaron noticias que me quitaron las ganas de regresar a casa, así que abandoné el barco y me fui por ahí. Y por ahí he estado casi siempre desde entonces, hasta que llegué aquí el domingo pasado.

—¿Cómo! ¿Sólo llevas en Inglaterra desde el domingo?

—Así es. Tuve una buena racha en California con el oro. Al socio que tenía entonces le dio por hablar del terruño, y tanto le dio que volví con él para verlo otra vez. Así que en vez de jugarme todo mi dinero allá, he venido a gastármelo aquí; y mañana me voy al interior, a ver si todavía queda alguien que se me acuerde de mí.

—¿Y si no queda nadie? ¿Entonces qué?

—Entonces me iré de nuevo. Después de veinte años entre los salvajes, o con los casi salvajes, no me siento a gusto con las cosas de aquí. No logro dormir en una cama; no puedo quedarme mucho tiempo en un cuarto; la ropa decente no me resulta cómoda; no puedo entrar en una taberna, como hice esta noche, sin que se forme un alboroto, porque no tengo el pelo como todo el mundo. No logro, de ninguna manera, cambiar a estas alturas para parecerme a vosotros; estoy acostumbrado a las peligros y a los países salvajes, así que volveré para morirme en uno de esos horizontes donde hay todo el espacio que necesito —y Mat señaló con la mano más o menos en dirección al continente americano.

—¡Oh, no hables de volver! —exclamó Zack—; sin duda encontrarás que queda alguien en tu pueblo. ¿No te parece, eh?

Mat no respondió. De súbito ralentizó el paso, y después, también súbitamente, lo apretó hasta arrastrar consigo al joven Thorpe a marchas forzadas.

—Seguro que encontrarás a alguien —continuó Zack a su manera familiar e informal—. No sé... ¡despacio! No estamos caminando para ganar una apuesta... ¿Estás casado? —Mat siguió mudo y apretó el paso más que nunca—. Pero aunque no tengas esposa e hijos, todo el mundo tiene padre y madre; y la mayoría de las personas tienen hermanos o hermanas...

—Buenas noches —dijo Mat deteniéndose de pronto y tendiéndole su mano abruptamente.

—¡Cómo! ¿Qué pasa ahora? —preguntó Zack asombrado—. ¿Por qué quieres que nos separemos? Todavía no estamos cerca del final de las calles. ¿Dije algo que te ha ofendido?

—No. Puedes venir a hablar conmigo pasado mañana, si quieres. Para entonces habré regresado, pase lo que pase. Dije que sería como un hermano para ti; y eso quiere decir, en mi idioma, que haré cualquier cosa que me pidas. Ven a fumarte una pipa conmigo tan pronto vuelva. ¿Conoces la calle Kirk? Está muy cerca del Mercado. ¿Conoces la tienda de tabaco de la calle Kirk? Tiene una puerta verde y el número catorce escrito con pintura amarilla. Cuando me encierro en un cuarto, que no es muy a menudo, es allí donde me encierro. No te puedo dar la llave de la casa, porque no la tengo.

—¿La calle Kirk? Me queda de camino. ¿Por qué no vamos juntos? ¿Por qué quieres que nos despedamos aquí?

—Porque quiero estar solo. No es culpa tuya, pero me has puesto a pensar en algo que no me deja estar tranquilo. He llevado una vida solitaria, jovencito; meses y meses andando en las llanuras sin un ser humano a quien dirigirle la palabra, y probablemente esa no sea una buena clase de vida para un hombre; pero *fue* mi vida, y ahora no puedo dejar de añorarla algunas veces. Cuando no me siento tranquilo, me gusta quedarme solo como entonces. Ahora quiero quedarme solo. Buenas noches.

Antes de que Zack lograra anotar la dirección de su nuevo amigo en su agenda, Mat ya había cruzado la calle y desaparecido en la oscuridad y la distancia, salpicadas por los puntos de luz de las lámparas de gas. Un momento después, el último eco de su paso firme sobre el pavimento se desvaneció en la quietud de la madrugada que envolvía las calles.

«Es un tipo bastante extraño», pensó Zack al continuar su camino, «y nos hemos conocido de manera bastante extraña también. Iré a verlo sin duda el jueves; quién sabe si de esto pueda salir algo uno de estos días».

Zack era un mal adivinador, pero, en este caso, adivinaba correctamente. *Algo* saldría de ese encuentro.

CAPÍTULO II

EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

Cuando Zack llegó a la Plaza Baregrove eran las cuatro de la mañana. El reloj de la iglesia cercana dio la hora en el mismo momento en que se detenía ante su puerta.

Inmediatamente después de separarse de Mat, el malicioso Destino dispuso que pasara frente a una de esas tabernas que abren tarde —o, para hablar más correctamente, temprano— para servir bebida a los parroquianos durante la madrugada. Estaba muerto de sed, y el acceso de hipo que le sobreviniera cuando se encontraba en compañía de su nuevo amigo aún no había pasado. «¿Y si intento ponerme mejor con una gotita de brandy?», pensó Zack, al tiempo que se detenía en la entrada de la taberna.

Entró bastante fácilmente, pero salió con no pocas dificultades. No obstante, había logrado su propósito de curarse el hipo. El remedio empleado, es cierto, había actuado sobre sus piernas además de sobre su estómago, pero eso no era más que un trivial trastorno fisiológico indigno de tomarse en cuenta.

Estaba demasiado ocupado en reír entre dientes al recordar las tumultuosas circunstancias que lo habían llevado a conocer a su nuevo amigo como para prestarle atención a su estado, o para advertir que su marcha sobre el pavimento mientras regresaba a su casa era de naturaleza algo sinuosa. Fue sólo cuando sacó del bolsillo la llave de la puerta e intentó introducirla en el ojo de la cerradura que su atención se volvió sobre sí mismo; y en ese momento descubrió que las manos le resultaban inservibles y que de ninguna manera se sostenía firmemente sobre sus pies.

Bajo la influencia de un licor espirituoso, hay hombres cuyas mentes se emborrachan, y hay otros cuyos cuerpos son los que se emborrachan. Zack pertenecía a la segunda clase. Era perfectamente capaz de entender lo que le decían y de saber lo que él mismo decía, mucho tiempo después de que la lengua se le pusiera estropajosa y el paso se le tornara incierto. En ese momento era totalmente consciente de que su visita a la taberna de ningún modo había contribuido a hacerle ganar en sobriedad, además de que estaba totalmente al quite de la importancia de subir a hurtadillas y sin hacer ningún ruido hasta su cama; pero, ya desde el primer intento, se percató de que era absolutamente incapaz de introducir la llave en la puerta, o de hallar el ojo de la cerradura, sin apoyarse en la reja que le quedaba al lado.

—Calma —musitó Zack—; si hago ruido estaré perdido.

Buscó al tacto el ojo de la cerradura y guió cuidadosamente la llave con la mano izquierda hasta encontrar el lugar exacto. A continuación abrió la puerta tan silenciosamente que él mismo se sorprendió. Entró en el pasillo con un absoluto

silencio, volvió a cerrar la puerta y exclamó «¡Ssshhh!» al oír que había dejado ir el cierre un poco ruidosamente.

Prestó atención antes de intentar encender su vela. La atmósfera de la casa le pareció extrañamente opresiva y calurosa, después de andar al aire libre. En la oscura quietud que lo rodeaba latía un completo y virtuoso reposo y el solemne tic-tac del reloj de la cocina, que nunca se oía en el pasillo durante el día, pero que era horrible e incomprensiblemente alto en ese momento, espesaba de manera ominosa las tinieblas.

—No le pondré el cerrojo a la puerta —susurró entre dientes—, hasta que no haya encendido un...

En ese momento la poca confiabilidad del brandy como agente curativo en casos de fermentación estomacal se demostró de manera palpable mediante el súbito retorno del acceso de hipo.

—¡Ssshhh! —exclamó Zack por segunda vez, aterrorizado ante lo violento y repentino de la recaída, al tiempo que se tapaba la boca con las manos cuando ya era demasiado tarde.

A cuatro patas, tras buscar a tientas con extraordinaria perseverancia el borde de la palmatoria de su cuarto, que estaba sobre una de las sillas del zaguán, no logró encontrar la caja de cerillas, pero sí hacerla caer de la silla y echarla a rodar por el suelo hasta que la detuvo la pared de enfrente. Con cierta dificultad la capturó y encendió una luz. Nunca, según le dictara a Zack la experiencia, una cerilla se había encendido con tan ruidosa explosión como la que produjo la desastrosa cerilla que eligiera al azar para encender su vela.

Lo próximo era pasarle los cerrojos a la puerta. Tuvo un gran éxito con el cerrojo de arriba, pero fracasó de manera estrepitosa con el cerrojo de abajo, que parecía singularmente difícil de manejar esa noche. Primero chirrió ferozmente cuando lo movió; después se quedó arteramente trabado en la boca de la abrazadera; por último resbaló de repente y entró como un rayo en el hueco correspondiente con un estruendo de pérfido triunfo. «¡Si eso no hace bajar a mi padre», pensó Zack, prestando oído con toda su alma y sofocando el hipo con todas sus fuerzas, «es que tiene el sueño más pesado de lo que imaginaba!»

Pero no se abrió ninguna puerta, ninguna voz se hizo oír, ningún sonido quebró la misteriosa quietud que imperaba en las habitaciones. Zack se sentó en la escalera, se quitó las botas, se volvió a levantar con alguna dificultad, aguzó el oído, empuñó su vela, volvió a aguzar el oído y musitó «¡ahora!», comenzando el peligroso ascenso hasta su cuarto.

Se agarró con fuerza a la barandilla, de modo que sólo cayó contra ella y la hizo crujir una sola vez antes de alcanzar el rellano de la sala. Subió el segundo tramo de escaleras sin incidente de ningún tipo, hasta que llegó al último escalón, muy cerca de

la puerta del cuarto de su padre. Allí, por una espantosa fatalidad, el hipo sofocado escapó a todo control y dio claras muestras de su poder con un bramido convulsivo que hizo que Zack experimentara un sobresalto de horror. El sobresalto sacudió la palmatoria: el matacandelas, que estaba suelto, cayó, rebotó saltarín por la escalera y rodó por el rellano con un agudo y vivaz campanilleo, una fanfarria diabólica y desvergonzada de regocijo en honor a sí mismo.

—¡Oh, Dios! —se lamentó en voz queda Zack al oír la voz de alguien que hablaba y que se movía en el cuarto; y recordó que debía subir otro tramo de la escalera (de madera ahora) antes de llegar a su aposento, en la buhardilla.

Subió, no obstante, sin tomarse un respiro, con la temeridad de la desesperación; cada escalón crujía y chirriaba bajo sus pies, como si fuera un joven elefante, y no un joven caballero, el que se retiraba a sus habitaciones. Apagó la vela de un soplido, se arrancó la ropa de un tirón y, tras deslizarse entre las sábanas, comenzó a respirar con ritmo acompasado, como si estuviera profundamente dormido, con la tenue esperanza de poder, a pesar de todo, engañar a su padre, si el señor Thorpe subía a buscarlo.

En cuanto adoptó una posición yacente comenzó a sentir en los oídos un vigoroso e incesante zumbido que lo desconcertó y lo dejó casi sordo. La cama, el cuarto, la casa, el mundo entero daban vueltas y vueltas, y subían y bajaban frenéticamente arrastrándolo consigo. Ya no era un ser humano: se había convertido en un átomo mareado que giraba ebrio en el espacio infinito. Se incorporó de un salto en la cama, y un sudor frío y una trepidación de muerte le devolvieron la certeza de su humanidad. Ya no tenía hipo, pero su lugar había sido ocupado por otra serie de sonidos más potentes, sonidos familiares a todos lo que alguna vez han navegado, sonidos náutica y lamentablemente vinculados con bacinillas blancas, olas encrespadas y un desastre de estómagos mortales que gimen presos de la desesperanza emética.

En las pausas entre los accesos de la dolencia que ahora lo aquejaba, Zack estaba vagamente consciente del sonido de unos pies calzados con zapatillas que subían la escalera. El joven le daba la espalda a la puerta. No tenía fuerzas para moverse, ni valor para mirar hacia atrás, ni voz que alzar en un ruego. Supo que su puerta se abría, que una luz penetraba en la habitación, que una voz gritaba «¡Bestia inmunda!», que la puerta se cerraba de un portazo, y que quedaba una vez más en medio de una total oscuridad. No le importaron ni la luz, ni la voz, ni el portazo: no pensó en ellos; no lamentó el pasado ni especuló sobre el futuro. Sólo se hundió otra vez en su almohada con un gemido, se cubrió con un quejido y se durmió, felizmente inconsciente de la represalia que llegaría con la luz del día.

Cuando despertó ya tarde a la mañana siguiente, sólo fue consciente, al inicio, de que la nieve se fundía rápidamente en el exterior y de que tenía un violento dolor de cabeza; pero una sensación de malestar en las costillas y la creciente convicción de

que su nariz se había tornado demasiado grande para su cara le hicieron recordar poco a poco la memorable pelea en el Snuggery, y la memoria de Zack comenzó, correcta, aunque confusamente, a rememorar todo lo relativo a su regreso al hogar y a su desastroso recorrido escaleras arriba hasta su cama. Con esos recuerdos se mezclaban otros relativos a la luz que había penetrado en su cuarto, después de que su vela se apagara; a la voz que lo calificara de «Bestia inmundada», y al subsiguiente portazo. No quedaba ninguna duda de que era su padre quien había entrado en su habitación y le había gritado con los términos brevemente enfáticos que ahora le venían a la mente. En ninguna ocasión anterior el señor Thorpe había utilizado insultos ni dado portazos. Era evidente que lo había descubierto todo y que su hijo lo había exasperado como no lo exasperara nunca un ser humano en toda su vida.

En el preciso instante en que Zack llegaba a esa conclusión, oyó el roce del vestido de su madre en la escalera, y la señora Thorpe, con el pañuelo en los ojos, llegó dolida hasta su lecho. Profunda y penitentemente desolado, Zack trató de ganarse el perdón de su madre antes de enfrentar la ira de su padre. Para hacerle justicia hay que decir que estaba tan profundamente avergonzado al mirarla a los ojos que volvió el rostro hacia la pared y en esa posición apeló a la compasión de su madre en los términos más conmovedores y con las promesas más vehementes que le dirigiera en su vida.

El único efecto que ello produjo en la señora Thorpe fue hacerla caminar de un lado al otro del cuarto presa de una violenta agitación y llorando amargamente. De vez en cuando unas pocas palabras salían lamentables e incoherentes de sus labios. Fueron lo suficientemente inteligibles como para que Zack supiera que su padre lo había descubierto todo, había sufrido como consecuencia un acceso de palpitations del corazón, y, al levantarse esa mañana, se había sentido tan incapaz, tanto mental como físicamente, de lidiar sin ayuda con la enormidad de la ofensa de su hijo, que acababa de salir a solicitar la ayuda del reverendo Aaron Yollop. Al enterarse Zack, su contrición se transformó de inmediato en una curiosa mezcla de indignación y alarma. Se volvió rápidamente hacia su madre. Pero antes de que pudiera despegar los labios, esta le informó, en un tono insólitamente severo, que no pensara de ninguna manera en ir a la oficina como de costumbre, sino que debía esperar en la casa hasta el regreso de su padre, y después se marchó a toda prisa del cuarto. La verdad era que la señora Thorpe desconfiaba de su inflexibilidad si permanecía durante demasiado tiempo en presencia de su hijo arrepentido; pero Zack, lamentablemente, no lo sabía. Sólo veía que se había marchado abruptamente después de hacerle llegar un mensaje ominoso, y sólo podía atribuirle la interpretación más sombría a su conducta.

—Si mi madre me da la espalda es que ya he perdido mi última oportunidad.

Se detuvo antes de terminar la oración, se sentó en la cama y deliberó consigo

mismo durante uno o dos minutos.

—Podría decidirme a soportar cualquier cosa de mi padre, porque tiene derecho a estar enfadado conmigo después de lo que he hecho. Pero si aguanto al viejo Yollop otra vez, me...

En ese punto, las palabras de Zack fueron ahogadas por el ruido de un golpe que el joven le propinó al colchón sobre el cual estaba sentado, y que expresaba su furia y su desesperación. Una vez que se desahogó de esa forma, saltó de la cama y pronunció al fin con verdadera seriedad las palabras fatales que a menudo salieran de sus labios en otros tiempos como vana amenaza.

—Todo ha acabado para mí; debo irme de casa.

Se refrescó el cuerpo y la mente con un buen lavado, pero se mantuvo firme en su decisión. Se puso la ropa a toda prisa, miró por la ventana, escuchó junto a la puerta; y durante todo ese tiempo su propósito no cambió. Al recordar con precisión la persecución que ya había sufrido a manos del señor Yollop, la certeza de que ahora se repetiría con una severidad cuadruplicada bastó para mantener incólumes sus desesperadas intenciones. Una vez vestido, vio su agenda, y sus pensamientos volaron súbitamente a su compañero de la noche anterior. Al reflexionar sobre la cita de la mañana del jueves, sus ojos brillaron, y se dijo en voz alta, al tiempo que se dirigía resuelto hacia la puerta:

—Ese extravagante personaje habló de regresar a América. ¡Si no puedo hacer otra cosa, me iré con él!

En el preciso instante en que puso la mano sobre la cerradura, lo sobresaltó un toque a su puerta. La abrió y vio que era la doncella, que estaba en el rellano de la escalera con una carta para él. Volvió junto a la ventana y rasgó rápidamente el sobre. De él cayeron varias tarjetas de invitación de alegres colores y bordes dorados. Entre ellas había una carta, que resultó estar escrita con la letra del señor Blyth y que decía lo siguiente:

Miércoles.

Mi querido Zack: Te adjunto las entradas para la exhibición de mis cuadros de la que te hablé ayer noche. Te las envié ahora, en vez de esperar para dártelas esta noche, a sugerencia de Lavvie. Mi esposa considera que sólo tres días de anuncio previo, desde hoy hasta el sábado, es un tiempo demasiado corto, y estima aconsejable ahorrar aunque sea algunas horas, de modo que puedas darles a tus amigos todo el tiempo posible para adoptar las medidas necesarias a fin de que logren venir a mi estudio. Por tanto, pon al correo de inmediato todas las invitaciones de tus conocidos, como yo estoy poniendo las mías, y así ahorrarás un día, que no es poco tiempo. Patty tiene que pasar por tu casa esta mañana para hacer un mandado, así que envié mi carta con ella. Qué conveniente resulta todo algunas veces, ¿no es cierto?

Invita a quienes quieras, pero preferiría que fueran intelectuales; mi cuadro con figuras humanas, «Colón a su llegada al Nuevo Mundo», tiene un tratamiento místico y, por tanto, tiende a exigirles demasiado a las mentes populares. Por favor, adviérteles a tus amigos previamente que se trata de obras de arte de alta cultura, y que nadie puede pretender entenderlas de un primer vistazo.

Tuyo, con afecto,

V. Blyth

La lectura de esa carta le recordó a Zack ciertas aspiraciones recientes en el campo de las bellas artes que se habían escurrido de su resbaladiza memoria al considerar sus perspectivas futuras. «Me atenderé a mi primera idea», pensó, «y seré un artista, si Blyth me lo permite después de lo que ha ocurrido. Si no es así, siempre me queda Mat como segundo recurso, y llevaré una vida tan aventurera en América como él en sus mejores tiempos».

Mientras así reflexionaba, Zack bajó cautelosamente hasta el salón de la parte trasera de la casa, al que llamaban «biblioteca». Por la puerta abierta pudo cerciorarse de que no había nadie en la habitación. Entró y apresuradamente garrapateó la siguiente respuesta a la carta del señor Blyth:

Mi querido Blyth: Gracias por las entradas. Estoy metido en un lío espantoso, porque me descubrieron cuando llegaba a casa bebido a las cuatro de la mañana, después de haber sustraído la llave de la casa. Mis perspectivas después de esto son tan extremadamente desagradables que voy a fugarme. Escribo estas líneas a toda prisa, por temor a que mi padre llegue a casa antes de que haya terminado: fue a ver a Yollop para que el pastor me atormente con más fuerza que nunca.

No puedo ir a verte esta noche, porque tu casa será el primer lugar al que irán a buscarme. Pero tengo intención de convertirme en un artista, si no me abandonas. ¡No lo hagas, querido amigo! Sé que soy un bribón, pero intentaré reformarme si no reniegas de mí. Cuando salgas a pasear mañana me encontrarás esperándote, a las tres, en la barrera de portazgo del camino de Laburnum. Si no vas, o si no me hablas cuando llegues allí, me iré de Inglaterra y tomaré una resolución desesperada.

Tengo un nuevo amigo: el mejor y más interesante hombre del mundo. Se ha pasado la mitad de su vida en los rincones más remotos de América, así que si no me das tu adiós definitivo, lo llevaré a ver tu cuadro de Colón.

Me siento tan desgraciado y tengo tal dolor de cabeza que no puedo seguir escribiendo. Siempre tuyo,

Z. Thorpe, hijo

Tras poner la dirección a la carta y guardársela en el bolsillo para echarla al correo con sus propias manos, Zack miró hacia la puerta y vaciló, avanzó uno o dos pasos como si fuera a salir, y terminó por regresar al escritorio y tomar una hoja de papel en blanco del portafolio que tenía delante.

«No puedo abandonar a mi madre (aun cuando no me perdone) sin escribirle unas líneas para levantarle el ánimo y decirle adiós», pensó, mientras introducía la pluma en el tintero y comenzaba a escribir a su manera rápida y atropellada. Pero no pudo pasar de «Querida mamá». Escribir esas dos palabras pareció paralizarlo súbitamente. La mano fuerte que golpeara con tanto vigor durante la pelea tembló ahora al mero roce con el papel. Aun así, intentó desesperadamente escribir algo, aunque fuera una sola palabra: «Adiós»; lo intentó hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas e hicieron imposible cualquier nuevo esfuerzo.

Estrujó el papel y se incorporó rápidamente secándose las lágrimas de un manotazo y sintiendo, al hacerlo, un miedo y una desconfianza en sí mismo sumamente extraños. Eran raras, muy raras, las veces en que sus ojos se humedecían como ahora. Pocos seres humanos han vivido hasta los veinte años de edad sin

derramar menos lágrimas que las derramadas hasta ese momento por Zack.

«No puedo escribirle mientras permanezca aquí en la casa, sabiendo que está en la habitación de al lado. Le enviaré una carta cuando me haya ido, diciéndole que es sólo por poco tiempo y que regresaré cuando se haya disipado la indignación producida por este infernal asunto». Esa fue su decisión, de modo que rasgó el papel estrujado y salió rápidamente al pasillo. Tomó su sombrero de la mesa. ¿Su sombrero? No: recordó que era el sombrero arrebatado al cocinero. ¡En el instante más trascendental de su vida, cuando le dolía el corazón al pensar en su madre, cuando se marchaba de su casa a hurtadillas, quizás para siempre, el curso de sus pensamientos se desviaba de manera tan incomprensible hacia una nimiedad semejante!

A Zack le sucedía; nos sucede a todos. Nuestras facultades nunca están más a merced de los intereses más fútiles de nuestro ser que cuando parecen absolutamente absorbidas por los problemas más tremendos. Y es una suerte que nuestra naturaleza incluya esta aparente imperfección. La primera cura de muchos dolores, después de la hora de la despedida, o en la mansión de la muerte, ha comenzado, insensiblemente para nosotros, con el primer momento en que empezamos a pensar en algo tan intrascendente como el alimento cotidiano.

La lluvia que acompañaba al deshielo caía cada vez en forma más copiosa; cuando Zack abrió la puerta de la calle y, sin vacilar un instante, se lanzó desesperado por entre el lodo y la niebla para perderse en el mundo multitudinario de Londres en calidad de fugitivo de su hogar, dentro de la casa reinaba un silencio de muerte, y fuera, una húmeda desolación.

Hizo un alto antes de doblar la esquina de la plaza; los recuerdos de semanas, meses, años, se arremolinaron en su memoria en unos pocos momentos. Hizo un alto, y contempló, a través de la atmósfera grisácea y neblinosa, la puerta que acababa de cruzar, quizás para nunca volver a acercarse a ella; después siguió andando, se abrochó el abrigo sobre el pecho con dedos temblorosos e impacientes, y se dijo:

—Lo hecho, hecho está —y le volvió la espalda resueltamente a la Plaza Baregrove.

CAPÍTULO III

COMIENZA LA BÚSQUEDA

La calle que Mat había elegido para fijar su residencia en Londres estaba situada en un vecindario densamente poblado y no muy respetable. En la calle Kirk, los hombres de chaqueta de fustán y gorro de piel de foca se agolpaban bajo el dintel de las puertas de las tabernas. Allí no cesaba, en medio del ajetreo del día y durante el reposo desordenado de las altas horas de la noche, un rumor de baladas entonadas a toda voz, organillos, y voces de vendedores ambulantes, que cantaban los lujos de los pobres. Allí, especialmente los sábados por la noche, el carnicero palmeaba con mano apreciativa los gordos animales que pendían a su alrededor, y blandiendo su acero, les gritaba a las mujeres que pasaban junto a la puerta de su tienda que entraran ¡a comprar, a comprar, a comprar! Allí, con nauseabunda frecuencia, el lenguaje de los nativos se mezclaba con esas palabras que los periodistas indican en los periódicos subrayándolas; y en ese «sector», más que en la mayoría, los policías para la ronda nocturna se elegían entre los hombres más forzudos para proteger a la parte sobria de la comunidad, y con notable poder de convencimiento para persuadir a la parte ebria de que trasladara sus peleas a la pacífica intimidad de sus hogares.

Ese era el sitio en el que Mat había fijado su residencia, después de veinte años de vagar por los rincones más recónditos del gran continente americano.

No había noticia de ningún inquilino anterior, fuera cual fuese su condición o rango, que le hubiera exigido a su casero las condiciones que exigiera el excéntrico desconocido. Mat consideraba que todas las comodidades hogareñas que los dueños de su alojamiento eran capaces de ofrecerle para que se sintiera cómodo no eran más que molestias domésticas de las que resultaba altamente deseable deshacerse. Estipuló que no se le permitiría a nadie que no fuera él mismo limpiar su habitación; que la única sirvienta que había en la casa nunca debía intentar hacerle la cama, u ofrecerse a cambiarle las sábanas, o atreverse a cocinarle un bocado de comida; y que estaría en libertad de ausentarse inesperadamente durante varios días y noches, si así lo deseaba, sin que ni el casero ni la casera demostraran preocupación ni hicieran averiguaciones, siempre que tuvieran en el bolsillo el dinero del alquiler. Aceptó gustosamente pagar ese alquiler por adelantado, cada semana, durante todo el período de su estancia; y también se mostró dispuesto a darle alguna propina ocasional a la sirvienta, siempre que ésta se comprometiera solemnemente a «no sacarlo de quicio tratando de servirlo».

El propietario de la vivienda (y de la tabaquería) se sintió al principio muy inclinado a la desconfianza; pero como también estaba sumamente familiarizado con

la pobreza, no estuvo a salvo del aurífero halo que un puñado de brillantes soberanos hizo resplandecer egregiamente sobre las rarezas del nuevo inquilino. Se cerró el trato y Mat fue, sin pérdida de tiempo, en busca de su equipaje.

Tras una breve ausencia, regresó con un gran saco de yute a la espalda y un largo rifle en las manos. Ese era su equipaje.

Tras colocar el rifle sobre la cama en el cuarto trasero, hizo a un lado los mueblecitos de segunda mano que adornaban el cuarto delantero; amontonó las tres sillas desvencijadas en un rincón y puso la mesa redonda con una rajadura patas arriba en otro. Después estiró el cordel que cerraba la boca de su saco y tras alzarlo sobre el hombro, lo vació en medio de la habitación, como si se tratara (según dijera después su casera) de carbón en vez de equipaje. Entre las cosas que cayeron al suelo en un confuso montón había algunas pieles de oso y un espléndido cuero de búfalo, muy bien empaquetados; una pipa, dos camisas de franela roja, una bolsa para el tabaco y una manta india; unas alforjas de cuero, un tarro de pólvora, dos jabones amarillos, un molde para fabricar balas y un gorro de dormir; un tomahawk, un paquete de clavos, un cepillo, un martillo y una vieja parrilla para asar carnes al carbón. Después de vaciar el saco, Mat tomó el cuero de búfalo y lo colocó encima de su cama con una mueca muy expresiva dirigida al cubrecamas de retales y las magras cortinas. A continuación tiró en un rincón las pieles de oso encima del saco vacío, apoyó las alforjas de cuero en un ángulo de la pared, cogió su pipa del suelo, dejó todo el resto de las cosas tiradas en medio de la habitación y, tras sentarse sobre las pieles de oso con la espalda apoyada en las alforjas, le comunicó al asombrado casero que estaba instalado y confortable, y que le agradecería que bajara y le enviara una libra del tabaco más fuerte que hubiera en su tienda.

Los siguientes actos de Mat durante el resto del día —en especial los relacionados con su método de hacerse con algunas provisiones y cocinarse sus comidas— exhibieron la misma extraordinaria indiferencia hacia todo precedente civilizado que los que marcaron su entrada en la casa. Después de almorzar durmió una siesta acostado sobre sus pieles de oso; se despertó refunfuñando por lo opresivo del aire y lo estrecho del cuarto; fumó una larga serie de pipas, mientras miraba todo el tiempo por la ventana con ojos calladamente observadores y constantemente atentos; y, finalmente, para llegar al clímax de todas sus rarezas, bajó cuando estaba cerrando la tabaquería, después del final de la función del teatro vecino, y preguntó tranquilamente cuál era el camino más corto al campo, porque quería despejar la cabeza y estirar las piernas dando un paseo nocturno al aire libre.

A la mañana siguiente comenzó limpiando a conciencia sus dos habitaciones con sus propias manos, y pareció disfrutar mucho esa ocupación a su manera adusta y grave. La comida, la siesta, la pipa y el observador estudio de la calle desde su ventana vinieron a continuación, como el día anterior. Pero por la noche, en vez de

adentrarse en el campo, deambuló por las calles; y en el curso de su paseo pasó por azar junto a la puerta del Snuggery. Lo que le sucedió allí ya se sabe, pero lo que le ocurrió después está aún por saberse.

Al separarse de Zack caminó en línea recta sin aflojar el paso ni fijarse adónde lo llevaban sus piernas, y no dio la vuelta para regresar hasta que rompió el día. Eran más de las nueve cuando se presentó en la tabaquería, trayendo consigo una buena dosis de lodo y humedad producto de la nieve fundida y el cielo lluvioso. Su larga caminata no pareció haber aliviado la intranquilidad de su mente que le indujera a separarse de Zack de manera tan repentina. Hablaba consigo mismo casi sin parar, de manera incoherente y farfullante; su frente maciza se veía contraída, y las cicatrices de las viejas heridas de su rostro, irritadas y rojas. Lo primero que hizo fue realizar algunas averiguaciones con su casero sobre el transporte por ferrocarril, y sobre la parte de Londres donde estaba situada cierta estación de la que le habían hablado. Al percatarse de que no era fácil hacerle entender las indicaciones sobre este último punto, el tendero sugirió llamar un coche de alquiler para que lo llevara. Mat asintió lacónicamente a esa sugerencia y ocupó el tiempo hasta la llegada del vehículo caminando huraño de un lado a otro sobre el pavimento frente a la puerta de la tienda.

Cuando llegó el coche, Mat insistió, con su indiferencia característica por las apariencias, en viajar sobre el techo, porque allí tendría más aire y más espacio para estirar las piernas. Después de llegar de esa manera irregular y muy poco elegante a la estación, compró un billete para Dibbledean, uno de esos tranquilos pueblecitos nacidos al calor de un mercado en uno de los condados de la región central de Inglaterra.

Una vez que el tren lo dejó en la estación, recorrió los alrededores con una mirada bastante perpleja, pero pronto pareció reconocer un camino que conducía al pueblo; y hacia él dirigió sus pasos de inmediato, tras rechazar las ofertas del cochero local.

No era día de mercado, y el deshielo en Dibbledean tenía un aspecto aún más deprimente que en Londres. A todo lo largo de la calle Mayor sólo se veían tres figuras humanas: una mujer con galochas, un niño bajo un gran paraguas y un hombre con un cesto a la espalda que caminaba hacia el patio de la posada principal.

Mat aflojó el paso cada vez más a medida que se acercaba al pueblo, hasta que lo hizo tanto que acabó por pararse junto a los muros de una antigua iglesia que se alzaba en uno de los extremos de la calle Mayor, en lo que parecía ser el distrito suburbano de Dibbledean. Aguardó cierto tiempo mirando por encima del bajo murete que separaba el cementerio del camino; después se aproximó lentamente a una verja que conducía a un sendero entre las tumbas; se detuvo ante ella; pareció cambiar de idea y, tras volverse repentinamente, emprendió el camino por la calle Mayor.

No volvió a detenerse hasta llegar frente a una casa larga, de puntal bajo y techo a

dos aguas, que era, evidentemente, una de las edificaciones más antiguas del lugar, aunque había sido pintada de brillantes colores y enjalbegada para que se viera lo más nueva y menos pintoresca posible. La planta baja estaba ocupada por dos tiendas que, sin embargo, proclamaban que pertenecían, y habían pertenecido también en el pasado, a una misma familia. En la parte superior de la mayor de las dos estaba pintado, en letras de buen tamaño:

*Bradford e Hijo (antes Joshua Grice), Comerciantes en Ropa Interior,
Géneros de Punto, &C.*

La tabla sobre la cual estaban escritas esas palabras se prolongaba hasta el frente de la tienda más pequeña, donde se había añadido lo siguiente:

*Señora Bradford (antes Joanna Grice), Confección de Ropa
Femenina y Sombreros*

A pesar de la lluvia y de las gotas que caían copiosas desde el alero sobre su sombrero y su abrigo, Mat se mantuvo inmóvil, leyendo y releendo esas inscripciones desde el lado de enfrente de la calle. Aunque era, de pies a cabeza, la personificación de la firmeza, vacilaba en ese momento de manera sumamente extraña. En según qué momento parecía estar a punto de entrar en la tienda; en otro, hacía ademán de volverse hacia el cementerio que dejara atrás. Al fin decidió regresar al cementerio y, en consecuencia, volvió sobre sus pasos.

Cruzó velozmente la verja ante la que titubeara antes y anduvo un pequeño trecho por el sendero, entre las tumbas. Entonces, echándose a caminar sobre la hierba, tras un momento de reflexión y después de lanzar una mirada a los alrededores, zigzagueó entre los túmulos de césped y se detuvo de repente ante una lápida plana y sencilla, que se alzaba horizontalmente gracias a una base de ladrillos de alrededor de un pie de altura. Se inclinó sobre ella y leyó los caracteres grabados en la laja.

Ésta exhibía cuatro inscripciones, todas del carácter más simple y lacónico, ya que indicaban solamente los nombres, edades, y fechas de nacimiento y muerte de quienes yacían bajo ella. Las primeras dos inscripciones notificaban la muerte de niños: «Joshua Grice, hijo de Joshua y Susan Grice, de esta parroquia, de cuatro años de edad»; y «Susan Grice, hija de los arriba mencionados, de trece años de edad». El siguiente fallecimiento registrado era el de la madre; y el último era el del padre, a la edad de sesenta y dos años. Debajo aparecía una cita del Nuevo Testamento: *Venid a mí todos los cansados de vuestros trabajos y cargas, y yo os haré descansar*. Fue en esas líneas, y en la inscripción que estaba inmediatamente encima de ellas acerca del fallecimiento de Joshua Grice, que los ojos del lector solitario se detuvieron por más tiempo, mientras sus labios murmuraban varias veces, mientras recorría las letras con

la vista:

—Vivió hasta la vejez; ¡después de todo, vivió hasta la vejez!

El espacio vacío en el pie de la lápida aún admitía dos o tres inscripciones más, y pareció que Mat esperaba haber visto otra. Observó atentamente el espacio vacío y lo midió con los dedos para compararlo con el espacio de arriba, ocupado por las letras.

—¡Aquí no, al menos! —se dijo al dejar el cementerio y regresar caminando al pueblo.

Esta vez entró en la doble tienda —a la sección de géneros de punto— sin vacilar. Sólo estaba el joven que atendía al público detrás del mostrador. El joven pareció alegrarse, pues no había tenido en esa mañana lluviosa ni un alma con quien hablar, de ver a una persona —aunque fuera un desconocido con un sorprendente casquete bajo del sombrero— entrar por fin en la tienda.

¿En qué podía servir al caballero? El caballero no había ido a comprar. Sólo quería saber si Joanna Grice, que era quien se ocupaba antes de la parte dedicada a la costura, aún vivía.

¡Por supuesto que vivía!, le contestó el joven con enérgica cortesía. La señorita Grice, cuyo hermano fuera en otros tiempos dueño del negocio que ahora era propiedad de Bradford e Hijo, seguía residiendo en el pueblo, y era una anciana muy curiosa, pues nunca salía de su casa ni permitía que nadie traspusiera su puerta. La mayoría de sus viejos amigos había muerto, y la anciana había roto con los que todavía vivían. Tenía todo tipo de manías furiosas y delirantes, se sospechaba que estaba loca y los chicos de Dibbledean le habían adjudicado el mote de «la vieja tigresa». Era muy probable que se le hubiera ido un poco el juicio, años atrás, debido a un terrible escándalo ocurrido en la familia que los había abrumado a todos, dado que eran personas muy respetables y religiosas...

En ese punto el joven fue interrumpido de manera muy descortés por el desconocido, quien no quería saber nada del escándalo, pero sí tenía otra pregunta. La pregunta parecía muy difícil de formular, porque intentó hacerlo dos o tres veces, de dos o tres maneras distintas, y no logró continuar. Al fin terminó por preguntar si quedaba vivo algún otro miembro de la familia del viejo señor Grice.

El tendero quedó desconcertado por unos momentos y preguntó a qué otros miembros se refería el caballero. La vieja señora Grice había muerto hacía ya algún tiempo, y hubo dos niños que murieron pequeños y cuyos nombres estaban en el cementerio. ¿Se refería el caballero a la segunda hija, la que se hizo una hermosa mujer y fue, según se cuenta, la causa del escándalo? Si era así, la joven huyó de su casa y murió de alguna manera lamentable, nadie sabía exactamente en qué circunstancias; y se suponía que le habían hecho un entierro de caridad en algún lugar, nadie sabía dónde, a no ser la señorita Grice...

El joven se detuvo con aire de perplejidad. El rostro del caballero había

experimentado un cambio súbito. Sus mejillas morenas se habían tornado del color de la arcilla helada, y en ellas, sus dos cicatrices parecían arder con más fiereza que nunca, como trallazos de fuego. Su robustos mano y brazo temblaron ligeramente cuando se apoyó en el mostrador. ¿Se sentía mal? No. De inmediato se apartó del mostrador y se dirigió a la puerta; una vez allí se volvió y preguntó dónde vivía Joanna Grice. El joven le respondió que en la segunda esquina a la derecha, al final de una calle que terminaba en un callejón con una hilera de casitas. La de la señorita Grice era la última a la izquierda, pero podía asegurarle al caballero que era completamente inútil ir hasta allí, porque no dejaba entrar a nadie. El caballero le dio las gracias y, aun así, se dirigió hacia dónde le había indicado el joven.

—No pensé que me afectaría tanto —se dijo Mat al tiempo que andaba a paso vivo calle arriba—; y no lo habría hecho si me hubiera enterado en cualquier otro sitio. Pero ahora que estoy de nuevo en el terruño, no soy yo mismo. ¡Más de veinte años de curtirme no parecen haberlo logrado todavía!

Siguió las indicaciones que le habían dado, llegó a la última casita de la izquierda e intentó abrir la verja del jardín. Estaba cerrada con candado y no había campanilla. Pero la cerca no era alta y Mat no era timorato. La saltó y avanzó hasta la puerta de la casa. Se abría, como muchas puertas en el campo, mediante el simple giro del pomo. Mat entró sin vacilar e irrumpió en la primera habitación a la que le condujo el pasillo. Era una salita; y junto la ventana del fondo, que daba a un jardín, vio a Joanna Grice, una anciana delgada y pequeñita, inclinada sobre un gran libro que parecía ser una Biblia. La anciana se incorporó de un salto al sentir el ruido de pasos y avanzó tambaleante pero feroz, con sus grandes ojos grises extraviados y ariscos, y sus manos callosas en actitud amenazante, al encuentro del intruso. Este dejó que se le acercara y entonces mencionó un nombre que pronunció dos veces, con mucha claridad.

Joanna se detuvo al instante, lívida, con la boca abierta y los brazos rígidos caídos a los costados, como si ese nombre, o la voz que lo pronunciara, hubieran extinguido en un instante la chispa de vida que todavía le restaba. Entonces retrocedió lentamente, tanteando con las manos como quien se halla en medio de la oscuridad; retrocedió hasta tropezar con la pared de la habitación. Se apoyó en ella, temblando violentamente, sin pronunciar palabra, con los ojos llenos de pánico clavados en el hombre que la miraba. Éste se sentó sin que la anciana lo invitara y le preguntó si no lo recordaba. No obtuvo respuesta; no observó ningún movimiento que pudiera haber hecho las veces de respuesta. Volvió a preguntar, esta vez con cierta impaciencia. La anciana asintió y lo siguió mirando fijamente, aún muda, todavía temblorosa.

El visitante le contó lo que había oído en la tienda, y usando las mismas palabras que empleara el tendero, le preguntó si era cierto que la hija del viejo señor Grice, que había sido la causa del escándalo familiar, había muerto hacía largo tiempo, lejos

de su hogar y en circunstancias lamentables.

Había algo en su aspecto mientras hablaba que pareció obligar a la anciana a responder aun en contra de su voluntad. Dijo que sí y tembló con mayor violencia que antes.

El visitante entrelazó las manos y dejó caer ligeramente la cabeza; sobre su rostro inclinado parecieron moverse unas oscuras sombras, y las cicatrices de las viejas heridas adoptaron un lívido matiz morado.

Su silencio y su vacilación parecieron inspirar a Joanna Grice una confianza y un valor súbitos. Se apartó ligeramente de la pared y un fulgor de triunfo le iluminó el rostro, mientras insistía, ahora sin que el hombre se lo pidiera, en su última respuesta: ¡Sí! La desgraciada que había arrastrado por el fango el buen nombre de la familia estaba muerta... muerta y enterrada muy lejos del pueblo, en una tumba solitaria, y no allí, en el cementerio, con su padre y su madre. ¡No, gracias a Dios, no allí!

Mat levantó la vista al oírle decir esas palabras. En sus ojos destellaba una advertencia que hizo retroceder de nuevo a la anciana, asustada, hacia la pared. Mencionando por primera vez el nombre, Mat le preguntó ásperamente dónde estaba enterrada Mary. La respuesta —que obtuvo poco a poco, extrayéndosela a la mujer palabra a palabra, tenaz y lentamente— fue que estaba enterrada entre extraños, como se merecía, en un lugar llamado Bangbury, muy lejos, en el condado vecino, donde había muerto y adonde se había enviado dinero para que la enterraran.

Las maneras del hombre se hicieron menos bruscas e imperiosas; la mirada de sus ojos se suavizó; su voz, cuando habló de nuevo, era más triste. Y, sin embargo, la próxima pregunta que le hizo a Joanna Grice pareció traspasarla hasta lo más íntimo, herirle el corazón como ninguna de sus anteriores preguntas. Los músculos de su rostro macilento se crisparon, la respiración se le convirtió en un jadeo rápido y feroz cuando el hombre le preguntó sin rodeos si era sólo una sospecha infundada o era verdad que Mary esperaba un hijo cuando había huido de su hogar.

No recibió respuesta. Repitió la pregunta e insistió en que le respondiera. ¿Era sólo una sospecha o era cierto? La respuesta le llegó en un siseo silbante: Sí, cierto.

¿El niño había nacido vivo?

La respuesta volvió a llegarle en el mismo bisbiseo áspero: Sí, vivo.

¿Qué había sido de él?

Ella nunca lo vio, nunca preguntó por él, nunca supo. Al contestar así, el murmullo de Joanna cambió hasta convertirse en un tono claro, ronco, huraño. Pero no fue sino cuando el interrogador le habló una vez más que la furia contenida estalló en una llamarada de rabia. En ese momento, cuando él alzaba la cabeza y abría los labios, Joanna trastabilló, con los brazos extendidos, hasta llegar a la mesa donde se encontraba leyendo cuando él entrara, dio un golpe con su manos huesudas sobre la Biblia abierta, y juró por la Palabra Verdadera contenida en ese Libro que no le

respondería ninguna otra pregunta.

El hombre se levantó con calma y con aspecto de cierto desdén, se aproximó a la mesa y volvió a hablar. Pero su voz fue ahogada por la de ella, que brotaba de sus labios en forma de gritos iracundos. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Ni una palabra más! ¿Cómo se atrevía a ir allí, con su cara desvergonzada y sus ojos amenazantes, para obligarla a hablar de lo que no debía haber salido nunca de sus labios hasta que rindiera cuenta de sus actos en el Juicio Final? ¡La familia! ¡Qué no le hablara de la familia! Los únicos parientes que tenía como suyos yacían todos con el corazón destrozado bajo la pesada lápida del cementerio. ¡La familia! Si todos regresaran a la vida en ese instante, ¿qué tendría ella que ver con ellos, ella, cuya única familia era la Muerte? Sí; ¡ahora la Muerte era su padre, su madre, su hermana, su hermano! La Muerte, que aguardaba para llevársela cuando Dios quisiera. ¡Cómo! ¿Se quedaría en contra de su voluntad? ¿Se quedaría después de que jurara no responderle ni una sola palabra más?

Sí, estaba decidido a quedarse, y decidido a saber más. ¿No había dejado nada Mary el día en que huyó de su hogar?

Una decisión repentina pareció calmar el arrebato de furia de Joanna Grice cuando el hombre pronunció esas palabras. Extendió las manos rápidamente, lo tomó del brazo con fuerza y lo miró a la cara con una malvada exultación en sus ojos extraviados.

¿Quería de verdad saber lo que esa mujerzuela deshonrada había dejado al marcharse? ¡Muy bien! ¡El mismo lo vería!

Entre las hojas de la Biblia de Joanna Grice había una llave que parecía emplear como marcador. La mujer la sacó y abrió la marcha, con paso trabajoso y manos extendidas para apoyarse en la pared de un lado y en la barandilla del otro, en la subida del tramo de escalera que comunicaba con el piso de los dormitorios.

El hombre la siguió de cerca, y estaba a su lado cuando la mujer abrió una puerta y apuntó a una habitación, al tiempo que le indicaba que podía tomar lo que encontrara allí y después marcharse, no le importaba adónde, siempre que la dejara tranquila.

Joanna volvió a bajar la escalera mientras Mat entraba al cuarto. La habitación tenía un leve olor a cerrado, a falta de aire. Del techo pendían festones de telarañas, negruzcas de polvo. Los cristales sucios de las ventanas ensombrecían la débil luz que se filtraba a través de ellos. Mat recorrió el cuarto con la vista y no vio ningún mueble, ninguna señal de que el cuarto hubiera sido habitado, o incluso de que nadie hubiera entrado en él desde hacía varios años. Volvió a mirar con más cuidado y detectó, en un oscuro rincón, un objeto cubierto de polvo y suciedad que parecía ser una caja de pequeñas dimensiones.

La arrastró hacia la ventana. Nubes de polvo salieron volando. Alimañas

repugnantes salieron arrastrándose de las partes superior e inferior de la caja. Mat la acercó más con el pie a la tenue luz y vio que se trataba de una caja hecha de tablas de pino, de las más corrientes, atada con una cuerda. Miró con más atención y logró, a través de las telarañas, los insectos muertos y las repugnantes manchas de todo tipo, leer un nombre trazado en ella: Mary Grice.

Al ver ese nombre y la mugre que lo cubría hizo una pausa, silencioso y pensativo, que fue interrumpida por el sonido del cerrojo de la puerta de la sala. Se incorporó rápidamente, tomó la caja por la cuerda y salió de la habitación. Al agarrar la cuerda, su mano tocó un material que no parecía madera. Examinó la caja a la luz más clara procedente de una claraboya en el techo que daba sobre el rellano de la escalera y descubrió una carta clavada a la tapa. Tenía algo escrito, pero el papel estaba cubierto de polvo, el tiempo había desvanecido la tinta y resultaba difícil leer los caracteres. No obstante, a fuerza de perseverancia, Mat logró descifrar la siguiente inscripción: «Justificación de mi conducta para con mi sobrina; léase después de mi muerte. Joanna Grice».

Al pasar junto a la puerta de la sala Mat oyó la voz de la mujer, que leía. Se detuvo a escuchar. Las palabras que llegaban a sus oídos le parecieron familiares; y, sin embargo, al principio no supo de qué libro procedían. Prestó oído unos momentos más; sus recuerdos de la niñez y del hogar lo ayudaron, y supo entonces que el libro que leía Joanna Grice en voz alta era la Biblia.

El hombre salió rápidamente al jardín con el rostro ensombrecido, pero se detuvo antes de llegar a la cerca y, tras volver hasta la ventana del frente de la sala, miró hacia adentro. Vio a la mujer sentada de espaldas a él, con los codos sobre la mesa y las manos que alisaban febrilmente su enredado pelo gris. Su voz aún era audible, pero ya no resultaba posible distinguir las palabras que pronunciaba. El hombre aguardó junto a la ventana durante unos momentos; después se apartó de ella súbitamente al tiempo que decía entre dientes:

—¡Me maravilla que el libro no se alce y la destruya!

Esas fueron sus únicas palabras de adiós. Con ese sentimiento en el corazón, le dio la espalda a la casa y a Joanna Grice.

Salió caminando bajo la lluvia, siempre con la caja, buscando un lugar resguardado donde abrirla. Tras andar cerca de una milla vio un viejo cobertizo para el ganado algo apartado del camino. Era un lugar desvencijado y desierto, pero brindaba al menos cierto abrigo, de modo que entró.

Quedaba sólo un rincón seco, o al menos lo bastante seco como para servir a su propósito. Fue hasta él, se arrodilló, cortó la cuerda que rodeaba la caja, vaciló antes de abrirla y decidió comenzar arrancando la carta que estaba sobre la tapa del clavo que la sujetaba.

Era una carta larga, escrita con una letra pequeña y apretada. La recorrió con los

ojos, impaciente, hasta que su atención se vio accidentalmente atrapada por dos o tres renglones, trazados con más claridad que el resto, cerca de la mitad de una de las páginas. Hacía muchos años que había perdido la costumbre de leer caracteres escritos, pero se dio resueltamente a la tarea de descifrar las palabras que contenían esos pocos renglones que le llamaron la atención, y encontró que decían lo siguiente:

Sólo tengo que añadir, antes de proceder a realizar mi triste confesión acerca de la deshonra de nuestra familia, que nunca volví a ver —y sólo oí hablar de él una vez más— al hombre que con sus tentaciones indujo a mi sobrina a cometer ese pecado mortal que fue la causa de su desgracia en esta vida y lo será en la próxima.

Mat no hizo ningún esfuerzo por continuar. Tras guardarse la carta de cualquier manera en un bolsillo, volvió a concentrar su atención en la caja. Estaba sellada con cintas engomadas, pero no tenía llave. Mat forzó la tapa y vio dentro unos pocos y sencillos artículos de vestuario femenino; una cajita de costura; un cuello de encaje con el hilo y la aguja todavía hincada; varias cartas, algunas atadas en un paquete, otras descuidadamente sueltas; un álbum de forro colorido; helechos y pétalos de flores que parecían haber caído de entre sus páginas; un pedazo de lona con el molde de una zapatilla dibujado; y un chaleco femenino negro con un bordado sin terminar en el cuello. Le resultó evidente, a la primera ojeada, que todas esas cosas habían sido arrojadas en la caja sin orden ni concierto, y habían quedado allí tal como cayeran. Por unos instantes, el triste significado del confuso desorden que se desplegaba ante su vista hizo que mantuviera los ojos clavados en la caja; después volvió el rostro, musitando entre dientes, dolorosamente y varias veces, la palabra «Mary», que ya había pronunciado en presencia de Joanna Grice. Al cabo de unos breves momentos recogió mecánicamente las cartas que estaban desperdigadas, y revisó mecánicamente sus sellos rotos y las dirección que aparecía en cada una; mecánicamente las volvió a poner en la caja sin abrirlas, hasta que llegó a una que parecía contener algo en su interior. Esa circunstancia lo estimuló a desdoblarla y examinar lo que adjuntaba.

No era más que un papel primorosamente doblado. Lo desdobló y encontró un rizo de cabellos que volvió a envolver en cuanto lo vio, como ansioso de hurtarlo a todas las miradas lo más pronto posible. Examinó la carta con más detenimiento. La letra era femenina, estaba dirigida a la «Señorita Mary Grice, Dibbledean» y en el lugar de fecha decía «Calle Bond, Londres. Miércoles». El matasellos, no obstante, mostraba que había sido escrita hacía muchos años. No era muy larga, así que se dio a la tarea de leerla de principio a fin.

Esto es lo que leyó:

Mi queridísima Mary:

Acabo de enviarte tu hermoso brazaletes de cabellos en la silla de posta, bien empaquetado y sellado por el joyero. Lo he dirigido a tu nombre, igual que esta carta, recordando que me contaste que tu padre tiene como

un punto de honor no abrir nunca tus cartas y paquetes, y que le tiene prohibido a esa horrible tía tuya, Joanna, que lo haga. Confío en que recibas esta y el paquetito más o menos al mismo tiempo.

Estoy segura de que hallarás que el diseño de tu brazalete ha mejorado mucho ahora que el nuevo cabello se trenzó con el antiguo. ¡Cómo correrás a hurtadillas hasta tu cuarto y te sonrojarás sin que nadie te vea, como la flor del poema, cuando lo mires! Quizás te sorprenda la adición de unos pequeños pasadores de oro, pero el joyero me dijo que eran necesarios. El cabello de tu pobre hermana fallecida, que era el único que tenía el brazalete cuando me lo enviaste para hacerle los cambios, era muy diferente al de ese impecable verdadero amor tuyo que también me enviaste para incorporárselo. La realidad es que no tenía el largo suficiente para trenzarlo adecuadamente, de extremo a extremo, con el de la pobre Susan, así que, como verás, el joyero se vio obligado a unirlo con unos pasadorcitos de oro. No obstante, lo entrelazó muy bien con el cabello original. Ningún joyero de provincias podría haberlo hecho tan bonito, de modo que hiciste bien en mandarlo a Londres, después de todo. Me considero buen juez de estas cosas y te digo positivamente que ahora es el brazalete de cabellos más bello que he visto en mi vida.

¿Le sigues viendo con la misma frecuencia? Debe serte muy fiel y constante, cuando le demuestras cuánto lo amas al juntar su cabello con el de la pobre Susan, a quien siempre quisiste tanto. Dije que debe; pero tú seguramente dirás que lo será, y yo estoy más que dispuesta, querida, a conceder que tienes razón.

Te seguiría escribiendo, pero se me acaba el tiempo. Estamos en medio de la temporada londinense, y tenemos que trabajar casi hasta caer rendidas. Os envidio a vosotras, las costureras de provincias, y casi desearía estar de nuevo en Dibbledean para que me tiranizara la señorita Joanna de la mañana a la noche. Ya sé que es tu tía, querida, ¡pero no puedo evitar decir que detesto hasta su nombre!

Tu siempre afectuosa amiga,

Jane Holdsworth

P.S. El joyero me devolvió el pelo que le sobró; y yo, como quien cumple un deber, te lo devuelvo a ti, su legítima dueña.

Las cicatrices del rostro de Mat, que indicaban más claramente que su expresión o sus maneras cuándo en su pecho se agitaban poderosas emociones, comenzaron a arder de nuevo a medida que avanzaba trabajosamente en la lectura de la carta. La estrujó con un gesto, en vez de doblarla, y estaba a punto de volver a arrojarla en la caja cuando sus ojos se posaron en los objetos y la costura inconclusa que estaban dentro, que parecieron contener su mano e instarla súbitamente a proceder con ternura. Alisó el papel con cuidado y lo colocó delicadamente entre las demás cartas; después miró la caja pensativo durante unos momentos, se sacó del bolsillo la misiva que examinara al principio y la dejó caer entre las otras; por último, súbita y bruscamente, volvió a ponerla la tapa.

—No puedo seguir tocando sus cosas —se dijo—; no puedo ni siquiera mirarlas sin que me... —se detuvo para volver a atar la caja, tirando con fuerza de la cuerda, como si el esfuerzo físico de estirar algo con fuerza le procurara alivio—. Volveré a abrirla y a revisarla en un par de días, cuando me haya ido del pueblo y haya vuelto a ser yo mismo.

Salió del cobertizo; volvió al camino; se detuvo, miró a un lado y a otro y todo en derredor, indeciso. ¿Adónde ir ahora? ¿A la tumba donde le habían dicho que estaba enterrada Mary? No; no hasta que hubiera leído todas las cartas y examinado cuidadosamente todos los objetos de la caja. ¿De regreso a Londres, a la cita concertada la mañana siguiente con Zack? Sí; nada mejor quedaba por hacer que ir de

regreso a Londres.

Antes de que cayera la noche viajaba de nuevo hacia la gran ciudad y su cita con Zack; viajaba (aunque no tenía la menor idea de ello) hacia el lugar donde estaba oculta la pista que le ayudaría a desentrañar el Misterio de Mary Grice.

CAPÍTULO IV

EL DESTINO EMPLEA A ZACK COMO INSTRUMENTO

Un cuarto de hora de rápida caminata, cuyo punto de partida fue la puerta de su padre, alejó a Zack de las inmediaciones de la Plaza Baregrove y lo lanzó al mundo como vagabundo, pero independiente. En los bolsillos llevaba un pañuelo de seda y siete peniques y medio; todos los bienes de los que podía disponer en ese momento consistían en un hermoso reloj de oro con su cadena; su único equipaje era un bastón de endrino; y su única esperanza descansaba en la Casa de Empeños.

Su primer acto, convertido ya en dueño de su destino, consistió en ir directamente a la primera tienda de artículos de escritorio que pudo encontrar para escribirle allí a su madre la carta de arrepentimiento que su corazón le había impedido redactar en la biblioteca de la Plaza Baregrove. Era la obra epistolar más torpe, apresurada e incoherente que se escribiera jamás. Pero Zack se sintió más tranquilo cuando la terminó; y más tranquilo aún cuando la depositó en el correo junto con otra carta dirigida al señor Valentine Blyth.

El siguiente deber que lo reclamó fue el primer gran deber de toda humanidad civilizada: el de llenar una bolsa vacía. A la mayoría de los jóvenes caballeros de su posición les habría resultado bastante vergonzoso empeñar un reloj en las calles de Londres a plena luz del día. Pero Zack había nacido inmune a todo sentimiento de respetabilidad. Entró en la primera casa de empeño que encontró con tan solemne aire de negocios y salió de ella con tan serena expresión de satisfacción como si acabara de cobrar un jugoso salario o de poner un sustancioso depósito en manos de su banquero.

Una vez provisto de recursos pecuniarios, Zack se sintió en libertad de concederse un día de asueto. Abrió los festejos con un largo paseo en un cabriolet, con una botella de cerveza y un paquete de puros, para impedir que el desastroso estado del tiempo le afectara el humor. Cerró los festejos con una visita al teatro, una cena con compañeros de ambos sexos, un total olvido de sí mismo, una cama en la taberna y un espantoso dolor de cabeza a la mañana siguiente. Hasta ahí, en resumen, el relato de su día libre. Su proceder después de esos festejos reclama ahora nuestra atención, y tiene suficiente importancia, debido a los resultados a los que condujo, como para narrarlo en detalle.

La nueva mañana señalaba el inicio de un día importante en la vida de Zack. Mucho dependía de las entrevistas que estaba a punto de sostener con su nuevo amigo, Mat, en la calle Kirk, y con el señor Blyth en la barrera de portazgo del Camino de Laburnum. Mientras pagaba la cuenta en la taberna, su conciencia no

estaba completamente tranquila, al recordar cierto pasaje de la carta que le escribiera a su madre en el que le aseguraba que ya se encontraba en la senda de la reforma. «Me sinceraré con Blyth y haré exactamente lo que me diga cuando nos encontremos en la barrera de portazgo». Reconfortado por ese buen propósito, Zack llegó a la calle Kirk y llamó a la puerta de los aposentos del piso alto de la tabaquería.

Mat, que lo había divisado desde la ventana, le gritó que subiera en cuanto le abrieran la puerta. Desde que se dieron la mano, el joven Thorpe advirtió que su nuevo amigo estaba alterado. Su expresión parecía haberse tornado abatida y cansada, pesada y ausente, desde la última vez que se vieran.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó Zack—. Fuiste a algún lugar de provincias, ¿no es cierto? ¿Qué noticias traes, amigo mío? Confío en que sean buenas.

—Las peores posibles —replicó Mat secamente—. No digas ni media palabra más sobre ese asunto. Si lo haces, hasta aquí llegamos. Háblame de otra cosa. De lo que quieras; y mientras más pronto, mejor.

Sin poder seguir hablando de los asuntos de su amigo, Zack cambió de tema de inmediato y comenzó a hablar de los suyos. La franqueza era una de sus pocas virtudes, así que le confió a Mat de principio a fin la historia de sus tribulaciones, sin reservarse ni un detalle.

Sin hacer preguntas ni dar respuestas, sin demostrar el menor asombro o la más leve conmiseración, Mat escuchó con aspecto serio hasta que Zack concluyó. Entonces se dirigió al rincón de la habitación donde se encontraba la mesa redonda, volvió a poner la tabla sobre su base, se sacó del bolsillo superior de la chaqueta una faja de piel de castor, la desenrolló lentamente, desplegó sobre la mesa una sustanciosa colección de billetes de banco y, señalándolos, le dijo al joven Thorpe:

—Toma lo que necesites.

No resultaba fácil sorprender a Zack, pero ese proceder lo asombró de tal manera que se quedó mirando los billetes presa de muda estupefacción. Mat tomó su pipa de un clavo de la pared, llenó la cazoleta de tabaco y señalando con la boquilla hacia la mesa, repitió huraño:

—Toma lo que necesites.

Esta vez Zack sí encontró palabras para expresar lo que sentía, y las usó pródigamente para alabar la insólita generosidad de su nuevo amigo y para declinar tomar un solo céntimo. Mat encendió su pipa lentamente, y después le respondió en los siguientes términos:

—Sigue mi consejo, jovencito, y deja toda esa labia para otro; a mí me suena a puras majaderías. No te preocupes; agarra lo que quieras. Lo que necesitas es dinero, aunque no lo quieras reconocer. Eso es dinero. Cuando se haya acabado, siempre puedo volver a California a buscar más. Mientras dure, ponlo a circular. ¿Qué miras? Te dije que sería como un hermano para ti por lo que hiciste por mí la otra noche.

Pues bien: ahora me estoy portando como un hermano. Rescata tu reloj de la casa de empeños y riéte del mundo. ¿Quieres tomar lo que necesites? Y cuando lo hagas, envuelve el resto y títamelo.

Con esas palabras, el hombre del casquete negro se sentó sobre sus pieles de oso y se rodeó, enfurruñado, de nubes de humo de tabaco.

Al darse cuenta de que resultaba imposible hacer que Mat entendiera las sutilezas y refinamientos de la vida civilizada que inducen a un caballero (siempre con excepción de los sacerdotes en época de Pascua) a no aceptar el regalo de dinero de otro caballero; al percibir que estaba decidido a recibir cualquier protesta como declaraciones de enemistad y desconfianza; y sabiendo, además, que una pequeña cantidad de dinero con el que ir tirando sería en realidad un auxilio muy aceptable en sus actuales circunstancias, Zack consintió en tomar dos billetes de diez libras en calidad de préstamo. Mat rió desdeñoso ante esa aclaración, pero el joven Thorpe insistió en ella, arrancó una hoja de su agenda y libró un recibo por la suma que había tomado. Mat se negó destemplada y resueltamente a recibir el documento, pero Zack lo deslizó entre los billetes y le tiró la faja de piel de castor a su dueño, como éste le pidiera.

—¿Quieres una cama para dormir? —le preguntó Mat a continuación—. ¡Di que sí o que no ahora mismo! No quiero más tonterías. No soy un caballero y no puedo cambiar a estas alturas para parecerlo. Es inútil que gastes esos modales conmigo, jovencito. Soy poco más que un cruce entre salvaje y cristiano. Soy un viejo vagabundo curtido, solo y sin cuero cabelludo, ¡eso es lo que soy! Pero con todo, soy tu hermano. Lo mío es tuyo, y si me vuelves a decir que no lo es, tú y yo vamos a pelearnos. ¿Quieres una cama para dormir? ¿Sí? ¿O no?

Sí, Zack sin duda quería una cama, pero...

—Ahí tienes una —señaló Mat, apuntando a través de la puerta plegable a la habitación del fondo—. Yo no la quiero. No he dormido en una cama desde hace más de veinte años. Daré unas cabezadas en este rincón; y otras al aire libre, durante el día, cuando el sol empieza a brillar. No estoy acostumbrado a dormir mucho, y no me hace falta mucho sueño. Entra y ve a ver si cabes en la cama.

Zack intentó protestar de nuevo, pero Mat lo interrumpió, más cortante que nunca.

—Supongo que no te gusta dormir con alguien como yo en el cuarto de al lado —dijo—. Pero no le harías ascos a un pedacito de mi manta si estuviéramos juntos en campo abierto. ¡No importa! Seguramente no querrás aficionarte a mí tan de repente. A pesar de eso, yo sí me he aficionado a ti. ¡Al diablo la cama! Tómala o déjala, como quieras.

Zack el temerario, el que siempre había estado dispuesto a hacerse amigo de cualquier ser viviente bajo la cúpula celeste a los cinco minutos de conocerlo; Zack el

gregario, el que en sus días de vagar por los campos, antes de quedar encadenado a una banqueta de oficina, se había «aficionado» a todo tipo de vagabundo, desde un hojalatero ambulante hasta un cazador furtivo, declaró inmediatamente que dormiría esa misma noche en la cama que se le brindaba, para mostrarse digno, al menos, de la ayuda que le ofrecía y la estima que le demostraba su anfitrión. Muy aliviado por esa franca aceptación, Mat cruzó las piernas aparatosamente sobre el suelo, dejó escapar una risita más cordial que de costumbre, que sacudió sus fuertes hombros, y le brindó el lugar a su joven amigo con las siguientes hospitalarias frases de hospitalidad:

—¡Al fin! Supongo que con esto ya se terminaron las molestias —exclamó Mat—. Tira del cuero de búfalo y planta los pies donde quieras. Estoy fumando. Supongo que tú también fumas. ¡Eh! Traed una pipa limpia —gritó ese diamante sin pulir, a manera de conclusión, al tiempo que levantaba un extremo suelto de la alfombra y clamaba por una hendidura del suelo a la tienda de los bajos.

Llegó la pipa. Zack se sentó sobre el cuero de búfalo y comenzó a interrogar a su excéntrico amigo acerca de su vida en los rincones más remotos de las Américas del Norte y del Sur. Mat le dio al principio respuestas breves, pero Zack lo engatusó poco a poco para que le relatara algunas de sus aventuras. Eran fragmentos de narraciones salvajes, bárbaras, que mezclaban en una misma historia sombríamente fantástica feroces triunfos y peligros mortales; la desolación provocada por el frío, el hambre y la sed; las euforias de improvisados banquetes de cazadores en majestuosos bosques; vetas de oro entre rocas desnudas; galopes para salvar la vida en una pradera en llamas; combates con fieras salvajes y con hombres aún más salvajes; semanas de terrible soledad en desiertos intactos; días y noches de peligrosas orgías entre bárbaros ebrios; visiones de meteoros en los cielos, de huracanes en la tierra, y de hielos flotantes de un brillo cegador cuando el sol lucía en todo su esplendor sobre los mares polares.

El joven Thorpe escuchaba presa de un entusiasmo febril. ¡He ahí la vida aventurera, peligrosa, nómada que soñara! Ya ansiaba emprenderla; habría podido escuchar las descripciones durante un día entero. Pero Mat era el hombre menos capaz de un exceso de locuacidad al relatar su experiencia. De modo que se detuvo súbitamente, de manera irritante, en medio de una aventura entre los caballos salvajes de las pampas, declarando que estaba cansado de darle a la lengua y tan hastiado de hablar de sí mismo que había decidido no volver a abrir la boca —excepto para meterse en ella un filete y una pipa— durante todo el resto del día.

Al ver que era imposible hacerle cambiar de idea, Zack recordó su cita con el señor Blyth y preguntó la hora. Mat, que no tenía reloj, transmitió su pregunta a la tienda mediante el mismo procedimiento de gritar por la hendidura del techo que ya empleara para pedir una pipa limpia. La respuesta le hizo saber a Zack que disponía apenas del tiempo suficiente para llegar puntualmente a su cita en el Camino de

Laburnum.

—Debo encontrarme con mi amigo en la barrera de portazgo —dijo Zack al tiempo que se levantaba y se ponía el sombrero—; pero regresaré en un par de horas. Y dime, ¿has pensado seriamente en regresar a América? —sus ojos fulguraron ansiosos al hacer la pregunta.

—No hay nada que pensar —respondió Mat—. Voy a regresar, pero todavía no he fijado el día. Antes tengo algo que hacer —su rostro se ensombreció y le echó una mirada a hurtadillas a la caja que había traído consigo de Dibbledean, y que ahora estaba cubierta por una de sus pieles de oso—. No trates de saber de qué se trata; es algo que tengo que hacer, y basta. No se te ocurra volverme a preguntar si traje noticias del pueblo o no. No lo hagas jamás y nos llevaremos bien. Me resultas muy simpático, Zack, cuando no eres cargante. Si quieres irte, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no ahuecas el ala?

El joven Thorpe se marchó riendo. El día era claro y hermoso, y el cielo radiante mostraba señales de que la helada regresaba. Zack marchaba de muy buen humor, recordando las increíbles aventuras de Mat. ¿Qué era la vida del pintor más feliz del mundo comparada con la que acababa de escuchar? Zack no esperó a llegar al Camino de Laburnum para comenzar a dudar si estaba realmente decidido a dejarse guiar por entero por los consejos del señor Blyth, y a dedicar todas sus energías futuras al cultivo de las bellas artes.

Cerca de la barrera de portazgo se encontraba un caballero de elevada estatura que hacía un boceto de algunos árboles caídos junto al camino. No podía ser sino Valentine, y, en efecto, era Valentine.

El señor Blyth le dio la mano al joven Thorpe con un aspecto inusualmente serio.

—No empieces a justificarte, Zack —dijo—; no voy a reprocharte nada ahora. Caminemos un poco. Tengo noticias de la Plaza Baregrove para ti.

La historia que comenzó Valentine le informó a Zack de que inmediatamente después de recibir su carta, el pintor había ido a ver al señor Thorpe, con el caritativo propósito de intentar que padre e hijo hicieran las paces. Su misión había sido un rotundo fracaso. El señor Thorpe se había mostrado cada vez más irritado a medida que avanzaba la entrevista, y cuando Valentine sugiriera cuán adecuado resultaría darle alguna esperanza de perdón al hijo fugitivo, había acusado a su visitante de entrometerse imperdonablemente.

El señor Blyth se había abstenido de ofenderse ante ese exabrupto, teniendo en cuenta la agitación del que le hablaba. Pero cuando el reverendo Yollop (quien se encontraba hablando con la señora Thorpe en el piso de arriba) entró poco después en la habitación y se unió a la conversación, se habían pronunciado palabras que habían obligado a Valentine a marcharse. La reiteración de ciertos argumentos que abogaban por la misericordia y que ya había planteado antes, habían instado al señor Yollop a

indicar, con cortesía y humildad extremas, que la naturaleza de la profesión del señor Blyth no lo capacitaba para estimar adecuadamente el carácter y las consecuencias de la falta de moral; y el señor Thorpe, por su parte, se había referido casi abiertamente a los comentarios escandalosos que se difundieran en ciertos círculos años atrás, relativos a la filiación paterna de Madonna. Esas insinuaciones habían indignado a Valentine. Ratificó su falsedad en los términos más enérgicos que fue capaz de emplear y se marchó de la casa, resuelto a no sostener ninguna comunicación ulterior ni con el señor Yollop ni con el señor Thorpe.

Alrededor de una hora después de que regresara a su hogar, recibió una carta de la señora Thorpe con la palabra «privado» escrita en el sobre. La autora se refería, con numerosas expresiones de pesar, a lo ocurrido esa mañana durante la entrevista, y le rogaba al señor Blyth que tuviera en cuenta el estado de salud del señor Thorpe, que era tal que el médico de la familia (que acababa de visitarlo) le había prohibido la más mínima agitación, por lo que no debía recibir visitas ni dar ningún paso encaminado a recobrar a su hijo ausente. El doctor afirmaba que si no se cumplían esas indicaciones al pie de la letra durante varios días, el acceso de palpitaciones del corazón que sufriera el señor Thorpe la noche del regreso de Zack podría repetirse con más fuerza hasta desembocar en una enfermedad. No obstante, si se tomaban los debidos cuidados, no había que temer que sucediera nada alarmante.

Después de referirse a su esposo en esos términos, la señora Thorpe hablaba de sí misma. Mencionaba haber recibido una carta de Zack, pero decía que ésta no había calmado mucho su ansiedad y su alarma. Segura de que el señor Blyth sería el primer amigo al que se dirigiría su hijo, le suplicaba que empleara su influencia para impedir que Zack adoptara una decisión desesperada, o que abandonara el país, cosa que mucho temía que se sintiera tentado a hacer. Se lo pedía al señor Blyth como un favor personal, y dejaba ver que si al concedérselo le permitía decirle a su esposo, sin entrar en detalles, que, por el momento, su hijo estaba al amparo de una guía segura, desaparecería buena parte de la preocupación que ahora sentía. En ese punto terminaba la carta abruptamente; al pie había una postdata en la que la señora Thorpe solicitaba una rápida respuesta.

—Ahora, Zack —dijo Valentine después de relatarle al joven los resultados de su visita a la Plaza Baregrove y de informarle fielmente sobre el contenido de la carta de la señora Thorpe—, sólo añadiré que lo sucedido entre tu padre y yo no cambia en nada el respeto que siempre he sentido por tu madre y mi sincero deseo de prestarle cualquier servicio que esté a mi alcance. Te digo sinceramente —como hacen los amigos— que creo que tu conducta es muy reprobable, pero tengo suficientes confianza y fe en ti como para dejar que tu sentido del honor y el afecto que estoy seguro que sientes por tu madre decidan la cuestión.

Esa exhortación, y la narración que la precedió, surtieron el efecto deseado sobre

Zack. Su ardiente ansia de una vida errabunda de emociones y peligros comenzó a enfriarse al influjo de las templadas fuerzas benéficas que ahora operaban en su interior.

—No será por mi culpa, Blyth, que no llegue a hacerme merecedor de tu buena opinión —dijo conmovido—. Sé que no actué bien; y sé también que me han provocado mucho. Sólo dime qué me aconsejas y lo haré, por mi honor y por mi madre.

—¡Muy bien! ¡Eso es hablar como un hombre! —exclamó Valentine dándole una palmada en el hombro—. En primer lugar, sería inútil que regresaras a tu casa enseguida, incluso si estuvieras dispuesto a hacerlo, cosa que me temo que no sea verdad. En el actual estado de tu padre, tu regreso a la Plaza Baregrove le haría a él mucho daño, y a ti no te reportaría ningún beneficio. No obstante, debes dedicarte a algo mientras permaneces alejado de tu hogar, y no tengo la menor idea de para qué tienes talento, como no sea para el Arte. Has hablado mucho últimamente de que quieres ser pintor, y ahora llegó el momento de poner a prueba tu decisión. Si te consigo un permiso para dibujar en el Museo Británico y ocupar así tus mañanas, y te matriculo en una Academia privada que te ocupe las noches (la de mi casa no es lo bastante estricta para ti), ¿te atenderías a ese plan?

—De todo corazón —contestó Zack relegando resueltamente sus sueños de una vida en países lejanos al limbo del olvido—. No pido nada mejor, Blyth, que atenerme a ti y a tu plan para el futuro.

—¡Bravo! —exclamó Valentine, ya con el tono jubiloso que le resultaba habitual—. Me acabas de quitar el mayor peso que han cargado mis hombros en los últimos tiempos. Le escribiré a tu madre esta misma tarde para tranquilizarla...

—Mándale recuerdos míos —lo interrumpió Zack.

—... mandándole tus recuerdos, convencido, por supuesto, de que te mostrarás digno de que le mande ese mensaje —continuó el señor Blyth—. Demos ya la vuelta para regresar. Mientras más pronto le escriba, más contenta se pondrá. Por cierto, hay otra cuestión importante que se me ocurre ahora y que tu madre parece haber olvidado en la premura y la agitación de su carta. ¿Qué vas a hacer con respecto a las cuestiones monetarias? ¿Has pensado en un lugar donde vivir por el momento? ¿Puedo ayudarte?

Esas preguntas sólo admitían una respuesta sincera, que la natural franqueza del carácter de Zack le llevó a dar sin vacilaciones. Le relató a Valentine toda la historia de su encuentro con Mat (a quien describió formalmente, en esta ocasión, como el señor Matthew Marksman) y de la visita a la calle Kirk de esa misma mañana.

Aunque no se caracterizaba por su excesiva cautela ni por poseer un caudal extraordinario de conocimientos del mundo, el señor Blyth frunció el entrecejo y sacudió la cabeza con aire suspicaz mientras escuchaba la curiosa narración. En

cuanto esta concluyó, expresó su más firme desaprobación ante la atolondrada rapidez con que Zack le había abierto las puertas de su intimidad a un perfecto desconocido; le recordó al joven que había conocido a su nuevo amigo (del cual, según él mismo confesaba, no sabía casi nada) en un lugar de muy mala reputación; y terminó recomendándole encarecidamente que rompiera toda relación con un compañero tan peligroso en la primera oportunidad que se le presentara.

Zack, por su lado, no se mostró remiso en reunir argumentos para defender su conducta. Señaló que el señor Marksman había entrado en el Snuggery con total desconocimiento de las características del lugar y había sido groseramente insultado antes de iniciarse la trifulca. En lo que tocaba a sus asuntos familiares y a su verdadero nombre, era posible que tuviera razones honorables y de peso para ocultarlos, cosa que hacía más probable el hecho de que en todas las demás cuestiones relativas a su persona no mostraba ninguna reserva y hablaba con franqueza. Puede que fuera un tanto excéntrico y que hubiera llevado una vida aventurera, pero no era justo condenarlo solamente por eso y decir además que era un mal sujeto. Para terminar, Zack mencionó el préstamo que recibiera como prueba de que el desconocido no era, al menos, un estafador; y se refirió a la evidente familiaridad con las localidades y las costumbres de California que demostrara en su conversación de esa tarde como prueba incontrovertible de su afirmación de que había ganado su dinero en la minería del oro.

No obstante, el señor Blyth se mantuvo firme en su opinión original, y tras ofrecerle dinero de su propio bolsillo, le sugirió al joven Thorpe que se librara de la obligación que había contraído de manera tan imprudente pagándole esa misma tarde lo que le debía.

—Deshazte de esa deuda —dijo Valentine con toda seriedad—. Deshazte de esa deuda, al menos.

—No lo conoces tan bien como yo —replicó Zack—. No dudaría en tumbarme al suelo de un puñetazo si le demostrara así que desconfío de él; y déjame decirte, Blyth, que es uno de los pocos hombres verdaderamente capaces de hacerlo.

—No es cuestión de broma, Zack —dijo Valentine sacudiendo la cabeza con aire dubitativo.

—Nunca dije nada más serio en mi vida —contestó Zack—; no diré que deba temerle, pero sí que me avergonzaría devolverle su dinero el mismo día en que lo tomé prestado. ¡Si hasta se negó a aceptar mi constancia por escrito de haber recibido el préstamo! Lo único que logré fue deslizársela sin que se diera cuenta entre los billetes, y te apuesto lo que quieras a que, si la encuentra, la romperá en pedazos o la arrojará al fuego.

El señor Blyth comenzó a dar señales de perplejidad. La conducta del desconocido en relación con el dinero era asombrosa, por decir lo menos.

—Deja que lo lleve a la exhibición de tus cuadros —continuó Zack—. Juzga por ti mismo antes de condenarlo. Estarás de acuerdo conmigo en que es lo más justo. ¿Me dejas que lo lleve a ver los cuadros? ¿O vienes conmigo ahora mismo a su alojamiento en la calle Kirk?

—Antes de hacer cualquier otra cosa debo escribirle a tu madre; y, además, tengo trabajo entre manos para hoy y para mañana —dijo Valentine—. Pensándolo bien, lo mejor es que lleves contigo a tu amigo, como acabas de proponer. Pero recuerda la diferencia que establezco siempre entre mi estudio y mi hogar. Considero que la gloriosa misión del Arte es servir a todos, y me enorgullezco de abrir las puertas de mi taller de pintura a cualquier hombre honesto que quiera contemplar mis cuadros. Pero entrar en las demás habitaciones de mi casa está reservado para mis amigos. No consiento que los desconocidos suban a los aposentos del piso de arriba: no lo olvides.

—¡Por supuesto! No se me ocurriría, querido amigo. Bastará con que le eches una ojeada al viejo Lobo de Mar y lo oigas hablar, y yo respondo del resto.

—¡Ah! ¡Zack! ¡Zack! Me gustaría que no fueras tan terriblemente despreocupado en cuanto a las personas con las que te relacionas. Te he advertido a menudo que algún día, cuando menos lo esperes, te buscarás un problema, o se lo buscarás a tus amigos. ¿Adónde irás ahora?

—Regreso a la calle Kirk. Este es el camino más corto, y le prometí a Mat...

—Recuerda lo que me prometiste a mí y lo que yo le prometeré a tu madre...

—Lo recordaré todo, Blyth. Adiós y gracias. Sólo espera a que nos encontremos el sábado y conozcas a mi nuevo amigo; verás que todo anda bien.

—Confío en que no ande todo mal —dijo el señor Blyth, como si tuviera una premonición, cuando emprendía el camino de regreso a casa.

CAPÍTULO V

EL DESTINO EMPLEA AL SEÑOR BLYTH COMO INSTRUMENTO

En casa de Valentine el gran acontecimiento del año era siempre el día en que exhibía los cuadros que había terminado para la Exposición de la Real Academia a amigos y admiradores congregados en su taller. Entre sus visitantes había personas situadas en casi todos los peldaños de la escala social, y se hacían más numerosas, proporcionalmente, a medida que descendían de los más altos a los más bajos. La aristocracia de la sangre estaba usualmente representada en su estudio por su única mecenas perteneciente a la nobleza, la Condesa Viuda de Brambledown; la aristocracia del arte, por dos o tres miembros de la Real Academia; y la aristocracia del dinero, por ocho o diez familias sumamente respetables, que iban tanto para echarle una ojeada a la Condesa Viuda como a los cuadros. Con ellos podía afirmarse que terminaba la parte selecta del grupo; y, después se filtraba, promiscua, la oscura mayoría de los asistentes: una congregación heterogénea de adoradores que acudían al altar del arte, algunos de los cuales tenían poca importancia, otros eran de importancia dudosa y otros, finalmente, no tenían la menor importancia. Incluían entre sus filas no sólo a un puñado de proveedores con los que el señor Blyth sostenía relaciones desde hacía largo tiempo, sino también a su jardinero, a la vieja nodriza de su esposa, al hermano de su doncella y el padre de su cocinera. Algunos de sus amigos más respetables deploraban, por principio, las «tendencias niveladoras» que lo inducían a admitir esa mezcla de clases sociales en su taller los días en que exponía sus cuadros. Pero Valentine era calurosamente alentado a seguir ese curso nada menos que por la Condesa de Brambledown, que sentía un maligno placer en mostrarse ante la sociedad como una radical fuera de duda, una crítica feroz de la nobleza, una repetidora de anécdotas escandalosas de la corte y una ferviente admiradora de la memoria de Oliverio Cromwell.

El agitado sábado en que se exhibían las obras del señor Blyth ante un público de admiradores y amigos personales, el estudio, gracias a la laboriosidad y la atención de Madonna, parecía estar en perfecto orden, tan arreglado y limpio como podía estarlo un dormitorio. Un semicírculo formado por todas las sillas disponibles en la casa — se mezclaban las sillas de la sala y las del cuarto— estaba dispuesto de manera simétrica frente a los cuadros. El imaginativo paisaje clásico titulado «La Edad de Oro» reposaba majestuoso en su caballete, mientras que «Colón a su llegada al Nuevo Mundo», el lienzo de mayores dimensiones que el señor Blyth pintara en toda su vida, ceñido por el marco más espléndido que ordenara para uno de sus cuadros,

colgaba de la pared a una adecuada distancia del suelo, ya que había demostrado ser demasiado pesado y grande para descansar en ninguno de los caballetes que poseía Valentine.

A excepción del escritorio del señor Blyth, todos los muebles y trastos de la habitación habían sido retirados u ocultados detrás de cortinas convenientemente dispuestas en los rincones de la habitación. El señor Blyth caminaba expectante de un lado a otro del espacio así despejado, con el paso elástico y saltarín que le era peculiar: miraba en éxtasis sus cuadros al pasar y pasar frente a ellos; ora cantaba, ora silbaba; por momentos consultaba con aire misterioso un pequeño manuscrito que llevaba en las manos atado con una alegre cinta azul; por momentos seguía las líneas de la composición de «Colón» con un molinete de su mano derecha lleno de ensoñadora gracia artística; siempre, volviérase donde se volviera, espoleado de pies a cabeza por una nerviosa actividad que impedía cualquier idea de descanso; y siempre hospitalariamente listo a correr a la puerta para recibir con los brazos abiertos al primer entusiasta visitante en el mismo instante en que llegara.

Arriba, en el cuarto de la yacente, la escena era muy diferente. Allí también la llegada de los invitados era un acontecimiento importante, pero se la aguardaba en medio de una tranquilidad y un silencio absolutos. La señora Blyth estaba reclinada en su posición de costumbre, hojeando un pequeño portafolio con grabados; y Madonna se encontraba frente a la ventana, desde donde dominaba una vista panorámica de la verja del jardín y del sendero que llevaba desde allí hasta la puerta de la casa. Ese era siempre su puesto los días de exposición de cuadros, porque desde ese sitio podía indicarle por señas la llegada de los diferentes invitados a su madre adoptiva, que estaba demasiado lejos de la ventana para verlos. Todos los demás días del año era la señora Blyth quien se ponía al servicio de Madonna, haciendo las veces de intérprete de las agradables conversaciones que la joven no podía oír. Ese día era Madonna quien se ponía al servicio de la señora Blyth, identificando, a los visitantes cuya aproximación por el sendero del jardín no podía ver sin correr peligro si abandonaba la cama.

Ninguno de los privilegios de que gozaba la joven bajo el techo de Valentine le resultaba más precioso que ese, porque su ejercicio le permitía devolver al menos mínimamente la afectuosa atención de que era constante objeto. La señora Blyth la animaba siempre a indicarle quiénes eran los invitados que llegaban, uno tras otro, mediante señas inventadas por ella, casi siempre sugeridas por alguna peculiaridad de la persona representada, que la capacidad de observación de la joven detectara en un primer encuentro, y que imitaba con pasmosa exactitud. La precisión con que su memoria preservaba esas señas y retenía, tras largos períodos de tiempo, el recuerdo de las personas a quienes aludían, era extraordinaria. Olvidaba con frecuencia los nombres de los conocidos que no visitaban la casa asiduamente, ya que quizás

alguien se los había transmitido por señas una o dos veces y no los oía como los demás cuando surgían accidentalmente en la conversación. Pero si alguno de los que la rodeaba repetía la seña por la cual había designado a ese conocido —no importaba cuánto tiempo atrás— el que la hacía se percataba de que la persona olvidada regresaba a la mente de la joven de inmediato.

Las invitaciones especificaban que los cuadros estarían expuestos entre las once y las tres. Ya hacía mucho que habían dado las diez. Madonna seguía pacientemente junto a la ventana, adelantando un bolso nuevo que tejía para Valentine y echando atentas ojeadas de cuando en cuando en dirección al camino. La señora Blyth, que tarareaba una melodía para sí misma, examinaba lentamente los grabados del portafolio, y estaba tan absorta en esa tarea que olvidó completamente que el tiempo pasaba, de modo que se sobresaltó cuando oyó a Madonna dar una súbita palmada junto a la ventana, señal de que el primer visitante acababa de pasar por la verja del jardín.

La señora Blyth alzó al momento la vista de los grabados y sonrió al ver que la joven retorció con una mueca su fresco y sonrosado rostro en una imitación pueril de la ancianidad, y que inclinaba gravemente su esbelta figura en una sucesión de reverencias, al tiempo que besaba su propia mano varias veces con extrema gentileza y circunspección. Esas señas indicaban al padre de la señora Blyth, el empobrecido grabador, que tenía el anticuado hábito de rendirles homenaje a todas las damas que contaba entre sus amistades saludándolas desde lejos con trémulas reverencias y galantes besamanos. «¡Ah!», pensó la señora Blyth, al tiempo que asentía para dar a entender que había comprendido las señas. «¡Ah! Ahí está papá. Estaba segura de que sería el primero, y sé exactamente lo que hará cuando entre. Admirará los cuadros más que nadie, y se formará mejor opinión de ellos que todos los demás; pero antes de que pueda decirle una palabra de ello a Valentine habrá docenas de personas en el taller, se sentirá súbitamente nervioso y subirá aquí a verme».

Mientras la señora Blyth pensaba en su padre, Madonna hizo señas de que llegaban dos nuevos invitados. Primero levantó la mano rápidamente y comenzó a atusarse unas imaginarias patillas en su lisa mejilla; después se irguió muy derecha y cruzó los brazos majestuosamente sobre el pecho. La señora Blyth reconoció inmediatamente a los originales de esos dos esbozos en pantomima. El primero representaba al señor Hemlock, el crítico menor de un periódico menor, cuyo rasgo más notable era que no se dejaba tranquilas las patillas durante más de cinco minutos. El otro retrataba al señor Bullivant, el rubio aspirante a escultor que escribía poemas y asumía tan infatigablemente actitudes de una estudiada dignidad que no podía ni siquiera contemplar una vidriera sin ponerse en pose estatuaria.

Uno o dos minutos después, la señora Blyth escuchó un portentoso chirrido de ruedas, unas pisadas de caballos y el estrépito de los escalones de un coche bajados

con fuerza. De inmediato, Madonna se sentó en la silla más cercana, se alzó la saya del vestido hasta el regazo, escondió ambas manos en ella y después sacó una e imitó la acción de aspirar rapé, al tiempo que le lanzaba una mirada divertida a la señora Blyth que parecía decir: «Me parece que esta vez no te puedes equivocar». ¡Imposible! Era la viva estampa de la anciana Lady Brambledown, con su manguito y su caja de rapé.

Muy poco después de la Condesa Viuda llegó un visitante de menos fuste. Madonna —con aire de sentirse un poco temerosa ante el atrevimiento de su propia imitación— comenzó a rumiar una imaginaria mascada de tabaco, y después fingió sacársela súbitamente de la boca y arrojarla al suelo a sus espaldas. Fue sólo un momento, pero representaba a la perfección a Mangles, el jardinero, quien aunque era un incorregible aficionado al tabaco, siempre arrojaba al suelo su mascada cuando se dirigía a sus superiores, como si se tratara de un deber para con su propia respetabilidad.

Otro coche. Madonna se puso unos espejuelos inexistentes, fingió quitárselos, frotarlos para limpiarlos y volvérselos a poner; después, apartándose un poco de la ventana, ahuecó su vestido para que asumiera las mayores dimensiones posibles. Los recién llegados así representados eran el médico, cuyos lentes nunca lograba limpiar a su gusto; y la esposa del médico, una dama extremadamente delgada que sugería mentirosamente la presencia de encantos idos usando un globo bajo sus ropas, aunque los rumores más benévolos afirmaban que sólo se trataba de una enagua de crinolina.

A continuación se produjo una breve pausa en la procesión de visitantes. La señora Blyth llamó a Madonna con un gesto y comenzó a hablarle por señas.

«¿Todavía no hay señales de Zack, querida?»

La joven miró ansiosa a la ventana y negó con la cabeza.

«Si se aventura a subir al llegar, no debemos ser tan amables con él como de costumbre. Se ha portado muy mal, y tenemos que lograr que se avergüence de su conducta».

Madonna se sonrojó. Pareció sucesivamente sorprendida, apenada, perpleja e incrédula. ¿Qué Zack se había portado mal? ¡Imposible!

«¡Si se me acerca, haré que se avergüence de su conducta!», continuó la señora Blyth.

«Y yo trataré de consolarlo después», pensó Madonna, volviendo la cabeza por temor a que su rostro la traicionara.

¡Otro campanilleo!

«Quizás ya esté ahí» —continuó por señas la señora Blyth apuntando con la cabeza en dirección a la ventana.

Madonna corrió a ver y después se dio la vuelta con un cómico aire de decepción y con los pulgares metidos en las bocamangas de un chaleco imaginario. Sólo podía

ser el señor Gimble, el tratante de obras de arte que siempre las criticaba con las manos colocadas en esa posición.

En ese momento se oyó un leve toque a la puerta del cuarto de la señora Blyth; entró su padre, sorbiéndose las narices debido a un perpetuo catarro que nada lograba curar, haciendo reverencias y besándose la mano, amilanado por el grupo que se había reunido en el taller hasta el punto de correr al piso de arriba, como predijera su hija.

—¡Oh, Lavvie! La Condesa Viuda está en los bajos, y a su excelencia le gustan los cuadros —exclamó el anciano resoplando y sonriendo con aire achacoso y regocijada voz trémula.

—Ven y siéntate a mi lado, papá, para que veas a Madonna imitar a los visitantes. Es más divertido que cualquier obra de teatro.

—Y a su excelencia le gustan los cuadros —repitió el grabador mientras que sus pobres ojos acuosos refulgían de placer al transmitir nuevamente sus buenas noticias y sentarse junto al lecho de su hija favorita.

Los campanilleos comenzaron a multiplicarse al ritmo de interés compuesto. Madonna casi no estaba quieta en la ventana ni un momento, tantos eran los visitantes que resultaba necesario identificar con mímica. En la planta baja, todos los asientos vacíos estaban siendo rápidamente ocupados, y los que se encontraban de pie al fondo ya formaban dos filas.

Sentada en el centro, en el lugar de honor, se encontraba Lady Brambledown (cuyas visitas al estudio siempre se prolongaban durante toda la mañana), aspirando rapé sin parar, expresando sentimientos liberales con voz cascada y, al parecer, experimentando un extremo placer en lograr que las respetables clases medias clavaran los ojos en ella presas de un reverente asombro. Estaban presentes también dos miembros de la Real Academia: un académico melancólico, envuelto en un voluminoso abrigo, y un académico benévolo, con un paraguas maltrecho y una sonrisa perpetua. Estaban el médico y su esposa, quienes admiraban el grueso marco del «Colón», pero no decían ni una palabra sobre el propio cuadro; el señor Bullivant, el escultor, y el señor Hemlock, el periodista, que intercambiaban solemnemente esos frívolos comentarios críticos en los que palabras como «sensual», «estético», «objetivo» y «subjetivo» ocupan lugares preeminentes, y de los cuales nadie ha logrado, ni logrará nunca, desentrañar una idea. Se encontraba, además, el señor Gimble, elocuentemente laudatorio, haciendo generoso uso de todo el arsenal de la jerga del Arte, sin que nada pudiera obstaculizar la efusión de su discurso. Habían llegado ciertas familias respetables que trataban en vano de entender los cuadros, y se habían sentado frente a otras familias respetables que no lo intentaban, sino que concentraban toda su atención en la Condesa Viuda. También los oscuros visitantes vulgares, que compensaban generosamente su falta de distinción con su entusiasmo.

Y, finalmente, la democracia absoluta, o sea, el grupo de espectadores de clase francamente baja, representado hasta el momento por el jardinero del señor Blyth y el padre de la cocinera del señor Blyth, modestamente situados uno al lado del otro de pie en el umbral, que estaban de acuerdo, según sus fascinados susurros, en que «La Edad de Oro» era una Cosa de Mucho Gusto y «Colón a su llegada al Nuevo Mundo» una Obra Hermosa.

El nerviosismo de Valentine antes de la llegada de los visitantes no era nada comparado con su desaforada actividad ahora que estaban casi todos reunidos. Desde la entrada en la sala del primer espectador no había estado quieto un momento ni había cesado de hablar. Y probablemente no les habría permitido ni a sus piernas ni a su lengua tomarse el menor reposo hasta la partida del estudio del último de sus invitados de no haber sido por Lady Brambledown, quien dio accidentalmente con la única forma de que Valentine fijara la atención en algo y se mantuviera razonablemente tranquilo en un lugar.

—Oiga, Blyth —exclamó su excelencia (la dama nunca anteponía la palabra «señor» a los nombres de sus amigos del sexo masculino)—. Oiga, Blyth, ni aunque me fuera en ello la vida lograría entender su cuadro de Colón. Hace un rato dijo que iba a explicarlo con detalle. ¿Cuándo va a comenzar?

—Enseguida, mi estimada señora, enseguida; sólo esperaba a que el taller se llenara —respondió Valentine, tomando en sus manos el largo puntero que usaba para afirmar la mano cuando pintaba y sacando el manuscrito atado con la cinta azul—. La verdad es, no sé si le parecerá bien, que he pergeñado algunas ideas sobre el arte, a manera de introducción a... a Colón, para decirlo en dos palabras. Están escritas en este papel, las ideas, quiero decir. ¿Alguien tendría la amabilidad de leerlas mientras yo señalo en el cuadro lo que significan? Lo pido porque me parece muy narcisista leer mis opiniones acerca de mis propias obras. ¿Alguien tendría la amabilidad? —repitió el señor Blyth al tiempo que recorría el semicírculo de sillas y ofrecía cortésmente su manuscrito a quien quisiera tomarlo.

Ni una mano se extendió. La timidez es a menudo contagiosa, y en esta ocasión resultó serlo.

—¡Tonterías, Blyth! —exclamó Lady Brambledown—. Léalo usted mismo. ¿Narcisista? ¡Bah! Todo el mundo es narcisista. Detesto a los hombres modestos; son todos unos sinvergüenzas. Léalo y haga gala de su propia importancia. Tiene usted más derecho a hacerlo que la mayoría de sus congéneres, porque pertenece a la aristocracia del talento, la única aristocracia, en mi opinión, que tiene algún valor.

En ese punto su excelencia tomó una pulgarada de rapé y miró a las familias de clase media como si dijera: «¡Vaya! ¿Qué pensáis de eso en boca de un miembro de vuestra querida nobleza?»

Así alentado, Valentine ocupó su lugar (puntero en mano) debajo de «Colón» y

desenrolló el manuscrito.

—¡Qué hombre tan peculiar es el señor Blyth! —le musitó una de las damas a un conocido que estaba de pie detrás de ella.

—¡Y que mezcla tan inusual de personas parece haber invitado! —replicó el aludido mirando hacia la puerta, donde se agolpaba la democracia, retraída, con su ropa de domingo.

—Los cuadros que tengo el honor de exhibir —comenzó Valentine leyendo el manuscrito—, han sido pintados a partir del principio...

—Perdón, Blyth —lo interrumpió Lady Brambledown, cuyo agudo oído había captado el comentario sobre Valentine y su «mezcla de personas», y cuyos principios liberales se sintieron estimulados al instante a hacerse patentes públicamente—. Perdón, pero ¿dónde está mi viejo compinche, el jardinero, que vino la vez pasada? ¿Junto a la puerta? ¿Y por qué no entra? ¡Jardinero!, venga aquí y póngase detrás de mi silla.

El jardinero se acercó, estremeciéndose espantado en su interior por el honor de que se le mencionara públicamente, y lleno de confusión a causa del ruido que hacían sus botas al caminar.

—¿Cómo está? ¿Y cómo está la familia? ¿Por qué se ha quedado junto a la puerta? Usted es uno de los invitados del señor Blyth y tiene tanto derecho a estar aquí adentro como cualquiera de nosotros. Póngase ahí, escuche, mire a su alrededor y cultive su mente. Esta es una era de progreso, jardinero; su clase avanza hacia la cima, y ya era tiempo de que eso ocurriera. Siga, Blyth.

Y, de nuevo, la Condesa Viuda tomó una pulgarada de rapé mientras miraba con desdén a la dama y al caballero que habían mencionado la «mezcla de personas».

—Me he tomado la libertad —continuó Valentine, retomando el manuscrito—, de dividir el arte en dos grandes clases: los paisajes y los cuadros que representan la figura humana; y me he atrevido a nombrar esas clases, en su forma más elevada, con los títulos respectivos de Arte Pastoril y Arte Místico. «La Edad de Oro» es un intento de ejemplificar el Arte Pastoril. «Colón a su llegada al Nuevo Mundo» constituye un esfuerzo por expresarme mediante el Arte Místico. En «La Edad de Oro» —(todos miraron a Colón de inmediato)—, en «La Edad de Oro» —continuó el señor Blyth señalando con su puntero persuasivamente en dirección al cuadro correcto—, en los arbustos del primer plano, los árboles en la media distancia, las montañas en el horizonte y el cielo en toda la parte superior, se aprecia lo que confío que constituya una reproducción tolerablemente fiel de la naturaleza. Pero en el grupo de edificaciones que aparece a la derecha —(aquí el puntero tocó la ciudad arquitectónica con sus campos de escalinatas y selvas de pilares)—, en las ninfas danzantes y el filósofo meditabundo —(el señor Blyth le dio unos golpecitos familiares al filósofo en la cabeza con el extremo acolchado del puntero)—, tienen

ustedes el Ideal, la visión poética e inspiradora de objetos ordinarios como ciudades, alegres campesinas y pensativos espectadores. De esa manera se exalta la naturaleza; y de esa manera también el Arte Pastoril... ¡no! Perdón... de esa manera también el Arte Pastoril exalta... ¡no! Les ruego otra vez que me perdonen... de esa manera el Arte Pastoril y la Naturaleza se exaltan el uno a la otra y... ¡Les ruego de nuevo que me perdonen!... en resumen, se exaltan el uno a la otra...

En ese punto Valentine se interrumpió, porque había llegado al final de un párrafo, y el jardinero hizo un esfuerzo abortado para regresar junto a la puerta.

—¡Excelente, Blyth! —exclamó Lady Brambledown—. Liberal, comprensivo, progresista, profundo. ¡Jardinero, quédese aquí!

—La verdadera filosofía del arte... la verdadera filosofía del arte, milady —añadió el señor Gimble, el tratante de pintura.

—¡Rudimentarios! —dijo el señor Hemlock, el crítico, en un aparte confidencial con el señor Bullivant, el escultor.

—¿El qué? —inquirió ese caballero.

—Los principios críticos de Blyth —respondió el señor Hemlock.

—¡Oh, sí!, extremadamente rudimentarios —dijo el señor Bullivant.

—Una vez visto el Arte Pastoril tal como intenté plasmarlo en «La Edad de Oro» —prosiguió Valentine volviendo la hoja—, ahora, con su permiso, abordaré el Arte Místico y «Colón». El Arte Místico, me atrevería a definir brevemente, es el que aspira a ilustrar los hechos sobre la base de los más altos principios de la imaginación. Toma una escena de la historia, por ejemplo, y la representa con toda exactitud y con la mayor naturalidad posible. Y con eso, el pensador corriente podría muy bien decir que el Arte Místico ha hecho lo suficiente...

(—Y así es —musitó el señor Hemlock.)

—Pero, por el contrario, el Arte Místico no ha hecho más que empezar. Además de la representación de la escena misma, es necesario indicar también el espíritu de la época...

(—¡Ah!, totalmente cierto —murmuró Lady Brambledown—; sí, sí, el espíritu de la época.)

—... el espíritu de la época que dio origen a esa escena, y hacerlo místicamente, mediante la introducción de esas aladas formas, angélicas o infernales, esos querubines y etéreos genios femeninos, esos demonios y dragones de las tinieblas que tantos ilustres pintores nos han enseñado desde hace largo tiempo a reconocer como la encarnación visible de las influencias benéficas y malignas: la Virtud y el Vicio, la Gloria y la Vergüenza, el Éxito y el Fracaso, el Pasado y el Futuro, el Cielo y la Tierra, todo en el mismo lienzo.

En ese punto el señor Blyth volvió a hacer una pausa: había afrontado algunas dificultades con el pasaje, y estaba orgulloso de haber llegado a su final sin tropiezos.

—¡Memorable! —exclamó entusiasta el señor Gimble.

—Bombástico —musitó crítico el señor Hemlock.

—Y mucho —asintió aquiescente el señor Bullivant.

—Siga, llegue al cuadro, no se detenga tantas veces —dijo Lady Brambledown—. ¡Bendito sea, este hombre no se está quieto! —esto último no se refería a Valentine (quien, sin embargo, tanto lo habría merecido), sino al infeliz jardinero, que había hecho un segundo intento de escapar hacia la acogedora penumbra de la puerta y había sido traicionado por sus botas.

—Para ejemplificar lo que acabo de decir, veamos el cuadro que está a mi lado —continuó el señor Blyth—. El momento escogido para la representación es el alba del 12 de octubre de 1492, cuando el gran Colón avistó por primera vez tierra firme al término de su viaje. Observen cómo en la parte superior de la composición se despliega místicamente el espíritu de la época ante los ojos del espectador. De las dos figuras aladas femeninas que revolotean entre las nubes de la mañana, exactamente encima de Colón y su barco, la primera es el Espíritu del Descubrimiento, que lleva el orbe terrestre en la mano izquierda y apunta con una corona de laurel (símbolo de la fama de Colón) hacia el Continente recién descubierto. La otra figura simboliza el Espíritu del Mecenazgo Real, encarnado en la Reina Isabel, la afectuosa amiga y protectora de Colón, que ofreció sus joyas para cubrir los gastos de la expedición y que durante el peligroso viaje lo acompañó en espíritu, como aquí se representa. La figura de color ocre con un penacho en la cabeza, cabello al viento y plumas erizadas que se eleva desde el horizonte en occidente, representa al Genio de la América, que avanza al encuentro de, su gran descubridor; mientras que los rostros borrosos, que se adivinan vagamente por entre la niebla matutina a espaldas de la figura anterior, son los de Washington y Franklin, quienes nunca habrían florecido en América si ese continente no hubiera sido descubierto y quienes, por tanto, están proféticamente relacionados con los primeros viajeros del Viejo al Nuevo Mundo.

Haciendo una nueva pausa, el señor Blyth hizo amplio uso de su puntero explicativo para señalar al Espíritu del Descubrimiento, el Espíritu del Mecenazgo Real y el Genio de la América, sin olvidar un golpecito indicativo por cabeza a las fisonomías embrionarias de Washington y Franklin. Todos los asistentes seguían el avance del puntero con aire ausente, pero nadie habló, salvo el señor Hemlock, quien frunció el entrecejo y le susurró «¡Tonterías!» al señor Bullivant, quien, a su vez, sonrió y le susurró «Así es» al señor Hemlock.

—Permítanme ahora llamar su atención —continuó Valentine—, sobre el estilo místico al tratar el tema, trasladado del cielo al mar. Retorciéndose derrotados tras el navío de Colón, en las profundidades del transparente Atlántico, se pueden ver estas representaciones difusas de las dificultades y los enemigos que el intrépido navegante tuvo que vencer. Aplastado, se hunde de cabeza en las aguas, en primer lugar, el

Espíritu de la Superstición, indicado por estas túnicas monásticas, ya que el consejo de los monjes se opuso a Colón desde el principio. Detrás del Espíritu de la Superstición, y representado con una guirnalda de uvas moradas en torno a la cabeza, desciende el Genio de Portugal, ya que los portugueses rechazaron a Colón y enviaron traicioneramente unas fragatas para tomarlo prisionero y de esa forma impedir su descubrimiento. Las figuras escamosas entrelazadas entre las dos anteriores representan la Envidia, el Odio, la Maldad, la Ignorancia y el Crimen en general; y de esta manera, el elemento místico resulta, para decirlo de alguna forma, sacado del cuadro a través del mar.

(Otra pausa. Nadie dijo una palabra, aunque todos se sentían aliviados por la partida definitiva del elemento místico).

—Todo lo que queda ahora por señalar —continuó el señor Blyth—, es la parte central de la composición, que está ocupada por Colón y sus barcos, y que representa la escena como se supone que ocurrió. Aquí llegamos a la Realidad, y a ese tipo de arte correctamente imitativo que es lo bastante simple como para explicarse por sí mismo. Como prueba de ello, permítanme llamar su atención hacia el aparejo de los navíos, las actitudes de los marineros y, sobre todo, hacia el propio Colón. Semanas de la más laboriosa consulta con autoridades de la que es capaz el artista se invirtieron en la búsqueda de esa figura; se invirtieron, diría yo, en lograr la fiel representación del carácter individual, que es mi más ardiente deseo combinar con el elemento más elevado o místico. Tal vez me permitan señalar, para concluir, una muestra de esa fidelidad a la Naturaleza que se aprecia en la persona de Colón. Por favor, observen cómo está de pie embelesado en la popa de su navío, y háganme el favor de examinar cuidadosamente sus brazos extendidos. Antes, sin embargo, permítanme recordarles que este gran hombre comenzó a navegar a los catorce años, y que afrontó todos los rigores de la vida en el mar; a continuación, déjenme rogarles que sigan el hilo de mis pensamientos y consideren que entre esos rigores estaba, naturalmente, el industrioso arrastre de sogas y el viril manejo de largos remos; y finalmente, permítanme ahora llamar su atención hacia la manera en que el sistema muscular del famoso navegante se ha desplegado en sus brazos en anatómica armonía con esta idea. Sigán atentamente el puntero y observen, casi haciendo estallar sus mangas, por decirlo de algún modo, el vigor característico del *Bíceps Flexor Cubiti* de Colón...

—¡Misericordia! ¿Y eso qué es? —exclamó Lady Brambledown—. ¿Es algo indecente?

—El *Bíceps Flexor Cubiti*, su excelencia —comenzó el doctor, encantado de verter información profesional en los oídos de la Condesa Viuda—, puede traducirse literalmente como el Flexor del Codo, que tiene dos cabezas, y es un músculo ubicado en lo que denominamos la Apo...

—¡Siga el puntero, mi estimada señora, por favor, siga el puntero! Este es el *Bíceps* —lo interrumpió Valentine, dando golpecitos con el puntero hasta que el lienzo comenzó a ondularse en la parte superior de los brazos de Colón, que exhibían su condición muscular a través de unas mangas de piel de gamuza muy ajustadas—. El *Bíceps*, Lady Brambledown, es un músculo tremendamente fuerte...

—Que se inserta en el cuerpo humano, su excelencia —interrumpió el doctor—, mediante dos cabezas...

—Que se usa —continuó Valentine atajándolo— le pido que me perdone, doctor, pero esto es importante, que se usa...

—Y yo le pido perdón a usted —replicó el doctor irritado—. El origen del músculo, o lugar donde se inserta, es lo primero que se debe describir. El uso viene después. Se trata de un axioma de la ciencia anatómica...

—¡Pero, mi estimado señor! —exclamó Valentine.

—No —dijo el doctor de forma perentoria—, debe usted excusarme realmente. Este es un asunto profesional. Si permito que se den explicaciones erróneas sobre el sistema muscular en mi presencia, sin rectificarlas...

—¡Yo no quiero dar ninguna explicación! —exclamó Blyth gesticulando vigorosamente en dirección a Colón—. Yo sólo quiero...

—Describir el uso de un músculo antes de describir el lugar donde se inserta en el cuerpo humano —insistió el doctor—. ¡No, mi estimado señor! No puedo permitirlo. ¡De ninguna manera! ¡Realmente NO puedo permitirlo!

—¿Me dejará usted decir dos palabras? —preguntó Valentine.

—Doscientos mil, mi buen señor, sobre cualquier otro tema —asintió el doctor con una sonrisa sarcástica—; pero sobre este tema...

—¿Sobre el tema del arte? —vociferó Blyth con un golpe del puntero sobre Colón que sacó un sonido del lienzo como el de un golpe sordo sobre un tambor—. ¿Sobre el tema del arte, doctor? Sólo quiero decir que, como Colón debe haberse ejercitado mucho durante los primeros años de su vida en el arrastre de sogas y el manejo de los remos, he puesto de manifiesto el gran desarrollo de su *Bíceps* (que se usa principalmente para esas actividades) a través de sus mangas, como un elemento característico para insistir en su desarrollo físico. ¡Eso es todo! En cuanto a la inserción ...

—La inserción del *Bíceps Flexor Cubiti*, su excelencia —continuó el pertinaz doctor—, se realiza en dos extremos. El primero arranca, si es que puedo usar la expresión, *tendinosamente*, en el ángulo externo del omóplato...

—Ese hombre es un mequetrefe pedante —le susurró el señor Hemlock a su amigo.

—¡Y, sin embargo, no tiene una mala cabeza para un busto! —le respondió el señor Bullivant.

—¡Por favor, señor Blyth —intercedió el cortés y siempre admirativo señor Gimble—, por favor, permítame rogarle, en nombre de los presentes, que prosiga con sus interesantes y sugerentes explicaciones y puntos de vista sobre el arte!

—Gracias, señor Gimble —dijo Valentine, un poco desmoralizado por la reprobación anatómica de que lo hiciera blanco el doctor—. Me siento sumamente encantado y muy agradecido por su deseo, pero no tengo nada más que leer. Me pareció que ese detalle de Colón era un buen final, y consideré que podía dejar que el resto del cuadro se explicara por sí mismo al espectador inteligente.

Al escuchar esas palabras, algunos de los espectadores, evidentemente desconfiando de su propia inteligencia, se pusieron de pie para marcharse, pero nuevos visitantes hicieron su aparición para llenar las sillas vacías y recibir la cordial bienvenida del señor Blyth. Mientras tanto, en medio del alboroto de los amigos que partían y los que llegaban, y del cada vez más alto murmullo de la conversación general, la voz del inflexible doctor seguía farfullando solemnemente frases como «ligamentos capsulares», «tendones adyacentes» y «apófisis coracoides» al oído de Lady Brambledown, quien lo escuchaba con mordaz curiosidad, como a una especie de cortés bufón a quien le divertía conocer.

Entre los nuevos solicitantes a ser admitidos al taller se encontraban dos personas a quienes Valentine había esperado ver a una hora mucho más temprana del día: el señor Matthew Marksman y Zack.

—¡Qué tarde llegas! —dijo al darle la mano al joven Thorpe.

—Querría haber llegado más temprano, amigo mío —respondió Zack con aire de darse importancia—, pero tuve que resolver un asunto —(había ido a recuperar su reloj en la casa de empeños)—; y mi amigo aquí también tenía un asunto que resolver —(el señor Marksman se había dedicado a ahumar arenques rojos para una comida temprana)—; así que entre una cosa y otra no pudimos llegar antes. Mat, déjame presentarte. Este es mi viejo amigo, el señor Blyth, de quien ya te he hablado.

Valentine apenas tuvo tiempo de darle la mano al nuevo invitado antes de que nuevos visitantes reclamaran su atención. El joven Thorpe hizo los honores del taller de pintura en ausencia del artista.

—Montones de personas, como te dije. Mi amigo es un genio —musitó Zack, preguntándose, mientras hablaba, si la escena de la vida civilizada que ahora se desplegaba ante el señor Marksman tendería a resquebrajar en alguna medida su bárbara confianza en sí mismo.

No, ni un adarme. Allí estaba Mat, grave y frío, y observando tan tranquilamente las cosas que lo rodeaban como siempre. Ni los cuadros, ni el público presente, ni las miradas de muchos ojos clavados con aire interrogativo en su casquete negro y su rostro moreno y surcado de cicatrices lograban enturbiar la olímpica serenidad de ese Júpiter de las regiones campestres.

—¡Helo allí! —exclamó Zack señalando con aire triunfante a «Colón», situado al otro lado de la habitación—. Estrújate el cerebro, y adivina de qué es ese cuadro sin que te ayude.

Mat examinó atentamente la figura de Colón, el aparejo de sus barcos y las alas de los típicos espíritus femeninos que revoloteaban entre las nubes del alba, reflexionó unos momentos y respondió con tono grave y circunspecto:

—Peter Wilkins^[13] se va de viaje con sus esposas voladoras.

Zack sacó su pañuelo y ahogó sus carcajadas lo mejor que pudo, por consideración a Mat, quien, no obstante, no le hizo el menor caso, sino que añadió, contemplando atentamente el cuadro:

—Peter Wilkins era el único libro que tenía cuando era un mozalbete a bordo de un navío. Lo leía una y otra vez, a pedacitos, en mis ratos libres, hasta que casi me lo aprendí de memoria. De eso hace muchos años, y muchas de las cosas que sabía entonces ya no las sé. Pero, fíjate, estoy convencido de que Peter Wilkins era una suerte de marinero.

—Bueno —susurró Zack, siguiéndole la corriente—, ¿y qué si lo era?

—¿Tú crees que un hombre que supiera algo de marinería sería tan tonto como para echarse al mar en un buque como ese? —preguntó el señor Marksman al tiempo que señalaba con desdén el barco de Colón.

—¡Silencio! Viejo Lobo Marino, el cuadro no tiene nada que ver con Peter Wilkins —dijo Zack—. Mantente callado y espérame aquí un minuto. En el otro extremo de la habitación hay algunos amigos a los que debo saludar. Y, mira, si Blyth se acerca y te pregunta por el cuadro, dile que es Colón, y que tiene un parecido notable.

Una vez solo, Mat buscó con la vista un lugar mejor que el que ocupaba, y al ver un espacio entre el marco de la puerta y el escritorio del señor Blyth, se retiró hacia allí. Metió las manos en los bolsillos, se recostó cómodamente contra la pared y comenzó a examinar la habitación y todo lo que en ella había. No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que se viera interrumpido. Uno de sus vecinos, al ver que tenía la espalda apoyada en un gran boceto sobre papel clavado en la pared, le dijo sin ambages que no estaba bien ahí y lo obligó a cambiar de posición. Mat se movió hacia el marco de la puerta, pero tampoco allí lo dejaron tranquilo. Un nuevo lote de invitados lo forzó a cederles paso para entrar en la habitación, lo que hizo girándose cortésmente contra el marco de la puerta hasta salir al pasillo.

En el momento en que desaparecía de esa manera de la vista, el señor Blyth se apresuraba a dirigirse hacia el lugar que Mat ocupara, y comenzaba a darles la bienvenida a sus invitados con gran cordialidad, pero también con cierto nerviosismo y perplejidad. El asunto era que Lady Brambledown acababa de recordar que no había examinado aún las obras de Valentine con uno de esos tubos que emplean los

artistas para concentrar los rayos de luz en el cuadro cuando se mira a través de ellos. Como sabía, por experiencias anteriores, que en el estudio existía uno de esos pequeños instrumentos, su excelencia había expresado su ardiente deseo de utilizarlo al instante con «Colón». Valentine prometió buscarlo con su acostumbrada cortesía, pero lo cierto era que no tenía la menor idea de dónde se hallaba. Recordaba vagamente que había amontonado algunos cachivaches pequeños en el fondo de su escritorio para que no corrieran peligro al aderezar el taller. Era posible que el tubo estuviera entre ellos, así que decidió buscarlo ahí, incapaz de tener idea de dónde registrar después si la búsqueda resultaba infructuosa.

Después de rogarles a los recién llegados que pasaran, abrió el escritorio, que era grande y anticuado, con una llavecita brillante que colgaba de una cadena engarzada a la de su reloj, y empezó a registrar entre la infinita confusión que allí reinaba, dedicando su atención a descubrir el tubo perdido. No lo encontró en el fondo del escritorio. A continuación miró, tras una breve vacilación, en una larga y estrecha gaveta que estaba debajo de un casillero en la parte posterior del mueble.

El tubo tampoco estaba allí, así que volvió a cerrar la gaveta, cuidadosa y suavemente, porque adentro se encontraba el brazalet de cabellos que perteneciera a la madre de Madonna, colocado sobre un pañuelo blanco que también se encontrara en el bolsillo de la muerta. Justo en el momento en que cerraba la gaveta oyó unos pasos a su derecha y se volvió en esa dirección con suspicacia; al hacerlo, cerró con llave la tapa del escritorio. No era otro que el cortés señor Gimble, que quería saber qué buscaba el señor Blyth, y si podía serle de alguna ayuda. Valentine mencionó la pérdida del tubo, y el señor Gimble se ofreció para confeccionar uno con cartulina.

—Mil gracias —dijo el señor Blyth volviendo a engancharse la llave a la cadena del reloj, mientras retornaba junto a Lady Brambledown con su amigo—. Mil gracias, pero lo peor es que no sé dónde puede haber ido a parar la cartulina.

Si en vez de volverse hacia la derecha para dirigirse al señor Gimble, Valentine se hubiera vuelto a la izquierda, habría visto que, justo en el momento en que abría el escritorio y empezaba a hurgar en él, el señor Marksman, al advertir que ya estaba libre el paso al taller, había vuelto a girar silenciosamente alrededor del marco de la puerta; y que después, de modo igualmente silencioso, se había inclinado levemente hacia adelante, para echarle una ojeada de soslayo al interior del escritorio con sus observadores ojos a los que nada escapaba, y que habían sido entrenados durante su experiencia entre los indios para mantenerse siempre alerta. Lejos estaba de imaginar el señor Blyth, mientras se alejaba hablando con el señor Gimble y volvía a asegurar cuidadosamente la llave en su engarce, que el extraño amigo de Zack había visto tanto como él mismo.

«Cerró ese cajón rapidísimamente cuando se le acercó ese tipo bajito que no deja de sonreír», pensó Mat. «Y, sin embargo, ahí no parecía haber nada que un extraño no

pueda ver. No había dinero, al menos ninguno en el que se posaran mis ojos. Bueno, no es asunto mío. Mejor le echo otra ojeada al cuadro».

En el terreno del arte, como en otros, agentes poco nobles a veces realizan grandes descubrimientos o dan pie a grandes acontecimientos. La deplorable ignorancia de Mat acerca de la pintura en general, y su burda incompreensión del tema que representaba a Colón en particular, parecían señalarlo como el último hombre en el mundo que pudiera relacionarse con el Arte Místico en calidad de genio guardián. No obstante, ese fue el elevado sitio para el que lo seleccionó el Destino. Dicho de manera más sencilla, la monumental obra histórica del señor Blyth estaba, desde hacía algunos momentos, en inminente peligro de resultar destruida por una caída, y la «ojeada al cuadro» de Mat fue el hecho cardinal que le permitió al que la lanzaba ser la primera persona en la habitación en advertir que el cuadro corría peligro.

Los ojos con los que el señor Marksman contemplaba el cuadro eran, sin duda, los ojos de un bárbaro; pero los ojos con los que examinó los soportes de los que colgaba eran los de un marinero y de un buen carpintero. Se dio cuenta enseguida que una de las dos abrazaderas de hierro que sostenían la estructura del «Colón» había sido empotrada de modo negligente en una zona de la pared que no era lo bastante fuerte como para resistir la tensión del pesado marco hacia el suelo. Detrás del lienzo caía velozmente una pequeña llovizna de yeso suelto que habría podido dar la alarma, pero en medio del murmullo general nadie la había oído caer; y nadie había notado la tenue y fina grieta que se había abierto sobre la abrazadera de hierro, y que se ampliaba furtivamente minuto a minuto.

—¿Me dejan pasar? —les dijo Mat tranquilamente a algunos de sus vecinos—. Quiero evitar que esas mujeres voladoras y el hombre del barco estrafalario terminen por venirse abajo.

Docenas de damas y caballeros alarmados se incorporaron de un salto en sus asientos. Mat se abrió camino sin ninguna ceremonia y gracias a su falta de modales llegó a tiempo para salvar el cuadro. Con un crujido destemplado y el simultáneo desplome de un gran trozo de yeso, la abrazadera suelta se salió limpiamente de la pared justo en el momento en que Mat agarraba con sus fuertes manos la esquina y el lado del cuadro que habían perdido su punto de apoyo, y así evitaba que éste se columpiara fatalmente hacia abajo, lo que inevitablemente lo habría volcado sobre los asientos que se encontraban a sus pies.

A continuación se produjo una confusión y un clamor de voces; el señor Blyth hablaba más alto, se mostraba más agitado y resultaba más inútil en medio de la emergencia que ninguno de sus vecinos. Mat, calmado como siempre, siguió sosteniendo la pintura, y sin hacer el menor caso de los confusos consejos y la engorrosa ayuda que le ofrecían, le gritó a Zack que fuera a buscar una escalera, o a falta de ella, que «se encaramara» en unas sillas y cortara la cuerda de la abrazadera

que se mantenía firme. El joven Thorpe sabía que en el taller solía guardarse una escalerilla de madera. ¿Dónde la habrían escondido? La conmoción había hecho que el señor Blyth perdiera totalmente la memoria, así que Zack corrió, guiado por el más puro azar, hacia las ondeantes cortinas que ocultaban los trastos apilados y sacó triunfalmente la escalerilla.

—Perfecto; tómate tu tiempo, jovencito: hay una navaja en el bolsillo izquierdo de mis pantalones —dijo Mat—. Ahora corta ese trozo de soga y sujétalo fuerte por arriba mientras yo bajo el cuadro. ¡Calma! No te precipites y... ¡ya está! —y con esas palabras el genio guardián dejó al Arte Místico apoyado sin peligro sobre el suelo y empezó a sacudirse de los faldones de la levita el yeso que le había caído encima.

—¡Mi estimado señor! Ha salvado usted el mejor cuadro que he pintado en mi vida —exclamó Valentine al tiempo que le agarraba emocionado ambas manos—. No encuentro palabras para expresarle mi gratitud y mi admiración...

—No se preocupe por eso —respondió Mat—; imagino que no las entendería si las encontrara. Si quiere volver a colgar el cuadro, yo mismo lo haré. Y si quiere que le partan la estúpida cabeza al carpintero que lo colgó antes, tampoco me importaría demasiado hacerlo —añadió Mat mirando el hueco que la abrazadera había abierto con expresión del mayor disgusto que puede experimentar un artesano.

Una nueva conmoción en la habitación —cerca de la puerta esta vez— le impidió al señor Blyth dar respuesta inmediata a las dos amistosas propuestas que acababa de recibir.

A la primera señal de alarma, todas las damas —encabezadas por la Condesa Viuda, cuyo instinto de conservación estaba muy desarrollado— se habían alejado lo más posible del cuadro que caía, antes de aventurarse a mirar a sus espaldas el proceso mediante el cual al fin había sido depositado sobre el suelo sin mayor percance. Justo cuando acababa de suceder esto último, Lady Brambledown —que era quien estaba más cerca de la puerta— advirtió a Madonna en el pasillo que desembocaba en ella. La señora Blyth había oído el ruido y la confusión de la planta baja, y al darse cuenta de que los sirvientes no respondían a su campanilla, y que era casi imposible que su padre venciera el terror que le provocaba enfrentarse solo a los reunidos, lo había enviado con Madonna para que averiguara qué había ocurrido en el estudio.

Mientras bajaba las escaleras con su acompañante, la joven había previsto que podrían averiguar fácilmente si existía algún problema sin ir más allá del pasillo, echando un vistazo a través de la puerta del estudio. Pero toda posibilidad de escapar a la pesadilla del taller desapareció desde el momento en que Lady Brambledown posó sus ojos en ella. La Condesa Viuda era una de las más fervientes admiradoras de Madonna, y en ese momento expresó esa admiración abalanzándose sobre ella con un afecto y un entusiasmo inmensos. Otras personas, para las cuales la joven sordomuda

constituía un espectáculo mucho más interesante que el «Colón» o «La Edad de Oro», se agolparon a su alrededor, tratando todas al mismo tiempo, con gran amabilidad y poca inteligencia, de explicar con señas que ningún ser humano habría sido capaz de entender. Por suerte para Madonna, Zack (quien desde que cortara la cuerda del cuadro había sido asaltado por una lluvia incesante de preguntas acerca de su extraño amigo hechas por docenas de caballeros curiosos) miró por casualidad en dirección a la joven, por encima de las cabezas de las damas, y acudió con rapidez a explicarle el peligro del que había escapado «Colón». Madonna intentó irse para llevarle la noticia a la señora Blyth; pero Lady Brambledown, cariñosamente reacia a renunciar a su presencia, decidió que el pobre grabador que permanecía tembloroso en el pasillo era lo bastante listo como para llevar un mensaje al piso de arriba, y lo envió a transmitirle a su hija lo ocurrido en el estudio. De ahí que cuando el señor Blyth se fue del lado del amigo de Zack para ver qué sucedía cerca de la puerta, se encontró a Madonna en el taller, rodeada de compasivas damas. Las primeras palabras con las que Lady Brambledown respondió a su mirada inquisitiva le recordaron la preocupación y la alarma que debió experimentar su esposa, así que corrió hacia arriba sin perder un instante, tras prometer que regresaría en unos minutos.

Mat siguió con desgano a Valentine hasta el grupo que se encontraba junto a la puerta, con desgana echó un vistazo a las cofias de las damas, y vio a Madonna, que en ese momento le ofrecía su tablilla a la Condesa Viuda.

La dulce delicadeza femenina y la juvenil suavidad del rostro de Madonna resaltaban encantadoras en ese momento en que, tímida y confusa, era el blanco de las inquisitivas miradas de todos. Sus ropas nunca habían contribuido más poderosamente a realzar los atractivos de rostro y figura con sus seductoras simplicidad y modestia, que con el sencillo vestido gris y el delantalito de seda negra que siempre llevaba, y que contrastaban con el oropel de los colores de moda que resplandecía a su alrededor. ¿El tosco señor Marksman también se habría dejado seducir a primera vista? Si era así, su rostro y sus maneras lo ponían de manifiesto de manera muy extraña.

Casi en el mismo instante en que sus ojos se posaron sobre ella, el tono de arcilla helada que coloreaba sus morenas mejillas en la tienda de géneros de punto de Dibbledean volvió a invadirlas. La primera ojeada de asombro que le lanzó pareció penetrarlo lentamente, mientras sus ojos seguían clavados en el rostro de la joven con una mirada acongojada, ausente, de supersticiosa estupefacción. No se movió, parecía que casi ni respiraba, hasta que la cabeza de una persona obstaculizó su campo visual. Entonces retrocedió unos pasos, miró a su alrededor desconcertado, como si hubiera olvidado dónde se encontraba, y se dirigió rápidamente hacia la puerta, aparentemente decidido a marcharse de la habitación.

Pero en su corazón operaba una fuerza inexplicable que lo hizo retroceder aun en contra de su voluntad. Volvió sobre sus pasos hacia el grupo que rodeaba a Madonna, la miró fijamente de nuevo y, a partir de ese momento, no le quitó los ojos de encima hasta que la joven regresó al piso de arriba. Dondequiera que Madonna volvía el rostro, Mat la seguía, fuera del círculo, para quedar siempre frente a ella. Cuando Valentine reapareció en el estudio y Madonna le imploró con una mirada que la librara de la admiración general y la enviara con la señora Blyth, Mat la contemplaba por encima del hombro del pintor. Y cuando el joven Thorpe, que se había dedicado a ayudarla a comunicarse con los visitantes, le hizo una señal con la cabeza tras la salida de Madonna de la habitación, su amigo de las regiones salvajes se puso a su lado.

CAPÍTULO VI

APARECE LA PISTA

Ahora que el foco de atención había desaparecido, los visitantes del señor Blyth volvieron a dispersarse hacia el taller o se acercaron a la puerta para marcharse. Zack, que se había girado rápidamente en cuanto Madonna salió del estudio, encontró que su estrafalario compañero no se movía ni una pulgada mientras los demás presentes se desplazaban a su alrededor.

—En nombre de todas las maravillas del mundo, ¿qué te sucede ahora? ¿Te sientes mal? ¿Te hiciste daño con el cuadro? —preguntó Zack, preocupado por el incomprensible cambio que advirtió en el rostro y las formas de su amigo.

—Sal conmigo —dijo Mat.

El joven Thorpe lo miró sorprendido: ¡hasta el sonido de su voz era diferente!

—¿Qué ocurre? —preguntó Zack.

No obtuvo respuesta. Recorrieron rápidamente el pasillo hasta llegar a la verja del jardín, siempre en silencio. En cuanto llegaron a una de las solitarias callejuelas aledañas, Mat se detuvo en seco y, encarando a su compañero, dijo:

—¿Quién es ella?

La súbita ansiedad de sus palabras, que contrastaba marcadamente con su tono y sus modales usualmente circunspectos hicieron que esas tres palabras tan sencillas produjeran un sobresalto en el joven Thorpe.

—¿Ella? ¿A quién te refieres? —inquirió el joven.

—Me refiero a la joven a quien todos miraban.

Zack se quedó contemplando durante unos instantes, con expresión de incomprensión y asombro, la ansiedad que se reflejaba en el rostro de su amigo, y después dejó escapar la carcajada, presa de uno de los más ruidosos, prolongados y vigorosos accesos de risa de su vida.

—Oh, por Júpiter, no me perdería esto ni por cincuenta libras. ¡Hete aquí al viejo Lobo Marino aquejado de una tierna pasión, igual que el resto de los mortales! ¡Avergüénzate, viejo descarado, avergüénzate! ¡Te enamoraste a primera vista de Madonna!

—¡Al diablo con tu risa! Dime quién es.

—¿Qué te diga quién es? Eso es exactamente lo que no puedo hacer.

—¿Por qué no? ¿Qué quieres decir? ¿Es del hombre que pinta?

—¡Oh, vergüenza debería darte, Mat! Nunca se debe decir de una joven dama que es de nadie, como si se tratara de un mueble o de dinero invertido en el Tres por Ciento^[14] o algo por el estilo. ¡Quédate tranquilo, hombre, no me agites así!

Terminarás por arrancarme el brazo. Déjame reírme un poco y luego te lo digo todo.

—Dilo ya, rápido.

—Bueno, antes que nada, no es hija de Blyth, aunque algunos amantes del escándalo han extendido el rumor de que sí lo es...

—¿Ni tampoco es su esposa?

—Ni tampoco es su esposa. ¡Qué pregunta! Blyth la adoptó hace años, cuando era una niña. Pero quién es, o dónde se la encontró, o cuál es su apellido, son cosas que Blyth nunca le ha contado a nadie y nunca contará. Es la joven más adorable, más buena, más hermosa del mundo; y eso es todo lo que sé. Es una historia corta, pero sorprendentemente romántica, ¿no es cierto?

Mat no respondió de inmediato. Le había prestado la mayor atención a la exigua información que Zack le brindaba. La repitió entre dientes, reflexionó unos momentos y dijo:

—¿Por qué el Hombre que Pinta no le cuenta a nadie quién es?

—¿Cómo podría saberlo? Es un capricho suyo. Y te diré una cosa, y se trata de un consejo de los más serios: si quieres volver a visitar esa casa y conocerla, no le preguntes a Blyth quién es, ni dejes que se imagine que lo quieres saber. Sobre ese punto es muy susceptible; no sé por qué, pero lo es. Todo hombre tiene un secreto que no quiere que se toque: ese es el secreto que Blyth no quiere que se toque, y si lo haces, pasará mucho tiempo antes de que puedas volver a entrar en su casa, te lo advierto.

De nuevo Mat se aferraba anhelante a cada palabra; de nuevo sus ojos estaban clavados en el rostro de su informante; de nuevo repitió lo que Zack le acababa de decir.

—Por cierto, supongo que te diste cuenta de que la pobrecita es sordomuda —continuó el joven Thorpe—. Es así desde la niñez. Un accidente, creo que una caída. Pero eso no le afecta el carácter. Es tan alegre como un pajarito; eso es un consuelo.

—¡Sordomuda! Y tan parecida a ella, que era tan espantoso como ver a un muerto vuelto a la vida. Movía la cabeza como Mary; como Mary... ¡pobre criatura!, ¡pobre criatura! —Mat dijo esas palabras entre dientes, con el rostro hacia un lado, los ojos recorriendo el suelo a sus pies y una expresión vaga, preocupada, nerviosamente ausente.

—¡Vamos! ¡Vamos! No te pongas triste antes de tiempo —exclamó Zack a la vez que le propinaba una palmada de aliento en la espalda a su amigo—. ¡Cambia esa cara! Todos estamos enamorados de ella; estás montado en el mismo bote que Bullivant, Gimble, yo y muchos otros; y te acostumbrarás con el tiempo, como nos hemos acostumbrado los demás. ¡Seré un rival generoso contigo, hermano Mat! Te ofreceré gratis mis consejos y le pondremos sitio como se debe a nuestra pequeña beldad. No creo que tu experiencia entre los salvajes te sirva de mucho en este caso.

¿Cómo te propones enamorarla? ¿Alguna vez enamoraste a una doncella india?

—No es su esposa y tampoco es su hija; no dice dónde la encontró ni quién es —mientras se repetía esas palabras en un rápido susurro, Mat no parecía escuchar nada de lo que le decía el joven Thorpe. Su mente rumiaba ahora una de las respuestas que le había arrancado a Joanna Grice en Dibbledean: ¡la respuesta que le informaba de que el hijo de Mary no había muerto al nacer!

—¡Despierta, Mat! Tendrás tu oportunidad con la dama, como el resto de nosotros, y yo asumo la tarea de prepararte ya para un cortejo civilizado —continuó Zack, siguiendo la broma despiadadamente—. En primer lugar, recuerda siempre que, para empezar, no debes ir más allá de admirarla a considerable distancia. En la segunda entrevista puedes poner expresiones amorosas más de cerca... eso que llaman miradas que dicen cosas inexpresables, ¿sabes? En la tercera puedes ser más atrevido y probar qué pasa con un regalito. Montones de hombres lo han hecho antes que tú. Gimble lo intentó, y Bullivant quiso hacerlo; pero Blyth no le dejó; y yo tengo intenciones de regalarle... oh, por cierto, tengo otra advertencia importante para ti —en ese punto se permitió un nuevo estallido de risa, provocado por el recuerdo de su entrevista con la señora Peckover en el vestíbulo del señor Blyth—. Recuerda que puedes escoger entre todo el espectro posible de regalos, excepto uno: un brazalete de cabellos.

La risa de Zack se acabó bruscamente. Mat había levantado la cabeza de súbito y lo miraba fijamente a la cara, con ojos centelleantes e indagadores y una expresión en la que se mezclaban de manera muy extraña un asombro suspicaz y una curiosidad llena de dudas.

—¿No te habrás enojado conmigo por hacerte unas bromas cariñosas? —dijo Zack—. ¿He dicho algo...? ¡Un momento! Sí lo he dicho, aunque sin ninguna intención. Me miraste con ferocidad cuando te advertí que no le regalaras un brazalete de cabellos. Supongo que no me creerás tan estúpido como para burlarme de que no tengas en la cabeza pelo que regalar. Supongo que tienes mejor opinión de mí. Palabra de honor de que no pensaba en ti, ni en tu cabeza, ni en ese infernal asunto del cuero cabelludo cuando dije lo que dije. Era verdad, porque me sucedió a mí.

—¿Qué te sucedió? —dijo irritado Mat con curiosidad ansiosa.

—Sólo fue esto: quería regalarle un brazalete de cabellos, con el mío, el de Blyth, y aún otros. Y una anciana trastornada que parece conocer a Madonna (así la llamamos) tan bien como el propio Blyth, y que se guarda con igual celo lo que sabe, me llevó a un rincón y me dijo varias tonterías sobre el asunto, como suelen hacer las ancianas.

—¿Qué te dijo? —preguntó Mat más ansioso, más irritado y más curioso que nunca.

—Tonterías, te repito. Dijo que el brazalete le traería mala suerte a Madonna, y después me aseguró que ella ya tenía uno; y, por último, no me dejó que le preguntara a Blyth si eso era cierto, advirtiéndome de que la pondría a ella ante un terrible problema si le decía algo; y muchas otras cosas que no tienes por qué perder el tiempo en saber. Ya te he contado bastante, ¿no?, para demostrar que no pensaba en ti cuando dije lo que dije antes en broma. Ven, dame esa mano, amigo. No estarás ofendido conmigo ahora que te lo he explicado todo.

Mat le dio la mano, pero la extendió como un hombre que tantea en la oscuridad. Su mente no se apartaba de la memorable carta acerca de un brazalete de cabellos que encontrara en la caja que le había dado Joanna Grice.

—¿Un brazalete de cabellos? —dijo con aire ausente.

—¡No te enfurruñes! —y Zack le dio una palmada en el hombro.

—Un brazalete de cabellos le traería mala suerte a la joven... y ya tiene uno —sopesaba cuidadosamente cada una de las palabras que le dijera Zack—. ¿Cómo es? —preguntó en voz alta volviéndose de súbito hacia el joven Thorpe.

—¿Cómo es qué?

—Un brazalete de cabellos.

—¡Todavía con lo mismo después de todas mis explicaciones! ¿Qué cómo es? Pues es cabello trenzado para que se amolde a la muñeca, con un cierre de oro en cada extremo para poderlo cerrar. ¿Por qué te detienes ahora? Te diré algo, Mat, soy capaz de disculpar a un hombre si está tan enamorado como parece estarlo tú, pero si no supiera cómo pasaste la mañana, diría que estás borracho.

Cuando Mat preguntó qué era un brazalete de cabellos caminaban a paso vivo. Pero en cuanto Zack se lo explicó, su compañero se detuvo en seco, experimentó un escalofrío y cambió de color; entreabrió los labios como para hablar, pero se contuvo y permaneció en silencio. La información que acababa de recibir le había recordado cierto objeto que viera en la gaveta del escritorio del señor Blyth. La importancia que ese descubrimiento tomaba a sus ojos, en relación con lo que ya había oído, puede estimarse fácilmente cuando se recuerda que su vida salvaje lo había mantenido totalmente ignorante del hecho de que, en Inglaterra, un brazalete de cabellos es uno de los adornos más comunes del atuendo femenino.

—¿Vamos a quedarnos aquí todo el día? —preguntó Zack—. ¡Si vas a pasar de nuevo de gruñón a sentimental, regresaré a casa de Blyth y te allanaré el camino con Madonna! —y al decir esas palabras comenzó a andar jubilosamente en dirección a casa de Valentine.

Mat no hizo ademán de detenerlo; no dijo palabra al verlo irse. Se pasó la mano por los ojos con gesto de cansancio.

—Estoy sobrio —se dijo con tono ausente—. No estoy soñando; no tengo fatiga, aunque casi siento que la tuviera. Vi a esa joven tan claramente como veo ahora esas

casas frente a mí; ¡y por Dios, si hubiera sido el fantasma de Mary no se le habría parecido tanto!

Se detuvo. Dejó caer los brazos a los costados y después, mecánicamente, sus manos se aferraron a la reja de una casa cercana. Sus gruesos dedos, deformes, temblaron agarrados del hierro. Recuerdos, adormecidos durante años y años despertaban terriblemente en su interior. A través de las tinieblas y el olvido de la larga ausencia, a través de la oscuridad de la tumba, brillaba ahora, vívida y solemne en su memoria, la imagen juvenil de la muerta llamada Mary. ¡Y era la visión de esa joven, de esa pobre, tímida, gentil, sordomuda criatura, la que había obrado el milagro!

Trató de liberarse de las fuerzas que se desencadenaban en su mente. Dio uno o dos pasos y levantó la vista. ¿Zack? ¿Dónde estaba Zack?

Lejos, en el otro extremo de la solitaria calle suburbana, apenas distinguible, andando sin prisas y balanceando el bastón entre las manos, estaba Zack.

Sin saber por qué, Mat siguió los pasos del joven Thorpe, al tiempo que le gritaba que regresara. El tercer grito llegó a oídos de Zack: se detuvo, vaciló, hizo cómicos gestos con su bastón en el aire... y después comenzó a volver sobre sus pasos.

El esfuerzo realizado para llamarlo y alcanzarlo había hecho que los pensamientos de Mat se encaminaran en otra dirección. Ahora se centraban otra vez en las alusiones de Zack a una incomprensible relación entre un brazalete de cabellos y la joven a la que llamaban con el extraño nombre de Madonna. Con ese recuerdo vino también la evocación de la carta que hablaba sobre un brazalete, y del cabello que adjuntaba, que había examinado en el solitario cobertizo de Dibbledean y que aún estaba guardado en la cajita que llevaba el nombre de «Mary Grice».

—¡Hola! —exclamó Zack hablando mientras avanzaba al encuentro de Mat—. ¡Hola, Cupido! ¿Qué quieres ahora?

Mat no le respondió enseguida. Sus pensamientos todavía recorrían cuidadosamente el terreno que ya había explorado. Reflexionaba de nuevo sobre el pequeño círculo de cabello trenzado, con un cierre de oro en cada extremo, del tamaño preciso para abarcar una muñeca de mujer, que había visto en la gaveta del señor Blyth. Y, de nuevo, la coincidencia entre ese objeto y el adorno que el joven Thorpe describiera como un brazalete de cabellos comenzó a establecerse cada vez con mayor claridad en su mente.

—Bueno, no me hagas esperar —continuó Zack riendo de nuevo a medida que se acercaba—; ponte la mano sobre el corazón y dame tu amoroso mensaje para la futura señora Marksman.

Mat tuvo en la punta de la lengua frases con que emular la efusividad del joven Thorpe, y sintió el deseo de hablar sin reservas de lo que había visto en la gaveta, pero contuvo sus palabras en el momento en que abandonaban su boca. Al mismo

tiempo, sus ojos comenzaron a perder el aspecto ausente y perturbado y a brillar de nuevo con ingenio y astucia, además de ofrecer su acostumbrada expresión de estar alerta.

—¿Cuál es el verdadero nombre de la joven? —preguntó como al pasar, cuando Zack empezaba por tercera vez a gastarle bromas.

—¿Para eso me has llamado? Su verdadero nombre es Mary.

Mat había hecho la pregunta con el aire de un hombre cuyos pensamientos vuelan lejos de sus palabras, como quien hablaba sólo porque se sentía obligado a decir algo. La respuesta de Zack a su pregunta lo estremeció e hizo que comenzara a prestarle de nuevo una atención instantánea y ansiosa.

—¡Mary! —repitió en tono de sorpresa—. ¿Y qué más?

—¿Cómo podría saberlo? ¿Acaso no he intentado hace media hora meterte en esa vieja cabezota que Blyth no cuenta nada sobre ella a sus amigos? —se produjo un silencio. El misterio con el que el señor Blyth decidiera ocultar la historia de Madonna, y el recóndito lugar de la gaveta en el que guardaba el brazalete de cabellos comenzaron a relacionarse vagamente en la mente de Mat. Sus labios insinuaron una curiosa sonrisa y sus ojos fulguraron con un brillo astuto.

—El Hombre que Pinta no dice nada de ella, ¿no es así? Pues quizás lo que está en su gaveta sí lo haga —musitó esas palabras entre dientes al tiempo que se metía las manos en los bolsillos y le daba mecánicamente una patada a una piedra que casualmente se ofrecía a sus pies sobre el pavimento.

—¿Qué estás farfullando ahora? —preguntó Zack—. ¿Crees que me voy a quedar aquí todo el día para tener el placer de oírte mascullar entre dientes? —al decir esas palabras, le dio un golpecito a su amigo en el hombro con el bastón—. ¡Deja en *mis* manos lo de prepararte el camino con Madonna! —exclamó travieso al volverse de nuevo en dirección a la casa del señor Blyth.

—¡Deja en mis manos lo de echarle otro vistazo al brazalete de cabellos de tu amigo! —se dijo Mat en voz muy baja—. Esta vez me encargaré yo del asunto, y antes de tener muchos días más sobre las costillas.

Le hizo una señal con la cabeza a Zack por encima del hombro y se alejó rápidamente en dirección a la calle Kirk.

CAPÍTULO VII

LA CAJA DE LAS CARTAS

Lo primero que hizo Mat cuando llegó a su alojamiento fue llenar y encender su pipa. Después se sentó sobre sus pieles de oso y cogió la caja que había traído de Dibbledean.

Aunque la maquinaria mental de Mat estaba construida con materiales muy bastos y salvajes; aunque el aprendizaje obtenido de los libros nunca la había lubricado, ni la conversación con hombres cultos la había aligerado, siempre se las había ingeniado para funcionar —como funcionaba en ese momento— hasta llegar, más tarde o más temprano, a resultados prácticos. La Soledad y el Peligro son maestros rigurosos, pero en ciertos hombres cumplen su deber a conciencia, para bien o para mal; y lo habían cumplido a conciencia, entre las rocas y las selvas del gran continente americano, en el caso de Mat.

Muchas pipas fumó y volvió a llenar, muchas sombras pasaron sobre su robusto rostro mientras reflexionaba larga y trabajosamente sobre cada una de las palabras que acababa de sostener con Zack. Pero ni cinco minutos del tiempo que consumió fue, en el verdadero sentido de la expresión, tiempo perdido. Se había sentado a fumar su primera pipa resuelto a que, si había forma humana de lograrlo, averiguaría cómo había llegado a la casa del señor Blyth la joven que vio en el estudio, y quién era realmente. Cuando al fin cesó de fumar y puso la pipa a enfriar, ya había pensado el asunto de principio a fin, había sacado sus conclusiones y había tomado una decisión definitiva sobre sus planes futuros.

Su reflexión lo había reafirmado en seguir su primer impulso al separarse de Zack en la calle y comenzar a desentrañar el sospechoso secreto que ocultaba a sus ojos y a los de todos el origen de la hija adoptiva de Valentine, haciéndose del brazalete de cabellos que viera en la gaveta escritorio. En cuanto a una razón que le permitiera justificar la relación entre ese brazalete y Madonna, la encontró en el relato del joven Thorpe acerca de las extrañas palabras pronunciadas por la señora Peckover en el zaguán del señor Blyth; y las sospechas que despertaban esas insinuaciones se vieron también enormemente fortalecidas por el recuerdo de la carta firmada por Jane Holdsworth, que adjuntaba el mechón de pelo que examinara en el cobertizo de Dibbledean.

Según esa carta, el brazalete (fácilmente reconocible si aún existía, comparándolo con el cabello que contenía la nota de Jane Holdsworth) había sido propiedad de Mary Grice. Según lo dicho por Zack, parecía haber un misterio incomprensible relacionado con un brazalete de cabellos y la joven cuyo extraordinario parecido con

Mary Grice en sus años mozos le inspirara el propósito que ahora emprendía. Por último, como él mismo sabía ahora, había un brazaletes de cabellos oculto en la gaveta más escondida del escritorio del señor Blyth, y esta última evidencia asumía en su mente, como ya se ha comentado, una importante significación al relacionarla con las evidencias anteriores, debido a que desconocía que en la mayoría de los hogares donde viven mujeres existen brazaletes de cabellos.

Por más vagas que fueran, esas coincidencias fueron suficientes para estremecerlo primero, para despertar en él una curiosidad ansiosa y devoradora después, y por último, para inspirarle las inciertas y desesperadas acciones que estaba ya firmemente dispuesto a emprender. Aún no había determinado cómo conseguiría el brazaletes sin que lo supiera el señor Blyth y sin despertar la menor sospecha entre los miembros de la familia del pintor. Pero estaba resuelto a hacerse con él, sin reparar en los medios, y estaba seguro de que lograría su objetivo. Nunca se detuvo a considerar si ese objetivo lo conduciría a incurrir en impropios excesos, y cuáles podrían ser estos. La faz terrible de la difunta (impresa ahora en su memoria gracias a la copia viviente de ella que sus ojos contemplaran) parecía impulsarlo apresuradamente hacia unas tinieblas ignotas de las que lo haría salir a una luz inesperada. La poderosa fuerza que actuaba en su interior no permitía cuestionamientos, sino sólo obediencia.

Su decisión en lo referido al brazaletes era tan firme como su decisión de mantener el más absoluto secreto ante el joven Thorpe, amigo demasiado cercano del señor Blyth como para poder confiar en él, acerca de sus verdaderas emociones al ver a Madonna y del propósito que le inspiraran. Hasta ese momento, cada una de las palabras que Zack dejara escapar había sido de la mayor importancia; cada palabra que dejara escapar en adelante podría ser preciosa para guiar su conducta en el futuro. «Si le divierte y le da por seguir pensando que miro con buenos ojos a la muchacha, que lo haga», reflexionaba Mat. «Mientras más lo piense, más dirá. Todo lo que tengo que hacer es *disimular*; y entonces, con seguridad, algo cantará».

Al tomar esa decisión sobre su conducta respecto a Zack, no olvidaba a otra persona que, sin duda, no estaba tan al alcance de la mano, pero que también podía ser utilizada con buenos resultados. Antes de determinar cuál sería su plan, debatió consigo mismo la conveniencia de regresar a Dibbledean y obligar a la anciana Joanna Grice a darle más información de la que le dio en su primera entrevista. Pero consideró que era mejor dejarlo como recurso en caso de que fracasara su primer intento con el brazaletes de cabellos. Una mirada al brazaletes, una comparación cuidadosa entre el cabello de que estaba hecho y el sobrante de cabellos que el joyero desechara en la confección del brazaletes de Mary Grice y que su amiga le devolviera en su carta: eso era todo lo que quería para empezar; porque sería suficiente para despejar sus incertidumbres relativas al adorno guardado en la gaveta del señor Blyth.

Esas fueron, en lo fundamental, las decisiones a las que su larga meditación lo

condujera torcida y torpemente. El paso inmediato era examinar las cartas contenidas en la caja que aún no había abierto; y también hacerse con el cabello de la carta dirigida a Mary Grice, para llevarlo siempre consigo, disponible para cualquier emergencia.

No obstante, impaciente, antes de abrir la caja dio una o dos vueltas por su miserable cuartito. Nunca, desde que emprendiera el viaje de regreso a su país y a la civilización, de los cuales estuvo exiliado durante más de veinte años, había sentido como ahora que (para usar su propia expresión) volvía a ser «él mismo». Un vestigio del viejo, anhelante, feroz suspense de sus días de peligro mortal lo estremeció al pensar en el secreto prohibido que estaba a punto de desentrañar, y en aras de cuyo desvelamiento estaba dispuesto a afrontar cualquier peligro y utilizar cualquier medio.

—Es casi como volver a huir de unos indios sanguinarios para salvar la vida — musitó para sí mismo mientras recorría a zancadas, inquieto, su cuarto, que más parecía una jaula, a la vez que se frotaba las cicatrices de la cara como solía hacer cuando una nueva emoción lo poseía.

En el mismo instante en que ese pensamiento nacía ominoso en su mente, Valentine le explicaba el alcance y el objetivo de «Colón» a un nuevo círculo de admirados espectadores, mientras su esposa le traducía a Madonna las más estrafalarias bromas de Zack acerca del enamoramiento de su amigo; y los tres reían jubilosos de la caricatura que el joven dibujaba maliciosamente del «pobre Mat» como un Cupido sin cuero cabelludo. Hasta el menor orbe de la esfera social de cada hombre tiene sus antípodas; y cuando brilla el sol en una parte de ese mundo en miniatura, reinan las más oscuras tinieblas en otra.

El rostro de Mat se había tornado más oscuro que de costumbre mientras recorría su cuarto y se decía las palabras que acabamos de relatar. Sin embargo, uno o dos minutos después, cuando retornó a sus pieles de oso y abrió la caja que perteneciera a Mary Grice, volvió a cambiar y se puso del color de la arcilla helada que adquiriera en la tienda de géneros de punto de Dibbledean.

Sacó primero la carta que adjuntaba el mechón de pelo y se la guardó cuidadosamente en el bolsillo superior de su chaqueta. A continuación buscó durante unos momentos la carta firmada por Joanna Grice y, después de encontrarla, la colocó a su lado, en el suelo. Después de eso escudriñó la caja con una tristeza curiosa y huraña en el rostro, al tiempo que su mano removía sin motivo aparente los diferentes objetos que se encontraban entre los papeles: el álbum con su forro de vivos colores, el cuellito de encaje, las hojas secas y las demás pequeñas pertenencias que fueran en otros tiempos de Mary Grice.

Después comenzó a reunir todas las cartas que había en la caja. Una vez en sus manos —algunas atadas en un paquete, otras sueltas— las extendió sobre su regazo,

no sin antes cubrirse las piernas con el extremo de una de las pieles de oso para poder sostenerlas cómodamente. Comenzó por examinar las direcciones. Todas estaban dirigidas a «Mary Grice» con la misma letra clara, cuidadosa y pulcra. Aunque por su forma eran cartas, por su contenido resultaron ser sólo notas, como pudo comprobar cuando las abrió: algunas sólo tenían cuatro o cinco renglones de escritura. Al menos quince o veinte eran del siguiente talante, con ligeras variaciones:

Mi queridísima Mary: Por favor, haz todo lo que puedas para encontrarte conmigo mañana por la noche en el lugar de costumbre. Hoy te he esperado y te he añorado en vano todo el día. Piensa en mí, amor mío, como yo pienso, ahora y siempre, en ti; si lo haces, sé que vendrás. Siempre y sólo tuyo,

A. C.

Todas esas notas estaban firmadas igual, con iniciales. No tenían fecha, excepto el día de la semana en que habían sido escritas, y, evidentemente, habían sido enviadas con alguna persona, porque ninguna parecía tener matasellos. Mat las abrió y las recorrió con la vista una tras otra, y a medida que lo hacía las amontonaba a un lado. Prosiguió su tarea tranquila y metódicamente; pero a medida que avanzaba, en sus ojos relampagueaba de vez en cuando una extraña mirada que les daba un cierto brillo siniestro que alteraba de manera muy notable la expresión natural de su rostro.

Otras cartas un poco más largas que la nota citada no corrieron mejor suerte en sus manos. De algunas cayeron hojas secas cuando las hizo a un lado; y de otras salieron volando pequeñas acuarelas de flores exóticas. Difíciles nombres de especies vegetales que no lograba leer correctamente y descripciones de plantas que no entendía aparecían aquí y allá en postdatas y pasajes sueltos de las cartas más largas. Pero largas o cortas, no llevaban más firma que las iniciales «A.C.»; las fechas seguían sin aportar información acerca del año, el mes y el lugar en que fueran escritas; y Mat, callada y rápidamente, las echaba a un lado una tras otra, sin dejar escapar ni una palabra ni un suspiro, pero con el mismo brillo siniestro que relampagueaba en sus ojos de vez en cuando. De todo el conjunto de cartas, sólo hubo dos que leyó más de una vez de principio a fin, tras lo cual pareció ansiosamente pensativo antes de arrojarlas al suelo como el resto.

La primera de las dos decía lo siguiente:

Esta noche llevaré los helechos y la pasiflora secos para tu álbum. No puedes imaginar, amada mía, cuán feliz y orgulloso me siento de haberte convertido en una amante de la botánica tan entusiasta como yo. Como te tomas tanto interés en mi ocupación favorita, ésta se me ha hecho más exquisitamente deliciosa de lo que puedo expresar. Creo que nunca supe realmente cómo tocar las hojas tiernas con ternura antes de este momento, cuando las recojo sabiendo que te las mostraré a ti, y que tu amada mano las recibirá todas.

¿Sabes, mi amor, que me pareció notar un cambio en ti anoche? Nunca te he visto tan seria. A menudo tu atención vagaba muy lejos; y, además, me miraste una o dos veces de manera muy extraña, Mary; extraña, digo, porque parecías sonrojarte y palidecer constantemente sin motivo. Me pareció, cuando me encaminaba a casa —y todavía me lo parece— que tenías algo que decirme y tuviste miedo de hacerlo. ¡Mi amor, no puedes tener secretos conmigo! Pero nos veremos esta noche, y entonces me lo dirás todo (¿no es cierto?) sin reservas. Adiós, amada mía, hasta las siete.

Mat leyó dos veces, muy lentamente, el segundo párrafo de esa carta, mientras se atusaba distraídamente sus grandes patillas con el índice y el pulgar. Era evidente que había algo en los escasos renglones que leía con tanta atención que le producía una mezcla de tristeza y perplejidad. Fuera cual fuese la dificultad, se dio por vencido y continuó tercamente con la carta siguiente, que constituía una excepción porque llevaba matasellos. Mat no se había percatado de ese hecho al mirarla por fuera; pero en cuanto le echó una ojeada por dentro se percató de que estaba fechada de manera diferente a las que había visto antes. Debajo del día de la semana aparecía la palabra «Londres», y al advertirlo, comenzó a leer la carta con cierta inquietud. Decía lo siguiente:

Te escribo, mi amor, presa de gran nerviosismo y desesperación. Todas las esperanzas que albergaba, y que te expresé, de que mi ausencia no duraría más que unos días, y de que no tendría que alejarme de Dibbledean sino hasta Londres, han quedado enteramente frustradas. Me veo absolutamente obligado a marchar a Alemania, y puede que esté allá tres o cuatro meses. Te digo lo peor de inmediato, Mary, porque sé de tu valor y tu ánimo, y estoy seguro de que soportarás con coraje esta partida imprevista, por nosotros dos. ¡Qué contento estoy de haberte dado un mechón de pelo para tu brazaletes, y de tener uno tuyo a cambio! Será un consuelo muy grande para ambos poder mirar esos recuerdos.

Si sólo dependiera de mí ir o no ir, ningún poder en la tierra me induciría a emprender este viaje. Pero los derechos e intereses de otras personas están ligados a mi partida, y, por tanto, debo marcharme, a expensas de mis deseos y mi felicidad. Salgo hoy mismo, y sólo puedo robarme unos minutos para escribirte. Mi pluma corre sobre el papel sin detenerse un instante. Me siento tan agitado que casi no sé lo que te digo.

Queridísima Mary, si hay algo que se suma a la desgracia que supone para mí verme obligado a dejarte, es el temor que siento de que puedo haberte ofendido sin saberlo, o de que ha ocurrido algo que no quieres contarme. Desde que advertí, hace diez días, esa pequeña alteración en tu manera de comportarte, he tenido miedo de que hubiera algo en tu mente que te sentías reacia a confiarme. La última vez que nos vimos me pareció que habías llorado, y estoy seguro de que me hurtabas el rostro cada vez que nuestros ojos se encontraban. ¿De qué se trata? ¡Por favor, alivia mi preocupación contándome en tu primera carta de qué se trata! En cuanto llegue al otro lado del Canal te enviaré recado de dónde debes dirigirla. Te escribiré constantemente; escíbeme constantemente tú también. Ámame y recuérdame siempre, hasta que regrese para nunca más, espero, volver a apartarme de tu lado.

A. C.

Mat meditó un largo rato sobre el contenido de esa carta antes de ponerla suavemente entre las restantes. Cuando al fin lo hizo, le quedaban sólo tres más por examinar. Éstas demostraron ser notas sin importancia, y evidentemente habían sido escritas en una fecha anterior a las que acababa de leer. Después de echarles una rápida ojeada, Mat registró cuidadosamente la caja, pero ya no quedaba en ella ningún papel. ¡Esa carta apresurada, con su abrupto anuncio de la salida de Inglaterra de su autor, era la última que se había escrito, la última de la serie!

Después de hacer ese descubrimiento permaneció un rato sentado, mirando por la ventana con aire ausente. La sensación de que la búsqueda que había realizado había resultado inútil parecía haberlo despojado de buena parte de su energía. Miró una o dos veces la carta de Joanna Grice y leyó mecánicamente la línea escrita en el sobre: «Justificación de mi conducta para con mi sobrina», pero no intentó examinar lo que

estaba escrito dentro. Fue sólo después de un largo intervalo de vacilación que al fin se animó.

—Debo quitar estas cosas de en medio y leer todo lo que tengo que leer antes de que vuelva Zack —se dijo al tiempo que recogía las cartas amontonadas a sus pies y volvía a echarlas, con un juramento, dentro de la caja.

Prestó oído atentamente una o dos veces después de cerrar la tapa y cuando le ataba la cuerda alrededor, para asegurarse de si su joven y atolondrado amigo abría ya la puerta de la calle o no. ¡Cuán corto era el tiempo que había pasado en compañía de Zack, y sin embargo, cuán profundamente lo conocía, no sólo en lo que tocaba a sus defectos, sino también a sus virtudes! ¡Cuán sagazmente previó que su ruidoso compañero de cuarto se volvería contra él como contra un enemigo, y lo denunciaría sin vacilar un momento, si llegaba a tener algún indicio de su plan para desvelar el ansiosamente guardado secreto del pobre señor Blyth por medios deshonorosos y traicioneros! La astucia ya le había sido para Mat, en muchas situaciones críticas, un recurso de sumo valor, pero nunca le había sido más admirablemente útil que ahora, cuando lo indujo a no traicionarse ante Zack.

No parecía haber ningún peligro de interrupción por el momento. Ató la cuerda sin apresurarse, la escondió en su lugar de costumbre, sacó la botella de brandy del estante, abrió la carta de Joanna Grice, y aún no se oía ningún ruido que indicara que alguien entraba en el pasillo de la planta baja. Antes de empezar a leer tomó un poco de licor a pico de botella. ¿Sentía acaso que lo sobrecogía un temor inexplicable ante la mera perspectiva de examinar el contenido de esa única carta?

Parecía que lo sintiera. Su dedo temblaba tanto al recorrer cada renglón de la apretada letra que intentaba descifrar que tuvo que tomar un segundo trago para mantenerlo firme. Y cuando al fin logró comenzar la carta, no se entregó a su tarea con la misma calma y rapidez de antes. A veces leía en voz alta una o dos líneas; a veces se saltaba varias oraciones y empezaba en otra parte de la larga narración, ora farfullando un comentario irritado sobre lo que leía, ora tirando el papel impaciente sobre sus rodillas con feroces estallidos de juramentos aprendidos en la terrible escuela de tacos de las minas de oro de California.

Sin embargo, al fin comenzó a leer, con perfecta regularidad, en el lugar apropiado de la carta, lo más cerca posible de la ventana y ladeando la página, para aprovechar al máximo la luz vespertina que aún llegaba al cuarto.

CAPÍTULO VIII

LA NARRACIÓN DE JOANNA GRICE

Escribo esta carta para que se lea después de mi muerte, y tengo el propósito de titularla sencillamente «Justificación de mi conducta para con mi Sobrina». No es que crea que mi conducta requiera ninguna excusa, sino que algunos, ignorantes de mis verdaderos motivos, pueden pensar que mis acciones carecen de justificación y pueden, malvadamente, condenarme, a menos que haga una deposición en mi descargo como la presente. Quizás viva todavía un miembro de la familia de mi difunto hermano, cuya voz, no tengo duda, se alzaría en mi contra por lo que he hecho. Ese familiar a quien me refiero ha sido...

(En ese punto, Mat, que había leído atentamente hasta ahí, se impacientó, y farfullando algunas palabras irritadas, se guió rápidamente con el dedo hasta llegar al segundo párrafo de la carta).

... Fue en el mes de abril de 1827 que el villano que sería la desgracia de mi sobrina y el deshonor de la familia antes respetable a la que ella pertenecía, llegó a Dibbledean. Alquiló la casita de cuatro habitaciones conocida con el nombre de Jay's Cottage, que se ofrecía amueblada, y que se encuentra a eso de un cuarto de milla del pueblo por el camino de la iglesia. Su apellido era Carr, y las pocas cartas que recibió estaban dirigidas a «Arthur Carr, Esq».

Era bastante joven —yo diría que no tenía más de veinticuatro o veinticinco años— de muy buenos modales y muy delicado —o más bien de aspecto afeminado, estimaba yo— porque llevaba el pelo muy largo sobre los hombros, a la moda extranjera, y tenía una tez clara y suave, casi como la de una mujer. Aunque parecía ser un caballero, nunca intentó relacionarse con las familias respetables de Dibbledean. Que yo sepa, ningún amigo lo visitaba, a no ser un anciano caballero que puede haber sido su padre, y que vino a verlo una o dos veces. Según lo que él mismo decía, había venido a Jay's Cottage en busca de tranquilidad y recogimiento, y con propósitos de estudio, pero era muy reservado, y no dejaba que nadie se le acercara, hasta el día infeliz en que él, mi hermano Joshua, y después mi sobrina Mary, se conocieron.

Antes de seguir con otras cosas, debo aclarar primero que el señor Carr era eso que llaman un botánico. Cada vez que hacía buen tiempo salía de su casa a recoger pedacitos de hojas que parece ser que llevaba a su casa en un estuche de latón, secaba y guardaba. Contrató un jardinero para que se ocupara del terrenito aledaño a Jay's Cottage, y el hombre me dijo en cierta ocasión que su amo sabía más de flores y de cómo cultivarlas que nadie que hubiera conocido. El señor Carr solía hacer pequeños dibujos de flores y hojas dispuestas en diferentes diseños. Esas cosas se consideraban entretenimientos muy raros para un joven, pero él las realizaba con el mismo entusiasmo con que otros de su edad se dedican a cazar o a practicar su puntería. Trajo consigo muchos libros, y leía mucho; pero por lo que escuché, pasaba más tiempo con sus flores y su botánica que con ninguna otra cosa.

En esa época nuestra familia tenía las dos mejores tiendas de Dibbledean. Joshua vendía géneros de punto y yo administraba un buen negocio de confección de ropa y sombreros. Ambas tiendas compartían el mismo local, con una pared medianera entre las dos. Un día el señor Carr entró en la tienda de Joshua a comprar algo que mi hermano no tenía tan a la mano como las cosas corrientes que la gente del pueblo solía llevarse. Joshua le rogó que se sentara unos minutos; pero el señor Carr (la puerta de la sala al final de la tienda había quedado abierta) le echó una ojeada al jardín, que muy bien podía haber visto por la ventana, y dijo que le gustaría esperar allí, contemplando las flores. Joshua se sintió más que halagado de que un caballero que era botánico se interesara así en su jardín, de modo que acompañó hasta allí a su cliente y después subió al almacén para buscar lo que le pedía.

Mi sobrina Mary trabajaba en mi parte de la tienda, junto con las demás jóvenes. La habitación que usaban daba al jardín y, desde la ventana, mi sobrina debe haber visto al señor Carr y debe haberse escabullido a la planta baja (yo no me encontraba en la tienda en ese momento) para inspeccionar a hurtadillas al desconocido

caballero, o, lo que es más probable, para fingir que se encontraba accidentalmente en el jardín, de modo que éste se fijara en ella. Todo lo que sé es que cuando subí al taller y advertí que no se encontraba allí, miré por la ventana y los vi a ella, a Joshua y al señor Carr, todos de pie sobre el césped; y el caballero desconocido, que tenía una flor en su mano, le hablaba con suma intimidad.

Le grité que regresara de inmediato a su trabajo. Ella levantó la vista, sonriendo a su manera atrevida e impúdica, y dijo: «Papá me dio permiso para quedarme a aprender lo que este caballero es tan amable de enseñarme sobre mis geranios». Después de eso yo no podía decir nada más delante de un extraño; y cuando éste se fue, y ella regresó triunfante, riendo y cantando por toda la habitación, más como una loca actriz que como una joven decente, no dije nada y soporté la provocación. Pero bajé ese mismo día a ver a mi hermano Joshua, le hablé muy seriamente y le advertí que debía tratarla con más severidad y no dejarla salirse con la suya; y me ofrecí yo misma para tratarla con mano dura, con tal de que él me apoyara. Pero Joshua no me hizo caso y salió del paso con risas y bromas, de las que después tuvo razones para arrepentirse amargamente.

Joshua era un hombre tan piadoso y respetable como el que más, pero, lamentablemente, era de un temperamento demasiado afable y estaba demasiado orgulloso de su hija. Como había perdido a su esposa y a sus dos hijos mayores, parecía tan apegado a Mary que no podía negarle nada. Cierto que le quedaba otro hijo, quien...

(En ese punto Mat volvió a perder la paciencia. Durante el último par de minutos de su lectura había farfullado algo ininteligible con aire de estar indignado y, de nuevo, se saltó varios renglones de la carta y comenzó a leer en un nuevo párrafo.)

Ya he mencionado que Mary estaba orgullosa de su belleza, y que era atrevida y voluble; ahora debo añadir que era impulsiva, apasionada y temeraria. Pero era ladina, aunque sólo yo era lo bastante sagaz como para advertirlo. Cuando me quejaba de ella con su padre, y demostraba que mis quejas eran ciertas, siempre se las ingeniaba para que él la perdonara. En todo lo relativo al señor Carr, desde el principio se comportó conmigo (aunque yo ocupaba el lugar de su madre) con tanta testarudez como solía. Había halagado su orgullo que un caballero, que, además, era cliente de la tienda, advirtiera su presencia y se inclinara ante ella como si fuera una dama de buena cuna. Y esa misma tarde, a la hora del té, desbarató ante mis propios ojos todo el efecto de los buenos consejos que yo le había dado a su padre. Se subió a sus rodillas, lo besó, le anudó y le desanudó la corbata, le puso flores en el ojal, en resumen, se comportó como si fuera una niña y no una joven adulta, y lo engatusó para que Joshua le prometiera que la llevaría el próximo domingo a visitar el jardín del señor Carr, porque parece ser que el caballero los había invitado a ver sus flores. Cuando me había enterado de ello había hecho todo lo posible por persuadir a mi hermano de que no aceptara una invitación que le daría a Mary la oportunidad de apañárselas para establecer una relación con un desconocido bajo las mismas narices de su padre; pero todo lo que había dicho era ya inútil. Se salió con la suya, y cuando planteé mis argumentos, ya tenía preparadas su risa atrevida y su insultante respuesta frívola. Su padre dijo que no entendía por qué no me divertía su buen humor. Yo sacudí la cabeza, pero no dije nada. ¡Pobre hombre! Vivió lo bastante para ver adónde la condujo su «buen humor».

El domingo, después de la iglesia, fueron a casa del señor Carr. Aunque al hacerlo se hacía lo contrario a lo que yo había aconsejado, decidí perseverar y mantener una vigilancia más estricta que nunca sobre mi sobrina. Sentía que el mantenimiento del crédito y la reputación de la familia dependía de mí, y determiné que haría todo lo posible por preservar nuestro buen nombre. Me consuela un poco, después de todo lo sucedido, recordar que hice todo lo que estaba en mis manos para poner en práctica esa decisión. No es mía la culpa de nuestra deshonra. No me gustó el señor Carr y no confié en él desde el principio, e intenté con todas mis fuerzas que otros sospecharan de él tanto como lo hacía yo. Pero todo lo que dije, y todo lo que hice, fue inútil contra la perversa astucia de mi sobrina. Por más que la vigilé y la contuve, ella...

(De nuevo Mat se detuvo abruptamente en medio de una oración. Esta vez, sin embargo, fue para encender una luz. El breve día invernal llegaba rápidamente a su fin y la oscuridad se espesaba sobre las páginas de la narración de Joanna Grice. Una vez encendida la vela, y sentado de nuevo para proseguir la lectura, Mat se percató de

que no sabía por dónde iba, y, carente de paciencia para buscar el lugar con detenimiento, continuó en el primer renglón que le llamó la atención).

Las cosas habían llegado a tal punto que estaba segura de que se encontraba con él en secreto de manera regular, pero no podía probarlo a mi hermano. No había nadie a quien pudiera pedirle que me ayudara a derrotar la diabólica astucia que empleaban para engañarme. Poner a otras personas a vigilarla cuando yo no podía hacerlo habría equivalido a propalar por todo Dibbledean el escándalo que estaba ansiosa de evitar. En lo que respecta a Joshua, el cariño que sentía por su hija lo hacía sordo a todos mis apremios. No veía nada sospechoso en la súbita afición de Mary por la Botánica y por el dibujo de flores. Permitía que el señor Carr le prestara dibujos para copiar, como si se hubieran conocido de toda la vida. Y además de la confianza ciega que le inspiraba su hija, por el gran cariño que le tenía, estaba su confianza ciega en ese desconocido, porque sus maneras eran suaves y amables, y porque nos enviaba como regalo flores costosas para sembrar en nuestro jardín. No me autorizaba a abrir las cartas de Mary, ni a prohibirle que saliera a pasear sola; e incluso, en cierta ocasión, me dijo que yo no entendía a los jóvenes.

¡Entender! Yo conocía demasiado bien a mi sobrina y mis deberes como miembro de una familia honesta como para entender su conducta. Mantuve con ella la mano más recia que pude. La aconsejé, discutí con ella, le di órdenes, distribuí su tiempo, la vigilé, la advertí, le dije sin irme por las ramas que no aceptaba engaños, ¡ni de ella ni del caballero! Fui sincera y abierta, y le manifesté que desaprobaba tan categóricamente la relación que sostenía con el señor Carr, que si algún día estaba en mis manos cortarla de cuajo lo haría sin vacilar. Incluso le dije claramente que si algún día se metía en líos sería ya demasiado tarde para volver al seno de su familia; y me respondió atrevida, como una mujerzuela, que si alguna vez se metía en líos sería porque yo la importunaba tanto que la llevaría a ello; y que estaba convencida de que la bondad de su padre siempre le impediría considerar que era demasiado tarde para que ella volviera al seno de la familia. Ese es sólo un botón de muestra de la insolencia y la testarudez habituales de las respuestas que me daba.

(Al concluir ese párrafo, Mat tiró la carta irritado sobre sus rodillas y maldijo a su autora con una de esas imprecaciones de los buscadores de oro que, por desgracia, había escuchado con tanta frecuencia durante su estancia en California. Evidentemente, sólo reprimiéndose con fuerza se abstuvo de estrujar la carta y arrojarla lejos de sí, llevado por el disgusto. Fuera como fuese, volvió a colocársela delante de los ojos, miró primero un párrafo, luego otro, pero no los leyó; vaciló, y después dejó a un lado, irritado, la página que leía y comenzó otra.)

Cuando le conté a Joshua en términos generales lo que había observado, y en particular lo que yo misma había visto y oído la noche en cuestión, pareció al fin levemente afectado y mandó a buscar a mi sobrina para insistir en que le diera una explicación. Cuando le repitió lo que yo le había contado, ella le lanzó los brazos al cuello, me miró primero a mí y después lo miró a él, rompió en sollozos, en llantos, y se puso cada vez peor, hasta sufrir una especie de ataque. Yo no estaba muy segura de que no se tratara de uno de sus ardides, pero su padre se asustó tanto que perdió todo control sobre sí mismo y me acusó a mí, diciendo que mi mojigatería y mis maquinaciones habían atormentado y asustado a la pobre muchacha hasta hacerle perder el juicio. Después de esos insultos, por supuesto, lo único que podía hacer era abandonar la habitación y dejar que Mary se saliera con la suya.

Ya estábamos a mediados de septiembre, era otoño, y yo no tenía la menor idea de qué pensar y hacer a continuación... y en ese momento el señor Carr se marchó de Dibbledean. Ya antes, en el verano, había estado fuera una o dos veces, pero sólo por un par de días. En esta ocasión, mi sobrina recibió una carta suya. El señor Carr nunca le había escrito cuando había estado ausente en el verano, así que imaginé que se trataba de una ausencia más prolongada que de costumbre, y decidí aprovecharla para interrumpir la intimidad existente entre ellos, en caso de que hubiera más correspondencia.

Declaro solemnemente y puedo jurarlo si es necesario, que a pesar de todo lo que había visto y todo lo que sospeché durante esos meses, no tenía ni la más remota idea de la perfidia que se había cometido. Le doy

gracias a Dios por no ser lo bastante versada en los caminos del pecado como para tener la sagacidad que habrían tenido otras mujeres en mi situación y llegar a las conclusiones correctas. Sólo creía que el camino que había emprendido mi sobrina podría resultarle fatal en algún momento futuro, y a partir de esa creencia, me sentí autorizada para usar todos los medios a mi alcance para detenerla a tiempo. Por tanto, resolví que si el señor Carr volvía a escribir, Mary no recibiría sus cartas; y yo conocía suficientemente bien su carácter apasionado y orgulloso como para saber que si pensaba que él la había abandonado, interrumpiría toda relación inmediatamente, si es que volvía.

Me creí plenamente justificada para tomar esas medidas, dado que yo ocupaba el lugar de su madre y sólo deseaba su bien. En ese sentido, mi conciencia está aún totalmente tranquila. No puedo describir el plan que adopté sin comprometer seriamente a una persona que aún vive. Todo lo que puedo decir es que las cartas enviadas a nuestra casa por el señor Carr fueron a dar sólo a mis manos, y que las hice pasto de las llamas sin leerlas. Al inicio, esas cartas eran todas para mi sobrina, pero hacia fines de año llegaron dos, a distintos intervalos, dirigidas a mi hermano. Desconfié de la astucia de su autor y de la debilidad de Joshua, y eché ambas cartas al fuego, también sin leerlas. Después de eso no llegó ninguna más, y el señor Carr nunca regresó a Jay's Cottage. En lo que toca a esta parte de mi narración, por tanto, sólo me resta añadir, antes de proseguir con la triste confesión de la deshonra de nuestra familia, que nunca más vi, y sólo una vez oí hablar, del hombre que llevó a mi sobrina a cometer el pecado mortal que fue la causa de su perdición en este mundo y lo será en el próximo.

Debo volver primero, sin embargo, a lo que pasó como resultado de que quemara las cartas. Cuando mi sobrina vio que pasaba una y otra semana sin tener noticias del señor Carr, se afligió mucho más de lo que yo imaginaba que haría. Y Joshua, inconscientemente, la puso peor, al manifestar, en su presencia, su extrañeza por la larga ausencia del caballero de Jay's Cottage. Mi hermano era un hombre que no toleraba que se alteraran sus hábitos. Había adquirido la costumbre de ir ciertas tardes a casa del señor Carr (y, lamento decirlo, a menudo llevando a su hija con él) para leer el periódico de Londres, llevar dibujos de flores y permitir que mi sobrina se llevara otros nuevos para copiar. Así que ahora se sentía incómodo, intranquilo y disgustado (hasta donde puede estarlo un hombre de carácter tan apacible) por no poder dar sus paseos habituales hasta Jay's Cottage. La pregunta, como he dicho, empeoró el estado de su hija. Mary se afligió cada vez más, lloraba en secreto, como pude adivinar por el estado de sus ojos, hasta que se puso muy alterada. De vez en cuando era presa del ataque de ira que yo esperaba; pero siempre desaparecía de una manera que no era natural para alguien de su carácter apasionado. Todo ese tiempo me hizo la vida sumamente difícil, provocándome, contradiciéndome e insultándome cada vez que podía. Creo que sospechaba de mí en el asunto de las cartas. Pero yo había tomado mis medidas para imposibilitar que me descubriera, y decidí esperar, con paciencia y perseverancia, para vencer su testarudo capricho por el señor Carr como me había propuesto.

Por fin, a medida que avanzaba el invierno, su aspecto se alteró tanto, y su rostro adquirió una expresión tan extraña, que nunca parecía abandonarlo, que Joshua se alarmó y dijo que mandaría a buscar al médico. Mary pareció volverse loca de terror ante esa idea, y declaró de repente, con mucho apasionamiento, que no tenía necesidad de que la viera un médico, que no lo vería ni contestaría sus preguntas. ¡No! Ni siquiera si su padre insistía en ello.

Esto me sorprendió tanto como a Joshua, y cuando mi hermano me preguntó qué creía que le ocurría, me sentí obligada, por supuesto, a decirle la verdad, y le respondí que creía que estaba trastornada de amor por el señor Carr. Por primera vez en su vida, mi hermano se encolerizó conmigo hasta la violencia. Sospecho que le remordía la conciencia, que seguramente le recordaba cuán neciamente indulgente había sido con Mary, y con cuánta negligencia había permitido que ella, y él mismo, entablaran una relación con una persona que no era de su clase y que no era conveniente que ninguno de los dos tratara. No se lo dije en ese momento: no estaba en condiciones de escucharme, y aún menos, incluso si yo hubiera decidido confiar en él, de aprobar el plan que yo había tramado para curar a mi sobrina.

A medida que pasaban las semanas y Mary seguía llorando en secreto y tan trastornada que no parecía ser ella misma, comencé a dudar si mi plan, en el cual tantas esperanzas había cifrado, resultaría, al final, exitoso. Por momentos me angustiaba mucho, porque no sabía qué debía hacer a continuación, y comencé a sentir que la situación me sobrepasaba, justo en el momento en que el asunto llegaba a su chocante y vergonzoso final. Se aproximaba la Navidad. Joshua había mandado hacer los anuncios de la tienda con anticipación, y había ido a Londres por cuestiones de negocios, como acostumbraba hacer en esa época del año. Yo lo esperaba, como era habitual, uno o dos días antes de Navidad.

Hacía muy poco que había advertido un cambio en mi sobrina. Desde que mi hermano hablara de mandar

a buscar al médico había sufrido cierta transformación: realizaba su trabajo con más regularidad y fingía (aunque fingía mal) que nada la aquejaba; su objetivo, por supuesto, era tranquilizar a su padre. Sin embargo, el cambio al que ahora me refiero era de otra índole, y sólo afectaba su manera de conducirse conmigo y su modo de vestir. Cuando estábamos a solas, su conducta era muy diferente a la de antes. Me hablaba con dulzura, se portaba con humildad y hacía el trabajo que yo le asignaba sin holgazanería ni murmuraciones, y en una ocasión incluso hizo ademán de querer besarme. Pero yo estaba en guardia: sospechaba que quería tenderme una trampa con sus marrullerías, para que se me escapara algo sobre el hecho de que el señor Carr había escrito y yo había quemado sus cartas. Fue también en esa época, e incluso un poco antes, que noté un cambio en su atuendo. Le dio por vestirse de manera desaliñada, y por envolverse en un chal cuando estaba en casa, y cuando yo la regañaba por su abandono, decía que sentía frío.

No sé cuánto tiempo habrían seguido así las cosas, o cómo habrían terminado, si los acontecimientos hubieran seguido su curso. Pero la terrible verdad se reveló al fin súbitamente a causa de una especie de accidente. Mary tuvo una discusión con otra de las jóvenes que trabajaban en el taller de costura, llamada Ellen Gough, a propósito de una amiga de ella de muy mala reputación, una tal Jane Holdsworth, a quien yo le había dado empleo en otros tiempos y había terminado por despedir por su impertinencia y su conducta desvergonzada. Parece ser que Ellen Gough se sintió provocada más allá de lo que podía soportar por algo que mi sobrina le dijo, así que vino a verme presa de furia y me contó sin ambages la terrible verdad: la única hija de mi hermano se había deshonrado y había deshonrado a su familia para siempre. Aún siento, al cabo de tanto tiempo, el horror y la desmoralización que experimenté en ese momento. La conmoción que sufrí me abatió de inmediato; nunca me he recuperado de ella y nunca me recuperaré.

En medio de la confusión del momento debo haber hecho o dicho algo en la tienda, donde me encontraba, que alertó a la infeliz que se encontraba en la habitación del piso de arriba sobre el hecho de que se había descubierto su infamia. Recuerdo que fui a su cuarto, que encontré la puerta cerrada con llave y que oí que se negaba a abrirla. Después de eso debo haberme desmayado, porque, no sé cómo, volví en mí en el taller cuando Ellen Gough me acercaba un frasco de sales. Con su ayuda me fui a mi habitación y allí volví a perder el conocimiento.

Cuando desperté, me dirigí de nuevo al cuarto de mi sobrina. La puerta estaba ahora abierta, y en el espejo había un papelito dirigido a mi hermano Joshua. Se había marchado del hogar honesto que su pecado había mancillado; se había ido para siempre. Le había garrapateado apenas unos renglones apresurados a su padre, pero en ellos admitía sin reservas su crimen y confesaba que era el villano de Carr quien la había inducido a cometerlo. Decía que se marchaba para librar a nuestro hogar de su vergüenza. Suplicaba que no hiciéramos ningún intento de encontrar su rastro, porque primero moriría antes que volver para deshonrar a su familia y a su padre en su ancianidad. Tras eso venían algunos renglones que parecían haber sido añadidos, después de reconsiderar la cuestión. No recuerdo las palabras exactas, pero se referían, desvergonzadamente, al niño que nacería, y a su decisión, si no moría al nacer, de arrostrarlo todo por él.

Al principio me produjo cierto alivio saber que se había marchado. La terrible revelación y la humillación que nos amenazaban parecían aplazados, al menos, por su ausencia. Al preguntarle a Ellen Gough supe que mis otras dos jóvenes empleadas, que estaban providencialmente ausentes en una visita navideña a sus familias, no conocían el infamante secreto de mi sobrina. Ellen lo había descubierto accidentalmente, y Mary, en consecuencia, se había visto obligada a confesárselo y a confiar en ella. Todos los demás habían sido tan bien engañados como yo. Cuando lo supe, comencé a albergar ciertas esperanzas de que la deshonra de nuestra familia no se divulgara en el pueblo.

Le escribí a mi hermano, no contándole lo ocurrido, sino sólo rogándole que regresara al instante. La parte más amarga de toda la amargura que entonces experimenté fue la de pensar que debía contárselo todo a Joshua y en los terribles extremos a los que la deshonra de su hija podía llevarlo. Me preparé para la prueba que se avecinaba, pero lo que sucedió fue peor que mis peores presentimientos.

Cuando mi hermano oyó las terribles noticias que le di y vio el papel que Mary le había dejado, comenzó a hablar y a comportarse como si hubiera perdido el juicio. Creo que es caritativo y justo con su carácter hasta ese momento creer, como creí, que el sufrimiento le había trastornado temporalmente el juicio. Manifestó que iría inmediatamente a buscarla, y que pondría a otros a buscarla también. Dijo, incluso juró, que la traería de vuelta a casa en cuanto la encontrara, que la socorrería en su desgracia, aceptaría su arrepentimiento y le daría abrigo bajo su techo igual que siempre, sin pensar ni un momento en el, escándalo y la deshonra que su infamante situación le acarrearía a la familia. Llegó a malinterpretar las Escrituras en busca de apoyo a lo que decía y a lo que estaba decidido a hacer. Y, lo que es peor, en el mismo instante en que supo cómo me había

enterado del crimen de su hija, insistió en que Ellen Gough debía ser echada de la casa: manifestó, en un lenguaje tan espantoso que nunca creí posible que pudiera emplear, que la joven no debía dormir bajo su techo esa noche. Era inútil tratar de calmarlo. La puso en la puerta de la calle él mismo ese día. Ellen era una trabajadora excelente y estable, pero malhumorada y vengativa cuando perdía los estribos. A la mañana siguiente, nuestra deshonra era conocida en todo Dibbledean.

Sólo quedaba una humillación más que temer, y me enfermaba pensar en ella. Conocía a Joshua lo bastante para saber que si encontraba a la perdida a la que pretendía salir a buscar, la traería de regreso al hogar. Yo había nacido en nuestra casa de Dibbledean, mi madre había nacido allí; nuestra familia había llevado una vida honesta y digna en esa vieja morada, sin que la rozara nunca ni un hálito de habladorías, durante varias generaciones. Cuando reflexioné sobre ello, y después en la posibilidad de que una mujer abandonada pudiera ser admitida en ella y de que un bastardo pudiera nacer en la casa donde tantos de mis familiares habían vivido virtuosamente y muerto ejemplarmente, decidí que el día en que ella pusiera un pie en nuestro umbral, sería el día en que yo abandonaré para siempre mi hogar y el lugar en que había nacido.

Cuando ya había tomado esa decisión, Joshua —tan resuelto a llevar adelante lo que se proponía como yo secretamente lo estaba— me preguntó si tenía alguna sospecha acerca de la dirección que Mary había tomado. Ninguna de las averiguaciones preliminares que había realizado en Dibbledean parecían haberle proporcionado información. Le dije que no sabía nada seguro (lo cual era estrictamente cierto), pero que sospechaba que se había ido a Londres. Me preguntó por qué. Le respondí que porque creía que había ido en busca del señor Carr, y que recordaba que la carta que él le había escrito (la primera y única que recibió) tenía un matasellos de Londres. En ese momento no pudimos encontrar la carta: el escondite que mi sobrina había, encontrado para ella, y para todas las demás que dejó al marcharse, no se descubrió hasta años más tarde, cuando los compradores de la tienda repararon la casa. No obstante, sin otra guía mejor, y decidido a empezar a buscarla de inmediato, Joshua dijo que mis sospechas eran fundadas y se marchó a Londres en la silla de postas de esa misma noche para ver qué podía hacer y solicitar el consejo de sus abogados acerca de la manera de encontrar su rastro.

Lo que acabo de contar es la única parte de la conducta que adopté durante la calamidad que nos sobrevino que no recuerdo con la conciencia tranquila. Cuando le dije a Joshua que sospechaba que Mary había ido a Londres no le estaba diciendo la verdad. No sabía nada de cierto acerca de adónde se había marchado, pero tenía fuertes sospechas de que había encaminado sus pasos en dirección exactamente opuesta a Londres, o sea, bien lejos, rumbo a Bangbury. Desde hacía algún tiempo le hacía constantes preguntas a Ellen Gough, quien me lo había contado, sobre caminos, pueblos y personas en esa zona distante, y esa era la única razón que tenía entonces para pensar que había tomado esa dirección. Aunque, en el mejor de los casos, se trataba de una mera sospecha, lo cierto es que engañé a mi hermano cuando me lo preguntó, y ese fue un pecado del que estoy humilde y sinceramente arrepentida. Pero la idea de ayudarlo, aunque fuera con una conjetura, a poner la vergüenza a nuestras puertas trayendo de vuelta a mi presencia a su hija mancillada, a la vista de todo el pueblo, esa idea, repito, era demasiado para mí. Estaba convencida de que el día en que Mary volviera a cruzar nuestro umbral sería el día de mi muerte, o el de mi partida definitiva de la casa; y convencida de eso, le oculté a Joshua mi verdadera opinión. Merecía sufrir por eso, y sufrí.

Dos o tres días después de la desolada Navidad que pasé en absoluta soledad en nuestra casa de Dibbledean, recibí una carta del abogado de Joshua en Londres, en la que me comunicaba que fuera junto a mi hermano, porque había caído gravemente enfermo. En el curso de sus averiguaciones (que se empeñó en realizar él mismo, aunque los abogados, que sabían mejor que él lo que se debía hacer, se esforzaban al máximo para ayudarlo) había, seguido una pista falsa, le habían robado y lo habían golpeado en un lugar situado cerca del río, y después lo habían dejado abandonado en la noche en medio de una tormenta de nieve y ventisca. No vale la pena escribir ahora sobre lo que sufrí a causa de este nuevo golpe, ni hablar del tiempo terrible que pasé junto a su lecho en Londres. Baste decir que escapó de las fauces de la muerte, pero que sólo a fines de febrero mejoró lo suficiente como para llevarlo de regreso a Dibbledean.

Los aires de su lugar natal pronto lo mejoraron; eso en lo que respecta al cuerpo, porque el estado de su mente era sumamente lamentable. Todas las mañanas preguntaba si se habían recibido noticias de Mary. Y cuando se enteraba de que no había ninguna, suspiraba y casi no pronunciaba palabra ni levantaba la cabeza durante el resto del día. En un momento demostró cierta preocupación por una carta que debía llegar a su destino y ser debidamente recibida, y gruñendo se negó a contarme incluso a quién estaba dirigida. Pero yo lo adiviné con suma facilidad, cuando sus abogados me informaron de que la había dirigido a Londres y que había mencionado que su lugar de destino era un sitio allende los mares. No obstante, pronto pareció olvidar

esa idea y todas lo demás, excepto su pregunta de costumbre acerca de Mary, que algunas veces repetía en medio de su marasmo, incluso después de que le informé de su muerte.

Las noticias de su fallecimiento llegaron en el mes de marzo del nuevo año, 1828.

Hasta ese momento, todas las averiguaciones llevadas a cabo en Londres no habían arrojado ni la más remota pista de Mary. En Dibbledean sabíamos que no estaba; y Joshua no estaba ya en condiciones de buscarla, ni de tener ideas claras para indicarles a otras personas que hicieran averiguaciones en su nombre. Pero en ese mes de marzo leí en el periódico de Bangbury (que circula también en nuestro condado) un anuncio que llamaba a los allegados de una joven que acababa de morir dejando un bebé, a ir a identificar el cuerpo y dar algún paso con respecto al recién nacido. La descripción era muy completa y detallada, y no le dejaba dudas a nadie que la hubiera conocido tan bien como yo de que la joven a la que hacía referencia era mi culpable y desgraciada sobrina. Mi hermano no estaba en condiciones de enterarse de ese contratiempo, de modo que decidí actuar por mi cuenta. Envié con una persona de confianza dinero suficiente para que le hicieran un entierro decoroso en el cementerio de Bangbury, y en mi carta no puse ni nombre ni fecha. Ninguna ley me obligaba a hacer más, y estaba resuelta a no hacer más. En cuanto al niño, era el hijo de su pecado; le correspondía al infame padre, y no a mí, mantenerlo y reconocerlo.

Cuando algunas personas del pueblo, que conocían de nuestra desgracia y habían visto el anuncio, me hablaron de él, ni admití ni desmentí nada: simplemente, me negué a hablar sobre el tema de lo sucedido en nuestra familia.

Tras todos esos esfuerzos encaminados a proteger a mi hermano y protegerme yo misma contra el entrometimiento y la impertinencia de quienes no tenían nada mejor que hacer, creí que ya había sufrido la última de las amargas pruebas derivadas de la falta de mi sobrina. Me equivocaba: la copa de mi aflicción aún no estaba llena hasta los bordes. Un día, poco más de dos semanas después de que enviara anónimamente a Bangbury el dinero del entierro, nuestra sirvienta vino a decirme que había un desconocido a la puerta que deseaba ver a mi hermano, y que estaba tan resuelto a hacerlo que no admitía negativas. Bajé y encontré esperando en los escalones de la entrada a un hombre de mediana edad y aspecto muy respetable a quien nunca le había puesto los ojos encima en toda mi vida.

Le dije que era la hermana de Joshua y que me ocupaba de sus asuntos debido al estado de su salud. El desconocido sólo me respondió que tenía mucha necesidad de ver al propio Joshua. Decidí no exponerle la impotencia en que se encontraba el intelecto de mi hermano a una persona de la que nada sabía, así que sólo le dije que la entrevista que deseaba era imposible, pero que si tenía algún asunto que tratar con el señor Grice, podía, por las razones que ya le había mencionado, decírmelo a mí. Vaciló, sonrió y manifestó que me estaba muy agradecido; y después, haciendo ademán de pasar, añadió que probablemente sería yo capaz de apreciar la naturaleza amistosa del asunto que lo traía si me informaba que estaba empleado para una cuestión confidencial por el señor Arthur Carr.

En el instante en que pronunció ese nombre sentí que se me clavaba un cuchillo en el corazón; después, la indignación se apoderó de mí. Le dije que le informara al señor Carr que la miserable criatura a quien su villanía había destruido había huido de su hogar, había muerto lejos de su hogar, estaba enterrada lejos de su hogar; y, con eso, le cerré la puerta en la cara. La agitación y una especie de terror que no puedo explicar me sobrecogieron de tal forma que tuve que apoyarme contra la pared del pasillo y fui incapaz, durante varios minutos, de dar un paso para subir. En cuanto me sentí un poco mejor y comencé a reflexionar en lo que había sucedido, me asaltó la duda de si no habría actuado mal. Recordé que los abogados de Joshua en Londres le habían dado mucha importancia a encontrar el rastro del señor Carr; y aunque desde esa época la situación había cambiado debido a la muerte de mi sobrina, me seguí sintiendo insegura e intranquila —no sé bien por qué— por lo que había hecho. Era como si hubiera asumido una responsabilidad que no era mía. Corrí de nuevo a la puerta y la abrí; miré a un lado y a otro de la calle. Era demasiado tarde: no había señales del desconocido, y nunca más volví a verlo.

Eso ocurrió en marzo de 1828, en el mismo mes en que apareció el anuncio. Insisto en la fecha porque marca el momento en que se produjo la última información que debo dar en relación con los deshonorosos acontecimientos que me he visto obligada a relatar. Desde entonces hasta hoy nada he sabido del bebé mencionado en el anuncio. Ni siquiera sé cuándo nació. Sólo sé que su culpable madre huyó de su hogar en diciembre de 1827. Nunca descubrí si vivió después de la fecha del anuncio o si murió, y nunca quise descubrirlo. He llevado una vida retirada desde la época de mi humillación, escondiendo el dolor en mi corazón, sin hacer preguntas ni contestarlas.

En ese momento Mat suspendió una vez más la lectura de la carta. Ya había leído durante un tiempo inusualmente largo con infatigable atención, y siempre con la misma expresión de severa tristeza en el rostro, excepto cuando el nombre de Arthur Carr aparecía en la narración. Casi en todas las ocasiones en que el dedo con el que se guiaba a lo largo de los apretados renglones de la carta llegaba a esas palabras, temblaba ligeramente, y sus ojos brillaban más y más con mirada amenazadora. Así fulguraban cuando dejó caer la carta sobre sus rodillas y, volviéndose en redondo, tomó de la pared a sus espaldas, contra la cual estaba apoyado, unas alforjas de cuero a las que ya se ha hecho alusión como parte de las pertenencias personales que trajera consigo al instalarse en la calle Kirk. Las abrió, sacó un abanico de plumas y un pequeño bolso de tela roja para guardar tabaco; y después comenzó a rebuscar en el fondo del bolso de donde, al cabo, sacó una carta. Tenía varios desgarrones, la tinta se había desvanecido, y el papel exhibía manchas de grasa, tabaco y suciedad en general. La dirección estaba en tales condiciones que sólo resultaba legible la palabra «Brasil» al final. Dentro, su estado no era mucho mejor. No obstante, la fecha que la encabezaba aún resultaba tolerablemente fácil de descifrar: era «20 de diciembre de 1827».

Mat miró primero esa fecha y después el párrafo que acababa de leer en la narración de Joanna Grice. Después, comenzó a contar con los dedos, con bastante torpeza, comenzando con el año 1828 como Número Uno, y terminando con el actual, de 1851, como Número Veintitrés.

—Veintitrés —se dijo en voz alta—, veintitrés años: no lo olvidaré.

Después volvió a bajar la vista con aire ausente a la antigua y maltratada carta. Algunos de sus renglones, aquí y allá, habían escapado lo suficiente a las manchas y la mugre como para resultar todavía fácilmente legibles; y fue a esos renglones adonde fueron a parar sus ojos. Las primeras palabras que captaron su atención eran las siguientes: «Por tanto, me encuentro sumido ahora en esta amarga aflicción, más deseoso que nunca de que todas nuestras diferencias pasadas se olviden y...»; ahí el inicio de otro renglón estaba oculto por una mancha, después de la cual, en la parte más limpia de la carta, continuaba el texto: «En este espíritu, entonces, te aconsejo que si consigues un empleo fijo en cualquier lugar del extranjero, lo aceptes, en lugar de regresar...»; (un desgarrón en el papel hacía demasiado fragmentarias las próximas palabras como para que resultaran fácilmente legibles) ...«cualquier buena noticia sin duda sabrás otra vez de mí. Mientras tanto, te repito, mantente alejado, si puedes. Tu presencia no traería ningún bien; y es mejor para ti, a tu edad, que no tengas que presenciar el dolor que ahora sufrimos». (Después de eso, la suciedad y el desvanecimiento de la tinta hacían que varias oraciones al final de la página resultaran casi totalmente ilegibles. Sólo los tres o cuatro renglones al pie de la hoja eran lo bastante claros como para poder leerlos con facilidad.) «¡Pobre criatura

perdida e infeliz! Pero la encontraré, sé que la encontraré; y entonces, diga o haga Joanna lo que quiera, perdonaré a mi Mary, porque sé que merecerá ese perdón. En cuanto a *él*, confío en que sea posible encontrar su rastro, y en que logre inspirarle la vergüenza suficiente para que expíe su culpa casándose con ella. Si se negara, entonces ese villano de negro corazón...»

En ese punto Mat interrumpió abruptamente la lectura y tras doblar apresuradamente la carta, la volvió a guardar en las alforjas, junto con el abanico de plumas y el bolso indio. «No puedo dedicarme ahora a esa parte de la historia, pero *puede* que llegue el momento...» No continuó la idea que así se expresaba, sino que se quedó quieto unos minutos, con la cabeza apoyada en una mano y las espesas cejas fruncidas de enojo, contemplando huraño la llama de la vela. Aún tenía que terminar la carta de Joanna Grice. La tomó en sus manos y buscó el último párrafo que había leído.

«En cuanto al bebé mencionado en el anuncio»... esas fueron las palabras que le indicaron que había llegado al lugar que buscaba. *¿El bebe?* No habían ninguna mención a su sexo. «Me gustaría saber si fue un niño o una niña», pensó Mat.

Aunque había llegado cerca del final de la carta, le resultó difícil prestar atención a las últimas frases que le quedaban por leer. Empezaban así:

Antes de decir algo a manera de conclusión sobre la venta de nuestro negocio, la muerte de mi hermano y la vida que he llevado desde entonces, me gustaría referirme, una sola vez, y muy brevemente, a las escasas pertenencias que mi sobrina dejó al abandonar su hogar. Las circunstancias pueden hacer que algún día ello resulte necesario. Deseo, entonces, declarar que todo lo que le perteneció está guardado en uno de sus cajones (ahora en mi poder) tal como lo dejó. Cuando se descubrieron las cartas firmadas «A.C.», como ya mencioné, en ocasión de unas reparaciones que se realizaron en la casa, las eché en el cajón con mis propias manos. Como se verá, todas ellas demuestran, más o menos, lo cierto de aquellas primeras sospechas mías de las que mi difunto hermano lamentablemente no hizo caso. En lo que respecta a dinero u objetos de valor, sólo debo mencionar que mi sobrina se llevó con ella en su huida todos sus ahorros. Sé en qué caja los guardaba, y vi esa caja abierta y vacía sobre su mesa cuando descubrí que se había marchado. En cuanto a las únicas tres joyas que poseía, yo misma vi cuando le daba su broche a Ellen Gough, siempre llevaba puestos sus pendientes y sólo puedo presumir (porque nunca se encontró) que se llevó con ella, en su huida, su brazaletes de cabellos.

—Ahí está de nuevo —exclamó Mat dejando caer la carta en el instante en que sus ojos se posaron sobre esas tres palabras tan significativas: «brazaletes de cabellos».

Acababa de emitir esa exclamación cuando oyó que se abría de par en par la puerta de la casa y que después se cerraba de un portazo. Zack acababa de entrar.

—Me alegro de que haya llegado —musitó Mat recogiendo la carta del suelo y estrujándola al guardársela en el bolsillo—. Hay una o dos cosas que quiero averiguar antes de seguir adelante, y Zack es el hombre que me puede ayudar.

CAPÍTULO IX

MÁS REVELACIONES

Cuando Zack entró en la habitación y vio a su extraño amigo sentado en el suelo, en su rincón de siempre, con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos, flanqueado, por una botella de brandy de un lado y una vela medio derretida del otro, rompió a reír a carcajadas dando patadas en el suelo a su manera escandalosa, hasta que la endeble construcción pareció estremecerse en sus cimientos. Mat soportó con la paciencia más imperturbable el ruido y las burlas, y todas las bromas que los siguieron acerca de la futilidad de intentar ahogar su pasión por Madonna en una botella de brandy. El control sobre sí mismo de que hizo gala no dejó de verse recompensado. Zack se cansó de hacer chistes que eran recibidos con la más serena indiferencia y, pasando sin interrupción de lo pueril a lo práctico, sorprendió a su compañero de cuarto al comunicarle una noticia inesperada y sumamente importante.

—Por cierto, Mat —dijo—, debemos recoger un poco el cuarto y asumir el aspecto más respetable que podamos antes de mañana por la noche. Mi amigo Blyth vendrá a pasar una velada con nosotros. Me quedé a propósito hasta que se fueron todos los invitados para invitarlo.

—¿Quieres decir que vendrá a tomarse un trago de grog y fumarse una pipa con nosotros? —preguntó Mat bastante sorprendido.

—Quiero decir que vendrá, sin duda; pero en cuanto al grog y las pipas, no es adicto a ninguno de los dos. Es el hombre mejor y más estimable del mundo, pero me apena decir que es tan simplón que lo que le gusta es la limonada y el té. Fumar lo indispondría de inmediato; y en cuanto al grog, creo que entra y sale el año sin que por sus labios pase una gota. Tiene una cabeza débil, una cabeza lamentablemente débil para la bebida —concluyó Zack, dándose unos golpecitos en la frente con aires de imperturbable superioridad báquica.

Dio la impresión de que Mat era presa otra vez de uno de sus accesos de meditación. No respondió, sino que alzó la botella de brandy que estaba a su lado, la puso delante de la vela y comprobó cuánto licor quedaba en ella.

—No empieces a preocuparte por el brandy: no necesitas conseguir más para Blyth —continuó Zack al advertir lo que había hecho su amigo—. Mira, ¿sabes que lo mejor que has hecho en tu vida fue salvar el cuadro de Valentine? Con eso has conquistado su corazón. Antes tenía suspicacias acerca de mi amistad contigo, pero ahora no cree que haya palabra en el idioma lo suficientemente buena para describirte. Cuando lo invité a venir y a juzgar por sí mismo cómo eres realmente en tu propio ambiente, me dijo que se sentiría muy feliz de poder darte las gracias de

nuevo. Cuéntale algunas de esas espléndidas historias tuyas. Ya lo he aterrorizado con una o dos de segunda mano. ¡Oh, Dios!, con cuánta hospitalidad lo recibiremos, ¿no es cierto? Tú harás que se le pongan los pelos de punta, Mat, y yo haré que se ahogue en su té favorito.

—¿Qué hace con esos cuadros suyos? —preguntó Mat—. ¿Venderlos?

—¡Por supuesto! —respondió el otro con absoluta seguridad—; y obtener por ellos enormes sumas de dinero —cada vez que Zack tenía oportunidad de magnificar la importancia de un amigo, se alzaba muy por encima de los límites de la realidad y aprovechaba el momento dorado sin un instante de vacilación y exagerando todo lo que podía.

—¿Así que montones de dinero? —continuó Mat—. Y lo guarda, como hacéis todos, me imagino.

—¡Él guardar dinero! —replicó Zack—. Nunca en tu vida te imaginaste algo tan equivocado. No creo que haya guardado ni seis centavos desde que era un niño. Si la señora Blyth no lo mantuviera a raya no creo que quedaran en la casa ni cinco libras de un año para otro.

Se produjo un momento de silencio.

«No era porque tuviera dinero en ese gran cofre suyo, entonces», pensó Mat, «por lo que le cerró la tapa tan rápido. Me pregunto si...»

—Es el hombre más generoso del mundo —continuó Zack mientras encendía un puro—, y el que más a tiempo paga sus cuentas: pregúntale a cualquiera de sus proveedores.

Ese comentario eliminó la conjetura que comenzaba a tomar cuerpo en la mente de Mat. La abandonó de inmediato y continuó haciéndole preguntas a Zack. Ya tenía parte de la información que quería obtener del joven Thorpe. Sabía ahora que cuando el señor Blyth cerró el escritorio tan bruscamente al ver aproximarse al señor Gimble, la causa no había sido la de que guardara dinero en él.

—¿Mañana por la noche traerá a alguien más? —preguntó Mat.

—¿A alguien más? ¿A quién podría traer? Vamos, viejo bárbaro, no esperarás que traiga a Madonna a nuestra alegre guarida de solteros para que presida el grog y las pipas, ¿no?

—¿Cuántos años tiene esa joven? —inquirió Mat con aire contemplativo, al tiempo que despabilaba la vela con los dedos.

—¡Y dale con la hija! —vociferó Zack con una carcajada—. Es mayor de lo que parece, eso te lo puedo asegurar. Uno pensaría que no tiene más de dieciocho o diecinueve años. Pero lo cierto es que tiene veintitrés. ¡Cálmate! Te caerás por la ventana si no te estás quieto en tu rincón.

¡Veintitrés! La misma cifra que había obtenido, justo antes de que entrara el joven Thorpe, cuando calculara, contando con los dedos, el número de años que mediaba

entre 1828 y 1851.

—Supongo que lo próximo que dirás es que es demasiado mayor para ti — prosiguió Zack—; o quizás prefieras hacerme una o dos preguntas antes. Te diré, viejo Lobo Marino, que la parte zascandil de tu carácter está comenzando a...

—¡Al diablo con la charla! —lo interrumpió Mat levantándose de un salto para tomar un grasiento mazo de naipes de la repisa de la chimenea—. Ni hago preguntas ni quiero respuestas. Tomemos un traguito de ponche y juguemos al mentiroso. A seis peniques la mano. ¡Vamos!

Se sentaron con los naipes y un trago de brandy con agua, y jugaron interrumpidamente durante una hora o más. Zack ganó; y —adicionalmente animado por la inspiradora influencia del grog— su efervescencia subió de grado con cada seis peniques que su buena suerte le extraía a su adversario del bolsillo. Su júbilo pareció al fin comunicársele hasta al imperturbable Mat quien, en uno de los intervalos dedicados a barajar los naipes, dejó escapar de repente una de esas risitas secas y entre dientes que ya se ha dicho que eran lo más cercano a una risa civilizada que era capaz de emitir.

Estaba tan poco acostumbrado a exhibir síntomas de hilaridad que Zack, quien repartía la mano siguiente, se detuvo asombrado e inquirió con gran curiosidad qué era lo que hacía «gruñir así» a su amigo. Al principio Mat se negó rotundamente a explicárselo; después, ante la insistencia de Zack, admitió que rumiaba en su mente en ese momento lo que Zack le había contado acerca de «la anciana» que, según el joven Thorpe, había «chocado con él de repente en casa del señor Blyth porque quería hacerle un regalo a la joven», hecho que, añadió Mat, «le hacía tanta gracia que habría pagado una corona de su propio bolsillo sólo para ver y oír el zafarrancho de principio a fin».

Zack, cuyo humor era exactamente el adecuado para que «le hiciera gracia» cualquier cosa que «le hiciera gracia» a su amigo, aprovechó con gran júbilo el lado humorístico del asunto que éste traía a colación y comenzó de inmediato a describir las peculiaridades personales de la pobre señora Peckover con las más cómicas exageraciones. Mat lo escuchaba con una atención tan admirativa, y parecía tan sorprendentemente divertido por todo lo que contaba que, presa del entusiasmo generado por su éxito, Zack corrió a la habitación contigua, agarró las dos almohadas de la cama, se puso una por delante y otra por detrás, se amarró la colcha de retazos por encima, a manera de enagua, y regresó con andares patosos junto a su amigo, disfrazado de la gruesa señora Peckover tal como la había visto en aquella noche memorable cuando lo detuviera con aires de misterio en la casa del señor Blyth.

Zack era un mimo realmente bueno, así que imitó al dedillo todos los detalles de la voz, las maneras y la forma de andar de la señora Peckover, mientras Mat reía entre dientes todo el tiempo, movía la cabeza a un lado y a otro y daba golpes sobre la

mesa con su grueso puño a guisa de aplausos. Alentado por el extraordinario efecto producido por su actuación, Zack representó toda la escena ocurrida con la señora Peckover en el pasillo, siguiendo a esa excelente mujer por los laberintos del «engreimiento» en los que se extravió, e imitando con tanta fidelidad y humor su espanto cuando él amenazara con subir a preguntarle al señor Blyth si Madonna efectivamente tenía un brazalete de cabellos que Mat declaró que lo que acababa de presenciar gratis lo había curado para el resto de su vida de tener la tentación de pagar para ver una función de teatro.

Alcanzado el clímax de su improvisado espectáculo dramático, el joven Thorpe experimentó tan gran agotamiento que se sintió feliz de arrojar a un lado las almohadas y la colcha, y se dispuso a pasar el resto de la velada tranquilamente en compañía del periódico. Su amigo no lo interrumpió ni con una palabra, excepto en el momento en que se sentaba, cuando Mat dijo, simplemente y como al pasar, que estaba seguro de poder identificar a la auténtica señora Peckover al instante a partir de la imitación de Zack, si en algún momento se topaba con ella en la calle. A lo cual el joven Thorpe se limitó a contestarle que no era muy probable que ello ocurriera, porque la señora Peckover vivía en Rubbleford, donde su esposo tenía algún tipo de empleo, y donde ella misma administraba un pequeño negocio de venta de leche y bollos.

—La señora Peckover no viene a Londres más de una vez al año —concluyó Zack mientras encendía un puro—; ¡y cuando lo hace, la vieja beldad se queda todo el tiempo puertas adentro en casa de Blyth!

Mat prestó atención a esa respuesta, pero no hizo más comentarios. Fue a la habitación trasera, donde guardaban el agua, y se dedicó a lavar la vajilla que atesoraba la guarida de solteros en honor a la próxima visita del señor Blyth.

Al cabo de algún tiempo, Zack —en quien la literatura de cualquier tipo, elevada o vulgar, actuaba siempre más o menos como un narcótico— se quedó amodorrado con el periódico, dejó que se le enfriara el grog y que se le cayera el puro de la boca, y se quedó dormido profundamente en su asiento. Cuando se despertó tembloroso, su reloj se había parado, la vela se había consumido casi por completo en la palmatoria, el fuego del hogar se había extinguido y su compañero de cuarto no se encontraba ni en la habitación de delante ni en la trasera. El joven Thorpe conocía demasiado bien el extraño gusto de su amigo por «salir de noche para agarrar la mañana en el campo en cuanto empieza» (para usar una frase del propio Mat) como para que lo asombrara encontrarse a solas. Se trasladó medio dormido hasta la cama, y se dijo lo siguiente entre bostezos:

—Mañana por la mañana lo veré como de costumbre en cuanto me despierte.

La llegada de la mañana le hizo ver que esa previsión era falaz. Los primeros objetos con los que toparon los ojos de Zack cuando se despertó perezosamente a eso

de las once fueron un brazo y una carta que se introducía calladamente por la puerta entreabierta de su cuarto. Aunque la extremidad no era en absoluto despreciable en términos de desarrollo muscular, no era el brazo velludo y hercúleo de Mat. No era más que el brazo de la sirvienta de la casa, que le tenía un respeto tan saludable al bárbaro inquilino que no se sabía de ninguna ocasión en que hubiera aventurado todo su cuerpo en las regiones prohibidas, de su apartamento desde que empezara a habitarlo.

Zack se levantó de un salto de la cama y tomó la carta. Resultó ser de Valentine, quien lo instaba a ir enseguida a su casa para ver a la señora Thorpe, quien deseaba ardientemente hablar con él. La cara de Zack cambió de color al leer los pocos renglones que el señor Thorpe había escrito y pensar en la perspectiva de encontrarse con su madre frente a frente por primera vez desde que se marchara de su hogar. No obstante, se vistió apresuradamente, sin un instante de demora, y se dirigió a casa del señor Blyth de inmediato, ora caminando a toda velocidad, ora corriendo, ansioso de no parecer dilatorio o negligente en obedecer la convocatoria que acababa de recibir.

Al llegar a la casa del pintor lo hicieron pasar a uno de los salones de la planta baja, donde ya se encontraba la señora Thorpe, a quien el señor Blyth hacía compañía. El encuentro entre madre e hijo fue tópico por ambas partes. Sin darle a Valentine tiempo suficiente para ir de su silla a la puerta, sin esperar un instante para verificar qué sentimientos hacia él expresaba el rostro de la señora Thorpe, sin prestarle la menor atención al daño que le infligía al sombrero y la cofia de su madre, Zack la saludó con la vieja lluvia de besos apretados y el viejo abrazo tumultuosamente afectuoso de sus días de escolar. Y ella, por su parte, pobre mujer, balbuceó vacilante sus primeras palabras de reproche y después perdió la voz, le metió entre las manos a su hijo un pequeño envoltorio de papel con dinero y comenzó a llorar sobre su pecho sin pronunciar palabra. Era lo que sucedía entre ellos desde hacía tiempo, cuando ella era joven y él sólo un niño; ¡y fue lo que sucedió ahora, en un momento posterior y más triste!

A la señora Thorpe le llevó largo tiempo recuperar el control sobre sí misma que había perdido al ver a su hijo por primera vez desde su salida del hogar. Zack le expresó su contrición una y otra vez y le reiteró repetidamente su promesa de seguir el plan que el señor Blyth le había propuesto en la barrera de portazgo, antes de que su madre lograra calmarse lo suficiente para poder pronunciar tres palabras sin prorrumpir en llanto. Cuando al fin se recuperó lo bastante para poder dirigirse a él con cierta calma, la señora Thorpe no le habló, como Zack esperaba, de sus faltas pasadas ni de sus perspectivas futuras, sino de su actual alojamiento y del desconocido que había permitido que se convirtiera en su amigo. Aunque el valiente rescate de «Colón» por parte de Mat había predispuesto mucho a Valentine en su favor, el pintor era demasiado concienzudo para suavizar la realidad a causa de ello al

contarle a la madre de Zack dónde vivía ahora su hijo y qué tipo de compañía había elegido para compartir su vivienda. La señora Thorpe era tímida, y como todos los tímidos, era desconfiada, así que ahora le suplicó a Zack con nerviosa insistencia que comenzara su prometida reforma marchándose de la calle Kirk y cortando de inmediato su peligrosa intimidad con el desconocido vagabundo que allí vivía.

Zack defendió a su amigo ante su madre, exactamente como lo defendiera ante Valentine, pero no consiguió hacerla cambiar de opinión hasta que se le ocurrió prometerle que en ese asunto, como en todos los demás, se atendería, en última instancia, a la opinión del señor Blyth. Esa garantía, acompañada por el anuncio de que Valentine estaba a punto de formarse su propio juicio sobre el señor Marksman visitando la casa de la calle Kirk esa misma noche, pareció tranquilizar y satisfacer a la señora Thorpe. Todas sus esperanzas en relación con el futuro de su hijo, ahora que se veía obligada a admitir la triste necesidad de aceptar la prolongación de su ausencia del hogar, estaban depositadas en el señor Blyth y sólo en él.

Resuelta la primera dificultad, Zack le preguntó con no poca aprensión y ansiedad si el enojo de su padre daba algunas señales de ceder. La pregunta era infortunada. Los ojos de la señora Thorpe comenzaron de nuevo a llenarse de lágrimas en el mismo momento en que la oyó. La noticia que debía transmitirle a su hijo en respuesta a su pregunta era sumamente triste y muy descorazonadora.

Las palpitaciones que aquejaban al señor Thorpe el día de la huida de su hijo de la Plaza Baregrove habían sido inmediata y exitosamente aliviadas por los remedios médicos; pero se habían visto seguidas, desde hacía uno o dos días, por una terrible depresión a la que parecía haber sucumbido, y para la que el médico era incapaz de sugerir una cura rápida. Las palabras del señor Thorpe, escasas siempre, eran ahora más escasas que nunca. Su usual energía parecía haberlo abandonado por completo. Todavía participaba en el día a día de las Sociedades religiosas a las que pertenecía, en franca oposición al consejo del doctor, pero cumplía sus deberes mecánicamente y sin ningún interés en las personas o los acontecimientos con los que entraba en contacto. En los últimos dos días sólo había hecho referencia a su hijo una vez, y no para hablar de llamarlo a su lado, ni para preguntar dónde había ido, sino sólo para expresar brevemente y con desesperación que no se debía volver a mencionar su nombre.

En consecuencia, en lo referido a los intereses o aprensiones de Zack, no había temor de que se produjera un nuevo enfrentamiento entre su padre y él. Cuando la señora Thorpe le había contado a su esposo (tras recibir la respuesta de Valentine a su carta) que su hijo estaba «en buenas manos», el señor Thorpe no había preguntado, como ella temía, de qué manos se trataba. Y, de nuevo, cuando dejó ver que quizás resultaría conveniente ayudar al joven en alguna pequeña medida, siempre que se mantuviera en el buen camino y admitiera la guía de las «buenas manos» ya

mencionadas, el señor Thorpe no había hecho objeciones ni planteado preguntas, sino que había inclinado la cabeza y le había dicho que hiciera lo que quisiera, al tiempo que musitaba unas pocas palabras en voz tan baja que su esposa no las había podido escuchar. Por tanto, sólo podía repetir la triste verdad de que desde que sus energías se desplomaran, todos sus planes previos y sus opiniones habituales en referencia a su hijo parecían haber sufrido un cambio desastroso y súbito. Era sólo a causa de ese cambio, que parecía tornarlo tan incapaz de indicarle a ella cómo actuar como de actuar él mismo, que la señora Thorpe se había atrevido a asumir la responsabilidad de concertar esa entrevista con Zack y de llevarle la pequeña ayuda pecuniaria que el señor Blyth había considerado necesaria en la lamentable emergencia que atravesaban en esos momentos.

La enumeración de esos detalles —interrumpida constantemente por vanas lamentaciones de un lado e inútiles reproches dirigidos a sí mismo del otro— ocupó mucho más tiempo del que imaginaran la madre y el hijo. No fue hasta que el reloj del vestíbulo del señor Blyth dio la hora que la señora Thorpe se percató de que su ausencia del hogar había sido mucho más prolongada de lo que se propusiera al salir de la Plaza Baregrove. Se puso de pie de inmediato, presa de un gran nerviosismo; se despidió apresuradamente de Valentine, quien mataba el tiempo en el jardín frente a la casa; le envió los recuerdos más amables que se le ocurrieron a las damas que permanecían en el piso de arriba; y partió rápidamente en dirección a su hogar. Zack la acompañó hasta la entrada de la plaza y, al despedirse de ella, demostró la sinceridad de su arrepentimiento de forma sumamente imprevisible y desesperada, ofreciendo regresar a su hogar en ese mismo momento con su madre, si ella así lo deseaba. La señora Thorpe ansiaba de todo corazón tomarle la palabra, pero recordó las órdenes del médico y la situación crítica de la salud de su esposo; de ahí que se obligara a sí misma a confesarle a Zack que aún no había llegado el momento de su regreso. Después de ello —tras mutuas promesas de volverse a comunicar pronto por intermedio de Valentine— se dieron un triste adiós en la misma entrada de la Plaza Baregrove: la señora Thorpe se apresuró, nerviosa, a llegar a la puerta de su hogar, y Zack regresó apesadumbrado a la casa del señor Blyth.

Mientras tanto, ¿qué era de Mat desde que dejara solo a su joven amigo en las habitaciones de la calle Kirk?

Como Zack supusiera, había salido a emprender una de las largas caminatas nocturnas que solían encontrarlo ya en pleno campo antes de que las primeras luces cenicientas del nuevo día cubrieran el cielo. En situaciones normales, sólo se permitía esas excursiones a pie a tan extraña hora de la noche debido a los hábitos errantes nacidos de su vida de vagabundeo, que lo hacían incapaz de atenerse al horario civilizado y pasar las horas más tempranas de la mañana, como el resto de las personas, pasivamente en la cama. En esa ocasión, sin embargo, había salido con un

propósito específico, porque no se había marchado de la calle Kirk por el mero placer de la caminata, sino para pensar claramente y sin presión alguna. El cerebro de Mat nunca era más fértil en recursos que cuando su dueño ejercitaba libremente las piernas al aire libre.

Casi cada palabra que pronunciara Zack esa noche lo había reafirmado en su determinación de hacerse con el brazalete de cabellos de Valentine, y le había servido de ayuda para sugerirle la manera en que podía llevar a cabo esa decisión. La primera necesidad de importancia que le imponía su plan era encontrar la manera de abrir en secreto el escritorio del pintor; la segunda era dar con algún método seguro —de no darse ninguna casualidad— de acercarse a él sin ser visto. Mat había advertido que el señor Blyth llevaba la llave del escritorio sujeta a la cadena de su reloj; y acababa de enterarse por boca del joven Thorpe de que Blyth estaba a punto de hacerles una visita. Por tanto, la noche en que se produjera esa visita podría, de alguna manera, alcanzar el primero de esos dos objetivos, esto es, el descubrimiento de un método para abrir en secreto el escritorio. Pero ¿cuál?

Ese era el problema que Mat salió a resolver en medio del silencio y la soledad de una larga caminata nocturna.

No resultaría empresa fácil calcular el número preciso de laberintos mentales que recorrió antes de llegar a la solución. Como era usual en él, sus pensamientos se apartaban de cuando en cuando de su tema de la manera más irregular: incluso, en una ocasión, divagaron hasta el mismísimo Nuevo Mundo, y se centraron ininteligiblemente en historias que escuchara y conversaciones que sostuviera en diversas partes de esa extensísima región con vagabundos que fueron sus compañeros ocasionales, traídos por el azar desde todas las regiones de la Europa civilizada. Mat mismo se habría visto en apuros para poder decir cómo logró su mente regresar de esos tiempos pasados y lugares remotos a los problemas actuales y las consideraciones relacionadas con el invitado que se esperaba en la calle Kirk. Pero lo cierto es que regresó; y lo que era más importante, resolvió definitivamente el embrollado problema que se había propuesto solucionar.

De los labios de Mat no escapó ni un susurro acerca del plan que acababa de elaborar cuando, al tiempo que lo analizaba desde diversos ángulos, caminaba a paso rápido de vuelta a la ciudad en medio de la fresca quietud de la mañana invernal. No obstante, y a pesar de su discreción, o bien sus actos al regresar a Londres dejaron filtrar algunos indicios de su proyecto a través de las acciones que emprendió, o bien su idea de los hospitalarios preparativos que se debían hacer para recibir al señor Blyth era más bárbara y extravagantemente excéntrica que todo el resto de sus ideas juntas.

En vez de volver directamente a su casa, cuando llegó a la calle Kirk hizo algunas paradas en ciertos comercios del barrio para hacer compras que, evidentemente,

tenían que ver con el invitado de la noche, porque lo primero que adquirió fueron dos o tres limones y una libra de pan de azúcar. Hasta ese momento su proceder era, sin duda, bastante comprensible; pero se fue tornando cada vez más enigmático cuando empezó a recorrer dos o tres calles, mirando a su alrededor con atención, deteniéndose en todas las cerrajerías y herrerías que encontraba a su paso, deteniéndose para observar a las personas que se encontraban en su interior y después reemprendiendo la marcha con aspecto circunspecto. Al cabo de cierto tiempo de esas andanzas se acercó a una hilera de casas muy deterioradas en las que se veía a algunos de sus moradores femeninos y masculinos, de muy malas trazas, que miraban por las ventanas o merodeaban indolentes junto a las puertas de la taberna.

En la planta baja de una de esas casas había un pequeño establecimiento mugriento que, a juzgar por la oferta que estaba a la vista, comerciaba mucho más con hierro y acero viejos y oxidados que con hierro y acero nuevos y lustrosos. No había ningún cliente en el mostrador; del otro lado de él, estaba un hombre escuálido, jorobado, de cejas muy pobladas y tan sucio como el más sucio pedazo de hierro de los que lo rodeaban, dedicado a clasificar clavos usados. Mat, que incomprensiblemente había pasado junto a las puertas de herreros respetables, ahora, de modo igualmente incomprensible, entró en esa tienda sucia y de aspecto dudoso y se dirigió al repelente desconocido que estaba tras el mostrador. La conferencia que los dos hombres sostuvieron a continuación fue llevada a cabo en voz baja y, evidentemente concluyó en términos satisfactorios para ambos, porque el escuálido desconocido comenzó a silbar una melodía al proseguir su clasificación de clavos y Mat murmuró para sí mismo «Ya está resuelto», al salir a la calle.

Su próxima diligencia resultó aún más misteriosa. ¡Fue a uno de esos comercios ennoblecidos con el nombre de «Almacenes Italianos» y adquirió una pequeña cantidad de la mejor cera! Tras realizar esa compra, que se guardó en el bolsillo de los pantalones, se dirigió a la taberna que quedaba frente a su casa y, a pesar de lo que Zack le comunicara acerca de la sobriedad de Valentine, compró y se llevó consigo no sólo una nueva botella de brandy, sino, además, otra de ron jamaicano.

El joven Thorpe no había regresado aún de la casa del señor Blyth cuando Mat llegó al apartamento con sus compras. Colocó las botellas, el azúcar y los limones en el aparador, lanzó una mirada satisfecha a los tres vasos y a las tres cucharas limpias que se encontraban en el estante, dulcificó la habitual circunspección de su aspecto hasta el punto de sonreír, encendió el fuego y le echó bastante carbón para mantenerlo al rojo, se sentó sobre sus pieles de oso, se movió de aquí para allá hasta encontrar una posición cómoda en su rincón, y se cubrió la cara con el pañuelo; al meter las manos en los bolsillos y topar así accidentalmente con la bolita guardada en uno de ellos, dejó escapar una risita seca, que era la primera que se permitía desde la noche anterior.

—Ahora estoy listo para el Hombre que Pinta —gruñó Mat detrás de su pañuelo al tiempo que se disponía a dormir.

CAPÍTULO X

LA PÓCIMA DE LA INDIA

Zack era proclive, en ciertos momentos y determinadas épocas, a precipitarse desde las cumbres del entusiasmo a los abismos de la desesperación sin pasar por ningún estado intermedio de moderado júbilo, melancolía meditativa o lacrimoso abatimiento. Después de decirle adiós a su madre volvió a presentarse en casa del señor Blyth en ese estado de postración mental y comenzó a referirse a sus faltas y al efecto que éstas habían tenido en el ánimo de su padre tan amargamente que Valentine se sintió muy sorprendido e incluso ligeramente alarmado. El afable pintor no gustaba de ninguna de las manifestaciones de una contrita desesperación, y no creía en el arrepentimiento que se mostraba incapaz de mirar con esperanza hacia el futuro al mismo tiempo que lamentaba el pasado. De ahí que hiciera a un lado su pincel cuando ya estaba a punto de empezar a aplicarle el barniz a «La Edad de Oro» para dedicarse a consolar a Zack recordándole todo el crédito y el honor que podría aún conquistar si seguía con regularidad sus nuevos estudios, si nunca flaqueaba en su labor en el Museo Británico y en la Academia de Dibujo a la que pronto se incorporaría, y si terminaba, como muy bien podía ser el caso, redimiendo ante su padre su decisión de convertirse en un artista al mostrarle al señor Thorpe una medalla ganada mediante la labor de sus manos en las Escuelas de la Real Academia.

Una característica infaltable de las personas cuyo humor oscila siempre entre extremos es que, por lo general, son capaces de pasar de un estado de ánimo a otro con inusual facilidad. Una vez que hubo agotado la copiosa reserva de consuelos del señor Blyth, participado de un excelente y abundante almuerzo caliente y pasado un par de horas con las damas, Zack predecía su propia reforma con la misma confianza con que predijera su ruina unas dos horas antes; y se marchó a la calle Kirk para asegurarse de que su amigo Mat estuviera en casa para recibir a Valentine esa noche con un paso tan ágil y unos molinetes tan alegres de su bastón que parecía que ya se hubiera reivindicado ante su padre ganando todas las medallas que la Real Academia concedía.

La hora fijada para la llegada del señor Blyth era las siete de la noche. Valentine, puntual a la hora acordada, se había vestido informalmente para la ocasión con una levita corta de color azul, famosa entre todas sus amistades por su buen corte y su fabulosa antigüedad. A partir de lo que Zack le había contado de las peculiaridades más mundanas del carácter de Mat, preveía una bienvenida ligeramente incivilizada del mayor de sus dos anfitriones; y cuando llegó a la calle Kirk constató que sus expectativas se cumplían, en general, con generosidad.

Cuando subía las oscuras y estrechas escaleras de madera de la tabaquería llegó a sus narices un olor mezcla de hígado y tocino fritos, brandy con agua y humo de tabaco que bajaba hospitalariamente a su encuentro por las rendijas de la puerta de la sala. Al llegar a esa habitación, los primeros objetos sobre los que se posaron sus ojos fueron: Zack, en un extremo, con el sombrero puesto y vigorosamente entregado a la tarea de reanimar la polvorienta alfombra con una fregona húmeda; y en el otro, Mat, presidiendo sobre la sartén, sin chaqueta, con la camisa remangada hasta los hombros, un vaso de grog tan caliente que humeaba sobre la repisa de la chimenea y un largo tridente de peltre entre las manos.

—El honorable invitado de esta noche ha llegado antes de que hayamos terminado de limpiar la cubierta —exclamó Zack, dándole un empujoncito en las costillas a su amigo con el largo mango de la fregona.

—¿Cómo se siente esta noche? —dijo Mat con familiaridad sin abandonar su sartén pero liberando la mano derecha para ofrecérsela al señor Blyth mientras sostenía el tridente de peltre entre los dientes—. Siéntese donde quiera y pida por la grieta del suelo, ahí debajo de las pieles de oso, si quiere un poco de hebra de la tienda de los bajos.

—Hebra quiere decir tabaco —intervino Zack discretamente.

—¿Se siente capaz de hincarle el diente a un par de patatas asadas? —continuó Mat dándole unos golpecitos con su tridente a un pequeño horno holandés dispuesto frente al hogar—. Le hemos preparado un montón de hígado y tocino calentitos para ayudar a tragarse las patatas con lo que ustedes llaman guarnición. Bueno y entreverado, ¿no le parece? —en ese punto, el anfitrión de la noche pinchó con su tridente una loncha de tocino y se la pasó con toda cortesía por encima del hombro al señor Blyth, quien permanecía pasmado en medio de la habitación, que estaba sometiendo a su inspección.

—¡Oh, delicioso, delicioso! —exclamó Valentine oliendo el tocino que se le ofrecía con tanta delicadeza como si se tratara de un ramo de flores—. Realmente, mi estimado señor... —no dijo nada más, porque en ese momento tropezó con unos diez o doce corchos de botella tirados sobre la alfombra sobre la cual se encontraba. Es casi seguro de que si Zack no hubiera estado allí para sujetarlo, el señor Blyth habría concluido sus corteses comentarios sobre el tocino midiendo el suelo con el cuerpo.

—¿Por qué no lo sientas en una silla? —gruñó Mat, apartando la vista con aire de reproche de su sartén cuando Valentine recuperó la posición erecta con ayuda del joven Thorpe.

—Estaba a punto de darle una sacudida a esa parte de la alfombra cuando entraste —dijo Zack disculpándose, al tiempo que conducía al señor Blyth hasta un asiento.

—Oh, no te preocupes —respondió Valentine riendo—. Es que soy muy torpe.

Volvió a callarse de repente. Zack lo había colocado dando la espalda al hogar y

frente a una mesa cubierta por un mantel grande y sucio que caía hasta el suelo, debajo del cual, a la vez que hablaba, Valentine había intentado discretamente colocar las piernas. El asombro lo privó del poder de la palabra cuando, al ver coronados sus esfuerzos con el éxito, sus pies entraron en contacto con una verdadera montaña de botellas vacías, conchas de ostras y platos rotos apilados debajo de la mesa.

—¡Santo Dios! ¡Espero no haber provocado una catástrofe! —exclamó Valentine cuando una avalancha en miniatura de conchas de ostras cayó estrepitosamente sobre el pie imprudente, y una botella barrigona con el cuello roto salió rodando remolona de debajo del mantel y se colocó llamativamente sobre el suelo desnudo.

—Dale una patada, viejo amigo, da tantas patadas como te plazca —exclamó Zack al tiempo que se sentaba frente al señor Blyth y provocaba una segunda avalancha de conchas de ostras para animarlo—. Lo cierto es que estamos un poco apretados aquí, así que dejamos el mantel siempre puesto, con lo que debajo la mesa podemos contar temporalmente con una habitación más. Me parece que es una idea bastante novedosa; quizás no es pulcra, pero es original e ingeniosa, lo cual es mucho mejor.

—¡Sorprendentemente ingeniosa! —dijo Valentine, que comenzaba a sentirse divertido, además de asombrado, por la bienvenida que le deparaban en la calle Kirk—. Quizás bastante poco pulcra, como dices, Zack, pero novedosa, y nada desagradable cuando uno se acostumbra, supongo. Lo que me gusta de todo esto —continuó el señor Blyth frotándose las manos jubiloso y sacando a la vista de una patada otra botella vacía al acomodarse en su asiento—, es que sea tan poco ceremonioso. ¿Sabes que me siento ya como en mi casa, aunque nunca antes había estado aquí? Es curioso, Zack, ¿no te parece?

—¡Allá van las patatas! —vociferó Mat de repente desde el hogar. Valentine experimentó un sobresalto, primero debido al grito inesperado a sus espaldas, después al ver una patata truculentamente llena de protuberancias que volaba sobre su cabeza y era diestramente atrapada e instantáneamente depositada sobre el mantel sucio por Zack—. Dos, tres, cuatro, cinco, seis —continuó Mat sosteniendo la sartén sobre el fuego con una mano y tirando las patatas asadas con la otra por encima de la cabeza del señor Blyth para que las atrapara el joven Thorpe.

—¿Qué te parece la manera en que servimos las patatas en la calle Kirk? —preguntó Zack con aire satisfecho.

—Es un poco sorprendente cuando uno no está acostumbrado —tartamudeó Valentine, quien metía la cabeza cada vez que uno de los proyectiles comestibles volaba por encima de él—, pero es espontánea y sencilla... es deliciosamente espontánea y sencilla.

—Preparen los platos que ya viene el hígado —exclamó Mat con marcial voz de mando, al tiempo que lo volteaba con la sartén ardiente en una mano y el largo

tridente en la otra y asomaba a la mesa su ancha cara de un rojo vivo y cubierta de sudor.

—Mi estimado señor, no puedo permitir que se tome usted tanto trabajo — exclamó el señor Blyth—, ¡por favor, permítame ayudarlo!

—No, que me cuelguen si lo permito —respondió Mat con la más cortés elegancia y el más perfecto buen humor.

—Deja que lo haga todo él, Blyth —dijo Zack—; déjalo que te sirva y no le tengas lástima. Ya se tomará la revancha, te lo aseguro, cuando se enfrente a su hígado y su tocino. Contéplalo cuando empiece: engulle la comida como el león del Zoológico.

Mat pareció recibir esas palabras de Zack como un merecido cumplido, porque le soltó una risita al joven Thorpe y le guiñó un ojo con aire grave a Valentine mientras se sentaba con los brazos al aire ante su ración de hígado y tocino. Ciertamente, era un espectáculo raro e incluso pasmoso ver comer a ese hombre singular. Trozo tras trozo, sin el intermedio de un pedacito de pan, más que llevarse la carne a la boca la arrojaba en ella, parecía darle una única vuelta entre los dientes y tragársela entera vorazmente y al instante. Cuando había desaparecido apenas una cuarta parte del plato lleno de hígado y tocino del señor Blyth, y la mitad del de Zack, Mat había terminado su comida; se había limpiado la boca con el dorso de la mano, y el dorso de la mano en la pernera de los pantalones; había llenado dos vasos de una fuerte mezcla de ron con agua para él y para Zack; y se había dado a la tarea de preparar un tercer vaso, en el que el azúcar, el brandy, el jugo de limón, el ron y el agua caliente parecían llover tan incesantemente y en tal confusión que resultaba imposible decir cuál de los ingredientes era el principal de la mezcla. Cuando el vaso estuvo lleno, lo puso sobre la mesa de un golpe, junto al plato de Valentine.

—Pruebe un buchito de eso para empezar —dijo Mat—. Si le gusta, diga que sí; si no le gusta, diga que no y lo prepararé mejor la próxima vez.

—Es usted muy amable, tremendamente amable —respondió el señor Blyth, echándole una ojeada al vaso que tenía a su lado con una mezcla de reticencia y confusión—; pero la verdad es que aunque me molestaría mucho parecer desagradecido, me temo que debo advertirle... Zack, debiste decirle a tu amigo...

—Y lo hice —dijo Zack tomando a sorbitos su ron con agua con infinito placer.

—La verdad es, mi estimado señor —continuó Valentine—, que tengo la peor cabeza del mundo para todo tipo de bebidas fuertes...

—No me diga que esta es una bebida fuerte —lo interrumpió Mat dándole unos golpecitos enfáticos al vaso de su invitado con el índice.

—Quizás debí haber dicho grog —prosiguió el señor Blyth con una sonrisa cortés.

—No le llame grog —replicó Mat con dos golpecitos en el borde del vaso.

—¡Válgame Dios! —preguntó Valentine sorprendido—, ¿qué es entonces?

—Es la Pócima de la India —respondió Mat con tres palmarios golpecitos de aseveración.

El señor Blyth y Zack rieron, convencidos de que su excéntrico compañero los hacía objeto de una broma. Mat miró fija y severamente primero a uno y después al otro, y repitió con la más huraña gravedad:

—Les digo que es la Pócima de la India.

—¡Qué nombre tan curioso! ¿Cómo se prepara? —preguntó Valentine.

—Se echa el brandy necesario para darle un toque de sabor al agua. El ron necesario para darle un toque de sabor al brandy y al agua. El limón necesario para darle un toque de sabor al ron, y al brandy, y al agua. El azúcar necesario para darle un toque de sabor a todo. Eso es la Pócima de la India —replicó Mat con perfecta calma y total circunspección.

Zack comenzó a reír a carcajadas. Mat se tornó más inapelablemente grave que nunca. El señor Blyth sintió que comenzaba a interesarse en el tema de la Pócima de la India. La revolvió desganadamente con su cuchara y preguntó con gran curiosidad cómo había aprendido a prepararla su anfitrión.

—Cuando andaba por allá, por el Noroeste... —comenzó Mat señalando con la cabeza hacia el punto cardinal que mencionaba.

—Cuando habla del Noroeste y menea así esa vieja y embrollada cabezota suya en dirección a las pipas que están en la chimenea se refiere a Norteamérica —explicó Zack.

—Cuando andaba por allá por el Noroeste —repitió Mat sin darse por enterado de la interrupción—, trabajando con la cuadrilla de exploradores, empezaron a escasear las reservas de bebida y tuvimos que remediarnos lo mejor que pudimos para pelear contra el frío con un chorrito de licor y una pizca de azúcar, mezclado con más agua caliente de la que le había bajado por el gazonate a ninguno de nosotros en la vida. Le pusimos al trago la «Pócima de la India», porque era tan flojo que ni siquiera una mujer se habría podido emborrachar con él por más que lo intentara. En esas partes la mayoría de las mujeres son indias, y una pócima es... eso que tiene delante. Yo sabía que usted no podía resistir un grog normal y por eso se la preparé. No siga revolviéndola así con la cuchara o va a lograr que no le sepa a nada. Pruébela.

—Deja que yo la pruebe; veamos qué tan floja es —exclamó Zack extendiendo la mano en dirección a Valentine.

—No metas tu remo en la embarcación de otro hombre —dijo Mat tumbándole con destreza la cuchara de la mano cuando ya tocaba el vaso del señor Blyth—. Tú sigue con *tu* grog; yo seguiré con *mi* grog; y *él* seguirá con la Pócima de la India —y tras pronunciar esas palabras, Mat apoyó los codos desnudos en la mesa y observó con gran curiosidad el primer sorbito experimental de Valentine.

El resultado no fue un éxito. Cuando el señor Blyth volvió a poner el vaso sobre la mesa, toda la parte acuosa de la Pócima de la India parecía haberle viajado a los ojos, y toda la parte espirituosa haberse condensado en sus pulmones. Sacudió la cabeza, tosió y exclamó con voz débil:

—Demasiado fuerte.

—¿Quiere decir demasiado caliente? —dijo Mat.

—No, no —suplicó el pobre señor Blyth—, quise decir de verdad que era demasiado fuerte.

—Vuelve a probarlo —sugirió Zack, que ya había avanzado mucho hacia el fondo de su propio vaso—. Vuelve a probarlo. La primera vez el licor se te fue por el camino equivocado.

—Más azúcar —dijo Mat echándole sin dilación dos terrones en el vaso sin levantarse—. Más limón —exprimiendo un par de gotas de zumo y tres o cuatro pepitas en la mezcla—. Más agua —añadiendo una cucharada con un torpe molinete de la tetera—. Vuelva a probarla.

—Gracias, mil veces gracias. La verdad es que sabe mucho mejor ahora —dijo el señor Blyth comenzando cautelosamente a tomar la pócima de la india a lentas cucharadas.

El humor de Mat pareció mejorar de inmediato con ese anuncio. Encendió su pipa y alzó su vaso de grog, les dedicó una inclinación de cabeza a Valentine y al joven Thorpe, como se la dedicara al Noroeste uno o dos minutos antes, y farfulló bruscamente:

—A nuestra salud —y se tomó medio vaso de un trago.

—¡A nuestra salud! —repitió el señor Blyth arremetiendo esta vez valientemente contra la Pócima de la India sin el auxilio de la cuchara.

—¡A nuestra salud! —se sumó Zack empinándose el vaso hasta el fondo—. La verdad, Mat, es que resulta sumamente sorprendente ver cómo despiertan tus cualidades de buen anfitrión ahora que te ves lanzado a la cúspide de la sociedad. ¿Qué me dices de dar un baile aquí? Eres el hombre justo para llevarte bien con las damas, siempre que alguien te convenza de que te pongas levita y renuncies a exhibir en público esos brazos viejos y renegridos.

—¡De ninguna manera, estimado señor! Le suplico que no lo haga —exclamó Valentine cuando Mat, aparentemente recuperando el sentido del más cortés decoro gracias a la indirecta de Zack, comenzaba a bajarse una de las mangas de la camisa, arremangada hasta los hombros—. ¡Por favor, atienda sólo a su comodidad y déjese las mangas como están, por favor! Como artista, he estado admirando sus brazos desde un punto de vista profesional desde que nos sentamos a la mesa. No recuerdo, en mi larga experiencia de trabajo con modelos, haberme topado con un desarrollo muscular tan espléndido como el suyo.

Al decir esas palabras, el señor Blyth movió las manos varias veces ante los brazos de su anfitrión para estudiarlos con los ojos entrecerrados y la cabeza de lado, como acostumbraba hacer con sus cuadros. Mat se le quedó mirando fijamente, aspiró su pipa con fuerza, cruzó los objetos de la admiración de Valentine sobre el pecho y rascándose los codos con modestia, miró al joven Thorpe con una expresión de total incompreensión.

—¡Sí!, decididamente es el desarrollo muscular más magnífico que recuerdo haber estudiado —reiteró el señor Blyth, tamborileando con los dedos sobre la mesa y concentrando toda su capacidad crítica en un ojo mediante el expediente de cerrar el otro.

—¡Vale ya, Blyth —protestó Zack—, no sigas mirándole los brazos como si se tratara de dos cortes de carne de primera calidad! Puedes hablar cuanto quieras de su desarrollo muscular, pero no tienes ni la menor idea de lo que realmente puede hacer hasta que no lo experimentas. Mira, viejo Lobo Marino, ponte de pie y demuéstrole lo fuerte que eres. Levántalo con el dedo gordo del pie, como me hiciste a mí —en ese punto Zack levantó de un tirón a Mat sin mayor ceremonia—. ¡Ven aquí, Blyth! Ponte de pie frente a él, dale la mano, párate sobre el dedo gordo de su pie derecho, no te muevas, pon rígida la mano y... ¡Mira! ¿Qué me dices ahora de su desarrollo muscular? —concluyó Zack con aire de suprema satisfacción cuando Mat levantó lentamente del suelo el pie sobre el que estaba el señor Blyth y, afirmándose sobre la pierna izquierda, alzó al pasmado pintor casi dos pies en el aire con la derecha.

Cualquier espectador que hubiera contemplado esa proeza de fuerza y hubiera visto sólo a Mat habría pensado que era imposible que ningún ser humano exhibiera un aspecto más cómico que el que ahora mostraba, con su casquete negro un poco ladeado, una pulgada de la calva al aire, la cara, con una sonrisa grave, casi purpúrea por el violento esfuerzo físico que realizaba y el ancho y macizo cuerpo ridículamente apoyado en un solo pie. Sin embargo, el señor Blyth, suspendido nerviosamente en el aire sobre el pie de Mat, tambaleándose inseguro hasta que pareció temblar desde la punta de su flamante pelo negro hasta los faldones al aire de su levita, era, más allá de toda comparación, la figura más risible de las dos. En cuanto a la expresión de su redonda cara rosada, con los brillantes ojos congelados en una mirada de sorpresa y las mejillas rollizas contraídas en una sonrisa de zozobra, era tan exquisitamente absurda, vista como la veía el joven Thorpe, por encima del casquete de su compañero de cuarto, que volvió a romper a reír estrepitosamente.

—¡Oh, mírale la cara! —exclamó Zack, dejándose caer en su asiento—. ¡Por Dios, mírale la cara antes de bajarlo!

Pero Mat no se conmovió ante esa súplica. Toda la atención de que eran capaces sus ojos durante esos pocos momentos no se concentraba en el rostro del señor Blyth, sino en la cadena de su reloj. De ella colgaba la brillante llavecita del escritorio del

pintor, que se mecía jubilosa sobre el bolsillo de su chaleco. Cuando el pie derecho del Sansón de la calle Kirk comenzara a alzar lentamente a Valentine, la llave empezó a mecerse tentadora y a moverse hacia adelante y hacia atrás. «¡Ven y tómate! ¡Ven y tómate!», parecía decir mientras los ojos de Mat se posaban hambrientos en ella cada vez que se balanceaba en su dirección.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —exclamó el señor Blyth, con aspecto de sentirse muy aliviado una vez que volvió a estar seguro sobre el suelo.

—Eso no es nada comparado con algunas de las cosas que puede hacer —dijo Zack—. ¡Mira! Ponte bocabajo sobre la alfombra; y si crees que el cinturón de tus pantalones resiste, te levantará con los dientes.

—Gracias, Zack. Me siento perfectamente satisfecho sin poner en riesgo el cinturón de mis pantalones —replicó Valentine regresando a toda prisa a la mesa.

—El grog se enfría —gruñó Mat—. ¿Ahora se deja tragar más fácil? —continuó, alcanzándole la Pócima de la India de la manera más amistosa al señor Blyth.

—¡Asombrosamente fácil! —respondió Valentine, que ahora bebía casi con la misma temeridad que el propio Zack—. Ahora que está más frío se nota más el azúcar. Nunca que he tratado de beber grog he logrado que me lo hagan lo bastante dulce. Lo más delicioso de este es que tiene mucho azúcar. Y, además, tiene el mérito (que no tiene el grog verdadero) de ser inofensivo. No hay duda de que me sabe fuerte, pero la verdad es que no estoy acostumbrado a beber. No obstante, después de lo que me ha explicado, doy por supuesto que debe ser inofensivo... perfectamente inofensivo, no tengo dudas —y volvió a tomar un trago, bastante largo esta vez, para convencerse de la inocente inocuidad de la Pócima de la India.

Mientras el señor Blyth hablaba, las manos de Mat se habían ido introduciendo de manera subrepticia cada vez más profundamente en los bolsillos de sus pantalones, hasta que su índice y su pulgar, y cierta sustancia plástica oculta en el bolsillo izquierdo, entraron suavemente en contacto, justo en el momento en que Valentine dejaba de hablar.

—Brindemos de nuevo —exclamó Mat muy animado en el mismo instante en que la última palabra salía de la boca de su invitado—. Vamos, uno de ustedes que diga por qué brindamos —insistió con un rugido de bárbara jovialidad alzando el vaso en la mano derecha, mientras mantenía la izquierda en el bolsillo.

—¡Así que quieres que hagamos otro brindis, viejo salvaje escandaloso! —repitió Zack—. ¡Haré cinco, y todos ahora mismo! Por el señor Blyth, la señora Blyth, Madonna, Colón y La Edad de Oro: tres personas excelentes y dos magníficos cuadros; ¡juntémoslos a todos amistosamente y alcemos nuestros cálices de fragante grog por su larga vida y su éxito! —gritó el joven caballero haciendo peligrosos y rápidos progresos con su segundo vaso al tiempo que hablaba.

—Me temo que tendré que cambiar de lugar, si no tiene objeción —dijo el señor

Blyth después de honrar como era debido el brindis múltiple que acababa de hacerse —. El fuego aquí, a la espalda, me está dando demasiado calor.

—Cámbiese conmigo —dijo Mat—. A mí no me molesta el calor, ni tampoco el frío, a decir verdad.

Valentine aceptó la oferta con gratitud.

—Por cierto, Zack —dijo acomodándose en el asiento de su anfitrión, entre la mesa y la pared—. Cuando sugeriste que realizáramos esa inigualable prueba de fuerza que acabamos de presenciar iba a pedirle un favor a nuestro excelente amigo aquí presente. Ya me ha sido usted de inapreciable ayuda, mi estimado señor —continuó, volviéndose hacia Mat con toda la natural cordialidad de su carácter ahora plenamente desplegada bajo la inspiradora influencia de la Pócima de la India—. He contraído con usted una infinita deuda de gratitud porque salvó mi cuadro de la destrucción...

—Me gustaría que se decidiera a decirme claramente qué es lo que quiere —lo interrumpió Mat—. Yo soy un tipo tosco, de cabeza dura, eso es lo que soy. No soy lo bastante caballero como para entender de finuras. No me sirven de nada: me aturden tanto que me pongo a sudar —y Mat sacudió el brazo hasta desarremangarse la camisa y se secó varias veces la frente con la manga como prueba de la veracidad de su último aserto.

—¡Muy cierto! ¡Muy cierto! —exclamó el señor Blyth dándole unas palmaditas en el hombro de la manera más amistosa que pueda imaginarse—. Lo diré claro, entonces. Cuando mencioné hace un momento cuánto admiraba sus brazos desde un punto de vista artístico, no hacía más que desbrozar el camino para pedirle que me permitiera dibujarlos, en blanco y negro, para un gran cuadro que pretendo pintar un poco más adelante este año. Se trata de mi composición clásica con figuras humanas; Zack, tú has visto el boceto: Hércules llevándole a Euristeo el jabalí de Erimanto, un tema magnífico; y los brazos de nuestro amigo, y su pecho también, a decir verdad, si consintiera amablemente en posar para mí, serían los estudios perfectos que deseo para Hércules.

—¿Adónde diablos quiere llegar? —le preguntó Mat al joven Thorpe después de quedarse mirando fijamente a Valentine unos momentos, preso de muda estupefacción.

—Quiere dibujar tus brazos; por supuesto que estarás más que feliz de permitirselo; ahora no entiendes nada del asunto, pero ya entenderás cuando empieces a posar; pásame los puros; agradécele a Blyth querer convertirte en un Hércules y dile que irás a su taller cuando lo desee —respondió Zack, disparando a la ligera, de un tirón, todas sus frases, sin detenerse a tomar aliento.

—¿A qué taller? ¿Dónde queda? —preguntó Mat todavía profundamente estupefacto.

—Mi taller —contestó Valentine—. Donde vio los cuadros y salvó a Colón ayer.

Mat lo pensó por un momento y después, de repente, se animó y comenzó a dar de nuevo señales de inteligencia.

—Iré en cuanto quiera; mientras más pronto, mejor —dijo, golpeando la mesa enfáticamente con el puño y bebiendo a la salud de Valentine con su más cordial sacudida de la cabeza.

—¡Ese es un hombre que vale la pena! —exclamó el señor Blyth, al tiempo que empujaba el vaso a la salud de Mat con agradecido entusiasmo—. Mientras más pronto mejor, como dice usted. Venga mañana por la noche.

—Muy bien. Mañana por la noche —asintió Mat. Al mismo tiempo comenzó a darle vueltas a la mano en el bolsillo, moldeando hasta formar todo tipo de formas extrañas la sustancia plástica que permanecía allí oculta desde sus compras de la mañana.

—Normalmente le habría pedido que fuera de día —continuó Valentine—; pero, como sabes, Zack, tengo que aplicarle el barniz a La Edad de Oro, y hacer dos o tres modificaciones en la parte inferior de Colón; y después, a finales de semana, debo salir de viaje al interior para hacer los retratos de los que te hablé, que deben estar listos para una fecha anterior a la que creía. ¿Vendrás con tu amigo, Zack, por supuesto? Estoy casi seguro de tener para mañana la aprobación para que ingreses a estudiar en el Museo Británico. En cuanto a la Academia de Dibujo...

—No se me ofenda, pero no resisto que siga revolviendo lo que queda de su trago en el fondo del vaso —intervino Mat en ese punto. Se llevó consigo el vaso del señor Blyth, echó en la rejilla del hogar los sedimentos de azúcar y pepitas de limón, y el escaso licor que los cubría, y después se entregó hospitalariamente a la tarea de confeccionar una segunda ración de la sabrosa e inocua bebida conocida con el nombre de Pócima de la India.

—Medio vaso —gritó el señor Blyth—. Flojo... recuerde la mala cabeza que tengo para la bebida y, por favor, hágalo flojo.

Mientras hablaba, el reloj de la parroquia cercana dio la hora.

—¡Sólo son las nueve! —exclamó Zack comprobándolo rumbosamente en el reloj que había rescatado de la casa de empeños el día anterior—. Pásame el ron, Mat, en cuanto hayas terminado con él; pon la tetera a hervir; ¡y ahora, amigos míos, comenzaremos en serio esta velada!

Si hubiera habido allí un cuarto caballero para ayudar en la tarea de «comenzar en serio la velada» —para decirlo con palabras de Zack— en la pequeña *soirée* social que tenía lugar en la calle Kirk; y si ese caballero se hubiera ausentado del festín

cuando el reloj dio las nueve, hubiera dado un paseo por las calles para disfrutar del aire fresco y hubiera retornado a la amena compañía cuando el reloj daba las diez, sin duda se habría sorprendido al contemplar los singulares cambios que el transcurso de una hora había producido en las maneras y la conversación del señor Valentine Blyth.

Quizás se trataba de que el digno y afable caballero se había visto indebidamente estimulado por el tufo del grog caliente que, en armoniosa combinación con una espesa niebla de humo de tabaco, llenaba ahora la habitación; o tal vez de que la segunda dosis de Pócima de la India había excedido el medio vaso, no había sido aguada hasta hacerla inofensiva y, en consecuencia, se le había subido a la cabeza; pero fuera cual fuese la causa, el cambio ocurrido desde las nueve de la noche en su voz, su aspecto y sus maneras era lo suficientemente llamativo como para pensar que algo había cambiado en su moral. Ahora hablaba sin parar y exclusivamente de las bellas artes; disentía de sus dos compañeros, e insistía arrogante en su superior sagacidad cada vez que alguno de ellos se aventuraba a pronunciar una palabra; por momentos era tan escandaloso como Zack o tan huraño como Mat; el pelo le caía alborotado sobre la frente; tenía los ojos opacos y el cuello de la camisa torcido en ángulo sobre la corbata: en resumen, no era de ningún modo el genuino Valentine Blyth, sino sólo su copia falsa y achispada.

En cuanto al joven Thorpe, hacía mucho rato que le había dicho adiós, a la escasa firmeza mental con que quizás lo había dotado la Naturaleza. Sólo Mat permanecía inmutable. Allí estaba, indiferente al fuego que ardía a sus espaldas, y todavía introduciendo a escondidas la mano izquierda de vez en cuando en el bolsillo; fumaba, bebía y clavaba la vista en sus dos compañeros, tan hurañamente dueño de sí mismo como siempre.

—Las diez —musitó Mat cuando el reloj dio la hora—. Dije que para las diez ya la jarana estaría en su punto. Y así es.

Zack asintió solemnemente, miró fijamente una de las botellas vacías que estaban en el suelo y que había salido rodando de la habitación temporal situada debajo de la mesa.

—¡A callar los dos! —vociferó el señor Blyth—. Insisto en dirimir la discusión acerca de si los artistas son o no son tan resistentes y fuertes como otros hombres. Yo soy un artista, y digo que sí lo son. En todo lo demás os daré la razón, porque sois los mejores amigos del mundo; pero si decís una palabra en contra de los artistas, seré vuestro enemigo para siempre. Podéis decir todo lo que queráis de almirantes, generales y primeros ministros; yo invoco los nombres gloriosos de Miguel Ángel y Rafael y vuestros argumentos se desmoronan de inmediato. ¿Creéis que a Miguel Ángel le importó que le partieran la nariz? Buscad en su Vida y veréis si le importó... ¡no tengo más que decir! ¡Ja! ¡Ja! Mi taller tiene cuarenta pies de largo y esta es una prueba de su importancia. Cuando pintaba Colón y La Edad de Oro, uno estaba en un

extremo, el norte, y el otro en el opuesto, el sur. Muy bien. Pues yo iba de un cuadro al otro sin cesar y no me sentaba en todo el día. Es un hecho... y la prueba es que trabajé en ambos a la vez. Un toquecito a Colón y camino hasta el centro de la habitación para ver el efecto; vuelta en redondo; camino hasta La Edad de Oro que está en el extremo opuesto; un toquecito a La Edad de Oro; camino otra vez al centro de la habitación para ver el efecto; vuelvo a girar en redondo y regreso a Colón. Quince millas diarias de ejercicio, según los cálculos de un amigo matemático; y eso sin incluir el número de veces que tenía que subir y bajar mi escalerilla portátil para llegar a la parte superior de Colón. ¿Acaso no es resistente y fuerte un hombre que soporta eso? ¡Ja! ¡Ja! Tócame las piernas, Zack. ¿Son duras y musculosas o no?

En ese punto el señor Blyth, que le daba unos rápidos golpecitos en la cabeza al joven Thorpe con su cuchara, trató de levantarse de su asiento, pero sólo logró trastabillar torpemente hasta quedar en posición erguida, después de tirar al suelo su plato con los restos grasientos del hígado y el tocino. Zack salió de su meditativo marasmo con un sobresalto, y fingiendo que obedecía la orden de su amigo, le pellizcó la pierna a Valentine con tan vigorosa perfidia que el pintor casi aulló por el pellizco. Todo ese tiempo Mat permaneció inmóvil y sereno en su lugar junto al fuego. Se limitó a apartar de una patada el plato roto del señor Blyth, con las sobras de hígado y tocino, y el cuchillo y el tenedor que habían caído con ellos, hasta que quedaron ocultos en la habitación temporal de debajo de la mesa, y después le acercó a Valentine otro vaso de Pócima de la India que le había preparado mientras este último hablaba.

El efecto sobre Valentine de esa hospitalaria acción demostró ser singularmente apaciguador y beneficioso. Durante los últimos diez minutos se había ido poniendo cada vez más tenso; pero en el mismo instante en que el vaso humeante tocó su mano, su estado de ánimo pareció cambiar con mágica celeridad. Al bajar la vista al vaso y sentir en sus narices la fragancia del ron que humeaba suavemente, su rostro se relajó, y mientras que con la mano izquierda se llevaba temblorosamente el vaso a los labios, extendió la derecha sobre la mesa y se la tendió fraternalmente a Mat.

—Mi querido amigo —dijo el señor Blyth afectuosamente— ¡qué amable eres! Por favor, dime cómo preparas la Pócima de la India.

—Mat, deja de fumar y cuéntanos algo —intervino Zack—. Suéltanos ahora mismo una de tus historias, o Blyth volverá a jactarse de sus enclenques piernas. ¡Habla, hombre! Repite tu famoso cuento de cómo perdiste el cuero cabelludo.

Mat pliso su pipa sobre la mesa y miró con mucha atención al señor Blyth durante unos momentos; después, con una prontitud y una docilidad muy poco habituales en él, comenzó a narrar su historia, sin que fuera necesaria ni una palabra más para persuadirlo. Aunque por lo general no era tedioso al relatar sus experiencias, en esta ocasión parecía malignamente decidido a que su narración se prolongara de la manera

más interminable. En vez de abreviar el relato de la terrible aventura que le había contado a Zack cuando hablaron por primera vez en el puente de Blackfriars, ahora se recreó hasta en los más minúsculos detalles de la persecución que casi le costó la vida, y los enumeró uno tras otro con un tono monótono y pesado que nunca cambió un ápice al avanzar en su historia. Tras unos diez minutos de soportar la tortura que él mismo provocara, cuando el joven Thorpe comenzaba a experimentar cómo la modorra se apoderaba de él, el sonido de unos potentes ronquidos a sus espaldas lo despertó. Se dio la vuelta para mirar. Era el señor Blyth, plácida y profundamente dormido, con la boca muy abierta y la cabeza apoyada en la pared.

—¡No! —le susurró Mat en el momento en que Zack agarraba un limón medio exprimido y apuntaba a la boca de Blyth—. No lo despiertes todavía. ¿Qué te parece si probamos unas ostras?

—Trae un plato y verás —replicó el joven Thorpe—. A estas horas Sally ya está en la cama; yo mismo iré a buscarlas. Pero tengo que dispararle algo a la boca abierta de mi querido Blyth.

—Prueba con una ostra cuando regreses —dijo Mat al tiempo que tomaba del estante que quedaba a sus espaldas una gran fuente amarilla—. ¡Andando! Te acompañaré hasta abajo y dejaré la vela en el rellano y la puerta entreabierta, para que puedas volver sin tropezar con nada. ¡Firmes, jovencito!, y ten cuidado con la fuente cuando cruces la calle —con esas palabras Mat despidió a Zack, y después regresó junto a su invitado.

Valentine seguía profundamente dormido y roncaba con fuerza. La mano de Mat volvió a bajar hasta su bolsillo, pero esta vez reapareció rápidamente con el trozo de cera que había comprado por la mañana. Cogió la cadenita de la que colgaba la llave del escritorio del señor Blyth, hizo una perfecta impresión de la llave en la cera, la volvió a enganchar en la cadena del durmiente, cortó los sobrantes del trozo de cera para que cupiera en una vieja petaca de latón que tomó de la repisa de la chimenea, se echó al bolsillo la petaca y volvió a ocupar tranquilamente su lugar junto a la mesa.

—¡Ahora, Hombre que Pinta, ya puedes despertar cuando quieras! —dijo Mat mientras contemplaba al inerte señor Blyth, después, de volver a encender su pipa.

Zack no tardó en regresar. Un fuerte portazo anunció su entrada en la casa; un estrépito confuso de tropezones señaló su avance escaleras arriba; el ruido de algo que se rompía, un golpe sordo y una carcajada indicaron su llegada al rellano. Mat salió corriendo y lo encontró tirado en el suelo, con la fuente amarilla hecha pedazos al pie de la escalera, y docenas de ostras regadas en todas direcciones.

—¿Te has hecho daño? —inquirió Mat levantándolo por el cuello de la camisa y arrastrándolo hacia la habitación.

—Nada de nada —respondió Zack—. Pero he despertado a Blyth. ¡Qué mala suerte!, he perdido la oportunidad de dispararle la ostra, ¿no? ¡Oh, Dios mío, qué

mirada!

No había duda de que Valentine los miraba de manera extraña. Estaba de pie, apoyado contra la pared y recorría la habitación con ojos que delataban un lamentable aturdimiento. Su dormida, o la forma alarmante en que despertara de ella, habían producido un franco empeoramiento de su estado. Mientras recuperaba el poco juicio que le restaba, toda locuacidad y cordialidad parecieron haberlo abandonado. Sacudió la cabeza con aire triste, se negó a comer o beber lo que le ofrecían, declaró con hosca solemnidad que su digestión era «un perfecto desastre a consecuencia de haber alternado con borrachos», e insistió en marcharse a su casa de inmediato, a pesar de todo lo que argumentaba Zack. El casero, a quien el ruido había hecho salir de la tienda, considerando sumamente deseable aprovechar la primera oportunidad que se le ofrecía para terminar la fiesta antes de que se consumiera más grog, corrió escaleras abajo y llamó a un coche de alquiler, y el resultado de su maniobra produjo los resultados que deseaba. En el mismo momento en que se oyó en la puerta el sonido de las ruedas, el señor Blyth exigió perentoriamente su sombrero y su abrigo, y, tras cierta demora, fue finalmente auxiliado de la manera más amistosa y atenta por el propio Mat a subir en el coche.

—Apague las luces y asegúrese de que el jovencito se ha ido a la cama, ¿eh? —le dijo Mat al casero, que estaba en la puerta junto a él—. Yo voy a salir a soltar un poco de humo ahí afuera.

Tras pronunciar esas palabras echó a caminar a toda prisa; pero cuando llegó al final de la calle, en vez de proseguir hacia el norte en dirección al campo abierto y la fresca brisa nocturna que soplaba en él, dobló testarudamente hacia el sur, en dirección a las callejuelas más sucias de todo el barrio.

Caminando a buen paso tomó el rumbo de la hilera de casitas de aspecto repulsivo que visitara más temprano ese mismo día, y se detuvo, como la vez anterior, en la herrería. Ya había cerrado, pero una luz vacilante, como de una vela de a penique, alumbraba a través de agujeros circulares en lo alto de los postigos, y cuando Mat tocó a la puerta con los nudillos, el mismo herrero jorobado con quien conferenciara en la mañana la abrió.

—¿Lo tiene? —preguntó el jorobado con voz cascada y quejumbrosa en cuanto entreabrió la puerta.

—Lo tengo —respondió Mat con su voz más hosca y sus tonos más graves, al tiempo que le alcanzaba al hombrecito la petaca de latón.

—Dijimos que mañana por la tarde, ¿no? —continuó el escuálido herrero.

—Antes de las seis —añadió Mat.

—Antes de las seis repitió el otro y cerró la puerta suavemente cuando su cliente se alejó a toda prisa, en dirección al norte esta vez, en busca de aire fresco.

CAPÍTULO XI

LA PUERTA DEL JARDÍN

—Triunfe o fracase, lo intentaré esta noche —esas fueron las primeras palabras que salieron de labios de Mat la mañana siguiente de la visita del señor Blyth, cuando se encontraba a solas entre los restos de la fiesta de la noche anterior, en la habitación de delante—. Esta noche —repitió mientras se quitaba la chaqueta y se preparaba para el aseo con ayuda de un balde de agua fría y una pequeña pastilla de jabón amarillo.

Aunque todavía era temprano, su mente estaba entregada desde hacía varias horas a considerar la mejor manera de superar la segunda dificultad que se interponía entre él y el brazalete. Habiendo cumplido ya el primer requisito para llevar a cabo su plan, ¿cómo aprovechar lo que había conseguido? Sabiendo que esa tarde tendría en sus manos la copia de la llave, ¿cómo abrir el escritorio del señor Blyth sin correr el riesgo de que lo descubriera su dueño o algún otro morador de la casa?

A esa importante pregunta no le había encontrado aún mejor respuesta que la que se desprendía de las palabras que acababa de decirse a sí mismo mientras preparaba sus abluciones matinales. En cuanto a la adopción de un plan definitivo por el cual guiarse, estaba temerariamente decidido a confiar en descubrirlo gracias a la primera oportunidad que los acontecimientos del día le proporcionaran. «No obstante, me gustaría echarle una buena ojeada a la luz diurna a ese lugar que llaman el Taller de Pintura», pensó Mat al tiempo que sumergía la cara en la abundante espuma que tenía entre las manos.

Todavía se afanaba junto al balde de agua fría cuando se oyó en la habitación contigua un sonoro bostezo, que se convirtió gradualmente en un triste alarido, que anunciaba que Zack había despertado. Un minuto después el joven caballero hizo su aparición, aún en ropa de dormir, y con aire de abatimiento, en la puerta mediante la cual se comunicaban las dos habitaciones. Sus ojos parpadeaban repetidamente y exhibían un reborde rojo, sus mejillas se veían sucias e hinchadas, y su pelo estaba revuelto y pegajoso. Se llevó una mano a la frente y cuando después dejó escapar un gemido por las comisuras de los labios tristemente caídos, ofrecía la terrible y pedagógica estampa de las consecuencias de un exceso de hospitalidad.

—¡Oh, Dios, Mat! —gimoteó—, se me parte en dos la cabeza.

—Métela en un balde de agua fría y después sal a caminar conmigo para que quemes lo que no puedas eliminar —sugirió su amigo.

Zack, sabiamente, siguió su consejo. Cuando salían de la calle Kirk, Mat se las ingenió para lograr que, camino al campo, tomaran un rumbo que los llevara a pasar

frente a la casa de Valentine. Como previera, el joven Thorpe le propuso entrar un minuto para ver cómo se encontraba el señor Blyth después de las festividades de la noche anterior, y para asegurarse de si persistía en su propósito de dibujar los brazos de Mat esa noche.

—Sospecho que no le preparaste la Pócima de la India ni la mitad de lo floja que nos dijiste que era —dijo Zack taimadamente cuando agitaban la campanilla—. En cierto sentido no fue una mala broma, siempre que sea por una sola vez. Pero la verdad es que Blyth es un hombre de tan buen corazón, que no me parece bien... en resumen, ¡no lo repitamos; eso es todo!

Mat negó con brusquedad haber tenido la menor intención de engañar a su invitado en cuanto a la potencia de la bebida que había tomado. Entraron en el Taller de Pintura y encontraron allí al señor Blyth, pálido y arrepentido, pero preparándose virilmente para aplicarle el barniz a «La Edad de Oro» con mano temblorosa y una contracción del entrecejo típica del dolor de cabeza.

—¡Ah, Zack, Zack! Debería sermonearte por lo de anoche —dijo Valentine—; pero no tengo derecho a decir ni una palabra, porque yo fui el peor de los dos. Me siento terriblemente mal esta mañana, que es exactamente lo que merezco; y estoy muy avergonzado de mí mismo, que es como debo estar. ¡Mira mi mano! Es puro temblor, como la de un anciano. No pasará nunca más por mis labios ni un dedal de licor: de ahora en lo adelante sólo limonada y té durante el resto de mi vida. ¡No más Pócima de la India para mí! No, mi estimado señor —continuó Valentine dirigiéndose a Mat, quien se había dedicado a mirar a hurtadillas el escritorio mientras el pintor hablaba con el joven Thorpe—. No se trata, mi estimado señor, de que lo considere a usted culpable, ni de que dude por un momento de que otras personas con cabezas más firmes que la mía estimen que la bebida que con tanta amabilidad me preparó es floja e inofensiva. Fue todo culpa mía, por mi carencia de juicio y falta de cautela. Si no me comporté bien anoche, como temo, le ruego que tenga en cuenta...

—¡Tonterías! —dijo Zack al ver que Mat comenzaba a alejarse con incomodidad de Valentine, en vez de responderle—. ¡Tonterías!, fuiste un compañero magnífico. Éramos tres espíritus selectos, y tú eras el número Uno del Trío Social. ¡Abajo la Melancolía! ¿Sigues con tu idea de dibujar los brazos de Mat? Estará encantado de venir, y yo también; y esta vez tendremos una parranda virtuosa, con tostadas, agua y té.

—Por supuesto que sigo con la misma idea —replicó el señor Blyth—. Cuando os invité a ti y a tu amigo a venir esta noche aún no había perdido el juicio. Aunque me temo que no podré avanzar mucho en el dibujo, porque recibí una carta esta mañana en que me urgen para viajar al campo. Ha surgido otra petición para que pinte un retrato, y tendré que irme mañana. No obstante, esta noche podré hacer el contorno de los brazos de tu amigo, y dejaré el resto para mi regreso. ¿Quiere que baje ese boceto,

mi estimado señor, para que lo pueda ver de cerca? —continuó Valentine alzando la voz de súbito y dirigiéndose a Mat—. Considero que es uno de mis más polémicos estudios tomados del natural.

Mientras el señor Blyth y Zack hablaban en voz baja, Mat se había apartado calladamente hacia una de los extremos de la habitación, y ahora estaba cerca de una puerta forrada por la parte de adentro con una lámina de hierro y con cerrojos arriba y abajo, que conducía a unos escalones que iban del estudio al jardín trasero de la casa. Sobre esa puerta colgaba un gran boceto de una vieja verja de cinco barrotes, y Valentine había imaginado que era ese estudio del natural lo que había despertado el interés de Mat.

—¡No, no!, no te molestes en bajar el boceto ahora —dijo Zack respondiendo una vez más en nombre de su amigo—. Salimos a refrescarnos con una larga caminata y no podemos detenernos. Mat, ¿qué diablos miras tan fijamente? ¿La puerta del jardín o el boceto de la verja?

—El boceto, por supuesto —respondió Mat con rapidez e irritación inusuales.

—Esta noche la bajaré para que pueda verla de cerca —dijo el señor Blyth, encantado con la impresión que la verja de los cinco barrotes parecía haberle causado a su nuevo visitante.

Al marcharse de la casa del señor Blyth, el joven Thorpe y su compañero tomaron por una callejuela parcialmente edificada que pasaba junto al muro trasero del jardín de la casa de Valentine. Era el camino más corto hacia la zona descampada y el camino principal que llevaba más allá, a plena campiña. Antes de que hubieran dado media docena de pasos por la callejuela, Mat, que se había mantenido incomprensiblemente estólido y taciturno dentro de la casa, se tornó súbitamente, de modo igualmente incomprensible, curioso y hablador.

En primer lugar, insistió en trepar a unas planchas que estaban al pie del muro de Valentine (destinadas a las casas nuevas que se construían en la callejuela), y echar un vistazo por encima de la pared para ver qué tipo de jardín tenía el pintor. Zack lo hizo bajar de su atalaya tirando de los faldones de la levita, pero no antes de que los penetrantes ojos de Mat hubieran recorrido el jardín y subido por los escalones que conducían al estudio hasta el pomo de bronce de la puerta que daba acceso al taller.

Luego, cuando se dejó convencer de que comenzaran la caminata como era debido, Mat comenzó a hacer preguntas con la misma curiosidad de la que hiciera gala el día de la exhibición de los cuadros. Comenzó queriendo saber si esa noche habría algún otro visitante en casa del señor Blyth; y después, cuando Zack le recordó que Valentine había dicho expresamente al despedirse «Sólo estaremos nosotros», preguntó si era probable que la esposa del pintor se presentara en la planta baja. Después de que esa consulta fuera obviamente contestada en sentido negativo, prosiguió con una tercera pregunta, ya que deseaba saber si era dable esperar que «la

joven» (como insistía en llamar a Madonna) se quedara en el piso de arriba con la señora Blyth o pudiera ocasionalmente aparecer en el taller de pintura. Esta vez Zack también respondió negativamente, con un prolongado acompañamiento de chistes malos, como de costumbre. Madonna, salvo en circunstancias extraordinarias, nunca bajaba al estudio por la noche cuando Blyth recibía allí a sus invitados.

Satisfecho, Mat quiso saber después a qué hora acostumbraban a retirarse a sus dormitorios el señor Blyth y su familia; y explicó, cuando Zack le expresó su asombro ante esa pregunta, que sólo la había hecho para saber a qué hora sería correcto despedirse de su anfitrión esa noche. Al oírlo, el joven Thorpe le respondió, con tanta prontitud y poca discreción como de costumbre, que la familia del pintor se levantaba temprano y se iba a la cama antes de las once; y añadió que, por supuesto, era imprescindible que se marcharan del estudio a una hora prudente, porque lo más probable era que Valentine saliera al día siguiente en uno de los trenes de la mañana.

La siguiente pregunta estuvo precedida por varios minutos de silencio. Posiblemente Mat reflexionaba sobre cómo plantearla. Si ese era el caso, sin duda decidió usar la forma más breve de expresarse, porque cuando volvió a hablar, preguntó sin rodeos qué clase de mujer era la esposa del pintor.

Zack, como era típico en él, respondió la pregunta con un torrente de superlativas alabanzas dirigidas a la señora Blyth; y después, pasando de la dama a la alcoba en que pasaba sus días, concluyó con una magnificente y exagerada descripción del esplendor de la habitación.

Mat lo escuchó con atención y dijo a continuación que suponía que la señora Blyth era amante de las curiosidades y de todo tipo de «baratijas del extranjero». El joven Thorpe no sólo le respondió afirmativamente, sino que añadió, como expresión personal de su opinión, que creía que las mencionadas curiosidades y «baratijas» habían contribuido a que siguiera viva, al mantenerla divertida. A partir de ahí hizo una larga digresión sobre el primer período de la enfermedad de la pobre señora Blyth; y tras agotar al fin ese triste tema, terminó pidiéndole a su amigo que hablaran de cosas menos trágicas.

Pero justo en ese momento Mat pareció testarudamente decidido a caer en otro de sus accesos de silencio. No sólo no hizo ningún intento por cambiar de tema de conversación, sino que dejó de hacer preguntas y, de hecho, apenas pronunció palabra, buena o mala. Tras intentar en vano hacer que hablara, Zack, dándole por imposible, encendió un puro, y ambos amigos siguieron andando en silencio. Mat marchaba con las manos en los bolsillos, los ojos clavados en el suelo y, por decirlo de algún modo, como aislado del mundo y encerrado en los más rebuscados rincones de un gran estudio marrón.

Cuando al regresar se acercaron a la calle Kirk, Mat comenzó poco a poco a hablar, pero sólo sobre temas sin importancia, y no hizo más preguntas sobre el señor

Blyth u otras personas. Llegaron a su alojamiento a las cinco y media. Zack se dirigió al cuarto para lavarse las manos. Mientras estaba dedicado a esa tarea, Mat abrió las alforjas de cuero que permanecían en un rincón con las pieles de oso, y después de sacar de ellas el abanico de plumas y el bolso indio, los envolvió por separado en dos pedazos de papel. Hecho esto, llamó a Zack y le dijo que salía hacia la barbería para raparse la barba, a fin de ir con cara limpia a ver al señor Blyth, y salió con sus dos paquetes en la mano.

—En el peor de los casos, lo intentaré esta noche por la puerta del jardín —se dijo Mat al doblar la esquina que llevaba a la herrería—. Con esto podré deshacerme del pintor. Y esto hará que Zack lo siga —añadió, poniéndose el abanico y el bolso en dos bolsillos diferentes de la levita. Una sonrisa astuta revoloteó en sus labios durante un momento, pero fue sustituida casi enseguida por una contracción muy curiosa de la parte superior de su rostro. Comenzó a mascullar nuevamente el nombre de «Mary» que tan a menudo salía de sus labios en los últimos tiempos, y apresuró el paso mecánicamente, como era su costumbre cuando algo lo molestaba o perturbaba.

Al llegar a la herrería, encontró al jorobado en la puerta con la petaca de latón en las manos. Esta vez no intercambiaron ni una palabra. Cuando el cliente se acercó, el escuálido herrero meneó la cajita para que sonara lo que había en su interior y después se la entregó a Mat; y Mat introdujo el índice y el pulgar en el bolsillo de su chaleco, hizo un guiño, asintió y le dio cierta suma de dinero al herrero. Concluida así la breve ceremonia de entrega y recibo, esos dos seres se dieron la espalda sin una palabra de despedida; el jorobado regresó al interior y su cliente siguió su camino hasta la barbería.

Rumbo a ese establecimiento, Mat abrió la cajita, sacó la llave (que, aunque confeccionada de un metal de inferior calidad brillaba casi tanto como la original) y se la guardó con cuidado en el bolsillo del chaleco. Después hizo una parada en una tienda de petróleo y bujías y compró un vela de cera y una caja de cerillas. «La puerta del jardín es la vía más segura: lo intentaré por ahí», pensó Mat cuando se sentaba en el sillón del barbero y le ordenaba a éste que trabajara en su barbilla.

Las visitas del señor Blyth hicieron sonar puntualmente la campanilla del señor Blyth a las siete.

Al entrar en el estudio se encontraron a Valentine esperando su llegada, con su tablero de dibujo a un costado y su boceto del Hércules llevando ante el Rey Euristeo al Jabalí de Erimanto enrollado a sus pies. Dijo que se le había pasado el dolor de cabeza y que se sentía perfectamente bien; pero Zack observó que su estado de ánimo no era el mejor. Mat, por su parte, no observó sino la puerta del jardín, a la cual se acercó como quien camina al azar después de intercambiados los primeros saludos.

—Por aquí, mi estimado señor —dijo Valentine, yendo tras él—. He bajado el

dibujo que tuvo usted la amabilidad de admirar esta mañana. Aquí está, en este caballete, si quiere echarle un vistazo.

Mat, cuya primera ojeada a la puerta del jardín le había permitido advertir que ya le habían pasado llave y cerrojo para la noche, se volvió en redondo y, para enorme deleite del señor Blyth, examinó el boceto de la vieja verja con la más extraordinaria y halagadora atención.

—Necesita que le pasen una mano, ¿no cree? —dijo Mat, refiriéndose al herrumbroso original de la verja, necesitada de pintura.

—Desde luego —respondió Valentine, pensando que hablaba de los dobleces y desgarrones del papel en el cual había hecho el boceto—; un poquito de engrudo y un pliego de papel para estirarlo encima lo convertirían en otra cosa.

Mat lo miró estupefacto. «¿Engrudo y papel para una verja de cinco barrotes? ¡Buen pintor de brocha gorda sería!», se sintió tentado a decir. Pero Zack habló en ese momento, de modo que se alejó del boceto y cerró prudentemente la boca.

—Vamos, Mat, desnúdate hasta la cintura y pon los brazos en la posición que Blyth te indique. Recuerda que vas a ser dibujado en el papel de Hércules y trata de dar la impresión de que le traes el Jabalí de Erimanto al Rey Euristeo —dijo el joven Thorpe al tiempo que se acomodaba junto al hogar.

Mientras Mat se despojaba torpemente —y con numerosas expresiones de asombro ante el extraño favor que le solicitaba su anfitrión— de las prendas de ropa que cubrían la parte superior de su cuerpo, Valentine desenrollaba en el suelo el boceto en papel de su composición, y colocó a su modelo en la posición de Hércules, con una silla entre las manos en vez del Jabalí de Erimanto, y Zack como blanco de su mirada, ya que era la única persona disponible para representar al Rey Euristeo. Hecho lo anterior, el señor Blyth empleó algún tiempo antes de empezar a trabajar, como era su costumbre, buscando sus materiales de dibujo. En el curso de su búsqueda en la abarrotada mesa del estudio su mano tropezó accidentalmente con dos sobres que, tras examinar a quién estaban dirigidos, le dio de inmediato al joven Thorpe.

—Toma, Zack, esto te pertenece —dijo—. El sobre grande contiene tu permiso para dibujar en el Museo Británico. El pequeño tiene una carta de presentación con mis mejores recomendaciones para mi amigo, el señor Strather, un artista muy amable de una excelente Academia de Dibujo privada. Es mejor que vayas a verlo mañana antes de las once. El señor Strather irá contigo al Museo para mostrarte cómo empezar, y te presentará en su Academia de Dibujo esa misma noche. Por favor, Zack, sé constante y cumplidor. Recuerda lo que nos has prometido a tu madre y a mí, y demuéstranos que estás realmente decidido a estudiar Arte con toda seriedad.

Zack expresó su enorme gratitud por la bondad de su amigo y declaró, con voz y maneras fervorosas, que expiaría todas sus faltas con una incansable laboriosidad

futura como estudiante de Arte. Tras otra pequeña demora, Valentine por fin reunió sus materiales de dibujo y empezó a trabajar de firme; desde el inicio, Mat hizo gala de la más extraordinaria y admirable adaptación a su papel de modelo. Pero si bien la labor en el estudio se desarrollaba con toda la tranquilidad y la rapidez que podía desearse, la conversación no lograba seguir el mismo ritmo. A pesar de todo lo que dijo e hizo el joven Thorpe, la charla languideció gradualmente y se hizo cada vez más insípida. Era evidente que Valentine no estaba del mejor humor, y que el Hércules de la velada se había entregado estólidamente al silencio más estricto. Al cabo, Zack renunció a todo esfuerzo de sociabilidad y se marchó del taller para subir a visitar a las damas. Mat lo siguió con la vista cuando abandonaba el estudio y pareció a punto de decir algo, pero tras echarle una ojeada a hurtadillas al escritorio, se contuvo y no pronunció palabra.

La melancolía del señor Blyth no era enteramente atribuible a cierta ominosa renuencia a abandonar su hogar de la que había intentado en vano librarse desde la mañana. Tenía una secreta razón para sentirse intranquilo, que estaba íntimamente relacionada con el modelo cuyo pecho y brazos hercúleos dibujaba ahora afanosamente.

El asunto, en pocas palabras, era que la sensible conciencia del señor Blyth le remordía cuando recordaba la confianza que la señora Thorpe había depositado en la prometida supervisión de su hijo, y cuando reflexionaba después en que aún sabía tan poco del extraño compañero de Zack como el propio Zack. Su visita a la calle Kirk, hecha con el expreso propósito de proteger los intereses del joven determinando de una vez por todas quién era realmente el señor Matthew Marksman, había terminado en... lo que ahora se sentía demasiado avergonzado para considerar o siquiera recordar «¡Dios mío! ¡Dios mío!», pensaba mientras trabajaba en silencio en su dibujo, «debería averiguar si es conveniente confiar a Zack a este hombre tan amistoso, bien dispuesto y útil; y ahora que el muchacho ha salido de la habitación, bien podría hacerlo. ¿Podría? ¡Lo haré!». ¡Y a impulsos de esa decisión acorde con su conciencia, el ingenuo del señor Blyth se dispuso a plantearle a Mat la importante pregunta de quién era él realmente!

Mat fue la sinceridad misma al responder todo lo relacionado con sus andanzas en el continente americano. Confesó con la mayor franqueza que lo habían enrolado en un barco porque era un muchacho indomable al que resultaba imposible mantener a raya en su hogar; y admitió sin reservas que no le había dado a Zack su verdadero nombre. Pero ahí terminó su locuacidad. Ni discutió ni mintió; simplemente dijo, sin ambages, que no diría más de lo que ya había dicho.

—Le dije al jovencito cuando nos conocimos —concluyó Mat—, que hacía más de veinte años que no oía cómo sonaba mi nombre, y que no me importaba si no volvía a oírlo. Eso le dije. Y eso le digo a usted. Sé que soy un bruto, pero ni huí de

una prisión ni me escapé de una condena a trabajos forzados...

—¡Mi estimado señor —intervino Valentine, nervioso y alarmado—, por favor, no imagine que ninguna de esas ofensivas ideas ha pasado por mi mente! Quizás puedo haber pensado que problemas familiares...

—Eso es —lo interrumpió Mat rápidamente—. Problemas familiares. Déjelo ahí y lo habrá hecho donde había que hacerlo.

Antes de que el señor Blyth pudiera desviar la conversación hacia un tema menos delicado, se vio interrumpido, para su gran alivio, por el regreso del joven Thorpe.

Zack anunció la inminente llegada de la cena, y le advirtió a «Hércules» que se cubriera de inmediato el cuello y los hombros, a menos que deseara asustar a la doncella. Al oír esa sugerencia, el señor Blyth apartó su tablero de dibujo y Mat se puso su chaleco de franela, sin prestarles la menor atención a las expresiones de ferviente gratitud que le dirigía el pintor, pero aparentemente con muchas prisas por volver a ponerse la levita. En cuanto la tuvo puesta, introdujo la mano en uno de sus bolsillos y miró de frente a Valentine. No obstante, en ese preciso momento entraba la sirvienta con la bandeja de la cena, lo que hizo que se girara impaciente y se alejara de nuevo hasta el extremo más apartado de la habitación.

Una vez cerrada la puerta tras la partida de la doncella, volvió junto al señor Blyth con el abanico de plumas en la mano; y tras manifestarle sin ningún circunloquio, como era su costumbre, que había sabido por Zack de la invalidez de la señora Blyth y de su gusto por las curiosidades, le preguntó al pintor si creía que a su esposa le gustaría un abanico como el que tenía en sus manos.

—Conseguí esta bagatela hace muchísimos años para una mujer de mi pueblo —dijo Mat obligando al señor Blyth a cogerlo—. Cuando regresé con idea de regalárselo, estaba muerta y enterrada. No hay ninguna otra mujer en toda Inglaterra a quien yo le interese o que sepa de mi existencia. Si es usted demasiado orgulloso para dejar que su esposa lo reciba, échelo al fuego. No tengo a quién regalárselo; y no puedo ni quiero seguir guardándolo más tiempo.

Esas palabras revelaban un vasto sentimiento trágico y constituían una amarga referencia a calamidades pasadas: ambas cosas alcanzaron a Valentine en uno de sus lugares sensibles. Su instintiva generosidad se impuso al instante a sus prudentes dudas, y lo instó no sólo a aceptar el presente, sino a predecir efusivamente que la señora Blyth se sentiría encantada con él.

—Zack —dijo, dirigiéndose en un aparte al joven Thorpe, quien había escuchado la última intervención de Mat y observado su entrega del abanico con curiosidad y muda sorpresa—. Zack, subiré con el abanico a ver a Lavvie ahora mismo, para no parecer poco agradecido por el regalo de tu amigo. Por favor, haz los honores de la cena con la adecuada hospitalidad mientras estoy ausente.

Tras esas palabras el señor Blyth salió rápidamente de la habitación. Un par de

minutos después de su salida, Mat volvió a llevarse la mano al bolsillo, se acercó con aire misterioso al joven Thorpe y puso ante sus ojos el bolso indio, que estaba hecho de tela roja y bellamente adornado con cuentas de colores.

—¿Crees que a la joven le gustaría esta bagatela? —preguntó.

Zack le arrebató el bolso de las manos con una carcajada y empezó a hacer bromas a costa de su amigo más inmisericordemente que nunca. Por primera vez Mat dio la impresión de irritarse ante la estrepitosa burla de que era objeto, e interrumpió a su verdugo hoscamente con una mueca y un juramento.

—¡No pierdas los estribos, salvaje enamorado! —exclamó Zack con su incorregible ligereza—. Le llevaré tu bolso al Ser Amado; ¡y si Blyth le permite quedarse con él, la traeré aquí abajo para que te dé las gracias en persona! —y una vez dicho esto, el joven Thorpe salió riendo y a toda prisa con el bolso rojo en las manos.

Mat prestó oído atentamente hasta que el sonido de los rápidos pasos de Zack se apagó arriba; entonces bajó veloz y silenciosamente del estudio hasta la puerta del jardín; le quitó el cerrojo suavemente; suavemente quitó los pestillos; suavemente la abrió y comprobó que también podía abrirse desde afuera simplemente haciendo girar el pomo; y después, cerrándola en silencio, la dejó, en apariencia, como antes, siempre que nadie se acercara lo suficiente o tuviera ojos lo bastante penetrantes como para darse cuenta de que no tenía echados ni cerrojo ni pasada la llave.

«¡Y ahora el cofre del tesoro!», pensó Mat sacándose la llave falsa del bolsillo y apresurándose a volver junto al escritorio. «Si Zack o el Hombre que Pinta bajan antes de que haya tenido tiempo de llegar a la gaveta, ya me he garantizado una segunda oportunidad con la puerta del jardín».

Mientras esa idea pasaba por su mente ya había introducido la llave en la cerradura del escritorio. Iba a darle vuelta cuando el sonido de pasos que descendían rápidamente por la escalera llegó a su oído.

—¡Demasiado tarde! —musitó Mat—. Tendré que intentarlo por la puerta del jardín.

Al pronunciar esas palabras volvió a guardar la llave en el bolsillo y se acercó al hogar. En ese momento el señor Blyth entró en el estudio.

—Siento mucho que haya sido usted abandonado —dijo Valentine, cuyo carácter naturalmente amable lo inducía a mostrar un comportamiento tan escrupulosamente cortés con su tosco invitado como si Mat hubiera sido un caballero civilizado de la más refinada sensibilidad y el más elevado rango—. Lamento que el descuido de Zack lo haya dejado sin nadie que lo invitara a participar de esta pequeña cena —continuó Valentine volviéndose hacia la mesa—. La señora Blyth, mi estimado señor (¡por favor, tome un emparedado!) desea que le exprese su agradecimiento por el hermoso presente (ese es el brandy, en la botella que tiene a su lado). Le parece

admirable el diseño (¿un bizcocho? ¡Ah!, no le gustan los dulces) y cree que el color de las plumas del centro...

En ese momento se abrió la puerta y el señor Blyth, cerrando la boca, miró hacia ella con expresión de asombro, porque vio a Madonna entrar en compañía de Zack.

La señora Blyth había convencido a Valentine de que dejara a la joven sordomuda aceptar el bolso rojo, pero ni ella ni Zack le habían mencionado la idea de conducir a Madonna al estudio. Cuando el pintor ya se había alejado lo suficiente como para que no pudiera oírlos, el joven Thorpe le había confiado a la señora Blyth la nueva broma que quería gastarle a su amigo; y tras indicarle engañosamente por señas a Madonna que la solicitaban en el estudio, para presentarle al «hombre generoso que le había regalado el bolso», se la había llevado de la habitación sin detenerse a escuchar la menor oposición que pudiera despertar su propuesta. A decir verdad, la señora Blyth —quien no veía nada indecoroso en que la joven le fuera presentada al desconocido en presencia de Valentine y que, además, sentía una gran curiosidad por saber todo lo posible acerca del extraño compañero de Zack— estaba secretamente deseosa de comprobar qué impresión se llevaría Madonna de la apariencia personal y las maneras de Mat. Y fue así que Zack, aprovechando la oportunidad en el momento en que aparecía, y poniendo en juego un poco de esa gran confianza en sí mismo que nunca lo abandonaba, entró en el taller con aire de travieso triunfo y con Madonna del brazo.

Cuando hizo su entrada, Valentine le lanzó una mirada que le pareció conveniente a Zack fingir que no advertía. El pintor se sintió fuertemente inclinado a enviar a su hija adoptiva arriba inmediatamente, pero lo contuvo un sentimiento de delicadeza hacia su invitado, porque Mat no sólo había visto a Madonna, sino que había dado uno o dos pasos vacilantes para salir a su encuentro en el instante en que la joven llegó a la habitación.

Pocas pruebas sociales para analizar la naturaleza femenina resultan más confiables que observar cómo se conduce una mujer con un hombre que da señales de confusión al acercársele por primera vez. Si carece de todo carácter, olvida torpemente la ventaja que le concede su sexo y se muestra más confundida que él. Si sólo tiene inteligencia, abusa cruelmente de esa ventaja y lo trata con tranquilo desdén. Si tiene corazón, instintivamente le da a esa ventaja un uso adecuado y lo tranquiliza desde el principio con una palabra caritativa o el mudo estímulo de una mirada aplicados a tiempo.

Madonna, al ver que el desconocido, al acercársele, daba señales evidentes de lo que apreció como confusión, se soltó suavemente del brazo de Zack y, para inexpresable asombro del joven, se le adelantó un paso, levantó la vista hacia el rostro lúgubre y surcado de cicatrices de Mat, hizo su acostumbrada reverencia, escribió a toda prisa una línea en su tablilla y se la ofreció con una sonrisa y un leve

movimiento de la cabeza para que la leyera y si así lo deseaba pudiera escribirle algo en respuesta.

—¿Quién lo habría imaginado? —exclamó Zack dando rienda suelta a su asombro—. ¡Le ha resultado simpático el viejo Lobo Marino y lo ha elegido a primera vista como uno de sus favoritos!

Valentine estaba próximo al joven Thorpe, pero no pareció oír sus palabras. Contemplaba la escena que se desarrollaba ante sus ojos con atención y curiosidad. Aunque estaba acostumbrado al inocente candor con que la joven sordomuda demostraba su aprobación o desaprobación de los desconocidos en su primer encuentro con ellos —así como a su aparente testarudez al mostrar a menudo una decidida afición por las mismas personas cuyo aspecto y maneras los demás creían que sin duda le disgustarían—, estaba ahora casi tan sorprendido como Zack al ver la bienvenida que le prodigaba a Mat. Cuando tras una presentación Madonna le ofrecía su tablilla a un desconocido, ello constituía una señal infalible de aprobación. Cuando le presentaban a personas que no le resultaban agradables, invariablemente la mantenía a un costado hasta que se la pedían expresamente.

Excéntrico en todo, Mat era coherente con esa excentricidad incluso en su confusión. Algunos hombres que experimentan timidez en presencia de una joven la demuestran con el rubor de su rostro: Mat palideció en lugar de sonrojarse. Otros hombres, en similar situación, delatan su incómodo apocamiento moviéndose sin parar: Mat se quedó tan inmóvil como una estatua. Sus ojos recorrían ausente y e importunamente la figura de la joven: comenzaron por su suave cabello castaño claro, se detuvieron por un instante en su rostro, descendieron después a la alegre cinta rosada de su seno y al flamante delantal de seda negra con sus delicados bolsillos de encaje, y cayeron finalmente sobre sus pulcros zapatitos y la estrecha franja brillante de sus medias blancas que los separaban del dobladillo de su vestido gris. Sólo volvió a levantar la vista cuando Madonna tocó su mano y puso en ella el lápiz para que escribiera en su tablilla. A esa señal, Mat alzó otra vez la vista, leyó la línea que ella trazara, en la que le daba las gracias por el bolso rojo, e intentó escribir algo a su vez. Pero su mano temblaba y toda idea parecía haber volado de su mente: le devolvió la tablilla y el lápiz y la miró a los ojos al hacerlo. Al mismo tiempo, su rostro experimentó un curioso cambio: un cambio tan notable como el que sufriera en la tienda de género de punto de Dibbledean.

«Después de todo, quizás Zack podría haber encontrado amigos mucho peores que este», pensó el señor Blyth, que seguía observando atentamente a Mat. «Los vagabundos no se comportan en presencia de las jóvenes como se está comportando él ahora».

Con esa idea en mente, Valentine se adelantó para ayudar a su invitado mostrándole a Mat cómo comunicarse con Madonna. No obstante, el pintor se vio

interrumpido por el joven Thorpe, quien, en cuanto se recuperó de su sorpresa, comenzó de nuevo a soltar tonterías a voz en grito, con la traviesa intención de aumentar la turbación de Mat.

Mientras el señor Blyth trataba de hacer callar a Zack conduciéndolo a la mesa de la cena, Madonna se esforzaba todo lo que podía en tranquilizar al hombre corpulento y quemado por el sol ¡qué parecía tenerle miedo! Fue hacia una banqueta que estaba próxima a una segunda mesa situada en un rincón, junto al hogar, y, después de sentarse, sacó el bolso rojo y le hizo saber a Mat con un gesto que debía mirar lo que hacía. A continuación abrió el bolso sobre su regazo y metió en él varios utensilios pequeños de su cesto de labores, un carrete de seda de Tonbridge, un estuche de agujas de marfil, un dedal de plata con el borde esmaltado, unas tijeritas minúsculas y otros objetos parecidos que sacó primero de uno de los bolsillos de su delantal y después de otro. Mientras Madonna estaba entregada a la tarea de llenar el bolso, Zack, junto a la mesa, comenzó a tamborilear con el pie sobre el suelo para atraer su atención, y alzó con gesto interrogativo una jarra con vino y un vaso. La joven se sobresaltó cuando sus delicados nervios percibieron el sonido; y, mirando de inmediato al joven Thorpe, le hizo señas de que no quería vino. El súbito movimiento de su cuerpo hizo que se le cayera del regazo un alfiletero de madreperla que sobresalía de uno de sus bolsillos. El alfiletero rodó bajo su banqueta sin que ella lo advirtiera, porque estaba mirando hacia la mesa; sin que lo advirtiera Mat, porque sus ojos seguían la misma dirección que los de ella; sin que lo oyera el señor Blyth, porque, como de costumbre, Zack hablaba sin parar y hacía mucho ruido.

Cuando Madonna puso otras dos naderías que quedaban en su bolsillo dentro del bolso, lo cerró con cuidado, pasó los extremos de las cintas que lo ataban sobre uno de sus brazos y, tras ponerse de pie, se señaló hacia sí misma, miró a Mat y le hizo un significativo movimiento con la cabeza. Su acción expresaba con mucha claridad la idea que quería comunicar: «Mire», parecía decir, «¡vea qué bonito bolso de costura puedo hacer con su regalo!»

Pero daba la impresión de que Mat era incapaz de entender el significado de ninguno de sus gestos, por más fáciles que fueran de interpretar. Su juicio parecía cada vez más trastornado mientras más la miraba. Cuando Madonna volvió a dedicarle una reverencia y se apartó de su lado convencida de que no la entendía, Mat avanzó un poco y, de repente, extendió su mano desmañadamente. «El hombrón parece estar perdiéndome el miedo», pensó Madonna, quien se volvió rápidamente y recompensó su torpe iniciativa con una sonrisa. Pero en el instante en que Mat tomó su mano, Madonna apretó los labios y se estremeció de pies a cabeza, como si la hubieran tocado unos dedos muertos. «¡Oh!», pensó ahora, «¡qué fría tiene la mano! ¡Qué fría tiene la mano!»

«Si no la hubiera sentido tibia al tacto, habría pensado que era el fantasma de

Mary». Esa era la lúgubre visión que ensombrecía la mente de Mat en el mismo instante en que Madonna pensaba en lo fría que estaba su mano. Mat rechazó impaciente el vino que Zack le ofrecía; y contemplando el fuego con mirada ausente, se pasó los puños de la levita varias veces por los ojos y la frente.

Madonna aún sentía helada, en sus dedos, la frialdad de la mano del desconocido, y ello le provocó un agudo deseo de abandonar la habitación, aunque no sabía por qué. Se aproximó rápidamente a Valentine e hizo la señal que representaba a la señora Blyth, que consistía en ponerse la mano sobre el corazón y apuntar al piso de arriba. Valentine, que entendió lo que quería, le dio permiso enseguida para regresar al cuarto de su esposa. Antes de que Zack lograra hacer siquiera un gesto para detenerla, Madonna había salido del estudio, tras permanecer en él no mucho más de cinco minutos.

—Zack —musitó el señor Blyth cuando se cerró la puerta—. Estoy muy molesto contigo por haber traído a Madonna. Rompiste todas mis reglas al hacerlo; y, además, turbaste a tu amigo al presentársela sin advertencia ni preparación.

—Oh; eso no importa —lo interrumpió el joven Thorpe—. Mat no es el tipo de hombre que necesite advertencias. Me disculpo por romper tus reglas, pero en cuanto a Mat... ¡vamos, Blyth, que me cuelguen, ya entiendo lo que le pasa desde que trajeron la cena! Está hecho polvo por posar para ti como Hércules. Has tenido al pobre casi dos horas en la misma posición, con la espalda al aire, y después te asombras...

—¡Bendito sea! No se me había ocurrido. Me temo que tienes razón —exclamó Valentine—. ¡Hagámosle comer algo caliente que lo conforte! ¡Dios mío, Dios mío!, ¿cómo se prepara el grog?

Hacía ya unos minutos que el señor Blyth había estado haciendo todo lo posible para confeccionarle a Mat una especie de abrasadora y potente Pócima de la India. Había comenzado el intento poco antes de que Madonna se marchara del estudio, ya que le había parecido inútil ofrecerle una explicación a su distraído visitante sobre las señas y los gestos de la joven con la tablilla. Había persistido en su hospitalaria empresa durante todo el tiempo que ocupó el intercambio de susurros entre él y Zack, y ya había llenado el vaso casi hasta los bordes, cuando súbitamente se le ocurrió que le había echado jerez al final, después de haber comenzado con brandy, y también que había olvidado algún ingrediente importante que era absolutamente incapaz de recordar.

—¡Mat! —exclamó Zack—. Ven y prepárate tú mismo algo caliente. Blyth ha intentado hacértelo y no lo consigue.

Mat, quien todo ese tiempo había estado contemplando el fuego con mirada cada vez más ausente, se volvió al fin hacia sus amigos. Se estremeció ligeramente al ver que Madonna ya no se encontraba en la habitación, y después miró a un lado de la

puerta por la que la joven había salido, en dirección al escritorio. Desde el inicio había estado tercamente decidido a hacerse con el brazalete de cabellos, pero ahora su decisión se había duplicado o triplicado.

—No tiene sentido que busques a la joven —dijo Zack—; te comportaste de un modo tan raro y con tanta torpeza que la asustaste.

—¡No! ¡No!, en absoluto —intervino Valentine amablemente—. Por favor, beba algo que lo caliente. Me siento muy avergonzado de mi falta de consideración al mantenerlo de pie tanto rato, debí recordar que no estaba usted acostumbrado a servir de modelo a un pintor. Confío en que no haya pescado un resfriado...

—¿Pescado un resfriado? —repitió Mat pasmado. Pareció a punto de añadir una protesta indignada y afirmar que estaba muy por encima de flaquezas corporales, típicas de las personas civilizadas, como la de pescar un resfriado, pero cuando ya tenía las palabras en la punta de la lengua miró fijamente al señor Blyth y se contuvo.

—Me temo que posar tanto rato como tan amablemente ha hecho debe haberlo cansado —añadió Valentine.

—No —respondió Mat después de un momento de reflexión—; no estoy cansado. Sólo que tengo sueño. Es mejor que me vaya a casa. ¿Qué hora es?

Una consulta al reloj del joven Thorpe mostró que eran las diez y diez. Mat le tendió su mano al pintor a manera de despedida, pero Valentine se negó a dejarlo partir hasta que no hubiera comido y tomado algo de lo servido a la mesa. Al oírlo, Mat se sirvió un vaso de brandy, lo bebió, y a continuación volvió a tenderle la mano y le dio las buenas noches.

—No insistiré en que se quede en contra de sus deseos —dijo el señor Blyth con bastante pena—. Sólo quiero agradecerle de todo, corazón su amabilidad al posar para mí, y manifestarle que espero verlo de nuevo cuando regrese. Buenas noches, Zack. Me iré por la mañana en un tren que sale temprano. Por favor, querido muchacho, no flaquees, recuerda a tu madre y las promesas que le hiciste, ve a ver al señor Strather mañana a una hora adecuada, y sé constante en tu trabajo, Zack... ¡por todos nosotros, sé constante en tu trabajo!

Cuando se marchaban del estudio Mat le lanzó una última mirada a la puerta del jardín. ¿Se acercaría de nuevo a ella la sirvienta, que era seguramente quien la había cerrado antes de irse a la cama? ¿Se dirigiría el señor Blyth hasta el fondo de la habitación para asegurarse de que la puerta estuviera bien cerrada después de apagar el fuego del hogar? Eran preguntas importantes que sólo serían capaces de responder los acontecimientos de la noche.

En la calle Kirk, muy cerca del lugar donde se incorporaron a ella Zack y su amigo al regresar de casa del señor Blyth, había un teatro, que fulguraba gracias a la cegadora luz del gas y a todo movimiento que producían los tunantes que merodeaban por sus alrededores. El joven Thorpe se detuvo cuando él y su

compañero pasaban bajo su marquesina camino a sus habitaciones, que quedaban un poco más adelante.

—No son más que las diez y media —dijo Zack—. Voy a entrar para ver las últimas escenas de la pantomima. ¿No quieres venir?

—No —dijo Mat—, tengo demasiado sueño. Me iré a casa.

Se separaron. Mientras Zack entraba en el teatro, Mat prosiguió sin desviarse en dirección a la tabaquería. No obstante, en cuanto se alejó del resplandor del gas de la puerta del teatro, cruzó la calle y, tras volver sobre sus pasos, tomó el rumbo que lo llevaba de regreso a casa de Valentine.

CAPÍTULO XII

EL BRAZALETE DE CABELLOS

Una vez que sus invitados se hubieron ido y que pasó llave y puso cerrojo a la puerta de la calle, el estado de ánimo del señor Blyth comenzó a empeorar velozmente. Incluso dejó escapar un suspiro al recorrer el estudio a solas un par de veces.

Tres veces se aproximó a la puerta del jardín cuando caminaba lentamente de uno a otro extremo de la habitación. Pero nunca la miró. Sus pensamientos volaban hacia Zack y su amigo, y con ellos volaba su atención. «Quienquiera que sea este misterioso Mat», reflexionaba Valentine al tiempo que se detenía en su cuarta vuelta al cuarto y se encaminaba hacia el hogar, «no veo que tenga nada malo, y eso le diré a la señora Thorpe la próxima vez que la vea».

Se dio a la tarea de apagar el fuego y sólo dejó unas pocas brasas rojas y unos pedacitos de carbón que se inflamaban de tiempo en tiempo en el fondo de la rejilla. Hecho eso, se enderezó y se calentó unos momentos, e intentó silbar una de sus melodías favoritas. El intento fue un fracaso total. Se interrumpió al tercer compás y terminó de manera lamentable con otro suspiro.

«¿Qué me sucede? Nunca antes me sentí tan abatido por tener que ausentarme de casa». Ofuscándose inútilmente con esas reflexiones, fue hasta la mesa y bebió un poco de vino, comió un pedacito de emparedado y echó a perder innecesariamente el aspecto de dos bizcochos pellizcando con aire ausente un pedacito de cada uno. No estaba de mejor humor para beber y comer que para silbar, así que, prudentemente, decidió encender su vela e irse a la cama.

Tras apagar las luces que ardían sobre la mesa le echó una última mirada a la habitación, y estaba a punto de abandonarla cuando atrajo su mirada el dibujo de la vieja verja de los cinco barrotes que había descolgado para que Mat lo viera y que había colocado sobre un caballete en el extremo más alejado del estudio. Comenzó a avanzar hacia él, se detuvo a mitad de camino, vaciló, bostezó, sintió un ligero estremecimiento, pensó que no valía la pena tomarse el trabajo de colgar el dibujo sobre la puerta del jardín esa noche... y así, con un nuevo bostezo, dio media vuelta y se marchó del estudio.

Las dos sirvientas del señor Blyth dormían arriba. Unos diez minutos después de que su amo subiera a su cuarto, salieron de la cocina rumbo a sus dormitorios, en la buhardilla. Patty, la doncella, se detuvo al pasar junto al taller para echar una mirada a su interior y asegurarse de que las velas estuvieran apagadas y el fuego controlado. Polly, la cocinera, siguió su camino con la vela, y después de subir desde el zaguán

hasta el primer rellano, recordó, como le correspondía, la verja del jardín, cuyo cuidado era una de sus responsabilidades hogareñas.

—Dime, ¿cerraste la puerta del jardín? —le dijo Polly a Patty por entre los barrotes de la escalera.

—Sí, la cerré cuando le llevé el té al amo —le dijo Patty a Polly haciendo su aparición morosamente en el rellano tras una soñolienta ojeada al estudio, donde la oscuridad se espesaba por momentos.

—¿No sería mejor que volvieras a mirar para estar seguras? —sugirió la precavida cocinera.

—¿Y no sería mejor que lo hicieras tú? Es tu responsabilidad —replicó la despreocupada doncella.

—¡A callar! —susurró Valentine, quien apareció de pronto en el rellano, procedente de su cuarto y ataviado con su bata de dormir y su gorro de franela—. No habléis aquí o importunaréis a vuestra ama. Iros a la cama y hablad allí. Buenas noches.

—Buenas noches, señor —respondieron a coro las dos fieles sirvientas que Blyth tenía a su cargo, al tiempo que obedecían la orden de su amo con afectada docilidad y dejando para una futura oportunidad toda consideración sobre la puerta del jardín.

El fuego languidecía rápidamente tras la rejilla del estudio. De cuando en cuando, a largos intervalos, una fina lengua de fuego se alzaba pálida en las tinieblas que invadían la habitación, chispeaba por un instante en los objetos más brillantes y prominentes y volvía a caer en la oscuridad. El profundo silencio sólo era interrumpido por esos caprichosos ruidos domésticos que viven en lo más cerrado de la noche y mueren con la luz del día: el súbito chasquido de una pared, el misterioso crujido de un mueble, los pequeños sonidos fantasmales de los cuerpos inanimados que nos han sobresaltado a todos, una y otra vez, cuando seguíamos leyendo nuestro libro después de que el resto de la familia durmiera profundamente, o mientras esperábamos en la noche a un amigo que no había regresado, o cuidábamos a solas de un enfermo durante las horas de la madrugada. Salvo por esos ocasionales sonidos nocturnos, tan familiares, pero siempre tan extraños, la perfecta tranquilidad que reinaba en el estudio no se vio interrumpida durante casi una hora después de la salida del señor Blyth. Ningún vecino llegó a su casa en un coche de alquiler, ningún beodo vociferante recorrió los remotos reductos campestres del nuevo suburbio. La brisa nocturna, que soplaba de los campos, era demasiado leve para resultar audible. El perro guardián del vivero cercano permanecía tan tranquilo esa noche como si al fin hubiera enmudecido a fuerza de tanto ladrar. Tanto fuera como dentro de la casa, el soñoliento imperio de la añeja Quietud Primigenia no se veía interrumpido por los caprichos innovadores del Ruido, ese rebelde.

Y no se vio interrumpido hasta que el reloj del zaguán indicó que eran las once y

cuarto. Entonces se dejó oír un lento y sofocado sonido de pasos que subían las escaleras de hierro que llevaban del jardín trasero al estudio. Cuando cesó, la puerta del fondo de la habitación se abrió lentamente desde afuera y apareció en el umbral la silueta negra y voluminosa de Mat recortada contra el cielo estrellado.

Entró en el taller y cerró la puerta a sus espaldas sin hacer ruido, se detuvo unos momentos para prestar oído en la oscuridad; a continuación se sacó del bolsillo la vela y las cerillas que comprara esa tarde y se hizo de inmediato la luz.

Cuando el pabilo de la vela comenzó a arder volvió a escuchar. Salvo por el sonido de su propia respiración, la quietud reinaba a su alrededor. Avanzó hasta el escritorio; se sobresaltó involuntariamente al rozar el maniquí del señor Blyth con su sombrero español y su toga romana y le dedicó una imprecación entre dientes por cruzarse en su camino, como si se tratara de una criatura viva. La puerta que conducía del estudio al pasillo no estaba totalmente cerrada, pero Mat no lo advirtió al avanzar hacia el escritorio, aunque éste estaba muy cerca de la hendidura que quedaba entre la puerta y el marco. Mat llevaba la llave falsa en la mano; sabía que tendría en su poder el brazaletes en un momento y en su impaciencia por obtener el premio de su astucia se lanzó sobre el escritorio sin mirar antes a derecha ni izquierda.

Ya había hecho girar la llave, ya había abierto de un tirón la gaveta interior, ya había sacado el brazaletes y lo examinaba atentamente a la luz de su vela (tras haber vuelto a cerrar el escritorio), cuando llegó a sus oídos un leve sonido procedente de la escalera.

En ese mismo instante vio el fino rayo de luz de una vela a través de la estrecha hendidura que quedaba entre la puerta entrecerrada y su marco. La luz aumentó rápidamente su intensidad y el sonido de unos pasos leves se hizo cada vez más claro, procedente de las losas del pasillo que llevaba al interior de la casa.

Mat tuvo la suficiente presencia de ánimo para apagar su vela, echarse el brazaletes en el bolsillo y desplazarse sin hacer ruido desde el escritorio (que estaba junto a la parte del marco que tenía la cerradura) hasta la pared (en la parte de las bisagras), de modo que la puerta pudiera abrirse y lo mantuviera oculto ante cualquiera que entrara en la habitación. Tuvo la suficiente presencia de ánimo para tomar esas precauciones en un segundo, pero no el control necesario sobre sí mismo para ahogar la exclamación involuntaria que escapó de sus labios en el momento en que sus ojos advirtieron el fino rayo de luz de la vela. Un violento espasmo contrajo los músculos de su garganta. Apretó los puños con un ataque de furia reprimida contra sí mismo al sentir que su propia voz se había convertido en su enemiga y lo había traicionado.

La luz se aproximó; la puerta se abrió, suavemente, justo hasta tocarlo mientras seguía con la espalda contra la pared.

Su corazón se detuvo un instante; y al siguiente volvió a latir de golpe y la sangre

corrió impetuosa por sus venas, al tiempo que los nervios tensos de su mente y de su cuerpo se relajaban al influjo de una sensación de inefable alivio. Era casi un milagro lo que lo salvaba de las inevitables consecuencias de la imprudente exclamación que escapara de sus labios. Era Madonna quien había abierto la puerta; era la joven sordomuda quien ahora entró en el estudio.

Antes de irse a la cama, Madonna había sacado los útiles de costura del bolso y había echado de menos el alfilerero de madreperla. De inmediato sospechó que lo había dejado caer en el estudio, y temiendo que si lo dejaba allí hasta la mañana siguiente alguien lo pisaría o lo aplastaría, había bajado a buscarlo. Su cabello, que aún no se había recogido para acostarse, estaba peinado de forma que su rostro quedaba despejado y caía en rizos sedosos sobre sus hombros. Su tez se veía más exquisitamente clara y pura que nunca, realzada por la bata blanca que ahora la cubría. Llevaba en las manos una palmatoria de porcelana roja y azul, regalo de la señora Blyth; y con la luz en alto, traspuso silenciosamente la puerta del estudio, con los ojos inclinados hacia el suelo, buscando ansiosa el alfilerero perdido.

En cuanto la vio, Mat adoptó una decisión. No se movió ni una pulgada de su escondite hasta que la joven avanzó dos o tres pasos hacia el interior de la habitación y le dio la espalda de lleno. Entonces, despegándose un poco de la puerta, pero siempre detrás de Madonna, le apagó la vela de un soplo, justo cuando ella la alzaba y registraba atentamente el suelo a sus pies.

Mat había calculado, con toda razón, que podría ejecutar esa maniobra con absoluta impunidad, ya que Madonna era incapaz de escuchar el sonido de su soplo cuando apagara la vela, y que la oscuridad que sobrevendría no sólo lo protegería de ser detectado, sino que, además, la obligaría a volver a dejarlo solo en la habitación mientras iba a buscar otra luz. No obstante, no había calculado el grave efecto que el éxito de su estratagema surtiría sobre los nervios de la joven, porque ignoraba el horror que la pérdida del sentido del oído le hacía sentir cada vez que se encontraba en la oscuridad; y no se había detenido a considerar que, al privarla de la luz, la privaba del sentido de la vista, que siempre es de suma importancia, pero cuya pérdida Madonna no podía suplir en la oscuridad, como los demás, mediante el uso del oído.

En el mismo instante en que Mat apagó la vela, Madonna dejó caer la palmatoria de porcelana, presa de un paroxismo de terror. La palmatoria cayó y se quebró, con un sonido sofocado, sobre uno de los muchos portafolios diseminados por el suelo a su alrededor. Casi inmediatamente después de que Mat lo oyera, el sordo gemido, el grito inarticulado de terror que era todo lo que la pobre niña dominada por el pánico podía emitir se alzó en la oscuridad apagado, escalofriante e interminable, tan cerca de su oído que imaginó que sentía el aliento de la joven que palpitaba rápido y tibio en su mejilla.

¿Y si lo tocara? ¿Si fuera sensible al movimiento del *su* pie sobre el suelo, como fuera sensible al movimiento del de Zack cuando el joven Thorpe le ofreciera el vaso de vino durante la cena? ¿Era un riesgo permanecer inmóvil; era un riesgo moverse! Se sentía tan impotente como la impotente criatura que estaba a su lado. Ese quejido apagado, interminable, sordo le hería tan dolorosamente el corazón, despertaba de manera tan terrible las rudas fantasías supersticiosas que lo acechaban, relacionadas con la perdida y difunta Mary Grice, que el rostro se le cubrió de sudor, la frialdad producida por un agudo sufrimiento hizo presa de sus miembros, la fiebre de una inexpresable espera le secó la garganta, la boca y los labios, y quizás por primera vez en su vida sintió la frialdad de un miedo mortal recorrerlo hasta llegarle al alma misma... a él, quien en medio de los peligros de los océanos y las selvas, y de los horrores del hambre y la sed, había jugado con su propia vida durante más de veinte años con la misma familiaridad con que juega un niño con un juguete viejo.

No supo cuánto tiempo pasó antes de que el gemido sordo pareciera debilitarse, a estar menos terriblemente cerca de él, a transformarse en lo que en un momento sonaba como un estremecimiento de todo el cuerpo de Madonna, en otro como el roce de sus vestidos, en un tercero como un lento arañar con sus manos la mesa y el suelo con sus pies. La joven había hecho al fin acopio de valor para moverse y salir del estudio a tientas: Mat lo supo por el oído. La oyó tocar el borde de la puerta entreabierta; oyó el sonido leve de su primer paso en el pasillo; después, el sonido de su mano que tanteaba la pared; por último, su difícil y asustada respiración cada vez más apagada al llegar a la escalera.

Una vez que Madonna se hubo ido y que el desahogo que brindaban el silencio y la soledad ejerció su efecto sobre Mat, su capacidad de pensamiento, su astucia y su decisión comenzaron a retornar. Escuchó con atención todavía unos breves momentos, y al no oír ningún sonido ni producirse movimiento entre quienes dormían en la casa, se atrevió a encender una de sus cerillas; y a la luz del débil destello que le proporcionó, se abrió paso silenciosamente entre el desorden del estudio y alcanzó la puerta del jardín. Un minuto después estaba de nuevo al aire libre. Un minuto más y había saltado el muro del jardín y caminaba por el camino solitario del suburbio, con el brazalete a salvo en el bolsillo.

No intentó sacarlo y examinarlo allí mismo. Antes no había sentido el menor escrúpulo; ahora no sentía ni el más leve remordimiento en relación con el brazalete y su manera de hacerse con él. Sin embargo, aunque en ese sentido se portaba como un desalmado, en otro era un ser sensible. Experimentaba compunción y arrepentimiento cuando pensaba en la joven sordomuda y en el paroxismo de terror que le causara. ¡Con cuánta gentileza y paciencia había intentado ella explicarle la gratitud que le producía su regalo y el uso al que lo destinaba; y con cuánta crueldad la había hecho sufrir él a cambio! «Me gustaría no haberla asustado así», se dijo Mat al reflexionar

sobre lo sucedido a su modo rudo, mientras caminaba rápidamente en dirección a su hogar. «Me gustaría no haberla asustado así».

Pero su impaciencia por examinar el brazalete se impuso a su arrepentimiento, como ya se impusiera a toda otra idea o sentimiento. Se detuvo bajo una lámpara de gas y extrajo de su bolsillo el premio de sus afanes. Pudo ver que estaba hecho de dos tipos de cabellos, y que en la parte plana del cierre de oro tenía una inscripción. Pero su mano temblaba, sus ojos eran menos penetrantes que de costumbre, la luz estaba demasiado alta, y por más que lo intentó no pudo descifrar nada con certeza.

Volvió a guardarse el brazalete en el bolsillo y, rezongando entre dientes con impaciencia, emprendió la marcha hacia la calle Kirk a todo lo que le daban las piernas. Cuando abrió la puerta se topó con la esposa de su casero, que estaba en el pasillo. Sin la menor ceremonia, sin una palabra preliminar, le arrebató la vela de las manos a la asombrada mujer y desapareció al instante escaleras arriba. Zack no había regresado del teatro; tenía la casa para él solo; podía examinar el brazalete a sus anchas.

Su primera mirada fue para el cierre. Acercándolo a la llama de la vela, logró leer las letras grabadas en él.

«M.G. En memoria de S.G.»

«*Mary Grice. En memoria de Susan Grice*». La mano se Mat se cerró sobre el brazalete con fuerza y después éste cayó sobre sus rodillas, cuando su dueño pronunciaba esas palabras.

La pantomima que Zack había ido a ver se prolongó tanto, gracias a las repeticiones de varias canciones y bailes, que no terminó hasta cerca de la medianoche. Cuando el joven salió del teatro experimentó de inmediato en boca, garganta y estómago las consecuencias físicas de respirar una atmósfera viciada. Los ardientes deseos de consumir moluscos y licor de malta, cuyo despertar constituye una especialísima misión del drama inglés, lo invadieron cuando salió al aire libre y lo llevaron a la venta de ostras de la localidad en busca de refrigerio y cambio de ambiente.

Con la perspectiva inmediata de la Academia de Dibujo vívida y amenazadoramente ante sus ojos, Zack comenzó, por una vez en la vida, a reflexionar sobre el futuro, y dejó perplejos a los menestrales de la venta (con todos los cuales sostenía una íntima amistad) al disfrutar con ejemplar moderación del banquete. Terminada su cena y camino a la cama en la tabaquería de la acera de enfrente, no sería una exageración afirmar que estaba lo bastante sobrio como para pasar con éxito una inspección del Presidente y el Consejo de la Real Academia y ser presentado

como un estudiante modelo de las Bellas Artes.

Se llevó una sorpresa al no oír los ronquidos de su amigo cuando llegó al pasillo, pero su sorpresa se convirtió en pasmo cuando cruzó la puerta de entrada y vio la tarea a la que estaba entregado su compañero de cuarto.

Mat estaba sentado a la mesa, con el rifle sobre las rodillas, y le sacaba brillo al cañón con un pedazo de papel de lija. A su lado tenía una vela sin despabilar, una botella vacía y un vaso con un resto de brandy en el fondo. Cuando levantó la vista, su rostro revelaba que había bebido mucho. Sus ojos tenían una mirada a la vez feroz y ausente, y sus labios una sonrisa dura, fija, poco natural que a Zack no le gustó ni un poquito.

—¡Mat, viejo! —dijo intentando sosegarlo—, pareces un poco alterado. ¿Qué ocurre?

Mat siguió lijando el cañón del arma todavía con más fuerza y no respondió.

—En nombre del cielo, ¿para qué lijas tu rifle esta noche? —continuó el joven Thorpe—. No lo habías tocado desde que lo trajiste. ¿Qué puedes querer con él ahora? En Inglaterra no matamos pájaros con balas de fusil.

—Una bala de fusil es lo que necesito para mi presa, si la encuentro —dijo Mat clavando la vista súbita y ferozmente en Zack.

«¿A qué presa se referirá?» pensó el joven Thorpe. «Ha bebido hasta embriagarse. ¿Le habrá sucedido algo desde que nos separamos en la puerta del teatro? Me gustaría averiguarlo, pero cuando el brandy le sube a la cabeza se convierte en un salvaje y se me quitan los deseos de preguntar...». En ese punto las reflexiones de Zack se vieron interrumpidas por la voz de su excéntrico amigo.

—¿Conoces a un hombre de apellido Carr? —preguntó Mat. Tras hacer la pregunta dejó de mirar al joven Thorpe y clavó la vista en el rifle, al tiempo que frotaba con fuerza el cañón.

—No —dijo Zack—. No que recuerde.

Mat dejó de limpiar el arma y empezó a rebuscar torpemente en uno de sus bolsillos. A los pocos momentos, sacó lo que a Zack le dio la impresión de ser una carta increíblemente larga, escrita con letra muy apretada y con dos largos renglones en donde usualmente aparece la dirección. Tras abrir ese documento de aspecto tan extraño, Mat se guió mediante un índice bastante vacilante por los renglones de la primera página; se detuvo y leyó algo, nervioso y con evidente dificultad; después se volvió a guardar la carta en el bolsillo, bajó la vista otra vez al arma que tenía sobre las piernas y dijo, con un fuerte énfasis en el nombre de pila:

—¿Arthur Carr?

—No —respondió Zack—. No conozco a nadie de ese nombre. ¿Es un amigo tuyo?

Mat siguió lijando el cañón del rifle.

El joven Thorpe no dijo nada más. Se había sentido algo perplejo cuando su amigo había sacado el abanico y el bolso (ninguno de los cuales le había mostrado antes) y le mencionaba al señor Blyth que en otra época había pretendido regalárselos a «una mujer» que ya había muerto. En ese momento, Zack había considerado que su conducta era bastante anormal; pero ahora, al verla seguida de esas referencias anormalmente agresivas al apellido Carr, el misterioso lijado del rifle y el brandy bebido en soledad, comenzó a sentirse aún más perplejo. «¿Todo este asunto de Arthur Carr será un secreto suyo?», se preguntó Zack con curiosidad asombrada. «¿Ahora que se ha pasado de copas estará diciendo más de lo que debiera?»

Mientras el joven Thorpe reflexionaba así, Mat seguía lijando industriosamente el cañón de su rifle. Tras unos minutos en los que reinó el silencio, tiró de repente el papel de lija y volvió a hablar.

—Zack —dijo, dándole una palmada cariñosa a la culata de su rifle—, tú y yo hablamos alguna vez de irnos juntos por esos mundos, al otro lado del mar. Yo estoy listo para embarcarme, si... —le echó una ojeada al joven Thorpe con sus ojos ausentes e inyectados en sangre al decir esas últimas palabras. Pero se contuvo y desvió la vista rápidamente hacia el arma.

—¿Si qué? —preguntó Zack.

—Si logro primero ponerle las manos encima a Arthur Carr —respondió Mat en un tono de voz inusualmente bajo—. Déjame hacer eso y volveré con gusto a la vida errante una hora después. Es posible que esté muerto y enterrado...

—¿Y entonces qué sentido tiene salir a buscarlo? —intervino Zack.

—El sentido es que tengo metido en la cabeza que está vivo y que lo encontraré —replicó Mat.

—¿Y entonces?

Mat volvió a guardar silencio. Dejó caer la cabeza lentamente hacia adelante, y su cuerpo la siguió hasta que apoyó los codos en el arma. Así encogido empezó distraídamente a entretenerse abriendo y cerrando el percutor del rifle. Zack, que sospechaba que el brandy había comenzado a atontarlo, decidió, con su imprudencia característica, hacerlo hablar por cualquier medio.

—¿Qué demonios es todo este misterio? —exclamó audazmente—. Desde que sacaste el abanico y el bolso en casa de Blyth...

—¿Y qué con eso? —lo interrumpió Mat levantando la vista al instante con una mirada fiera y suspicaz.

—Nada especial —prosiguió Zack sin dejarse arredrar—, salvo que es extraño que no los hubieras enseñado nunca antes; y todavía más extraño que le dijeras a Blyth, sin que nunca me hubieras contado a mí ni una palabra, que los habías guardado para una mujer...

—¿Y qué con *ella*? —prorrumpió Mat poniéndose de pie con la cara roja y ojos

amenazantes, y haciendo resonar el cuarto con un golpe de rifle sobre el suelo.

—Nada más que lo que le corresponde decir a un amigo —replicó Zack, al sentir que había llegado demasiado lejos, dada la condición en que se encontraba Mat—. Lamento, por ti, que no haya vivido para recibir los regalos que le traías. Confío en que eso no sea una ofensa, ni que tampoco lo sea preguntar, después de lo que tú mismo le dijiste a Blyth, si su muerte ocurrió hace poco o...

—Ocurrió antes de que tú nacieras.

Dio esa respuesta, que dejó perplejo a Zack, en un tono curiosamente contenido, abstraído, como si hablara consigo mismo, y al hablar puso a un lado el rifle súbitamente, se sentó de nuevo a la mesa y apoyó la cabeza en los brazos. El joven Thorpe se sentó en una silla cercana, pero se abstuvo sabiamente de hablar en ese momento. El silencio parecía favorecer la mejoría que experimentaba el estado de ánimo de Mat. Al cabo de un rato levantó la vista y contempló a Zack con tristeza y preocupación estampadas en su rostro moreno.

—Me resultas simpático, Zack —dijo poniendo una mano en el brazo del joven y acariciando mecánicamente la tela de su manga—. Me resultas simpático. No nos separemos. Sigamos juntos siempre lo más fraternal y agradablemente que podamos. —Hizo una pausa. Su mano se cerró en torno al brazo del joven Thorpe; y la mirada ardiente, seca, sin lágrimas en sus ojos pareció suavizarse cuando añadió—: Me parece muy amable de tu parte, Zack, que hayas dicho que lo sentías por ella. Murió antes de que tú nacieras —su mano dejó de apretarle, y después de repetir esas últimas palabras, se apartó un poco y no dijo nada más.

El asombro y la curiosidad impulsaron al joven Thorpe a atreverse a hacer otra pregunta.

—¿Era tu novia? —preguntó, bajando inconscientemente la voz hasta hacerla un susurro—, ¿o un familiar, o...?

—Parienta mía, parienta mía —dijo Mat rápidamente, pero sin impaciencia, volviendo a agarrar el brazo de Zack, aunque sin levantar la vista.

—¿Era tu madre?

—No.

—¿Tu hermana?

—Sí.

Zack permaneció en silencio un par de minutos después de esa respuesta. En cuanto comenzó a hablar de nuevo, su compañero le sacudió el brazo —con cierta impaciencia esta vez— y lo hizo callar.

—Déjalo —dijo Mat perentoriamente—. Déjalo. No hablemos más, mi cabeza...

—¿Te pasa algo en la cabeza? —preguntó Zack.

Mat volvió a ponerse de pie. En su rostro se advertía un cambio. El rubor que lo tiñera antes aumentó palpablemente y se extendió hasta el mismo borde de su

casquete negro. Cuando volvió a hablar, sus ojos parecían comenzar a velarse de confusión y opacidad, sus articulaciones a moverse con cierta trabazón y pesantez.

—Me pasé con el brandy —dijo—, siento calor en el lugar donde me cortaron el cuero cabelludo. Alcánzame el sombrero, Zack, y una luz. No puedo seguir encerrado. ¡No digas nada! Déjame salir de la casa ahora mismo.

El joven Thorpe cogió la vela, abrió la marcha escaleras abajo y lo dejó salir a la calle sin atreverse a irritarlo con sus comentarios; pero se quedó en el umbral y lo contempló con gran curiosidad cuando emprendió su caminata. Mat estaba ya perdiéndose de vista cuando Zack lo oyó detenerse y golpear el pavimento con su bastón. En menos de un minuto estaba de vuelta en la puerta de la tabaquería.

—Zack —dijo en un susurro—, pregunta entre tus amigos si alguien conoce a un hombre que se llame como te dije.

—¿Te refieres al *Arthur Carr* que acabas de mencionarme? —inquirió el joven Thorpe.

—Sí, *Arthur Carr* —dijo Mat con toda seriedad.

Después se volvió antes de que Zack pudiera hacerle más preguntas y esta vez desapareció rápidamente en la oscuridad de las calles.

CAPÍTULO XIII

LA BÚSQUEDA DE ARTHUR CARR

La mañana siguiente de la visita de Mat y el joven Thorpe a su estudio el señor Blyth se levantó temprano. Decidido a no ceder ni un ápice a su rechazo a ausentarse de su hogar, empaquetó sus pinceles y sus colores y emprendió la gira para el dibujo de retratos en el tren mañanero en el cual inicialmente se había propuesto viajar.

Aunque todo indicaba que durante su ausencia pasaría el tiempo agradablemente, además de que el viaje le resultaría muy rentable, su inexplicable desazón por alejarse de su hogar no lo abandonó durante el trayecto, a pesar de la estimulante influencia del movimiento y el rápido cambio de escenarios, y lo dominó tan tenazmente como lo dominara la noche anterior. No obstante, por deprimido que se sintiera, lo habría estado mucho más si hubiera conocido los dos importantes acontecimientos ocurridos en su hogar que le habían sido estrictamente ocultados el día de su partida.

Cuando la cocinera del señor Blyth bajó bien temprano para airear el estudio abriendo la puerta del jardín, como acostumbraba, no se sintió poco sorprendida y alarmada al hallar que, aunque cerrada, no tenía echados ni la llave ni el cerrojo. Le comunicó la noticia (en tono de reproche, por supuesto) a la doncella, quien respondió (indignada, como era natural) reiterando su afirmación de la noche anterior de que había asegurado la puerta a las seis de la tarde. Polly, apelando a los hechos que contradecían ese aserto, respondió que eso era imposible. Patty, aferrándose a un conocimiento de primera mano que lo confirmaba, replicó que lo había hecho. A continuación sostuvieron una violenta disputa, seguida por un silencio huraño, por una afectuosa reconciliación y finalmente por la sagaz decisión de no decir nada del asunto, y en especial, de abstenerse de dejar escapar una palabra en relación con él ante las autoridades reinantes en el piso de arriba. De ahí que ni Valentine ni su esposa supieran del sospechoso aspecto que presentó esa mañana la puerta del jardín.

Pero aunque la señora Blyth permaneció ignorante de la cuestión, estaba muy bien informada de otra de igual, si no mayor, importancia doméstica. Mientras su esposo estaba abajo tomando su temprano desayuno, Madonna fue a su cuarto y le explicó confidencialmente todos los detalles del terrible susto que había sufrido mientras buscaba su alfilerero en el estudio la noche anterior. Era incapaz de explicarle cómo podía haberse apagado instantáneamente su vela. Estaba completamente segura de que no había nadie en la habitación cuando entró, y también de no haber notado ninguna corriente de aire procedente de ninguna parte; en resumen, lo único que sabía era que su vela se había apagado súbitamente, que había permanecido un corto tiempo en la oscuridad, casi muerta de miedo, y que después se

las había ingeniado para encontrar a tientas el camino de regreso a su cuarto, en el cual siempre quedaba encendida una luz durante la noche.

La señora Blyth siguió con gran interés el desarrollo de la extraña historia que contaba Madonna por señas; y después —tras sugerir que la vela podía haberse apagado por algún defecto de fábrica o por un soplo de aire que la joven estaba demasiado ocupada buscando su alfiletero como para advertirlo— le pidió con insistencia que no le dijera una palabra sobre su aventura a Valentine cuando fuera a ayudarlo a empaquetar sus útiles de dibujo. «El pobre ya está bastante nervioso e incómodo por tener que irse de casa», pensó la señora Blyth; «y la historia de la vela que se apagó no haría más que ponerlo todavía más inquieto». Darle ese argumento a Madonna era garantizar su discreción. En consecuencia, mantuvo su aventura en el estudio en un secreto tan absoluto con respecto al señor Blyth, que éste supo tan poco de lo que le había sucedido como de lo ocurrido con el brazalete, una vez que se aseguró a toda prisa de que dejaba su escritorio adecuadamente cerrado con llave probando la tapa, como última medida de precaución, antes de partir.

Esa era la situación cuando Valentine se marchó de su casa. No era, sin embargo, el único viajero conocido del lector cuya salida de Londres se produjo durante la mañana siguiente a la misteriosa extinción de la luz de Madonna en el taller de pintura. Por coincidencias del azar, a la misma hora en que el señor Blyth partía en una dirección a dibujar retratos, el señor Matthew Marksman (ahora, quizás, también reconocible bajo el nombre de Matthew Grice) viajaba en otra, para hacer una segunda visita a Dibbledean. No se trataba, ni mucho menos, de una visita de placer, sino de una visita de negocios; negocios que, en todos sus detalles, Mat había puesto especial cuidado en mantener ocultos de Zack, pero sobre los cuales, sin embargo, había permitido que algo se le escapara durante la conversación sostenida con el joven la noche anterior.

Cuando se encontró con el joven Thorpe a la mañana siguiente de esa conversación, estaba consciente de que el exceso de brandy lo había impelido a hablar de manera muy imprudente, y le pidió a Zack, con su brusquedad habitual, que le repitiera todo lo que se le había escapado cuando se le había subido el licor a la cabeza. Una vez satisfecha esa petición, no le hizo ninguna otra confidencia. Se limitó a decir que lo que había salido involuntariamente de sus labios no era sino la verdad, pero que nada podía añadir ni explicar hasta que no hubiera descubierto si Arthur Carr vivía o había muerto. Ante la pregunta de cómo y cuándo se proponía descubrirlo, respondió que partía hacia el interior para tratar de averiguarlo esa misma mañana, y que si tenía éxito, a su regreso le contaría a su compañero de cuarto, sin ninguna reserva, todo lo que quisiera saber. Con esa promesa, Zack se quedó en la calle Kirk, con la esperanza de llegar a saber algo más sobre los secretos de su amigo cuando Mat regresara de su viaje.

Para recoger un poco más de información sobre esos secretos de la que en ese momento poseía Mat, será necesario regresar por un momento al apartamento de la calle Kirk, en ese particular período de la noche en que el señor Marksman se encontraba a solas en la habitación con el brazalete apretado en una de sus manos.

La primera ojeada a las letras grabadas en el cierre no sólo le reveló a quién había pertenecido el brazalete, sino que eliminaron de su mente toda duda sobre la identidad de la joven cuyo rostro tanto lo impresionara en el estudio del señor Blyth. Su modo de razonar no tenía ni el método ni la lógica jurídica suficientes como para hacerle ver que aun si había encontrado el brazalete de su hermana en el escritorio de Valentine, ello no constituía una prueba —aunque sí, probablemente, era fuente de algunas sospechas— de que también había encontrado a la hija de su hermana en el hogar de Valentine. No se le ocurrió ninguna objeción de ese tipo. Ya estaba totalmente convencido de que Madonna era quien sospechara desde el inicio: la hija de Mary.

Pero en cuanto a las próximas preguntas que se planteó, relativas al desconocido padre de la joven, no resultaba tan fácil encontrar respuestas. ¿Quién era Arthur Carr? ¿Dónde estaba? ¿Vivía aún?

Su primera sospecha de que Valentine hubiera asumido el nombre de Arthur Carr y pudiera, por tanto, ser el hombre que buscaba, se disipó con otra ojeada al brazalete. Sabía que el cabello de color más claro era el de Carr, porque era igual al del mechón sobrante devuelto por el joyero y adjuntado a la carta de Jane Holdsworth. Los comparó y advirtió la semejanza a primera vista. La evidencia que le proporcionaban sus ojos, suficiente para el caso, lo fue también para que se percatara de que el color del cabello de Arthur Carr era casi opuesto al del señor Blyth.

Pero aun si el pintor no era el padre de la joven, ¿no conocería quién era o había sido el padre? ¿Cómo sino había entrado en poder del brazalete de Mary Grice y de la hija de Mary Grice?

Esas dos preguntas le sugirieron a Mat una tercera. ¿Debía sincerarse de inmediato con el señor Blyth y obligarlo, por las buenas o por las malas, a disipar todas sus dudas y revelar lo que sabía?

No, no de inmediato. Eso equivaldría a hacer un movimiento desesperado y peligroso al inicio de la partida, que era mejor reservar para el final. Además, era inútil pensar en interrogar al señor Blyth —excepto mediante el inseguro e indiscreto método de seguirlo al interior— porque partiría de Londres muy temprano a la mañana siguiente.

Pero le resultaba imposible detenerse después de lo que ya había descubierto y no emprender, en una u otra dirección, el intento de encontrar a Arthur Carr. El propósito de Mat al hacerlo nacía de la más firme de todas las decisiones: la de tomar venganza. Esa peligrosa dimensión de la naturaleza humana que su estancia entre los salvajes y

su vida errabunda en los rincones más remotos del planeta alimentara oscuramente desde hacía muchos años, comenzaba a reclamar su lugar ahora que había logrado desentrañar el misterio de Madonna. Muchos otros hombres, en su situación, habrían tenido en el corazón, en primerísimo lugar, en esa particular crisis, una amorosa preocupación por la hija de su hermana. En el caso de Mat ocupaba el primer lugar la idea de matar al villano que había sido causa de la perdición de Mary.

Reflexionó sólo brevemente sobre el curso que debía adoptar, antes de que se le ocurriera la idea de que debía regresar a Dibbledean y obligar a Joanna Grice a revelar más de lo que le dijera en su última entrevista. No creía la parte de su narración en la que afirmaba que no había visto a Arthur Carr ni oído hablar de él en los años transcurridos desde la fuga y la muerte de su sobrina: estaba convencido, o mejor, tenía el presentimiento, tal como le mencionara a Zack, de que el hombre aún vivía; y tenía confianza en que sería capaz, como último recurso, de aterrorizar a la anciana para que confesara todo lo que sabía. Resolvió, por tanto, ir a Dibbledean como primera acción a efectuar.

Decidió que si no lograba encontrar allí alguna pista se dirigiría a continuación a Rubbleford para abordar audazmente a la señora Peckover. Recordaba que cuando Zack le mencionó por primera vez su extraordinario comportamiento en relación con el brazalete de cabellos en el zaguán del señor Blyth, había precedido sus palabras de la afirmación de que parecía saber tanto de la historia de Madonna como el pintor, y que mantenía lo que sabía tan oculto y secreto como él. Por tanto, esa mujer poseía información que podría lograr mediante el engaño o la fuerza. No sería difícil averiguar dónde vivía, porque la noche en que el joven Thorpe la imitara había dicho que tenía una tienda de leche y bollos en Rubbleford. A ese pueblo, entonces, se proponía viajar, si fracasaba en los propósitos que lo llevaban a Dibbledean.

Y si por una desafortunada casualidad terminaba por no averiguar nada ni con la señora Peckover ni con Joanna Grice, ¿qué curso debía tomar entonces? En ese caso sólo le quedaría regresar a Londres y asumir, en última instancia, el gran riesgo: sincerarse con el señor Blyth, pasara lo que pasara, con el brazalete de cabellos en su poder como prueba de sus palabras.

En eso pensaba cuando se encontraba a solas en el apartamento de la calle Kirk. Ya de noche, esos pensamientos habían terminado por llevarlo a probar el fatal consuelo de la botella de brandy y a un desesperado y solitario exceso que lo había privado hasta tal punto del control sobre sí mismo que el estigma latente que le dejara su vida entre los salvajes, y el mortal rencor que el reciente conocimiento sobre la suerte de su hermana acumulara en su corazón, salieron de su encierro y se hicieron visibles en la tarea de lijar el cañón del rifle —emprendida a medio camino entre la embriaguez y la sobriedad— que tanto asombrara a Zack, y que el joven le hiciera suspender de manera tan súbita y extraña con sus breves palabras de condolencia a

propósito de la muerte de Mary.

Pero por la mañana Mat tenía la cabeza clara y sus peligrosos instintos estaban una vez más uncidos a las riendas de su astucia. Por tanto, no quiso explicarle su comportamiento al joven Thorpe y partió sin más comentarios en el primer tren.

Al descender en la estación de Dibbledean, Mat se detuvo unos momentos y miró a su alrededor, igual que lo hiciera en ocasión de su primera visita. A continuación tomó el mismo camino que tomara entonces, y, al llegar a la iglesia, se detuvo, como se detuviera antes, ante la verja del cementerio.

Sin embargo, esta vez no pareció tener intenciones de cruzar la entrada; no mostró intenciones, en realidad, de hacer nada, a menos que quedarse parado junto a la verja con una mirada ausente y abrirla y cerrarla mecánicamente con las manos se considere una ocupación. En lo que respecta al cementerio, ahora casi ni lo miró. A cierta distancia se veía a dos o tres personas que caminaban entre las tumbas y que era dable pensar que deberían haber atraído su atención, pero no les hizo el menor caso. Evidentemente meditaba, porque pronto comenzó a hablar para sí mismo, ya que, como la mayoría de los hombres que han pasado mucho tiempo en soledad, tenía el hábito inconsciente de pensar en voz alta.

—Quisiera saber cuántos años hace que ella y yo nos balanceábamos así en esta verja —dijo, todavía abriéndola y cerrándola—. En ese entonces las bisagras chirriaban. Ahora no hacen ruido. Supongo que las han aceitado —al decir esas últimas palabras, soltó el barrote y dio media vuelta para dirigirse al pueblo, pero se detuvo, regresó junto a la verja y examinó con atención las bisagras—. Ah, no es que estén aceitadas. Son nuevas —dijo.

—Son nuevas —repitió mientras caminaba lentamente hacia la calle Mayor—. No son las de mi época, como todo en este lugar. Cuánto desearía no haber vuelto. ¡Por Dios que desearía no haber vuelto nunca!

Al llegar al pueblo se detuvo en el mismo lugar en que había hecho un alto en su primera visita a Dibbledean, para volver a levantar la vista, como la levantara entonces, hacia la tienda de género de punto que fuera propiedad, en otros tiempos, de Joshua Grice. Allí, las señales y signos visibles y tangibles que requería para estimular su morosa memoria no eran muy fáciles de reconocer. Aunque aún se conservaba el contorno general de la vieja casa de su padre, la renovación y la pintura de todo el frente habían producido, a sus ojos, una alteración en sus componentes. Su mirada subió y bajó por el techo a dos aguas y recorrió toda la fachada, ventana por ventana. Mat sacudió la cabeza disgustado.

—Esto también es nuevo —dijo—. No logro precisar cuál fue la ventana que Mary y yo rompimos cuando me fui de la escuela, el año antes de que me enrolara como marinero. Y no consigo acordarme si fue Mary quien la rompió y yo quien cargó con la culpa o si fue ella quien cargó con la culpa y yo quien rompí la ventana

—continuó lentamente con sus recuerdos—. Y no hay que asombrarse de que se me haya olvidado una cosa como esa, cuando no logro ni siquiera acordarme de si usaba o no su brazalete de cabellos cuando yo todavía estaba en casa.

En esa conversación consigo mismo llegó a la esquina donde debía doblar para llegar a la casita de Joanna Grice.

Hasta ese momento, había pensado vaga pero ininterrumpidamente en el pasado. Pero regresó abruptamente a las urgencias del presente gracias a ciertas visiones inesperadas con las que tropezaron sus ojos desde el mismo instante en que echó una mirada a lo largo de la callejuela por la que ahora caminaba.

Recordaba que en ocasión de su primera visita a Dibbledean el lugar lo había impresionado por su silencio y soledad. Ahora observó con cierta sorpresa que bullía de seres humanos y que resonaba con el clamor de lenguas murmuradoras. Todos los vecinos de las casas de ambos lados de la calle habían salido a sus jardines. Todos los habitantes, que debían haber estado recorriendo las calles principales, parecían encontrarse incomprensiblemente congregados en esta estrecha callejuela secundaria. ¿Para qué se habían reunido? ¿Cuál era el tema sobre el que conversaban con tanta animación hombres y mujeres, y hasta los niños?

Sin detenerse a escuchar, sin preguntarle a nadie, sin dar la impresión de que advertía que se le quedaban mirando (como sucede con todos los desconocidos en las zonas rurales de Inglaterra) como si caminara ataviado como un salvaje, con pinturas de guerra por todo vestido entre personas que llevaban pantalones y enaguas, Mat siguió su camino firme y rápidamente por la callejuela hasta llegar a la casa de Joanna Grice. «Ya habrá tiempo para averiguar qué significa esto cuando haya entrado sin ruido en la casa a la que voy», pensó. Al aproximarse a la casita vio en la verja lo que le parecieron dos coches, uno de ellos de forma muy extraña, los dos de color muy llamativo. Los coches estaban rodeados de caballeros de aspecto solemne, y los caballeros de aspecto solemne estaban rodeados, a su vez, por toda la población de niños y niñas mataperros de Dibbledean, que contemplaban el espectáculo con aire inquisitivo y animado.

Sorprendido e incluso perplejo (aunque no sabía bien por qué), Mat se apresuró a llegar a la casita. Justo cuando llegaba a la reja del jardín la puerta se abrió y del interior de la vivienda se asomó lentamente un ataúd cargado en hombros por cuatro hombres y cubierto por un espléndido paño funerario de terciopelo negro.

Mat se detuvo en cuanto vio el ataúd y le dio un fuerte golpe a la reja.

—¡Muerta! —exclamó entre dientes.

—¿Es usted un amigo de la difunta señorita Grice? —le preguntó gentilmente una voz inquisitiva al oído.

Mat no la oyó. Toda su atención estaba concentrada en el ataúd que llevaban lentamente en hombros por el sendero del jardín. Detrás de él marchaban dos

caballeros, vestidos de luto, con capas negras y una banda del mismo color en los sombreros. En las manos llevaban pañuelos blancos, que no empleaban para enjugarse los ojos, sino los labios, en los cuales el suave rocío de una reciente degustación de vino brillaba suavemente.

—Dix y Nawby, el médico de la difunta y el abogado que es su único albacea —dijo la voz cercana a Mat en tono que había dejado de ser gentilmente inquisitivo para pasar a ser complacidamente explicativo—. Ese es Millbury, el funerario; y el otro es Gutteridge, el dueño de la posada White Hart, su cuñado, que está a cargo del brindis, y que, en mi opinión, saca del asunto una buena tajada —continuó la voz cuando detrás del médico y el abogado aparecieron dos caballeros con los rostros encendidos—. ¡Vaya funeral! Me atrevería a asegurar que cuando todo se sume no habrá costado ni un centavo menos de cuarenta libras. Hermoso, ¿no cree? —concluyó la voz volviendo a adoptar el tono gentilmente inquisitivo.

Mat seguía con la vista clavada en la ceremonia fúnebre que se desarrollaba ante sus ojos y no le hizo el menor caso al pertinaz parlanchín que se encontraba a sus espaldas.

Se subió el ataúd al carro fúnebre. El doctor Dix y el señor Nawby montaron al coche luctuoso que esperaba. Los pomposos buitres humanos que medran con la muerte civilizada se colocaron, negros bastones en mano, en el solemne orden que guardan los Funerarios durante la procesión mortuoria, a ambos lados de los vehículos. Las torpes pompas de plumas y terciopelo, de caballos ostentosos y marchas mudas que aún se permiten entre nosotros para profanar con una ficción grotesca la solemnidad de la muerte, se dispusieron a partir en su más negro y majestuoso esplendor y exhibieron su paso más triste y majestuoso cuando el magnífico cortejo arrancó con su mezquina ofrenda de un cadáver más hacia la tumba desnuda y terrible.

Cuando Mary Grice murió siendo una fugitiva y una paria la esposa del payaso y la joven irlandesa que era jinete del circo lloraron por ella —aunque era una desconocida— mientras marchaban detrás de su ataúd hasta el rincón de los pobres del cementerio. Cuando Joanna Grice murió en el lugar donde naciera, en medio de los habitantes del pueblo entre los que había transcurrido toda su existencia, ninguno de los que contemplaron su procesión fúnebre derramó una lágrima; los dos extraños que formaban parte de ella conversaban agradablemente en el coche que seguía al carro fúnebre acerca de las noticias de la mañana; y su único pariente vivo, a quien el azar había llevado a su puerta el día de su entierro, se mantuvo apartado de los dolientes de alquiler y no dio un paso para seguirla hasta su tumba.

No, ni un paso. El carro fúnebre rodaba despacioso hacia el cementerio y los curiosos que estaban en la callejuela lo siguieron; pero Matthew Grice se quedó junto a la cerca del jardín, en el mismo lugar en que se detuviera desde el inicio. ¿Qué le

importaba su muerte? Nada, excepto la pérdida de su primera pista para encontrar el rastro de Arthur Carr. Sin una lágrima, sin una pizca de piedad, Joanna Grice había dejado que unos extraños enterraran a la hija de su hermano, y ahora, sin una lágrima ni una pizca de piedad, el hijo de su hermano dejaba que unos extraños la enterraran a ella.

—¿No va a ir hasta el cementerio para presenciar el final? —inquirió la misma voz inquisitiva que ya había intentado en dos ocasiones atraer la atención de Mat.

Esta vez Mat se volvió para mirar al que hablaba, y vio a un hombre avejentado, de pelo muy rubio y cara afilada, vestido informalmente con un traje de cazador, un bastón de montar en la mano y un terrier negro con manchas pardas, de pura raza, en los talones.

—Perdóneme por hacerle la pregunta —dijo el hombre avejentado—; pero me percaté de que cuando vio salir el ataúd quedó usted boquiabierto. «Un amigo de la difunta», pensé para mis adentros...

—Bueno —lo interrumpió Mat bruscamente—, suponga que lo soy; ¿y entonces qué?

—¿Me haría el favor de guardarse esto en el bolsillo? —preguntó el hombre avejentado al tiempo que le daba a Mat una tarjeta—. Mi apellido es Tatt y acabo de abrir aquí mi bufete de abogado. No quiero ser indiscreto, pero como amigo de la difunta, quizás tenga usted algún derecho sobre la herencia, en cuyo caso me sentiría honrado de representar sus intereses. Ya sé que no es muy profesional andar así a la caza de clientes, pero me veo obligado a hacerlo en defensa propia. Dix, Nawby, Millbury y Gutteridge se han puesto de acuerdo y quieren monopolizar todo el negocio médico, legal, funerario y gastronómico de Dibbledean. Estoy decidido a romper el monopolio de Nawby arrebatándole tantos clientes a su bufete como pueda. Por eso aprovecho la oportunidad, que pintan calva, y le entrego mi tarjeta —en ese punto el señor Tatt interrumpió sus explicaciones y se puso a jugar con su terrier.

Mat miró pensativo la casita de Joanna Grice. ¿Acaso no era muy probable que hubiera dejado algunas cartas importantes? Y si decía quién era, ¿no podría el hombre avejentado que se encontraba a su lado ayudarlo a hacerse de ellas?

—Un gran misterio el de la difunta señorita Grice —continuó el señor Tatt todavía jugando con su terrier—. Sólo Dix y Nawby pueden decir con exactitud cuándo murió y a quién le dejó su dinero. Toda la familia es rara. (¡Ratas, Pincher! ¿Dónde están las ratas?) Dicen que hay un hijo del viejo Grice del que no se sabe nada (¡Cógelo, muchacho! ¡Mira un gato! ¡Cógelo, Pincher!) Si apareciera ahora, creo que entre los dos podríamos hacerle a Nawby un agujero tan grande...

—Quizás tenga una o dos preguntas que hacerle uno de estos días —intervino Mat apartándose al fin de la reja del jardín. Mientras su nuevo conocido hablaba, había llegado a la conclusión de que lo mejor para lograr su propósito de encontrar a

Arthur Carr sería tratar de obtener toda la información que la señora Peckover pudiera proporcionarle. En caso de que ese recurso resultara infructuoso, ya tendría tiempo para regresar a Dibbledean, revelarle su identidad al señor Tatt y comprobar si la ley no le daría al hijo de Joshua Grice el derecho a examinar los papeles de Joanna Grice.

—Vaya a mi bufete —exclamó el señor Tatt entusiasmado—. Le brindaré un queso azul de primera y un buen vaso de cerveza amarga tan buena como la mejor que haya tomado en su vida.

Mat declinó esa hospitalaria invitación y emprendió sin perder un segundo el regreso a la estación. Todos los esfuerzos del señor Tatt para fijar una cita en «fecha próxima» a una «hora acordada», fracasaron. Mat se limitó a repetir tercamente que quizás en algún momento futuro tendría una o dos preguntas sobre un asunto legal, y que en ese caso su nuevo conocido sería la persona a quien acudiría en busca de información.

Se dieron los «buenos días» a la entrada de la callejuela. El señor Tatt echó a andar lentamente en dirección a la calle Mayor con el terrier en los talones y Mat emprendió la marcha rápidamente en la dirección contraria, rumbo a la estación del ferrocarril.

Cuando pasaba junto al cementerio, la procesión fúnebre acababa de llegar a su destino, y los hombres que lo cargaban bajaban el ataúd del carro mortuorio a la puerta de la iglesia. Mat se detuvo a un lado del camino para verlo entrar. «Nunca en su vida le hizo un bien a los que la rodeaban», pensó con amargura al perder de vista en la oscuridad de la puerta de la iglesia el último pliegue del pesado paño funerario de terciopelo. «Pero si hubiera vivido uno o dos días más, me habría hecho un bien a mí. Encerradas en ese ataúd con ella hay más cosas de las que necesito saber, y que es probable que averigüe en otro lado. La mía es una cacería larga... una cacería larga con un rastro muy tenue; y su muerte lo ha hecho todavía más tenue». Y con ese pensamiento de adiós le volvió la espalda a la iglesia.

Mientras continuaba su camino de regreso a la estación se sacó del bolsillo la carta de Jane Holdsworth y le echó una ojeada al mechón de pelo que contenía. Era la cuarta o quinta vez que lo hacía en las pocas horas transcurridas desde que entrara en poder del brazalete de Mary. A partir de ese momento había nacido en su interior una vaga convicción de que la posesión del cabello de Carr lo llevaría de alguna forma a descubrir a su dueño. Sabía perfectamente bien que no tenía el menor sentido práctico examinar ese cabello y, sin embargo, había algo que parecía reafirmarlo en su propósito, algo que le daba nuevos bríos tras su inesperado fracaso en Dibbledean, en el simple acto de contemplarlo.

—Si no logro encontrarlo de ninguna otra forma —farfulló al tiempo que volvía a guardarse el cabello en el bolsillo—, tengo metido en la cabeza que, de alguna

manera, lo encontraré gracias a esto.

A Mat no le resultó empresa fácil llegar a Rubbleford. Tuvo que retroceder un tramo en la línea de Dibbledean, después tomar un ramal y finalmente entroncar con otra línea principal y recorrer por ella cierta distancia antes de alcanzar su destino. Ya estaba oscuro cuando se bajó en Rubbleford. No obstante, una vez en el pueblo, preguntando a un par de personas encontró con facilidad la tienda de leche y bollos, y comprobó que aún no había cerrado. Miró hacia adentro por la vidriera, por debajo de una vaca de yeso, y vio a la luz de una vela de sebo que ardía en el interior del establecimiento a una joven pechugona sentada detrás del mostrador que dibujaba o escribía algo en una tablilla. Entró en la tienda, y tras un momento de vacilación preguntó si podía ver a la señora Peckover.

—Mamá salió hace tres días a Bangbury a cuidar del tío Bob, señor —respondió la joven.

(¡Un segundo fracaso, un segundo obstáculo que aplazaba la búsqueda de Arthur Carr! ¡Parecía una fatalidad!)

—¿Cuándo se la espera de vuelta? —preguntó Mat.

—No antes de una semana o diez días, señor —respondió la joven—. Mamá dice que no habría ido de no ser que el tío Bob es su único hermano y no tiene ni esposa ni hijos que lo atiendan en Bangbury.

(¡*Bangbury!* ¿Dónde había oído antes ese nombre?)

—Papá está en la casa parroquial, señor —continuó la joven al ver que el desconocido parecía desilusionado y perplejo—. Si viene por algo de la lechería, yo lo puedo atender; pero si tiene que ver con cuentas por cobrar, mamá dijo que se las mandaran a ella.

—Tal vez le mande una carta a su madre —dijo Mat tras meditarlo un momento—. ¿Me puede escribir su dirección en un papelito?

—Oh, sí, señor —y la joven, cortés y diligente, le escribió con su mejor letra, en una pedacito de papel de cuentas, la siguiente dirección: «Martha Peckover, en Rob. Randle, Edificio Dawson 2, Bangbury».

Mat tomó el papelito con aire ausente y se lo guardó en el bolsillo; a continuación le dio las gracias a la joven y salió del establecimiento. Mientras estuvo adentro había tratado en vano de acordarse dónde había oído antes el nombre de Bangbury; en cuanto salió a la calle el huidizo recuerdo volvió a su mente. ¡Bangbury era el lugar donde Joanna Grice le había dicho que Mary estaba enterrada!

A los pocos pasos encontró una gran tienda, con mucha luz en la vidriera. Se detuvo allí y sacó apresuradamente de su bolsillo el manuscrito con la «justificación» de la conducta de la anciana, porque quería verificar la exactitud de su recuerdo, y tenía la idea de que la parte de la narración que hablaba de la muerte de Mary lo ayudaría a salir de sus dudas.

¡Sí! Al llegar al a última página encontró lo siguiente: «Envié con una persona de confianza dinero suficiente para que le hicieran un entierro decoroso en el cementerio de Bangbury».

—Iré esta misma noche —se dijo Mat metiéndose la carta en el bolsillo y saliendo en dirección a la estación.

CAPÍTULO XIV

LA TUMBA DE MARY

Matthew Grice era un viajero resuelto; pero no hay resolución lo bastante poderosa como para alterar las leyes de los inexorables Horarios de Trenes a conveniencia de cada uno de los pasajeros. Aunque Mat se marchó de Rubbleford menos de una hora después de su llegada, sólo había logrado recorrer la mitad del trayecto a Bangbury cuando se vio obligado a detenerse para pasar la noche y esperar en una estación intermedia el primer tren de la mañana de lo que se denominaba la Línea Principal. Ese tren lo llevó a su destino antes del mediodía, y Mat se dirigió enseguida al Edificio Dawson.

—La señora Peckover acaba de salir para tomar un poco de aire fresco, porque el señor Randle amaneció mejor. Volverá en media hora —le dijo la sirvienta que le abrió la puerta del señor Randle.

Mat comenzó a sospechar que algo más que un simple incidente se interponía entre él y la señora Peckover.

—Volveré en media hora —dijo, y después añadió, cuando la sirvienta estaba a punto de cerrar la puerta—: ¿Por dónde se va a la iglesia?

La iglesia de Bangbury quedaba cerca, y las indicaciones que recibió para encontrarla eran fáciles de seguir. Pero cuando entró en el cementerio y miró a su alrededor, ansioso por comenzar a buscar la tumba de su hermana, se sintió presa de confusión y desaliento. Bangbury era un pueblo grande, y, para desconcierto del visitante, el cementerio parecía estar lleno de hileras de lápidas hasta donde alcanzaba la vista.

A cierta distancia, un hombre cavaba una tumba y Mat le pidió ayuda; le describió a su hermana como a una desconocida enterrada en algún lugar del cementerio más de veinte años atrás. El hombre era torpe y hosco, y no le dio ninguna indicación útil, salvo la de que no tenía objeto que buscara cerca de donde se encontraba cavando, porque por allí todos los que estaban enterrados eran respetables habitantes del pueblo. Mat se dirigió al otro lado de la iglesia. Allí las tumbas estaban más próximas unas a otras, porque era donde se enterraba a los pobres. Las recorrió lentamente, con los ojos clavados en el suelo, avanzando en dirección a unos árboles que señalaban los límites del cementerio. Buscaba un lugar desde el cual comenzar su búsqueda, donde hubiera relativamente pocas tumbas para no sentirse aturdido desde el principio. Al fin encontró un lugar como el que buscaba, en un rincón húmedo a la sombra de los árboles. Alrededor de ese punto, la fina hierba languidecía, el lodo destilaba agua que se empozaba en diminutos charcos, y las zarzas, los espinos y las

hojas secas formaban un colchón maloliente entre unos pocos túmulos abandonados. ¿La habrían enterrado allí? ¿Sería ese el último refugio al que habría huido Mary tras fugarse de su hogar?

Algunos túmulos tenían lápidas manchadas de moho. Fueron esos los primeros que examinó, y al encontrar en ellos sólo nombres desconocidos, se dirigió a otros cuya única señal era una cruz de madera. En una de las tumbas la cruz había sido arrancada, o se había podrido hasta desprenderse de los soportes que la mantenían en pie, y yacía en tierra, sucia y rajada por la lluvia y el viento, pero aún con trazas de haber tenido unas letras grabadas. Mat estaba tratando de descifrar las letras cuando lo interrumpió el ruido de alguien que se acercaba. Levantó la vista y vio a una mujer que avanzaba lentamente hacia el lugar donde se encontraba.

¡Era la señora Peckover! La buena mujer había llevado a la farmacia la receta de un medicamento para su hermano enfermo, había comprado una o dos cositas en la calle Mayor, y ahora, antes de volver a ocupar su lugar junto al lecho del paciente, le había robado unos minutos a sus deberes para echarle un vistazo a la tumba de la madre de Madonna. Hacía muchos años que la señora Peckover no visitaba el cementerio de Bangbury.

Al advertir la presencia de Mat se detuvo y vaciló, pero al cabo de unos momentos, como no era una mujer que se arredrara ante ninguna circunstancia una vez que se había propuesto algo, continuó avanzando y no volvió a detenerse hasta que llegó muy cerca de la tumba junto a la que Mat se encontraba. Miró fijamente al desconocido desde el otro lado del túmulo. Mat fue el primero en romper el silencio:

—¿Usted sabe de quién es esta tumba? —preguntó.

—Sí, señor —respondió la señora Peckover, echándole una mirada indignada a la cruz rota y al lodo y las zarzas que la rodeaban—. Sí, señor, lo sé; y, lo que es más, sé que esto es una vergüenza para la parroquia. Se ha pagado dos veces para que la mantengan en buenas condiciones, ¡y mire en qué estado la tienen!

—Le pregunté de quién era la tumba —repitió Mat impaciente.

—¡De una pobre e infortunada criatura, abandonada por todos, que está en el Cielo, si es que es allí donde van las mujeres afligidas y arrepentidas! —respondió la señora Peckover, emocionada.

—¿Abandonada? ¿Afligida? ¿Y además una mujer? —repitió Mat pensativo.

—Sí, abandonada y afligida —exclamó la señora Peckover, a quien no se le habían escapado sus palabras—. No se atreva a decir nada malo de ella, sea usted quien sea. ¡No permito que nadie hable mal de esa pobrecita en mi presencia!

Mat levantó la vista súbita y ansiosamente.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió.

—Mi apellido es Peckover, y no me avergüenzo de él —fue la pronta respuesta—. Y ahora, si me permite el atrevimiento, ¿cuál es el suyo?

Mat se sacó del bolsillo el brazalete de cabellos y, mirándola fijamente, se lo acercó por encima de la tumba para que lo viera.

—¿Reconoce esto? —dijo.

La señora Peckover se inclinó hacia adelante e inspeccionó el brazalete durante un par de minutos.

—¡Dios se apiade de nosotros! —exclamó, mirando a su vez al hombre con mejillas súbitamente pálidas y ojos aterrorizados y sorprendidos—. ¡Dios se apiade de nosotros! ¿Cómo es que tiene eso? Y, por piedad, ¿quién es usted?

—Me llamo Matthew Grice —respondió Mat rápidamente con aire grave—. Este brazalete perteneció a mi hermana, Mary Grice, que huyó de su hogar, murió y fue enterrada en el cementerio de Bangbury. Si sabe usted cuál es su tumba, dígamelo sin rodeos. ¿Es esta?

Aunque la sorpresa le había cortado el aliento, la señora Peckover logró tartamudear una breve respuesta afirmativa, y añadir que en la cruz rota que estaba a sus pies encontraría inscritas las iniciales «M.G.». Después trató de hacer, a su vez, una o dos preguntas, pero sus palabras morían en apagadas exclamaciones de sorpresa.

—¡Pensar que usted y yo nos encontraríamos! —era todo lo que lograba decir—. ¡Y nada menos que su hermano! ¡Oh, no puedo creerlo!

Mat bajó la vista hasta el lodo, las zarzas y la hierba putrefacta que cubría lo que fuera en otros tiempos un ser humano vivo y lleno de amor. Aquel peligroso fulgor destelló en sus ojos, la fría mudanza de color cubrió velozmente sus mejillas, y las cicatrices causadas por flechas comenzaron a enrojecer cada vez más al tiempo que se decía entre dientes:

—¡El hombre que te trajo hasta aquí me las va a pagar, Mary!

—¿El señor Blyth sabe quién es usted, señor? —preguntó la señora Peckover vacilante y temblorosa—. ¿Fue él quien le dio el brazalete?

Se detuvo. Mat no la oía. Tenía los ojos clavados en la tumba y seguía hablando consigo mismo en rápidos susurros.

—Tenían escondido su brazalete en el escritorio de otro hombre —dijo—. Encontré su brazalete. Tenían escondida a su hija en la casa de otro hombre. Encontré a su hija. Tenían escondida su tumba en un cementerio desconocido. Encontré su tumba. Tienen escondido todavía al hombre que la llevó a la muerte... ¡yo lo encontraré!

—Por favor, señor, escúcheme un momento —suplicó la señora Peckover, cuyo nerviosismo iba en aumento—. ¿El señor Blyth sabe algo de usted? Y la pequeña Mary... ¡Oh, señor, haga lo que haga, por favor, no se la lleve de donde está! Aunque sea el hermano de su madre no puede tener esas intenciones. ¿No es verdad?

Mat levantó la vista para mirarla con un fulgor en sus ojos gris claro tan firme, tan

fiero, tan parecido al de una serpiente, que la señora Peckover retrocedió unos pasos, aunque siguió suplicando con tozuda perseverancia que respondiera su última pregunta.

—¡Dígame solamente que no tiene intenciones de llevarse a la pequeña Mary y no le pediré ni una palabra más! La dejaré con el señor y la señora Blyth, ¿no es verdad, señor? Se lo pido en nombre de su hermana: déjela con la pobre señora inválida que ha sido como una madre para ella durante todos estos años. Se lo pido en nombre de su hermana, a cuyo lado estuve cuando murió...

—Cuénteme cosas de ella —Mat pronunció esas palabras con sorprendente suavidad, pensó la señora Peckover, para un hombre de aspecto tan rudo.

—Sí, sí, todo lo que quiera saber —respondió—. Pero no puedo quedarme más tiempo aquí. Debo regresar junto a mi hermano, (verlo a usted me ha trastornado tanto que casi se me fue de la mente) para comprobar si sigue dormido. Por favor, venga conmigo y espéreme en el salón mientras doy un saltito al piso alto para atenderlo...

En ese punto la señora Peckover se detuvo, presa de una gran confusión. Le parecía que invitar a la casa de su hermano a ese pariente desconocido de Mary Grice, de rostro tan duro, era correr un gran riesgo. «Pero si logro ablandarle el corazón contándole la vida de su pobre e infortunada hermana», pensó la señora Peckover, «puede que lo convenza para dejar donde está a la pequeña Mary...»

En ese momento Matthew puso fin a todas sus dudas al informarle, en pocas palabras, que ya había ido al Edificio Dawson a preguntar por ella. Al oírlo, la señora Peckover ya no vaciló. Era demasiado tarde para preguntarse sobre la corrección o la incorrección de llevarlo allí ahora.

—Venga entonces —dijo—, no esperemos más. Y no se angustie por el estado vergonzoso en que han dejado esto —añadió, con la intención de granjearse las simpatías del hombre, al ver que al emprender la marcha sus ojos se detenían una vez más en la tabla partida y las zarzas que rodeaban la tumba—. Sé dónde ir y con quién hablar...

—No vaya a ningún lado ni hable con nadie —la interrumpió él con aspereza, dejando atónita a la señora Peckover—. Yo mismo haré todo lo que haya que hacer.

—¡Usted!

—Sí, yo. Fue muy poco lo que hice por ella cuando vivía; y es muy poco lo que puedo hacer ahora; sólo ocuparme de que el lugar donde está enterrada tenga un aspecto decente. Pero me propongo hacer eso al menos, y nadie tiene que mover un dedo para ayudarme.

Esas palabras, aunque bruscas, tranquilizaron a la señora Peckover en cuanto al futuro de Madonna. El hombre de rasgos tan duros no era tan insensible como pensara al principio. Incluso se atrevió a comenzar de nuevo a interrogarlo mientras

caminaban hacia el Edificio Dawson.

La manera en que Mat recibió sus preguntas fue muy diversa: algunas las contestó con prontitud; a otras se negó hoscamente, y en los términos más rotundos, a darles una palabra de respuesta.

Se mostró perfectamente dispuesto, por ejemplo, a admitir que había conseguido en Rubbleford, por intermedio de su hija, la dirección de su interlocutora en Bangbury; pero rehusó de modo terminante informarle de cómo se había enterado de que vivía en Rubbleford. También admitió sin rodeos que ni Madonna ni el señor Blyth conocían su verdadera identidad; pero se negó a decirle por qué no se la había revelado o cuándo se proponía informarles —si es que lo hacía— de que era el hermano de Mary Grice. En cuanto a confesar cómo había entrado en poder del brazalete, la primera pregunta de la señora Peckover, aunque respondida sólo con una mirada, ésta bastó para que la buena mujer entendiera que cualquier esfuerzo en esa dirección resultaría completamente infructuoso.

La puerta del Edificio Dawson se abría, a un lado, a la tienda del señor Randle; al otro, al comedor del señor Randle. Fue en esa última habitación donde la señora Peckover dejó a Mat mientras iba al piso de arriba a ver si su hermano enfermo necesitaba algo. Al ver que seguía durmiendo tranquilamente se limitó a arreglarle la ropa de cama para que estuviera cómodo y a colocar una campanilla al alcance de su mano por si despertaba, y después bajó al encuentro de Mat.

Lo halló sentado, con los codos sobre una mesita del comedor y la cabeza apoyada en las manos. En la mesa, al lado del brazalete, estaba el mechón de pelo que contenía la carta de Jane Holdsworth, que una vez más había sacado del bolsillo para contemplarlo.

—¡Santo Dios —exclamó la señora Peckover al verlo—, es sin duda el mismo pelo que está trenzado en el brazalete! En nombre del cielo, ¿de dónde lo ha sacado?

—No se preocupe por averiguar de dónde lo saqué. ¿Sabe de quién es ese pelo? Mírelo más de cerca. El hombre a quien pertenecía fue el hombre en quien confié, y el que la pagó mandándola al cementerio.

—¡Oh! ¿Quién era? ¿Quién era? —preguntó la señora Peckover anhelante.

—¿Qué quién era? —repitió Mat con aspereza—. ¿Por qué me lo pregunta a mí?

—Porque nunca supe ni una palabra sobre ese villano. Ni siquiera sé cómo se llama.

—¿No lo sabe? —Mat le clavó los ojos con suspicacia al pronunciar esas tres palabras.

—No; tan cierto como que estoy aquí hablando con usted, no lo sé. Ni siquiera sabía que el apellido de su pobre hermana era Grice hasta que usted me lo dijo.

La suspicacia de Mat comenzó a transformarse en asombro al escuchar esas palabras. Recogió apresuradamente el brazalete y el mechón de pelo y se los volvió a

guardar en el bolsillo.

—Oigamos primero cómo la conoció —dijo—. Después le diré una o dos cosas sobre el otro asunto.

La señora Peckover se sentó junto a Mat y comenzó a relatarle la triste historia que le contara a Valentine y al doctor y la señora Joyce muchos años antes, en el comedor de la casa parroquial. Pero en esta ocasión no pudo llevar a cabo su narración sin ser interrumpida. Cuando contó con breves y sencillas palabras cómo se había sentado en la cuneta del camino para amamantar a la hija medio muerta de hambre de la abandonada y agonizante Mary Grice, Mat, de repente, extendió su mano pesada y temblorosa y agarró con fuerza la suya. Se la apretó tanto que a pesar de que la señora Peckover era una mujer vigorosa y de ánimo recio, gritó asustada y dolorida:

—¡Oh, no! ¡Me hace daño! ¡Me hace daño!

Mat la soltó y esquivó su mirada, mientras su respiración se aceleraba y sus dedos se aferraban a los brazos de su sillón, como si sintiera una fuerte opresión en lo más profundo de su ser. La señora Peckover se puso de pie y le preguntó nerviosa qué le sucedía, pero cuando esas palabras aún no habían terminado de salir de su boca, Mat recuperó el control sobre sí mismo, gracias al espíritu férreo que le era propio, y que pocos acontecimientos lograban torcer y ninguno quebrar, y le hizo una señal de que volviera a tomar asiento.

—No se preocupe por mí —dijo—; soy viejo y tengo un corazón a toda prueba debido a los golpes que he recibido. No logro aliviarme hablando o llorando como ustedes. No se preocupe, ya pasó. Siga.

La señora Peckover lo complació, un poco nerviosa al principio; pero Mat no volvió a interrumpirla. Escuchó toda la historia mirándola de frente, sin hablar ni moverse, excepto por una o dos súbitas muecas de dolor, como las que hace un hombre ante un sufrimiento inesperado, cuando la señora Peckover le repitió las palabras de Mary en su lecho de muerte. Después de llegar a ese punto, la señora Peckover no añadió mucho más; sólo dijo para concluir:

—Me hice cargo de la hija de la pobrecita, como le prometí, e hice todo lo que pude para portarme como una madre con ella, hasta que cumplió diez años; entonces se la di al señor Blyth, por su propio bien.

Mat no pareció darse cuenta de que la narración había terminado. La imagen de la joven abandonada por todos, sentada en la cuneta, con la fuente natural de alimento de su hija seca, fatigada por su viaje, sin amigos y desesperada, era la que ocupaba su mente; y cuando habló al fin, la emoción que predominaba en él era la de gratitud por la ayuda prestada a Mary en su último y terrible desamparo, emoción que intentó expresarle toscamente a la señora Peckover con las siguientes palabras:

—¿Hay alguien cercano a usted a quien un poco de dinero le vendría bien?

preguntó, con tanta seriedad y tan abruptamente que la mujer se sobresaltó.

—¡Bendito sea! —exclamó—, ¿a qué viene eso? ¿Qué tiene eso que ver con su pobre hermana o con el señor Blyth?

—Esto —profirió Mat, incorporándose de un salto, impelido por la incontrollable gratitud que inundaba su cuerpo y su mente—: usted se dirigió a Mary y la ayudó cuando no tenía a nadie en el mundo que estuviera a su lado. Mary siempre fue la hija preferida de mi padre, pero él no podía ayudarla entonces, y yo estaba al otro lado del mar y tampoco podía hacer nada por ella. Pero ahora estoy de este lado; y si hay algún amigo suyo, al norte, al sur, al este o al oeste, que se sentiría más feliz con un poco de dinero, aquí está todo lo que tengo; cójalo y dáselo —lanzó la faja de piel de castor con los billetes al regazo de la señora Peckover—. Aquí están mis dos manos, con las que no me atrevo a tomar las suyas, por miedo a volver a lastimarla; aquí están mis dos manos, que pueden trabajar tanto como las de cualquier hombre. ¡Déles algo que hacer por usted, eso es todo lo que le pido! Déles algo que hacer o que arreglar, no importa qué...

—¡Calle! ¡Calle! —lo interrumpió la señora Peckover—; no haga tanto ruido, o despertará a mi hermano. Y, además, ¿a qué viene tanta alharaca por lo que hice por su hermana? ¡Cualquiera que hubiera visto en qué lío estaba metida la habría tratado con el mismo cariño! Tome —continuó, devolviéndole la faja de piel de castor—; tome su dinero y gracias por ofrecerlo. Guárdelo de nuevo en su bolsillo. ¡Gracias a Dios, mantenemos la cabeza fuera del agua y no nos hace falta más! Vuelva a guardárselo en el bolsillo y entonces me atreveré a pedirle una cosa.

—¿Qué? —inquirió Mat mirándola a los ojos con ansiedad.

—Sólo esto: que me prometa no quitarle la pequeña Mary al señor Blyth. Prométamelo, por favor, prométame que no lo hará.

—Nunca he pensado llevármela —respondió Mat—. ¿Adónde la llevaría? ¿Qué podría hacer por ella un viejo vagabundo solitario como yo? Si es feliz donde está, que se quede allí.

—¡Dios lo bendiga por decir eso! —exclamó con fervor la señora Peckover, sonriendo por primera vez y alisándose la falda sobre las rodillas con aire de alivio—. Ya se me ha pasado el susto y vuelvo a respirar tranquila, lo que no había podido hacer desde que le puse los ojos encima. ¡Ah!, usted parece rudo cuando se le mira, pero tiene sentimientos como cualquiera de nosotros. Diga ahora todo lo que quiera. Pregúnteme lo que...

—¿Para qué? —la interrumpió Mat, sombrío—. Usted no sabe lo que yo quería que supiera. Vine hasta aquí para encontrar al hombre a quien le perteneció esto —volvió a sacarse el mechón del bolsillo— y usted no puede ayudarme. No la creí cuando me lo dijo al principio, pero ahora la creo.

—Bueno, gracias por decirlo, aunque podría haber sido más cortés...

—Se llamaba Arthur Carr. ¿Nunca ha oído de nadie que se llame Arthur Carr?

—No, nunca; hasta este momento.

—El Hombre que Pinta lo sabrá —continuó Mat, más para sí mismo que para la señora Peckover—. Debo regresar y jugarme el todo por el todo con el Hombre que Pinta.

—¿El Hombre que Pinta? —repitió la señora Peckover—. ¿Un pintor? No se referirá al señor Blyth.

—Al mismo.

—¡En qué puede estar pensando usted, en nombre del cielo! ¿Cómo podría saber el señor Blyth algo que yo no sé? Nunca le puso los ojos encima a la pequeña Mary hasta que ella tenía diez años, y no sabe de su pobre e infortunada madre más que lo que yo le conté.

Esas palabras parecieron dejar estupefacto a Mat; fueron una revelación para la cual no estaba preparado. Nunca se le había ocurrido dudar de que Valentine estaba secretamente informado de todo lo que más deseaba saber. Había confiado en que podría persuadir —o en última instancia, obligar— al pintor a contárselo, era una certeza a la que podía acudir si todo lo demás fallaba; ¡y he aquí que esa certidumbre se le revelaba, en un instante, como la mayor quimera en la que hubiera creído un hombre! ¿Qué recurso le quedaba? ¿Regresar a Dibbledean, y, con la ayuda legal del señor Tatt, hacerse de cualquier pequeña evidencia que Joanna Grice hubiera dejado por escrito? Era como agarrarse a una brizna de hierba para no caer, pero era todo lo que le quedaba.

«¡Lo encontraré! ¡No importa dónde se esconda! Lo encontraré», pensó aferrado aún con terca y desesperada obstinación a su primera idea, a pesar de que todo parecía contradecirla.

—¿Por qué molestarse en buscar a Arthur Carr? —prosiguió la señora Peckover al notar su expresión perpleja y mortificada—. Lo más seguro es que a estas alturas el desgraciado ya haya muerto...

—¡Yo no he muerto —replicó Mat con fiereza—; y usted no ha muerto; y usted y yo somos tan viejos como él! ¡No me vuelva a decir que está muerto! ¡Yo digo que vive, y por Dios que me vengaré de él!

—¡Oh, no diga esas cosas; no las diga! Me da miedo oírlo y mirarlo —dijo la señora Peckover, a quien asustaba la expresión de los ojos de Mat en ese momento como la había asustado ya junto a la tumba de Mary—. Suponga que vive, ¿por qué tomar venganza con sus propias manos después de todos estos años? Su pobre hermana es feliz en el cielo, y su hija está a cargo de personas que son las más bondadosas que han pisado este mundo. ¿Por qué vengarse ahora? Si aún no ha recibido su castigo, le respondo de que lo recibirá; en el otro mundo, si no es en este. No diga esas cosas ni piense más en ellas; ¡así, muy bien! Volvamos a conversar

amigable y plácidamente, como hasta ahora; se lo pido en nombre de Mary. Cuénteme dónde ha estado todos estos años. ¿Cómo es que no ha aparecido antes? ¡Vamos! Cuénteme.

La señora Peckover terminó por hablarle más o menos en el mismo tono que habría empleado para calmar a un niño revoltoso. Pero su instinto femenino la guió certeramente: al aventurar esa pequeña referencia a «Mary» no lo había hecho en vano. El nombre de la joven tranquilizó a Mat y encauzó el curso de sus pensamientos en una dirección mejor y más sosegada.

—¿Mary no le dijo nunca que tenía un hermano marinerero? —preguntó.

—No. No quiso hablar de ninguno de sus allegados, y no me dijo ni una palabra sobre usted. Pero ¿porqué estuvo tanto tiempo lejos? Eso es lo que quiero saber —dijo la señora Peckover, repitiendo su pregunta, en parte por curiosidad, en parte para evitar que retornara al peligroso tema de Arthur Carr.

—Siempre tuve mala cabeza, siempre —dijo un Mat meditabundo—. No había manera de controlarme, por más que trataran. Me escapé de mi casa, me escapé de la escuela, me escapé del barco...

—¿Del barco? ¿Por qué? ¿Para qué?

—En parte por mi mala cabeza, y en parte por una carta que recogí en Brasil, al llegar al puerto, al final de una larga travesía. Aquí está la carta... pero de nada vale que se la enseñe: el papel está tan sucio y tan roto que no podría leerla.

—¿Quién la escribió? ¿Mary?

—No, mi padre, para contarme lo que le había sucedido a Mary y decirme que no regresara hasta que las cosas no se hubieran arreglado. Aquí... aquí está lo que me decía... debajo de la mancha grande de grasa. «... te aconsejo que si consigues un empleo en cualquier lugar del extranjero, lo aceptes, en lugar de regresar... es mejor para ti, a tu edad, que no tengas que presenciar el dolor que ahora sufrimos». ¿Lo ve?

—Sí, sí, lo veo. ¡Ah, pobre hombre! Era el mejor consejo, el más bondadoso, y usted...

—Deserté de mi barco. Tenía metido en el cuerpo el demonio del vagabundeo, y la carta de mi padre se encargó del resto. Enloquecí y me desesperé pensando en lo que le había pasado a Mary y sabiendo que en casa se avergonzarían de mí si volviera. Así que la noche antes de que el barco zarpara hacia Inglaterra me escabullí en un bote de remos y le di la espalda a la salazón y al contramaestre para el resto de mi vida.

—No me querrá decir que no ha hecho más que corretear por esas tierras extrañas desde entonces.

—¡Pues sí! Tenía la idea de que me fusilarían por desertor si me dejaba ver demasiado pronto en mi país. Después se me metió en la cabeza la fiebre de irme al garete, y eso fue definitivo.

—¡La fiebre de irse al garete! ¡Por piedad! ¿Qué es eso?

—Es cuando un hombre se vuelve como un gitano por su propia voluntad, como hice yo, y anda de un lado para otro haga frío o calor, en invierno y en verano, sin importarle adónde va ni qué le ocurre. Ese tipo de vida acaba por subírsele a uno a la cabeza, igual que la bebida... sólo que no se le pasa. A mí se me subió a la cabeza. Ahí la tengo otra vez. La fiebre de andar al garete me retuvo en aquellas tierras bárbaras. La fiebre de andar al garete me llevará de regreso a ellas antes de que pase mucho tiempo. La fiebre de andar al garete me matará algún día, en un lugar solitario, con la mano en el rifle y cara al cielo; y no volveré a levantarme hasta que los cuervos y los buitres vengan a llevármeme a pedacitos.

—¡Dios nos bendiga! ¿Cómo puede hablar de usted mismo de esa manera? —exclamó la señora Peckover estremeciéndose ante la lúgubre imagen que sugerían las últimas palabras de Mat—. Trata de pintarse peor de lo que es. Seguro que pensó en su padre y en su hermana algunas veces, ¿no?

—¿Qué si pensé en ellos? ¡Por supuesto que sí! Pero llegó un momento en que casi los olvidé por completo. Parecía que se me habían borrado de la cabeza... igual que cuando borrábamos las cuentas hechas en nuestras pizarras en la escuela.

—¡Vergüenza debía darle! Por más que olvidara otras cosas, no debía haber olvidado...

—Espere un momento. En su carta, mi padre me decía que buscaría a Mary, se la llevaría de regreso a casa y la perdonaría. Lo había hecho dos veces *conmigo*, cuando era yo el que me escapaba, así que no dudé de que haría exactamente lo mismo con *ella*. Mary se las arreglaría para pasar el mal rato con papá, igual que lo había hecho yo... eso fue lo que pensé. Y eso es lo que habría pasado, si su propia familia no se hubiera puesto en su contra, si la propia hermana de mi padre no hubiera... —se calló, frunció el entrecejo y de su boca brotó un juramento al pensar en el papel desempeñado por Joanna Grice al impedir que Mary fuera restituida a su hogar.

—¡Vamos! ¡Vamos! —intervino la señora Peckover con intención de calmarlo—. Hablemos de algo más agradable. Dígame cómo regresó a Inglaterra.

—No logro acordarme de cuándo Mary empezó a borrármeme de la mente —continuó Mat, prosiguiendo, abstraído, con el curso anterior de sus recuerdos—. Pensaba en ella con mucha frecuencia cuando comencé mis andanzas por tierras salvajes. Claro que esa era la época en que tenía el propósito de regresar. En ese tiempo le conseguí una manta india y unas cosas hechas de plumas, porque sabía que le gustaban las baratijas y en mi mente estaba convencido de que nos volveríamos a encontrar. Después debe haber pasado mucho tiempo antes de que sintiera vergüenza de regresar a casa. Sí, sentí vergüenza. Yo pensaba: «No tengo ni un céntimo que mostrarle a papá después de haber estado todo este tiempo tan lejos. Ya parezco un salvaje, y Mary sentiría más miedo que alegría de verme como soy ahora. Esperaré

un poquito», decía yo, «para ver si dejo de andar de un lado para otro y consigo un poco de dinero haciendo algún trabajo decente antes de volver a casa». En ese tiempo estaba a unos buenos diez días de marcha de cualquier puerto en el que alguien como yo pudiera conseguir un trabajo honrado, pero me propuse intentarlo, y lo intenté, y conseguí trabajo en un astillero. No sirvió de nada. La fiebre de andar al garete me había subido a la cabeza, y a los dos días ya estaba volviendo a las tierras de los salvajes, con el rifle al hombro y tan condenadamente vagabundo como siempre.

Muda, la señora Peckover alzó las manos en señal de asombro. Matthew, sin advertir su gesto, prosiguió, en parte para ella y en parte para sí mismo:

—Debe haber sido alrededor de esa época que Mary y papá y todo lo que tenía que ver con ellos comenzó a írseme de la mente. Pero no me desprendí de las dos baratijas que había guardado para regalárselas; ni siquiera después de haber extraviado la idea de regresar, las conservé sin que pueda decir por qué; a menos que ya estuviera tan acostumbrado a tenerlas conmigo que no me animaba a perderlas. Y fíjese, no es que de cuando en cuando no me hicieran pensar en mi padre y en Mary; a veces, ¿sabe?, cuando las cambiaba de un petate a otro, o cuando las sacaba para quitarles el polvo, porque quería mantenerlas lo mejor posible. Pero mientras más viejo me hacía, más trabajo me costaba recordar con claridad a Mary y a mi país. Era como si hubiera una niebla entre nosotros. Ya no lograba recordar su rostro con claridad. La vi una o dos veces en sueños, cuando daba cabezadas junto a mi fogata después de un día duro de marcha; esas veces la veía con tanta claridad que me despertaba sobresaltado, cubierto de sudor frío, trastornado y perplejo, sin saber al inicio si las estrellas que me alumbraban eran las del prado de mi padre en Dibbledean o las de un lugar solitario al otro lado del mar, a cientos de millas de otro ser humano. Pero eso era sólo en sueños, ¿sabe? Despierto, me producía confusión pensar en mi padre o en ella. Mientras más tiempo andaba al garete por esos lugares solitarios, más espesa se hacía la niebla que parecía haberse levantado en mi mente entre las personas que había dejado atrás y yo. Al final, terminó por oscurecerlo todo y ya jamás se dispersó, que yo recuerde, hasta que volví a cruzar el mar y regresé a mi pueblo.

—Pero ¿cómo se le ocurrió regresar después de todos esos años? —preguntó la señora Peckover.

—Pues, por una vez, me hice de una buena cantidad de dinero buscando oro en California —respondió Mat—; y el compañero que trabajaba conmigo me dice un día: «No tengo idea de cómo vamos a gastar nuestro dinero, ahora que lo tenemos, si nos quedamos aquí. ¿Qué placeres nos podemos dar en este lugar que no sea un mal brandy y jugar a cartas? Volvamos a la patria, que allí no hay nada que no podamos comprar con nuestro dinero; y cuando se haya evaporado todo, regresamos a conseguir más». Empezó dale que dale con eso hasta que volví con él. Cuando

estábamos a bordo del barco nos peleamos, y cuando llegamos a puerto él tomó su camino y yo el mío. Y fíjese, no salí para mi pueblo en cuanto puse pie en tierra. La niebla de mi mente, de la que le hablé, pareció disiparse un poquito cuando oí mi idioma y vi alrededor las caras de mis compatriotas. Y entonces me entró una especie de miedo: miedo de regresar a mi casa después de todo ese tiempo. Pero lo vencí y fui a los dos o tres días. Cuando puse la mano en la verja del cementerio en la que Mary y yo nos colgábamos, y cuando vi mi casa, con su techo a dos aguas igual que antes (aunque la fachada estaba recién pintada y sobre la puerta de la tienda había nombres desconocidos), todo el tiempo que pasé en esos países de salvajes pareció encogerse, y lo que había sucedido hace más de veinte años me parecía haber acontecido ayer. Ya había visto el nombre de mi padre en el cementerio, que era lo que me esperaba; pero cuando me contaron que nunca habían traído de regreso a Mary, cuando me dijeron que había muerto hacía muchos años rodeada de extraños, me dolió hasta el fondo del alma.

—¡Ah, es natural, es natural!

—Pero a mí no me parecía natural. Me habría reído de cualquiera que me hubiera dicho que me afectaría tanto oír lo que oí de ella, después de tanto tiempo. No logré explicármelo entonces, ni logro explicármelo ahora. Cuando puse los ojos por primera vez en mi pueblo dejé de ser yo mismo. Y después, cuando me enteré de que Mary había muerto, me dolió el alma, ya se lo he dicho. Me dolió todavía más cuando empecé a tropezarme con las cosas que dejó en una caja. Los veinte años se acercaron cada vez más al día de ayer con cada nueva pertenencia de Mary a la que le ponía la mano encima. En casa de mi padre había una pérgola en la que le gustaba trabajar por las tardes. Yo había borrado todo recuerdo de ese lugar desde hacía más años de los que soy capaz de calcular. Me vino a la mente de nuevo, me vino ella, sentada, trabajando y cantando en la pérgola, simplemente con ver un pedacito de una labor en el fondo de su caja, con la aguja y el hilo prendidos todavía.

—¡Ah, qué historia! ¡Qué historia! —suspiró la señora Peckover—; ¡cómo me gustaría haberla conocido entonces! Me imagino que era tan feliz como los pájaros en su rama. Pero hay algo que todavía no logro entender —añadió—; ¿cómo supo que existía una hija de Mary?

—¿Saber? No supe nada hasta que la vi. Cuando me fui de mi pueblo no sabía sino que mi pobre hermana había tenido un hijo que no había muerto al nacer. ¡Un hijo! Cuando volví a Londres no era eso lo que tenía en la cabeza. Lo que me preocupaba y me calentaba los sesos en ese momento era hallar el rastro del hombre que llevó a Mary a la muerte...

—Sí, sí —dijo la señora Peckover interrumpiéndolo para mantenerlo alejado del tema que le parecía peligroso, porque se dio cuenta de que la voz le cambiaba y los ojos volvían a brillarle—. Sí, sí, pero ¿cómo llegó a ver a la hija de Mary?

Cuéntemelo.

—Zack me llevó al gran salón del Hombre que Pinta...

—¡Zack! ¡Santo cielo! ¿Se refiere al señorito Zachary Torpe?

—Y allí vi a una joven en medio de un grupo de personas que se habían quedado mirándola —continuó Mat sin advertir la interrupción—. La vi tan de cerca y tan claro como la estoy viendo a usted. La vi, de pronto, levantar la vista frente a mí. Me dio un escalofrío, me estremecí, y me dije: «La hija de Mary se ha convertido en una jovencita, y es esta».

—¿Cómo conoció al señorito Zack?

—Me dije: «Es esta» —repitió Mat con una voz bronca que iba haciéndose más y más inaudible; cada vez se daba menos cuenta de las interrupciones de la señora Peckover—. Cuando llegué a mi pueblo, lo que había pasado hacía veinte años parecía haber pasado ayer; y cuando vi la verja del cementerio y la casa de mi padre, me acordé de cosas de las que no me acordaba desde hacía mucho tiempo. Había miradas de los ojos de Mary, maneras de Mary de mover la cabeza, gestos que Mary hacía con las cejas cuando miraba a una persona, que yo había olvidado por completo. Todos me vinieron de pronto a la memoria cuando vi la cara de esa joven.

—¿Y de verdad no tiene intención de descubrirle a la hija de su hermana quién es usted? Eso, sin duda, puede decírmelo, aunque no me cuente ni una palabra acerca del señorito Zack.

—¿Descubrirle quién soy? Tal vez lo haga muy pronto. Cuando ya me vaya a ir a tierras lejanas, quizás le diga: «Así, tosco como me ves, soy el hermano de tu madre, y eres lo único de mi sangre que me queda en todo el mundo. Estrecha mis manos y dame un beso, en nombre de mi madre, y no te molestaré más». Quizás le diga eso antes de regresar y perderla de vista para siempre.

—Oh, pero usted no regresará. Dígale al señor Blyth que no pretende llevársela y entonces confíesele «Soy el señor Grice y...»

—¡Calle! No mencione a ningún señor Grice.

—¿Por qué no? Ese es su verdadero nombre, ¿no?

—Totalmente cierto. Pero no me gusta cómo suena, aunque sea el mío. Mi padre me dijo claramente, cuando me escribió aquella carta, que se avergonzaba de que lo llevara; y yo sentí vergüenza de llevarlo cuando deserté de mi barco. La mala suerte ha perseguido ese nombre desde el principio. Hace años que me deshice de él y no volveré a usarlo. Llámeme Mat. Trátame como si yo fuera pariente suyo.

—Bueno, si es así, Mat —dijo la señora Peckover con una sonrisa—, todavía tengo varias cosas que preguntarle...

—Me gustaría que las dejara para mañana —replicó Matthew—. Ya se me ha ido la mano: he hablado más de lo que suelo hacer. Quiero dejar descansar la lengua y poner a trabajar las manos. ¿No tendrá por casualidad una regla que prestarme?

Cuando la señora Peckover le preguntó qué lo inducía a hacer una petición tan extraña como la de una regla, Mat respondió que estaba ansioso por reponer de inmediato la cruz de madera de la tumba de su hermana. Necesitaba la regla para medir la tabla: deseaba que le diera indicaciones para llegar a un comercio donde comprar un pedazo de madera; y, después de eso, no molestaría más a la señora Peckover. Por más extraordinario que le pareciera ese capricho, la buena mujer se percató de que obsesionaba a Mat, de manera que se dispuso, sabía y prontamente, a seguirle la corriente. Buscó la regla y la dirección de un comercio, y después se despidieron. Mat le prometió volver al Edificio Dawson por la tarde.

Cuando se personó en la tienda, después de medir cuidadosamente la vieja cruz en el cementerio, a Mat no le resultó fácil encontrar algo que lo satisficiera. Ni siquiera a una dama elegante le hubiera resultado más difícil decidir acerca de la textura, la forma y el color de la tela a elegir para un nuevo vestido que a Mat escoger el acabado, el grueso y el tipo de madera que quería para la cruz de la tumba de Mary. Al fin seleccionó un pedazo de madera de nogal; y tras pagar el precio que le pidieron sin regatear, preguntó por un carpintero al que pudiera alquilarle unas herramientas. El hombre que tiene dinero para gastar consigue todo lo que quiere con solo pedirlo. Antes de que cayera la tarde, Mat tenía un juego completo de herramientas, un cobertizo seco en el que usarlas y un cuarto confortable en una posada cercana, todo a su entera disposición.

Mat era hábil para todos los trabajos sencillos de carpintería, de modo que casi en cualquier otra circunstancia habría completado en uno o dos días la tarea que había emprendido. Pero una extraña meticulosidad, una preocupación muy poco suya sobre los menores detalles, ralentizaron todas las etapas de su trabajo. La señora Peckover, que acudía todas las mañanas para ver cómo le iba, estaba asombrada por la lentitud con que progresaba en la realización de la cruz. Desde el inicio mostró una escrupulosidad enfermiza por dejar la madera lisa y limpia. Después de darle forma y fijarla a los soportes que la mantenían vertical; después de grabar en ella (siguiendo el consejo de la señora Peckover) la misma inscripción que tenía la vieja cruz — simplemente las iniciales M.G. y el año de la muerte de Mary, 1828—; después de hechas todas esas cosas, fue presa del irrazonable y terco capricho de decorar los costados de la cruz. A pesar de todo lo que le dijo la señora Peckover para disuadirlo, talló un ancla a un costado y un tomahawk al otro: esos eran los objetos que le resultaban más familiares y, por tanto, los que decidió representar. Pero incluso cuando la talla de esos extraordinarios adornos concluyó, fue imposible convencerlo de que colocara la nueva cruz en su lugar. Con el mismo apego con que los artistas o los escritores dilatan los últimos toques al cuadro o al libro, Mat dilataba ahora, día tras día, la terminación del pobre monumento a la memoria de su hermana que había hecho con sus manos. Lo pulió cuidadosamente con pedacitos de papel de lija, lo

bruñó frotándolo afanosamente con cuero, lo pulimentó ansiosamente con aceite, hasta que, al fin, la señora Peckover perdió la paciencia y, confiada en la influencia que ya ejercía sobre él, le instó a poner punto final a su obra. Aun cuando Mat la obedeció, se mantuvo fiel a su primera decisión. Había dicho que nadie lo ayudaría en la labor que había emprendido y mantuvo su palabra, porque él mismo llevó la cruz al cementerio.

Durante todo ese tiempo no miró ni una sola vez el mechón de pelo que acostumbraba a sacarse del bolsillo con tanta frecuencia sólo unos días antes. Quizás no había nada en común entre la idea de encontrar el rastro de Arthur Carr y los recuerdos de Mary que acudían a su mente mientras estaba enfrascado en su trabajo con la madera de nogal.

Pero una vez que colocó la cruz en su sitio; una vez que limpió de lodo y zarzas el túmulo y despejó un sendero en torno a él; una vez que miró su obra desde distintos puntos y se sintió satisfecho de que no hubiera nada más que hacer para perfeccionarla, los aspectos inquietos, fogosos y violentos de su naturaleza parecieron volver a la vida. Sus dedos comenzaron a registrar de nuevo su bolsillo en busca del mechón; y cuando se volvió a encontrar con la señora Peckover, las primeras palabras que le dirigió fueron para anunciarle su inmediata partida hacia Dibbledean.

La deuda de gratitud de Mat para con la señora Peckover se había incrementado porque la mujer le había conseguido el permiso, por intermedio del párroco de Bangbury, para ocuparse, sin ser molestado, de la tarea de reparar la tumba de su hermana. Con eso había logrado que le confiara muchos de los detalles relativos a su persona que se había negado a comunicarle durante su primera conversación. Pero cuando intentó, en el momento de su partida, averiguar cuáles eran realmente sus intenciones últimas, ahora que se marchaba de Bangbury con el confeso propósito de descubrir el paradero de Arthur Carr, no logró sacarle ni una explicación ni una palabra de respuesta. Cuando se dijeron adiós, Mat le pidió que no le informara de su encuentro al señor Blyth hasta que supiera de él o lo viera de nuevo; y volvió a intentar darle las gracias por la compasión y la bondad que le mostrara a Mary Grice con las palabras más apropiadas que supo encontrar. Pero hasta el último momento mantuvo sus labios resueltamente sellados en lo relativo al ominoso tema de Arthur Carr.

Hacía dos semanas que estaba ausente de Londres cuando emprendió de nuevo la marcha hacia Dibbledean para hacer un último intento de encontrar el rastro del hombre desaparecido revisando los papeles de Joanna Grice.

El agrado que experimentó el señor Tatt cuando Matthew, al aparecer como cliente en la puerta de su desolado bufete, declaró ser el único hijo sobreviviente del viejo Joshua Grice, se desbordó en tal torrente de palabras que al inicio Mat se sintió literalmente ahogado por ellas. No obstante, pronto se repuso e interrumpió la

elocuente perorata del señor Tatt acerca de cómo probar la identidad de su cliente y refrendar su derecho a la herencia, al declarar con su brusquedad usual que no había ido a Dibbledean en busca de ayuda para hacerse con el dinero, sino para recuperar los papeles de Joanna Grice. Ese extraordinario anuncio produjo una larga explicación y una más larga discusión, en medio de la cual Mat perdió la paciencia y manifestó que haría a un lado todos los obstáculos y demoras legales yendo al bufete del señor Nawby y exigiéndole a ese caballero, en su condición de custodio oficial de los papeles de la difunta señorita Grice, permiso para examinar los diferentes documentos que la anciana dejara.

Nada consiguió el señor Tatt describiendo esa acción como poco profesional, imprudente, contraria a las fórmulas acostumbradas y totalmente perjudicial desde todos los puntos de vista. Seguía aún protestando cuando Matthew salió; y el señor Tatt, que no podía darse el lujo de perder ni siquiera a ese indignante e inmanejable cliente, no tuvo más alternativa que conformarse y correr tras él.

El señor Nawby era un caballero solemne y ceremonioso, que sentía un odio y un desdén tan acentuados por el señor Tatt como puede sentirlos cualquier ser humano dedicado a aquella profesión por otro competidor en ella. No hay duda de que, de haber contado con el tiempo necesario para hacer patente su dignidad, habría recibido la irregular visita de la que ahora era objeto con el más cortante desprecio. Pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Matthew, contrariando todo lo que decía el señor Tatt para instarlo a guardar silencio, se presentó primero con su nombre verdadero, y después, tras hacer la salvedad de que no había venido a molestar a nadie por cuestiones de dinero, añadió tranquilamente que quería revisar sin dilación las cartas y los papeles de la difunta Joanna Grice, con un fin que no le incumbía a nadie más que a él.

En circunstancias normales, el señor Nawby, sencillamente, se habría negado a sostener cualquier intercambio de palabras con Mat hasta que su identidad hubiera sido legalmente establecida. Pero el próspero abogado de Dibbledean se sentía resentido con el audaz aventurero que había abierto su bufete para perjudicarlo, y, por tanto, en esa ocasión, decidió apartarse ligeramente del comportamiento estrictamente profesional, con el expreso objetivo de privar al señor Tatt de tantos ingresos futuros como le fuera posible. Con un solemne gesto de su mano, después de que Mat se explicara, dijo:

—Un momento señor —y procedió a tocar una campanilla y a ordenar que se presentara el encargado de su oficina.

—Señor Scutt —dijo el señor Nawby dirigiéndose con prosopopeya a su encargado—, tenga la bondad de ser testigo, en primer lugar, de que manifiesto mi protesta por la visita del señor Tatt, ya que la considero indecorosa, poco profesional y contraria a la marcha normal de los asuntos. En segundo lugar, sea también testigo

de que no admito la identidad de esta parte —dijo esto señalando a Mat— y de que lo que le diré a continuación lo digo bajo protesta e impugnando *pro forma* que sea la parte que afirma ser. ¿Me ha entendido bien, señor Scutt?

El señor Scutt hizo una reverente inclinación. El señor Nawby continuó.

—Si su relación profesional con esta parte, señor —dijo dirigiéndose a Matthew y señalando al señor Tatt—, fue iniciada para dar cumplimiento al propósito que acaba de mencionarme, permítame informarle (al tiempo que, como comprende, impugno su derecho a solicitar dicha información) que puede dar por terminados sus tratos con su abogado cuando le plazca. La difunta señorita Grice no dejó ni cartas ni papeles. Yo personalmente los destruí todos, por su voluntad, en su presencia y con su autorización por escrito, cuando ya estaba enferma de muerte. Mi encargado aquí presente, que fue conmigo para asistirme, corroborará lo que le he dicho, si así lo desea.

Mat escuchó atentamente esas palabras, pero no se detuvo a escuchar nada más. Inmediatamente se inició un fuerte altercado legal entre los dos abogados, pero este casi no llegó a sus oídos. El señor Tatt lo tomó del brazo y lo condujo hasta la puerta, mientras hablaba con más elocuencia que nunca; pero Mat no le dedicó ni una pizca de atención al señor Tatt. Todas sus facultades parecían absortas por una consideración trascendental: ¿Había perdido verdadera y finalmente toda posibilidad de encontrar a Arthur Carr?

Cuando llegaron a la calle Mayor su mente recuperó un tanto su capacidad de acción, y Mat empezó a sentir la necesidad de decidir de inmediato cuáles serían sus pasos futuros. Ahora que le había fallado ese último recurso, ¿qué debía hacer a continuación? Era inútil regresar a Bangbury, inútil permanecer en Dibbledean. Pero se sentía urgido a moverse. Mejor sería regresar a la calle Kirk que quedarse pasivamente sin saber qué hacer en el escenario de su derrota.

Se detuvo de súbito al tiempo que decía:

—No vale la pena seguir esperando; regresaré a Londres.

Se liberó de una sacudida del brazo del señor Tatt. Sin embargo, no le resultó tan fácil liberarse de los servicios legales del señor Tatt.

—Confíe en mi celo —le gritó el enérgico abogado, que seguía a Mat camino de la estación—. Si existen leyes en Inglaterra, su identidad será probada y sus derechos respetados. Me dedicaré al caso de lleno, con todas mis fuerzas. Dinero, Justicia, Legalidad, Moral, a todos ellos concierne. ¡Un momento, mi estimado señor! Si es que de veras tiene que regresar a Londres, hágame al menos el favor de darme su dirección y de aclararme aunque sea informalmente si fue bautizado o no en la iglesia de Dibbledean. No necesito más para empezar, absolutamente nada más, palabra de honor.

Deseoso, dado su estado de ánimo en ese momento, de cualquier cosa que lo

desembarazara de su abogado voluntario, Mat le informó de su dirección en la calle Kirk y del nombre con el que se le conocía allí, y respondió que sí con impaciencia a la pregunta de si había sido bautizado en la iglesia de Dibbledean. Después dio media vuelta abruptamente y dejó al señor Tatt en medio de la calle, tomando frenética nota de la evidencia recién recogida en una libreta acabada de estrenar.

En cuanto Mat se quedó a solas volvió a plantearse la terrible pregunta. ¿Habría perdido su última oportunidad de encontrar a Arthur Carr? Aunque los hechos, inexorables, parecían probar más allá de toda duda que así era, se aferraba todavía a su vieja idea con aún más tenacidad y testarudez. Camino a la estación volvió a sacar el mechón de pelo y lo examinó obstinadamente. En el trayecto hacia Londres lo sostuvo la extraña convicción que le devolviera el ánimo tras sus fracasos anteriores. «Lo encontraré», pensaba Mat, mientras giraban las ruedas del tren. «¡No me importa dónde se haya escondido, lo encontraré!»

CAPÍTULO XV

APARECE ARTHUR CARR

Mientras Matthew Grice viajaba de un pueblo a otro por los condados del centro de Inglaterra, la vida que llevaba su amigo y camarada en la metrópoli no estaba de ningún modo exenta de incidentes. Zack, como Mat, había vivido algunas aventuras, y una de ellas en particular era de tal naturaleza, o mejor, había tenido tales consecuencias, que alteró materialmente la rutina doméstica de la casa de la calle Kirk.

Fiel a la promesa que le hiciera a Valentine, la misma mañana en que su amigo partiera Zack se presentó puntualmente, a las once, en casa del señor Strather con su carta de recomendación, y fue rápidamente presentado por ese caballero, antes de que diera el mediodía, en el salón de las estatuas del Museo Británico, como estudiante del ideal clásico de belleza. Trabajó resueltamente hasta que se cerraron los salones, y después regresó a la calle Kirk, no digamos que entusiásticamente enamorado de su nueva ocupación, pero sí decidido a perseverar en ella, porque estaba resuelto a cumplir su palabra.

No obstante, su nueva profesión incluía un aspecto mucho más alentador que descubrió cuando el señor Strather lo llevó a su Academia privada. Allí, los modelos de los que se estudiaba eran seres humanos vivos. Allí estaba en libertad de usar su paleta y mezclar los tintes más rosados posibles para representar la carne con pinceles nuevos. Allí se encontró con vivaces estudiantes de bellas artes, de maneras desenfadadas y pintoresco aspecto personal, con quienes enseguida se las ingenió para intimar. Y allí, para colmo, había un modelo que posaba para que dibujaran su pecho y sus brazos, que había sido un gran boxeador profesional y con el que Zack entabló jubilosamente una amistad (pugilística) eterna desde la primera noche de su admisión en la Academia del señor Strather.

Durante todo el segundo día de su período de prueba como estudiante trabajó en sus dibujos con enorme empeño e infinitesimal progreso. Durante toda la noche embadurnó industriosamente el lienzo bajo la supervisión del señor Strather, hasta que terminó la sesión de la Academia. Lo mejor habría sido que se hubiera ido a casa en cuanto soltó los pinceles. Pero, en mala hora, se quedó un rato después de terminadas las clases para conversar con el pugilista, y en un momento de indiscreción consintió en oficiar como uno de los patrocinadores de una exhibición de boxeo que se ofrecería esa noche en una taberna vecina en beneficio del ex boxeador.

Tras conducirse de manera bastante ordenada durante un rato, la demostración nocturna de pugilismo se vio súbitamente interrumpida por uno de los Patrocinadores

presentes (que también era estudiante de la Academia de Dibujo), quien declaró que le acababan de robar e insistió en que se cerrara la puerta del salón y se llamara de inmediato a la policía. Se produjo una gran confusión y un enorme tumulto, en medio de los cuales Zack apoyó las demandas de su compañero de estudios, quizás con demasiado entusiasmo. Sea como fuere, un caballero sentado frente a él, con un parche sobre un ojo y la nariz partida en tres lugares distintos, juró que el joven Thorpe lo había insultado dejando entender que él era el ladrón, y vindicó su moral lanzándole una fuente de queso a la cabeza. El proyectil dio en el blanco (a un lado, sin embargo, y no en la frente), y como se rompió con el impacto, infligió lo que a todos los ojos no profesionales que miraron la lesión les pareció una herida muy grande y peligrosa.

El farmacéutico al que llevaron a Zack en primera instancia para que lo vendara no le dio importancia al corte, pero el médico de la localidad al que se mandó a llamar después de trasladar al joven a la calle Kirk no emitió un criterio tan tranquilizador sobre el estado del paciente. Ciertamente que la herida no estaba en una parte muy peligrosa de la cabeza, pero había sido causada en un momento en que la constitución naturalmente sanguínea de Zack se encontraba en unas condiciones muy poco saludables, debido a los efectos de haber bebido muchos más licores de lo aconsejable. Se declararon de inmediato los síntomas de una fiebre maligna, y los alrededores de la herida adoptaron un aspecto tal que hicieron que la cabeza médica se moviera de forma preocupante. En resumen, Zack estaba confinado en su cama con la peor enfermedad que padeciera en toda su vida, y sin ningún amigo que cuidara de él, salvo la casera.

Afortunadamente, su médico era competente y enérgico, y sabía cómo aprovechar al máximo todas las ventajas que la juventud y la fuerza del paciente le brindaban para ayudar al tratamiento. Al cabo de diez días, el joven Thorpe estaba fuera de todo peligro de inflamación, consecuencia que se temía de la herida sufrida en la cabeza.

Lastimosamente débil e impotente —remiso a alarmar a su madre informándole de su enfermedad—, sin Valentine para consolarlo ni Mat para entretenerlo, el estado de ánimo de Zack llegó a un punto más bajo que nunca antes en toda su vida. En su estado de melancolía y soledad hubo momentos en los que dudó de su recuperación, a pesar de lo que le decía el médico. Mientras mantuvo ese estado mental, el recuerdo del último y lamentable informe que oyera sobre la salud de su padre lo afectaba dolorosamente, y se recriminaba amargamente no haber escrito ni una línea desde que se fuera de su casa solicitando el perdón del señor Thorpe. Estaba demasiado débil para empuñar la pluma, pero la esposa del dueño de la tabaquería —una mujer desaliñada, aparatosa, de buen corazón— estaba siempre dispuesta a servirlo, y Zack decidió aliviar un poco su conciencia pidiéndole que escribiera en sus nombre unas pocas líneas de arrepentimiento, y que enviara la carta a la dirección de su padre en la

Plaza Baregrove. Su casera era, desde hacía tiempo, confidente de sus tribulaciones domésticas (porque Zack se las contaba sin mayor problema a todas las personas con las que establecía un trato frecuente) y, por tanto, no dio muestras de sorpresa, sino que, por el contrario, expresó mucha satisfacción cuando el joven se lo pidió. Esta fue la carta que Zack, con voz vacilante y ojos llenos de lágrimas, le dictó a la esposa del dueño de la tabaquería:

Mi querido padre: Lamento mucho no haber escrito antes para pedir tu perdón. Te escribo ahora y te ruego de todo corazón que me disculpes, porque estoy arrepentido y avergonzado de mí mismo. Si me das una nueva oportunidad, y no te muestras demasiado duro conmigo, haré todo lo posible para no causarte problemas nunca más. Por tanto, te ruego que me escribas a calle Kirk, Wendover Market, donde vivo ahora con un amigo que ha sido muy bondadoso conmigo. Por favor, dale recuerdos a mi madre y créeme que soy tu hijo verdaderamente arrepentido,

Z. Thorpe, hijo

Tras terminar con bastante facilidad esa carta, y percatándose de que la esposa del dueño de la tabaquería estaba dispuesta a escribirle otra si quería, Zack decidió enviarle unas líneas al señor Blyth quien, según sus cálculos, debía estar a punto de regresar de provincias. La noche en que lo habían traído a casa con la herida en la cabeza había suplicado que no le contaran su accidente a la señora Blyth (quien conocía su dirección) en caso de que mandara a buscarlo. Esa precaución no fue tomada sin motivo. Sólo tres días después llegó una nota de la señora Blyth en la que le reprochaba que no la hubiera visitado durante la ausencia de Valentine, y en la que lo invitaba a tomar el té esa misma tarde. El mensajero, que esperaba respuesta, fue enviado de regreso con la excusa verbal más ingeniosa que la casera logró improvisar en esa situación de emergencia, y desde entonces no habían llegado más notas. Obviamente, la señora Blyth no estaba muy contenta con la manera fría en que se recibiera su invitación.

Debido a su estado de ánimo, a Zack le remordía la conciencia por haber pensado en engañar a Valentine manteniéndolo ignorante acerca de lo sucedido. Ahora que Mat parecía, debido a su larga ausencia, haber abandonado para siempre la calle Kirk, la posibilidad de ver el rostro afable del pintor junto a su lecho le era doblemente atractiva al maltrecho y abatido Zack. Por tanto, decidió confesarle a ese, el más antiguo, más bondadoso y más compasivo de los amigos, lo que no se atrevía ni a insinuarle a su padre.

La nota que, con la ayuda de la esposa del dueño de la tabaquería, le dirigió a Valentine tenía un tono tan típicamente inmaduro, incluso pueril, como la que le enviara a su padre. Decía lo siguiente:

Mi querido Blyth: Empiezo a desear no haber nacido, porque me he metido en otro lío: un boxeador profesional me golpeó en la cabeza con una fuente de queso. Sé que estuvo mal de mi parte ir a donde fui. Pero me presenté en casa del señor Strather, como me dijiste, y me empeñé de firme en el dibujo, ¡no lo dudes! Por favor, ven a verme en cuanto regreses. Te envió esta carta para estar seguro de que la recibirás en cuanto

llegues. Me siento triste y solitario, y estoy demasiado débil aún para levantarme.

Mi casera es muy buena y amable; pero en cuanto a ese viejo vagabundo de Mat, está por ahí hace ya no sé cuánto tiempo, y no me ha escrito. ¡Por favor, ven! Y no me regañes, porque estoy tan débil que casi no puedo evitar las lágrimas cuando pienso en lo que ha ocurrido. Siempre tuyo,

Z. Thorpe, hijo

P.S. Si te queda algo de mi dinero, me alegraría mucho que me lo trajeras. No tengo un centavo y hay varias cositas que debo pagar.

Esa carta y la dirigida al señor Thorpe, se entregaron a un mensajero para que las llevara a sus destinatarios. Fueron escritas el mismo día que Matthew Grice dedicó a visitar al señor Tatt y al señor Nawby en Dibbledean. Y la suerte quiso que mientras las cartas de Zack iban hacia su destino a manos del mensajero, el compañero de cuarto de Zack también iniciara el camino rumbo a su destino en la calle Kirk, en el tren rápido a Londres.

La Plaza Baregrove le quedaba más cerca al mensajero que la casa de Valentine, así que la primera carta que entregó fue la trascendental petición de perdón paterno, de cuya favorable recepción dependía la última oportunidad de Zack de reconciliarse con su familia.

El señor Thorpe se encontraba a solas en el comedor, el mismo comedor donde, tantos años antes, discutiera penosamente con el anciano señor Goodworth sobre la educación de su hijo. La señora Thorpe, recluida en su habitación debido a un severo resfriado, no lo acompañaba; el doctor acababa de despedirse; las visitas de los amigos, en general, le estaban prohibidas por órdenes del médico, para evitar que se inquietara; estaba solo, y lo más probable era que siguiera solo durante el resto del día. La total postración del sistema nervioso que el doctor había declarado que sufría se evidenciaba lastimosamente, de cuando en cuando, en sus acciones y sus miradas: en sus súbitos sobresaltos cuando se producía un ruido inesperado en la casa, en el temblor de su mano exangüe y amarillenta cada vez que la levantaba de la mesa, en la palidez transparente de sus mejillas, en la nerviosa incertidumbre de sus ojos erráticos.

Su atención se concentraba en ese momento en una carta abierta que tenía a su lado; una carta que debería haberlo animado y consolado, si alguna esperanza en este mundo hubiera podido aún llevar alegría a su corazón, ó si algún solaz en este mundo hubiera podido depararle todavía reposo a su mente.

Pocos días antes, los ruegos de su esposa y los consejos del médico lo habían convencido al fin de que aumentara sus posibilidades de recuperación renunciando al cargo de secretario de una de las Sociedades Religiosas a las que pertenecía. La carta que ahora leía era una comunicación oficial en la que se le informaba que los miembros de la Sociedad aceptaban su renuncia con el más profundo pesar y se le anunciaba una visita que le haría al día siguiente una delegación encargada de entregarle un panegírico y un obsequio, aprobados ambos por unanimidad en la

Sociedad «como agradecido y afectuoso reconocimiento a sus méritos y eminentes servicios mientras ocupó el cargo de secretario». El señor Thorpe no había podido resistir la tentación de mostrarle la carta al doctor, y no podía abstenerse ahora de leerla otra vez antes de volver a guardarla en su escritorio. Era, a sus ojos, la mayor recompensa y la mayor distinción que había recibido en su vida.

Todavía releía meditabundo la última oración cuando recibió la carta de Zack. Sólo por un momento se había aventurado a saborear de nuevo la dulzura de un triunfo bien ganado, ¡pero hasta ese momento se veía amargamente emponzoñado por los recuerdos que más lo lastimaban! Con un profundo suspiro hizo a un lado la carta de los amigos que lo honraban y se dispuso a contestar la carta del hijo que había huido de su lado.

La expresión de su rostro, mientras volvía a leer la carta una segunda vez, era de dolor, pero no de ira. Se quedó pensativo un momento, acercó la escribanía y el papel, vaciló, escribió unos renglones y volvió a hacer una pausa; esta vez puso la pluma sobre la mesa y se cubrió los ojos con su mano delgada y temblorosa. Tras permanecer así unos minutos, pareció desesperar de poner orden en sus pensamientos y decidió darse el tiempo necesario para recuperar la calma. Dejó la carta de su hijo y su respuesta, aún inconclusa, en la bandeja. Pero incluso en lo poco que ya había escrito se advertía una tranquilizadora promesa para el futuro de Zack; y la carta sugería desde su inicio la posibilidad de un perdón, porque comenzaba diciendo «Mi querido Zachary».

Al entregar la segunda nota en casa de Valentine, se le informó al mensajero que se esperaba al señor Blyth al día siguiente, o al otro a más tardar. La señora Blyth, que podía hacer lo que le pareciera mejor con la correspondencia de su esposo cuando éste se encontraba ausente, abrió la carta en cuanto se la subieron. Madonna estaba en el cuarto en ese momento, con el sombrero y el chal puestos, lista para emprender su paseo diario, acompañada por Patty, la doncella, en ausencia de Valentine.

—¡Oh, ese infeliz de Zack! ¡Ese infeliz de Zack! —exclamó la señora Blyth, profundamente turbada desde el mismo momento en que sus ojos se posaron sobre los primeros renglones de la carta—. Debe estar realmente muy enfermo —añadió examinando atentamente la letra— porque es evidente que no ha escrito esto él mismo.

Madonna no pudo escuchar esas palabras, pero sí ver la expresión que las acompañaba, e indicó por señas su ansiedad por saber qué había sucedido. La señora Blyth recorrió la carta rápidamente con la vista, y tras asegurarse de que no contenía nada cuya lectura resultara inconveniente para Madonna, le hizo un gesto a la joven para que mirara por encima de su hombro, ya que esa era la manera más sencilla de comunicarle qué ocurría.

«¡Qué preocupado se sentirá Valentine al enterarse de esto!», pensó la señora Blyth, al tiempo que llamaba a Patty con un tirón al cordón de su campanilla, mientras Madonna leía la carta. La doncella hizo su aparición inmediatamente, y recibió el encargo de su ama de ir a la calle Kirk sin pérdida de tiempo, preguntarle a la casera por la salud de Zack y traer de vuelta, lo más pronto posible, una lista por escrito de todo lo que el joven pudiera necesitar.

—Y recuerda dejarle el mensaje —continuó la señora Blyth para concluir— de que no necesita preocuparse por cuestiones de dinero, porque tu señor vendrá mañana o pasado.

De súbito, su atención se vio atraída por Madonna, quien le preguntaba por señas ansiosa, incluso impaciente: «¿Qué le dices a Patty? ¡Oh, por favor, dime qué le dices a Patty!»

La señora Blyth le repitió, usando el alfabeto de los sordomudos, las instrucciones que acababa de darle a la sirvienta; y añadió, al observar la palidez y el nerviosismo que revelaban el rostro de Madonna: «No nos preocupemos innecesariamente por Zack, querida; puede que esté mucho mejor de lo que nos ha hecho creer su carta».

«¿Puedo ir con Patty?», replicó Madonna con los ojos brillantes de ansiedad y dedos que temblaban al formar velozmente esas palabras. «Déjame dar mi paseo con Patty, como si nada hubiera pasado. ¡Déjame ir! ¡Por favor, déjame ir!»

«La pobrecita no podrá resultar de ninguna utilidad», pensó la señora Blyth, «pero si la retengo aquí no hará más que preocuparse hasta que le dé uno de sus fuertes dolores de cabeza. Además, es mejor que dé su paseo ahora, porque más tarde no podré prescindir de Patty». Ante esas consideraciones, la señora Blyth asintió diciéndole a su hija adoptiva que podía acompañar a la doncella a la calle Kirk. En el mismo instante en que recibió permiso, Madonna se puso en marcha; pero se detuvo en cuanto Patty y ella quedaron a solas en la escalera, y, tras indicar por señas que volvería en un momento, subió corriendo a su cuarto.

Cuando entró en la habitación abrió un pequeño neceser que Valentine le había regalado y tras sacar de una de sus bandejas cuatro soberanos y algunas monedas de plata, que era todo lo que había ahorrado hasta entonces, los envolvió rápidamente en un papel y volvió a bajar al encuentro de Patty. Zack estaba enfermo, solo, triste; anhelaba que un amigo se sentara junto a su lecho y lo consolara, ¡y ella no podía ser ese amigo! Pero a Zack también lo asediaba la pobreza; lo había leído en su carta; había algunas cositas que tenía que pagar; necesitaba dinero... y en lo que a eso tocaba sí podía ser su amiga secreta, porque tenía dinero para darle.

«Mis cuatro soberanos de oro serán los primeros que recibirá», pensó Madonna tomando nerviosa el brazo que la sirvienta le ofreció al llegar a la puerta. «Los pondré en algún lugar donde los encuentre sin dificultad y no sepa nunca de dónde salieron. Y Zack volverá a ser rico gracias al dinero que le daré». A ojos de Madonna,

cuatro soberanos representaban una pequeña fortuna. Le había llevado mucho, mucho tiempo ahorrarlos de la modesta suma de dinero que recibía para sus pequeños gastos.

Cuando llamaron a la puerta de la casa les abrió la dueña, quien, tras oír cuál era el encargo de Patty y responder algunas preguntas preliminares acerca de Zack, las invitó cortésmente a pasar al salón. Pero Madonna pareció empeñada —para extrañeza de la sirvienta— en permanecer en el pasillo hasta terminar de escribir unas líneas que acababa de comenzar a trazar en su tablilla. Cuando las terminó se las mostró a Patty, quien leyó con considerable asombro las siguientes palabras: «Pregúntale por dónde se va al salón de Zack, y si puedo pasar. Quiero dejarle algo personalmente, siempre que no haya nadie».

Tras contemplar el rostro grave de su joven ama con estupefacción durante unos momentos, Patty hizo lo que se le pedía, no sin dar antes algunas explicaciones que hicieron proferir a la esposa del tabaquero profusas expresiones de piedad y admiración. Al fin les puso término y respondió muy gustosamente las preguntas de la tablilla, que Patty escribió, correcta, pero bastante lentamente. La sala del señor Thorpe y el otro caballero era la habitación delantera del primer piso. En ese momento no había nadie en ella. ¿Desearía la dama que la acompañara...?

En ese punto Madonna detuvo la labor de la sirvienta con el lápiz, asintió para indicar que comprendía lo que había escrito, y después, paquetito de dinero en mano, subió corriendo el primer tramo de escaleras, con tanta velocidad que llegó al rellano antes de que Patty y la casera se hubieran puesto de acuerdo acerca de cuál de las dos debía ejercer la prerrogativa de precederla en su subida al piso de arriba.

En efecto, cuando Madonna entró, la sala estaba vacía; pero una de las puertas plegables que daban a la habitación trasera había quedado entreabierta; y cuando miró hacia allí, miró también hacia la cabecera de la cama en la que Zack estaba acostado, y vio su cara vuelta hacia ella, sumida en un sueño profundo, inerte, aplastante.

La joven experimentó un violento estremecimiento, y después se quedó inmóvil mirándolo a través de la puerta con los ojos llenos de lágrimas, las mejillas sin color, el corazón latiéndole anhelante, cada vez más rápido, de dolor y compasión. ¡Ah!, ¡cuán pálido, cuán exangüe, cuán lastimosamente exánime yacía en su lecho, con esos aterradores vendajes blancos que cubrían su cabeza y una mano inerme, lánguida que colgaba a un costado de la cama! ¡Qué cambio, comparado con la gloriosa criatura, toda juventud, salud, fuerza y jubiloso ánimo que desde hacía tanto tiempo su inocente idolatría adoraba en secreto! ¡Cuán espantosamente parecido a lo que podría ser su imagen en la muerte era su imagen presente, así, sumido en su quieto y terrible sueño! Esa idea, al pasar por la mente de Madonna, la conmovió, y enjugándose las lágrimas que nublaban su vista, se apartó un poco y recorrió la habitación con la vista. Sus penetrantes ojos femeninos detectaron con una rápida

ojeada todo el desorden, todas las deplorables incomodidades, toda su repelente falta de adecuación como cuarto para sufrientes y enfermos. ¡Sin duda, una pequeña suma de dinero ayudaría a Zack a encontrar un lugar mejor donde recuperarse! ¡Sin duda, su dinero podría contribuir a su comodidad, su felicidad, e incluso a la recuperación de su salud!

Imbuida de esa idea, avanzó unos pasos buscando un sitio apropiado sobre la única mesa de la habitación en el cual dejar su dinero.

Mientras lo hacía, un viejo periódico, con unos mechones de pelo encima, llamó su atención. El pelo era de Zack y lo habían dejado allí para tirarlo; se lo había cortado esa mañana el doctor, quien había considerado que el barbero empleado para eliminar el cabello de la zona lastimada de la cabeza del paciente no había despejado lo suficiente los bordes de la herida. En cuanto Madonna le echó una ojeada al periódico reconoció el pelo de Zack por su color castaño con un leve tinte dorado. Un pequeño rizo, que estaba un poco separado del resto, atrajo especialmente su atención; ansiaba conservarlo como recuerdo, ¡un recuerdo que Zack nunca sabría que poseía!

Vaciló un momento, y en ese momento su ansiedad se transformó en tentación irresistible. Tras echar una mirada por encima del hombro para asegurarse de que nadie la había seguido, tomó el mechón y se lo escondió rápidamente en el seno.

Sus ojos la habían tranquilizado respecto a la presencia de otras personas en la habitación; pero de no haber estado privada del sentido del oído habría sabido, por el sonido de voces procedente de la escalera, entre ellas la de un hombre, que alguien se aproximaba. Sin embargo, forzosamente ignorante de ello, después de apoderarse del rizo, avanzó sin preocupaciones de la mesa hasta la repisa de la chimenea, que le pareció el lugar más seguro donde depositar el dinero. Acababa de ponerlo allí cuando sintió la leve vibración producida por la puerta al abrirse y cerrarse a sus espaldas, y al volverse al instante se vio frente a Patty, la casera y el extraño amigo de Zack de rostro moreno que le había regalado el bolso rojo.

El terror y la confusión hicieron presa de ella cuando lo vio avanzar hasta la repisa de la chimenea y tomar el paquete que acababa de depositar. Evidentemente, había abierto la puerta de la habitación a tiempo para verla colocándolo, y ahora desdoblaba el papel con parsimonia y examinaba el dinero que estaba en su interior.

Mientras el amigo de Zack estaba entregado a esa faena, Patty se acercó a Madonna y, con expresión confusa y agitada, comenzó a escribir en su tablilla, más rápido y con menos corrección que de costumbre. No obstante, la joven logró adivinar, en los pocos renglones enrevesados que garrapateó la sirvienta, que Patty se había asustado ante la súbita entrada del rudo inquilino de la casera, quien había abierto la puerta de la calle justo en el momento en que ella se disponía a seguir a su joven ama, y que con suma descortesía le había cerrado el paso en la escalera

mientras la buena mujer del tabaquero lo ponía al día sobre la enfermedad del joven señor Thorpe. A pesar de que lo escrito en la tablilla resultaba confuso, Madonna logró descifrarlo hasta ese punto, y habría seguido descifrando más si no hubiera sentido una mano pesada sobre su brazo y, al volver la vista, no hubiera visto que el amigo de Zack le hacía una señal con el dinero, ya libre de su envoltura, entre las manos.

Se seguía sintiendo confusa, pero ya no estaba asustada, porque los ojos de Mat no expresaban ni suspicacia ni ira. La contemplaban con bondad y tristeza, mientras apuntaba primero al dinero en su mano y después a ella. Madonna sintió que se ruborizaba y que no le resultaba fácil admitir que el oro y la plata eran suyos, pero al final lo admitió. El amigo de Zack apuntó entonces hacia sí mismo; y cuando Madonna negó con un gesto de la cabeza, apuntó a través de las puertas plegables hacia el cuarto de Zack. La joven, con las mejillas encendidas, sintió un súbito temor de mirarlo a los ojos; pero era igualmente difícil confesar la verdad que negarla desvergonzadamente con un gesto mentiroso. De modo que volvió a mirarlo y asintió valerosamente.

Los ojos de Mat, todavía posados bondadosamente sobre la joven, parecieron tornarse más claros y suaves; pero la obligó a coger su dinero y, como le había tomado la mano para hacerlo, la mantuvo entre las suyas por un momento con torpe gentileza. Después, tras volver a señalar de nuevo en dirección al cuarto de Zack, comenzó a registrarse el bolsillo superior de la levita, sacó de él unas cartas y una faja de piel desmañadamente enrollada, puso las cartas sobre la mesa que estaba a sus espaldas y, tras desenrollar la piel, le mostró que contenía billetes de banco. Madonna lo entendió de inmediato: tenía dinero para cubrir las necesidades de Zack y no quería el de ella.

Después de volver a guardar la faja de piel en el bolsillo, cogió las cartas que estaban sobre la mesa para también guardarlas. Al extender la mano, un mechón de pelo, que parecía haber ido a dar por accidente entre ellas, cayó al suelo a los pies de la joven. Madonna se agachó para recogerlo, y al hacerlo, se sorprendió al ver que su color era exactamente igual al del mechón de pelo de Zack que escondiera en su seno.

Eso la sorprendió; y más la sorprendió que Mat le arrebatara el mechón de pelo con un gesto abrupto y airado. ¿Pensaría que quería quitárselo? Si era así, resultaba fácil mostrarle que un mechón de pelo de Zack no era, precisamente en ese momento, una rareza tal que hubiera que pelearse por poseerlo. Madonna extendió la mano hacia la mesa y, después de tomar unos cabellos del periódico, se los enseñó con una sonrisa, justo en el momento en que Mat estaba a punto de guardarse su propio mechón en el bolsillo.

Por un momento no pareció entender lo que significaba la acción de la joven; a continuación, la semejanza entre el cabello que ambos tenían en las manos se le hizo

evidente.

La expresión de su rostro cambió al instante; cambió tan terriblemente que la joven retrocedió aterrorizada y volvió a poner el pelo sobre el periódico. Mat se abalanzó sobre él y mientras lo estrujaba entre sus dedos, volvió su rostro sombrío y amenazador y sus ojos ferozmente inquisitivos hacia la casera. Mientras esta satisfacía su curiosidad, Madonna lo vio mirar hacia la cama de Zack; y, al hacerlo, su rostro experimentó un nuevo cambio: las sombras desaparecieron de él y las cicatrices de su mejilla se tornaron de un rojo más encendido. Regresó lentamente al rincón de la habitación más lejano; sus ojos inquietos quedaron fijos con una mirada ausente, mientras con una de las manos sostenía, apretado, el viejo periódico, y con la otra les hacía a las sorprendidas y alarmadas mujeres un gesto torpe e impaciente para indicarles que se marcharan.

Desde hacía un par de minutos Madonna sentía que Patty la tiraba del brazo. Ahora estaba tan deseosa de partir como su compañera. Salieron rápidamente, sin atreverse a volver a mirar a Mat, y la casera las siguió. Patty y esta última sostuvieron una larga conversación en la puerta de la calle, evidentemente, a juzgar por la expresión de sus rostros, sobre la conducta del rudo inquilino. Pero Madonna no sentía ningún deseo de que le explicaran en detalle lo que se decían. Aun cuando el extraño comportamiento de Mat la había sorprendido y sobresaltado, eso no era lo central de sus pensamientos en ese instante. Era en el fracaso de su modesto plan para ayudar a Zack en lo que pensaba ahora con una mezcla de confusión y desconsuelo. No había permanecido en la habitación de la calle Kirk mucho más de cinco minutos y, sin embargo, ¡cuántos sucesos desagradables habían ocurrido en ese breve lapso de tiempo!

Durante un largo rato después de la partida de las mujeres, Mat se mantuvo inmóvil en el rincón de la habitación más apartado, mirando con aire ausente en dirección al cuarto de Zack. Su sorpresa inicial al encontrarse una extraña en el pasillo al llegar de la calle; su disgusto inicial al enterarse por la casera del accidente de Zack; su impulso momentáneo de revelar su identidad a la hija de Mary, cuando la vio en la habitación, y de nuevo cuando supo que había ido con su modesta ofrenda animada por el bondadoso propósito de ayudar al joven, todas esas sensaciones habían desaparecido de su memoria y de su corazón; estaba absorto en la emoción que le produjera el descubrimiento de la semejanza entre el pelo de Zack y el pelo de la carta de Jane Holdsworth. Ninguna conmoción era capaz de sacudir la mente de Mat como para hacerle perder su equilibrio; esa conmoción lo había conseguido en un instante.

A medida que comenzó a recuperar gradualmente el control sobre sí mismo, empezó a aumentar su deseo de comprobar una vez más la semejanza entre los dos tipos de cabello, pero mediante una prueba que aún no había realizado. Avanzó sin

hacer ruido hasta las puertas plegables y miró en el interior del cuarto de Zack. El joven Thorpe seguía dormido.

Tras sacudir la cabeza con pesar al advertir cuán pálido y exangüe se veía el rostro del muchacho, se acercó a la almohada y puso sobre ella el pelo de Arthur Carr, cerca del lado sano de la cabeza de Zack. Era tarde, pero aún no había oscurecido. La ventana del cuarto no tenía cortinas, y la luz del sol daba de lleno sobre la almohada cuando Mat clavó la vista en él.

¡La semejanza entre el cabello del durmiente y el cabello de Arthur Carr era total! Ambos eran del mismo color castaño claro, y ambos tenían, mezclado con ese color, el mismo delicado tono dorado, claramente visible a la luz, casi imposible de detectar en la sombra.

¿Cómo era posible que no hubiera advertido antes esa extraordinaria semejanza? Quizás porque nunca había examinado con atención el cabello de Arthur Carr hasta que no se hizo con el brazalete de Mary y se marchó hacia el interior. Quizás también porque nunca le había llamado tanto la atención el cabello de Zack como para preocuparse de examinarlo atentamente. Y ahora que conocía esa semejanza, ¿qué conclusión podía extraer de ella? Obviamente, la juventud de Zack excluía toda relación con él. Pero ¿quiénes eran sus parientes de mayor edad? Y, ¿a cuál de ellos se parecía más? ¿Habría salido a su padre?

Mat miraba al durmiente; algo en el rostro del joven lo preocupó e impidió que prosiguiera sus especulaciones. Tomó el mechón de pelo de la almohada y se dirigió a la habitación delantera. Al pensar en la pregunta fatalmente decisiva relacionada con el descubrimiento que acababa de realizar, y que debía plantearle a Zack en cuanto despertara, su rostro asumió una expresión de preocupación, casi de temor. Hasta ese momento en que era consciente de una entumecedora sensación de abatimiento ante la perspectiva de hacerle esa pregunta al amigo que había vivido con él como un hermano desde el día en que se conocieran, no había sabido cuánto quería a su compañero de cuarto.

Zack despertó al caer la noche. Para Mat, que acudió junto a su lecho, constituía un alivio saber que el joven no podía verle el rostro con claridad. El peso de la terrible pregunta oprimía con fuerza su corazón mientras sostenía la mano aún débil de su camarada; mientras respondía consideradamente, pero, con la mayor brevedad posible, las numerosas preguntas que le hizo; y mientras escuchaba paciente y silencioso la narración larga, llena de rodeos, contada con voz apagada, que le hizo el enfermo sobre el accidente ocurrido. Hacia el final de esa narración, Zack, inconscientemente, le despejó el camino a la fatídica pregunta que Mat ansiaba y temía plantearle.

—Pues sí, amigo —dijo Zack dándose la vuelta débilmente sobre la almohada para quedar frente a Mat—, me dio algo parecido a lo que llamas «visiones». Y esta

mañana me sentía tan infeliz y solitario que le pedí a la casera que le escribiera a mi padre en mi nombre, rogándole que me perdonara y cosas por ese estilo. No me he portado todo lo bien que debía; y cuando uno está enfermo y solo le entra añoranza del hogar...

Su voz comenzó a apagarse y la oración quedó inconclusa.

—Zack —dijo Mat esquivando su mirada mientras hablaba, aunque ya estaba muy oscuro—. Zack, ¿qué tipo de hombre es tu padre?

—¿Qué tipo de hombre? ¿A qué te refieres?

—De aspecto. ¿Te pareces a él?

—¡Dios nos asista, Mat! Lo menos que puedas imaginar. Mi padre tiene la cara completamente arrugada y llena de surcos.

—Claro, claro, como la de todos los ancianos. ¿Tiene el pelo gris?

—Casi blanco. Por cierto, hablando de eso, hay una cosa en la que nos parecemos, al menos en la que nos parecíamos cuando él era joven.

—¿Cuál es?

—De eso que hablábamos: del pelo. He oído a mi madre decir que cuando se casó con él... ahuécame un poquito la almohada, Mat, por favor.

—Sí, sí. ¿Qué fue lo que le oíste decir a tu madre?

—Oh, nada especial. Sólo que cuando era joven su pelo era exactamente igual al mío ahora.

En el momento en que Zack pronunciaba esas palabras trascendentales, la casera llamó a la puerta para anunciar que les traía velas y una buena taza de té para el enfermo. Mat la dejó pasar e inmediatamente salió y cerró detrás de sí las puertas. Aunque era valeroso, en ese momento tuvo miedo de que Zack le viera la cara.

Caminó hasta el hogar y apoyó la cabeza y los brazos en la repisa de la chimenea; reflexionó unos momentos, y entonces se irguió y tras rebuscar en el bolsillo volvió a sacar de él una vez más el mechón de pelo que examinara con tanta ansiedad y tan a menudo durante las dos semanas que estuvo en el interior.

—Ya cumpliste *tu* misión —dijo mirándolo un momento antes de lanzarlo al rojizo resplandor del fuego que ardía mortecino en el hogar—. Ya cumpliste *tu* misión; y la mía está a punto de hacerlo —volvió a apoyar la cabeza y los brazos con aire de agotamiento sobre la repisa de la chimenea, y añadió—: Zack es como un hermano para mí; ¡eso es lo más terrible! Zack es como un hermano para mí.

CAPÍTULO XVI

EL DÍA DEL JUICIO

En la mañana del día siguiente al regreso de Mat a la calle Kirk, el aspecto usualmente tranquilo de la Plaza Baregrove se vio animado por una procesión formada por tres hermosos coches que se detuvieron a la puerta de la casa del señor Thorpe.

De cada coche descendieron varios caballeros de apariencia sumamente respetable, ataviados con lustrosos trajes negros y, casi todos, corbatas blancas. Uno de los caballeros llevaba en sus manos una hermosa escribanía de plata, y otro caballero que lo seguía portaba un rollo de papel brillante atado con una ancha cinta de sobrio tono morado. El papel contenía un Panegírico dedicado al señor Thorpe, en el que se exaltaba su carácter en términos muy afectuosos; la escribanía era un Testimonio de Recuerdo que se le entregaría después de leído el Panegírico; y los caballeros que ocupaban los tres coches eran miembros eminentes de la sociedad religiosa en la que el señor Thorpe se desempeñara como Secretario, y a la que se veía ahora obligado a renunciar debido al precario estado de su salud.

Un reducido y ordenado grupo de personas que no tenía otra cosa que hacer se había reunido en la calle para ver bajar a los caballeros, contemplar su entrada en la casa, examinar la escribanía, preguntarse sobre el Panegírico, observar que el criado del señor Thorpe llevaba su mejor librea y que la doncella del señor Thorpe tenía cintas nuevas en la cofia y vestía su ropa de domingo. Después de que se cerró la puerta de la calle y de que desaparecieron esos diversos objetos de la admiración popular, aún quedó una atracción en la plaza, ésta dirigida a los oídos del público. Uno de los lacayos de los coches había recogido muchos detalles interesantes sobre la Delegación y el Testimonio de Recuerdo, y mientras se los contaba a otro lacayo deseoso de saber, el reducido y ordenado grupo de personas que no tenía otra cosa que hacer se congregó en torno a ellos para prestar oído atento a toda palabra que pudieran captar acerca de las ceremonias que ya se estaban celebrando dentro de la casa.

Uno de los oyentes más atentos era un hombre de tez morena, patillas hirsutas y rostro surcado de cicatrices que había formado parte del grupo congregado en la calle desde los primeros momentos. Había sido blanco de casi tantas miradas como la propia Delegación; y tras cierta dosis de debate, la mayoría había decidido que se trataba de un extranjero de los más excéntricos. Pero, a decir verdad, era un inglés de pura sangre, ya que se trataba, ni más ni menos, que de Matthew Grice.

El aspecto de Mat, mientras permanecía oyendo en medio de los vecinos, era de

tranquila observación y sus maneras bruscas indicaban que se sentía tan seguro de sí mismo como de costumbre. Pero le había costado una dura lucha esa mañana, en la soledad de uno de sus más largos y ásperos paseos, recobrar la calma o, según rezaba su frase favorita, «ser de nuevo él mismo».

Desde el momento en que arrojara al fuego el mechón de pelo hasta ahora que mataba el tiempo frente a la puerta del señor Thorpe, nunca había dudado, por más que otros quizás lo habrían hecho, de que el hombre que había deshonrado a su hermana y el pariente más cercano del camarada que compartía su techo y yacía enfermo en su cama en ese momento eran la misma persona. Aunque se encontraba rodeado por los casuales espectadores callejeros, en apariencia tan indolentemente curioso como el más indolente de ellos mirando lo que miraban, escuchando lo que escuchaban, y dispuesto a marcharse de la plaza cuando se marcharan nunca flaqueó su decisión de mantenerse alerta en busca de la primera oportunidad que se le presentara para entrar ese mismo día en la casa del señor Thorpe, porque estaba resuelto a investigar todos los matices del secreto que se le revelara cuando la joven sordomuda levantara juguetona en su mano, para que los viera, unos cabellos de Zack.

La dispersión de los curiosos en la calle se aceleró cuando la imaginaria descripción del lacayo sobre las ceremonias que se desarrollaban en la casa del señor Thorpe se vio interrumpida por un fuerte aguacero. La helada había sido seguida ese año por un prematuro buen tiempo primaveral: abril parecía haber llegado con un mes de adelanto.

Sin hacer caso de la lluvia, Mat recorrió lentamente las calles que rodeaban la Plaza Baregrove, lanzando miradas de vez en cuando, desde lejos, a través de la neblina de la llovizna, para ver si los coches seguían delante de la puerta del señor Thorpe. La ceremonia de presentación del Testimonio de Recuerdo era, evidentemente, prolongada, porque los vehículos esperaron largo tiempo a sus propietarios. La lluvia había cesado, el sol había reaparecido, se habían apiñado nuevas nubes y amenazaba con caer un segundo aguacero antes de que la Delegación de la Magna Sociedad Religiosa volviera a subir a sus vehículos y se marchara de la plaza.

Cuando finalmente partió, Mat avanzó y llamó a la puerta del señor Thorpe. Ya las nubes se agolpaban ocultando el sol y comenzaban a caer las primeras gotas del nuevo aguacero cuando le abrieron la puerta.

El sirviente vaciló antes de hacerlo pasar. Mat había previsto que se encontraría ante ese tipo de obstáculo y se había preparado mentalmente para afrontarlo.

—Dígale a su amo —dijo—, que su hijo está enfermo y que es de eso de lo que vengo a hablarle.

El mensaje fue transmitido y produjo el efecto deseado. El sirviente hizo pasar a

Mat a la sala.

Las sillas ocupadas por los miembros de la Delegación no habían sido devueltas aún en su lugar, la hermosa escribanía de plata estaba sobre la mesa; a su lado se encontraba el Panegírico, bellamente copiado en el papel más blanco. El señor Thorpe estaba junto al hogar, e inclinado sobre la mesa, examinaba mecánicamente, por segunda vez, las firmas que aparecían al pie del Panegírico mientras su desconocido visitante era conducido al primer piso.

La llegada de Mat lo había interrumpido en el preciso instante en que se dirigía a la habitación de la señora Thorpe para describirle la Ceremonia de Entrega, a la que ella no había podido asistir por no sentirse bien. Se detuvo, y la leve sonrisa que adornaba su rostro había desaparecido al recibir del sirviente la noticia de la enfermedad de su hijo. Pero el febril rubor de triunfo y placer que su entrevista con la Delegación llevara a sus mejillas aún las coloreaba con la misma intensidad cuando Matthew Grice entró en la habitación.

—Ha venido usted a contarme... —comenzó el señor Thorpe.

Vaciló, tartamudeó un par de palabras más y se interrumpió. Algo en la expresión del oscuro y extraño rostro ceñudo que vio bajo el casquete de terciopelo negro hizo morir las palabras en sus labios. En su estado de nerviosismo y debilidad, cualquier emoción súbita de duda o sorpresa, por más leve o temporal que fuera, resultaba demasiado fuerte como para que lograra mantener el control sobre sí mismo, lo cual se revelaba lastimosamente en su habla y sus maneras.

Mat no pronunció ni una palabra para romper el pesado silencio. ¿Estaría en ese momento, en verdad, frente a frente con Arthur Carr? ¿Podría haber sido ese hombre —tan frágil y enclenque, con el pecho canijo, los hombros caídos, el afeminado tinte rosa de sus mejillas marchitas y surcadas de arrugas— el hombre que empujara a Mary a ese último refugio en el que crecían espesas las zarzas y las malas hierbas y se estancaban los pestíferos charcos de lodo en un rincón olvidado del cementerio?

—Ha venido usted, señor —continuó el señor Thorpe tras recuperar el control mediante un esfuerzo que aumentó el rubor de sus mejillas—, a traerme noticias de mi hijo que no me toman totalmente por sorpresa. Supe de él ayer, y aunque al inicio no lo noté, me di cuenta posteriormente, al releer su carta, que la letra no era la suya. No tengo los nervios muy fuertes, y esta mañana se han visto sometidos a una prueba (una prueba agradable, sumamente agradable) gracias a unos testimonios de bondad y afecto a los que no son muchos los hombres que se hacen acreedores. Permítame suplicarle que si sus noticias son de naturaleza alarmante (¡qué Dios no lo quiera!) me las comunique lo más gentilmente...

—La noticia que le traigo es la siguiente —lo interrumpió Mat—: su hijo sufrió una herida en la cabeza, pero ya pasó lo peor. Vive conmigo, me es simpático y me propongo cuidar de él hasta que se recupere totalmente. Esa es la noticia que le traigo

de su hijo. Pero eso no es todo lo que tengo que decirle. Le traigo noticias de alguien más.

—¿Tendría la bondad de tomar asiento y explicarse?

Se sentaron en extremos opuestos de la mesa, con el Testimonio de Recuerdo y el Panegírico entrambos. Afuera, el aguacero comenzaba a arreciar. El estruendo de las gotas de lluvia al caer y el sonido de pasos apresurados provenientes de los pocos paseantes de la plaza que buscaban refugio a toda velocidad penetraron en la habitación durante el silencio que se produjo después de que tomaran asiento. El primero en romperlo fue el señor Thorpe.

—¿Podría saber su nombre? —dijo en voz baja y calmada.

Mat pareció no oír la pregunta. Tomó el Panegírico de la mesa, miró la lista de firmas y se volvió hacia el señor Thorpe.

—He oído hablar de esto —dijo—. ¿Todos los nombres que aparecen ahí son de amigos suyos?

El señor Thorpe pareció un poco sorprendido, pero respondió después de un instante de vacilación.

—Por supuesto; son los amigos que más aprecio en el mundo.

—Amigos —prosiguió Mat al tiempo que leía en voz baja la frase introductoria del panegírico— que han depositado en usted la más afectuosa confianza.

El señor Thorpe comenzó a dar muestras de sentirse bastante ofendido, además de bastante asombrado.

—¿Me perdonará —dijo con frialdad— si le suplico que proceda con el asunto que lo ha traído aquí?

Mat volvió a dejar el Panegírico sobre la mesa, frente a él, y tomó un lápiz de una bandeja con útiles de escritura que estaba a mano.

—Amigos que han depositado en usted la más afectuosa confianza —repitió—. Falta el nombre de uno de esos amigos. Debería estar, y me propongo escribirlo.

En el momento en que la punta del lápiz tocó el papel del Panegírico, el señor Thorpe se incorporó de un salto.

—¿Qué debo deducir de su conducta, señor? —comenzó arrogante, al tiempo que extendía la mano para hacerse con el Panegírico.

Mat levantó la vista para mirarlo con el destello de sierpe en los ojos y el rojo encendido ardiendo en las cicatrices de sus mejillas.

—Siéntese —dijo—. No escribo rápido. Siéntese y espere a que termine.

El rostro del señor Thorpe comenzó a dar señales de agitación. Dio un paso en dirección al hogar, con la intención de hacer sonar la campanilla.

—Siéntese y espere —reiteró Mat en un tono seco, fiero, apagado, de mando, al tiempo que se levantaba también de su silla y apuntaba con ademán perentorio a la que acababa de abandonar el dueño de la casa.

Una súbita duda cruzó por la mente del señor Thorpe y lo hizo detenerse antes de tocar la campanilla. ¿Estaría este hombre privado de sus facultades mentales? Sus actos resultaban totalmente inexplicables; sus palabras y la manera en que las pronunciaba eran igualmente extrañas; su rostro ceñudo y surcado de cicatrices casi no parecía humano. ¿Sería bueno que pidiera auxilio? No, sería menos que inútil. A no ser por el criado, que no era más que un niño, en la casa no había sino sirvientas. Al recordarlo, el señor Thorpe volvió a tomar asiento, y en ese mismo instante, Mat comenzó, torpe y lentamente, a escribir en el espacio en blanco que quedaba debajo de la última firma al pie del Panegírico.

El cielo seguía encapotándose a toda velocidad, la lluvia seguía cayendo cada vez más reciamente cuando trazó la última letra y le pasó al señor Thorpe el papel, que ahora tenía inscrito el nombre de Mary Grice.

—Lea ese nombre —dijo Mat.

El señor Thorpe miró los caracteres trazados por el lápiz. Su rostro cambió al instante; se hundió en su asiento; un grito apagado salió de sus labios; después, quedó en silencio.

Por más que el grito fuera momentáneo, ahogado, débil, proclamaba que era el hombre que Mat buscaba. Lo había denunciado incluso antes de que el señor Thorpe se encogiera tembloroso en su asiento, con ambas manos apretadas convulsivamente sobre el rostro.

Mat se puso de pie y habló mientras lo recorría con la vista de la cabeza a los pies, sin rastro de piedad.

—Ni uno solo de esos amigos —dijo apuntando al Panegírico— depositó en usted una confianza tan afectuosa como ella. Cuando vi por primera vez su tumba en un cementerio perdido, me dije que me vengaría del hombre que la había llevado a reposar allí. Hoy estoy aquí para vengarme de usted. Carr o Thorpe, o como quiera llamarse, ¡sé cómo la trató! Su padre era mi padre; su apellido es mi apellido; usted fue su peor enemigo hace veintitrés años; usted es mi peor enemigo ahora. ¡Soy su hermano, Matthew Grice!

La criatura temblorosa sobre la cual se alzaba Mat dejó caer las manos de súbito; levantó la terrible faz con una mirada tal de pánico en los ojos, con unas convulsiones y una distorsión tan espantosa de todos sus rasgos que hasta para los firmes nervios de Mat constituyó una prueba contemplarlo sin desviar la vista. A pesar de sí mismo retornó a su silla, se sentó junto a la mesa y guardó silencio.

Un murmullo y unos gemidos quedos, entre los cuales resultaban apenas inteligibles unas pocas palabras aisladas, le hicieron volver la vista sobre el anciano. Vio que el rostro espantoso estaba oculto otra vez. Oyó, reiteradas, las palabras aisladas, siempre en el mismo tono ahogado de lamento. De cuando en cuando percibía, audible, una frase trunca que venía desde detrás de las manos marchitas, aún

aferradas al rostro. Mat escuchó fragmentos de frases como los siguientes:

—Tenga piedad de mi esposa... acepte el remordimiento de muchos años... sálveme de la deshonra...

Después de esas últimas tres palabras Mat no quiso seguir oyendo. Todo lo que de despiadado había en él despertó de nuevo en cuanto las escuchó.

—¿Qué lo salve de la deshonra? —repitió poniéndose de pie de un salto—. ¿La salvó usted a *ella*? ¡No!

De nuevo las manos cayeron a un lado, de nuevo la cara espantosa se alzó lenta, horrible, para mirarlo a los ojos. Pero esta vez Mat no retrocedió ante ella. No había piedad en él —ni en sus ojos, ni en su tono— cuando prosiguió.

—¡Cómo! ¿Así que lo deshonraría? ¡Entonces deshonrado quedará! Lo ha mantenido en secreto, ¿no es así? ¡Pues le contará ese secreto a cuanto ser viviente pase por esta casa! ¡Se hará responsable de la deshonra de Mary, de la muerte de Mary y de la hija de Mary ante cada uno de los que estamparon su nombre en ese papelito! ¡Lo hará, y mañana mismo si quiero! Lo hará, aunque tenga que traer conmigo a su hija para obligarlo; aunque tenga que quedarme, de la mano de ella, aquí, frente a su hogar.

Se detuvo. El cuerpo encogido luchaba por incorporarse de su asiento: una de las manos marchitas se alzaba lentamente y se le tendía; los ojos llenos de pánico se tornaban menos ausentes y miraban fijamente a los suyos con expresión aterrada; los labios pálidos musitaban algo rápidamente. Al principio Mat no pudo entender qué decían. Después logró distinguir tres palabras: «¿La hija de Mary?», reiteradas veloz, queda, incesantemente. Entonces volvió a hablar.

—Sí —dijo con la misma crueldad de antes—. Sí: la hija de Mary. Su hija. ¿No la conoce? ¿Es por eso que mira y tiembla así? Vaya a verla: vive a un tiro de pistola de usted. Pídale al amigo de Zack, al Hombre que Pinta, que le enseñe a la niña sordomuda que recogió entre los jinetes del circo. ¡Mire! ¡Mire este brazalete! ¿Recuerda su pelo? Las manos que criaron a la hija de Mary sacaron este brazalete del bolsillo de Mary. ¡Vuelva a mirarlo! Mírelo tan de cerca como quiera...

Volvió a callar. La frágil criatura que había intentado débilmente incorporarse mientras Mat sostenía entre sus manos el brazalete de cabellos de súbito se hundió pesadamente en su asiento. Mat vio que sus párpados se entrecerraban y que su rostro adquiriría una gran inmovilidad; oyó un suspiro profundo, pero ningún grito, ningún quejido, ningún murmullo, ningún sonido excepto el del cerrado aguacero sobre el pavimento.

¿Habría muerto?

Mat sintió que el recuerdo de Zack afloraba a su corazón y lo consternaba.

Vaciló un momento, se inclinó sobre la silla y puso su mano sobre el pecho del ser espectral reclinado en ella. Aún se percibía una leve palpitación; y cuando después le

tomó el pulso, sintió que latía débilmente. No era la muerte lo que veía, sino el desmayo que es pariente cercano de ella.

Durante unos minutos se quedó con los ojos clavados en la serena y blanca faz, pensativo.

—Si Zack y yo no hubiéramos sido como hermanos... —musitó. No terminó la frase, tomó rápidamente su sombrero y se marchó de la habitación.

En el pasillo se topó con una de las sirvientas, quien le abrió la puerta de la calle.

—Su amo la llama —dijo con esfuerzo. Pronunció esas palabras, pasó junto a la mujer y salió de la casa.

CAPÍTULO XVII

LA VENGANZA DE MATTHEW GRICE

Sin mirar a izquierda o derecha, sin saber adónde se dirigía y sin que ello le importara, Matthew Grice dobló en la primera esquina que le permitió salir de la Plaza Baregrove. Resultó ser la calle que desembocaba en el largo camino en cuyo extremo más alejado vivía el señor Blyth. Mat siguió ese camino mecánicamente, sin dedicarle ni una mirada fugaz al hogar del pintor cuando pasó frente a él y sin percatarse de que en ese momento llegaba a la verja del jardín un coche de alquiler con equipaje sobre el techo. De haber vuelto la vista hacia el vehículo habría visto a Valentine en su interior, contando el dinero para pagar el viaje.

Pero Mat siguió caminando, sin desviarse, sin mirar a los lados. Avanzaba contra el viento, hacia el pedazo del cielo que comenzaba a aclararse. Escampaba ahora velozmente, y los primeros rayos del sol que retornaban, al filtrarse por entre la niebla y las nubes, acariciaban, tiernos y cálidos, su rostro.

Aunque no daba señales externas de ello, estaba inquieto, y en su interior se desarrollaba una lucha. El nombre de Zack venía a menudo a sus labios, y variaba constantemente el paso, ora apresurándolo, ora haciéndolo más lento, a intervalos irregulares. Cayó la tarde antes de que diera la vuelta para regresar a su casa; ya era de noche cuando se sentó de nuevo junto al lecho del joven Thorpe.

—Esta noche me siento mucho mejor —dijo Zack respondiendo a sus primeras preguntas—. El bueno de Blyth ya regresó; se ha pasado aquí conmigo un par de horas o quizá más. ¿Dónde te has metido todo el día, viejo Lobo Marino incansable? —continuó, ya con un toque de sus naturales maneras juguetonas, que comenzaban a revivir—. Por cierto, llegó una carta para ti. La casera dijo que la pondría sobre la mesa de la habitación de delante.

Matthew encontró la carta y la abrió: contenía dos documentos. Uno estaba dirigido al señor Blyth, el otro no tenía destinatario. Como la letra de la carta no le era familiar, Mat buscó primero la firma al final y vio que era Thorpe.

—Espera un momento —dijo cuando Zack volvió a hablarle—, quiero leer esta carta. Hablaremos después.

He aquí lo que leyó:

Han pasado algunas horas desde que se marchó de mi casa. He tenido tiempo para recobrar un poco las fuerzas y la calma, y he recibido asistencia y consejos que me han permitido aprovechar ese tiempo. Ahora que sé que puedo escribir serenamente, le envío esta carta.

Mi objetivo no es preguntarle cómo se enteró del culpable secreto que oculté a todos —incluso a mi esposa—, sino ofrecerle la explicación y la confesión que tiene derecho a exigirme. No discuto ese derecho: admito que lo tiene, sin pedir más pruebas que las que me han dado sus actos, sus despiadadas palabras y el brazalete

que ostenta en su poder.

Conviene que sepa primero que el nombre falso con el que se me conocía en Dibbledean se originó en una tonta broma: en la apuesta de que ciertos amigos de mi misma edad, acostumbrados a ridiculizar mi apego a la botánica y a seguirme e interrumpirme a menudo cuando salía en busca de especímenes de plantas, serían incapaces de seguir mi rastro y descubrirme en mi retiro campestre. Me dirigí a Dibbledean porque la zona era famosa por sus especímenes de helechos raros, que deseaba coleccionar; y adopté ese falso nombre antes de partir para impedir que mis amigos me siguieran y me molestaran. Sólo mi padre estaba en el secreto, y vino a visitarme una o dos veces a mi retiro. No tengo excusa para haber seguido conservando ese nombre cuando debí haber sido franco acerca de mi persona y mi situación en la vida. Mi conducta, en ese punto, fue imperdonablemente criminal, como lo fue en cosas mayores.

Mi estancia en la casita que alquilé se prolongó mucho más de lo que mi padre habría permitido si yo no lo hubiera engañado y si no hubiera estado él muy agobiado en esa época por ciertas dificultades imprevistas en su negocio de importación y exportación. Esas dificultades llegaron al fin a su punto más alto y la salud de mi padre se resintió. Su presencia, o la de una persona debidamente cualificada que lo representara, se hizo imperiosa en Alemania, donde estaba establecida una de sus oficinas, dirigida por un agente. Yo era su único hijo; me había hecho su socio de la casa de Londres; me había permitido, con el pretexto que le había dado de que mi salud era delicada, abandonar mis deberes durante varios meses y dedicarme a placer a mis labores botánicas favoritas. Por tanto, cuando me escribió que gran parte de sus propiedades y, en consecuencia, gran parte de la fortuna de mis hermanas, dependía de que me trasladara a Alemania (dado que su salud no le permitía emprender el viaje), no tuve más remedio que ponerme a su disposición de inmediato.

Partí con las seguridades previas de que mi ausencia no se prolongaría por más de tres o cuatro meses a lo sumo.

Mientras permanecí en el extranjero le escribí constantemente a su hermana. La había tratado deshonrosa e inicua, pero nunca había pasado por mi corazón la idea de abandonarla: mi más preciada esperanza, en esa época, era la de volver a verla. Ninguna de mis cartas obtuvo respuesta. Me vi obligado a permanecer en Alemania más tiempo del que consintiera en quedarme allí; y tremendamente preocupado, me atreví incluso a escribirle dos veces a su padre. Esas cartas tampoco obtuvieron respuesta. Cuando al fin regresé a Inglaterra, envié a Dibbledean a una persona en quien podía confiar, para que hiciera las averiguaciones que temía hacer yo mismo. Mi mensajero fue despachado a las puertas de su casa con la terrible noticia de la huida del hogar y la muerte de su hermana.

Fue entonces cuando comencé a sospechar que mis cartas habían sido interceptadas. Fue entonces también, cuando mi dolor y mi desesperación cedieron un tanto, que la noticia de la huida de su hermana me llevó a sospechar, por primera vez, sobre las consecuencias de mi pecado. Puede parecerle extraño que esa sospecha no me asaltara antes. Quizás dejaría de parecérselo si le detallara el peculiar sistema de educación hogareña mediante el cual mi padre, estricta y concienzudamente, intentó preservarme —como no son habitualmente preservados otros jóvenes— de la contaminación moral del mundo. Pero sería inútil insistir en eso ahora. Ninguna explicación puede cambiar lo ocurrido en un pasado de culpas e infelicidad.

Angustiadamente —aunque de modo discreto, y con temor y temblor— encargué que se realizaran averiguaciones que confiaba que podrían elucidar la cuestión de si había o no un hijo. Las continué durante largo tiempo, pero fueron infructuosas; quizás, pienso ahora con amargo dolor, porque se las encargué a otros, y no tuve el valor de realizarlas yo mismo.

Dos años después me casé en circunstancias bastante extraordinarias, que no tiene usted ningún derecho a conocer. Esa parte de mi vida es un secreto entre mi esposa y yo, y sólo a nosotros nos pertenece.

Ya me he detenido demasiado tiempo en la parte de culpa que me toca en los sucesos del Pasado. En cuanto al Presente y el Futuro, aún me quedan una o dos cosas que decir.

Ha manifestado usted que expiaré todo el mal que le hice a su hermana mediante la revelación de mi vergonzoso secreto a todos mis amigos. Mi vida ha sido una larga expiación. Mi salud precaria, mi carácter irritable, mis agotadoras y secretas penas, que nunca compartí y para las que nunca recibí consuelo, han sido un castigo más pesado, durante todos estos años, de lo que usted imagina. ¿Desea verme aquejado por sufrimientos más vivos que esos? Si es así, puede gozar del vengativo triunfo de haberlos infligido ya. Sus amenazas me obligarán a alejarme, dentro de pocas horas, de los amigos junto a los que he vivido, en el momento preciso en que el afecto que me han demostrado y el honor que me han conferido me han hecho su compañía sumamente preciosa. Me obligará a alejarme de eso y de más, porque me obligará a abandonar mi hogar en el momento en que mi hijo me ha suplicado afectuosamente que lo reciba de nuevo en él.

Esas pruebas, por más penosas que sean, estoy dispuesto a soportarlas, si mediante su humilde aceptación considera que purgo mi pecado. Pero no tengo fuerzas para nada más. No puedo afrontar la revelación pública con la que está decidido a anonadarme. La preocupación central —quizás debería decir que la debilidad central— de mi vida ha sido la de ganarme y preservar el respeto de los demás. Al desvelar el crimen que deshonró mi juventud, está usted a punto de privarme de mi buena fama. Puedo dejarla ir sin luchar, como parte del castigo que merezco; pero no tengo el valor de esperar a ver cómo me la arrebatara. Mis síntomas me dicen que no me queda mucho por vivir; mis convicciones me hacen estar seguro de que no puedo prepararme adecuadamente para la muerte hasta no apartarme de los intereses y los terrores de este mundo... en una palabra, del horror de una revelación pública que merezco, pero que al cabo de mi penosa vida es más de lo que puedo soportar. Nos hemos visto por última vez en este mundo. Esta noche estaré fuera del alcance de su venganza, porque esta noche habré emprendido viaje hacia un refugio en lo que lo poco que me queda de vida estará a salvo de sus miradas y de las de todos los demás hombres.

Sólo me queda ahora referirme a los dos documentos que adjunto a esta carta.

El primero está dirigido al señor Blyth. Lo dejo para que llegue a sus manos por intermedio de usted, porque me avergüenza comunicarme con él directamente. Si lo que dijo acerca de mi hija es cierto —y no tengo manera de refutarlo— entonces, en mi ignorancia sobre su identidad, en mi ruptura con su protector desde que entró bajo su techo, he cometido inconscientemente una ofensa contra el señor Blyth que ningún arrepentimiento puede adecuadamente expiar. Siento ahora con toda agudeza cuán presuntuosamente cruel me ha hecho la amarga convicción sobre la depravación de mi propio pecado con respecto a lo que consideraba pecaminoso en otros. Ahora sé, además, que a menos que no haya dicho usted la verdad, he sido culpable de arrojar, a la puerta del hombre que noble y tiernamente le ofreció asilo en su propio hogar, la vergüenza de mi hija abandonada. La inexpresable angustia que la mera sospecha de ello me ha producido muy bien podría haberme causado la muerte. Todavía me maravillo de haberme recuperado.

Lo dejo en entera libertad de leer la carta dirigida al señor Blyth que le confío. Aparte de la expresión de mi vergüenza, mi pesar y mi sincero arrepentimiento, contiene algunas preguntas a las que no dudo que el señor Blyth, gracias a su bondad cristiana, me enviará por escrito las respuestas. Las preguntas sólo se refieren a la identidad de la joven, y la dirección que incluyo al final es la de la oficina de mi abogado y agente en Londres. Él me hará llegar el documento y después se pondrá de acuerdo con el señor Blyth acerca de la mejor manera de garantizar que quede en mi herencia una porción adecuada de mis propiedades para su hija adoptiva. Él se ha hecho merecedor de su cariño y a él se la dejo agradecida y humildemente. En cuanto a mí, no soy digno siquiera de mirarla a los ojos.

El segundo documento adjunto es para mi hijo, y debe entregársele si ya le reveló usted el secreto de la falta de su padre. Pero si no lo ha hecho, si en su corazón ha nacido un sentimiento de piedad hacia mí que lo induzca al perdón y el silencio, destruya la carta y dígame que encontrará una carta para él en la oficina de mi agente. Me escribió pidiéndome perdón; se lo concedo de todo corazón. De todo corazón, a mi vez, confío en que me absuelva de las severidades que tuve para con él, cuyo honesto objetivo era evitar que cayera como cayó su padre, pero que ahora temo que apliqué con demasiado dureza y durante demasiado tiempo. He sufrido mucho a causa de ese error, como a causa de otros —mucho más cuando abandonó su hogar— de lo que desearía nunca que supiera. Dice usted que vive con usted y que le tiene aprecio. Sea amable con él, ahora que está enfermo, en honor a su madre.

Mi mano es cada vez más débil: no puedo seguir escribiendo. Permítame terminar esta carta suplicando su perdón. Si me lo concede, le pido entonces también que ore por mí.

Con esas palabras concluía la carta.

Matthew se quedó sentado, con la carta abierta entre las manos, durante un rato. Buscó con la vista un par de veces la carta del señor Thorpe para su hijo, que estaba sobre la mesa, pero no la destruyó; ni siquiera la tocó.

Al cabo de unos momentos le llegó la voz de Zack desde la habitación trasera.

—Estoy seguro de que ya tienes que haber terminado de leer tu carta, Mat. He estado pensando en las conversaciones que solíamos tener acerca de irnos juntos a América y dedicarnos un tiempo a cazar búfalos y vagabundear por lugares remotos.

Si mi padre me vuelve a conceder su favor y se logra que diga que sí, me gustaría mucho ir contigo, Mat. No por mucho tiempo, ¿sabes?, porque tengo que pensar en mi madre y mis amigos de aquí. ¡Pero un viaje por mar y unas cuantas batidas en eso que llamas parajes desolados me harían tanto bien! Tengo la impresión de que nunca sentaré la cabeza sin antes echar una cana al aire. Me pregunto si mi padre me dejaría ir.

—Sé que lo haría, Zack.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Te lo diré en otro momento. Tendrás tu escapada, Zack; se hará lo que te pide el corazón, e irás conmigo —al decir esas palabras volvió a mirar la carta del señor Thorpe a su hijo y esta vez la tomó en sus manos.

—¡Oh! ¡Cómo desearía estar lo bastante fuerte para partir ya! Ven acá, Mat, hablemos un poco de eso.

—Un momento, ya voy —tras pronunciar esas palabras se puso de pie—. En honor a ti, Zack —dijo, y arrojó la carta al fuego.

—¿Qué haces que te toma tanto tiempo? —preguntó el joven Thorpe.

—¿Te acuerdas de que cuando nos conocimos dije que seríamos como hermanos? —dijo Mat al tiempo que iba hacia el cuarto y se sentaba junto a la almohada del joven—. Pues lo que he estado haciendo todo este tiempo, Zack, es intentar cumplir mi palabra.

—¿Intentar? ¿Qué quieres decir? No te entiendo, viejo lobo.

—No importa: algún día lo entenderás mejor. Hablemos ahora de cómo nos embarcaremos e iremos a cazar búfalos.

Discutieron la proyectada expedición hasta que Zack sintió sueño. Cuando se durmió plácidamente Mat regresó a la habitación delantera y tras tomar de la mesa la carta del señor Thorpe para el señor Blyth, salió de la calle Kirk en dirección a la casa del pintor.

Valentine había tenido que abrir dos veces su escritorio desde su llegada, pero en ninguna de las dos ocasiones le había resultado necesario revisar la larga y estrecha gaveta del fondo en la que ocultara años atrás el brazaletes de cabellos. En consecuencia, cuando Matthew Grice entró en el taller y lo puso en sus manos sin decir palabra, seguía en una total ignorancia de que había sido sustraído.

Valentine fue presa de una consternación y un asombro tan inmensos que dejó que su visitante cerrara la puerta con llave para impedir interrupciones y que lo condujera de manera perentoria a un asiento sin hacerle preguntas ni protestar. Se mantuvo mudo durante toda la narración de Mat, hasta que éste le entregó la carta del señor Thorpe y le explicó que Madonna seguiría enteramente a su cuidado. Entonces, por primera vez, sus mejillas dieron señales de recobrar su color natural, y exclamó con fervor:

—¡Gracias a Dios! ¡Después de todo no la perderé! ¡Me gustaría que hubiera empezado por ahí, en cuanto entró en la habitación!

Tras decir esto comenzó a leer la carta del señor Thorpe. Cuando terminó y levantó la vista, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No puedo evitarlo —dijo el bueno del pintor—. Hasta a usted le afectaría si se dirigiera a usted con tanta humildad. ¿Cómo puede dudar de que lo perdone, cuando se ha hecho acreedor a mi eterna gratitud al no pedirme que me aleje de nuestra querida hija? No se conocen; nunca, nunca ha visto su cara —continuó Valentine en tono más quedo y grave—. Madonna siempre lleva el rostro cubierto con su velo cuando salimos, porque así se lo pedí; y nuestros paseos generalmente han sido en dirección al campo y no hacia la ciudad. Sólo recuerdo haberlo visto acercarse a nosotros en una ocasión; y crucé la calle con ella, sabiendo que ambos no estábamos en los mejores términos. Hay algo terrible en el hecho de un padre y una hija vivan tan cerca pero estén, por decirlo de algún modo, tan, tan lejos. Es espantoso pensar en eso. ¡Y es mucho más espantoso pensar que fue *la mano de la hija* la que sostuvo el mechón de pelo para que usted lo viera, y que fue su pequeña e inocente acción la que lo condujo a descubrir quién es su padre!

—¿Le hará saber algún día todo lo que ahora sabemos? —preguntó Matthew.

El rostro de Valentine volvió a adoptar una expresión de desazón.

—¿Ya se lo ha contado a Zack? —inquirió nervioso y preocupado.

—No —dijo Mat—; ¡y no vaya a hacerlo *usted*! Cuando Zack se recupere se irá a cazar conmigo a los parajes desolados del otro lado del mar. Me he encariñado con el chico como si fuera carne de mi carne y sangre de mi sangre. Me empecé a apegar a él cuando dio aquellos puñetazos por mí en la taberna, y desde entonces hemos sido como hermanos. Quizás no lo crea, pero perdoné al padre de Zack por Zack, y no pido más recompensa que llevarme al chico a cazar durante una o dos estaciones. Cuando esté a punto de regresar y nos digamos adiós, le diré lo que pasó; pero ahora no quiero ni siquiera correr el riesgo de que me mire mal por dejar que sepa algo de lo que hubo entre su padre y yo.

Aunque sus palabras le produjeron a Valentine no poca sorpresa e interés, no lograron eliminar las preocupaciones despertadas en él por la pregunta anterior de Matthew, por lo que comenzó a sentir la necesidad de confiarle a la señora Blyth, su gran consejera en toda dificultad e incansable consoladora en todos los contratiempos.

—¿Le importaría esperar aquí mientras subo y le doy estas noticias a mi esposa? —dijo—. Sin su consejo no sé qué hacer en lo relativo a revelarle o no nuestro descubrimiento a la pobre niña. ¿No le molesta esperarme?

No: Matthew estaba dispuesto a esperarlo. Al oírlo, el señor Blyth abandonó inmediatamente la habitación.

Permaneció ausente un largo tiempo. Cuando regresó, su rostro no parecía haber recuperado la calma gracias a la consulta.

—Mi esposa me acaba de dar otra información —dijo— que su amor maternal por nuestra hija adoptiva le permitió adivinar hace ya algún tiempo. Me ha sorprendido y preocupado lo que me ha contado. Pero no es necesario que le diga nada más sobre el tema salvo que la señora Blyth me hizo decidirme a no confiarle nada a Madonna (a Mary, debería decir) hasta que Zack se haya recuperado y se haya marchado de Inglaterra. Debo confesar que cuando me contó usted hace unos minutos su proyectado viaje, se me ocurrieron muchas objeciones posibles. Todas han sido borradas por lo que mi esposa me ha dicho. Concuero de todo corazón con ella en que lo mejor que Zack puede hacer es emprender el viaje que se propone. Usted está dispuesto a hacerse cargo de él, y creo con toda honestidad que podemos ponerlo en sus manos con absoluta confianza.

Resuelta así esa grave dificultad, Valentine se sintió lo bastante calmado como para atender a algunas cuestiones menores. Entre las preguntas que hizo estaba una relativa al brazalete y a la manera en que Matthew se había hecho con él. La respuesta fue una franca confesión, una confesión que puso a prueba al máximo la amabilidad y la tolerancia del carácter de Valentine, y que provocó que al terminar le dirigiera a Mat algunos de los reproches más severos que salieran de sus labios en toda su vida.

Mat lo escuchó hasta el final; después, tras tomar su sombrero, musitó unas pocas palabras de disculpa que el buen corazón de Valentine le indujo a aceptar casi en cuanto fueron pronunciadas.

—Lo pasado pasó —dijo el pintor—. Al menos ha sido franco conmigo; y en reconocimiento a esa franqueza le doy las buenas noches como a un amigo.

Cuando Mat regresó a la calle Kirk, la casera salió de su saloncito para informarle que un visitante había estado en el apartamento durante su ausencia. Una dama de edad, muy pálida y enferma, a juzgar por su aspecto, había preguntado por el señor Thorpe hijo, y había expresado su solicitud diciendo que era su madre. Zack dormía en ese momento, pero la casera había llevado a la dama sus habitaciones para que lo viera acostado; la mujer se había inclinado sobre él, lo había besado y había vuelto a marcharse a toda prisa y llorando. Matthew asumió una expresión grave al escuchar esa noticia, pero no dijo nada cuando la casera concluyó, excepto unas pocas palabras para encargarle que no le mencionara a Zack lo sucedido cuando despertara. Era obvio que la señora Thorpe conocía ya el secreto de su esposo y que había decidido consagrarse amorosamente a él, para brindarle su consuelo y su compañía hasta el final.

Cuando el doctor le hizo su visita de costumbre al enfermo, a la mañana siguiente, se le pidió de inmediato que respondiera a la importante pregunta de

cuándo estaría Zack en disposición de viajar. Tras la debida consideración y una cuidadosa inspección del lado herido de la cabeza del enfermo, contestó que en un mes el joven estaría en condiciones de embarcar, y que el viaje por mar sería más útil para hacerle recuperar la salud y las fuerzas que todos los tónicos que todos los médicos de Inglaterra pudieran prescribirle.

A Matthew le habría parecido bastante tedioso el mes de inactividad al que se vio obligado a someterse a causa de Zack, de no haber sido por la oportuna llegada a la calle Kirk de un profesional procedente de Dibbledean.

Aunque su cliente lo había olvidado ingrata y enteramente, el señor Tatt de ningún modo había olvidado a su cliente, sino que, por el contrario, había cuidado de sus intereses con resolución y asiduidad constantes. Había descubierto que, según el testamento de su padre, Mat tenía derecho a una suma nada menos que de dos mil libras, siempre que se pudiera establecer debidamente su identidad. Llegar a ese resultado era, por tanto, la gran ambición del señor Tatt. Tenía ante sí la perspectiva, si triunfaba, no sólo de ganar algún dinero, sino de dejar sentada su reputación en Dibbledean; y a fuerza de perseverancia, finalmente triunfó. Llevó consigo a Mat a todo tipo de lugares, insistió en que firmara todo tipo de papeles e hiciera todo tipo de declaraciones, y terminó por acumular una masa tal de evidencias antes de que concluyera el mes que el señor Nawby, en su condición de albacea del «difunto Joshua Grice», se declaró convencido de la identidad del reclamante.

Al recibir esa información, Mat ordenó al abogado que después de deducir del legado el monto de sus honorarios, redactara un documento legal para traspasar su herencia a otra persona. Cuando el señor Tatt le pidió que le suministrara el nombre de la persona, Mat le dijo que era «Martha Peckover».

—La hija de Mary lo tiene a usted para cuidar de ella, y suficiente dinero que le dejará su padre para mantenerse —dijo Mat al poner el documento rubricado en manos de Valentine—. Cuando Martha Peckover esté vieja e incapacitada para trabajar, puede que no le venga mal un par de billetes para un día de apuro. Déle esto cuando yo me haya ido y dígame que se lo debía el hermano de Mary desde el día en que se detuvo a amamantar a la hija de Mary a un lado del camino.

Se aproximaba la fecha de la partida. Zack se recuperaba con tanta velocidad que fue capaz de ir él mismo, una semana antes de marcharse, a recoger la carta de su padre que lo esperaba en la oficina del Agente. En ella, el señor Thorpe le concedía en breves, pero bondadosas palabras, el perdón que le había solicitado por escrito; le indicaba que solicitara del Agente los detalles de la mensualidad que recibiría mientras llevaba adelante sus estudios de Arte o cualquier otra ocupación que emprendiera; lo instaba a considerar al señor Blyth el mejor amigo y consejero que tendría en su vida; y terminaba comprometiéndolo a escribirle a menudo a su madre

sobre él y sus andanzas, en cartas que el Agente le haría llegar. Cuando Zack, al saber por ese caballero que su padre había abandonado la casa de la Plaza Baregrove, quiso saber qué había ocasionado su cambio de residencia, sólo se le informó de que el estado de la salud del señor Thorpe lo había obligado a buscar un lugar donde se le garantizara un retiro y un reposo absolutos; que había razones para no comunicarle a nadie, por el momento, el lugar que le servía de refugio, y que no se consideraba prudente que su hijo lo conociera.

Llegó el día de la partida.

Esa mañana, por consejo de Valentine, Zack le escribió a su madre sólo para decirle, en referencia a su viaje, que iba a emprender un periplo de aprendizaje y entretenimiento en compañía de un amigo que contaba con la aprobación del señor Blyth. Mientras Zack escribía, el pintor sostuvo una conversación a solas con Matthew Grice y le encomendó muy encarecidamente que recordara sus responsabilidades para con su joven compañero. Mat respondió brevemente en forma típica de él:

—Ya le dije que me había encariñado con él como si fuera carne de mi carne y sangre de mi sangre. Si después de eso no cree que lo cuidaré, no hay nada más que pueda decirle para que me crea.

Ambos viajeros subieron a la habitación de la señora Blyth para decirle adiós. Fue una despedida triste. El estado de ánimo de Zack no era tan bueno como de costumbre desde el día de su visita al Agente, y las demás personas se veían afectadas por la cercana separación. Madonna parecía descompuesta y nerviosa —aunque no admitía que le pasara nada— desde hacía varios días. Pero ahora, al ver las miradas de despedida que se intercambiaban a su alrededor, la agitación de la pobre joven escapó a su control y se hizo tan penosamente evidente que Zack, sabía y consideradamente, abrevió la escena de los adioses. Él salió primero. Matthew lo siguió hasta el rellano; allí se detuvo y, de repente, volvió sobre sus pasos.

Entró de nuevo a la habitación y de nuevo tomó de la mano a la hija de su hermana; se inclinó sobre ella, que estaba pálida y llorosa, y la besó en la mejilla.

—Dígale algún día que su madre y yo éramos compañeros de juegos —le dijo a la señora Blyth al tiempo que daba media vuelta para reunirse con Zack en la escalera.

Valentine los acompañó hasta el barco. Cuando le daba un último apretón de manos, le dijo a Matthew:

—Zack se comprometió a regresar en un año. ¿Lo volveremos a ver a *usted* con él?

Mat se llevó al pintor a un lado, pero no le dio una respuesta directa.

—Si alguna vez va a Bangbury —musitó—, busque en el cementerio, en el rincón más oscuro entre los árboles. Ahora hay una cruz de nogal en el lugar donde está enterrada; y para mí sería un consuelo saber que su tumba se mantiene limpia y

cuidada. Me haría un favor si le echa un vistazo una o dos veces cuando ande por allí, porque no creo que yo vaya a volver a ver ese lugar nunca más.

Valentine regresó a su hogar solo, triste y pensativo. Subió de inmediato al cuarto de su esposa.

Al abrir la puerta, experimentó un sobresalto y se detuvo en el umbral. Madonna estaba sentada en el sofá junto a su madre adoptiva, con el rostro escondido en el seno de la señora Blyth y abrazada a su cuello.

—¿Te atreviste a contárselo, Lavvie? —preguntó.

La señora Blyth no pudo responderle con palabras; lo miró con ojos arrasados en lágrimas y asintió.

Valentine permaneció en la puerta un momento; después la cerró suavemente y las dejó a solas.

CAPÍTULO FINAL

AÑO Y MEDIO DESPUÉS

Es el atardecer de un hermoso día de agosto y el señor Blyth disfruta de la brisa vespertina en el cuarto de la enferma.

Además del pintor, su esposa y Madonna, hay dos visitantes que ocupan las camas de los huéspedes de la casa. Uno es la señora Thorpe, el otro la señora Peckover; y ambas han sido invitadas por Valentine para participar en la alegre ceremonia de bienvenida a Zack a su regreso de los inhóspitos parajes americanos. El joven prolongó su año de ausencia casi seis meses más; y su aparición en casa del señor Blyth es ya cuestión de días, o mejor aún, de horas.

El atuendo de la señora Thorpe muestra un cambio triste y significativo. Lleva un velo negro en el sombrero y un vestido de luto. Hace casi siete meses que su esposo murió en la remota aldea galesa en la que se refugió tras marcharse de Londres. En su caso, como en el de tantos otros enfermos sin remisión, la Naturaleza efectuó su declive final gradual y penosamente; pero su muerte fue indolora y su capacidad mental se mantuvo intacta hasta el final. Uno de los últimos nombres que salió amorosamente de sus labios —después de dar sus adioses a su esposa— fue el de su hijo ausente.

La señora Thorpe está sentada junto a la señora Blyth y le habla en tono quedo y gentil. Los bondadosos ojos negros de la esposa del pintor brillan más de lo que lo han hecho en muchos años, y los claros tonos de su voz —siempre alegres— tienen un sonido alborozado. Desde los primeros días de la estación primaveral ha ganado tanto en salud y fuerzas que se ha producido el «giro favorable» de su enfermedad del que hablaban como «posible» los médicos hace largo tiempo, en la época en que sufriera sus primeros achaques. En las últimas dos semanas ha sido trasladada durante unas horas de su sofá a un asiento confortable junto a la ventana, y si el buen tiempo se mantiene, en uno o dos días saldrá a tomar al aire en una silla de ruedas.

La posibilidad de que ocurra ese feliz acontecimiento, y la placentera expectativa del retorno de Zack han hecho que Valentine esté más jubilosamente locuaz y ágilmente inquieto que nunca. A medida que se desplaza a saltitos por la habitación hablando de todo tipo de temas y arreglándose para mezclar el Arte con todos ellos, ataviado con la vieja levita informal de faldones cortos, parece, si ello fuera posible, más joven, más rozagante, más lozano y más enérgico que cuando fue presentado al lector. Es maravilloso, cuando las personas son verdaderamente jóvenes de corazón, ver cuán fácilmente se ciñen el Cinturón de Venus y por cuán largo tiempo se las ingenian para llevarlo puesto sin deteriorarlo.

La señora Peckover, que arribara con las cintas de su sombrero festivamente al viento está sentada cerca de la ventana para recibir todo el aire posible y trata de aumentarlo abanicándose con el invariable pañuelo rojo de algodón al que ha estado apegada toda la vida. No ha perdido ni una pulgada de su circunferencia corporal; de ahí que sufra considerablemente a causa del calor y que le hable al señor Blyth con paréntesis de jadeos que le conceden muy poco crédito a la influencia refrescante de la brisa y las propiedades abanicantes del pañuelo.

Madonna está sentada frente a ella en la ventana, y con su frescura y belleza, y su vestido de muselina blanca con cintas de un suave color de rosa constituye un contraste tan grande con la señora Peckover como pueda imaginarse. La mira y sonrío de cuando en cuando ante las cómicas muecas de languidez que hace esa excelente mujer para expresarle a «la pequeña Mary» el sufrimiento extremo que le produce el calor. Todo el largo del poyo de la ventana está ocupado por un arpa eólica, que es uno de los muchos presentes que las expediciones pictóricas de Valentine le han permitido ofrecerle a su esposa. La mano de Madonna reposa leve sobre la caja del arpa, porque al tocarla de esa manera siente sus notas más altas y agudas cuando la brisa las hace sonar. Ese es el único placer que logra obtener de la música, y durante las tardes del verano y el otoño es siempre uno de los entretenimientos de que disfruta en el cuarto de la señora Blyth.

En el curso de su conversación con la señora Blyth, la señora Thorpe ha recordado que aún no ha terminado una carta que comenzara para una de sus hermanas, y va a su cuarto a concluirla. Valentine corre a abrirle la puerta con agilísima galantería juvenil y después regresa a la ventana y se dirige a la señora Peckover.

—Hace calor, ¿eh? ¿Quiere que le alcance uno de los abanicos de Lavvie? —dice el señor Blyth.

—No, gracias, señor, todavía no me derribo —responde la señora Peckover—. Pero hay un favor que sí quisiera que me hiciera. Me gustaría que me leyera la última carta del señorito Zack. Usted me lo prometió, señor.

—Y habría cumplido antes mi promesa, señora Peckover, si la señora Thorpe no hubiera estado en el cuarto. Hay ciertos pasajes en la carta que podrían despertarle recuerdos muy dolorosos. Ahora que se ha marchado, no tengo la menor objeción en leérsela si está lista para escucharla.

Dicho y hecho, Valentine se saca la carta del bolsillo. Madonna, al reconocerla, pregunta por señas si puede mirar por encima de su hombro y leerla por segunda vez. La petición es concedida de inmediato. El señor Blyth la sienta sobre sus rodillas, rodea su cintura con un brazo y empieza a leer en voz alta lo siguiente:

Mi querido Valentine: Aunque te escribo para anunciarte mi regreso, no puedo decir que empuño la pluma contento. No hace tanto que recogí mi última carta de Inglaterra en la que me informaban de la muerte de mi

padre. Pero aparte de eso, he pasado una dura prueba: la de enterarme del terrible secreto que me ocultasteis a raíz de su descubrimiento y después, cuando partí con Matthew Grice.

Lo que sentí al conocer el secreto y escuchar por qué Mat y todos vosotros me lo habíais ocultado quizás podré decírtelo, pero no puedo, no me atrevo a escribírtelo. Quizás te interese saber cómo me despedí de Matthew, así que te lo relataré tan bien como pueda.

Sabes, por mis cartas anteriores, todas las maravillosas cacerías y cabalgatas que emprendimos, y las miles de millas que recorrimos, así como los espléndidos lugares que vimos. Bahía (el lugar desde donde escribo ahora) fue el fin de nuestros viajes. Fue aquí donde le conté a Mat la muerte de mi padre; y él se mostró de acuerdo conmigo en que era mi deber regresar a casa a consolar a mi pobre madre, en el primer barco que saliera hacia Inglaterra. Una vez de acuerdo sobre ese particular, me dijo que tenía algo importante que informarme y me pidió que fuera con él hacia el norte; a medio día de marcha a lo largo de la costa, porque así podríamos conversar tranquilamente mientras viajábamos. Vi que tenía su rifle al hombro y su equipaje a la espalda; me pareció extraño, pero Mat paró en seco todas mis preguntas contándome de principio a fin todo lo que vosotros y él sabíais acerca de mi padre antes de que nos marcháramos de Inglaterra. Al principio me sentí turbado y sorprendido por lo que oí, y después tuve tantas cosas que preguntarle a Mat acerca de la cuestión que nuestro medio día de marcha, una vez terminado, me pareció que había durado apenas una hora.

No obstante, Mat se detuvo en el lugar previamente escogido, me tendió la mano y me dijo lo siguiente: «He cumplido mi deber para contigo Zack, como un hermano para con su hermano. Ha llegado el momento de decirnos adiós. Tú regresas junto a tus amigos al otro lado del mar, y yo me voy tierra adentro, solo, a andar por ahí al garete». Yo ya le había oído hablar de nuestra despedida en esos términos, pero nunca pensé que ocurriría; intenté con mucha insistencia, como puedes imaginar, que cambiara de idea y se embarcara conmigo hacia Inglaterra. Pero fue inútil.

«No, Zack», me dijo, «dudo que sea apto para la vida que vas a llevar a tu vuelta. Ya la probé, y me resultó muy dura y amarga. Empecé mi vida al garete, de acá para allá, y al garete la terminaré. Adiós, Zack. Me acordaré de ti esta noche cuando encienda mi hoguera y cocine mis provisiones en algún paraje desolado».

Traté de controlarme, Valentine, pero se me oscureció la vista y lo agarré con fuerza de un brazo. «Mat», le dije, «no puedo separarme de ti de esta manera tan triste, desesperanzadora. No liquides nuestro futuro para siempre. Hemos pasado juntos dieciocho meses, deja que pase otro año y medio si quieres, y entonces date y dame otra oportunidad. Dime que nos reuniremos, pasado ese tiempo, en Nueva York; o dime al menos que me harás saber dónde estás». Su rostro se contrajo y tembló, pero se limitó a sacudir la cabeza. «¡Vamos, Mat!», le dije, con el tono más alegre que pude, «si yo estoy dispuesto a volver a cruzar el océano por ti, ¿te negarás a hacer lo que te pido por mí?». «¿Te hará más fácil la despedida, hijo mío?», me preguntó con tono bondadoso. «Sí, claro que sí», le respondí. «Pues entonces, Zack», dijo, «que sea como quieras. No digamos nada más ahora. Vamos, hagamos esto lo más breve que podamos o no nos despediremos como deben despedirse los hombres. Dios te bendiga, hijo, y que bendiga también a todos los que vas a ver». Esas fueron sus últimas palabras. Tras andar algunas yardas tierra adentro, se volvió en redondo y me dijo adiós con la mano; después siguió y no volvió a mirar atrás. Me senté en la duna de arena donde nos habíamos dicho adiós y rompí a llorar. Con el terrible secreto que me contó durante la marcha y nuestra despedida cuando no la esperaba, todo lo que hay de hombre en mí se desvaneció en un momento. Y allí me quedé, solo, sollozando en la arena, con la rompiente que rugía varias millas mar adentro a mis espaldas y la gran planicie frente a mí, y con Matthew que caminaba por ella a solas, rumbo a las distantes montañas.

Pasado algún tiempo me sentí avergonzado de llorar y comencé de nuevo a ver las cosas con claridad: Mat ya estaba muy lejos. Corrí hasta la cima de la duna más alta y lo seguí con la vista por la planicie, que era un desierto sin un arbusto que quebrara las millas y millas de terreno llano que se extendía hasta las montañas. Lo seguí con la vista a medida que su figura se hacía cada vez más pequeña; lo seguí con la vista hasta que se convirtió en un mero puntito negro, hasta que dudé si seguía o no viéndolo, hasta que me convencí, al fin, de que el gran vacío de la planicie se lo había tragado.

Sentí un gran dolor en el corazón, Valentine, mientras regresaba solo a la ciudad. A veces me duele todavía, porque aunque pienso mucho en mi madre y mi hermana —para quien has sido un padre tan bondadoso y a cuyo afecto es una nueva alegría para mí la esperanza de retornar pronto— pienso también ocasionalmente en el viejo y querido Mat, y tengo mis momentos melancólicos cuando recuerdo que él y yo no regresaremos juntos.

Confío en que me consideres renovado por mi largo viaje, tanto en términos de conducta como de salud. He visto mucho, aprendido mucho y pensado mucho, y tengo la esperanza de haber aprovechado realmente

este tiempo y haber cambiado en un sentido positivo durante mi ausencia. Es un placer tan grande pensar que vuelvo a casa...

En ese momento el señor Blyth se detiene abruptamente y cierra la carta, porque la señora Thorpe vuelve a entrar en el cuarto.

—El resto sólo se refiere a la fecha en que espera estar de regreso —le susurra Valentine a la señora Peckover—. Según mis cálculos —continúa alzando la voz y volviéndose hacia la señora Thorpe—, por mis cálculos que, como no soy ducho en matemáticas no presumo que sean infaliblemente correctos, es probable que Zack llegue aquí, diría yo, en alrededor...

—¡Calle! ¡Calle! ¡Calle! —exclama la señora Peckover al tiempo que salta con increíble agilidad hasta la ventana y aplaude presa de una violenta excitación—. No hable de cuando llegará: ¡ya ha llegado! Ha venido en un coche; ya ha entrado en el jardín; me ha visto. ¡Bienvenido a casa, señorito Zack, bienvenido a casa! ¡Hurra! ¡Hurra! —en ese momento la señora Peckover olvida sus modales y hace ondear el pañuelo de algodón rojo por la ventana en un irreprimible arranque de entusiasmo.

Se oye afuera la risa campechana de Zack; después, sus pasos en la escalera; y por último, la puerta se abre y entra Zack con su rostro sonriente quemado por el sol y más saludable y lleno de energía que nunca. Su primer abrazo es para su madre, el segundo para Madonna, y después de saludar cordialmente a todos los demás, vuelve junto a ellas dos, y el señor Blyth se alegra al ver que se sienta en medio de ambas y toma entre las suyas sus manos, gentil y afectuosamente.

Matthew Grice está en todas las mentes una vez pasados los primeros saludos. Valentine y Madonna intercambian una mirada y los dedos de la joven forman con cierta vacilación las letras del nombre de Matthew.

—Madonna está pensando en el compañero que has perdido —dice el pintor dirigiéndose con cierta tristeza a Zack.

—Su único pariente vivo por parte de madre —añade la señora Peckover—. Es típico de ella, tan buena, estar pensando en él con cariño, a causa de su madre.

—¿Estás realmente decidido a hacer ese segundo viaje, Zack? —pregunta Valentine—. ¿Estás decidido a volver a América sólo por la leve posibilidad de ver a Mat una vez más?

—Si estoy vivo dentro de dieciocho meses —responde Zack resueltamente—, nada impedirá que haga el viaje. Matthew Grice me quiso como a un hermano. Y como a un hermano lo traeré de vuelta, si vive para cumplir su promesa y reunirse conmigo cuando llegue el momento.

El momento llegó, y en ambos lados del océano, los dos compañeros de aquellos días idos —tan lejanos en edad, tan cercanos en cariño— vivieron para verse de nuevo las caras. La soledad que otrora endureciera a Matthew Grice había obrado en él, en su edad madura, un cambio para conducirlo a fines mejores y más altos.

Durante sus últimas andanzas, el vínculo que lo unía a los sagrados valores humanos con los que vivimos, en los que nos movemos y en los que somos, el vínculo que él creyera que se había roto se mantuvo incólume. Su rostro sombrío y surcado de cicatrices se suavizó, su mano maciza tembló en el amistoso apretón que le dio Zack mientras le suplicaba una vez más; y esta vez no suplicó en vano.

—Nunca he vuelto a ser yo mismo —dijo Mat—, desde que tú y yo nos dijimos adiós en las dunas. Aquellos parajes desolados me eran extraños, y el rifle se me hacía más pesado entre las manos que antes. Es como si una parte de mí se hubiera quedado entre la tumba de Mary y la hija de Mary. ¿Debo volver a cruzar el mar para encontrarla? Dame esa mano, Zack, y llévate contigo lo que queda de mí.

De esa manera, la naturaleza noble de Mat se evidenciaba en sus sencillas palabras. Y de esa manera regresaron los dos a su país natal. El primer beso con el que la hija de su hermana muerta le dio la bienvenida le quitó para siempre la Fiebre de Andar al Garete, y el Hombre de las Mil Andanzas descansó al fin en medio de los amigos que lo querían, para no volver a partir nunca más.

NOTA AL CAPÍTULO VII

No sé de ningún intento en la ficción inglesa de perfilar el personaje de un «sordomudo» simple y exactamente a partir del natural; o, en otras palabras, de mostrar los peculiares efectos producidos por la pérdida de los sentidos del habla y el oído sobre el carácter de las personas que la han sufrido. La famosa Fenella de *Peeveril del Pico*, de Scott, sólo finge ser sordomuda; y todos los sordos que han aparecido en las tablas poseen la asombrosa facultad —al menos es lo que me indica la experiencia— de ser capaces de oír lo que se les dice. Cuando se me ocurrió la idea de crear el personaje de una «sordomuda» lo más literalmente posible a partir del natural, me percaté de que la dificultad de encontrar materiales tangibles y confiables a partir de los cuales trabajar era mucho mayor de lo que había previsto; tanto mayor, de hecho, que creo que habría abandonado mi proyecto si una feliz casualidad no hubiera puesto en mi camino el delicioso librito del doctor Ditto titulado *The Lost Senses*. Me basé en la primera parte de esa obra, que contiene la conmovedora e interesante narración de las sensaciones del autor tras su pérdida total del sentido del oído, y los subsiguientes efectos sobre su facultad del habla, para describir los rasgos del carácter de Madonna especial e inmediatamente relacionados con la carencia de la que sufre en la novela. El propósito moral de introducir un personaje como ese, y el personaje similar de la Esposa del Pintor, es tan evidente, espero, que casi resulta innecesario que se lo indique incluso al menos atento de los lectores. No sé de nada que sostenga con mayor firmeza nuestra fe en lo mejor de la naturaleza humana que ver —como podemos hacer todos— con qué paciencia y buen ánimo sobrellevan las mayores aflicciones corporales la mayoría de las personas que las padecen; y advertir, además, los elementos de bondad y delicadeza que el espectáculo de dichas aflicciones despierta entre los miembros del reducido círculo que rodea al enfermo. Ese es el lado hermoso, el aspecto noble y consolador de todas las calamidades humanas, y el objetivo de ponerlo a la vista de otros, tan verídica y delicadamente como lo siente el autor, me parece un buen objetivo para cualquier escritor que desee estimular los mejores sentimientos de sus lectores.



WILKIE COLLINS, nació en Londres en 1824. Primogénito del paisajista William Collins —sobre quien publicó un libro, *Recuerdos de la vida de William Collins*, 1848—, cursó estudios de Derecho, profesión que alternó con la de actor y prolífico escritor. A los 26 años publicó su primera novela, *Antonina o la caída de Roma* (1850), escrita bajo la impresión que le produjo la lectura de la célebre novela de Bulver-Lytton, *Los últimos días de Pompeya*. En 1860 publica *La dama de blanco*, novela realmente excepcional, tal vez su obra maestra y una de las más relevantes del siglo XIX, donde se introducen importantes cambios en la estructura del relato, el más significativo de los cuales es la pluralidad del punto de vista —más tarde adoptado y desarrollado por Henry James—, técnica que alcanza su madurez en *La piedra lunar* (1868). Otras novelas de relieve son *Armandale*, *Doble engaño*, *El secreto de Sarah*, *La respuesta es no* y *Sin nombre*. Maestro del relato breve, en su obra destacan, entre otros, *El hotel encantado*, *La mano muerta* y *La dama de Glenwith Grange*. Amigo íntimo de Dickens, con quien colaboró asiduamente, Collins murió en Londres en 1889.

Notas

[1] Antiguos barrios suburbanos de Londres, hoy integrados en la ciudad. (*N. de T.*)

<<

[2] Nombre que recibe la porción de Londres que estuviera rodeada por la muralla en la época medieval. Posteriormente se transformó en el distrito financiero de la ciudad. (N. de T.) <<

[3] Nudo de las comunicaciones por ferrocarril y metro de Londres, que debe su nombre a una taberna llamada «le Enfante de Castille». El nombre se transformó con el tiempo en el actual. (*N. de T.*) <<

[4] Mezcla de ron con agua. Recibe su nombre de Edward Vernon, conocido por el apodo de «Old Grog», almirante inglés al que se atribuye la idea de diluir el ron que se suministraba a los marineros. (*N. de T.*) <<

[5] Himno británico cuya letra es el poema «Rule, Britannia», de James Thomson, al que le puso música Thomas Arne en 1740. (N. de T.) <<

[6] «Lass o'Gowrie» es una polka irlandesa de fines del siglo XVIII o principios del XIX, que relata los amores de una joven con el conde de Gowrie. (N. de T.) <<

[7] En 1605, Guy Fawkes, católico romano, junto a un grupo de conspiradores, trató de atentar contra el rey Jaime I y el Parlamento porque no estaba de acuerdo con las políticas protestantes. Pero antes de que el Parlamento inaugurara su período de sesiones el 5 de noviembre, «el complot de la pólvora», como se conoció, fue descubierto. Guy Fawkes y sus colegas fueron ejecutados por traición. A partir de ese momento, el 5 de noviembre se celebra en Inglaterra con la quema de un muñeco de trapo que representa a Guy Fawkes, usualmente acompañada por un espectáculo de pirotecnia o simples fogatas. *(N. de T.)* <<

[8] El cribbage es un juego que gozó de gran aceptación entre la alta sociedad inglesa del siglo XVII, y que tiene sus orígenes en un juego aún más antiguo llamado *noddy*. Se atribuye su invención a sir John Suckling (1609-1642), conocido como el mayor jugador y galanteador de su época. (*N. de T.*) <<

[9] Se estimaba que la grasa de oso era buena para el cuidado del cabello. (*N. de T.*)

<<

[10] Los serenos ingleses comenzaron a usar matracas a fines del siglo XVII. Cuando se creó la Policía Metropolitana en 1829, todo policía estaba equipado con una matraca. En 1883 se realizaron pruebas que demostraron que el sonido de un silbato resultaba más efectivo. En 1887 todas las matracas habían sido sustituidas por silbatos. (*N. de T.*) <<

[11] Francotirador. (*N. de T.*) <<

[12] *Jack in the Green* es un personaje tradicional de diversas festividades inglesas que se celebran en el mes de mayo. Lleva una guirnalda de vegetación que le cubre todo el cuerpo. (N. de T.) <<

[13] *The Life and Adventures of Peter Wilkins* (La vida y aventuras de Peter Wilkins), de Robert Paltock, se publicó en 1750. La crítica de la época, que le fue adversa, la consideraba una mezcla de *Robinson Crusoe* con *Los Viajes de Gulliver*. No obstante, hubo numerosas reediciones durante los siguientes dos siglos, sobre todo destinadas a lectores juveniles. (N. de T.) <<

[14] *El Three percents o Five percents*, también llamado *the funds*, era un depósito por el cual se recibía entre un tres y un cinco por ciento anual de lo invertido. Era muy popular entre las personas poseedoras de cierta fortuna en la Inglaterra del siglo XIX. (N. de T.) <<